



CASTILLOS EN LA TIERRA DE AVILA Y EMOCION DE LA CIUDAD

Por

JUAN GRANDE MARTIN

ACADEMICO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL DE LA HISTORIA

«Temas Abulenses»: Excma. Diputación Prov. y C. S. I. C.

 Institución Gran Duque de Alba



CASTILLOS EN LA TIERRA DE AVILA Y EMOCION DE LA CIUDAD

POR
JUAN GRANDE MARTIN

Académico correspondiente de la Real de la Historia

AVILA, 1976

Portada: MIJAN.

Depósito Legal: AV-28-1976
I. S. B. N. 84-00-04275-1

E. C. A. - Plaza de Santa Teresa, 17 - Avila

A PEPITA

*mi castellana bautizada en la
misma pila que nuestra Madre
ISABEL "La Castellana" en
Madrugal de las Altas Torres.*

HISTORIA TRADICION LEYENDA

Presentación

¡Brava fue siempre esta tierra de Avila! Bravas sus montañas, llenas de riscos y barrancos; bravos sus ríos, amamantados en los neveros, que se despeñan hacia las llanuras; bravos sus labrantíos y sus plantaciones, a los que se saca sabrosos frutos merced a improbos sudores; bravos sus hombres y sus mujeres, siempre los primeros en toda empresa arriesgada.

Por eso esta brava tierra está sembrada de castillos. Tal vez, en proporción, haya sido la zona más fortificada de España, ya que en la reducida extensión de sus límites, apenas había un tramo de cuatro leguas que no tuviera su fortaleza, entre las desaparecidas y las existentes. Y es que no en vano fue durante tres siglos constante campo de Agramante, desde la caída de Don Rodrigo hasta el apogeo de Alfonso VI; y durante los cinco siguientes el crisol donde se fue formando la unidad y la grandeza de España.

Ocho siglos de castillos son una historia viva de sucesos herbicos, de recuerdos ejemplares y de leyendas emotivas. En ellos se exhibió una colección de personajes de las más distintas especies, unos bravos, otros galantes, otros poetas; todos colaborando para la mayor grandeza de la tierra abulense y española.

Juan Grande, ilustre Académico correspondiente de la Historia en esta provincia, ha dedicado muchas horas de su vida al estudio de estos castillos y de estos personajes y ha ido elaborando unos interesantísimos relatos, que ahora recoge en este volumen que es un compendio parcial de la historia de Avila; compendio donde se plasma todo lo que se conoce de los castillos abulenses y donde se trata de explicar lo que no se conoce documentalmente, pero que hay que interpretar por la leyenda y la tradición. El trabajo realizado por Juan Grande es de sumo interés, e indispensable a todo el que quiera conocer con detalle los más relevantes fastos del Avila histórica.

EDUARDO RUIZ AYÚCAR.

CRONISTA OFICIAL DE AVILA Y ARÉVALO.

LIBRARY
UNIVERSITY OF
TORONTO

1911

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911

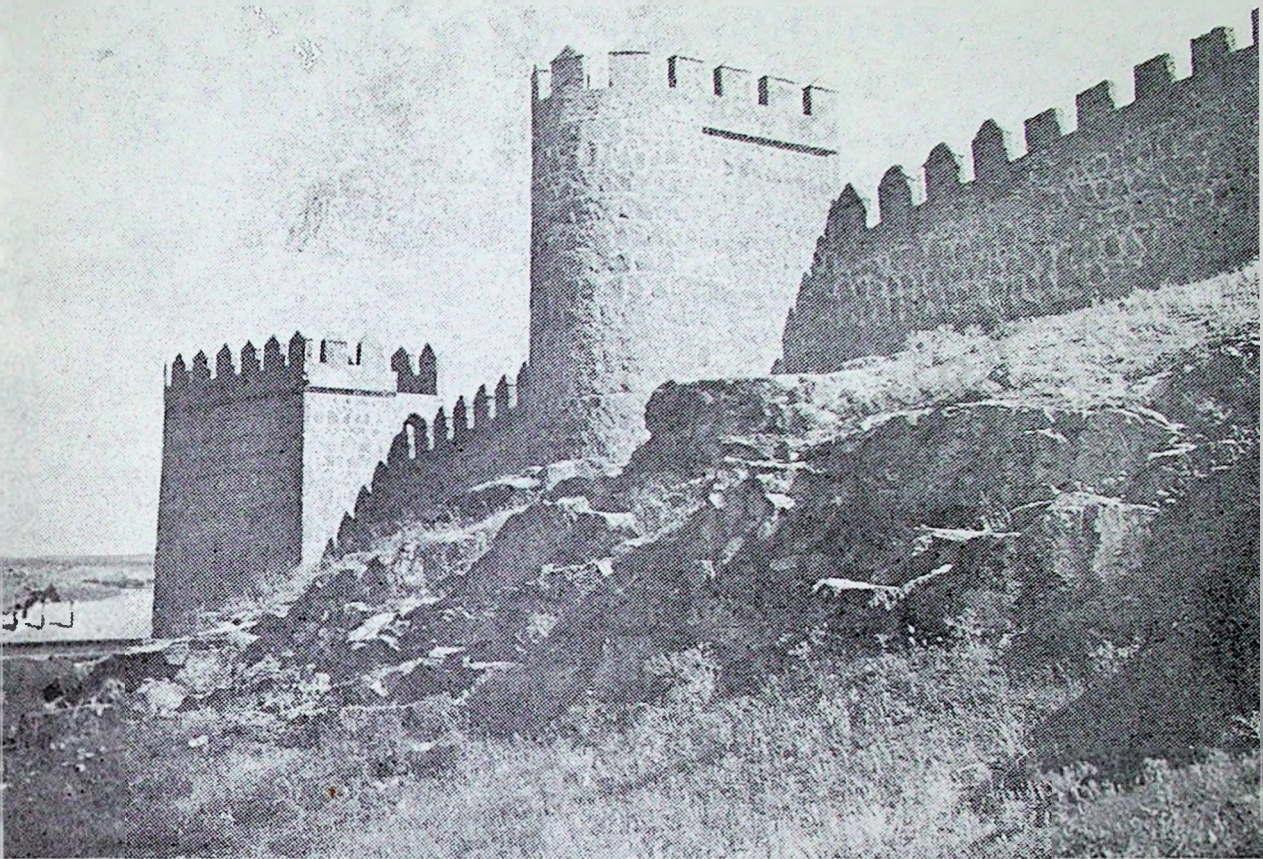
THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
1911



*Sobre la roca firme un torreón
y a su lado un aspérrimo camino:
el mismo cielo tienen por destino
Avila Mística y Avila pasión.*

*Teresa se alza al Cielo en su oración
subiendo en alas del Amor Divino;
Fray Juan traspone si habla de Dios Trino;
Pedro Bautista es mártir en Japón.*

*Llueva la Gracia para el alma pura
de fe sencilla y vertical anhelo
y venza el hombre su condición dura
sufriendo la aspereza de este suelo,
que con trabajos o santa locura
se logra igual el celestial consuelo.*

Institución Gran Duque de Alba

MENSAJE DE GREDOS

*Corre el regato del Tormes
hacia tierras de La Nava;
el Alberche hacia Cebreros
atraviesa las montañas...
y es el Mensaje de Gredos
como linfa de agua clara.*

*Entre pinos cristalina,
el amor de una zagala
que lavando en el remanso
allí contempló su cara,
rosa y nieve reflejando
el espejo de las aguas,
con esta copla cantó
la corriente su tonada:*

*Manto de albura en la cumbre,
cristal luego en las gargantas...
es el Mensaje de Gredos
como linfa de agua clara.*

*Por el Duero las del Tormes,
por el gran Tajo de España
las del Alberche, hasta el mar,
do sostienen una barca
las olas verdes y azules
con las ansias de mi alma,
llevan las aguas de Gredos
el Mensaje de la Raza:*

*Dios, Patria e Independencia;
la Cruz, Castillos y espadas:
amor, fuerza y poesía,
como linfa de agua clara.*

AVILA, una ciudad castillo y un templo fortaleza

Pretender historiar los castillos españoles e ignorar la ciudad *Janua Castellae*, sería en verdad imperdonable. Puerta de Castilla es la ciudad de Avila. Y si consideramos un poco a España como castillo, veremos a la imperial Toledo como puente y llave...

La meseta castellana del norte se arranca de las tierras españolas hacia la altura cual mole gigantesca; cual castillo natural rodeado de jardines —*Cataluña, Valencia, Andalucía*— y con la explanada de armas para caballerescas empresas: La Mancha y Extremadura... Fosos naturales: *los mares al norte y oeste, y los grandes ríos Ebro y Tajo al este y al sur...* Y murallas inaccesibles: *cordilleras circundantes...* En los lugares más estratégicos, en los pasos de tales cordilleras-murallas, las ciudades castellanas típicas, y de ellas, Avila, fuerte como ninguna otra lo fue.

Defiende Avila los pasos de la cordillera Carpetovetónica denominados Campo de Azálvaro, El Boquerón, Paramera, Puertos del Pico a Mengamuñoz y Puertos del antiguo Tornavacas, hoy Puerto Castilla, a Villatoro, tomando enlace con la hermana Segovia y con la leonesa Salamanca. Su céntrica posición la obliga históricamente a más que a las otras ciudades situadas en la periferia de la Meseta que Aníbal ambicionó subyugar asomado a los campos celtibéricos de *Ulaca*, en el Valle Amblés, nombre de un castro primitivo verdaderamente eufónico y que dicen significar *corazón* de la tierra.

El nombre de Avila

Significa *monte alto* y es geológicamente la cumbre que se miraba en las aguas del lago, limpiamente reflejada, cuando la fuerza del agua no había disuelto y arrastrado las rocas que al oeste de la ciudad actual cerraban el cauce natural del río Adaja. Por esto Alcideio, hijo de Hércules, fenicio, fundador de Avila, recordó a su madre aquí como al otro

lado del Estrecho de Gibraltar la había nombrado su padre, y lleva la ciudad suya el mismo nombre que aquel monte, «la otra columna»: Avila, que era también el nombre de su madre...

La muralla primitiva fue de entonces: de cuando no se sabe cómo fue. Luego, incrustadas en la muralla románica de ahora, (la que el Conde Don Ramón de Borgoña, padre de Alfonso VII «El Emperador de Castilla», comenzó a construir) se han visto piedras con inscripciones romanas, griegas, etc., que dicen vagamente la noticia de continuidad del amurallamiento desde la noche oscura en que a Clio es tan útil abrir los ojos como a nosotros cuando los llevamos muy abiertos en pasillo en que no hay luz.

En el año 1090

...el Obispo, don Pelayo de Oviedo, cuenta en Arévalo a los repobladores que vienen a Avila todo el conjunto de antecedentes históricos que constituyen el llamado Libro Viejo de la Ciudad, cuyas murallas bendice el mencionado prelado, mientras el titular de la sede abulense marcha a solicitar en Roma del Santo Padre indulgencias para quienes den limosnas con destino a la fábrica del primer templo, el que se incrusta por su ábside en la muralla con características del singular modo de ser castellano en la época: mitad soldados y mitad monjes.

El romano Casandro, el francés Florín de Pituenga y el español Alvar García, dicen que fueron los Maestres de Jometría de la gran obra. Luego aparece sobre el muro de la Catedral una inscripción que dice Maestre Portales. Y se habla del Maestro Fruchel, quien tuvo por discípulo al Maestro Mateo, inmortalizado por la fama que le ha dado en el mundo entero el Pórtico de la Gloria, de Santiago de Compostela. La bendición del perímetro de la muralla románica, que hoy vemos, ocupó toda una mañana de procesión, haciendo el Obispo don Pelayo largas oraciones principalmente al poner los cimientos de las nueve puertas: del Alcázar, de los Obispos, y de San Vicente en el frente oriental, donde se ven las más fantásticas fortificaciones cuales las torres del Baluarte y del Homenaje, y el ábside catedralicio; la Puerta del Arco Mariscal, y Puerta del Carmen, a la línea del norte; el Arco del Puente, al oeste, y las Puertas de La Mala Ventura, Montenegro y de Gil González Dávila, mirando a mediodía... Cada una de estas puertas tiene sus tradiciones y leyendas.

La disposición interior

La arquitectura militar de la Edad Media es difícil que tenga un ejemplar sistema defensivo más completo que la muralla de Avila. Ochenta y ocho torreones al exterior elevados sobre tremenda escarpa en el frente meridional, —con foso natural de un río de cauce profundamente erosionado como el del Adaja por el poniente, con una pendiente de dificultades medias al norte, y una fortificación oriental de torres y

muros combinados al frente oriental atacable—, hacen inexpugnable la plaza, que además tiene los recursos de plazas interiores fuertes detrás de cada una de las Puertas, a fin de evitar las sorpresas de infiltraciones enemigas.

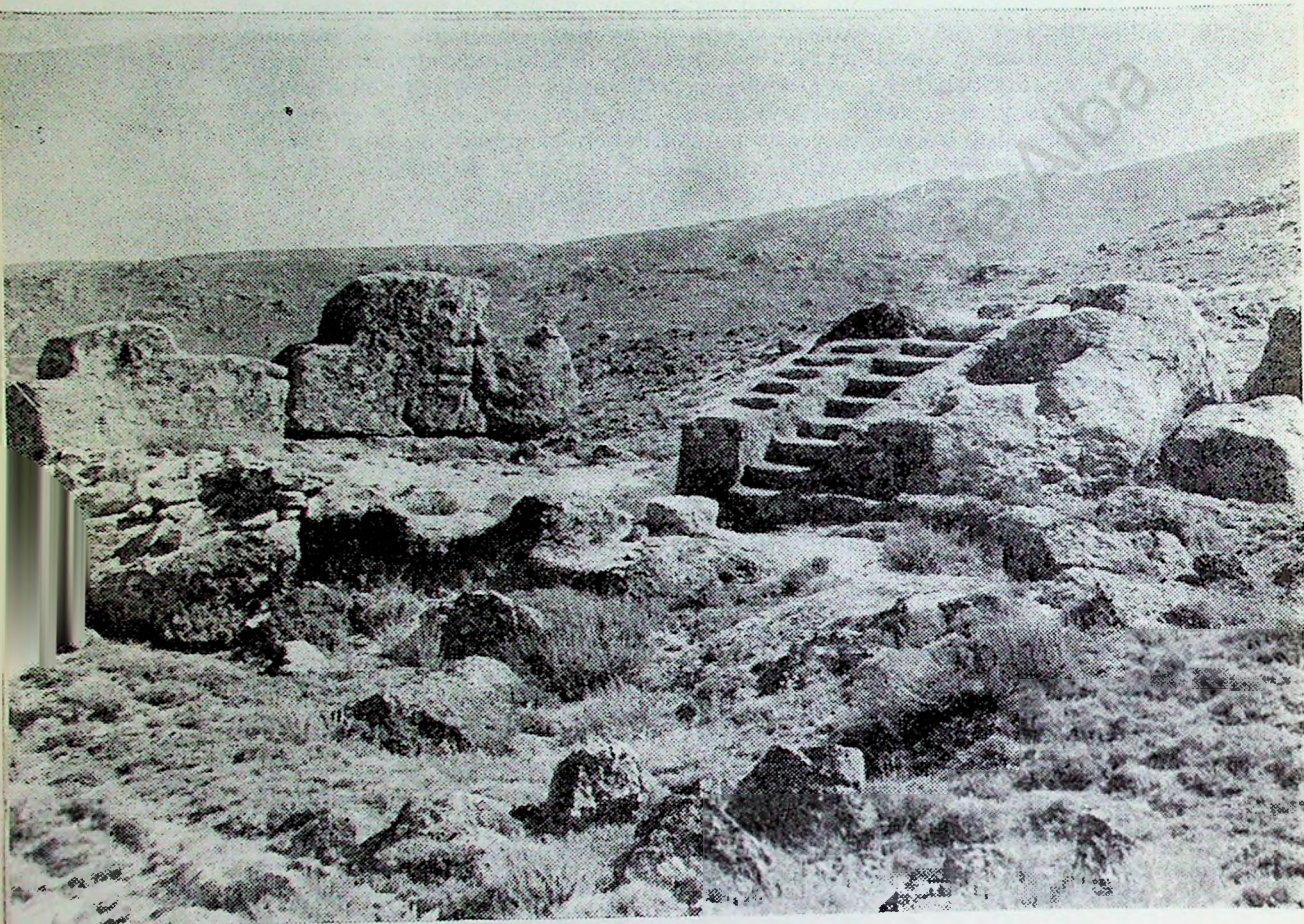
Los muros del recinto tienen un espesor medio de tres metros y el adarve es corrido de manera que, tras las almenas, podían de un lado a otro moverse con libertad los defensores. Y adosadas al muro, por el interior, estaban las casas de los repobladores nobles, con sus patios de armas y sus estancias-albergue de las mesnadas, que en cualquier momento al aviso de los vigías podían cubrir el adarve de hombres, lo mismo que los torreones, más elevados, y con la escalera de acceso abierta en la mampostería, oculta para el sitiador.

La Ciudadela o Acrópolis

Esto era la Catedral respecto a la ciudad de Avila. Por eso nunca faltó un Obispo defensor de *Reyes Niños* cuando hubo menester de tal defensa: Sánchez Zurraquín en tiempos de Alfonso VII, quien dio a la ciudad como escudo su regia figura y el título Avila del Rey por la defensa hecha frente al Batallador Alfonso I de Aragón...; Don Sancho Dávila, durante la niñez de Alfonso VIII, y Don Sancho Blázquez Dávila durante la infancia de Alfonso XI, por lo que llamó a la ciudad «de Reyes Alfonsos Madre», recibiendo de éstos los títulos de Avila de los Leales y Avila de los Caballeros.

La Catedral es mitad templo y mitad fortaleza, y como castillo tiene tres órdenes de almenas en el ábside, que es un enorme torreón más de la muralla; tiene su torre almenada y, antes de que la cubriera un tejadillo de tipo árabe, probablemente toda su techumbre fuera un emplomado o terraza con el borde al modo de adarve. Y para que nada le falte como fortaleza tiene un aligbe debajo del pavimento con manantial propio y varios pozos...

Así hubo pleitos en diversas ocasiones entre la Municipalidad y los Obispos, cada cual mirando al edificio como castillo o como templo y pretendiendo la respectiva jurisdicción... Uno de estos pleitos se cree ver en un relieve de alabastro en el altar de San Segundo en la nave del crucero, siendo prelado abulense el insigne protector de Lope de Vega, Don Gerónimo Manrique de Lara.



Ulaca.—(Foto Mayoral).

ULACA: El más antiguo castillo

Impresiona todavía misteriosamente, sobre la cima del Castro de ULACA, la *Piedra de los Sacrificios*... El pueblo vetón adoraba a los astros. Lo cuentan historiadores latinos. *Egia Muniego* era el sol. *Astelena*, la luna de marzo; *Asteartea*, plenilunio de junio. Y a la que se mezclaba en los horribles contubernios con *Endovio*, dios de las nubes; *Saturno*, deidad del trueno, y otros destructores agentes, llamábanla *Asteazquena*... Precindamos de otros dioses menores de la complicada mitología que se mezcla con la céltica y la galáico-cantábrica, conteniendo alusiones que vemos luego en poemas alemanes con seres alados y semihumanos parecidos a las walkirias. No obstante, por cuanto luce sobre La Serrota, fija, cuando el Pico de El Santo se cubre con manto de nieve, merece ser citada la bella *Ezbero*, (Lucero fresco) con *Ateagina*, la otra belleza juvenil que los griegos llamaron proserpina y es Alegría de la Tierra...

El gran circo del Castro, templo bajo la celeste bóveda, sobre un montoncillo escarpado al oriente, conserva su «Mira» cual ostensorio gigantesco en que *Asteartea* se muestra en plenitud cuando de Navacerrada se alza rojiza, enorme, inflado disco áureo. Esas rocas de tal modo esculpidas son la clave de un culto que se degradaba en sacrificios humanos sobre el altar, piedra con escaleras perfectamente labradas y oquedades que se pueden explicar solamente con el rito de los *taurobolia*: el sacerdote mataba el toro y la sangre corría o se recogía en el hueco del altar a tal efecto practicado, cayendo a chorro sobre la cabeza del «místico» que bebía la sangre, mostrándose al pueblo como revitalizado, mucho más si la sangre fuese de un enemigo degollado con el largo puñal de *silex* punzante, cortante y durísimo.

Por los años doscientos treinta y siete antes de Jesucristo se hallaba ULACA en pleno apogeo de su hegemonía sobre los castros vettones e ibéricos del Valle Amblés. La vida trival era tranquila cuanto el ambiente agreste. Eran célebres los caudillos Cesarón y Cautemio. Y eran

los habitantes de ULACA, como todos los íberos en general, "*nervudos, ágiles, sufridos en la guerra y más valientes que los celtas y los bereberes; individualistas, fieles, hospitalarios, adversos a la civilización*", como aquellos belgas de los cuales habla César en su "*De Bello Galico*", que eran fortísimos por cuanto no llegaban a ellos los mercaderes que venden cosas para afeminar los ánimos... Eran también orgullosos los vettones y nada les asombraba. Hacían la guerra con casco de cresta, yelmo de tendones y correas... Usaban escudo redondo, la sica de piedra, el puñal largo que los romanos tanto temieron; arrojaban con facilidad las *lanceas* (como banderillas) una de ellas hallada en prospección reciente, y otros géneros de dardos y flechas...

Arrón tuvo un hijo llamado Abico. Una tarde de finales de mayo, al regreso de una cacería, sintiendo sed ardiente, se acercó al manantial que al fondo de las últimas chozas del castro fluía. Y encontró a Icasta recogiendo agua en vasijas de barro como ollas de ancha boca. Ella le dio de beber, cruzándose las miradas de ambos en indefinido y silencioso coloquio. Y maridaron. Se amaban intensamente.

Pero Arrón había puesto sus ojos en Adaja para su hijo Abico, ignorando el matrimonio de éste. Ignorando también que Adaja miraba con amor a Tuero, guerrero valiente. Arrón era jefe del Castro de ULACA. Y Adaja era princesa de Obila, que Arrón recogió cuando el padre fue muerto...

En una escaramuza contra los cartagineses sufrieron un fuerte revés los de Ulaca. Y Arrón, el Gran Jefe, requirió a los agoreros. Practicaron la *ornitomanía* y el vuelo de los pájaros fue prenuncio de tremendas desgracias; practicaron la *pyromanía* y las lenguas de fuego confirmaron los fatales pronósticos.

Los amores de Abico e Icasta fueron denunciados y el Gran Jefe condenó a muerte a los amantes: serían sacrificados en el plenilunio de Asteartea...

Y el plazo fijado llegó. Abico se hallaba sujeto al atardecer a una cruz en aspa. En Tuero había recaído la suerte de asaetearle. Los habitantes de ULACA vivían una emoción desconocida: la muerte del hijo del Jefe y de su esposa, culpables de amores ocultos. Ella estaba en pie, rodeada de mujeres hasta el momento en que hubiera de ser sacrificada sobre la piedra del altar. Cuando la luna cayera de lleno en la «Mira» de la roca oriental, caería sobre el pecho de Abico la aguda *lancea* e inmediatamente el pedernal agudo heriría el cuello de Icasta. El no vería la muerte de su amada sino a través de la vidriada luz última de la propia agonía.

Los momentos eran contados con entrecortados suspiros de una entrega fatal. Abico e Icasta eran muy queridos; pero el Gran Jefe había sentenciado fatalmente y allí estaba el primero en la *Piedra de los Sacrificios*, erguido y con esa fiereza, que resiste a los sentimientos propios

más íntimamente fuertes, sellando su rostro. La luna se anunciaba rojiza como manchada en vapores sanguinolentos. La cuerna sonó lúgubremente y tuvo en los montes vecinos ecos de horror. La guardia del castro y sus gentes miraban sólo el tremendo espectáculo. Entre el bosque del Valle inmediato se movían las sombras de gentes hostiles...

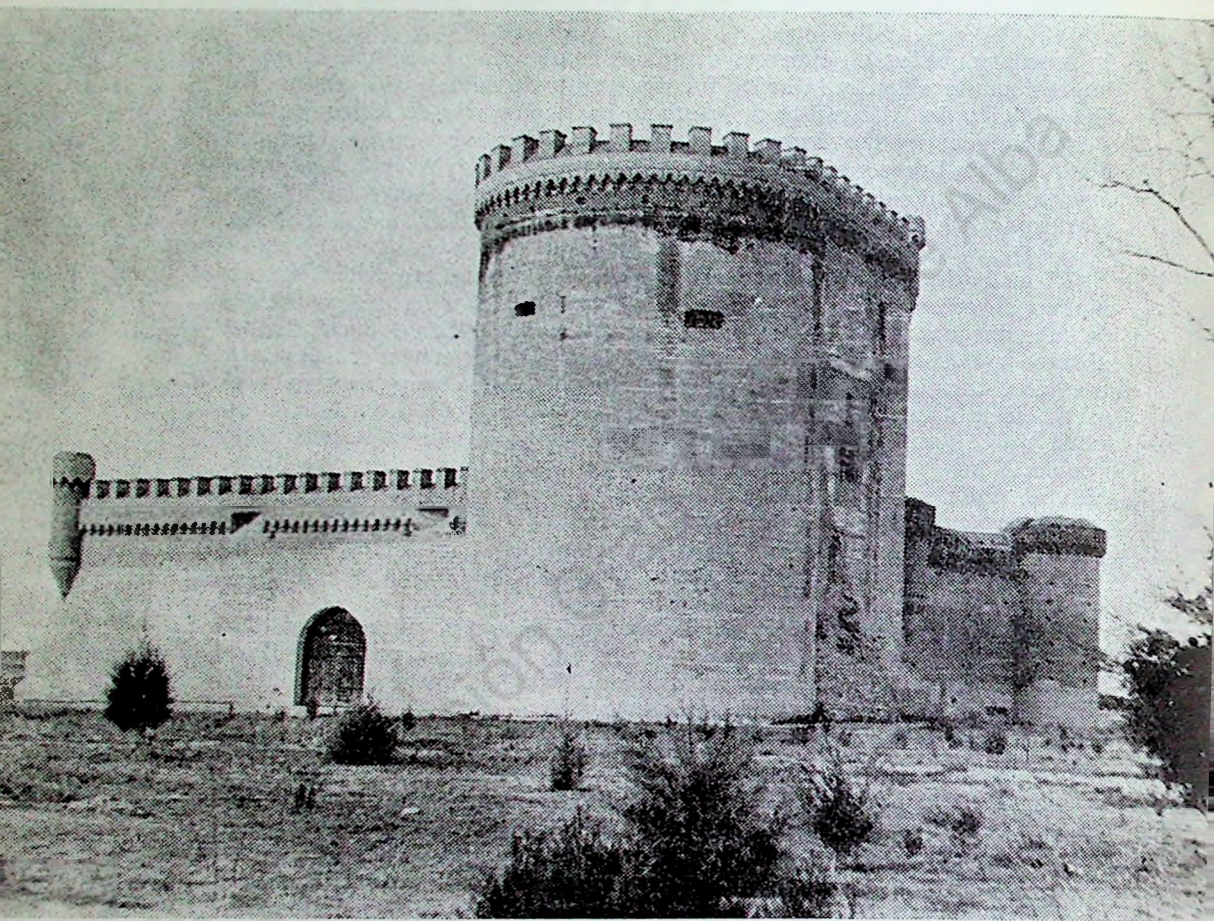
Asteartea redonda, enorme, ocupó el centro de la «Mira». Y en el impresionante silencio la señal fue un punto de sonido del cuerno. El agudo dardo de Tuero saltó de su mano hacia el pecho de Abico; pero... Del pecho del mismo Tuero dejóse oír un grito salvaje: una sombra blanca, de un breve y rápido salto había cortado la trayectoria de aquella *lancea*. El pecho de Icasta fue traspasado primero... Abico se vio cubierto por el hálito suave de un amor fiel... ..

El grito de Tuero había denotado compasión sincera; más fue un motivo de celos para el sentir de Adaja que con el *silex* del sacrificio en la mano se mostraba amenazante a su esposo. Era frenesí. En el abrazo ambos hundieron los puñales, uno a otro, en los respectivos costados. La muerte triunfaba de par en par, y Asteartea presenciaba el sacrificio múltiple, terrible en el aro de su «Mira»... El Gran Jefe, cumplida que fuera la sentencia de su hijo, había previsto su sacrificio propio. Y sus guerreros más fieles, conforme a la costumbre que Roma hubo de admirar, mostraron la fidelidad hundiendo en sí mismos *sannuros* o *veturos*, dardos arrojados a mano... ..

El castro era un agudo lamento general cuando los cartagineses entraron.

Con el horror en los ojos se dispersaron las gentes ante la crueldad de las tropas de Aníbal, vengador de la muerte de su padre Amilcar. Aquella fue la noche de huida y cautelas... Muchos cartagineses murieron también a manos de la ibérica furia.

Asteartea se lanzó en el azul, bien lavado su rostro en tanta sangre, brillando blanca y resplandeciente como nunca, satisfecha su ira... Y cuando las gentes de ULACA volvieron a unirse, erigieron la «Unidad de Arrón»: la ciudad ARRON TARRATA, una de las ochocientas setenta y seis que Pompeyo diría en Roma que había conquistado en España... Ni ciudades eran, ni conquistas fueron: los mejores guerreros íberos se destruían mutuamente, se suicidaban o servían los fines de los conquistadores, cartagineses o romanos: adversos de la civilización, esta les absorbía... y fueron *romanizados* sencillamente, porque los cartagineses, fenicios de origen, no tuvieron cultura.



Castillo de Arévalo.—(Foto Mayoral).

AREVALO: La célebre Fortaleza del Adaja

En la grande España, dice el ilustrísimo Don Fernando Ossorio Altamirano Briceño en su manuscrito, transcrito por Montalvo y que cuantos tratan la Historia de Arévalo tienen muy en cuenta; en la grande España, nos dice con fervorosa expresión de amor patrio, en el rincón de la noble Castilla la Vieja, yace la más noble y más leal Villa de Arévalo, entre los ríos, si no caudalosos, deleitosos y amenos, Arevalillo y Adaja, que a modo de isla la cercan, haciéndola tan vistosa, que muy bien se juzga, aún de lejos, el tesoro grande de templos magníficos, de casas ilustres, de muros fortísimos, de torres invencibles que en sí encierra. Su circuito es media legua, su longitud un cuarto de legua; su vecindad, buena; su antigüedad, mucha, y su temple, el más favorecido por los astros por la alegría del cielo: territorio de sitio y amenidad de campos, que no se conoce más saludable para la vida humana, y a donde apenas se ha conocido peste ni males contagiosos a causa de participar de aires muy limpios y puros; es abundante de lo necesario para ello. Alhóndiga y graneros, abundantísimo, de siete leguas en contorno.

.....

A los Briceños (caballeros bis ceños, gente ferocísima como venida del septentrión) dio que fuesen guardas del castillo principal que está sobre las juntas que hacen los ríos, predominando aquella campaña que mira hacia Medina, y por ser parroquia (que era mezquita) de Santa María, que hoy llaman la Mayor más cerca del castillo, venían a oír a ella misa».

Arévalo, es ciudad mesopotámica y la descripción que hace Ossorio Altamirano de ella no es variable sino en aquello que el paso del tiempo ha transformado, triturando o construyendo, desde 1641 a nuestros días. Y no es poco, mas no tanto para variar la impresión de su perfil: dos ríos, el Adaja y el Arevalillo, si no caudalosos, deleitosos y amenos, la

cercan y abrazan con sus cauces profundos; el castillo es fortaleza en el promontorio avanzado a la confluencia de ambas corrientes; las torres de San Miguel, Santa María, San Martín, Santo Domingo, el Salvador y San Juan, predominan sobre el extenso poblado, más largo ya del cuarto de legua... Por lo demás, lugar saludable para la vida humana, buena vecindad... todo sigue siendo, y un poco más de antigüedad que cuando el ilustrísimo Don Fernando Ossorio Altamirano Briceño escribía.

El Castillo y la Villa

La importancia estratégica, la fortaleza de los muros, la numerosa población que habitó en todo tiempo aquí, dio importancia tal a la Villa de Arévalo, históricamente hablando, que desde los cinco nobles caudillos, cabezas de los más ilustres linajes hasta la procedencia del municipio, la Villa fue realengo, y, con el castillo, patrimonio real. Y si el castillo hubiese pretendido alzarse frente a la Villa, ésta hubiera podido muy bien mantenerse firme y mirar de frente al castillo; pero, aunque las fortificaciones se mantuvieran aisladas, hay quien opina que tuvieron oculta relación con caminos cubiertos, como los había desde la fortificación externa del castillo hasta los puentes de Medina y Valladolid.

Y es el castillo, como en Arenas de San Pedro y en Avila, acrópolis, motivo del escudo de Arévalo, con un jinete a caballo partiendo presuroso a la llamada patriótica por razones de fidelidad. Virtud de caballeros que merecen a esta Villa de «Isabel la Católica» privilegios y mercedes que llegan al de no considerar deslealtad el rebelarse contra quienes quisieren tomar posesión de ella, si alguno de los reyes la quisiera enajenar. De tal modo tenía garantizada por Isabel, Arévalo su independencia.

La célebre Fortaleza del Adaja

Así es denominado en los libros de historia el Castillo de Arévalo: célebre fortaleza del Adaja. Y lo fue y sigue siéndolo, porque no es posible mirar al medievo y renacimiento hispanos ignorándola, como no es posible prescindir de la Historia de España para escribir la del mundo.

Era el castillo una construcción de planta pentagonal, determinada por cinco cubos o torreones: uno que miraba de frente al norte sobre la confluencia de los ríos, otros a los costados flanqueando los lienzos de ladrillo cocido, con almenas, garitas y atalayas... Mirando a mediodía era el frente atacable, ya que por los demás costados estaba la fortaleza harto bien defendida por el foso natural del Adaja y del Arevalillo y la pronunciada escarpa. Pero este frente (donde admiramos actualmente el arco de medio punto para cómodo acceso, el orden de

sus almenas desde la garita con atalaya en que la bandera ondea y sobre corrido matalacán, hasta la tremenda torre del Homenaje) tenía por delante la llanura y la villa que podían ser enemigas, y tal fue la razón de la poderosa barbacana delantera como muralla baja y de gruesa construcción de mampostería, de fortísimo hormigón y fue también idéntico motivo el de la fachada y torreón de sillares labrados en canteras lejanas...

¿Desde cuándo existe la «Célebre Fortaleza del Adaja»?... Hércules me edificó/ Julio César me cercó/ de muros y torres altas...» Estos versos son de las murallas de Sevilla; podrían aplicarse también a la villa fundada por el gran Hércules llamado Arevaco, que fundó Segovia, Avila y Salamanca y dejaba su estatua en los parajes que fundó, para memoria de su grandeza, y un toro de piedra, por haber vencido a estos animales en la Libia... Es bonito imaginar como lo hace al escribir así «un autor desconocido», cuya historia de la villa de Arévalo transcribe Montalvo; pero es más bonito aún para nosotros lo que dice el padre Mariana de los Arevacos, hombres invencibles, antiquísimos e ilustres, rama de aquellos debeladores godos de naciones, provincias que sojuzgaron la potente Roma, la invencible Cartago, la gran Numancia y la sabia Atenas, hasta pasar con sus numerosas armas a la belicosa España y a este término de Castilla... Así lo interpreta Ossorio Altamirano, que habla de valle bajo y arenoso militarísimo arevaco, pueblo llamado arena... Porque traduce por Arevalillo al término de Arena que emplea Nebrija, de quien toma luego otra cita en que se da el nombre de Arevaci a los pueblos y Arevam al río... En el diccionario de Raimundo de Miguel se tiene a los Arevaci por pueblo de la Tarraconense y el Areva por río de la misma provincia romana. No son, pues, los arevacos rama de los debeladores godos: son anteriores al dominio de Roma y es más fácil creer en los gigantes hercúleos fundadores de Arévalo. *Are*, claramente indica sequedad y fuerza.

El castillo fue anterior a la villa como castro, en la confluencia de los ríos de cauce profundo, magnífico refugio en la meseta. Luego la población se apoya en el castillo, reduciéndose mucho el frente atacable del sur, puesto que los ríos forman una casiínsula. Los godos todo se lo encuentran hecho y es en su tiempo cuando el antiguo castro es destruido, porque Arevacus vive pacífica y laboriosamente.

El castillo se alza airoso durante las luchas de moros y cristianos, cuando los cristianos necesitaban reyes «que tuvieran por cetro la espada y por trono la silla de su trotón». Los historiadores, como ese desconocido, que narran la historia de Arévalo con gran apasionamiento, dicen cómo fue conquistada la villa, rescatándola el rey Don Alfonso I, el yerno de Pelayo, esposo de Hormiscnda, para nunca volverla a perder. A tal fecha se hace ascender por los documentos que Montalvo recoge en su Historia de Arévalo la de los cinco linajes y en la más detallada reseña del de los caballeros Briceños dice: «Encargado este linaje, desde la conquista de Arévalo, de la guarda y defensa del castillo, tuvieron el título de alcaide por privilegio hereditario hasta el reinado de Don Juan II en que Sancho Briceño hizo entrega de él».

Los personajes del Castillo

Es el primero de los personajes ilustres habitantes del castillo de Arévalo (en su castillo y en las casas reales) la Madre de la Hispanidad, Isabel «La Católica». Siendo niña, nos la muestra el padre Cué sintiendo miedo del temeroso Eco, al revés, hasta que ella se encara y le responde: «Tiene siete abriles/ la Infanta Isabel/ Tiene negras tocas/ su madre en viudez/ Y tiene el castillo/ al atardecer un eco medroso.../ ¿Quién ha hablado? ¿Quién?/ El castillo tiene/ aunque no se ven/ unos labios negros/ para responder...

.....

El castillo en sombras/ pronunció ISABEL/ Pero la Infantica,/ er-
guida, de pie/ le gritó al castillo/ retándolo: —Qué! / Y el negro castillo
no osó responder./ España y América, pregunta a Isabel!!!».

Cuando la Infanta vive en el castillo, este que el poeta llama «el negro castillo» tiene ya una muy negra tradición encerrada en sus medrosas estancias. Y hay motivo más que sobrado para que la inmensa sombra de la gigantesca mole del Torreón del Homenaje asuste a niñas de siete abriles. Todo es misterioso desde que en el siglo XIV fue traída prisionera de su propio esposo, Don Pedro «El Cruel», a la célebre fortaleza del Adaja una reina encantadora: Doña Blanca de Borbón a quien abandona el marido, recién celebradas las bodas regias, por amores ilícitos...

El día 25 de febrero de 1353 llegó a Valladolid aquella linda joven de diecisiete primaveras, llamada Doña Blanca, infanta francesa, con gran acompañamiento: «Mujer bien hermosa era la reina, dice Ayala, blanca e rubia e de buen donayre e de buen seso». Regaló al rey Don Pedro de Castilla en su conocimiento un cinturón muy rico de oro y pedrería; pero el influjo maléfico de María de Padilla, de quien el rey tuvo hijos, dice la leyenda que transformó el cinturón en sierpe venenosa. Y ya el Rey Don Pedro «El Cruel» no quiso más a su joven y bella esposa desde la noche segunda de su matrimonio, aunque lloró la reina madre Doña Constanza; aunque pudo haber guerra sangrienta con el Rey francés...

«La desventurada Blanca, viuda, como expresa el padre Mariana, primero que esposa se ve arrebatada a Medina del Campo, y luego en Arévalo queda privada de todo trato con la suegra y con la grandeza» y se nombra por guarda o alcaide del castillo para cuidar de su egregia persona al Obispo de Segovia, don Pedro Gudice —Obispo de Castilla, dice Montalvo— y a Tello Palomeque, vecino de Toledo, a su servicio, «Para que no pueda ponerse a salvo».

Manifiéstase a este punto en su máximo esplendor la hidalguía de Arévalo. Los sufrimientos de la joven e infortunada reina presa en el castillo, sublevan el alma caballerosa de nuestra tierra contra el Rey: «y con sus sexmos, destaca el memorial de «La Universidad de la tierra de Arévalo», con sus juntas y el pueblo, todos los acompañantes en el

dolor de su reina, y tan dispuestos a defenderla, que no consideraron sus guardianes los muros del castillo con la bastante fortaleza para encierro de su víctima, y siguieron las conspiraciones sordas dirigidas por sexmeros y regidores»...

La guerra se encendió pronto en Castilla, León, Asturias y Extremadura. Los arevacos ven sus ideales encarnados por la «bandera salvadora del bastardo don Enrique de Trastámara uno de los hijos que al Rey Niño de Avila dio doña Leonor de Guzmán». Y don Pedro se acuerda de su esposa doña Blanca que envió para su mayor seguridad a Toledo, donde la recluyó en el Alcázar... Sobre las atrocidades de Don Pedro «El Cruel» pongamos un velo. Compadezcamos a Doña Blanca de Borbón que vivió solamente ocho años después de su matrimonio, pues su esposo, sediento de sangre tras haber cortado muchas cabezas, decidió un triste día deshacerse de ella. La custodiaba Don Iñigo Ortiz de Estuñiga y se opuso terminantemente a que se la dañase mientras se hallaba confiada en él. Diole la guarda el Rey entonces a su ballestero Juan Pérez de Rebolledo, quien se lleva la reina de Medina Sidonia a Jerez y allí murió de malas hierbas que la dieron. En la «Historia de la villa de Arévalo por autor desconocido» se dice «que la llevaron presa a Toledo (Por orden del Rey) y después a Estella de Navarra, donde murió». Tan virtuosa como infortunada, no hay memoria entre los hombres, escribe el Padre Mariana, de mujer en España a quien con tanta razón se la debe tener lástima como a esta pobre, desastrada y miserable reina. Y Antonio de Cárcer de Montalbán resume diciendo: «Blanca de Borbón contaba apenas veinticinco años, y los ocho de matrimonio le habían sido para ella de cautiverio y de desgracia. Joven, hermosa, sin que la Historia le acuse de cosa alguna que justifique su triste fin, murió abandonada, y su muerte excitó la indignación universal. «E pesó mucho dello a todos los del regno despues de que lo supieron, añade Ayala, e vino por ende mucho mal a Castilla». Fue sepultado su cuerpo en el Monasterio de San Francisco de Jerez de la Frontera: era el mes de julio de 1361. El verano de su vida —25 años— le comenzó en la eternidad

Los arevalenses la fueron fieles y por eso celebraron el triunfo de Don Enrique de Trastámara «con ruidosas fiestas que pagó la Tierra, y coronaron la obra levantando con dinero y esfuerzo de los hijos de los sexmos de Arévalo, un caserón muy grande, que con el nombre de Palacio ofrecieron a su rey.»

Anécdota de Don Fadrique Enriquez

Hay un Documento en el Archivo Histórico Nacional que nos da claramente a entender cómo el castillo de Arévalo pertenecía como propiedad a la Reina Católica, pues fue legado en testamento por su

padre Don Juan II, a su madre doña Isabel de Portugal. Y dice el documento que la casa fuerte que su Majestad tenía en Arévalo era de piedra fongil blanca, de edificio antiguo con dos rindines, el uno redondo y el otro a la larga, con puerta accesoria que salía al río Adaja y una Torre llamada del Homenaje con cuatro suelos superpuestos y abovedados y por remate un chapitel adornado con un guerrero armado... Así lo recoge del documento aludido don Carlos Sarthou Carreres, quien añade: Había tres cañones de bronce, flanconetes, balles-tones, y culebrina en el siglo XVI. La casa anchurosa daba vista a dos ríos y a la población que circundaban. Había troneras, murallas de ronda, torre de la reina, calabozo, con varias prisiones y habitaciones del príncipe de Orange. Requerían reparación el puente, puerta, re-bellín, caballerizas y maderamen del torreón principal...

Oh célebre fortaleza del Adaja sitiada por Enrique IV para rendir a los nobles rebeldes partidarios del infante don Alfonso refugiados en ella. ¡Castillo cedido por el mismo Don Enrique a Don Alvaro de Zúñiga, con título de ducado, sin que los arevalenses le consintieran que el realengo quedase enajenado y unido al condado de Plasencia que por el de Zúñiga era poseído! Alcázar que contó entre sus ilustres alcades al príncipe de Asculi con sueldo de treinta mil maravedís... Aquí se confirmó la exacta justicia de Isabel «La Católica», que jamás miró categorías.

El autor desconocido del memorial de la HISTORIA DE LA VILLA DE AREVALO, varias veces mencionado escribe así al reseñar los reyes y príncipes que fueron presos en el castillo: «Don Enrique hijo mayor del almirante de Castilla, dio de palos, en Valladolid ante Isabel «La Católica», a Ramirez Florez de Guzmán, hermano del duque de Medina-Sidonia y a su padre le mandó traer preso.»

A modo de leyenda, y más exactamente, podemos contarlo, pues legendaria, como heroica, fue la justicia que repetidas veces hubo de hacer Isabel I de Castilla para evitar las banderías, disensiones, revueltas de la nobleza que impedían la grandeza de España... ..

La Reina estaba enferma, doliéndola todo el cuerpo, pues había tenido que caminar desde Valladolid a Simancas, en día de lluvia. Preguntáronla, viéndola desnudarse para meterse en el lecho cuál era su mal y contestó: «Duélenme los palos que Don Fadrique diera ayer a mi seguro»... Don Fadrique Enriquez era hijo del Almirante de Castilla, sobrino del Condestable y primo hermano del Rey; Don Ramiro de Guzmán, de la más esclarecida nobleza de León y señor de Toral. Se desafiaron por la sempiterna cuestión humana del amor por las mujeres. Más, la reina que lo supo, prohibió el desafío y a Don Fadrique le mandaba constituirse en prisión dentro de su casa en Valladolid, y a Don Ramiro igualmente le ordenó declararse prisionero en su posada. Ni en dicho ni en hecho harían cosa nueva uno contra otro, «porque ello lo mandaría remediar por justicia». Marchose don Fadrique de

Valladolid para no recibir la orden regia. Don Ramiro recibió un seguro de la Reina garantizándole que ya no había de sucederle cosa mala, pero aquella misma noche le dieron de palos fuertemente tres criados de Don Fadrique... La Reina montó a caballo y sin parar en el camino fue a Simancas exigiendo al Almirante de Castilla la entrega de su hijo y dos de las mejores fortalezas que tenía en su poder. Y dio Don Fadrique con su gentileza en el Castillo de Arévalo, testigo del Poder regio más fuerte cada día... La Reina, intrépida y valiente, se rendía después de su hazaña a la fiebre... Mas no se dolía de sí misma, sino de los palos que había sufrido su seguro, su ley.

Los otros personajes que se citan

Don Juan de Palafox y Mendoza, Marqués de Ariza, fue preso con motivo de las turbulencias de Aragón en tiempo de Felipe II, después que la justicia fuese ajusticiada en aquel reino, cuyos fueros no aguantaba el modo de ser del rey, ofendido además por la fuga de Antonio Pérez... Trajo el Marqués de Ariza consigo al castillo de Arévalo a su hijo del mismo nombre, Juan de Palafox, que habiendo nacido en Fítero en el año 1600 es personaje histórico de mayor consideración que su padre, ilustre prisionero de la Fortaleza del Adaja, pues habiendo seguido los estudios sacerdotales fue dignidad de tesorero y canónigo de la catedral de Tarazona, perteneció a los consejos de guerra y de Indias y fue consagrado obispo de Puebla de los Angeles en Méjico, nombrado virrey muriendo en olor de santidad como obispo de Osma. Es autor de numerosas obras literarias de Mística e Historia. En la Puebla de los Angeles construyó el Palacio Episcopal, el Seminario de San Juan, San Pedro y San Pablo y un colegio para doncellas pobres.

Cita el autor desconocido, del cual transcribe Montalvo, como prisionero igualmente del Castillo arevalense, al excelentísimo Señor Duque de Osuna, Don Pedro Téllez Girón, virrey de Nápoles. He aquí el gran amigo de Don Francisco de Quevedo, su más leal y desinteresado consejero político, que gobernó con acierto, discreción y justicia, siendo famosas sus sentencias. Es vallisoletano. Fue tercer duque de Osuna y se le apellida «El Grande» entre su dinastía nobiliaria. De joven fue alegre. Luego sentó plaza de soldado en los ejércitos españoles que peleaban en los Países Bajos y fue general y político bravo e inteligente... Por sus muchos y buenos servicios Felipe III le nombró capitán general y virrey en Sicilia y más tarde, en Nápoles, defendía con ardor los intereses de España en contra del Poder de la República de Venecia y los venecianos fueron hábiles para encartarle en una conjuración logrando que fuera destituido, mandándole encarcelar el Conde Duque de Olivares... A la fortaleza de Arévalo le mandó traer para llevarle a Madrid, según los detractores del Conde Duque, Don Gaspar de Guzmán, con fatídicos designios. No se halla en la biografía de Quevedo claro el episodio del arresto y destierro del gran satírico en la tierra de Avila, pero le cita en la novela histórica AMORES Y ES-

TOCADAS Fernández y González: ¿Preso Quevedo en Muñotello, junto al Adaja?... ¿O en la célebre Fortaleza del Adaja, que es el Castillo de Arévalo?

Finalmente el Príncipe de Orange

El autor desconocido, que sirve de índice, nos habla de este modo: «El Príncipe de Orange, Don Pedro Guillermo, general de la Armada de Holanda, preso por don Juan Ronquillo y conducido a la fortaleza, cuyo capitán era don Gabriel y don Juan Ossorio de Guevara, quien le acompañó después a los Países Bajos y a quien dio la Villa de Si-güenza que vendió y se volvió a su Patria». Y en la relación de caballeros Ronquillo que hace Montalvo aparece: «Don Juan Roquillo capitán general de la Armada en Filipinas, y vencedor de las naves holandesas en aguas de Gibraltar, donde apresó al príncipe de Orange, mandado al castillo de Arévalo» Item Ossorio Altamirano, hablando de su familia ilustre, «que en lo temporal (de que debemos dar a Dios gracias infinitas) no se puede decir más, habla del siguiente modo: «Don Juan Ossorio mi tío fue caballero de grandísimos y altísimos pensamientos; ellos fueron ocasión de competir por diversas veces con los del serenísimo príncipe de Orange, su prisionero, hasta perder su gracia y la del Rey Don Felipe el Segundo, que le mandó prender y llevar a Madrid, para cortarle la cabeza que indultaron las venerables canas de Don Diego Ossorio su padre y mi abuelo, y sus servicios, aumentados con el gran favor del señor conde de Chinchón, deudo muy cercano de mi señora doña Juana de Bobadilla y de Doña Ana de Montalvo y Fonseca, señora de las villas de Trabanco y Torre de Montacar. Esta pendencia y desgracia del príncipe de Orange con mi tío, que por no cansar no la refiero, fue causa de quedarse la casa de mis abuelos en la medianía de particular. Fueron hijos del señor don Juan Ossorio y don Diego Ossorio, mi abuelo, regidor perpetuo de esta noble villa, que sirvió cuarenta años continuos a su Majestad en diversas partes hasta ocupar puestos muy lucidos de capitán de Infantería y de veedor de los guardias, en que se ocupó hasta la edad de sesenta años, fueron estos servicios vastamente premiados por la Majestad del Rey Don Felipe II, pues le encargó la persona y crianza del serenísimo príncipe de Orange, cuya guarda mayor fue en el castillo de esta villa (veinticuatro años) hasta que el príncipe se fue a sus estados en Flandes a casar con la hermana del príncipe Condé». Y para recoger todos los datos dispersos en la voluminosa Historia de Arévalo y sus Sexmos de Montalvo, hay que anotar en el árbol genealógico de los señores de Palazuelos, origen de los Ungría, de esta Casa Real, Unión con los Sagra-meña, Río, Ossorio, Zimbrón y Montalvo (Siglos XIV al XVIII) se anota: Diego Ossorio Ungría, casado con Isabel de la Peña, de Segovia, Regidor, capitán en Argel, AYO DEL PRINCIPE DE ORANGE, padre de los dichos Diego (padre de Fernando Ossorio Altamirano) y Juan, alcaide del Castillo, que estuvo a punto de perder la cabeza por llegar

sus grandísimos y altísimos pensamientos a competir por diversas veces con los del serenísimo príncipe de Orange.

¿Dos Príncipes de Orange?

Indudablemente no son el mismo príncipe de Orange aquel de quien es ayo don Diego Ossorio Ungría y el que apresa en aguas de Gibraltar Don Juan Ronquillo. El primero fue a todas luces, por concordancia de fechas y tiempo de estancia en España, Mauricio de Nassau, hijo del primer príncipe de Orange, «Guillermo el Taciturno», y el segundo hubo de ser Juan Guillermo Frisón, Príncipe de Orange, designado por Guillermo III de Inglaterra su heredero en Holanda y sólo reconocido como caudillo (estatuder) por las provincias de Frisia y Croninga, que se distinguió como guerrero, viviendo solamente desde 1687 hasta 1711. Este fue el príncipe de Orange prisionero, mientras Mauricio de Nassau, el pupilo, el príncipe que en el castillo tenía sus habitaciones, a que alude este documento citado en el Archivo Histórico Nacional.

La cosa está clara y la apoya el testimonio de Ibo Alfaro, miembro de las Academias de los Quirites y de los Arcades de Roma, que trata muy detenidamente las luchas en los Países Bajos. Durante el reinado de Felipe II, don Fernando Alvarez de Toledo segundo Duque de Alba, nuestro ilustre paisano, llegó a los Países Bajos con tan amplios poderes, que la Regente Margarita de Austria dimitió. Guillermo de Nassau el Taciturno, se despidió de los Condes de Egmón y de Horn, a quienes no pudo convencer de la necesidad de huir... «Adiós, Príncipe sin tierra», le decían, y contestó Guillermo: «Adiós, duques sin cabeza»... Y cierto fue que se la cortaron.

Mauricio de Nassau tenía cuatro años o cinco por entonces, y recogido fue traído a España y ya quedan bien patentes en toda su importancia los servicios de Don Diego Ossorio AYO DEL PRINCIPE DE ORANGE, con habitaciones en la Fortaleza del Adaja.

A este tiempo es cuando Guillermo, el primer Príncipe de Orange, se hace protestante. Da patentes de corso a los nobles de los Países Bajos y los corsarios con el título de MENDIGOS DEL MAR capturan muchos buques cargados de oro que procedentes de América venían para España... Guillermo de Orange «El Taciturno» fue asesinado por un criado impelido por la sed de dinero, pues la cabeza del primer príncipe de Orange tenía puesto el alto precio de veinticinco mil escudos de oro. Y cuando su hijo Mauricio, educado veinticuatro años en Arévalo, vuelve a su tierra, termina con la soberanía española en Flandes: Don Diego Ossorio lloraría si hubiera vivido ya.

El autor desconocido de la Historia de la villa de Arévalo incide varias veces en errores manifiestos y ya lo advierte Montalvo con mucha prudencia. Y uno de estos errores es el nombre de Pedro, en lugar de Juan Guillermo Frisón, el prisionero de Juan Ossorio de Guevara, posterior a Juan Ossorio de la Peña, el tío de Altamirano.

Hoy el Castillo de Arévalo

La célebre fortaleza del Adaja, resurge de sus cenizas, conservando reconstruída su estructura imponente gracias al Ministerio de Agricultura que la ha convertido en almacén de los mejores candeales que la tierra produce: el trigo, que como Altamirano dice de su familia, que en lo temporal (de que debemos dar a Dios gracias infinitas) no se puede decir más. Una día su almenado matacán se coronó de banderas victoriosas y recibió la visita del Caudillo de España, Francisco Franco, que admiró la fortaleza de la vieja prisión histórica, hoy sólo hito de paz, advertencia de la Grandeza de la Patria que unificó Isabel. El eco del castillo repitió las aclamaciones del pueblo al Jefe del Estado que ha enlazado nuestra época de imperio espiritual hispano con la de fundamento de nuestra Unidad de Destino en lo Universal: Trigo, semilla, trigo buen fruto que no cabe decir más... Todo se oscurece de la Historia de la Célebre Fortaleza del Adaja cuando en sus salones suena el nombre de Isabel niña, o ISABEL Reina, ¡MADRE ISABEL!

El castillo de AUNQUE OS PESE

La princesa Zubezé murió de MAGUER

Pedro Dávila, como el caballero medieval que ostentó por los caminos la divisa «Por mi honor y por mi dama», con esta triunfante por los caminos, llevó a Avila y en Avila la esculpió en su casa solariega con otros mote alusivos al amor por su dama: «Sin bos a do vebir, mes morir»... Así cuenta el que fue Cronista oficial de Avila, José Mayoral Fernández, q. e. g. e., en su libro AVILA EN LOS VIEJOS Y LOS NUEVOS CAMINOS, lo que llama poesía del entrañable sentimiento matrimonial, «de lo que pudiera ser síntesis y la inscripción «Petrus Dávila et María Cordubensis» que inspirada en el «Monta tanto» de Isabel y Fernando, se repite en fachadas de casas señoriales de Avila: «Don Blasco Núñez Vela y Doña Brianda de Acuña», «Per Alvarez Serrano y Doña Leonor de Zapata». O bien representados los cónyuges en bustos en medallones...»

Desde su ventana del Valle Amblés —convertida en balcón en el siglo XVI— sigue diciendo el Cronista, se asomaba la damisela Doña Guiomar contrariada por su padre en el amor al doncel que por su padre fuera desterrado. *Y construyó para tener con ella comunicación, un castillo*, hoy en ruinas, con escudos de Dávilas, Toledos y Zúñigas de esa época de Isabel y que llaman AUNQUE OS PESE. La frase que el doncel dirigiera al padre: AUNQUE OS PESE, será mía vuestra hija. Como sucedió, triunfando ese espíritu amoroso del que hablan las divisas de la casa de Pedro Dávila.

El monumento y su historia

La cuenca originaria del Río Adaja, cerrada en otro tiempo como lago en donde se refleja el cielo azul, es desde la Prehistoria *valle abilés*, porque *Abila* era la cumbre dominante, no del conjunto de alturas, sino como humana morada más importante de todo el sistema de castros.

Cuando al finalizar el siglo undécimo los cristianos arrebataron decisivamente la Ciudad a los musulmanes, poblaron el Valle de Amblés formándose aldeas y caseríos habitados por labradores que cultivarían este granero y feraz huerta de Avila. Y para proteger los poblados y lugares, la Ciudad se ocupó en construir torres y fortalezas en los repliegues de la Sierra, evitando incursiones y algaras perjudiciales, dañinas y luctuosas. Tales fueron las ocasiones y motivos del Castillo de Sotalbo.

En un agreste picacho se alzó la señorial mansión aislada, cuya fortificación exterior refuerzan las moles graníticas naturales y amontonadas artificiosamente como apoyo a una barbacana corrida con acceso por una puerta que defienden los torreones flanqueantes, siendo bellísimas las formas que la imaginación reconstruye para garitas, atalayas y saeteras. El castillo muestra todavía sus torres cilíndricas alzadas sobre firme roca, cimiento visto, que no cede sin duda porque todo el monte es roquero.

En el último tercio del siglo XII un valiente adalid de la morisma Ben Mueszar, descendiendo de la Sierra y por sorpresa, se apoderó del Castillo, no tardando en ser recuperado por tropas abulenses que habían luchado en las campañas de Extremadura y habían conquistado a su vez a los almohades el castillo que llamaron de Fortún Fortúnez, en Badajoz, así como también muchos lugares, sierras, valles y poblados de las Herrerías de Avila, posteriormente Sexmo de Arenas de San Pedro. Y de tales combates parece que procede, lanzado por vez primera, el reto de AUNQUE OS PESE. Pero no precisamente como expresión poética del entrañable sentimiento matrimonial. Esto fue luego...

La leyenda primitiva

Las armas de Avila se batían durante los primeros decenios del siglo XIII, siguiendo al Rey Alfonso VIII, segundo de los reyes niños custodiados por la nobleza de la Ciudad, que de su gratitud recibió el blasón de AVILA DE LOS LEALES, frente al Castillo de Lobilín, frente a Baeza y Alcaraz, Alcántara y Alcalá de Benzaide, después de haber brillado el valor y arrojo de los abulenses en la más alta ocasión de la Edad Media española: memorable batalla de Las Navas de Tolosa.

Ella —Guiomar la llaman— vióle llegar sobre jaca andaluza, altanero y soberbio, lleno de triunfo. La joven se prendó de su brío y el mozo la llevó tras de sí... Y dentro de la ciudad, oculta por la tenue columnita, parteluz del ajimez, a las miradas de la gente, siguió con la suya el cortejo en que su caballero formara. Alvar Dávila dicen.

El cumplimiento por parte de su padre —principal de la Ciudad— fue ocasión de conocerse. Se turbaron... ¿Y por qué de fruncirse el ceño del padre? ¿Qué de la historia de aquel caballero?...

Días después le vieron salir muy triste por la puerta misma que

otros anteriores pasara gozoso. Suelta la rienda la misma yegüita denota desgana. Se aleja por tortuosa vereda... En el ventanal presencia su marcha el padre de la niña enamorada: Don Diego de Zúñiga. El joven le ha visto y vuelve sobre sus pasos. Su semblante aparece rojo de ira. Tiene fuego en los ojos:

—La he de ver *aunque os pese*.

Y al otro lado del valle

Doce golpes secos de martillo de hierro. Por entre las almenas corre su sonido desbordado. La ciudad se contrae de frío y la luna asoma su cara entre las nubes por ver curiosa la escena. La niña sale a contarle sus cuitas amorosas. La luna la escucha paciente y luego corre sobre nubes pregonando... Al otro lado del valle las llamas de naranja de una hoguera dibujan la silueta del castillo, soberbio de rencores, ingente de amor. Y en una torre frente a la Ciudad, su figura y la luz roja de sus ojos... La de la aurora blanca deshace todo encanto. La joven vuelve al lecho. Las llamas de naranja se apagan lentamente y el castillo se esfuma en el azul de lo inmenso y en el aire del ensueño. Sólo una cosa queda en el valle que nos recuerde la noche... Es el eco de una voz: ¡AUNQUE OS PESE...

De entonces se oye en el Valle y, dicen los aldeanos una copla o letrilla llena de melancolías: «Guiomar está triste / su amor está lejos, / entrambos se mueren / entrambos son presos. / Cómo se miran. / Cuánto se quieren! / Y son los suspiros / las únicas prendas / que van y que vienen».

La Crítica

Quienes por adornar la leyenda, que busca explicación al mote AUNQUE OS PESE, desplazaron la realidad histórica y monumental erraron lamentablemente, pues relacionando el balconaje del palacio de Pedro Dávila, sobre la Puerta de la Muralla, con el Castillo de Sotalbo, diciendo que le construyó el joven expulsado de Avila para ver a la ciudad o a su amada aún a pesar del padre de ésta, relacionan contemporáneamente un monumento del siglo XI con otro del siglo XVI: castillo y balconaje, respectivamente.

El castillo estaba y un balcón primitivo del palacio privilegiado con poterna particular, estaba también marcado en el muro lateral de la gruesa torre de aristas flanqueante de la puerta del Rastro. Y este nombre viene de la señal de paso repetido, llegando a formar vereda, en la bajada de la difícil escarpa, defensa natural de la ciudad fortificada, al mediodía.

Así tiene la primitiva leyenda verosimilitud arqueológica. Pero hay en el castillo de AUNQUE OS PESE una inscripción con signos arábigos...

En una cueva, mazmorra, o quién sabe si oratorio al modo de soterraña, hubo una lápida que llamaban los pastores de la serranía de Los Baldíos, que algunas veces pasaban por el Castillo de AUNQUE OS PESE, la piedra del tesoro. En ella se apreciaban dibujos caprichosos al parecer y nadie había en ellos parado mientes deteniéndose a pensar. Es conducta muy corriente seguir al estudiante de Salamanca que pasó de largo ante la escritura epigráfica que repetía CONDITUR UNIO, CONDITUR UNIO... sin pensar que se guardaba debajo de la piedra la unión del matrimonio enterrado y la perla, concreción nacarada, redonda y de reflejos brillantes, simbólica poesía del entrañable sentimiento matrimonial, de incalculable riqueza.

Pues he aquí que, descifrados los rasgos de la inscripción que había sobre la losa, declaraban estar allí enterrada «la princesa Zubezé, que murió de *maguer*». Y si la curiosidad fue tentación de saber lo que decir querrían los rasgos arábigos epigráficamente, su descubrimiento fue gran estupor, de manera que allí, sentado sobre una roca del que fuera patio de armas un día, meditaba cuál pudiera ser solución al enigma y quién sería Zubezé, la princesa que murió de *maguer*, así como la clase de mal que sufrió... Del suelo ascendían aromas de fresco heno, jazmín y tomillo. Aspirando la deliciosa brisa perfumada me sentí transportado a un salón con alfombras al estilo de oriente, donde cuatro pebeteros exhalaban nubes olorosas de un humo azulado y transparente, dejando ver el color de una tapicería obsesionante por la combinación de sus líneas.

Al mirar de frente hacia un trono destacado en el testero del salón, vi levantarse una cortina de seda y entrar un mago que narró la más extraordinaria de las aventuras, evocando con tal viveza los personajes, que los hacía revivir: en el trono tomó asiento Ben Mueszar y a su imperativo gesto sonó una música dulce de guzlas permaneciendo invisibles quienes las tañían. En su ojos se adivinaba la visión de las palmeras cuyas ramas movía suave brisa. Una danzarina comenzó su rítmico movimiento agitando sonoramente las ajorcas de brazos y piernas... Ben Mueszar mandó entonces llamar a Zubezé:

—Hija mía, la dijo, mirándola con amor paternal: he venido siguiéndote desde el lejano reino de Jaén. Y no por ti solamente hice tal viaje. Aquel cautivo caballero cristiano, que gozó de mi amistad, puso en tu corazón la llama de un deseo. Mas tú no puedes ser la esposa de un cristiano: estás destinada a mantener el trono de tu padre casándote con el bravo Alí Beró, esperanza de unión de reinos taifas...

—Padre mío... AUNQUE OS PESE yo he de adentrarme más y más en el Reino de Castilla. Si no lo permitís, lloraréis la muerte cruel de vuestra hija. No es la llama de amor que suponéis y es más que vos en verdad, lo que yo sigo. Aldefonso, cautivo caballero, logró mi confianza. Vos mismo permitíais que yo le hablase. Confiéle mi cuita, mi pesar... Y él me habló y me contó que existe un cielo y en él una Señora hermosa, Reina de pensamientos puros y dueña de los suyos...

—Volverás a Jaén mañana mismo. Me han llegado noticias de que tornan huestes cristianas hacia la ciudad que vemos. Y tú has de ponerte a buen recaudo por si nos atacasen.

—No iré *MAGUER os pese*.

—*MAGUER os pese* ¡siempre *MAGUER os pese*... *MAGUER os pese* volverás, que porque tornases vine. Y ahora tardaré poco tiempo en mi venganza...

Palideció la encantadora Zubezé. Reinaba en su pecho la contrariedad: no sabía responder sin «*maguer*» a su padre: no podía manifestar su amor sin producir contradicciones. Dolores y pesares eran su vida, con ansiedad de maternal cariño desde su tierna infancia pues la faltó su madre siendo niña...

La contrariedad le produjo aquella noche fiebre altísima. Su padre no pudo realizar sus propósitos... Y Zubezé permaneció a su lado. Se produjo el asalto del castillo por las tropas cristianas. Murió Ben Mueszar... Cuando en la Torre del Homenaje llegó un caballero al retiro de la joven princesa enferma y alzó el rico tapiz de entrada, ella dio un grito que resonó en la bóveda:

—Aldefonso!... ¿Venis por mí?... *MAGUER os pese*, no puedo seguir; pero os amo...

Aldefonso vióla delirando y se acercó al lecho en que la joven reposaba su angustia, tomándole las manos entre las suyas:

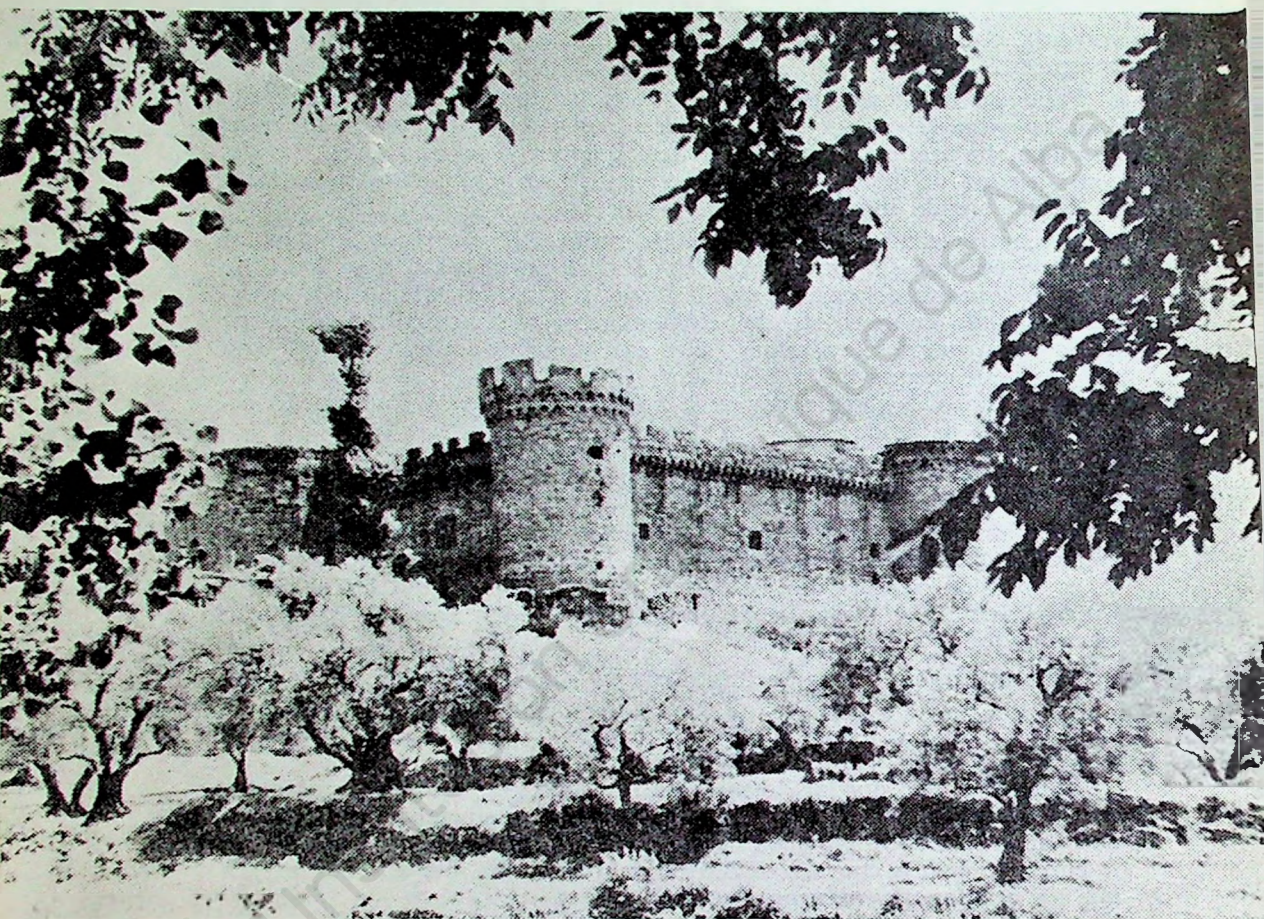
—Te amo, Aldefonso; mas mi padre siempre contrarió a mi corazón con gran dureza por procurar la unión de los reinos moros divididos. Y, es obsesión siempre que hablamos la maldición «*MAGUER os pese*». Quiero vivir feliz. Llegar a conocer aquella Reina que me has dicho es tu madre...

—Es la Virgen. Madre de Cristo Dios y Madre nuestra

Zubezé pareció quedar dormida en su desco. Sus ojos bellos abiertos tenían una visión feliz como acusaba la sonrisa de sus labios. En la falda de la montaña recibieron los moros muertos sepultura; pero a Zubezé la enterraron en la cueva. Y Aldefonso trajo allí una imagen de la Virgen que los cristianos veneraron siempre...

Se dijo que Zubezé había muerto de *MAGUER* y escribiéronlo así moros que fueron presos y sirvieron como esclavos, grabando la piedra fría. Pero *MAGUER* que significa *AUNQUE*, dice también *FELICIDAD* y *DICHA*... Y pudo ser que el corazón de Zubezé no resistiese al gozo de su anhelo; poesía del entrañable sentimiento matrimonial y ansias de madre...

El castillo se llama de *AUNQUE OS PESE*; pero la Virgen de *Quita-pesares*... ¿Cuál fue la enfermedad de Zubezé, la bella princesa musulmana?...¿*CONTRARIEDAD* o *DICHA*?... «Yo me inclino a esto último, *AUNQUE OS PESE*, terrible *Alí Beró*». Así terminó el mago su relato.



Mombeltrán.—(Foto Mayoral).

El Castillo de Mombeltrán

El ducado de Alburquerque.—Recuerdos históricos de la Edad Media.—
Leyendas en torno a la Beltraneja.—Otros personajes.—Estado actual
de la fortaleza

Don Juan Alfonso de Alburquerque fue ministro y privado de Alfonso XI, el del Salado. Y cuentan de él —leyenda e historia mezcladas— que tenía una tan abundosa cabellera que su presencia recordaba al bíblico Absalón, hijo del rey David, hermoso, fornido, temible guerrero... Y que aconteció, luchando en un bosque de encinas de las tierras pacenses contra los moros, habérsele también enredado entre las ramas de los árboles su pelo, por lo que se dijo de él haberse corrido el «riesgo de la encina», en latín «albur querques» —baja latinidad—, y de ahí quedó al lugar citado de la provincia de Badajoz, Pax Augusta de los romanos, el nombre de Alburquerque, hoy partido judicial con restos de muralla y del castillo de don Juan Alfonso, tutor de Pedro el Cruel cuando murió su padre, «el oncenno»... y muchas cosas más.

El ducado de Alburquerque

El apellido Alburquerque fue desde don Juan Alfonso el luso, pues por portugués se le tiene, ilustre y honorable, y a tan noble casa pertenecieron personajes históricos como aquella que los castellanos llamaron «rica hembra» por su mucha herencia, que fue amantísima esposa de don Fernando I de Aragón, «el de Antequera», la cual aparece como fundadora de un convento de monjas en la coronada villa de Medina del Campo, huyendo de los ruidos cortesanos, apenas dejó cumplidas las disposiciones testamentarias de su esposo, muerto el 2 de abril de 1416: pero el ducado de Alburquerque no fue fundado hasta un siglo después de don Juan Alfonso, creándole Enrique IV el Impotente a favor de don Beltrán de la Cueva, el hidalgo de Ubeda que aparece en la corte de Castilla gallardo y apuesto como el que más, y es ascendido desde su categoría de paje de lanza en poco tiempo al cargo de mayordomo mayor de

Palacio; nombrado en 1463 conde de Ledesma, casa con una hija del marqués de Santillana, entroncando de tal modo con los poderosísimos Menéndoz; consejero del Reino, le confiere el rey Enrique la más alta dignidad de Castilla, que era el Maestrazgo de Santiago...

No le faltaba más en su carrera que ser padre de la hija del rey, que hubo de llamarse «Beltraneja», según el común asentimiento de los historiadores con muy fundados motivos.

El título de Alburquerque tuvo un castillo señorial en la Tierra de Avila, con gobernación sobre doce pueblos del riquísimo territorio de la «Andalucía abulense». Y vino a pasar, andando el tiempo, a la ilustre casa de los Alcañices, que ostentan en Avila el patronato de la capilla de la Divina Portera, del convento de San Antonio de Padua, siendo favorecedores de este convento de padres franciscanos.

El castillo señorial de la Andalucía de Avila, correspondiente al título de los Alburquerque, se alza sobre una colina dominante del Barranco de las Cinco Villas, defendiendo el paso a Castilla por el borde de la sierra de Gredos, denominado Puerto del Pico. Y es considerada esta fortaleza ruinosa, cuya edificación data del siglo XIV en lo que se conserva, como una de las más importantes muestras de la arquitectura militar del medievo. Se llama

Castillo de Mom-beltrán

La Historia narra episodios muy dolorosos al dar cuenta de los más importantes sucesos del reinado de Enrique IV el Impotente: los acontecimientos de orden familiar e íntimo de la vida del monarca son, en realidad, los más importantes y trascendentales de su reinado, porque nos conducen de lleno a la proclamación de nuestra madre Isabel, heredera de Castilla, efectuada en la venta juradera de Guisando, frente a la cumbre bravía del cerro que albergó a los eremitas fundadores del viejo monasterio de Jerónimos, junto a las moles graníticas de los cuatro toros ibéricos...

Sin entrar en discusiones enojosas, que serían descortes para la egregia dama, digamos en razón de justicia que don Beltrán de la Cueva se hacía querer por su juvenil arrojo, su discreción y la natural simpatía de que se hallaba dotado, de manera que a doña Juana de Portugal, seis años esposa ya de un hombre que los historiadores tachan de imbécil, sin circunloquios, pudo no serla indiferente. Y faltó la virtud ante la violencia pasional. Cupido encendió el fuego del amor concupiscente...

Cuando llegó a Madrid, en donde gustaba tener su corte don Enrique IV, un embajador del duque de Bretaña fue obsequiado con grandes festejos, entre ellos un paso de armas, celebrado junto a la hoy llamada Puerta de Hierro, que entonces no existía. En este paso cada uno de los contendientes, después de haber roto tres lanzas, tomó de un arco dispuesto al efecto una letra de oro, inicial del nombre de su amada. Don Beltrán no tomó letra... Y todos, por tal detalle, sin otra lógica que

la del ambiente circunstancial, vinieron en pensar que la dama de Don Beltrán era la reina, entonces en expectación.

Cuando nace la «Beltraneja» cunden contra el conde de Ledesma, duque de Alburquerque y maestre de Santiago, el descontento de los nobles, envidias y odios, pidiendo para él un duro destierro; aumentan los rencores cuando Enrique IV procede a la declaración de heredera del trono en favor de la Princesa Juana «de fingida estirpe», según el escrito que los conjurados de Burgos, y al frente de ellos el marqués de Villena, dirigen al rey, siendo dueños de la persona de don Alfonso el infante hermano de Isabel la Católica, que muere más tarde en Cardenosa; el Impotente negocia con los conjurados —diecinueve señores y cuatro prelados— que, andando el tiempo, sea proclamado Alfonso heredero y case con la «Beltraneja»... En fin, que todo el desorden ha de abocar al tablado infamante de Avila, destronando al rey en efígie los nobles rebeldes, presididos por el arzobispo Carrillo, de Toledo, a su vez quemado en efígie igualmente por los mochileros de Simancas, que cantaban: «Esta es Simancas, don Oppas traidor; esta es Simancas, que no Peñaflor...» Historiadores hay que hablan de guerra civil y de cierta batalla que se planteó en Olmedo: el rey se retiró y buscó refugio en una aldea vecina. Don Beltrán en cambio, contestó a un mensajero que le anunciaba la batalla inminente con cuarenta caballeros de D. Alfonso y del arzobispo:

—Decidles las armas e insignias con que voy a pelar; tomad bien las señas para que podáis blasonar y que por ellas me conozcan y sepan quién es el duque de Alburquerque...

Y mostraba en el escudo ducal —que aún campea en la entrada de su señorial castillo— el león, el águila y las fuertes barras.

En el castillo señorial de Alburquerque, del sur de la Tierra de Avila, se hallaba la reina con su hija, confiada con seguridad amorosa en la firme defensa de la fortaleza típica y de la lealtad de servidores fieles: allí la llegaron noticias de las revueltas, conjuraciones, luchas y amenazas incessantes. También había sabido la cobardía del esposo, que al concertar el reconocimiento por heredero del trono de Castilla de su hermano Alfonso y acceder a que fuese jurado príncipe de Asturias, manchaba públicamente la honra de la reina, dando a entender que la princesa doña Juana no era hija suya...

Después de los sucesos de Olmedo vio un día desde la torre del Homenaje descender por el puerto del Pico una cabalgata que los vigías anunciaron pronto con señales de amistad; pero no podía la reina figurarse de quién fuera la visita que en medio de tantas inquietudes había de recibir: era el maestre de Santiago quien alzaba su pendón sobre la ondulante línea de la calzada romana, el conde de Ledesma y duque de Alburquerque... La reina descendió desde la plataforma de la torre, presurosa, por la escalinata interior hasta el patio de armas, y aún más, llegando a la defensa de la barbacana. Entendía la preocupación del gentil caballero que de veras la amaba y por amor arrostraba diatribas y odios. Ella, la dama, llorando, arrojóse en los brazos del caballero. Y entre suspiros profundos, exclamaba doliente y dichosa con su dulce decir portugués: «Mom Beltrán!... Mom Beltrán!...»

El tiempo pasó; pero no sin dejar la huella de su paso. El marqués de Villena volvió a ser favorito de Enrique IV. Según convenio entre los nobles, que habían destronado al Impotente de Avila, y este desgraciado rey, «el más abatido que jamás ovó en España», como le dijo el obispo abulense Barrientos, cuando ya lo era de Cuenca, doña Juana de Portugal, la reina, «quedó en poder del arzobispo de Toledo como rehén y garantía...». Fue conducida al castillo de Alahejos y, cuenta el padre Mariana que allí «puso así ella los ojos en un cierto mancebo» y con la conversación que tuvieron se hizo nuevamente madre... Don Fernando y don Apóstol se llamaron sus hijos.

Don Beltrán, galán y valiente, fue, sin duda, leal a sí mismo si tiempo antes había sido ambicioso. Y al hallarse casado con una bella joven, educada bajo la influencia francesa; libre de las ataduras de un tiránico amor, que fue regío, dispuso su castillo para la vida de hogar: con su esposa, marquesa, fue un verdadero duque, amante, generoso, fiel. Durante muchos años vivió la paz de la vida fecunda y alegre que ofrece el Barranco de las Cinco Villas del sur de la Tierra de Avila: nuestra bella Andalucía, regada por las gargantas que, cristalinas y refrescantes, descienden de las alturas de Gredos. Con su esposa recorría sus montes, gozaba en sus huertos: pinos, olivares, deliciosas hondonadas sombreadas por la frondosidad de gigantescos castaños, frutales de todas clases, incluso naranjos... Y a imitación de las vegas granadinas, junto a la sierra Nevada, la nieve en los picos de nombres morunos como el Almanzor...

Su castillo era el más hermoso que soñarse pueda. Su línea elegante se alza sobre una colina que domina sobre la abertura del valle hacia el lecho del Tiétar. Para entrar hay que dirigirse hacia una puerta de arco de medio punto, sobre la que campea el escudo de Alburquerque con corona ducal. Desde las garitas de dos pequeñas torres gemelas daban el alto los ballesteros vigilantes antes de echar sobre el foso un puente levadizo. Salvando el sistema de fortificación exterior —barbacana circundante y foso, excepto donde por la altura de la escarpa éste no es necesario— se pasa esta puerta de entrada a una plaza de armas, con muro almenado, hallando la segunda puerta protegida por matacanes que coronan nuevas torres, viéndose allí nuevos escudos de ajedrezados y ornados con corazones o estrellas. Al patio de armas concurrían los accesos de las estancias inferiores para las mesnadas y criados. Un pozo aseguraba la necesidad de agua contra cualquier intento de sitio. Era elegante el sistema de arcos de la galería inferior que sostenía la techumbre, pavimento a su vez de las estancias señoriales, extendidas principalmente a mediodía y poniente, formando un conjunto de tres pisos, además de los sótanos, mazmorras y bodegas.

En los capiteles de las columnas centrales de la galería inferior, torre del homenaje y adarve, se advierten escudos labrados en piedra granítica muy erosionados; se repiten los temas de barras, leones, estrellas, águilas, corazones... Todos temas poéticos, haciendo memoria muchos

de ellos del padre de la duquesa, Iñigo López de Mendoza, muerto en 1458, siendo ella niña todavía... Al nordeste, la torre del Homenaje mantiene sus diversos pisos en torno a una pilastra muy fuerte. Comunicanse las chimeneas en el grosor del muro, y el sistema de escaleras ocultas. Es una fuerte torre albarrana y a la vez flanqueante como las de los ángulos noroeste, sudoeste y sudeste. En estas tres podemos imaginar los retiros de las damas, los gabinetes más secretos, comunicando el vaciado de los torreones con las estancias decoradas entre los grandes salones que serían comedores, estrados, etc., sobre las estancias inferiores y cuadradas a lo largo de los muros oriental, meridional con el único balcón exterior y al poniente.

El clarín de unidad y grandeza de España

Resonó sobre las altas cumbres un día el clarín de la Unidad y Grandeza de España y tuvo eco en el noble corazón de don Beltrán de la Cueva. Por la puerta que junto a la torre albarrana mira al oriente, salió don Beltrán capaz de un desafío al sol. El se había opuesto antaño al casamiento de la infanta Isabel de Castilla con don Pedro Girón; en el combate de Olmedo hizo heroicidades a favor del rey Enrique, cobardemente oculto en una aldea vecina mientras don Beltrán peleaba... Ahora salía de su castillo para ocupar su puesto de caballero leal en las huestes de nuestra madre Isabel, para luchar en contra de las pretensiones de la que, como hija suya, llamaban todos la «Beltraneja»...

La esposa bajó presurosa desde su habitación octogonal en el ángulo sudoeste de la galería superior, cruzó al comedor donde la chimenea quemaba los troncos de olivo, que llaman «leña de reyes»; pasó a la habitación octogonal del ángulo sudeste, donde su esposo acostumbraba a recibir a sus amigos: Estas habitaciones octogonales eran en la planta superior como castilletes mudéjares. En la torre del sudoeste se apreciaban mejor dos cubículos abovedados y sobrepuestos comunicados entre sí por escaleras ocultas. Y aún hubo de llegar la López Mendoza para despedir a su esposo hasta la torre del Homenaje, hasta cuya planta superior llega la pilastra octogonal central sobresaliente, en la que se apoyan las bóvedas de los dos pisos inferiores. Por una escalera de caracol descendió a la más amplia escalera de honor...

Arrojóse la esposa en los brazos del caballero que marchaba a luchar por la Unidad y Grandeza de España. En lo profundo de su corazón admiraba el gesto heroico del que fue un día paje de lanza, «cupido» de una reina muy enamoradiza; pero que era un caballero español con alma de príncipe y le sobraba por eso presencia y potencia para ser duque. Y al fin, mitad monje, sabía del amor obligado por encima del amor pasional. La reina de Castilla no se llamaba ya Juana: era Isabel, cabellos de oro y ojos de cielo, la belleza encarnada. La joven Juana no era más que la «Beltraneja», no despreciada, pero exactamente hija del cupido Beltrán; el duque no la otorgaba protección paternal apasionada.

La López Mendoza en brazos de su esposo era más dichosa que nunca

lo fuese. Y así lo expresaba en sus besos y palabras, que, por la influencia francesa, coincidieron con las de sensual dulzura de la reina infeliz que hubo de pasar como pecadora a la Historia por haber sido su marido el Rey Impotente.

Lágrimas, besos y abrazos de la esposa indulgente porque amaba con gozo, placer y dulzura, exclamando: «Mom Beltrán!... Mom Beltrán!...».

Y el duque quiso que la villa se llamara de tal modo. Y engrandeció esta puerta por donde saliera para luchar por la Unidad y Grandeza de España y sobre las nueve anchas dovelas de su arco anchuroso puso tres escudos que resumen su vida: en el centro, debajo de la corona real, un escudo de cuatro cuarteles con castillos y leones cruzados, que fue un tiempo escudo nacional; a la derecha de tal escudo, otro recuerda barras aragonesas y el águila que se remonta en innacesibles alturas como él mismo había hecho. El escudo tercero, recuerdo del matrimonio, parece un homenaje con su cruz en aspa rendido a la mujer que comprensiva, dulce y amante, purifica la vida del «esposo torcaz»: es un escudo cuyas líneas se cruzan en aspa y tiene a sus lados la leyenda de la salutación angélica, «Ave Maria, gratia plena».

Las ruinas legendarias del Castillo de la Adrada

En el maravilloso paisaje del valle del Tiétar, de horizonte limitado por la serranía de Gredos al norte, pero abierto a la inmensidad de las cálidas tierras toledanas por el sur, salvo el accidente orográfico de la Sierra de San Vicente, que los Santos Patronos de la ciudad de Avila —Vicente, Sabina y Cristeta— pasaron para evitar la persecución del tirano, que ostentaba la potestad en nombre de los emperadores Diocleciano y Maximiano; dominando la extensión del cruce de caminos que al «sotillo» de la Adrada concurren, se halla el castillo del antiguo señorío: La Adrada.

Los moros llamaron La Adrada al lugar —*«el círculo de tierras en torno al castillo romano primitivo, definitivamente reconstruido en románico, si es que no hubo allí castro celtíbero anterior»*— que durante la plenitud del feudal poderío fue villa, como ahora se clasifica en la categorización de los poblados. Y fuera del «círculo», fuera de La Adrada, quedaba un bosquecillo —«saltus» en latín, «soto» en castellano— que por pequeño se llamó *Sotillo*, «sitio poblado de árboles en las riberas o vegas», y también «sitio poblado de malezas, matas y árboles».

Se sabe tan poco del castillo de La Adrada que no puede ser menos. En la magnífica obra «Castillos de España», de Espasa-Calpe, no se le cita, y entre los que de cosas de Avila escribieron tampoco se ve alusión ni referencia. Su estado ruinoso le hace despreciable a fines utilitarios; un poeta empero podría evocar páginas románticas de una prolongada historia de paz en el valle feliz. Las ruinas del castillo de La Adrada son ciertamente muy expresivas; la fortaleza erigida en un monte redondo y de paisaje circular en su torno, se hallaba rodeada de un foso, como lo demuestra el muro, ante la poterna de la barbacana en alto, que servía de apoyo al puente levadizo. En la puerta de la muralla exterior que tras del puente alzado quedaba oculta, flaqueada por dos torres gemelas muy airoas y de sillería en redondo, se aprecia el sistema de sujeción de las hojas, construidas con madera de pino, consistente en una gruesa tranca que corría por el interior del muro, apoyándose cuando cerraba en un

hueco excavado un fuerte sillar, como los huecos circulares para el juego de los goznes... tan fuertes eran los torreones de la barbacana que han caído bajo la implacable acción trituradora del tiempo, deslizándose sobre su cimientó arcilloso, y mantienen la cohesión de sus elementos de hormigón, mampostería o sillares. Se aprecia en su conjunto la impronta del románico, pues fue reconstruido después de los afincamientos realizados por el conde don Ramón de Borgoña y los adalides, como avanzada de defensa frente a las posibles incursiones de los moros, ya vencidos del Tajo hacia el Sur en muy amplio trecho...

La bella estructura del castillo, que domina todo el valle del Tiétar en redondo, nos hace creer como suya esta historia: Alfonso VI, el de la mano horadada, durante su estancia entre moros, enamoróse de la bellísima Zaida, hija de Almotamit, rey de Sevilla. La princesa se casó con el rey castellano, muy poco antes de conquistar él Toledo, y se hizo cristiana con el nombre de Isabel. Y mirando a Toledo, Alfonso VI la trajo al castillo de La Adrada, siendo la madre del príncipe Sancho, en tierna edad muerto en la derrota de Uclés, donde fue defendido por los Siete Condes, entre todos destacando el de Cabra, cuñado del Cid...

Esta es la época del máximo esplendor del castillo de La Adrada, y quedan en las ruinas el gran ábside correspondiente al torreón del homenaje y la fuerte torre del noroeste, con detalles del arte mudéjar. Tal vez el cubículo diminuto de dicha torre, con bóveda en ojiva, fuera el retiro de la bellísima Zaida, la cual quiso mucho a los abulenses por las muestras de predilección que dio su esposo, el rey castellano, a la noble ciudad, haciendo que fueran sus hijos, don Ramón y doña Urraca, quienes personalmente dirigiesen la repoblación; pero además, porque...

«Imperaba —dice un texto de Historia— sobre los musulmanes españoles Ali-Abul-Hassan, hijo de Yussuf, y mientras el Cid guerreaba en Valencia y leoneses y castellanos aseguraban las conquistas hasta los confines de Aragón, las armas abulenses, al mando de Sancho Sánchez Zurraquín, salieron por primera vez a campaña y alcanzaron señalados triunfos sobre los moros de Zaragoza.» Y añade Picatoste: «En estas guerras comenzó a distinguirse el joven Nalvillos, guerrero curtido en los combates, a quien las crónicas dan el título de Rey y de quien la tradición refiere hazañas maravillosas.» Los abulenses sabemos la narración y leyenda históricas de los amores de Ajá Galiana... Es el caso que los guerreros abulenses fueron contra Cuenca, una villa entonces, que formaba parte del patrimonio de Zaida. El padre de la reina castellana, Almoramid de Sevilla, se había apoderado de ella. Y los moros la defendieron con tenacidad asombrosa; murió acribillado por las flechas el adalid abulense Sancho Sánchez Zurraquín, al abrirse paso por en medio de un pelotón de moros, que aguantaba y contenía el empuje feroz de los ballesteros de Avila; pero la plaza se tomó para el rey castellano, Alfonso VI quedando de guarnición allí los abulenses mandados por Blasco Jimeno. Y Zaida, que de corazón era Isabel, fiel a su esposo, gozó la conquista. Sin descansar apenas, los abulenses ganaban poco más tarde la plaza de Ocaña, dirigidos por Fortún Blázquez...

La bella Zaida, cuyo nombre significa «pescadorcita», murió en 1107, el mismo año de la muerte de don Ramón, el buen conde... Y el estilo de transición del románico al gótico, que se manifiesta en el templo-fortaleza de Avila, su catedral, también se advierte dentro del castillo de La Adrada, donde parece que el torreón del homenaje, de una factura románica perfecta, se transforma en capilla, con anteposición de un arco en ojiva muy amplio, que se mantiene firme con las señales de los canteros que labraron sus dovelas... También se descende por boca circular a la que pudo ser mazmorra, con bóveda de ladrillo cocido, al modo de cárcel romana.

Castro Nuevo...

En el término de Rivilla de Barajas se halla situado este castillo, denominado CASTRONUEVO, cuyo nombre dice ya lo que es: un *castro nuevo* o castillo en donde primero hubo situado un castro... Nada tendría de particular que cualquier día, un arqueólogo investigador, o un campesino sin ánimo de investigar, descubriesen interesantes yacimientos pre o protohistóricos.

Da qué pensar el término de Rivilla de Barajas, pues *rivilla* claramente se deriva de *rivus*, que significa *riachuelo* y tal se dice también *rivera*, mientras que *ribera* viene de *riparia* y significa la orilla, o tierra próxima a los ríos y por extensión «*huerto cercado lindante con un río...*» Esto coincide con lo que algún autor ha dejado escrito refiriéndose a Valladolid: vallado para la lucha, junto al río Pisuerga. Aquí —lo de menos es que modernamente veamos escrito *rivilla*, con «V», el diminutivo de *ribera*: lo importante es que sea *rivilla* de *barajas*, ya que este término tiene el significado de contienda, reyerta, lucha... No solamente el de juego de naipes. Tal se ve en cierto mote heráldico, al cual corresponde el signo de las «*barajas*», diciendo: «*Las barajas excusallas; comenzadas, acaballas*». Entonces nuestro *Rivilla de Barajas* pudo tener un significado de cercado para las luchas en la orilla del río Zapardiel... Un otero, fantástico observatorio de la extensión morañega.

Siguiendo con Federico Bordejé la ruta de Castillos abulenses en la excursión organizada por la Asociación de Amigos de los Castillos en

1961, se visitó este de Castronuevo con los de Villaviciosa y Narros de Saldueña. Se ve Castronuevo en un despoblado, del que, con otros vestigios, se conservan las ruinas de una iglesia, cuya esbelta torre, no lejos del castillo, producía un bello efecto. El castillo debió existir como castro primitivo y más tarde fortaleza en la transición del románico al gótico, siendo restaurado en el siglo XV, probablemente después de alguna sanción que le tocara en tiempo de los Reyes Católicos, como Castronuevo. Se ve obra nueva maravillosa, que llama poderosamente la atención, como imponente que es, la cual corresponde al siglo XVI.

Se dice que sigue perteneciendo a los duques de Alba, si bien nadie piensa en restauraciones ni en entretenimiento del edificio... Lo cierto es que campea la heráldica de jaqueles en él y que a la Casa de Alba correspondió, habiendo sido desmontado en este siglo uno de los mejores artesonados por los duques para instalarlo en su palacio de Madrid. Y es que desde el punto de vista residencial Castronuevo habla de suntuosidad en los datos de monumentalidad que nos muestra: patio central de armas; amplísima y suntuosa escalera señorial, dividida en dos tramos para el ascenso desde el primero de arranque, con la custodia de leones... Grandes salas con restos preciosos del antiguo ornato...

Al exterior apreciamos su planta rectangular, con fuertes torreones en los ángulos, sin Torre de Homenaje; pero sí con torres albarranas salientes de los lienzos laterales: baluartes cuadrados, rematados por matacanes reales y ornamentales, con arcos muy finos de ladrillo, material que predomina en toda la obra propio del terreno.

En una breve nota, que fue repartida a los participantes en aquella excursión mencionada, nos advierte Bordejé que el mayor interés militar reside en el recinto exterior o barrera, surcado en su interior por unas galerías, abovedadas también con ladrillo, que, como en Novés y en la Mota de Medina del Campo, recorren los cuatro frentes de la fortaleza, así dispuesta para afrontar los ataques de zapa y proporcionar unas fáciles salidas a los fosos, en caso de ataque o de asedio. En lo alto de la barrera, y este es otro signo valioso, pocas veces reproducido, una serie de largas aunque estrechas troneras rectangulares, alternadas en su posición y altura, barren las rasantes de las explanadas exteriores, impidiendo la aproximación a la contraescarpa de los fosos que rodean al conjunto. Dicha barrera, seriamente trazada para el empleo de la artillería del tiempo, anuncia ya la época de transición...

En Las Navas de Marqués...

El histórico Castillo de Pedro Dávila y María de Córdoba es ahora la Escuela del Magisterio «Isabel la Católica», de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S.

En el límite oriental de la Tierra de Avila, en un altozano do soplan vientos felices de máxima salubridad; rodeada de pinares que perfuman el ambiente con olores de romero, jaras y resinas..., jaras y romeros que florecen de blancas flores adornando con tal sencillez la campiña vestida de luz azulada por los madrugadores y de añil tenuemente apagado al vespertino crepúsculo, la ilustre Villa de Las Navas del Marqués crece durante la estación estival cuanto se reduce luego al comenzar los fríos invernales.

El término NAVAS, tierra llana entre montañas, procede sin duda de los asentamientos realizados por El Conde Ramón de Borgoña, repartiendo a los nobles las tierras abulenses cuando fue por su suegro encargado de repoblar Avila. Y son numerosísimas las navas aquí, a lo largo del sistema montañosos meridional de la Provincia y aún en la tierra de Arévalo y sus antiguos sexmos.

LAS NAVAS DEL MARQUES puede que sean las más celebradas y conocidas del centro de España: cabeza de Marquesado desde tiempos del César Carlos, su señorío fue concedido al Conde de Satisteban, primer Marqués de Las Navas y tercer Conde del Risco...

Personalidad de Don Pedro DAVILA

Hay en la ciudad un palacio, que tuvo principio en la necesidad de cubrir en toda la longitud de su línea la defensa de la Muralla románica con mesnadas de los nobles repobladores de Avila, es el que se conoce en nuestros días con el nombre de Abrantes y que primitivamente fueron casas del adalid frente a Jaén y otras plazas tomadas a los moros, pacificador de las familias avilesas que lucharon en la Reconquista en los tiempos de San Fernando, cuyo sepulcro es notable en la Capilla de San

Miguel de la Catedral, Esteban Domingo. Este palacio perteneció en tiempos del César Carlos a Don Pedro DAVILA... Su carácter podemos conocerle ateniéndonos a la narración histórica: ennoblecido más aún por la concesión del Marquesado de Las Navas, es el Conde del Risco título relacionado con Villatoro y el Santuario de Nuestra Señora del Risco allí donde apareció la venerada imagen que hoy preside el retablo mayor de la iglesia parroquial. Su amor propio debió ser herido con la resolución imperial de no autorizar la apertura del postigo cerrado por el Juez de residencia Villafane, autorizado de nuevo por la Reina Doña Juana y que, después de las luchas de las Comunidades que en Avila dividieron la opinión popular, jamás se abrió... Y es entonces cuando tal vez como compensación recibe el Marquesado cual merced del Emperador Carlos, y cuando altivo abre la ventana que admiramos en la fachada principal de su palacio poniéndole las inscripciones todavía perfectamente legibles: PETRUS DAVILA ET MARIA CORDUBENSIS ANNO MDXII y aquella que Cervantes recoge en su Quijote: «Donde una puerta se cierra, otra se abre».

Magalia

En el torreón lateral de la derecha, mirando frente al Castillo de Las Navas del Marqués, hay una inscripción sobre un sillar grabada con puntero que dice con sus letras capitales MAGALIA QUONDAM, lo que comúnmente se traduce LUGAR DE PASTOS EN OTRO TIEMPO. Y de tal leyenda se da el nombre de MAGALIA sencillamente al Castillo imponente, que se alza sobre la colina dominante de un amplísimo panorama de valles y montañas de la complicada cordillera Carpetovetónica. El paisaje verdaderamente se nos muestra delicioso en verdor y corrientes claras, puras, cristalinas... y árboles que se están mirando en ellas.

La base de la construcción es una roca granítica bien firme. Y el núcleo del Castillo primitivo, existente ya en el siglo XI, fue la hoy llamada Torre del Homenaje, que, con muros de cuatro metros de espesor, alberga la Capilla. Así tenemos que el Castillo MAGALIA tiene un antecedente probable de la época de dominación romana; un precedente histórico monumental de la época románica; una construcción magnífica del primer renacimiento imperial, y una perfecta reconstrucción en el renacimiento que preconiza FRANCO en esta mitad del venturoso siglo xx que vivimos.

Ante su fachada hay un patio con puerta de acceso formada por un arco de medio punto, sobre la cual campea el escudo compuesto de las familias Dávila, Córdoba y Benavides, cuyos blasones colocados desordenadamente adornan también al exterior la Torre del Homenaje y los lienzos entre los cubos de la fortificación con troneras para la artillería. La portada es muy sencilla en sus elementos arquitectónicos, así como los balcones. A la izquierda, entre la torre y la fachada, se extiende un mirador sobre un arco rebajado, que al centro, en la pieza clave, ostenta el escudo de los trece roeles de los Dávila, de la cuadrilla de Esteban

Domingo, sosteniendo la techumbre dos arcos conopiales de ladrillo, apoyados al centro de una tenue columna exenta que recuerda la gracia de los ajimeces.

Ya la puerta es monumento que nos advierte de ello; pero al entrar en el Castillo nos damos cuenta perfecta de que visitamos un palacio del siglo XVI con perspectivas románicas al exterior, donde tal vez hubo un foso como denuncian unos arcos a ras del suelo... En la entrada al patio de armas otra vez el escudo de los trece roeles azules sobre campo de oro: las trece puertas de Ronda, y como fondo y remate el águila bicéfala... En el zaguán, al final de una escalinata muy amplia, grabada en un descansillo hay una leyenda: «Pedro de Avila y María de Córdoba su esposa, primeros Marqueses de Las Navas y treinta y dos de los de Avila pusieron este asiento en 1540. Descendientes: sentaos aquí felices y administrad justicia. «La alusión es bien clara para que podamos dudar de que en el zaguán comparecían los siervos del marquesado cuando de sus señores impetraban mercedes o esperaban solución para reclamaciones. Y es encima de este asiento en donde otra inscripción resume la historia del Castillo MAGALIA: «Antiguamente insigne fortaleza contra las incursiones de los árabes. Después palacio de la famosa estirpe de los Sancho de Avila reconstruida con toda la hermosura del arte clásico. Ya casi arruinada por el olvido de los hombres y el paso de los siglos, esta fábrica finalmente fue renovada con admirable elegancia por el dinero y cuidado de la Falange Femenina el año del Señor 1950, imperando en España FRANCISCO FRANCO. Primero fortaleza. Después Palacio. Ahora residencia y gimnasio de ciencia y virtud de la hermosa juventud».

La ruina de MAGALIA llegó a ser tan desastrosa que la historiografía debida a D. Fidel Pérez Mínguez en setenta páginas del tomo XLVII del Boletín de la Real Academia de la Historia en 1930, consignaba: «La ruina del Castillo MAGALIA sigue año tras año, implacable y pertinaz sin que nadie se cuide de detenerla, hasta que, andando los tiempos, un montón de piedras (algunas con borrosas inscripciones latinas) señalará al distraído pasajero, como trágico hito, el lugar en que un día hubo un castillo con bellissimo patio para solaz de una dinastía de guerreros, diplomáticos y magnates de la Corte española». Lo cual resalta con esplendores de brillantez radiante los méritos de la Sección Femenina de F.E.T. y de la J.O.N.S. en el abulensismo.

Leyenda de amores trágicos

No le falta a este Castillo-Palacio para su ornato imaginativo la leyenda de amores, leyenda popular en torno a la eufonía del nombre MAGALIA. Era una joven muy hermosa, de rubios cabellos y ojos azules, hija de un señor feudal que habitó el castillo en los fabulosos siglos románicos, de la fuerte arquitectura, de la dulce música de guzlas y del romance que comenzó con cantigas... La joven se llamaba MAGALIA y vino a enamorarse de un centauro, que ni más ni menos es en tal época histórico-legendaria la composición típica, permanente por el modo de vivir,

del caballero y el caballo. El centauro entraba por un pasadizo a ver a su dama que al balconaje asomaba su candorosa faz y la bellísima estampa de su cuerpo. Los padres, naturalmente —¿cómo iban a querer a un centauro por yerno?— estaban muy contrariados por aquellas relaciones amorosas y las impedían con todas sus fuerzas. Una noche, montada en el centauro, la joven huyó del domicilio paterno. Y transido de dolor el padre hizo grabar con sentido interrogativo la expresión MAGALIA, QUONDAM?... en la torre frontera del pasadizo, ahora tapado, pero que antiguamente comunicaba con el templo parroquial. MAGALIA, DONDE ESTAS?...

Y al pozo cercano le ha llamado el pueblo «Pozo de las Brujas» porque fue mucho tiempo lugar de aquelarre según el pensar de las gentes. Y aún, en los años pasados de la ruina del Castillo, en las noches de viento se pensaba en Magalia la bella y su centauro, y se contaban los cuentos de brujas en aquelarre...

La Escuela del Magisterio de la Sección Femenina

Imposible sería la descripción minuciosa de la gran obra realizada por la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. para reconstruir en toda su dignidad este Castillo Palacio, cuyo patio de honor tiene el alegre aspecto de su luminosa concepción y ejecución al modo clásico, espléndido y magnífico, con dos galerías de veinticuatro arcos la inferior: arcos de medio punto apoyados en columnas de jónicas volutas en el capitel y fuste liso, siendo arquitrabada la contextura de la galería superior.

Al patio de honor corresponden los accesos a las principales dependencias de la casa, el comedor, salón de honor, la biblioteca, etc.; adornadas con cuadros del Museo del Prado con las firmas de Basano, Andrés de la Calleja, etc. Litografías de cuadros del mismo Museo de diversos pintores y otros elementos decorativos como arcones, relicarios, etc. En el salón de honor hay un retrato de José Antonio por Vázquez Díaz y la Capilla está decorada con trece frescos de Farreras, pintura moderna, pero con muchos encantos y emotiva a través del entendimiento.

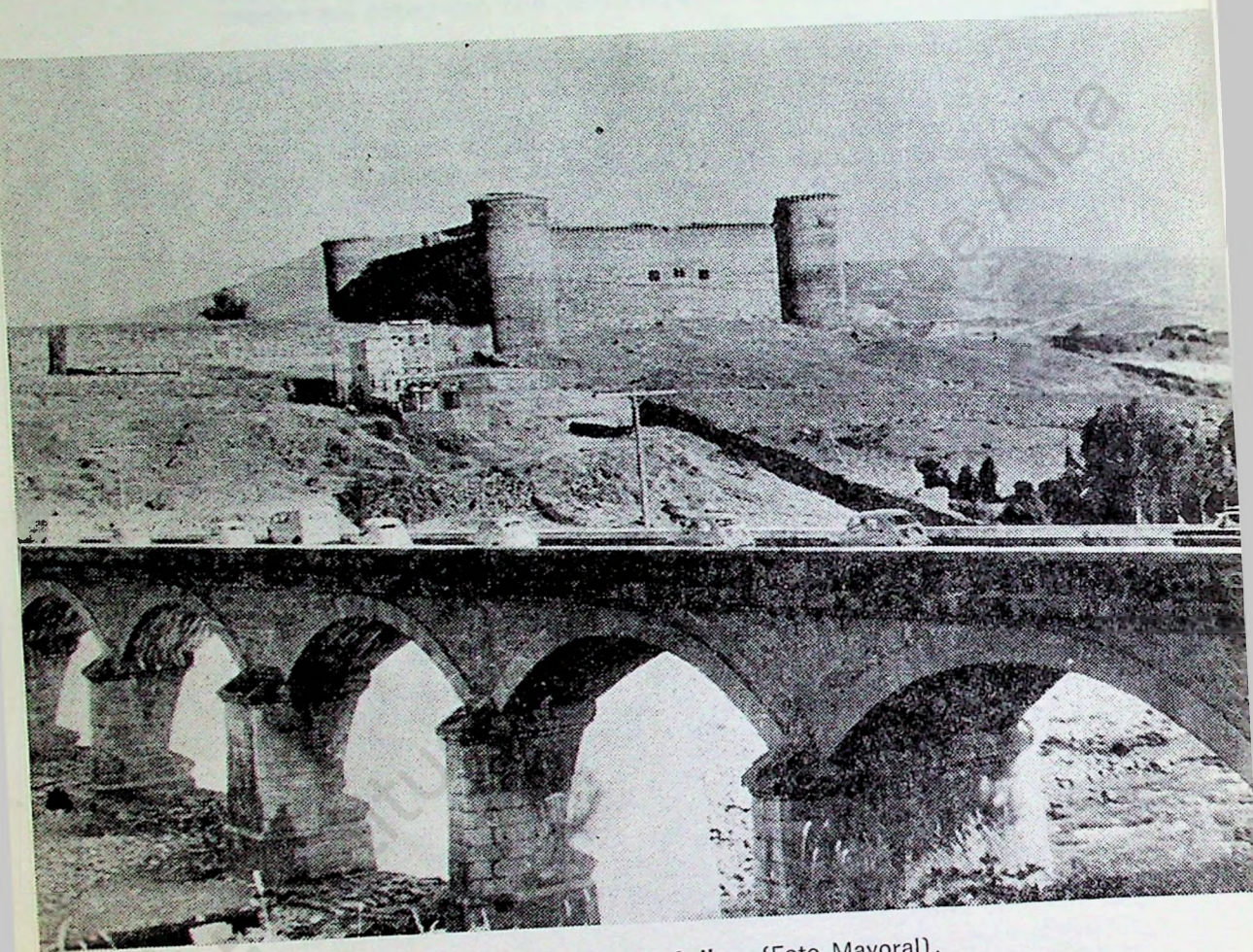
La Escuela del Magisterio ISABEL «LA CATOLICA», instalada en el Castillo de LAS NAVAS DEL MARQUES y autorizada como Escuela privada por el Ministerio de Educación Nacional tiene el doble fin de formar Maestras Nacionales y capacitar a las Maestras para que sean instructoras de la Sección Femenina. Concurren a esta Escuela del Magisterio jóvenes de toda España y con ellas se trabaja en plan de ensayo: han de aprobar la prueba de ingreso y luego los pases de curso los da el profesorado de la Escuela, teniendo en cuenta no sólo el aprovechamiento intelectual, sino los valores humanos y vocacionales de las alumnas. La prueba de fin de carrera se realiza en la Escuela del Magisterio SANTA TERESA DE JESUS de Avila.

El régimen de internado estimula en gran manera la feminidad por

medio de una formación complementaria que abarca los aspectos cultural, con excursiones y visitas a Museos, conciertos, conferencias, cine, obras escenificadas y lecturas teatrales, y el aspecto de la voluntad, conciencia del deber, estudio, artes decorativas, que convierten los salones en atraentes estancias, etc., etc.

Para la formación como instructoras se intensifica en la medida de lo posible la Enseñanza de Política, Música, normas de Educación Física y práctica en los gimnasios y campos de juego, enseñanzas de Hogar... Su vocación de Maestras se ensaya en las Escuelas Nacionales de la Villa, dirigiendo las alumnas además la Casa de Flechas con todas las normas y orientaciones que la Delegación Nacional, a través de la Regiduría de Juventudes, da para provincias.

El ambiente de la Escuela del Magisterio ISABEL «LA CATOLICA» se cuida, en fin, en todos sus detalles de modo que coopere a la formación auténtica de la personalidad. Y en tal sentido completan el alto grado educativo de esta Escuela el horario meticulosamente distribuido, la exigencia del orden y armonía en todos los detalles, la preocupación de crear un clima de alegría, confianza y deportividad.



(Valdecorneja). El Barco de Ávila.—(Foto Mayoral).

La Ermita, la Puente y el Río... y el Castillo de Val-de-Corneja

Seguramente que la ilustre Villa de Barco de Avila sea de los más antiguos poblados de nuestra tierra, evocada por el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Antoniutti —al ser saludado por el firmante con ocasión del Congreso Internacional de Prensa Católica celebrado en Santander recientemente, durante la recepción en el palacio del Marqués de Comillas—, como «de Santos y de canciones»... El Barco se hizo necesario para pasar y repasar el Tormes, cerca de su confluencia con el poético Aravalle a fin de comunicarse las gentes de aquende con las de la margen izquierda del gran río, que refleja los oros secos de la universitaria Salamanca antes de llevar sus aguas al caudaloso Duero.

La Villa de Barco de Avila, del señorío de los Duques de Alba, es canción de montañas, lagunas, regueras cristalinas, vega fecunda, fértiles valles... inmenso azul sostenido por azul ingente: égloga, poema bucólico en los labios... «Una casita blanca tengo yo en la ribera...» El Huerto Florido de la Tierra de Avila. Porque el huerto requiere trabajo paciente y produce beneficios prácticos y suntuarios a diferencia del jardín donde todo es belleza; mas nada fructifica. Huerto construido por el tenaz esfuerzo de la santidad eremítica de dos santos poéticos, cuales aquellos que cantó Berceo con ingenuidad de pensamiento y palabra en narraciones que reputamos verdaderas por sencillas: San Pascual Arnugo, de Tormellas, y San Pedro del Barco.

Históricamente la Villa del Barco de Avila es el poema perfecto de la Ermita, la Puente y el Río. Los romanos elevaron el poblado primitivo, a categoría de pagus o aldea, y para el paso de legiones, que de Emérita Augusta subían a Castilla por su puerta natural (el nombre que Gómez Málaga reclamó de los poderes públicos para el desfiladero conocido por Puerto de Tornavacas antaño) hacia la vetusta Abula, por una calzada vigilada por castros, cubos y torres —Torre del Padro, del Cubo, Piedrahita, Villatoro, La Torre..., realizaron una obra magna, obra de romanos, persistente por encima del tiempo y de las desolaciones en su parte básica el puente, que andando el tiempo se convierte en románico al ser

reconstruido pasada la dominación árabe, conservando su estilo en la definitiva reconstrucción del arco mayor destruido por las tropas francesas... En los puentes románicos se solía construir una capilla u hornacina para la imagen de un santo y este puente la tuvo y aún torre defensiva, como otros puentes romanos las tienen a la entrada y salida; sino que este puente la tuvo en el centro siendo destruida por los invasores del siglo XIX con el general Hugo por mando supremo de su retirada... Pero no ha perdido motivos poéticos el puente de nuestros días, porque a su salida encontramos la Ermita y la fuente: La Ermita del Santísimo Cristo del Caño, humilladero típico de credos y misereres y fiestas patronales, pues no hay alegrías cristianas de mejor fundamento que las de celebrar el triunfo de Cristo sobre la muerte muriendo, ni compunciones más justificadas que las derivadas de contemplar a Cristo «clavado en una cruz y escarnecido»: «No me mueve mi Dios para quererte / el Cielo que me tienes prometido / ...Muévenme tus afrentas y tu muerte./»

Barco de Avila, en fin, es actualmente villa de ilustre abolengo, que ofrece de su pasado histórico al visitante el resto de sus murallas, el puente mencionado, el magnífico templo parroquial y los muros y torres del castillo de Valdecorneja, como testimonio de su importancia estratégica, poderío señorial y comunales competencias.

Val-de-Corneja

En la geografía de Avila destaca el valle de Corneja por sus bellezas naturales, por sus praderas extensas, por sus ganados: vacuno, bravío con pelo fino, astas agudas, carne deliciosa, principalmente. Y aunque la Villa por excelencia del Valle del Corneja, la que tiene a este córvido de pequeño tamaño en su escudo de armas sea Piedrahita, empero se nombra con el título de Valdecorneja al castillo del Barco de Avila, pues Piedrahita tuvo sus torres y murallas; pero no formaba cabeza de puente sobre el río Tormes ni defendía esta línea de relevante importancia estratégica.

Abundaba en el Valle del Corvus Coronel, la Corneja negra no la cenicienta variedad de la Europa septentrional que viene a pasar temporadas en España. Esta era la típica graja (de aquí por su abundancia en el lugar, el antiguo nombre de Grajos, que recibía el pueblo que hoy llamamos San Juan del Olmo); el ave fatídica, consagrada a Netón, en cuyo vuelo tuvieron fe los arúspices para orientar las resoluciones de los gobernadores, de los navegantes, de los milites, y aun respecto de los negocios domésticos. Netón era divinidad ibérica protectora de la fidelidad conyugal. Y en las medallas vetonas no es raro ver la figura de tales aves Omnívoras, aunque como todos los córvidos apetezcan sobre todo la carne y carroña. Aseguran las gentes que la corneja cuando pierde a su par jamás admite segundo que le sustituya, y de aquí leyendas de amores con la corneja por símbolo... Amores felices como los de Abico e Icasta y amores desgraciados como los de Tuero y Adaja. Abico inocente condenado a muerte de cruz y asaeteamiento ve a Icasta su esposa fidelísima

cubrirle con su cuerpo al tiro primero. Tuero y Adaja, celosos, se dan recíprocamente la muerte del corazón traspasado... En ambos casos belleza trágica como la corneja de negro perfil luminosamente bello.

En el escudo de Piedrahita la Corneja parece aludir al episodio que da el nombre a la Villa, tan sencillo, como aquel de la composición PIEDRA-LA-VES, o ves-la-piedra?... —El Rey, aquel rey que pone los nombres de lugares famosos como los de Bonilla y Tórtolos, que a lo mejor no es rey, pero que da el nombre a sus villas como en el caso de VILLAFRANCA DE LA SIERRA—, perdió la vista al ave que volaba y que sobre una encina se había posado. Y el pastor con más aguda vista preparó su honda en un instante y al dispararla exclamó cortando las palabras de su frase para que rápidamente siguiesen sus oyentes la trayectoria del proyectil: —(La) Piedra!... (A) hí (ES) tá. «Y el rey dijo con autoridad viendo a su rapaz dirigirse a la presa:» Este lugar se llamará Piedrahita.» Otros dicen Piedra-fita, hincada, enhiesta, fija...

El Castillo

Bien se ve que la mayor parte de los castillos de la tierra de Avila, defendieron importantes pasos de la serranía: La Adrada, Mombeltrán... Nuestra Ciudad-Castillo defendía, como sus hermanas Segovia y Salamanca, varias entradas al castillo inmenso de nuestro solar patrio que es la Meseta. El Castillo de Valdecorneja, junto a la Villa amurallada de El Barco de Avila, defendía la línea militar del Tormes, lo mismo que la torre-castillo de Puente del Congosto, El Castillo de Salvatierra, El Castillo y murallas de Alba de Tormes, y Salamanca... Parece que el nombre de Castillo de Valdecorneja data de los tiempos de Alfonso VI, el conquistador de Toledo.

Domina el castillo al río y al puente con un primer recinto amurallado que siguió las desigualdades del terreno aprovechándolas con entrantes y salientes a los fines de una perfecta defensa y protección de comunicaciones con el Mirón y La Horcajada. Ya una tradición habla de comunicaciones subterráneas que no se puede afirmar que fueran posibles en un subsuelo de dureza extremada; pero que tampoco se pueden negar en donde vencer a la misma naturaleza, fue lema de ascetas, monjes o soldados.

El verdadero castillo de los señores de Valdecorneja, que lo eran también de la Villa Protegida, construido al noroeste y en el punto más elevado de ella, era un amurallado recinto cuadrado con cuatro cortinas flanqueadas por cubos cilíndricos sobresalientes por encima de la altura de los lienzos de aproximadamente diez metros.

Martín Carramolino, viajero por las tierras abulenses del sur de la provincia, nos cuenta el lamentable estado de conservación del castillo del Barco de Avila en su tiempo y describe además de los cuatro cubos circulares en los ángulos, «otro cuadrado que defendía la puerta de entrada, y en el que subsiste todavía, bajo llave, la campana que excita al

pueblo a la oración en las madrugadas, al medio día y al oscurecer, para lo cual hay rentas suficientes de una piadosa dotación: indicio claro, a mi parecer, de que es más antiguo que la iglesia parroquial este castillo, que hoy está convertido en cementerio. (Esto se escribía por Carramolino en el año 1872.) En su antigua sala de armas, que es anchurosa y de gran bóveda de piedra sillería, se colocó provisionalmente el hermoso retablo de San Pedro del Barco, cuya efigie es de gran bulto, y las dos laterales que son Jesús Nazareno y la Virgen Madre, se guardan por ahora en la parroquia, formando el complemento perfecto de este altar pinturas de mérito.» Y es cierto que hace poco más de quince años se veían en la tribuna de la Iglesia parroquial unas tablas de estilo flamenco, pinturas del siglo xvi, una de las cuales llamó la atención del firmante porque describiendo un camino que simulaba partir de la puerta de un castillo o recinto amurallado, terminaba en otro castillo en cuya torre se veía colgado de la horca al personaje que había seguido aquella fatídica senda sobre la cual una inscripción gótica decía: «...ut vinum iudicum non bibat». Esto es, «para que no beba el vino de los jueces». La frase no es en modo alguno escriturística y más parece relacionarse con los episodios que dan origen a los nombres del pueblo La Horcajada, y la Puerta del Ahorcado de la muralla Barcense.

Don Nicolás de la Fuente Arrimadas, ex rector de la Universidad de Valladolid, en su Fisiografía e Historia del Barco de Avila manifiesta en el año 1925 que la puerta del castillo es baja, de arco semicircular de grandes dovelas, sin matacanes, dando entrada a un callejón o espacio entre muros que conduce a la plaza de armas, gran patio, en el cual a uno de los lados hay una habitación abovedada, que fuera un día el alojamiento de las mesnadas y que después fue convertida en capilla; que la Capilla del Castillo, lujosamente alhajada, estuvo siempre en el piso principal del patio, al oeste. Y a la izquierda de la sala de armas había una puerta pequeña para subir a los bastiones y almenas.

Tuvo el Castillo foso y contrafoso; palomar, caballerizas, un soportal de arcadas románicas, galería principal y un coronamiento de gótica crestería. Los señores de Valdecorneja, Condes y Duques de Alba que le habitaron, le acomodaron según el gusto y necesidades de cada época, resultando al fin estrecho el recinto, pues, como señala Lamperez, las dependencias eran escasas: cisterna y sala de techo alto, que servía para todo destinada a la servidumbre y soldados, aposento para los señores por separado los de caballeros y damas en el piso principal. Las habitaciones de la duquesa y sus hijas, con dos artísticos ajimeces se orientaban al magnífico panorama de occidente; a la Sierra de Gredos daba vista un ajimez de las habitaciones del señor y sus hijos. De las torres flanqueantes, una recogía la capilla en su oquedad y la otra el tocador. El salón, como el castillo de Arévalo, era una planta completa de la Torre del Homenaje. Y además retretes voladizos; adarves mudéjares, que se utilizaban en tiempo de paz como solana, con matacanes almenados... Durante el reinado de los Reyes Católicos se transformó la plaza de armas en patio de honor, con la típica galería circundante y completa por tres lados con gótica crestería.

Los señores

Los duques de Alba poseyeron y habitaron este castillo con predilección, principalmente el primero de ellos, Don García, «que, por cierto, buena guerra dio desde aquí al condestable Don Alvaro de Luna», mientras don Hernando el padre del duque de Alba, estaba preso. También Don Fernando Alvarez de Toledo, el gran Duque de Alba, conquistador de Portugal, gobernador de los Países Bajos y gran capitán de los ejércitos reales, vivió algunas temporadas en el castillo de Valdecorneja, e igualmente la serenísima Duquesa, Doña María... Después vino dos días, el hijo de Don Fadrique, de paso para su encomienda de Calat Rabat (Calatrava). Luego sórdidos administradores, guerras como las de sucesión en tiempos de Felipe IV—, la de la Independencia, la acción destructora del tiempo, la desidia y los elementos...

Recoge Don Nicolás de la Fuente Arrimadas un documento firmado en Piedrahita el 15 de octubre de 1476 por Alcocer de la parte del Duque de Alba y por el pintor García del Barco y escultor Juan Rodríguez, que habremos de ver más tarde a las órdenes de Corniellis de Holanda en Avila, comprometiéndose éstos a pintar de obra morisca los corredores y alas de los dichos corredores de la fortaleza del Barco y las puertas que salen a dichos corredores y los cabrios; contratan la obra, que se les irá pagando conforme la realicen, por treinta mil maravedíes, pero si no la hicieran bien tendrían que pagar ellos cincuenta mil «para la cámara del Duque mi señor». «Cuéntase que hicieron obra de mucho lucimiento y arte» y es que el contrato firmado era en verdad elocuente, acreditando al señor Alcocer de buen secretario.

Las ordenanzas

La campana que cuando Carramolino, en el siglo pasado, visita Barco de Avila, sólo tocaba pacíficamente las horas del Angelus, daba otrora los toques de queda y alarma. Disponía de palomar el Castillo a fin de poder enviar mensajes a otras fortalezas y a las ciudades. Y según las ordenanzas ni para defensa se permitía la entrada de hidalgos con nota infamante; el Alcaide no podría entregarle «hasta exhalar el último aliento» a no ser oyéndolo de boca del señor o del Rey; pero si estuviere cercado de enemigos, ni al Rey cedería el Alcaide; y si hubiere de entregarle a otro Alcaide del Señor, había de dejar, demostrando tenerlo bastecido y vigilado y en señal de respeto, «un perro, un gato, un gallo, un ccdazo, una artesa y una olla» y había cirujano, y se ordenaba el cultivo de huertos para tener provisiones, y a mediados del siglo XIII ya se hicieron troneras en las murallas para los tiros de artillería (truenos) que usaron los españoles arrojando grandes bolas de piedra contra los enemigos, principalmente desde la Batalla de Niebla

... ..

Hace algunos años se prestaba atención a la reparación del castillo con la concesión de veinte mil pesetas. Más a fondo merece ser reparada su señorial fortaleza si la ilustre Villa encontrase un destino apropiado que darla. El espejo de las aguas del Tormes celebraría mucho en sus rielantes reflejos la reparación de sus mutilaciones visibles y el rejuvenecimiento de sus estancias sobre todo si fueran animadas por cantos infantiles o risas femeninas.

 Institución Gran Duque de Alba

Villaviciosa: Castillo medieval

A veinte kilómetros de la Ciudad de Avila, escondido en la serranía de su término, mirando a Los Baldíos, hay un placentero lugar, habitado por unas trescientas cincuenta personas, nombrado Villaviciosa. El paisaje y su recogimiento entre las altitudes serranas ciertamente acreditan el sentido significativo de su nombre: Villaviciosa es un paraje deleitoso por el azul transparente de su cielo y de su atmósfera, por el verdor de sus prados esmaltados en sus amaneceres, por las gotas reverberantes del rocío diamantino, por la perspectiva serrana y el oro de unas mieses que trillan en las eras, por sus ruidos típicos de humanas actividades como fondo de canciones de mozas que lavan en el abundoso regato de una garganta: nieve derretida que guardó su blancura para comunicarla a unas ropas que restriegan las mujeres sobre una lancha pulida finalmente por el agua, el jabón y la fuerza de las manos femeninas siglo tras de siglo.

Sobre un conjunto vulgar de humilde caserío, destacan una **espadaña** encima de una roca coronada por breve cruz de hierro, pero sin **campana** que llame a los vivos, llore a los muertos y decore las fiestas; un pedestal **sin cruz**, la cruz de piedra erigida en 21 de mayo de 1743... Lo dice una inscripción legible todavía: «Esta Cruz se puso en 21 de mayo año 1743.» J(esús) H(ominum) S(alvator), y anagramas de María y de José. O sea: «Jesús Salvador de los Hombres, María y José sean en nuestros corazones. Amén»... Espadaña sin campana, pedestal sin su Cruz... También un hermoso castillo medieval, de airosa torre de homenaje, fortín con castilletes de una belleza impar, y otro cubo más con primitiva traza gótica en el conjunto de los lienzos almenados. **Castillo sin moradores.**

Villaviciosa, convertido en pueblo de honrados trabajadores que actualmente se han visto favorecidos por la protección colonizadora del Estado Nacional Sindicalista, que les adquirió el término con su castillo y caserío por compra —dice don Julio Martín González, simpático campesino emancipado de servidumbre— al señor Marqués de Roca, Conde de Coquilla, está lleno de la melancolía de un pasado en detalles revelado como humano complejo de fe, piedad y placentero vivir en la paz asegurada por la fortaleza. Así parece, situado su pasado —espadaña, pedestal y castillo— en el riente panorama de un rincón de la serranía

de Avila, «lograr cobdiciadero para un ome cansado», sin campana, sin Cruz y sin castellanos cazadores, ni —¡ay dolor!— castellanas Amazonas.

Los señores de Villaviciosa

Penetrando en el recinto amurallado de Avila por la puerta de San Vicente, a la mano derecha vemos un palacio, prácticamente convertido en casas de vecindad; pero sobre cuya fachada campean los antiguos escudos nobiliarios de la ilustre familia propietaria; escudos de los Toledo, Guzmán, Aguila y otros entronques familiares determinados por la combinación de corazones, barras cruzadas, calderas, leones, ajedrezados, en los cuarteles de los blasones. Es la casa de los Villaviciosa y Sofraga, hoy del Marqués de Peñafuente, que tuvo la fuente dentro de lo que hoy es jardín cercado por una verja de hierro, en lo que se llamó Plaza de Sofraga, ahora ya sencilla calle.

Todas las familias de los repobladores abulenses que contruyeron sus palacios adosados o cercanos a la muralla, tuvieron encomendada la defensa de un espacio del adarve. Y así los antecesores de la Casa en defensa común con sus mesnadas desde el Torreón de la Mula hasta la Casa de los Aguila, o Duques de Valencia.

Idénticos son los escudos de la Casa de los Villaviciosa y Sofraga de la Ciudad a los que campean en las fachadas del castillo serrano. Y en la capilla de la catedral que, dedicada a San Pedro, fue sacristía en el siglo XIV, hay un sepulcro a la llana del suelo con gótica inscripción ilegible alrededor de su escudo en tres de cuyos cuarteles se desarrollan los temas de los Guzmán, Aguila y Toledo, siendo el cuarto cuartel ocupado por las insignias de los Bracamonte. Ofrece el castillo de Villaviciosa las notas características de hallarse preparado decisivamente a cualquier clase de bélica eventualidad, siendo al mismo tiempo morada ideal para el descanso, emplazado en el más apropiado centro para la cinegética. Cinco piezas fundamentales hallamos dignas de estudio y detenido examen: la obra defensiva exterior, el patio de armas y las tres torres.

El castillo forma unidad arquitectónica; pero se aprecian reformas notables correspondientes a siglos distantes en la línea del tiempo. La obra defensiva exterior debió ser primitiva en la fábrica, cuando la entrada principal del recinto miraba en alto a poniente y tendría su foso con puente... Hoy recuerda la barbacana exterior un muro con troneras y torrecillas, al cual se adosan casas del pueblo y otras construcciones, entre las que se advierte un monumental arco de medio punto con trece amplias dovelas, acceso a la puerta de entrada al patio de armas, entre la torre del homenaje y la del estrado de damas, por una plazoleta sobre la cual se abre la puerta adintelada figurando arco florentino, y en la Torre de Damas bajo el escudo sostenido por un águila con león rampante en su campo, un ventanal artístico con verja y adornos del gótico florido, decadente, o prerrenacimiento, y algunas troneras y aspilleras convenientemente situadas. Los escudos laterales del ventanal tienen, el de la izquierda de quien mira, los motivos del águila, el león rampante y

las calderas (el mismo escudo de sobre la puerta y esquina del palacio de Peñafuente) y el de la derecha en cuarteles cruzados el ajedrezado y los cinco corazones. Hoy la Torre de las Damas aparece cubierta por un tejadillo, si bien sobresalen graciosamente las garitas de los vigías o torrecillas saeteras.

El patio de armas no es ciertamente extenso; pero pudo cumplir ampliamente su destino por cuanto el castillo no precisaba de más dependencias que las que las torres albergaron con dimensiones colosales en la del Homenaje. Se llegaba por la puerta adintelada y atravesando el espesor del muro, unos dos metros, que permitía un segundo juego de puertas cuyos goznes eran combinación de las espigas de madera girando en huecos labrados en los graníticos sillares. Del patio se pasaba directamente a la cuadra del ganado en la planta baja de la Torre de Damas, que forma un semicírculo, pudiendo servir para nueve caballos, por cuanto se cuentan muy bien labradas en el muro nueve pesebreras con dos cavidades en los sillares graníticos de cada pesebre, una para el grano y la paja y otra para el agua. El pasadizo de acceso a esta cuadra de la Torre de Damas mide unos cinco metros.

La segunda planta de dicha Torre, que por su estructura denota ser retiro de mujeres, pudo ser dormitorio de dueñas y doncellas, teniendo la tercera planta de la misma torre en semicírculo las características de estrado con chimenea oculta en el muro a base de sillería y largo alféizar en el ventanal con asientos: el lugar de costura predilecto, y de bordados... La torre de una leyenda de esperanza...

Leyenda de la Torre de las Damas

Doña Beatriz se llamaba la hija de don Tello de Guzmán. Asistida por cinco dueñas pasaba en el castillo de Villaviciosa el verano de mil cuatrocientos y tantos años, cuando los Reyes Católicos se hallaban empeñados en las luchas por la conquista del reino granadino. Un escudero de máxima confianza y algunos servidores que a la vez que cuidaban la fortaleza, realizaban las tareas campesinas de la recolección, eran la garantía de una defensa de problemática ocasión por cuanto Castilla se hallaba quieta y tranquila en el orden impuesto por la energía materna de la Reina Isabel. Podía fiar don Tello en la fortaleza de los muros y torres del castillo y en la lealtad de aquellos hombres de la Tierra de Avila...

Doña Beatriz amaba y como joven de diez y siete primaveras cumplidas no sabía qué o a quién concretamente: por eso cuidaba palomas en uno de los castilletes de la torre angular del sureste; cultivaba flores en un pequeño pardín del patio de armas, bordaba telas de hilo para el altar de una Virgen de las Angustias, devoción extendida por todo el valle Amblés desde la aparición de la Virgen del Risco, cerca de Villatoro; devoción que la reina, madre de los campamentos, llevaba desde la noble Ciudad de Arévalo al sur de España: Reina y madre de dolores, Isabel, se confortaba en la contemplación del Varón de Dolores —Cristo de las Batallas— y de las Angustias de María... y doña Beatriz tenía esta imagen

de la Madre de Dios en el tríptico del salón de la Torre de las Damas, que al abrirse convertía la estancia en oratorio. Con pureza de intención elevaba la joven sus ojos al cielo, tendía su mirada inocente hacia la lejanía... Y sucedió lo que suele acontecer: un día llegó sobre brioso alazán un doncel, procedente del no lejano castillo de Aunque-os-pese, portador de la triste nueva de la muerte de don Tello de Guzmán en lucha contra los infieles. Llenóse todo el castillo de lamentos con resonancia en los muros y eco en las montañas, por ser querido de todos sus vasallos el buen caballero. Y, sin embargo, en las pupilas de Beatriz brilló un rayo de luz aquel día y en sus mejillas perladas por transparentes lágrimas se encendió el rubor pubescente. Su amor de mujer tenía objeto, que, ¡ay!, quedó muy pronto sólo para evocación, porque el doncel, una vez cumplido su luctuoso encargo, tras de hacer cortesía de condolencia a la dama heredera y dueña que le servía, habiendo enarbolado sobre la Torre del Homenaje un negro pendón y tañida la campana lúgubremente en una oquedad de la barbacana superior, partió al instante sin aceptar de los agasajos, que para reparación de sus fuerzas le fueron ofrecidos, más que una copa de vino, que hubiese sido imperdonable no haberla gustado...

Doña Beatriz amó, volando su corazón tras del galopar del brioso caballo; volando tras el raudo aletear de sus palomas; mirando a la lejanía del horizonte cada mañana y cada tarde... Y su silencio era interpretado como reflexión de soledad, y su palidez como dolor filial fidelísimo. En sus manos, se dibujaron las líneas azuladas de las venas, y afilados los dedos destacaban sobre los bastidores del bordado, pálidas y lánguidas con tardos movimientos... Solamente los ojos traslucíanse por fuerza de la luminaria interior de la joven amante.

Su esperanza fue cumplida porque el doncel escribió; pero la confesión de amor era despedida juntamente: «Viéndoos, doña Beatriz, sentí llamada la del amor con gran vehemencia y quise presentarme caballero delante de mi dama de Villaviciosa, con méritos para solicitaros en matrimonio santo. Muero, doña Beatriz, no por tantas heridas como por el dolor de no volver a veros...»

Y dicen que el pecho de doña Beatriz se abrió cual un volcán rojizo de sangre y de llamas, y que como una paloma, ensangrentado el cuerpo, porque el amor es sangre; blancas las alas por ser pureza la esperanza, voló nadie sabe a dónde ni hasta cuándo, volando las palomas que no se han vuelto a ver en el castillo. Y así quedó en Villaviciosa el cuerpo de doña Beatriz, sin corazón, como la espadaña sin campana, el pedestal sin cruz y el castillo sin moradores...

Hoy en ruinas...

Cuando la tristeza se cierne sobre un hogar todo huye de él. Sobre la Torre enhiesta del Homenaje del castillo de Villaviciosa ondeó enseñoreándose del espacio en negro pendón del abandono. Y cuando el techado de la Torre fue ruinas, las cigüeñas apoyaron su nido sobre los cane-

cillos de la que fuera barbacana cubierta del nordeste. Porque la Torre del Homenaje es imponente mole cuadrangular, con acceso a la planta principal desde el patio de armas por medio de escalera de piedra, lo mismo que el estrado de la Torre de las Damas y que la torre angular del sureste. Y había en el patio aljibe, y tenía poternas ocultas en el lienzo oriental y puerta en alto con puente levadizo sobre un foso hasta la rampa almenada de la barbacana exterior...

La Torre del Homenaje, con cerca de veinte metros de altura, tenía cuatro pisos: un sótano, prisión; salón de honor con puerta de hierro con artísticos herrajes aún existente donde acaba la escalera de piedra que sube desde el patio, y segundo y tercer pisos para dormitorios y estancias con tres ventanas en cada uno de ellos. Una chimenea de sillares bien labrados subía desde la segunda planta hasta la cuarta, y a ella se abrían las campanas de cada piso, de manera que el humo tenía una misma conducción, siendo tres los hogares en que ardían los troncos de encina esparciendo a las estancias suave calor, producto de combustión lenta de los duros leños.

Al frente oriental y occidental, la barbacana destacaba tres canecillos, mientras eran cuatro los elementos del maticán u obra voladiza en las vistas de la torre al norte y al sur. Los elementos de cada uno de los maticanes angulares eran cinco. Y todo el conjunto parece pétrea corona del recio monumento.

Al penetrar por el arco de cinco dovelas que dibujan una corona circular, ha revivido nuestra imaginación repentinamente escenas jubilosas y tristes de un pasado grandioso y solemne, con armonías de clavecín y monacordio, y perfumes de poleo, jazmines y sándalo...



Palacio de Abrantes.—(Foto Mayoral).

En la muerte de una ilustre castellana

Clamorea «el zumbo» de la parroquia de San Juan Bautista, y le hacían eco las campanas volteadas en la torre del templo basilical de San Vicente. A intervalos, interrumpido el clamor del bronce, desde las mismas torres se alzaba la voz humana clamante sobre los silencios de la ciudad: «Por la nobilísima señora doña María Córdoba, condesa de Santisteban y del Risco; marquesa de Las Navas...» El sol, en el ocaso, doraba las piedras de la Muralla poniente: Ávila se impregnaba de tristeza. Numerosos caballeros concurrían al salón de la gran chimenea del palacio de los Dávila, mirando curiosamente, antes de traspasar los umbrales de la fachada principal la monumental ventana del nuevo estilo que destacaba como otras incrustaciones en el conjunto románico de las viejas piedras. En la memoria de muchos caballeros y damas estaban los incidentes del cierre de la poterna que de tiempo inmemorial disfrutaba sobre el Valle Amblés el palacio de los jefes de la cuadrilla de San Vicente, descendientes del ilustre abulense, de tiempos de San Fernando, Esteban Domingo... Habiendo prevalecido al fin —pese a la Real Carta ejecutoria de la reina doña Juana— el mandamiento del juez Villafañe de cerrar el postigo, el noble Pedro Dávila taladró el muro de su palacio y los abulenses quedaron admirados de ver el nuevo vano y leyeron sonriendo sin duda, comprensivos unos, maliciosamente otros, la inscripción: «*Petrus Dávila et María Cordubensis, Anno MDXLI.—Donde una puerta se cierra otra se abre.*»

Doña María de Córdoba fue una mujer admirable por su belleza y excelsas cualidades. La ciudad se conmovió cuando se difundió la noticia de su muerte. Su velatorio no hubo necesidad de plañideras de oficio; mas las alabanzas a la dama muerta no impedían los comentarios sobre la grandeza de los primeros marqueses de Las Navas, que habían realizado en su feudo el viejo románico Castillo MAGALIA QUONDAN... Se recordaba, en un corrillo de caballeros, cómo don Pedro Dávila fuera honrado en 1533 por el César Carlos con el título de Marqués de Las Navas. Al año siguiente visitó el emperador la ciudad de Ávila... Desde

Toledo, escrita su carta en el Alcázar, anunció su propósito a los regidores abulenses: «seré muy servido, les decía, que en mi recibimiento excuséis de gastos a esa ciudad todo lo que ser pudiere». Tenía la carta imperial fecha de trece de mayo y la visita fue dos días después, domingo, día 15... Con el corregidor, el marqués de Las Navas encabezaba la comitiva que partía de la plaza del Ayuntamiento o Mercado Chico a la calle de Andrin con ciento cincuenta caballeros, cerrando el brillante desfile todo el Concejo, caminando sobre caballos ricamente enjaezados, hasta las Hervencias.

Habló primero el corregidor para dar excusas a la majestad imperial de Carlos I de España de la falta de preparativos por causa de la premura del tiempo; mas fue don Pedro Dávila quien pidió al rey lo importante:

—Plegue a vuestra alteza, señor, mandar que a esta ciudad, que con razón se ha llamado Avila del rey e Avila de los Leales, le sean guardados sus privilegios, exenciones y libertades como hasta vuestro reinado lo fueron...»

El César Carlos miró a Luis de Lobera, su médico, abulense por naturaleza y estudios, que le acompañaba en todos los viajes dentro y fuera de España, y no había de faltar a esta visita del rey a su ciudad natal... Habían pasado muchos días desde aquellos de la Junta Santa de las Comunidades y la generosidad magnánima de Carlos había perdonado, no sólo por el indulto general de Valladolid, sino por cartas particulares como la dirigida a Sancho Zimbrón, en la que el soberano decía que «además de otros grandes servicios que prestó inmediatamente después en la defensa de Navarra, en la Junta (de los Comuneros) de Tordesillas, antes le sirvió que le desirvió». Sonrió el César al sabio médico que cuidaba su salud; su sonrisa se hizo amplísima para todos los caballeros e hijosdalgos que habían salido a recibirle, formando el brillante cortejo que precedía al ilustre regimiento; descubrióse a continuación y poniendo la mano derecha sobre el libro de los Santos Evangelios —*ad casum* le había llevado un clérigo, así como una Cruz—, besó ésta y juró... Así se ganó los corazones de los soldados que había de pedir más luego a la ciudad y tierra de Avila la emperatriz doña Isabel y otrora el príncipe heredero, que sucedió al emperador, Felipe II, de cuyo viaje en 1541 también se recordaban detalles y más que nada de la presentación por su madre, vestido por vez primera de hombre en el monasterio de Santa Ana, después de la comida del día de Santiago... Corazones de soldados para el César Carlos, como el propio del ilustre piedrahitense, don Fernando Alvarez de Toledo, gran guerrero de valor, lealtad, nobleza, desinterés sublimes, quien refiriéndose a sus paisanos los avileses, por él favorecidos en las guerras de Flandes, proclamaba con orgullo: «No es pasión; pero ninguno me ha errado el tiro.»

...

...

Doña María de Córdoba, «Madre de los Pobres, primera marquesa de Las Navas, de noblísima familia en España», yacente sobre un túmulo en cuyos lutos destacaban los blasones familiares, era llorada por toda la ciudad. Llegó al palacio el obispo, don Diego (VII) de los Cobos, que en aquel año precisamente, 1560, era destinado a gobernar la iglesia de Jaén. Todos los caballeros pusiéronse en pie y, con los demás presentes, hidalgos, escuderos y damas, contestaron al rezo, pues la oración iguala siempre toda condición humana en la libertad santa de las almas alzadas del suelo hasta el trono de Dios.

La presencia del prelado dio lugar a un nuevo giro en las conversaciones: se habló de la terminación del coro catedralicio, cuyos trabajos llevaron a cabo desde el pontificado de don Rodrigo Mercado, pocos años antes, Corniellis de Holanda, Lucas Giraldo y Juan Rodríguez; todavía no se habían apagado los esplendores del taller de Vasco de Zarza, porque quedaban sus discípulos labrando «vírgenes» guapas con el cincel y la gubia; Juan de Arfe había recibido el encargo de hacer una custodia procesional de setenta o más libras de plata para la festividad del Corpus Christi... Sonaba en Avila con admiración el apellido Berruguete...

Los caballeros abrieron paso a dos mujeres que se dirigieron hacia el estrado de las damas: eran la viuda, doña Guiomar de Ulloa, con su criada María Díaz... Saludaron con cariño a doña Catalina Dávila, quien no desdeñó el trato de la piadosa doncella: «—Dice fray Pedro de Alcántara —comentaron en la sala— que son dos santas Maridíaz y Catalina, siendo doña Guiomar buenísima.» Y hubo quien rectificó: «—Fray Pedro ha dicho que son tres santas actualmente en Avila, Maridíaz, Catalina y la Madre Teresa, que vive en la Encarnación, siendo allí visitada por santos y doctos varones.» «—Esa Madre tiene que dar mucho que hablar.»

.....

.....

Arreciaban los clamores sin intermitencia. Ya no pregonaba desde las torres la voz humana. Todos sabían en la ciudad quién había muerto y la plaza del palacio de Esteban Domingo, recién bautizada con el nombre de Plaza del Marqués de Las Navas, se hallaba totalmente repleta de avilesees que acudían a rendir homenaje póstumo de respeto y afecto a la noble señora fallecida, cuyos restos mortales serían llevados a la sepultura labrada en el templo del Convento de dominicos del señorío de Magalia, en Las Navas del Marqués. El Clero Catedral, tal vez porque el cuerpo no recibía sepultura en ningún templo de la ciudad, tal vez por excepción, había de hacer el sepelio y la Cruz, guión con su bandera y el escudo labrado en plata y oro sobrepuestos; el escudo del León hecho Cordero... asomaba por el arco, entonces único en la plaza del Ayuntamiento, Coso del Mercado Chico. Entonces llegó un grupo de campesinos muy numeroso, quedando respetuosamente a la puerta del palacio, mientras tras de ellos pasaron al salón de la gran chimenea en donde el marqués, don Pedro Dávila, estaba rodeado de sus amigos y deudos más allegados, el obispo, los religiosos del Carmen, Santo Tomás,

la Compañía, los Franciscanos, Premostratenses... La representación campesina era triple: de Villafranca, Villatoro y Las Navas, y con sinceridad castellana manifestaban su dolor por la muerte de la señora, reclamando el honor de trasladar sus restos allí donde el señor marqués tuviere a bien disponer... Porque aún pensaban los campesinos de Villatoro que fuese posible llevar tales reliquias al santuario del Risco...

El clero de la Catedral había comenzado el canto del salmo «De profundis...». Destacaba la voz de un niño de catorce a quince años que hacía los solos en los versículos pares del canto llano; encantador en su porte y su modestia, su voz bien timbrada, su dicción limpia cuidando la correcta pronunciación del latín:

—¿Conoces a ese chico? —preguntó un presbítero a un diácono.

—Lleva en Avila unos dos años. Es muy bueno. Se llama Pedro Blázquez Villacastín y ha nacido en San Esteban del Valle, un lugar de las Ferrerías de Avila, de Sierras Abajo... Es muy humilde; pero listo de veras. En dos años se ha impuesto en Música; no se ha visto cosa parecida desde Tomás Luis de Victoria, el cantor que ha marchado a Roma va para dos años... Este Pedro ha estudiado en Mombeltrán y con los Padres de la Compañía de Oropesa, y habla muy bien el latín. Yo creo que tiene vocación de franciscano.

.....

.....

El niño de coro cantaba: «Desde la madrugada hasta la noche, Israel espere en el Señor...»

Y él supo verdaderamente esperar en el Señor, hasta la cruz de su Calvario de Nagasaki: era San Pedro Bautista.

El Castillo de Arenas de San Pedro

El mensajero fue introducido a la presencia del rey, don Juan II de Castilla, entregó su carta sellada y esperó respetuoso. El rey advirtió su cansancio y ordenó al maestresala que se ocupara de su necesidad, en tanto que leía...

«Yo la triste condesa, doña Juana Pimentel, señora de Montalbán, viuda de don Alvaro de Luna y prima vuestra...»

La frente de Don Juan se nubló, cargáronse sus ojos y no pudo continuar en mucho rato la lectura. Recordaba...

En la corte de su padre, don Enrique III «El Doliente», servía como copero mayor el señor de Cañete y Jubera, de nombre don Alvaro de Luna, hermano del arzobispo de Toledo, don Pedro... Fruto de los amores de don Alvaro con Marijuana Fernández, nació en el año 1387 un niño nombrado como su padre, que andando el tiempo fue traído desde su tierra de recio vivir, que es Aragón, a la corte de Castilla, de la mano de su ilustre tío el prelado, muy amigo entonces del ayo del propio don Juan, don Gómez Carrillo de Cuenca.

Era rey de Castilla don Juan II desde que tuvo dos años de edad; pero su minoría se vio protegida por las virtudes del regente, don Fernando de Antequera, rey de Aragón él más tarde por la elección del Compromiso de Caspe. Y jugó don Juan II con el joven Alvaro, maestresala de la reina, doña Catalina de Lancaster, la primera princesa de Asturias al lado de su esposo, don Enrique III... reina viuda entregada por entero al cuidado del niño rey, afortunadamente ajena a la política.

A los veinticinco años, teniendo un decenio cumplido el rey don Juan II, era don Alvaro de Luna un doncel envidiado y dice su crónica que le adulaban los magnates de la corte procurando apartarle de ella; pero el Condestable de Castilla, título que le fue otorgado por el monarca influía ya decisivamente en el ánimo de éste, frente al poderío de los infantes de Aragón, don Juan, que fue rey de Navarra, y don Enrique, llamado Marqués de Villena...

Con la carta de doña Juana Pimentel en la mano, sin poder leer su contenido, el rey don Juan II, dominado por un remordimiento, continuaba sus evocaciones:

Había tenido en él ciertamente un leal servidor, consumado estadista con debilidades poéticas que realzaban su recio carácter ante la consideración de las damas: Tenía derecho al orgullo de poder dictar sus bandos diciendo: «Manda el rey y el condestable...» Porque supo llevar con dignidad, valor y astucia, el título de la más alta dignidad de la milicia en Castilla, el arrogante don Alvaro de Luna fue sinceramente amado por su primera esposa, doña Elvira Portocarrero; otras mujeres le odiaron porque le habían amado, y más le continuaron amando soñadoras al leer sus letrillas. Los magnates envidiaban su personal elegancia, su talento, su donoso decir difíciles conceptos filosóficos convertidos en galanterías si se jugaba un torneo literario; envidiábanle también el arrojo y la acometividad gentil cuando de romper una lanza se trataba de bromas o de veras... El mismo rey había reconocido sus valores llamándole a la corte cuantas veces de ella le apartó, pues sabía don Alvaro esperar, dejarse querer, y el ambiente de ambiciones encontradas mantenidas por mediocres e iguales inteligencias le hacía muy luego indispensable. Era muy justificada la afición de don Juan II a su privado.

Falló la suerte de don Alvaro de Luna cuando la segunda esposa de don Juan II, Isabel de Portugal, madre de nuestra Isabel de España, se enamoró de su señor y esposo, y sintió celos de que hubiera persona compartiendo estimaciones o influencias regias. Parece absurdo que la reina pudiera cambiar el ánimo del rey, precisamente por haber don Alvaro preparado esta boda sin consultar a entrambos, haciéndoles felices. Como en el juego de ajedrez la reina desempeñó el papel definitivo y fue apresado en Burgos el magnífico condestable, sin que faltaran cargos que hacerle; se certificó del destino que le esperaba en su caída cuando salieron al camino para consolarle dos frailes franciscanos del Abrojo. Así oyó misa, confesó y comulgó al segundo día de su estancia en Valladolid... Pidió un plato de guindas, comiendo de ellas y bebiendo un vaso de vino. Después... «Esta es la justicia que manda hacer el rey, nuestro señor, a este cruel tirano, y usurpador de la corona real en pena de sus maldades e servicios mandándole degollar por ello.» Se equivocó el pregonero diciendo servicios en lugar de deservicios. Pero don Alvaro de Luna, que iba montado en una mula, de espaldas y con capuz negro desde los hombros... «Bien dices, hijo, dicen que dijo: por los SERVICIOS me pagan así...»

A toda prisa fueron confiscados los bienes de don Alvaro de Luna; mas le hubiera costado mucho al rey de Castilla apoderarse del castillo de Escalona, donde el condestable degollado en Valladolid guardaba sus riquezas y tesoros más preciados, y vino a proponer a su prima doña Juana una capitulación dejándola en posesión de la villa de Arenas, que había ella llevado en dote al matrimonio con cuanto pertenecía al señorío, y la villa de la Adrada. En el mensaje que el rey don Juan II de Castilla, tenía en sus manos, la triste condesa, doña Juana Pimentel, le daba contestación aceptando la regia propuesta.

Ella, la enamorada castellana...

En octubre de 1393, don Enrique III «El Doliente», declara la categoría de villa en favor de «Arenas de las Ferrerías de Avila», habiendo dependido hasta entonces del concejo abulense y pasando a ser parte del señorío del condestable Ruy López Dávalos dos años después de su emancipación. El condestable Dávalos construyó en poco más de cinco años el ingente y airoso castillo y las murallas de la villa de Arenas. Dávalos había sido camarero del rey don Enrique III y llegó a la más alta dignidad de Castilla, peleando en tierras portuguesas apoderándose de varias ciudades... La hegemonía del condestable Dávalos se vino a eclipsar en los años del reinado de don Juan II, cuando la estrella de don Alvaro aumentaba su brillo. En el reparto de los bienes y empleos del condestable arenense correspondieron la dignidad al de Luna y la Villa de Arenas al conde de Benavente... Cuando se hallaba desterrado en Valencia dijo Ruy López Dávalos a ciertos mensajeros: «Decid a don Alvaro que cual él fuimos y cual somos será».

Pues he aquí que doña Juana Pimentel era hija del conde de Benavente y al casar con don Alvaro de Luna, éste en segundas nupcias, hízole señor de Arenas, al tiempo que de su corazón, en el año 1430. Ella, la enamorada castellana, vivió feliz en esta fortaleza, mostrándose más satisfecha cuando los acontecimientos de la corte le eran adversos a su esposo, puesto que se aseguraba la estancia de éste junto a sí. Cuando don Alvaro estaba en el castillo, todo eran fiestas, lujo y esplendor; cuando don Alvaro se ausentaba, todo se tornaba en austeridad y rigideces. Cuando el hombre a quien ni de parte de doña Elvira Portocarrero, ni de doña Juana Pimentel, falló la fidelidad del amor, se acercaba desde la corte a su hogar, aquellos salones que a la parte del mediodía y poniente se extendían, comunicando la gran torre del homenaje con ellos, se iluminaban por la noche y la música tenía en ellos resonancia y eco, así como también el susurro de versos recitados a la luz argentada de la luna, mirándola desde ventanas de ajimez, apoyándose las manos en la tenue columnilla parteluz...

Es inmenso el recinto del castillo de Arenas. Tiene planta cuadrada con torres redondas flanqueantes en las cuatro esquinas, y cuadradas albarranas a la mitad de cada lienzo del muro. Los salones del castillo se distribuían al interior, en dos pisos, al mediodía y poniente, prolongándose desde el ángulo sureste hasta la torre del homenaje con acceso por la parte superior a través de un pasadizo de bóveda y arco ojivales. El resto era patio de armas, con las cuadras y estancias de los servidores y soldados en la planta baja, capilla, salón, habitaciones de huéspedes, invitados, pasajeros, peregrinos... distribuidas incluso en las torres, según la categoría de su destino. Prisiones en los bajos de la torre del homenaje; salón estrado de damas exclusivo para doña Juana Pimentel, durante las prolongadas ausencias de su esposo amado en la corte. Hasta oratorio era para doña Juana Pimentel este salón estrado de la torre del homenaje cuando faltaba el condestable, viviendo como en monjío, pues tal seriedad había heredado de sus mayores, y había

en un rincón cierto retablo como tríptico de tablas pintadas que se abría para la contemplación de los sagrados misterios y para la celebración con privilegio del santo sacrificio. Y no faltaban un clavicordio, un arpa y una lira que las damas pulsaban y a veces los juglares que llegaban a cantar las noticias en romance de una corte alborotada en que bullían los infantes de Aragón, cuñados del rey, armándose tremolía con paso de honor y de armas con la misma facilidad que una fiesta en que el propio rey recitaba sus versos...

Las torres del castillo de Arenas de San Pedro, en ausencia del condestable, parecen con sus aristas expresar el sentido de una canción de la época: «No le des prisa, dolor,/ a mi tormento crecido,/ que a las veces el olvido/ es un concierto de amor./ Que do más la pena hiere/ ally está el querer callado/ y lo más disimulado/ aquello es lo que se quiere;/ aunques el daño mayor/ del fuego no conocido,/ a las veces ell olvido/ es un concierto damor/». Como estos versos son las torres y la silueta total del castillo de Arenas, un conjunto expresivo de singular elegancia del espíritu; fortaleza escondida en el abrigado valle que dominan ingentes las alturas del Almanzor y demás picos mayores del macizo de Gredos... «No les des prisa, dolor, a mi tormento crecido; que a las veces el olvido es un concierto de amor...» Y en el castillo se ama en espera que el frío corte afilado del puñal del verdugo ha hecho finalmente inacabada: espera sin fin en el tiempo, pero aumentando amores que ahora se captan diciendo: «La ausencia es aire/ que apaga el fuego chico/ y aviva el grande.»

La historia del castillo de Arenas de San Pedro es de suyo tan fuertemente impresionante que la imaginación, que suele inventar relatos verosímiles cuando necesita explicar un hecho monumental, no tuvo que crear en este caso, sino reproducir con fidelidad formas que fueron reales.

Tiene la hoy noble ciudad de Arenas de San Pedro por blasón la silueta del castillo de la triste condesa ardiendo, y en su torno arden también la torre del templo parroquial y casas circundantes... «Siempre incendiada y siempre fiel», declara el mote del escudo y proclama la gran verdad de que fueron muchas veces las que sucedió en los hogares, en el quehacer patriótico, en la dedicación religiosa incendiar el amor los corazones arenenses, haciendo el oficio de fuego que ilumina, consume, destruye... y en gozo y dolor hallar la fidelidad como virtud permanente; pero materialmente fue la ciudad de Arenas de San Pedro incendiada...

Don José Carramolino, respetable tío del historiador abulense, don Juan Martín Carramolino, «Arcipreste cura propio de la parroquial de la villa de Arenas, vicario eclesiástico en ella y su partido, visitador general de este obispado por el ilustrísimo señor don Manuel Gómez Salazar, obispo de Avila», etc., certifica «que en el día veinticinco de febrero de este año de mil ochocientos y nueve, padeció la villa de Arenas degüello, saqueo e incendio, causado por las armas francesas que en dicho día vinieron al mando del general Leval, fueron muertos treinta y una personas de ambos sexos...» El incendio redujo a cenizas más de tres-

cientas casas; calles y barrios enteros quedaron destruidos. Las casas del Ayuntamiento, de Pósito y sus paneras, cárcel, carnicería, escuela y oficio del escribano José Gil; la de mi habitación propia del beneficio curado que poseo con todos los muebles decentes que poseía, enseres de cosecha, provisiones de casa y librería en que había empleado muchos reales, comprendiendo el fuego los libros parroquiales de bautizos, casados y difuntos... También fue abrasado el convento de Agustinas recoletas... Igualmente devoraron las llamas el convento e iglesia de Agustinos... Más de trescientos vecinos suspiraban por ver trocada su suerte, perdidos sus bienes... Los ciento diez y nueve vecinos cuyas casas reservaron las llamas, ofrecían el auxilio que podían y siendo corto a tantos desgraciados crecía más la pena... «Del libro de defunciones de la parroquia es el documento del cual se entresacan estos datos y que firma el celoso sacerdote en la «villa de Arenas degollada, saqueada e incendiada para perpetua memoria a catorce de marzo de mil ocho-cientos nueve».

El muy ilustre señor don Marcelo Gómez Matías, muchos años cura de Arenas de San Pedro y actualmente maestrescuela de la Catedral abulense, recoge los datos de otros dos saqueos con incendio (que sufrió la hoy ciudad, y en otro tiempo villa ilustre de la triste condesa, durante la guerra civil de 1838) en su «Almanaque parroquial» de 1921. El castillo siguió en toda ocasión la peor parte, si es que después de la francesada quedó en él entablamiento por arder. Solamente los muros exteriores y las torres permanecen enhiestos, sin señal de los cimientos de la columnata, que formó la galería inferior de su patio señorial y de armas, porque fueron excavados al dedicar el recinto murado a cementerio. Ahora se ha restaurado en el interior la obra maestra precisa para poder aprovechar el serenísimo recinto a diversos servicios municipales... Su historia desde la fundación por doña Juana Pimentel de un mayorazgo en 1484, perteneciente a la casa del Infantado, hasta la incorporación de los señoríos a la nación en 1811 tuvo tradición de serenidad hogareña; pero la nación recogió ruinas de este señorío, merced a los franceses...

El recinto actual del castillo de Arenas de San Pedro es lugar de serenidad singular para las históricas evocaciones, para las expansiones elegíacas; los versos de Jorge Manrique adquieren sonoridad excepcional allí: «Los estados y riquezas/ que nos dejan a deshora/ ¿quién lo duda?/ No les pidamos firmeza/ pues que son de una señora/ que se muda.../ ¿Qué se hizo el rey don Juan?/ Los infantes de Aragón/ ¿qué se hicieron?/ ¿Qué fue de tanto galán?.../ ¿Qué se hicieron las damas,/ sus tocados, sus vestidos,/ sus olores?/ ¿Qué se hicieron las llamas/ de los fuegos encendidos/ de amadores?.../ ¿Qué se hizo aquel trovar,/ las músicas acordadas/ que tañían?.../

Pues aquel gran condestable
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que d'él se hable,
sino solo que le vimos
degollado.

Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿qué fueron sino pesares
al dejar?...»

Ciertamente todo lo que pudo ser orgullo quedó abatido en lo que el castillo de Arenas significa; mas siendo verdad que «el vivir que es perdurable/ no se gana con estados/ mundanales.../ mas los buenos religiosos/ gánanlo con oraciones...» nos queda de la triste condesa el testimonio de un amor ensalzado hasta el trono de la Madre de Dios cuando escribe esta carta, que figura en los apuntes históricos del nobilísimo arenense don Luis Buitrago: «Yo la triste condesa, doña Juana de Pimentel, señora de Montalbán, por cuanto a toda persona, según su estado, es conveniente cosa de facer gracias, dádivas e limosnas a las iglesias e monasterios e órdenes e ermitas e otras personas e otros lugares piadosos, porque el servicio de nuestro Señor Dios e de nuestra Señora la Virgen María en las tales casas e lugares sea aumentado e non venga en detrimento por defecto de bienes temporales necesarios al mantenimiento corporal de aquellos ministros servidores de tales iglesias e monasterios, «E porque yo he mucha devoción en Nuestra Señora la Virgen Santa María del Pilar», que es cerca de la de mi «villa de Arenas», e porque dicho monasterio e prior e frailes e convento del, tengan «carga de rogar a Dios e a la dicha Nuestra Señora la Virgen Santa María en sus sacrificios e oraciones por el ánima del maestre mi señor», por Dios haya e por la vida mía e del conde don Juan e doña María, mis fijos, después de nuestros días... hágoles en las rentas de mi villa de Arenas la donación de seis mil maravedíes. Dada en la mi villa de San Martín de Valdeiglesias a 12 de agosto de 1455. La «Triste Condesa».

Su memoria sea ensalzada como su gran amor.

Llamóme el Rey Bona-Villa...

El palacio-castillo de los Obispos de Avila

Muy cerca de Mesegar de Corneja, por el lado derecho de la carretera que nos lleva desde Avila a la ilustre Piedrahita, se adentra el camino en tierras de labor con robustas encinas, desembocando en la Puerta de la Villa de una plaza fuerte durante la Edad Media, de cuyas murallas se conservan restos, así como del Castillo que habitaron los Obispos de Avila, guerreros, frente a los moros, como el Don Pedro, que asistió junto al Rey Sancho de Navarra a la batalla memorable de Las Navas de Tolosa, rompiendo las cadenas que ensamblaban los elementos de la muralla humana guarnecedora de la tienda del Miramolin, o pacíficos cual Don Alonso Tostado Ribera, que ascendió por la Escala de Jacob hacia su trono de la gloria de Dios, siervo bueno y fiel, mientras el sol de la tarde doraba los trigales en la jornada del tres de septiembre de 1455.

Entrar por las calles de Bonilla de la Sierra es disponerse a la melancolía de las evocaciones. Piedras doradas y piedras grises; piedras más austeras que las de los castillos de Alburquerque; piedras duras de justicia sin tradición de galanteos, o con hálito de santidad... La fisonomía del poblado viene determinada por las puertas de las viejas murallas exteriores, las casas todas antiquísimas y algunas con escudos nobiliarios, y calles en general estrechas, coincidentes en la Plaza de la Iglesia donde se destaca el templo gótico, construido con sillares labrados a escuadra, con un perfil de pináculos altivos o simbólicos de aspiraciones nobles y fortaleza libérrima como la de las almas frente a sus enemigos de la tierra y del infierno: *«Si el Señor es defensor de mi vida, ¿a quién temeré?... Aunque se dispongan contra mí los campamentos, no desfallecerá mi corazón»*.

Viendo castillos como el de Villaviciosa, cerca de Solosancho, erigidos en parajes recónditos, junto al regato cristalino, que se despeña desde las altas cumbres de la Sierra, cuya torre de homenaje se alza delante de la frondosa vegetación que ofrece sombra y frescor en la

ladera durante los meses calurosos del año, mientras el alféizar de una ventana gótica incrustada en la fortaleza de románicos muros nos habla elocuentemente del abrigado rincón a donde llega el calor suave del ambiente invernal calentado por gruesos troncos de encinas o seca leña de pinos resinosos y aromatizantes ardiendo bajo la campana de una chimenea, imaginamos fácilmente las escenas de amor entre hombres y mujeres. Viendo empero la robusta torre del castillo de Bonilla de la Sierra, en horizonte amplio, sin accidentes de fondo sobre un azul intenso que determina el cielo abulense cuando el sol se ha ocultado, la imaginación evoca oraciones fervorosas que ponen fin a los trabajos de gobierno espiritual y del constante estudio para mantener en pureza la doctrina y moral cristianas, que aseguren la idea de la vida camino hacia moradas eternas, o la fidelidad a un poder constituido como acaeció con el castellano rey Don Juan II, cuando le perseguían los confederados contra el favorito Don Alvaro de Luna tras el compromiso celebrado en Castronuño. En tal ocasión, hay opiniones, de que recibió la Villa de los Obispos su escudo de armas comunal, con una encina y cornejas, pájaro del grupo de los dentirrostrós, y la leyenda que puede verse en el que destaca en relieve sobre la fachada de la Casa-Ayuntamiento: «Llamóme el Rey Bona-Villa; la fama fuerte Bonilla». De lo cual resulta que el nombre del pueblo —BONILLA— es un diminutivo de *Bona-Villa*, como fue llamado por el Rey, equivalente a Villa Buena.

Quinientos habitantes y...

...ciento diez y seis viviendas, con dos lugares de una población media de doscientas personas cada uno de ellos, conocidos por los nombres de Cabezas de Bonilla y Pajareros, además de un caserío llamado Rivero de Corneja es el total de la agrupación comunal abulense de Bonilla de la Sierra, sobre cincuenta y dos kilómetros cuadrados de superficie, a cincuenta y dos kilómetros de distancia de Avila ciudad.

La iglesia parroquial de Bonilla es un monumento excepcional, con título de Colegiata en otro tiempo, hermoso en su exterior por los adornos discretos de pináculos, gárgolas, cresterías, ventanales ojivales ajimezados con tenue parteluz, puerta ojival con archivolta abocinada, pura expresión del gótico tan espiritual en sus manifestaciones artísticas. Tiene un altar, cobijado bajo las nerviadas pétreas palmeras de las bóvedas, que llama poderosamente la atención por pertenecer a lo bueno que los Churriguerras y sus discípulos dejaron por nuestra tierra colindante con la suya salmantina. Destacan las imágenes de la Transverberación de Santa Teresa de Jesús y San Martín de Tours, esculturas de la Patrona de la Diócesis y el Obispo Patrono de la localidad, entre varias tablas del antiguo retablo gótico incrustadas en el churrigueresco actual. Es admirable igualmente una talla gótica, representando a Jesús Crucificado, para Cruz parroquial. Y en la sacristía sorprende la pintura del proyecto monumental de un mausolco para el Cardenal Carvajal con una inscripción que advierte las medidas que pensaban darle: «Es

de alto cincuenta palmos y de ancho treinta y ocho palmos». La cronología identifica este Cardenal Carvajal con el Cardenal español legado del Papa en Basilea, cuando el Concilio, y en este mismo tiempo nombra la Historia de Avila o Don Juan de Cervantes, Cardenal que reparó las torres de la Basílica de San Vicente, fundó una misa en memoria de su título de San Pedro «ad Víncula» en la Catedral donde hay una Capilla dedicada a la prisión de San Pedro, que es la antesacristía, y el cual permutó la sede con el Prelado que había en Segovia, natural de Medina del Campo, villa entonces de la Diócesis de Avila, Don Lope Barrientos, celeberrimo en las revueltas políticas del reinado de Don Juan II. El proyecto de mausoleo presenta un retrato de franciscano, escudo cardenalicio orlado por el cordón de San Francisco y en un cuartel se ve el escudo de la Catedral de Avila con las imágenes de la Divina Pastora, Jesús Crucificado y el retrato del obispo yacente. Este fue un proyecto de monumental mausoleo para el Cardenal Carvajal; pero bajo el púlpito-cátedra se muestra sin embargo el sepulcro señalado por una tradición constante como del Cardenal, y se ve desmoronado, sin inscripción que pueda ser leída, pues la erosión se ha cebado en el muro deshaciendo en polvo la piedra granítica igual que la grandeza humana se deshizo en cenizas.

Soy la sin par...

En la contemplación de bellezas que contiene la iglesia de Bonilla de la Sierra, se ha de hacer un alto ante la imagen de Nuestra Señora del Berrocal, que tal vez tenga relación con el lugar del señorío de los Duques de Alba que hoy se llama Santa María del Berrocal, término derivado de berruecos, rocas o peñascos, llamándose berrocal el sitio en que abundan. Cuando menos, la Virgen del Berrocal, de Bonilla de la Sierra, pudo ser hallada entre peñascales y la palabra es corriente en la comarca como en otras de la Tierra de Avila se dice canchales a los parajes agrestes. Es una imagen del siglo XIV con la tradición de una devoción secular que la hace venerable.

Son notables también, dentro del suntuoso templo, una imagen de Nuestra Señora del Rosario del siglo XVII, la sillería y remates góticos del coro, las bóvedas de crucería sobre el presbiterio y también sobre el coro bajo, el batisterio y los sepulcros. Debió admirar tanto la fábrica de la bóveda y ser tan costoso el trabajar en ella, que puede ser leída sin necesidad de prismáticos la inscripción que dice así: «Se reparó año 1900. EN IGLESIA SOY LA SIN PAR. Párroco Don Acacio Arconada y sacristán Norberto Lázaro. Por Antonio y Deogracias».

En la Capilla de batisterio se ven dos retablos que fueron sin duda valiosos; pero tan estropeados hoy que dan lástima. Unas tablas góticas de la Asunción, San Juan Bautista, Santa Catalina y San Segundo, primer Obispo de Avila (cuya imagen en el gótico, tabla o escultura, contiene un valor extraordinario en orden dialéctico de nuestras venerandas tradiciones) proclaman la maravilla de los retablos antiguos de la «sin par»

en iglesia. Cuentan lo que sucedió con un San Miguel de uno de estos retablos, vendido por un guardián infiel, yendo a parar al Museo Británico, narraciones que ni dan ni quitan a lo existente, conservando en muy malas condiciones, mérito alguno.

La Virgen de la Leche en alabastro es un medallón renacentista, colgado en un muro sobre la pila del agua bendita, de positivo valor escultórico y emocional por lo que su leyenda dice: «Esta mandó Antonia de Avila, hija de Francisco de Avila y de María Chaves. Falleció a once de septiembre de sus XIII años». El medallón enmarcado en un cuadro de factura sencilla manifiesta el tema tan devoto de la Santísima Virgen nodriza del Niño Jesús, dándole el alimento de la más dulce y tierna infancia; tema en que se recrean escritores como el Padre Granada describiendo el nacimiento del Señor... y aplicándole a sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales que traía aparejados. Sonríole, como niño, a la Madre el Santo Infante; halágala con el rostro, y vuelve sus dulces y alegres ojos a mirarla, y como dice San Cipriano: el Niño, mamando en los brazos de la Madre, gozaba de aquella leche proveída del Cielo y la fuente del sagrado pecho infundía en la boca del Niño purísimo licor. El Hijo daba a la Madre lo que la Madre daba al Hijo: El henchía los pechos de la Madre, y ella sustentaba al Hijo con la divina leche que El mismo le había proveído». Así se expresa en el alabastrino relieve donado por la joven Antonia de Avila para el templo de Bonilla de la Sierra. Quien puso la inscripción dio la delicada nota del amor y del sentimiento por la muerte de la joven al consignar sencillamente que falleció a once de septiembre de sus trece años, dando más importancia al detalle de la edad de Antonia, que al Año de Gracia de su tránsito de la tierra de los vivos a la mansión en que ha de vivir eternamente.

Madrigal, cien torres blancas

En un plano de Madrigal con sus zonas de reconstrucción deleita contar las torres de este coto redondo de nuestra MADRE ISABEL. Cien torres tuvo, veinticinco por cuadrante, contando las fortalezas de los Arcos, de *Peñaranda*, donde aboca la calle del Tostado por la Plaza del Hospital, de regia fundación en la época preisabelina, en cuya capilla se venera la imagen del Santísimo Cristo de las Injurias, Patrono a quien dedica la Villa en nuestros días sus fiestas principales; de *Arévalo*, acceso al jardín y al palacio de Don Juan II, convento de agustinas hoy. A esta puerta ruinosa de la muralla llega la calle del Horcajo partiendo desde la Plaza Real, donde se alza la torre del templo de San Nicolás como centro de la circunferencia de torres, no exactamente geométrico... Existió el Arco de Medina, entre las puertas de *Arévalo* y Cantalapiedra, fuerte reconstruido para darnos idea de lo que fue todo el conjunto de fortificaciones. Y todavía hubo una puerta de segundo orden entre la de Cantalapiedra, monumental acceso a la calle Real, y el antes nombrado Arco de *Peñaranda*.

Entre las ALTAS torres madrigalenses destacó la de San Nicolás, que avisa en el horizonte lejano, cuando a la Villa de Isabel nos dirigimos, la presencia de tal hecho geográfico-histórico: un pueblo de acusado perfil, inconfundible. Pero hay a quien las torres de Madrigal no parecieron altas hoy por un fenómeno muy natural en nuestro modo de ser: hombres que cuando éramos niños nos parecieron gigantes o gigantescos, ahora que hemos crecido nos parecen solo *tan o menos* altos que nosotros. Y quiere decir esto que a quienes miraron las Torres de Madrigal con ambición de conquista pudieron parecerles ALTÍSIMAS, mientras que a los hombres vivientes en la época de la desintegración atómica, viéndolas ruinosas y en todo caso a los efectos defensivos inservibles, parécenles «menos» TORRES. Pasa incluso en Avila, donde intacta la acrópolis, se nombra la Torre del Baluarte sin temor, porque sobre su mole no se alza horca y sobre la Torre del Homenaje del desaparecido Alcázar solamente con sentido espiritual ondeará nuestra Bandera como símbolo... Empero el Dr. Sarthou Carreres, de la Real Academia de la Historia, dice acerca de las Murallas de Madrigal *de las Altas Torres* (nombrándole así como todo el mundo),

que son del siglo XIII «casi tan importantes como las de Avila, aunque de otro estilo y peor conservación». Y mi humildad agregaba en el año anterior al del V Centenario del nacimiento de nuestra Madre Isabel cuando por vez primera hice a fondo un estudio de la Villa en una serie de siete amplios reportajes: Son las murallas de Madrigal del estilo mudéjar. Su construcción, de hormigón a base de barro calizo y piedra menuda prensado en su trabazón de ladrillos. Las puertas, de arco ojival, destacando entre todas las de Cantalapiedra por su belleza y disposición interior al cobijo de la gran torre albarrana... Así como en la banda sur de Avila se aprecia que la fortaleza de los muros y el aspecto de los torreones no es tan imponente como en el frente oriental atacable, porque suple la escarpa la altura de los muros, en la llanura todas las torres hubieron de llenar su cometido de fortaleza y grosor. TAL VEZ A ELLO SE DEBIERA EL SOBRENOMBRE QUE A MADRIGAL SE DA «DE LAS ALTAS TORRES»... El lienzo de levante, «con sus grandes torres», señala el Dr. Sarthou Carreres en su obra CASTILLOS DE ESPAÑA, es el mejor conservado.

Se ha de observar que la construcción es de hormigón a base de *barro calizo* y piedra menuda, todo ello prensado en trabazón de ladrillos. Y el conjunto de los muros debió resplandecer con nítida blancura, razón por la cual no se puede negar albura en el cerco amurallado madrigaleño, ni en las torres albarranas, mucho menos, que ya de suyo lleva la calificación de ALBAS, siendo las grandes torres que a trechos se colocan en los muros de las ciudades fortificadas.

Como consecuencia de lo escrito parece claro que MADRIGAL puede llamarse DE LAS ALTAS y DE LAS ALBAS TORRES, mucho más habida cuenta de que MAD significa HUMEDAD y GAL equivale a *camino*; GALBUS, derivado de GLAUKOS, color *verde claro*... Podemos ver en MADRIGAL un *camino de esperanza*. Pero la etimología más clara de MADRIGAL es MADRI-GAL, equivalente a *Madre grande de algo* o mejor MADRE DE ALGO GRANDE. Lo cual no está en pugna con la interpretación: Mad-rig-al, *humedad* (MAD) *en la costra dura* (RIG, de riego, rigidez) *de los alimentos* (AL, abreviatura de *alimentorum*). Y ciertamente MADRIGAL hubo de ser un vergel, *viridarium*, «speciosas res» en medio de la sequedad del páramo castellano...

El Castillo de Narros de Saldueña

¿Conoce usted en Avila una calle llamada de la Dama?...

Así me hablaba el culto sacerdote, mi acompañante a la visita del castillo de Narros de Saldueña.

—Ciertamente la conozco. Es una continuación de la calle de Santo Domingo, abocando a la plaza de este nombre, histórico y romántico rincón abulense, que como muy bien dice el Padre Carmelo del Niño Jesús, «ha sufrido sobre sus restos venerados los zarpazos de la vulgaridad». Y más aún añade con elegante modo de hablar este padre carmelita descalzo, en su libro «Santa Teresa vive en Avila» (Guía Teresiana de la ciudad) de la colección «Temas Abulenses» editada por la Diputación Provincial, cuando exclama: «Calle de la Dama, bello nombre, tan impregnado de recuerdos, entre otras cosas porque en ella nació y vivió veinte años Teresa de Ahumada. En sus tiempos fue una de las calles principales de la ciudad, pero los aires modernos la han dejado tan malparada que con profundo dolor podríamos aplicar a la Celestial Andariega la copla de Manuel Machado: Tu calle ya no es tu calle/ que es una calle cualquiera/ camino de cualquier parte...»

—Pues los personajes de la calle de la Dama tienen relación directa con la tradición del castillo de Narros de Sal-Dueña...

—¿Doña Constanza del Aguila y don Pedro Vélez Dávila?...

—Bien pudieron ser ellos.

—Mayoral Fernández, cronista de Avila, en su libro «El Municipio» de la ciudad, estudio histórico de la misma colección «Temas Abulenses» no dice cómo se llaman. Y difiere además en estos dos detalles de la leyenda narrada, con respecto al padre Carmelo, C. D.: mientras el Padre hace casado a don Pedro y soltera «la Dama», el cronista casa a la Dama y pone soltero al caballero raptor; el cual, según el primero de los autores, hace que unos embozados la lleven «a un castillo que don Pedro tenía en las estribaciones de la sierra», en tanto que Mayoral

Fernández, que en paz descanse, cuenta cómo «con gente armada la raptó violentamente, trasladándose a su castillo de la llanura Norte».

—Habrà que partir la razón entre tan autorizados escritores abulensistas.

—Esa es opinión muy prudente: la situación de estado civil de los personajes pudo ser como cuenta el padre Carmelo del Niño Jesús: casado él y soltera doña Constanza, porque si ella hubiera sido casada el rapto hubiese presentado más complicaciones; mas en cuanto al castillo hay que dar asentimiento a las afirmaciones del cronista que nos fue tan estimado: estaba situado en la llanura del Norte, dentro de la Tierra de Arévalo y hubo tiempo en que pasó a depender de la comunidad de municipios que formaban el Sexmo de San Juan...

La calle de la Dama, en Avila

La estructura del plano de esta parte de la ciudad ha cambiado mucho desde el siglo XVI. Las casas de don Alonso Sánchez de Cepeda fueron anteriormente Casa de la Moneda, preocupación alguna vez de nuestra Madre Isabel, la reina, y sus puertas principales se abrían a la calle de Santo Domingo.

Por la puerta de la muralla que llamamos de Montenegro entramos a la Plaza de la Santa, hoy excelentemente urbanizada y encantadora por las notas de clasicismo y neoclasicismo de sus monumentos: Palacio de los virreyes del Perú, templo de Santa Teresa sobre la casa donde nació y Archivo Provincial... Mirando al fondo, la calleja que nos conduce a la calle de la Dama. Siguiendo el muro del convento de los padres carmelitas, jardincito de la Santa, la esquina presenta todavía el nicho dosclado de piedra en donde fue colocada por exigencia del Municipio de Avila «para perpetuarla, una dama de bulto en hornacina angular».

La vieja Casa de la Moneda, luego solar de los Cepedas, fue destruida en su mayor parte por don Diego de Bracamonte —el decapitado del Mercado Chico por el juicio de los pasquines injuriosos para la majestad de Felipe II— que quiso alzar su palacio sobre lugar tan santo con el poco respeto de situar las caballerizas precisamente donde la Virgen de la Raza naciera el feliz 28 de marzo de 1515; luego fue don Gaspar de Guzmán, el Conde Duque de Olivares, quien favoreció la construcción del primer templo teresista del orbe. Y por metro más acá o más allá en la calle de la Dama hubo pleitos del Municipio con los religiosos.

La calle de la Dama es prolongación de la calle de Santo Domingo para salir al palacio de Crecente. Y es en estos lugares en donde doña Constanza del Aguila tenía su mansión de paz, que vino a turbar el enamoramiento de don Pedro Vélez Dávila...

La llanura morañega parece infinita: es como símbolo del equilibrio de nuestro ser, tierra y cielo; equilibrio del alma serena, los campos

«de las pardas, onduladas cuestras,/ los de los mares de enceradas mieses,/ los de las mudas perspectivas serias,/ los de las castas soledades hondas,/ los de las grises lontananzas muertas...» En primavera, inmensa esmeralda diamantíamente perlada por el rocío mañanero; en verano, refulgente coraza de oro, la nutritiva promesa de los candeales; en la estación otoñal, grises melancolías, y blando sudario con que la fecunda Ceres se envuelve para esperar el retorno de Proserpina, en el invierno.

Siempre es idílica la visita que se haga con amor al santuario de la Virgen del Campo, en estos términos de labor dura, en donde azota el viento, cala el agua de lluvia, quema el sol, son los cuerpos recios, áspero el batallar y admirables las almas: simas de altura, dinámicas en bien obrar y largos alcances venciendo siempre sobre el espacio y el tiempo...

Son varios los pueblos abulenses que se llaman Narros: del Castillo, del Puerto, de Saldueña... Y luego hay Narrillos: del Alamo, del Reboillar... Parece voz que significa dificultades o ardides, naturales o contruidos por los hombres con miras defensivas.

Narros de Saldueña es lugar del antiguo Sexmo de San Juan, en la Tierra de Arévalo, a treinta y tres kilómetros de distancia de la capital de la provincia y seiscientos metros de altura, hoy con ciento cinco casas habitadas por cuatrocientas treinta y tres personas. En 1813 no llegaba el número de sus habitantes a ciento cincuenta.

El castillo alza sus ruinas en la más destacada prominencia del terreno, con acusado perfil de caserón cuadrado, construido con armadura de ladrillos cocidos y hormigón de piedra menuda, paja triturada y buen barro... Hubo de ser elegante mansión porque aún su perfil arquitectónico agrada: barbacana exterior corrida en torno a la fortificación principal y seguramente protegida por empalizada, puesto que la construcción de un foso tendría máximas dificultades. Luego sobre el solar un sistema de cuatro muros lisos con remate de fuertes almenas y cuatro garitas y a la vez atalayas con tejadillo árabe y tres arcos a cada frente. Y en medio de un muro, pero dentro del adarve interior, con acceso por el patio de armas, la Torre del Homenaje con salones para la vida independiente de los señores, mientras que los servidores y soldados se repartían por las cuadras y estancias de las galerías del patio soleado.

¿Historia?... Bien poca, puesto que reforzando las dificultades creadas en la llanura con fines defensivos, su construcción sobrepasa el mudéjar, aunque puede tener antecedentes de castro. ¿Leyenda?... La del grito de don Pedro Vélez Dávila, en una terrible noche que no tuvo amanecer para él en la tierra.

Sal... Dueña

Sigamos la leyenda de doña Constanza del Aguila, por antonomasia «La Dama». En la paz de su casa transcurrían los años de su segunda juventud. Era hermosa en verdad y guardaba en su corazón el luto por

su amor muerto en las luchas de Flandes, vistiendo al exterior sin afectaciones monjiles, ni lujos ya despreciados.

Vélez Dávila, todo acometividad varonil, celos en su hogar, violencias de genio duro, dominante por afición a la espada, prendose de ella cuando una tarde la vio penetrar en el románico templo de Santo Domingo, donde hacía poco tiempo habían terminado de colocar los sillares renacentistas de la cabecera, labrando el escudo de Blasco Núñez Vela en ellos y colocando en suntuoso sepulcro, al lado del Evangelio en el interior, los restos de este mayordomo del César Carlos y primer virrey del Perú.

No a causa de coquetería intencionada, sino por casualidad, cayó al suelo el pañuelo bordado, que recogió Vélez Dávila presuroso, y los ojos que el llanto no había logrado sino matizar en tenues destellos de interiores ardimientos, miraron al caballero galante y apuesto, gentil en su porte, fiero en obrar. Y era tal la distancia de la vida interior de él a ella, que aquel caballero arrebatado súbitamente por la pasión amorosa, comprendió que jamás conseguiría vencer a debilidad tan femenina como la de doña Constanza constante.

Súbitamente decidió su plan a seguir: esbirros pagados sorprendieron a la «Dama» cuando al amanecer del día siguiente salía de su casa para oír misa prima en el templo románico. Iba ella sola, como de costumbre, pues por la cercanía y el sagrado carácter de la casa que mañana y tarde solía visitar, cruzaba la calle, que luego fue de su memoria, sin escudero ni dueña de compañía... Y cubriéndola con grosero sayal de burdo paño, como mujer del pueblo que hiciese viaje tapada, que así procuraron disimular la mordaza, lleváronla sin descanso en el camino de seis leguas, salvo para comer, cubiertos los rostros en forma de no ser conocidos.

A la noche llegaron. Noche de luna llena de enero. Aire cortante como el cristal. Aire de filo sutil como de puñal acerado en manos de diestro verdugo. En el salón principal ofrecía el estrado la tentación de un lecho mullido con almohadones y pieles suavisimas. El ambiente caldeado por la llama crepitante de los troncos de encina en la chimenea, invitaba con deleitosa caricia al abandono sensual. «La Dama», encontrándose sola, se santiguó, y dispuesta (sin saber de otra cosa que cansancio tremendo y de otra parte satisfacción de verse libre del grosero bandidaje de los esbirros) a esperar acontecimientos, confiada en el Señor, su refugio y poder, desnudóse de los amplios ropajes del corpiño y las faldas, echando sobre su cuerpo mirando a la chimenea, cual cubretodo discreto, el sayal con que vino tapada, sayal como de dueña... Había colgado su vestido, con cuidado de mujer para su ropa, en un hachero sin vela y en lo alto el capuz de amplia capa que la servía de velo para su visita a la iglesia... Es que Dios dispone las cosas para confusión de soberbios y libertad de inocentes. Porque la bella Constanza oyó pasos firmes que al salón se acercaban; sintió abrir la puerta y correr los cerrojos y el grito airado, imperativo, violento, apremiante de impaciencias criminales:

—¡Sal... Dueña!

Y la bella Constanza, «la Dama», comprendió muy pronto: Pedro Vélez Dávila vio dos mujeres en pie, mirando a las llamas de los troncos de encina, menos abrasadoras que las de la pasión en que ardía el caballero en cuerpo y en alma, llamas verdaderamente infernales. «La Dueña» era ella, vestida de tosco sayal; la bella y deseada Venus era un candelero vestido con sedas y algunos bordados.

—¡Sal... Dueña!, gritó por segunda vez con tono de amenaza vibrante. Y por la puertecilla del estrado, Constanza salió. El mandato había resonado de modo que dentro y aún fuera del castillo habíanlo escuchado. Y los esbirros dejaron salir en libertad, a campo libre, a Constanza del Aguila.

La sombra huidiza

Ciego por la pasión, el caballero comenzó sus explicaciones, solicitando miradas, sonrisas, correspondencia en palabras, sin acercarse a «la Dama». Pero después, por detrás, a traición, fue a tomar en sus brazos la conquista del rapto... ¡Horror!... El cuerpo se desvanecía y las ropas quedaban en pie... Dio voces: «la Dama» huye campo a través... El caballero, apasionado, no ha tomado caballo para su persecución a la luz de la luna. Camina desatentado, loco tras una fugaz ilusión. Otra vez doña Constanza viste con el sayal de dueña un arbusto y ella con ropaje más claro desaparece al claro de la luz plateada para alcanzar un refugio de caridad. Mas don Pedro se abraza vehementemente al arbusto y cree que la sombra se escapa, y corre camino de Avila por campos en que los ramos y enebros se burlan mil veces...

Se ha enajenado de modo que camina entre nieblas de espíritu, caliginoso vapor en su mente. Y así avista los muros almenados de Avila, en donde peina sus rayos la luna con púas de almenas. Corre presuroso, no se le escape su amada y llegue a cerrarse en su casa, y llegando a la Puerta de Montenegro él la ve desaparecer en la callejuela que desemboca en la plaza del románico templo. Su corazón se rompe y cae muerto... Empero, LA DAMA no ha de llegar realmente a la ciudad, sino días después, reposado su ánimo y fortalecido su cuerpo...

En la Plaza de Santo Domingo han clavado sus garras zarpazos de vulgaridad. El templo románico ha sido destruido hace años. Del Hospital de Santa Escolástica queda la fachada gótica con los arcos cegados, la imagen sobre el parteluz. Y en la esquina del convento de los Padres Carmelitas, en alto, vemos el nicho doselado de piedra, donde también el busto de «la Dama» se ha hecho sombra sutil, invisible.

Del Castillo de Narros queda la oquedad de los ventanales al aire o cubiertos por un fondo de sombra en las garitas, por donde aún se desborda el grito de Pedro Vélez, que ha quedado de apellido para el nombre del pueblo: ¡SAL... DUEÑA!

Recuerdo de El Tostado



En este Castillo de Bonilla de la Sierra murió don Alonso de Madrigal, «El Tostado», Obispo de Avila, llamado «El Abulense» entre filósofos y teólogos como Tomás Luis de Victoria entre los músicos.—(Foto MAYORAL).

EMOCION DE LA CIUDAD



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

LA EMOCION DE LA CIUDAD Y TIERRA DE AVILA, según mi modo de ver, está en tres motivos principales: el paisaje, lo monumental y lo histórico: lo primero es la geografía, lo segundo la cronología y lo tercero la vida humana y sus valores en tales circunstancias de lugar y tiempo. Así podemos visitar lo viejo y lo nuevo de Avila, viéndolo todo con permanente actualidad de un vivir total y completo. Que el turista pueda exclamar, alcanzando el significado de Avila con la joven filósofa Edith Stein al terminar la lectura de la autobiografía teresiana: «Esta es la verdad», haciendo transcendente su vagar por las calles de «La Mística Ciudad amurallada». Y que el peregrino pueda igualmente transformar en delicias espirituales las asperezas deseadas de sus anhelos ascéticos.

EL AUTOR.

 Institución Gran Duque de Alba

I.—"ENTRAD EN AVILA..."

...Hay que penetrar su misterio. Captar la emoción de la ciudad». (Azorín).

...

Pensando en el Avila de su niñez, Jorge Santayana dijo: «*Yo vivo lo eterno*».

...

—«Yo soy, señor mío, de la ciudad de Avila, conocida y famosa en España por los graves sujetos con que la ha honrado y honra en letras, virtud, nobleza y armas, pues en todo ha tenido ilustres hijos...» (El soldado que vuelve de Flandes, Cap. XIV de *El Quijote*, de Avellaneda).

...

«Don Quijote, ¿estuvo en Avila?... Avila no era ambiente para él No quise decir que no fuera ambiente propicio. Digo que no era ambiente irritante. El contraste motivador de las aventuras, cuyo bellissimo inventario constituye la trama de la novela inmortal, se hubiera disuelto dentro de las murallas abulenses; que como Rómulo, según la leyenda, construyó los muros de Roma para encerrar los dioses tutelares de la Ciudad, dijérase que Alfonso VI mandó edificar los de Avila para en ellos guardar el espíritu caballeresco de Castilla.

El espíritu caballeresco! Urge distinguir la Caballería burlesca y la Caballería de Don Quijote. La Caballería burlesca nace en la literatura, se puebla de leyendas emigradas de los ciclos épicos del Norte

Pero la Caballería Quijotesca, la auténtica, la vivida, floreció en las Cruzadas (*Gesta Dei per Francos*); tuvo una tradición muy pura en el *iter sanguinis* de nuestra Reconquista (*Gesta Dei per Hispanos*) y recibió en Avila una supervivencia en la epigrafía de sus piedras fuertes

AVILA HUBIERA SIDO PARA DON QUIJOTE SENCILLAMENTE LA DESAPARICION DE SU LOCURA, porque, ¿qué mucho que creyera ser huésped de un castillo al verse en un recinto que por su tradición, por su posición geográfica y hasta por su arquitectura, era corona mural de Castilla?» (Enrique de Leyva).

* * *

«Cervantes, que se opuso resueltamente a que Don Quijote viniera a Castilla La Vieja muerto (II, 74) no quiso que pasara por ella vivo; ni quiso que naciera entre nosotros... Acaso porque él trataba de la falsa Caballería, mientras predominaba en Avila la real y verdadera...» (Padre Lumbreras, O. P.).

* * *

«Ciudad como el alma castellana, dermatoesquelética crustácea, con la osamenta y coraza por defuera, y dentro la carne ósea también a las veces. Es el Castillo interior de Las Moradas de Teresa, donde no cabe crecer sino hacia el Cielo. Y el Cielo se abre sobre ella, cómo la palma de la mano del Señor». (Unamuno).

* * *

«...aún tenemos muchas leguas / y muchos siglos que andar / juntos Avila y Teresa». (Marquina).

* * *

—¿Va usted a Avila? ¿Qué se le ha perdido allí?...

—*No se ha de ir a Avila por lo que se pierde*, contestó el poeta humorístico, Carlos Luis de Cuenca; *sino por lo que se gana*.

* * *

Don Juan, para nacer, / qué bien Sevilla! / Don Juan, para morir, / en Salamanca. / Don Juan, para dormir y descansar / la Tierra de Avila. / Para nacer, un junio, / de Sevilla, y bautizarse / en sol, en, sal y Gracia. / Para morir, octubre, entre oros secos / de árboles y de piedra en Salamanca. / Para dormir a gusto / la eternidad de Avila. / Para anunciar a España un nuevo Príncipe / ¿qué campanario como la Giralda? / Para tocar a muerto regimiento / no habrá campanas como en Salamanca. / Para dormir sin ruidos, / el silencio de Avila». (P. Cué, S. J.).

* * *

«Avila la encontré bella en mi juventud en los caminos de la tierra y bella la encuentro en mi vejez en los caminos del Cielo». (Larreta).

* * *

Un paraíso es Avila, pero perdido por incuria, ignorancia, desdén u olvido». (Zorrilla).

. . .

«Avila, elocuente en el silencio de pétreas murallas, anotó sobre el granito las primeras pulsaciones del corazón español». (Villa Pastur).

II.—CUMBRES Y TORRES

Es fácil ver Avila; no es tan fácil sentir lo abulense. De todos modos interesa al viajero, turista o peregrino, para conocer Avila, ver la Ciudad y su Tierra una extensa panorámica, que no se obtiene desde afuera, sino desde su *epicentro*, término alusivo a las ondulaciones sísmicas, conmoción que buscamos en el ánimo de nuestros amigos...

El centro alto de Avila es la torre de la Catedral. A ella hemos de subir para recibir la primera impresión general y total: así será estimada la significación del nombre AVILA, *Monte Alto*. Así podremos recordar comprensivamente los maravillosos conceptos del primer capítulo de LAS MORADAS, de Santa Teresa de Jesús, a quien debemos la idea del alma CASTILLO INTERIOR. Así deleitaremos nuestro espíritu en altura de águilas siguiendo la marcha del sol hacia Occidente por encima de las cumbres de la Sierra de Avila: Cerro Castaño, Cerro Gorría, Peña Aguda... Buscaremos los caminos de Duruelo, Fontiveros, Madrigal de las Altas Torres, Arévalo... girando hacia el norte. Y entre la llanura inmensa y el cielo sin fin se dilatará nuestra alma por la Castilla ancha. O de nuestro punto de mira occidental, que cae sobre la fachada principal del templo, girando a la izquierda nos situaremos frente al mediodía logrando nuestra mirada conquistar los Picos Calvitero y del Moño Almanzor, hasta la cumbre del Puerto de Mijares o hasta el declive de Casillas, puesto que la Torre de la Catedral es observatorio ingente sobre las Sierras de La Horcajada y Villafranca, La Serrota y Los Baldíos, La Paramera, Cuerda de los Polvisos y Sierra de Malagón, enlazadas en cordillera de poniente hacia la salida del sol para Avila, por encima del campo Azálvaro y el Cerro Hervero... El Valle de Avila, VALLE AMBLES, con sus 50 kilómetros de largo y 10 de anchura, queda entre nosotros y los montes cercanos: entre esa cordillera —de La Horcajada a la Sierra de Malagón— y el macizo de GREDOS, están los paradisíacos verdaderamente edénicos, Valles del Tormes y del Alberche... Y al sur de GREDOS el luminoso Valle del Tiétar.

Cumbres... Al oriente, el Cerro Hervero y Las Hervencias, llanura que la ciudad gana en su expansión, pese a la línea defensiva del campo que

durante mucho tiempo significó el ferrocarril. EL CERRO HERVERO, cumbre representativa del honor Avilés, cual se verá mirando al Escudo de Avila.

...Y Torres: la más oriental junto a la fábrica de automóviles, la correspondiente al Silo que guarda el mejor candelal del mundo producido por la Tierra de Arévalo; torre simbólica del progreso de España en sus veinticinco años de paz, con barriadas nuevas y modernas avenidas que llegan a la Plaza de San Vicente o a la Plaza de Santa Teresa, ambos lugares de solemne recepción o grata bienvenida, pues a nuestros visitantes podemos hacer honores ante el Escudo de Avila o dar muestras de nuestra hidalguía hospitalaria en la terraza de los bares con el obsequio de una copa de vino fresco generoso.

Cien torres más en la muralla... Y Cumbres en los Monasterios también.

Y más torres en el interior del recinto amurallado: torres de palacios y de templos que sobre el plano pueden ser localizadas y nombradas.

III.—LA MURALLA

Desde la torre del primer templo abulense vemos el dispositivo de la defensa en la Ciudad-castillo. Del monte en la ladera se tiende todo el sistema de la fortificación: un cuadrilátero amplísimo, trapecio con la base mayor en su frente oriental; con su grueso muro flanqueado por cien fuertes torreones; con nueve puertas de acceso al interior y, antiguamente tres poternas más. Las puertas reciben todavía los nombres del «Alcázar», *de los Obispos* (Peso del Harina), «de San Vicente», *Arco del Mariscal*, «del Carmen», del Puente, «de la Mala Ventura», *del Monte-negro* y «de Gil González Dávila». Las poternas daban acceso al Palacio de los Dávila, al torreón del Homenaje, a la Catedral precisamente por donde hoy existe la Puerta de San Segundo.

Al interior, la muralla presenta un adarve corrido de suficiente anchura para que los guerreros pudieran andar por el mismo cómodamente y con altura bastante para que desde el exterior —si fuere conveniente— no fuesen vistos. Las almenas hacen de parapetos inexpugnables en los templos medios.

Avila, cumbres y torres, *Monte Alto*, rutas sin fin... Por el Valle Amblés discurre una corriente cristalina que le mide sobre su hondonada: el río Adaja viene del occidente y recibe al Grajal de corriente contraria, tomando en ese punto la dirección al norte para llegar al Duero vertiginosamente: «Yo soy el Duero; de todas las aguas bebo, menos las del

Adaja que me ataja...» Es la corriente que forma, paralela con el muro occidental de la Muralla de Avila, un foso profundo... También hay quien afirma que hubo foso delante de las fortificaciones de la parte oriental, el frente atacable por ser llano el acceso; por eso mismo se admiran en ese frente los torreones más importantes, cual el del Baluarte (al ángulo SE); el del Homenaje, doblemente almenado por la corona del airoso y sobresaliente maticán; la Puerta del Alcázar, el ábside catedralicio, la Puerta de San Vicente...

En los más largos lados del trapecio que la muralla forma, la escarpa natural aumentaba las condiciones de la defensa, sobre todo por la parte del mediodía que debemos figurarnos con el rastro que desde las puertas y poterna correría por el declive rocoso. De aquel *rastro* —camino de uña de caballo— tomó indudablemente su nombre el actual paseo.

Detalle curioso es el ver delante de cada una de las puertas del románico monumento militar un templo románico, extramuros: San Pedro, Santo Tomé «el Viejo», San Vicente, San Andrés, Santa María de la Cabeza y San Bartolomé, San Segundo, San Nicolás, y Santiago, que románico fue primero que gótico... ..

¿Quién fundó la primera muralla de Avila? En la noche de los tiempos contesta la leyenda de Alcideo, hijo de Hércules fenicio, quien hundió el istmo que unía con Africa nuestra Patria y fundó sus columnas de Calpe y Avila, este nombre como muestra de amor a su mujer... La Historia nos demuestra con piedras e inscripciones que hubo una muralla romana primero que la románica actual construida en el año 1090 por el Conde Don Raimundo de Borgoña, yerno de Alfonso VI de Castilla; padre de Alfonso VII. La primera piedra, el perímetro y las puertas fueron bendecidas por Don Pelayo, el Obispo de Oviedo que contó la narración constitutiva del LIBRO VIEJO DE AVILA.

IV.—EL ESCUDO

En el antiguo coso de San Vicente, bello jardín de España delante de la más típica «Puerta del PUEBLO ESPAÑOL», que figura en Barcelona; en la primera Plaza de Toros que registra la Historia de la Fiesta Nacional, recordando un mano a mano de valor, amor y celos de aquel apuesto y bizarro castellano que llamaron Rey Nalvillos y el moro Yezmín Yahía, enamorados de la hermosa que mereció ser sultana, Ajá Galiana; frente a la Basílica de los Santos Mártires Hermanos que alzaron bandera de Fe para ejemplo de los siglos pasados y venideros respecto a nosotros, brilla el ESCUDO DE AVILA, nobilísimo blasón.

Metal sobre color, destaca el ábside catedralicio con la efigie del Rey Alfonso VII, primer Rey Niño de Avila, entre las almenas de la enorme torre, al pie de la cual se pone la leyenda: AVILA DEL REY. También le fueron atribuidos a esta Ciudad sucesivamente por los Reyes Alfonso VIII y Alfonso XI, guardados fielmente por los avileses en sus respectivas infancias, los mote de AVILA DE LOS CABALLEROS y AVILA DE LOS LEALES. Son capítulos bellos de la Historia local, trascendentes a la Historia de España.

ALFONSO VII era hijo del repoblador de la Ciudad, Conde Don Ramón de Borgoña, y de Doña Urraca, hija de Alfonso VI. Muerto el Conde, Doña Urraca contrae segundas nupcias con Alfonso I, «El Batallador», de Aragón, quien al decir de las crónicas llegó a maltratar a su esposa «poniéndole las manos en la cara y los pies en el cuerpo». ¿Trató el Rey aragonés de unir en sí ambos reinos?... Lo cierto es que vino sobre Avila con un ejército acampando en el Cerro Hervero y sitio de Las Hervencias; que quiso apoderarse del Rey Niño, su hijastro; que los caballeros abulenses no se le entregaron; que se acercó a la Ciudad y sin entrar en ella saludó al Rey Castellano asomado entre dos almenas del firme torreón... Y la tradición histórica fundamentada nos narra que el Rey aragonés, despechado por causa de la fidelidad abulense, mandó matar, y hervir en aceite las cabezas, de los setenta caballeros rehenes que por la Puerta de la Mala Ventura salieron para responder de la integridad del Batallador, retado por el noble Blasco Jimeno, regidor de la Ciudad, al sitio de Cantiveros, cuando de retirada caminaba con dirección a las ciudades castellanas del norte; para suscitar nuestra emoción queda en Avila el *Escudo*, y los nombres de *Puerta de la Mala Ventura*, por la que salieron los rehenes decapitados; *Cerro Hervero* y el lugar de *Las Hervencias*. Y en Cantiveros, la Cruz del Pandero o del Reto.

Análogamente hizo Avila defensa de los Reyes ALFONSO VIII y ALFONSO XI, (triumfantes uno tras otro en Las Navas de Tolosa y en El Salado) cuando fueron niños.

Junto al Escudo de Avila puede muy bien el visitante dejar que su alma respire serenidad del ambiente, antes de penetrar en el recinto amurallado por esa Puerta única, verdaderamente *especiosa* y modelo de arquitectura militar en la Edad Media: supongámosla un foso y puente levadizo, admirando el arco altísimo como avanzada de defensa sobre el callejón que forma la sección de las torres al medio de su semicírculo saliente...

V.—LA MURALLA INTERIOR

Las Puertas de San Vicente y del Alcázar son de semejantes estructura. El callejón formado por las torres flanqueantes, el arco avanzada de defensa superior, primer juego de puertas o tal vez puente levadizo, galerías laterales (tapiadas por higiene social) y pozo para arrojar verticalmente materias hirvientes, ranura para el órgano o rastrillo y segundo juego de puertas... No se tiene noticia de que guerrero alguno las impugnase a lo largo del tiempo... Pero aún era la defensa mayor, ya que interiormente quedaba una plazoleta en torno a la entrada, circundada por muro almenado, de manera que si los defensores abulenses en estado de sitio hicieran una salida y hubiesen de refugiarse precipitadamente, pudiera mantenerse la Ciudad cerrada, recogiendo los fugitivos en la plaza sin cerrar la entrada exterior hasta verles juntos y al mismo tiempo, si soldados enemigos audazmente penetrasen con los abulenses en fuga, poder seleccionarlos a base de arco y aljaba. Lo cuenta un viajero inglés del siglo XVII.

Las Puertas del Norte y del Sur contaban con la defensa natural de la escarpa; la Puerta del Puente Romano sobre el Adaja tenía el río como profundo foso. Y todavía más: la Puerta del Carmen, de mayor anchura, como para carros e impedimenta, contaba con las defensas de una especial disposición y doble quiebra de la línea del muro...

Y con todo la concepción de la muralla románica por el Conde Don Raimundo de Borgoña tuvo en cuenta el interior, guarnecido por las casas fuertes de los repobladores que el Renacimiento artístico convirtió en palacios: Casas solariegas al menos, que adosadas a la muralla tenían a su cargo la defensa de un tramo de la misma, de modo que ante un caso de repentina alarma el adarve se cubría con defensores, instantáneamente, a la voz del vigía...

Los palacios o casas fuertes, tuvieron su plaza de armas, sus cuadras y estancias, su fortificación particular mirando al interior de la *civitas*, con doble finalidad: si el enemigo entraba en la Ciudad, servirían de reductos; si el pueblo se alzase contra la nobleza (o contra un comendador tiránico, por ejemplo), bueno le era tener su castillo en la Ciudad por excelencia castellana. Las acrópolis o fortalezas populares fueron los templos y, sobre todo, el Alcázar y la Catedral. No fue fortuita la elección del primer templo abulense —templo y fortaleza— para las reuniones de la Junta Santa de los Comuneros de Castilla.

Del Alcázar abulense, junto a la Puerta que le recuerda, cuyo Torreón del Homenaje conservamos, queda sólo la base de un muro que cierra el jardín, frente al actual edificio del Banco de España... Mas la Generación del 28 ha conocido un airoso arco y una ventana en gótico encuadramiento, constando en libros recientes que fue magnífico edificio el

Alcázar con arcos ojivales exornados con regios emblemas: el primer edificio de los que constituyeron la segunda muralla, guarnición para la exterior y defensa del orden público interno y de los derechos sociales.

Una vez más, miremos al cielo en altura: es lo infinito. Miremos el paisaje del Valle Amblés que cada primavera florece: es el horizonte del tiempo... Cada primavera trae a los hombres nuevos amores.

VI.—CASAS SOLARIEGAS

Se llama CASA SOLARIEGA a la más antigua y noble de una familia ilustre. Y de las CASAS FUERTES y PALACIOS abulenses, el más completo estudio descriptivo es el publicado por el Marqués de *San Andrés* de Parma, presentado en el libro AVILA Y SUS MONUMENTOS por el Marqués de San Juan de Piedras Albas y Benavites.

Siguiendo dicho estudio se ha de hacer para el viajero, visitante de Avila y turista, un resumen aludiendo primero a las casas antiguas adosadas al interior de la muralla y luego a las que vemos distribuidas aquí o allá con significación histórica, legendaria o simplemente con ejecución de nobleza.

Siguiendo la línea del Alcázar, estuvo la Casa de los Dávila, ascendientes de los señores de Navamorcuende, villa hoy toledana donada por el Concejo de Avila al adalid Blasco Jimeno en el siglo XIII. Estos Dávila pertenecieron a la cuadrilla de la parroquia de San Juan. En el siglo XVI se convirtió este palacio en Casa de la Compañía de Jesús, que había ocupado antes el Colegio de San Gil. En el siglo XVIII pasó a ser Palacio Episcopal. En la iglesia de Santo Tomás se conserva la imagen del eremita francés (San Gil) procedente de lo que hoy llamamos ruinas de San Jerónimo.

Casa de los Navamorcuendes se llamó a la que seguía, según se camina hacia el grandioso palacio de Abrantes. Hoy se ha trasladado a su solar el arco de entrada a la Casa de Polentinos, que estaba junto a la Puerta del Carmen, al interior, en la *banda norte* de la defensa externa. El escudo de los Navamorcuendes denota el ascendiente de los Dávila por los roeles; pero el palacio fue destruido totalmente por un incendio.

La CASA DE LOS MARQUESES DE LAS NAVAS merece una visita y descripción especial.

Desapareció el palacio del Linaje del Peso, que se llamó Casa de las Oficinas por haber estado en ella instaladas las del Gobierno Civil y Delegación de Hacienda. «Su larga fachada nada de particular ofrecía». En

el Musco de Benavites se conservaba una bonita lápida fechada en 1581 en que constaba que tal Casa perteneció al Regidor, Don Pedro del Peso y a su esposa Doña Francisca. Y recordemos a este punto que la primera mujer con quien casó el padre de Santa Teresa de Jesús, se llamaba Doña Catalina del Peso y Henao. Durante la Dictadura del General Primo de Rivera se construyó en su solar el edificio de la Delegación de Hacienda que puede actualmente ser contemplado.

Junto al Arco del Montenegro, adosada al interior de la muralla como las casas anteriormente mencionadas, se halla la de NUÑEZ VELA, que perteneció según la inscripción de la fachada al Virrey del Perú por el César Carlos, Blasco Núñez Yela y a Doña Brianda de Acuña, su mujer. Casa solariega reconstruida en el más austero estilo del Renacimiento, con fachada de sillería y patio interior, con escalera regia y alejo gótico preciosísimo. En ella se instaló la Escuela Militar, siendo precedente de la actual Academia de Intendencia. Hoy es el Palacio de Justicia de Avila. Su patio es de una belleza y armonía de líneas que deleita espiritualmente, cuando se contempla en las horas de silencioso recreo del alma. Y era ésta, última de las Casas fuertes adosadas a la muralla por la parte interior de la banda sur.

VII.—EL PALACIO DE ABRANTES

En la Plaza de Pedro Dávila es motivo de admiración para el viajero la fachada de la que hemos anteriormente llamado CASA DE LOS MARQUESES DE LAS NAVAS y es citada ordinariamente con el título de Palacio de Abrantes. Sus propietarios han sido sucesores del célebre CID abulense, llamado Esteban Domingo, que tiene su sepulcro gótico en la Capilla de San Miguel de la Catedral, debajo de la torre principal del templo, jefe de los caballeros que formaron la cuadrilla de San Vicente, con trece roeles en su escudo, etc.; Don Pedro Dávila, Conde de Santisteban y del Risco y primer Marqués de Las Navas; el Duque de Medinaceli, el Marqués de Sardoal, la Duquesa de Abrantes y actualmente el Marqués de Revilla.

Es interesantísimo este palacio interior y exteriormente: la construcción de mampostería de sus muros en cuyo grosor a lo largo del tiempo han marcado portadas, puertas y ventanales el estilo peculiar... Era una verdadera fortaleza con sus terrazas almenadas, sus amplias chimeneas en las estancias; sus estrados en los salones de estar dueñas y señoras; sus patios de armas y recreo; al mediodía la muralla de la Ciudad era un mirador al Valle Amblés por el adarve corrido, y no contentándose con ello los moradores, hicieron galería y habitación sobre la Puerta de Gil González Dávila, motivos de leyenda en relación con el Castillo de

«AUNQUE OS PESE», al otro lado del Valle, en donde las llamas anaranjadas de una hoguera expresaban a una Doña Guiomar (inventada como todas las Guiomares novelescas) el fuego amoroso de un caballero romántico ya en el siglo XII... cuando el castillo tomó su título: MARGUER...

Del Palacio de Abrantes son admirables en la fachada principal sus puertas formadas por arcos de anchas dovelas; su ventanal renacentista, que recuerda el pleito (tan célebre que tiene alusiones en EL LAZARILLO DE TORMES y EL QUIJOTE), resuelto por el César Carlos ordenando la clausura del postigo que daba privilegio al palacio de tener salida particular al resto de la escarpa bajo la muralla al mediodía, recordando en la leyenda «Petrus Avila et María Cordubensis anno MDXLI» bajo el frontón triangular, y debajo del vano, «DONDE UNA PUERTA SE CIERRA, OTRA SE ABRE»...

En la fachada de Poniente hay dos puertas monumentales, una de ellas ojival del siglo XII, siendo notables las ventanas, ajimeces de tenue parteluz, correspondientes al principal de los amplísimos solanes del piso superior, que hoy constituyen un auténtico museo de temas variados y ricos elementos de señorial mansión española a lo largo de muchas generaciones: elementos decorativos como artesonados verracos celtíberos, portadas y puertas moriscas, armaduras y armas medievales y modernas, pinturas murales y cuadros, etc. Y una biblioteca con estimables fondos incluso para la investigación histórica y la distinción del ambiente que sabe poner nuestra ilustre aristocracia en sus palacios y casas solariegas, asumiendo la patriótica tarea de conservar para España recuerdos tan estimables de su grandeza pretérita y de su actual hidalguía.

VIII.—OTROS PALACIOS

La Plaza de Pedro Dávila es uno de los más bellos parajes de la Ciudad silenciosa, sobre todo en la noche, respirando el misterioso susurro de las hojas de un frondoso arbolado batidas por fresca brisa estival... La Cruz de los Caídos recuerda bien, que conseguir mantener esa paz ofrecida de buena voluntad a los visitantes no es cosa fácil: por entre el almenado de la fachada principal del Palacio se nos advierte durante las noches en calma una guardia en permanente vigilia, *"arma al brazo y en lo alto las estrellas..."*

Continuemos dando noticia, por si los viajeros quieren de veras conocer la esencia de lo avilés —el AVILA DE LOS CABALLEROS, por el conocimiento de las mansiones históricas de los «Caballeros de Avi-

la»— de otros palacios, casas fuertes y casas solariegas que existieron o que aún se nos muestran dignas de admiración.

Hubo un Palacio Episcopal, que habitaron prelados de singular renombre como los llamados Pedro, Hernando, Sancho, Diego, Juan de Cervantes, Alonso de Madrigal «El TOSTADO», Gerónimo Manrique de Lara protector de Lope de Vega... Ocupaba la fachada del Palacio Episcopal antiguo, en la Plaza de la Catedral, toda la línea desde la Puerta del Peso del Harina, que fue conocida como «Puerta de los Obispos», hasta la calle actual de «EL TOSTADO», y su área tenía por cerramiento mirando a oriente todo el arco cóncavo desde afuera, que dibuja la muralla en su plano, por el respeto que merecía el lugar del sepulcro de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta: tal era la longitud del adarve, cuya defensa se confiaba a las mesnadas del Caballero prelado en su calidad de señorío temporal... El solar del Palacio de los Obispos, también nombrado PALACIO DEL REY NIÑO por la guarda en él de la persona de Alfonso VII, se halla hoy ocupado por las casas de Comunicaciones —Teléfonos, Correos y Telégrafos y Casa de la Cultura— habiéndose incrustado en la esquina un ventanal renacentista con el escudo del Obispo Manrique de Lara. Igualmente se ha tenido el cuidado y buen gusto de incrustar en las nuevas edificaciones monumentales los elementos más nobles, en materiales o emblemas, del pasado, permaneciendo también, frente a la Puerta catedralicia de los Apóstoles, el arco de acceso al antiguo Palacio Episcopal.

La disposición de la Puerta de San Vicente, de la Muralla, es análoga en todo a lo descrito referente a la Puerta del Alcázar: foso, puente levadizo, arco avanzada de defensa sobre toda su altura, primer juego de puertas, galerías laterales y pozo para hostigar, ranura para el rastrillo (u órgano de vigas sueltas verticalmente), puertas posteriores, plazoleta interna de refugio...

Y el primer palacio, entrando por dicha Puerta, a la derecha, es el de los Villaviciosa y Sofraga (Casa del Marqués de Peñafuente), que conserva en su estructura elementos sobrados para una recomposición de su grandeza pretérita: escudos, amplitud del patio de armas, columnas, etcétera. Los escudos dan noticia de los linajes Toledo, Guzmán, Aguila y entronques: son idénticos a los que campean en el Castillo de Villaviciosa, junto a Solosancho...

IX.—EL ARCO MARISCAL

Siguiendo la línea de Casas señoriales adosadas a la muralla en su banda norte, a partir de la ya citada de Peñafuente, en la Plaza de Sofraga, en donde se ve trasladado, frontero al Palacio, el manantial a que tenía derecho el pueblo de Avila y que antes corría dentro de los señoriales jardines; dejando a nuestra izquierda la imponente fachada de

la Casa del Mayorazgo de los Verdugo, toda ella de oscuros sillares graníticos, con saeteras y troneras en sus torres cuadradas flanqueantes y el verraco también granítico, que arrumbado en su rincón evoca larga ausencia de su compañero cuyo peso rompió el carro en que le llevaban a la dehesa de la Serna precisamente al llegar a la Plaza de Santiago: haciendo por otra parte cita de la belleza del patio de dicha casona que contrasta luminoso con lo adusto de la fachada cuya lisa superficie rompe la gracia de una ventana con molduras y escudos en cuyos cuarteles alternan los motivos de las familias Dávila y Aguila principalmente, fijemos nuestra atención en el maravilloso conjunto de arquitectura y decoración que es el Palacio de los Aguila y Torrearías, más conocido en nuestros días por Palacio de la Duquesa de Valencia. Fue don José María Narváez y del Aguila, Duque de Valencia, quien reconstruyó esta Casa solariega, del estilo renacimiento, con bella portada y amplio patio de columnas exentas, y colecciones muy estimables, particularmente la de Cerámica española de Talavera Alcora, Puente del Arzobispo y Manises. Merece ser visitado este palacio desde lo que al exterior no se oculta —fachada con blasones sobre las finas columnas delicadamente labradas encuadrando el acceso, el Ave María y las ventanas laterales—, hasta el salón de cazadores, galerías, escalera, oratorio, etc.

La Casa de los Bracamonte ha sido adquirida recientemente para la Delegación Provincial de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S. Fue la residencia del Mariscal de Castilla, Don Alvaro Dávila, «yerno del almirante francés y cabeza de los Bracamonte, en el reinado de Juan II». Del Mariscal tomó su denominación el arco de la muralla, que ha hecho más célebre aún el eximio poeta del abulensismo y del amor, Leopoldo Sánchez de la Cueva, firmando sus composiciones como *Caballero del Arco Mariscal*. Y cumplido caballero es nuestro vate para quien las fuentes de poesía están a veces a ras de tierras y a veces altas, altas... mirando de flanco y aún por debajo a la luna y al sol. Esta casa perteneció sucesivamente desde su reconstrucción en el pasado siglo por el excelentísimo señor don Francisco de Santa Cruz a los excelentísimos señores Barones de Andilla.

Y finalmente, de las casas adosadas a la muralla, que constituyeron la doble defensa de la muralla de Avila, se ha de citar la derruida primitiva Casa de Polentinos, junto al Arco del Carmen, destruida ya en la Guerra de la Independencia, que había servido para Cuartel del Regimiento Provincial, perteneciendo luego a la Duquesa de Sevillano. Su última portada, bellísima, del estilo renacimiento, puede ser admirada en la Plaza del Teniente Arévalo, junto al llamado Palacio Episcopal.

X.—CASAS NOBLES NO ADOSADAS AL INTERIOR DE LA MURALLA

La emoción de la Ciudad se vive preferentemente durante las altas horas de la noche: en el silencio se descubre la verdad, «la eternidad de Avila». La visita turística diurna sirve de conocimiento y al entender estético por medio de la imaginación: la noche adentra la Ciudad en los sentimientos más profundos y revela los hondos secretos de su característica. Es delicia estética contemplar desde la carretera que viene de Salamanca, en diferentes observatorios, la Ciudad iluminada; pero la fina intuición de los pintores, que sintieron la emoción de la Ciudad, descubrió la mágica revelación romántica de la noche clara: transparente atmósfera con luna llena radiante y firmamento tachonado de estrellas... Emoción de una belleza de flor natural. Diríamos que Avila iluminada en su contorno, tan preciosamente como podemos verla desde el arranque de la carretera a Martiherrero, es para tarjetas postales de colores; Avila bajo la luna llena de una noche de abril o en plenilunio de diciembre o de enero con nieve, peinando la huidiza Diana sus plateados cabellos al paso por entre los merlones del adarve, cierto que es para pinceles muy escogidos.

Pasada la medianoche se agigantan en circuito de sombras las torres de los palacios y casas solariegas del interior de la Ciudad: son como vigías defensores del buen espíritu que reina en la quietud y en el sosiego. El románico forma corona para la nueva vida del renacimiento; y del estilo clásico y sus derivaciones platerescas y barrocas contamos la Torre de Velada y el Torreón de Crecente; la Torre del Palacio de Henao y la tremenda barbacana del nuevo Polentinos (Academia de Intendencia); las torres gemelas del Palacio Municipal y un poco achatada la de los Valderrábano; las también gemelas torres de Superunda... Casas fuertes y palacios del interior del recinto amurallado, que armonizan con las torres de los templos y nuevas torres de Avila nueva que dentro de siglos puede que cuenten al lado de las torres viejas significativas de lo ancestral.

Ha destacado Avila en su conjunto por el gran número de casas solariegas de análogas características, que conserva. Todas suelen tener defensas exteriores, y al transformarse en palacios —siglos XVI y XVII— se adornan con bellas portadas, arco de medio punto con anchas dovelas y enmarcado en una recta moldura del gótico; blasones familiares labrados en piedra y tapices o reposteros con los escudos bordados; zaguán, patio de columnas central para ventilación, puesto que al exterior es harto escasa; escalera de honor de los soportales inferiores a la galería superior; salón o estrado y habitaciones recogidas en torno al cuadrilátero del patio citado, y, en las antedichas, sus torres. Así, citemos además para una brevísima referencia, el Palacio de los Deanes y Casas de

los Condes de Orgaz, Guillamas, Serrano, Almarza, Tamames, Bermudo y Parcent.

Pero téngase en cuenta el carácter de habitabilidad de los edificios para la obtención de permiso de visita a una casa solariega.

XI.—DISTRACCION

Terminamos con la enumeración de casas nobles no adosadas al interior de la muralla y, con la descripción de sus principales características comunes, la presentación de la «mitad soldado» de Avila. Porque es cierta y verdadera la estimación que *José Antonio*, fundador de Falange Española, hizo del castellano español y, por la extensión del *alma mater* de Castilla a toda España, del hombre de nuestra raza: mitad soldado mitad monje...

Particularidades de tales palacios o casas solariegas no adosadas al interior de la muralla son las que siguen:

VELADA, en la Plaza de la Catedral, que fue albergue transitorio de Carlos V y de la Emperatriz Isabel, su esposa, con su hijo Felipe II.

Destacan los cuatro escudos de su torre, algunos ventanales, su portada en la calle del Tostado y su patio interior, así como el artesonado del salón de la parte correspondiente a la familia Aboín. (Véase la leyenda de la Calle de la Muerte y la Vida, CCXIII).

CRECENTE, llamado de los Múxica, Guzmanes y Oñate, con airoso torreón, hermosa portada y patio de columnas, escalera regia, escudos reposteros. Albergó a Don Alfonso XII, Rey de España, en 1878.

POLENTINOS, o Academia de Intendencia, notable por su portada del barroco y fuerte estructura que ha sido completada en nuestros días. Su patio de columnas, uno de los más hermosos de Avila en donde se realizan actos relacionados con las fiestas solemnes y patrióticas de la Academia Militar que alberga, con amplia escalera, tiene los muros revestidos con azulejos de la fábrica que hubo en la Moncloa. Fue residencia del Marqués de Novaliches y Palacio Municipal mientras que se construía el actual de la Plaza de la Victoria.

PALACIO MUNICIPAL.—Se halla en la Plaza de la Victoria (cuadrada por las líneas de arcos de medio punto que sostienen los soportales), con torres gemelas, una de ellas al servicio del Observatorio Meteorológico. Es notable por contener en su salón de sesiones un cuadro que se tiene por retrato de Santa Teresa de Jesús, auténtico, pintado por Fray Juan

de la Miseria, como una de las copias que el mismo pintor realizó directamente del destinado a las Descalzas de Sevilla. Este cuadro inspiró mucha devoción al pueblo abulense durante los saqueos de los franceses en la Ciudad cuando la Guerra de la Independencia, yendo a rezar ante él, pues presidía entonces el retablo del oratorio, junto al salón de sesiones. Son joyas del Ayuntamiento las mazas de plata y un retrato de nuestra Madre Isabel LA CATOLICA, diminuto, pero, que también se puede tener por auténtico, y de dibujo muy perfecto. Es notable el llamado POTE, medida patrón de tiempos de Don Juan II en Castilla, y digna de veneración la BANDERA DE LOS VOLUNTARIOS DE AVILA en la Guerra de la Independencia, que tiene los mismos honores que la Nacional.

PALACIO PROVINCIAL.—Puede ser visitado en la calle de Jimena Blázquez y contiene algunos buenos, cuadros estimables, un tríptico extraordinario descriptivo en líneas y colores del gótico flamenco, una colección de fotografías de temas abulenses de verdadera excepción y algunos fondos que han de llevarse al Museo Arqueológico cuando quede instalado definitivamente. El tríptico mencionado es la mejor pintura en tabla que Avila puede mostrar en su estilo y se atribuye a Juan Memling.

XII.—LA DISTRACCION CONTINUA

Ofrece Avila para el descanso de los visitantes la frecuente atracción de sus cafeterías, bares y tabernas con abundancia de vinos exquisitos confortadores. El vino mejor, el de CEBREROS, desde San Bartolomé de Pinares a Higuera de las Dueñas: vino puro y «sin química». Y, para que no alborote demasiado el ánimo, conviene comer, siendo platos típicos fuertes el tostón o cochinillo asado; la ternera del Valle Amblés, y las truchas del Tormes...

EL PALACIO DE SUPERUNDA, como el de Crecente en la Plaza del General Mola, lindando con el que fue de los Marqueses de Almarza, hoy residencia de las Siervas de María y dando frente con sus torres gemelas al edificio de la Delegación Provincial de Hacienda, pertenece al pintor abulensista Caprotti. Es suerte poder visitarle por la impresión que causa su patio de columnas de orden dórico, su escalera señorial, sus estancias dispuestas con muy buen gusto como de tan acreditado artista, sus tapices, sus muebles, sus colecciones... También aquí estuvo instalado el Gobierno Civil antes de ir a la Plaza de Italia. Hoy quienes visitan este palacio tienen siempre ocasión de admirar cuadros notabilísimos de la colección de Caprotti.

BENAVITES. Fue solar del Regidor Juan de Henao, en la Calle de los Caños (hoy del Marqués de Canales de Chozas). Este Marqués de Canales y Chozas, Don Juan de Melgar y Quintano, y su esposa Doña Campanar A. de Abreu y Alvarez de las Asturias Bohorques, le restauraron, elevándole a su actual estado el hijo primogénito, Marqués de San Juan de Piedras Albas y Benavites, *Don Bernardino Melgar Abreu*, quien instaló en él —además de los museos adquiridos por la Diputación Provincial, con variadas colecciones de cerámica, pinturas, armería, tallas, hierros, etc., así como el taurino—, **LA MEJOR BIBLIOTECA TERESIANA DEL MUNDO.** Este ilustre prócer formó las colecciones con su hacienda particular y las puso a disposición del público: cuando no podía comprar un libro raro referente a Santa Teresa de Jesús o sobre Avila, lo copiaba de su puño y letra en la biblioteca en que se hallase —nacional o extranjera— y así lo colocaba manuscrito y encuadernado en sus estantes. Su trabajo fue admirable tanto en investigación como en orden.

CASA DE LOS VALDERRABANO, de la familia Dávila en la Plaza de la Catedral, conserva su portada y puertas como notables detalles. Ha sido convertido en Hotel.

Los escudos de la fachada lateral oriental no corresponden al palacio-hotel, sino que llevados de otros lugares adornan el edificio, siendo el más bello de familiares de la Santa con tres cuarteles idénticos al de Don Alonso Sánchez de Cepeda.

El escudo de la fachada principal es gótico. Recuerda la presencia de los Caballeros Valderrábano en la conquista de Gibraltar y tiene la inscripción: «No a nosotros, Señor; no a nosotros; sino a tu nombre da gloria. Ps. CXIII», en latín.

Lo que actualmente es convento de las Madres Reparadoras fue Casa del Duque de Tamames. Tenía una portada con arco de medio punto y anchas dovelas.

PALACIO DE LA JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO, en la Plaza de Italia, noble por su fachada y por su estructura interior restaurado con acierto. Fue Casa solariega de los Serrano, como dice el medallón de su puerta: «Per Alvarez Serrano Doña Leonor Zapata 1555».

Y en torno al solar de San Jerónimo se ven las fachadas de las Casas de los Esquina, con escudos muy expresivos; de los Guillamas, que una tradición parece que desmentida, dice haber sido la casa de Doña Guiomar de Ulloa, la amiga de Santa Teresa de Jesús y de San Pedro de Alcántara y señora de la venerable Mari-Díaz (hoy Colegio de las Adoratrices), y otra casa innominada que parece ser la verdadera propiedad de Doña Guiomar...

XIII.—LA MITAD MONJE

Del Avila medieval y renacentista, junto a lo militar y caballeresco, destaca su aspecto religioso, que conviene situar desde el punto de vista teresiano: así la cosa es más fácil de comprender, viendo Avila como la vivió Santa Teresa de Jesús y el Avila posterior a la Santa para concluir en dos afirmaciones: que después del siglo XVI, LA MISTICA CIUDAD AMURALLADA decayó en alma y cuerpo, y que si suena en el mundo el nombre de Avila se debe sólo y exclusivamente a su característica espiritual, al haber sido la cuna de la MADRE DE LOS ESPIRITUALES. Se llegó a decir de Avila «Ciudad muerta»; en realidad ardía latente su llama... *"Atención a lo interior / y estarse amando al Amado"*.

En tiempo de Santa Teresa de Jesús existían casi todos los palacios anteriormente aludidos, algunos de los cuales puede que en obras de reforma y otros con su primitivo aspecto de líneas románicas y correcciones góticas. La misma casa de Don Alonso Sánchez de Cepeda fue objeto de acondicionamiento en vida de la Santa; fue allanada en parte por Don Diego de Bracamonte, el decapitado del Mercado Chico, que la compró, y luego fue reconstruida con destino a convento bajo el patrocinio de Don Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares... La cara física de Avila cambió en el transcurso del tiempo; pero a lo largo del siglo XVI nos parece dilatarse la *"Edad de Oro"* —bien podemos afirmarlo— de nuestra Ciudad, como lo fue de España.

Existían la Catedral, Santo Tomé «el Viejo»; la Basilica de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta; San Andrés, San Martín, San Bartolomé y Santa María de la Cabeza, San Segundo, San Esteban, San Juan Bautista, Santo Domingo, San Nicolás, Santiago, y San Pedro. Todos éstos, templos parroquiales, excepto el primero. Como ermitas se pueden añadir muchas: San Mateo, San Lázaro, San Isidro, La Santísima Trinidad, San Benito, Nuestra Señora de las Vacas, el Santísimo Cristo de la Luz, Humilladero de la Vera Cruz, el Santísimo Cristo Resucitado... Y conventos existían los que se recogieron en el Real de Santa Ana, Santa María de Jesús (Gordillas), recién trasladado de su residencia de la Capilla de Las Nieves, el de La Encarnación recién inaugurado trasladado del beaterio anterior, Santa Catalina de monjas dominicas, Mosén Rubí a donde vendrían las dominicas de Aldeanueva de Santa Cruz, Nuestra Señora de Gracia, y el que fundaría la Madre Teresa de Jesús con el título de San José... Todos estos conventos de mujeres. Comunidades religiosas de varones contábanse por aquel entonces las del Carmen Calzado en San Silvestre, San Francisco, Santo Tomás, San Gil (jesuitas y luego jerónimos), Sancti-Spiritus... y existían los hospitales de La Magdalena y de Santa Escolástica. El monasterio de Nuestra Señora de la Antigua había sido reedificado en 1469 por el noble caballero, Don Juan Núñez Dávila, que reconstruyó igualmente por entonces

la Capilla de San Millán del desaparecido Seminario y otros edificios religiosos.

La Iglesia, siempre custodio fiel de la cultura, conservó para Avila el tesoro de sus edificios religiosos y de las joyas artísticas que contienen, constituyendo uno de los motivos de atracción de viajeros por España.

XIV.—DOS HORAS EN LA CATEDRAL

Para contemplar la fuerte silueta y experimentar hondamente la intensidad del impacto sensible del maravilloso primer plano del templo-fortaleza de Avila, bueno es situarse frente al ángulo noroeste de su torre almenada.

Esta vista de la Catedral es hermosa y capaz por lo mismo de producir esos efectos de atracción que caracterizan a lo bello. Porque desde tal punto de mira se disimula un poco el defecto notable de su torre mocha, y en cambio destaca la esbelta verticalidad del ángulo libre de adiciones impertinentes de la torre campanario, quedando además ocultos los hierros que sostienen nuestro simpático monitor, el Cimbalillo...

Hoy, como ayer, se ve que en el efecto estético valen más que nada los airosos batatales y atrevidos arbotantes, los huecos oscuros en donde las campanas interrumpen la monotonía de los sillares graníticos para esparcir el armonioso concierto con fondo de clarines que forman sus notas resonantes.

La obra realizada en la Catedral se está descubriendo en bellezas al exterior y hacia dentro: quiera Dios que la paz se prolongue por ser muy cierto que «la paz engendra las artes», como ya los griegos afirmaban. Otro tanto que de las obras de limpieza y restauración, podemos decir de la luz en la noche.

Las puertas septentrional y occidental han de ser examinadas de cerca. Es interesante por demás el tema incógnito de los colosos que custodian la entrada principal: Se ha visto en estos colosos terribles y armados diversas representaciones: un profesor neoyorquino evocaba los bíblicos personajes Gog y Magog del profeta Ezequiel y del Apocalipsis; otro profesor danés quiso ver personajes vikingos... Con su barroquismo la fachada muestra un orden arquitectónico discreto y acertado en el conjunto, con las evocaciones que suscitan sus imágenes del Salvador y santos abulenses, con el triunfo angélico que San Miguel proclama. La puerta gótica de los Apóstoles, que mira al norte es más digna de estudio y ojalá su estado de conservación fuera otro, permitiendo una des-

cripción más exacta y detallada; mas aún para los versados en las Escrituras Sagradas, si quieren llegar a descubrir el significado de los altorrelieves, son claramente comprensibles las representaciones del Salvador, Coronación de la Virgen, Última Cena... En la arquivolta llegaremos a intuir misterios de infierno y gloria sin comprender otra cosa que la fuerza de expresión de algunas figuras como las de los diablos que soplan el fuego con fuelle de cocina o arrojan cuerpos y almas en la caldera del eterno suplicio.

Nuestra Catedral tuvo camino de ser una gran basílica románica. Los arquitectos que se sucedieron, trabajaron en la Catedral unas veces por imperativo de la continuidad necesaria y otras a base de nuevas influencias y de ensayos, resultando así cierto que «parece» nuestra Catedral una obra de aficionados», como también que el primer templo abulense es «en gran manera hermoso por lo horriblemente feo».

XV.—EL LEON HECHO CORDERO

Los canteros que labraron los sillares de la Catedral, marcándolos con su signo particular, no pudieron suponer que construían el monumento más característico de una época de transición: el paso de caballero CID al caballero SANTO; no podían suponer que trabajaban para levantar un edificio cuyo corte transversal todavía se estudia y se estudiará siempre como un modelo de arquitectura de naves laterales a la mitad de altura de la nave central, con la resolución de todos los problemas anejos de resistir los empujes laterales de las bóvedas altas, graciosa y airosamente, por medio del sistema de arbotantes. seguramente por vez primera en nuestra Patria; no podían suponer que la girola que labraron sería otro prodigio difícil de repetir...

La Catedral fue dedicada al Salvador —el *Gran Rey de Avila*— y parece que la edificación fue inspirada por lo tradicional, ya que se habla en la Historia de otra Catedral dedicada por Fernán González, más humilde, pero que ganó el sitio para ésta que subsiste, cuyo torreón absida interrumpe la línea y medidas del recinto murado, y conservó el título de la Iglesia de Avila, dado por el propio San Segundo: EL SALVADOR, siendo símbolos del escudo catedralicio el «León de Judá» y el *Cordero* del Bautista victorioso y paciente, humilde y apocalíptico, con una «Media Luna» a sus pies vencida pues que lleva sus cuernos hacia abajo quedando en alto en cambio el Castillo y la Estrella profetizada... El mote del Escudo es bien expresivo y para los cristianos lleno de santas esperanzas: EL LEON HECHO CORDERO BAJO DE SU FORTALEZA A NUESTRA NATURALEZA.

Entramos en el templo-fortaleza por su puerta occidental y hemos de hacer las siguientes observaciones: que para su visita hemos fijado el tiempo mínimo de dos horas; que la planta es de basilica románica; que tuvo en tiempos las tres puertas típicas: *porta basilica*, *porta speciosa* y *porta sancta*, siendo la primera un simple arco ojival, la segunda dicen que la actual fachada del norte o Puerta de los Apóstoles y la tercera una discreta separación artística de la Capilla Mayor respecto al resto del templo.

Bajo las torres, dos capillas, una del catecumenado y otra para la pila bautismal, se convirtieron más tarde en las respectivas dedicaciones de sendos altares a San Miguel y a San Andrés, hoy desaparecidos. La pila bautismal se halla desde el Renacimiento incrustada en el muro que mira a lo largo de la nave lateral izquierda del visitante, quien puede observar diversos detalles de transformación de lo que fue pórtico: hay una fachada gótica que mira al interior tras de la fachada barroca externa, y se ven interrumpidas las molduras de la media pilastra en que se apoya el primer arco a uno y otro lados...

XVI.—DENTRO DE LA CATEDRAL

Estamos en la que tradicionalmente se ha llamado CAPILLA DE SAN MIGUEL debajo de la torre del reloj y las campanas.

Los sepulcros de esta Capilla son muy notables: el de Esteban Domingo, caballero antes mencionado como jefe de una de las cuadrillas de la Ciudad y CID abulense, antecesor de la Casa de Abrantes, ofrece particularidades notorias: lloronas, caballo desmontado, entierro del caballero; su estatua yacente y la redención por Jesucristo, Señor nuestro, y finalmente la gloria representada por ángeles en altorrelieve sobre el arcosolio en ojiva.

Habiendo desaparecido el retablo de San Miguel podremos llamar en adelante a esta Capilla como *Señorial de Villafranca y Las Navas*, puesto que los sepulcros conocidos según la relación del racionero Manso, del año 1554, que recogen algunos cronistas historiadores, pertenecen a descendientes de dicha familia: destacan entre ellos los del Alcalde Blasco Muñoz (1285) con estatua yacente, y del Deán Rui González (1459) con lauda marmórea. Es notable que los escudos de trece roeles pertenecen a la familia descendiente de Esteban Domingo, y las cadenas en los escudos de caballeros abulenses significan su presencia en la Batalla de Las Navas de Tolosa, siguiendo al Rey Sancho de Navarra en la ruptura de aquella muralla humana sujeta con cadenas, formando media luna, que defendía la tienda del Miramamolín. Al lado del

Rey navarro estaba en la batalla memorable del Triunfo de la Santa Cruz, el Obispo de Avila, Don Pedro IV Instancio. Entre los adalides figuraban Juan Núñez DAVILA, Dodrigo Pérez DAVILA, Guillén Ginés DAVILA y Gonzalo Ibáñez DAVILA, entre otros.

Se hallan, mirando al crucero a la mano izquierda, pasada la pila bautismal, una tras otra, las capillas llamadas de LA BLANCA y de la Inmaculada (que ofrecen al exterior sus correctas líneas neoclásicas y una hornacina con imagen de Nuestra Señora, que tiene concedidas indulgencias a quien con reverencia la saludare), siendo contrafuertes para las naves laterales sobre los cuales se alzan duplicados los arbotantes que sostienen el empuje de la edificación central. En el friso, una inscripción latina en letras capitales nos advierte con palabras del profeta Jeremías: «Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y ved, si hay dolor como el dolor mío!»

En la capilla de LA BLANCA vemos una edificación que, si al exterior es discreta, en su interior es suntuosa y muy bella. Siglo XVI. Cerrada con una reja de las de Andino. Corre en un friso una inscripción que dice: «El Prothond.º nr.º DAVILLA, que fue Ar.º de Ar.º y de Valladolid, escriptor Appi Capellán del Emperador fundó esta Capilla y en ella dotó dos capellanías perpetuas. Murió año 1559». Y en torno a la cupulilla que da luz la viva expresión del Salmo: «En toda la tierra se oyó su sonido y hasta el fin de la tierra sus palabras».

XVII.—LA BLANCA

Lo más hermoso de la Capilla es LA BLANCA: una imagen de Nuestra Señora del Mayor Dolor; PIEDAD miguelangelesca en alabastro blanco, labrada por Juan Bautista Vázquez, de la cual ha escrito Camón Aznar: «La imitación del famoso grupo del Vaticano ha hecho no conceder demasiada atención a la belleza y perfección de esta obra. La Virgen es más adulta y el Cristo es más patético que en el grupo inspirador. El modelado es más profundo y de análoga maestría y de la más refinada sensibilidad y vaguedad en el tratamiento de los relieves mármoreos».

A los lados quedan amarillentas, y desmereciendo, las estatuas que representan a San Felipe Benicio y Santa Juliana de Falconeri, talladas en madera y pintadas en blanco. En esta Capilla estuvo establecida una Hermandad en honor de la Santísima Virgen Viuda y Sola en el Dolor.

Si pasamos a la Capilla de la Inmaculada Concepción, también de monumental estructura, con una tribunilla como la otra; con el sepul-

cro del fundador (el Deán Cristóbal Medina que falleció en 1559) labrado por Pedro del Valle, nos complace su franciscanismo y su expresión abulense: la Inmaculada Concepción, Reina de la Orden de Menores: un cuadro que recuerda la visión teresiana en este lugar de que a San Pedro de Alcántara, que decía Misa, le asistían San Francisco de Asís como diácono y San Antonio de Padua como subdiácono, siendo ángeles los monaguillos, y luego bajo un arcosolio la imagen de SAN PEDRO BAUTISTA (Protomártir del Japón y Embajador de Felipe II en aquel Imperio del Sol Naciente), nacido en San Esteban del Valle, de esta provincia. Es la imagen una talla en madera, obra del escultor Granda, muy expresiva del ascetismo del Capitán de Mártires en Nagasaki...

Es motivo de emoción, caminando por la nave de la izquierda del primer templo abulense, pasada la puerta de salida a la fachada norte, la inscripción gótica que dice solamente: «MAESTRE PORTALES». ¿Quién fue tal personaje?... ¿Maestre de Cantería? ¿Maestre albañil? ¿Maestre artesano? ¿Maestre de Jometría?... Ante su sencillez podemos tenerle más acertadamente por MAESTRESCUELA, dignidad que tuvo en la Edad Media un relieve singular que hoy queda sólo de recuerdo en el conjunto del Clero catedralicio, pues ya no hay en torno a las abadías escuelas abaciales, ni en torno a las parroquias escuelas parroquiales, ni dentro de las Catedrales escuelas catedralicias. Ante la inscripción MAESTRE PORTALES sólo cabe rendir un homenaje de admiración a los colosos que desde San Isidoro a El Tostado nos conservaron el tesoro clásico que tanto había de utilizar el Renacimiento, pues sin tales maestros se hubiera perdido hasta el instrumento de apertura de la remota antigüedad griega o latina.

XVIII.—REFORMAS EN LA CATEDRAL

En una oquedad del grueso muro del norte había instalado un retablo dedicado a San Gregorio a que hacen alusión algunas Guías de Avila. Hoy, con muy buen criterio, que ha presidido todas las obras y reformas que se llevan a cabo en nuestro primer templo, ha desaparecido, limpiando el interior de la Catedral de todo barroquismo. En lugar de aquel cuadro, discutible como pintura, representando el milagro de la Misa del Gran Papa, uno de los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente, se admira una imagen de Nuestra Señora del Carmen de la escuela castellana, que mueve a devoción.

También ha sido adecentada la que se llamaba Capilla de San Pedro, por un retablo muy hermoso en su disposición al modo de tríptico y, sobre todo, por la concepción de su temática: en el centro San Pedro majestad, comparable a la tabla que corona el retablo relicario de la

Capilla de San Pedro *Ad Vincula*; a los lados la elección de San Pedro para primado entre los apóstoles, y el camino del martirio hacia la colina vaticana, dejando a su paso a San Pablo, en el instante de cortarle la cabeza, el cual arrodillado recibe la bendición del Príncipe... Vicario de Cristo. Es un conjunto del siglo XV, realizado por Fernando Gallego y tal vez por alguno de sus aventajados discípulos o bajo su dirección (de todo hay opiniones) como los retablos de Nuestra Señora de Gracia, San Marcial, el ya citado de la antesacristía, etcétera. Con ser mucho en todos su mérito artístico, es más admirable la expresión de los temas. El retablo de la llamada Capilla de San Pedro ha sido trasladado al Museo. Queda la Capilla cerrada por su verja del siglo XV y en ella el sepulcro del patrono y fundador, Don Nuño González del Aguila, digno de ser contemplado detenidamente: fue Don Nuño arcediano, muerto en 1467.

Por responder al título del presente apartado («Obras y reformas en la Catedral») y para orientar a quienes puedan seguir anteriores descripciones, se ha de hacer presente que durante los XXV Años de la Paz española, unas veces bajo el alto patrocinio de la Dirección General de Bellas Artes, y otras por iniciativa del propio Excmo. Cabildo Catedralicio, se han realizado trabajos de adecentamiento y restauración en la Capilla de San Miguel y en la frontera de San Andrés; traslado del altar de San Marcial, que estuvo en donde es la puerta de acceso a la Capilla de San Segundo, de donde fue trasladado en 1604 a un lado de la que hemos conocido como Capilla de la Asumpta y luego a sustituir al altar de San Antonio Abad; apertura de ventanales y rosetones que o nunca estuvieron abiertos, dejando el interior del templo como en misteriosa penumbra o fueron cegados cuando el terremoto célebre de primero de noviembre de 1755...

XIX.—NUEVAS DENOMINACIONES

Sigamos la visita de la Catedral.

Obras y reformas en las Capillas de *Santa Teresa*, cuya imagen ha pasado a uno de los altares de la Capilla de Velada (Sagrado Corazón de Jesús); de *San Vidal* cuya reliquia pasó al Museo con la imagen en lugar de la cual se ha colocado la de San Rafael; de *la Asumpta*, que hoy se dedica a la llamada Virgen del Pastel; de *San Blas*, en donde quedan al descubierto los restos de unas pinturas murales del gótico; *altar de la Piedad*, de donde ha sido retirada la pintura existente, de Salvador Galván, y trasladada de lugar la imagen de Nuestra Señora de la Caridad; de *San Ildefonso*, etc.

Será mejor prescindir ya de las denominaciones antiguas y señalar los lugares del recorrido con nuevos nombres... Suenan las campanas: Son quince. «Me llamo SANTA TERESA DE JESUS» dice la mayor de la fachada norte de la torre, con un metro y medio de diámetro, lo que equivale a una circunferencia exterior de cuatro metros y sesenta y un centímetros... Mirando a la torre desde abajo es la primera comenzando por la derecha del espectador. Tiene las siguientes inscripciones: «JHS —MARIA— JOSE». «Laudate Domino in cimbali bene sonantibus» (Alabad al Señor con campanas que suenen bien) «ME LLAMO SANTA TERESA DE JESUS. Me hizo Pedro Reales año 1704.—Me rehizo Benito Pellón y Román Ortis año 1890, siendo Deán Don Isidro Castelo Serra; arcediano Don Luis González Domínguez y obrero mayor el chantre Don Andrés Pajares Alvarez».

La campana del mismo lado norte siguiente está dedicada al Santísimo Sacramento. Tiene la misma inscripción, que se repite en otras más, «Laudate Domino in cimbali bene sonantibus» y en el aro inferior añade: «SANCTE DEUS, SANCTE FORTIS, SANCTE IMMORTALIS, MISERERE NOBIS». Su diámetro es de un metro y treinta y cinco centímetros.

Mirando al saliente hay una campana interesante del año 1626. De su vano parte en el ángulo la escalera para subir al emplomado del pináculo y cimbalillo. Dicha campana ostenta en su aro inferior la inscripción LAUDATE DOMINO, etc. Y en el superior dice así: «Siendo Deán Francisco de Gamarra y obrero el doctor Francisco de Gamarra, su sobrino».

La campana siguiente, con letras góticas, nos habla y hace saber: «Mayordome sacer et sennor Dean e Cabildo» (Esta es la cita de donantes). Y en el aro inferior: «Siendo Obispo el sennor Don Martín». «Este es el Obispo Don Martín de Vilches, sucesor de El Tostado y que como Don Alonso murió también en Bonilla de la Sierra».

De los clarines interiores de la torre, dos cimbalillos de buen tamaño y excelente timbre, uno es gótico y el otro lleva fecha de 1846.

XX.—VOCES AMIGAS

Las campanas de la fachada meridional, nada de notable tienen; pero en cambio las que miran a occidente sobre la fachada principal del templo, merecen punto y aparte... Volvamos, pues, al crucero, nave de la izquierda mirando a la Capilla Mayor... Altar de San Antolín, Capilla de Nuestra Señora de la Caridad, altar de Santa Catalina... Comenzamos las nuevas denominaciones.

Mas las voces amigas continúan sonando: destaca entre todos los sonidos el de la Campana SONSOLES. Con análogas características que la SANTA TERESA DE JESUS vemos en el frente occidental de la torre una notabilísima campana, además de por su tamaño por los relieves que ofrece su bronce: al exterior una cruz labrada con pie triangular y en sus cuatro brazos la salutación AVE MARIA. En el pie, J H S (Jesús Salvador de los Hombres). Al interior tres estampas en relieve, que valen tomadas en cera para figurar en el Museo catedralicio: el Ecce Homo, la Santísima Virgen y San Miguel. Relieves góticos muy bellos. Y en góticos caracteres también una leyenda que se inspira en el versículo quinto, capítulo quinto del Apocalipsis: ECCE VICIT LEO DE TRIBU JUDA, RADIX DAVID... Es el momento en que San Juan llora porque «nadie puede abrir el Libro cerrado con siete sellos y el Cordero que antes había muerto lo abrió. Por lo cual los cuatro animales y los veinticuatro ancianos con los ángeles y con todas las criaturas le tributaron ese cántico de alabanzas: «He aquí que venció el León...»

La campana vecina y hermana está dedicada a nuestro Padre en la Fe, primer Obispo de Avila, San Segundo, que es la que mirando a la fachada principal de nuestro primer templo vemos a la mano izquierda poco más o menos grande que la SONSOLES y que la SANTA TERESA. En sus aros se lee SANCTE PATER NOSTER SECUNDE. ORA PRO NOBIS. Y luego el recuerdo del Obispo Don Martín, con apellido BONILLA: «Dominus Martinus Bonilla, Epus. Abulensis. Anno 1660 *consagravit me*»...

Las demás campanas son las que oímos cada cuarto de hora, dos haciéndole compañía al simpático cimbaillo y otras dos en el interior del templo, que sufren los martillazos de «Los Herreros». El interior de la torre de la Catedral, ahora muy limpia de cascotes y con todos sus vanos abiertos, tiene un algo misterioso que encanta. En aquellas alturas se gozan los rumores del silencio: el tic tac del reloj advierte de que ni aún las piedras multicentenarias, esos sillares grises asentados unos sobre otros como inmovibles, son eternidad. Todo es tiempo, todo se pasa... Lo aprendió muy bien nuestra Santa, que añade para enseñanza nuestra: «Dios no se muda». «Alabemos al Señor con campanas que suenen bien», nos gritan las de la Catedral.

XXI.—EL ALTAR DE SAN ANTOLIN

Ocupa el centro de la nave izquierda del crucero. San Antolín es Patrono de Palencia y de Medina del Campo. El retablo de su altar en la Catedral de Avila es uno de los más destacados por sus oros apagados, por sus estofados finísimos de verdadera filigrana en fondos y sobre todo en la dalmática de la hermosa imagen del Santo titular, be-

lla talla y bello todo el retablo por la composición de su conjunto arquitectónico y en los detalles en que se desarrolla su tema escultural: frontón superior renacentista sostenido por columnas de orden jónico a las cuales se abrazan y ocultan en su parte inferior con los blasones que sostienen (seis roeles sobre campo de oro a la derecha y ajedrez sobre campo de plata al lado de la Epístola) dos escuderos, quedando en la base de tan artístico encuadramiento las alegorías de la Fe y la Esperanza. Debajo del frontón en la parte superior se decora el arco de medio punto que protege el retablo con un dosel tallado y estofado en oro, con una anunciación, quedando la Virgen al lado izquierdo de quien mira y el Ángel al lado derecho. Y debajo del dosel otra preciosa escultura de Jesús Crucificado con la Virgen y una santa a la derecha y María Magdalena y Santa Catalina a la izquierda. La imagen central de San Antolín, de regular tamaño, queda entre las de San Pablo y San Juan Bautista sobre dos relicarios, enrejados y cerrados con cerrojos, de Santa Emerenciana y Santa Eufemia. En el friso que sobrepasa el sagrario se halla escrito en oro el Cántico de Simeón; hay debajo relieves de ángeles y en la puerta del sagrario otro mediorrelieve representativo de la Caridad: la Virgen y el Niño, San Juan Bautista niño con una cruz y la inscripción en latín que dice: «Toda hermosa eres amiga mía y no hay en tí mancha. De tí salió el Sol de Justicia: Cristo, eres Dios. Y debajo del relieve: «He aquí el Cordero de Dios. He aquí el que quita los pecados del mundo». Todo en oro fino.

Los datos histórico artísticos relativos a este altar son los siguientes: Fecha, 1551; autor, Isidro Villoldo, palentino; patrona que encargó el retablo, Doña Juana de Toledo, nuera del Marqués de Velada.

En el suelo de esta Capilla existe una losa con escudo en mármol, cuya inscripción dice así: «Aquí yace sepultado el excelentísimo señor Don Gómez Dávila, Marqués de Velada, del Consejo de Estado y mayordomo mayor del Rey Don Felipe III, nuestro Señor. Falleció a XXVII de julio de MDCXVI».

En la Capilla de SAN RAFAEL (antes San Vidal) son notables el retablo barroco tallado en madera; la imagen del Arcángel, talla estimable, que inspira devoción y el sepulcro de la mano derecha, cuya inscripción dice: «El ilustrísimo y reverendísimo señor Don Sancho Dávila, Obispo de Plasencia, que murió en 1625 y fue enterrado en la parroquia de Valdezaraicejo».

XXII.—EPITAFIO FAMOSO

Sin salir de la nave izquierda del crucero, a nuestra derecha mirando aún el altar de San Antolín, tenemos la *Capilla de NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD* la imagen de la Santísima Virgen, que figura en la procesión del día 15 de octubre, que se trasladó al primer templo abulense desde la desaparecida iglesia románica de San Lázaro, a cuyas plantas fue a postrarse la Santa de Avila cuando teniendo doce años, o poco más, quedó huérfana de madre en la tierra, para pedir a la Madre de Dios que fuese su Madre.

La imagen es sencilla; pero atrayente y aureolada por una firme devoción. Se halla sobrepuesta con buen arte sobre un retablo de finas pinturas, siglo XVII. Esta Capilla parece tener alguna relación con la sepultura de Don Blasco Velasco, que fue Deán en el primer decenio del siglo XIV, y fue la primera que se dedicó a San Antolín, porque fue por este tiempo la construcción del brazo del crucero, cuando menos en la longitud que alcanza hoy. En tal Capilla se había de enterrar Don Blasco, cuyo epitafio recuerda mucho a Berceo en la ingenuidad de sus versos latinos.

Escritos en mayúsculas góticas se pueden leer, en dos piedras colocadas en alto, lo que se ofrece aquí traducido. Tiene más gracia en la tén; pero vaya el castellano con la suya:

«Blasco Blázquez, deán, yace en esta tierra / he aquí la sepultura cavada sin arte bajo el suelo / la cual dispuso para sí como mejor le plugo. / Docto y muy urbano, fue este decano; / muy moroso fue y al mismo tiempo generoso. / Dulce en la palabra y sabio en la razón / sostenido en elocuencia y casto en todo el cuerpo. / Fue grande su cuidado en saber siempre los derechos. / Defendió a muchos caballeros e infantes: / él a nadie despreciaba aunque tenía poder. / No pasó demasiado viejo a las alegrías celestes / tomando todo el alimento, sacramento del alma. / Como sensato fue recordado de la Iglesia / en la cual fue sin duda absolutamente sostenido. / Porque a ésta enriqueció y honró como bueno, / de muchos dones y riquezas buenas. / El enriqueció a la vez a los llenos de riquezas y a los necesitados, / alimentados por él los mayores y menores. / Enriqueció sin interés dando bastantes bienes a todos los herederos y enriqueció a los padres. / Este por libre decisión tomó a SAN ANTOLÍN / por defensor de su causa ante el Señor, / del cual hizo la Capilla, bajo la cual construyó para sí casilla. / Obedeció al Obispo, agradó a los canónigos. / Dispuestas las cosas, pasados ocho días / de agosto, se echó en la cama, la muerte delincuente le arrebató / en era millena tercentum ter quoque deña juncta quindena (1380) se le da vida serena / porque acabó bien, supo buscar el Paraíso. / Allí le guarde la gloria santa de Dios. Así sea».

XXIII.—VIDRIERAS POLICROMADAS

Mucho se ha discutido sobre lo que altera el carácter de nuestro primer templo ese chorro de luz que le entra por la nave derecha del crucero desde que ha sido abierto el rosetón magnífico del muro que mira a mediodía. Se ha llegado a decir que para el recogimiento es mejor la oscuridad: en realidad todo depende del modo de ser de la vida interior, pues en todo caso la luz es valor positivo y la oscuridad es falta de luz, luego siempre es mejor la luz sin la cual los mejores ojos nada valen.

En la nave izquierda del crucero, sobre el altar de San Antolín, Santillana, Valdivielso, los Holanda... quienes fueran —¡qué más da!— colocaron las más bellas vidrieras con los colores más hermosos y agradables. De gustos nada hay escrito... Por eso vale encomiar sobre todos los colores los tonos de esas dalmáticas de las santas mártires representadas en los cristales del muro que mira al norte: Santa Inés y Santa Agueda: Santa Marta y Santa Catalina. Qué ropajes! Qué joyas! Hay detalles en algunas túnicas que parecen la delicada labor de picado en terciopelo, y hay detalles en las orlas que hacen recordar las más ricas y fulgurantes pedrerías.

Mirando a la derecha, sobre la Capilla nueva de la Virgen de la Caridad están representados por orden de izquierda a derecha Santa María Magdalena, San Fabián y San Sebastián y Santa Ursula.

No vamos a pretender entretenernos en un detenido análisis de las figuras y signos o símbolos que llenan los lóbulos de la gran ojiva. Todo hace un conjunto de bello colorido que confirma la idea de belleza de vanos descubiertos con tal que de la intemperie nos libremos por medio de las vidrieras policromas. Bajo un limpio arco de medio punto, sobre la entrada a la girola que parte, una columna fasciculada, en un ajimez gracioso a uno y otro lado del parteluz se ven las figuras de San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, ambos con hábitos pardos y cordón el primero mostrando sus llagas y el segundo con el Niño Jesús en el brazo izquierdo.

Al lado de aquellas hermosas representaciones de San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, sobre la entrada a la girola por la nave izquierda del crucero de nuestra Catedral, existen otras dos vidrieras policromas en ajimez con arcos de medio punto en que vemos las figuras de San Vicente, con las cabezas propia y de sus hermanas Sabina y Cristeta que mantiene aprisionadas entre las manos en el instrumento del martirio final, y de San Segundo primer Obispo de Avila, vidriera de las más bellas por el adorno de la capa pluvial de que se halla revestido. Y bajo de arco superior ojival que abarca en la base toda la amplitud de la nave lateral del templo, un precioso juego de cristalería en que destaca el círculo superior con la Huida a Egipto.

XXIV.—LUZ Y COLORES

Continuamos admirando la belleza de las vidrieras policromas del primer templo abulense, dedicado a El Salvador.

Siguiendo a la nave central, de izquierda a derecha he hallan representados en los distintos ventanales del primer orden arquitectónico, San Lorenzo y San Esteban, el Protomártir con las piedras recogidas en la dalmática; San Pedro y San Juan Bautista; San Bartolomé y Santo Tomás, que como atributo de martirio sostiene una lanza en la mano; Santiago el Mayor con traje de peregrino y otro apóstol con atributo de cuchilla en forma de sierra, San Tadeo (?).

Siguen las vidrieras repuestas en 1929 representando a San Celedonio y Santa Susana; San Isidro y San José; Santa Teresa y San Juan de la Cruz (centrales); San Eugenio y San Ildefonso; beato José Fernández y beata Ana de San Bartolomé. Hasta éstas son las vidrieras modernas. Debíó suceder que con el terremoto célebre acaecido el Día de Todos los Santos de 1755 sufrieran las vidrieras de esta nave central terribles destrozos y así recordamos los vanos, que en 1929 se cubrieron con estas vidrieras modernas, cerrados entonces con cristales corrientes blancos o de color como en mosaico. No obstante con buen criterio, aunque de barato, tal vez se procuró arreglar el conjunto de vidrieras lateral derecho de la Capilla Mayor a base de los cristales que se salvaron del general desperfecto y así continúan representados El Salvador y un apóstol; San José (?) y San Juan Bautista (otra vez); San Juan Evangelista y otro apóstol. Debíó, pues, estar completa en otro tiempo la representación del Colegio Apostólico, que ahora es incompleta e imposible de determinar.

En el orden arquitectónico superior, de derecha a izquierda, vemos un mosaico de vidrios multicolores; Santa Micaela y San Pedro de Alcántara (nuevas); algo que se parece a una pintura cubista porque se ven pies a la altura de un costado, libros donde habían de aparecer los pies, etc.; San Alfonso (nueva); San Pablo, que es un mosaico de piezas diversas desde el pecho a los pies; la Virgen y el Niño en brazos (central); San Pedro Apóstol y San Pedro Bautista (nueva), y en los tres arcos siguientes, dividida, la Anunciación, apareciendo la Virgen en una ventana, un jarrón de flores en la segunda y el Angel San Gabriel en la siguiente. La otra ventana es un nuevo mosaico.

En la parte lateral derecha del crucero, aparecen como temas luminosos de los ventanales San Blas, Santa Catalina y otras representaciones piadosas. Y en el lienzo del mediodía, bajo las ojivas se ven las imágenes policromas de los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente, San Ambrosio, San Jerónimo, San Gregorio y San Agustín. Se puede recomendar el examen de éstas y las demás vidrieras de la Catedral con prismáticos.

XXV.—CAPILLAS EN LA GIROLA

Adentrándonos bajo las naves de la girola continuamos admirando la disposición del arco de medio punto amplísimo que describe la planta del ábside, resolviéndose los problemas del vacío interior por medio de Capillas también en redondo cuya bóveda se apoya sobre la clave de los arcos ojivales de entrada por los nervios de la crucería interrumpida cual si se tratara de arbotantes.

Aquí hallamos la entrada de la Capilla de Velada, hoy dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. En dicho lugar, a la izquierda, se halla un sepulcro cuya inscripción en letra gótica se transcribe así: «Domingo Martínez, electo de Avila. Finó año de MCCLXXIII».

Sigue la Capilla de San Nicolás, Obispo de Mira, Patrono de Rusia y perseguido en tiempos de Diocleciano. El retablo es sencillo, de líneas renacentistas, admirable pintura, sobre todo la faz del Santo tan venerable. Hay a la izquierda un sepulcro en alto, sobre el que en letras capitales se lee: «Limosna para casar doncellas huérfanas» y en un friso, «Día de San Nicolás».

En el arca que aún se conserva tras gruesa reja, depositaban en tiempos pasados sus limosnas personas caritativas contribuyendo a la dote de las doncellas huérfanas y pobres, y éstas también ponían en dicho arca sus solicitudes para el casamiento. No era solicitud de novio, sino de dote. Con lo recaudado se hacían doce suertes, asignando a cada una de ellas quince mil maravedíes. Los patronos habían de cerciorarse de las condiciones económicas y morales de las solicitantes.

Frente a este cepillo, en la misma Capilla se nos presenta uno de los más curiosos sepulcros por sus relieves. Es el de Don Hernando, Obispo de Avila, que finó el año MCCXCII. La inscripción va en letra gótica y los adornos en relieve están muy estropeados, descabezadas las figuras del cuerpo inferior que parecen representar una procesión de caridad partiendo de una iglesia, una de ellas con un cesto a las espaldas que parece contener panes, y sobre la estatua yacente, hay unos monjes orantes siendo notable por su significado el relieve que representa unos ángeles despojando el alma del Obispo de las miserias humanas como si fueran una piña de cadenas que la estrecharan, saliendo de ellas pura, todo con una piadosa ingenuidad de formas esculturales, recordando una oración litúrgica que dice: «quorum catena peccatorum constrinxit...»

XXVI.—LA CAPILLA DEL SAGRADO CORAZON

En el Catálogo de varones ilustres de la Ciudad, Provincia y Obispado de Avila que consigna Carramolino en su magna obra histórica, figuran Don Gómez Dávila, Grande de Castilla, Ayo del Rey Don Felipe III, su mayordomo mayor y de los Consejos de Estado y de Guerra, y Don Antonio Sancho Dávila y Toledo, gobernador de Milán, gentilhombre de Cámara del señor Rey Don Felipe IV y general en distintas campañas, ambos Marqueses de Velada, el primero de ellos con sepultura cubierta con lápida de mármol a ras del suelo delante del altar de San Antolín en nuestra Catedral.

Con entrada por el paso de la girola, del lado del Evangelio, se halla la Capilla de los Marqueses de Velada, que por su estructura parece monumento de la época de Carlos III. Al exterior la construcción presenta el firme aspecto renacentista con grandes sillares y un escudo de armas como adorno del muro. El interior es igualmente regular en su planta y paredes, rematado en una cúpula de materiales menos nobles, pero con adornos en blanco que hacen reflexión a la luz al penetrar por cuatro ventanas circulares amplísimas, de manera que sea éste de los lugares de mayor claridad en nuestro primer templo.

El retablo principal de la Capilla de los Marqueses de Velada, noble familia de ascendientes tan ilustres como los citados, es de maciza construcción. Dos grandes columnas revestidas de yeso e imitando a mármol coloreado, con capiteles de orden compuesto, sosteniendo en su altura hermosos ángeles, enmarcan el cuadro central que representaba una graciosa escena de la vida familiar de Nuestra Señora. No tenía culto desde hace muchos años esta Capilla y con gran acierto se dedicó al Sagrado Corazón de Jesús, siendo ahora por tal motivo muy frecuentada piadosamente. La pintura al fresco representando el Hogar de Nazaret está debajo del tejido que hace fondo a la imagen.

A esta Capilla fueron trasladados desde la ermita de San Lázaro, que estaba situada junto al puente romano sobre el Adaja, las imágenes de la Virgen de la Caridad, «La Maestra» de la Santa, y la del pobre Lázaro que puede ser admirada en el Museo como la más bella escultura que Avila posee. Llaman a la piedad de los fieles que frecuentan la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús, los altares relicarios de ambos lados del venerable recinto que contienen numerosos motivos de devoción encerrados en vistosos y artísticos ostensorios de formas variadas: brazos, cabezas... Reliquias que tal vez no puedan ser todas identificables; pero que por algún motivo de certeza en su origen se conservan allí para que nos sean ocasión de recuerdo de los mártires, confesores y vírgenes a que pertenecieron como cosa viva y nos encomendemos a ellos cuando menos con una sencilla invocación y el consiguiente «Rogad por nosotros».

XXVII.—LOS EVANGELISTAS

San Juan, Apóstol y Evangelista, nos describe en el Apocalipsis, Capítulo IV, el Trono de Dios en el Cielo. Vio «alrededor del trono cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. Y el primer animal semejante a un león, y el segundo animal semejante a un becerro; y el tercer animal que tenía cara como de hombre, y el cuarto semejante a un águila». La opinión más recibida, según el P. Scío, es ver a los evangelistas figurados en estos cuatro animales: San Mateo en el hombre, pues que describe la vida del Salvador entre los hombres haciéndonosla imitable; San Marcos es visto en el león por comenzar su Evangelio con estas palabras: Voz del que clama en el desierto; San Lucas, representado con el toro, becerro de los sacrificios, pues que también comienza con la visión de San Zacarías, el padre de San Juan Bautista, cuando ejercía su ministerio sacerdotal, y finalmente San Juan se remonta como el águila por inaccesibles alturas para comenzar su Evangelio.

En el trasaltar de la Capilla Mayor, de nuestro primer templo, altares de la girola que se hallan a uno y otro lado del sepulcro de Don Alonso de Madrigal, se ve a los Evangelistas lo mismo que en los relieves correspondientes de la sillería alta del Coro con éstos símbolos que determinan la personalidad de sus figuras respectivas.

En sus cuatro altares, sobre los respectivos altorrelieves de estos santos, se ven los tondos, como medallones, que representan cuatro santos caballeros: San Martín, partiendo su capa con el pobre; San Huberto, Patrono de los cazadores; Santiago, en la Batalla del Clavijo, y San Jorge, librando a la doncella del dragón. En los cuadros que rematan estos retablos de los Evangelistas se ven claramente diversos pasajes de la vida de Jesucristo. Tales retablos pueden estar realizados por Vasco de Zarza como el de Don Alonso de Madrigal, «EL TOSTADO», o por discípulos suyos.

A los lados de la Capilla de Nuestra Señora de Gracia, en el centro de la girola vemos otras dos Capillas dedicadas respectivamente a Santiago y San Juan, los Hijos de Zebedeo. Ambas tienen altares platerescos con sendos cuadros representando a los citados Apóstoles «Hijos del Trueno».

En la Capilla de Santiago están los sepulcros de «Don Domingo Blasco, Obispo», a la derecha, que vivió hacia el 1183. A la izquierda está el sepulcro de «Don Yagüe, Obispo de Avila. Finó año MCCIII».

A la derecha del altar de San Juan se ve el sepulcro de «Dom Fray Domingo Xuarez, Obispo de Avila. Finó año de MCCLXXI». Y a la izquierda, el que con letras góticas nos dice: «Aquí yace Beatriz Basquez, mujer de Sancho Sánchez Zimbrón. Finó año (MCD) LXX».

XXVIII.—EL ALTAR DE GRACIA

Siempre fue un altar de mucho culto en la Catedral, porque su título es Nuestra Señora, Madre de Gracia. Siempre conocimos allí el Santísimo, como en lugar recogido y testero del templo; mas seguramente por las irreverencias al contemplar el sepulcro de Don Alonso «El Tostado», nuestro Señor Sacramentado tiene ahora su morada en la Capilla de San Segundo.

El Altar de Gracia tiene dos órdenes de cuadros: el inferior es representativo del Mesianismo; el superior expresa la Maternidad Divina de María, Mater Gratiae. De izquierda a derecha, en el orden inferior, vemos a los siguientes Profetas: David y Daniel, Isaías y Miqueas, en dos grupos a uno y otro lado del Sagrario. En el orden superior, la Anunciación; una Epifanía solemne y mayestática del Autor de la Gracia presentado por su Madre a los fieles y un Belén.

Los Profetas están determinados por los rollos —papiro o vitela— que tienen en sus manos, y sus facciones corresponden como sus vestidos a la dignidad de su inspiración de videntes. El Real Profeta, con un gorro lleno de flórecillas, muy varonil, nos dice el versículo 8 del Salmo 71: Dominabit(ur) a mari usque ad mare; et a flumine usque ad terminos orbis terrarum. «Dominará desde el mar hasta el mar; y desde el río hasta los confines del orbe». Recuérdese que el Salmo 71, dirigido a Salomón es aplicable por entero a Nuestro Señor Jesucristo, como Salmo mesiánico esencialmente. La inscripción de Daniel es así: PTAS EU — PTAS — ETERNA — III; — C — DANIEL, lo que se interpreta por las siguientes palabras del Capítulo VII, versículo 14 del Libro de Daniel, puesto que la cifra IIIj oculta la X en la vuelta del rollo y el artista no dice el Capítulo. «Potestas ejus, potestas aeterna». «Y dióle la potestad y la honra y el reino: y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán a El: su potestad es potestad eterna, que no será quitada: y su reino que no será destruido».

Parvulus (enim) natus est nobis... IX-6, nos dice Isaías. «Por cuanto nos ha nacido un Chiquito para nosotros y un hijo se ha dado a nosotros y el principado ha sido puesto sobre su hombro y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del futuro Siglo, Príncipe de la Paz». Y finalmente, al lado de esos colosos del Antiguo Testamento, pintados con vestiduras de judíos medievales, el humilde Miqueas favorecido con la visión encantadora de Belén entre otras... «Ex-Betlehem, dice su profecía legible apenas entre el marco del retablo, egredietur qui sit dominator in Israel» V-2. «Y tú, Belén, Efrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad». La voz de millares se traslada a quiliarquías o compañías de mil hombres de armas.

XXIX.—EL SENTIMIENTO JOSEFINO

«En el principio era el Verbo... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de El como Unigénito del Padre, *lleno de gracia* y de verdad

Y de su plenitud recibimos nosotros todos, y *gracia por gracia*».

Entre estos textos de San Juan Evangelista (I-1-14-16) y el «Dios te salve, *llena de gracia*: el Señor es contigo» de San Lucas (I-28) se comprende todo el alto significado de las tablas principales del altar de Nuestra Señora de Gracia en la S. A. I. Catedral "*Gracia por gracia*". Así se explica el sentido que encierran los Profetas pintados en las tablas inferiores del retablo, referidos a las representaciones superiores: Anunciación, Madre de Gracia y Adoración de la Santísima Virgen a su Divino Hijo, o «Belén». La Gracia fecunda de la Ley nueva se entroniza en vez de la Ley antigua «que, según dice el P. Scío, era un beneficio de Dios, y una gracia, aunque estéril por sí misma para la salud».

La Gracia es un *don sobrenatural que Dios nos otorga, en orden a nuestra salvación eterna, por los méritos de Jesucristo*; el fruto principal de la Redención llevada a cabo por Jesucristo, *lleno de Gracia y de Verdad*, que nace de Santa María Virgen, *llena de Gracia*...

¡Cuánta ciencia teológica ingenuamente expresada en este retablo maravilloso de la plenitud del gótico!... La pintura se atribuye a un discípulo de Fernando Gallego o al mismo Gallego: Son tres tablas que consideradas de izquierda a derecha *dicen* lo siguiente: la primera recuerda la salutación angélica, que tiene Gabriel escrita en una cinta con que orla su cabeza, *Ave, gratia plena*, siendo verdaderamente bonita la decoración del gabinete en que la Virgen se halla, con detalles conmovedores, como el mueble del primer plano, la alcoba... La tabla segunda, principal del conjunto, muestra un Trono en el que se sienta Nuestra Señora, *llena de Gracia*, a la cual representa el pintor gruesa de cara y hermosa en grado superlativo indudablemente para significar la plenitud. Ella es Madre de la Gracia y Trono de la Sabiduría, y por eso Jesús Niño, el Verbo hecho carne, se sienta en sus rodillas. San José empero queda fuera del Trono porque aunque verdadero esposo de la Virgen María es sólo «padre adoptivo de Jesús». Claramente se ve contemplando la tercera tabla el oficio de San José para con Jesús y María, pues el artista le ha pintado con una vela encendida en una mano —símbolo de vigilancia— y un báculo, signo de autoridad. Altos oficios del Glorioso Patriarca, Varón elegido por Dios para que cumpliese deberes paternos con el Hijo de María siempre Virgen que concibió por obra y gracia del Espíritu Santo. Ante este retablo hubo de rezar Santa Teresa de Jesús, que el 24 de agosto de 1562 inauguraba el primero de sus monasterios dedicados a San José: el de Avila.

XXX.—GRANDES OBISPOS, CANONIGOS Y CABALLEROS

A los lados del altar de Gracia de la Catedral se ven dos sepulcros. El de la derecha de quien mira nos muestra una inscripción de góticos caracteres que dice: «Don... canon desta iglesia. Finó año de 1282 años». Dios tenga en gloria a este buen canónigo, de nombre desconocido.

Enfrente del sepulcro anterior, otra sepultura nos habla de "*Don Sancho el primero deste nombre Obispo de Avila. No se halla el año que murió por ser muy antiguo*".

Sabemos por los datos históricos recogidos del Episcopologio abulense que en las actas del Concilio de Oviedo aparece una firma que dice: "*Ego Sanstius Episcopus subscripsi*". Es el Concilio de 1115. Y traducen los historiadores y cronistas el nombre Sanctius por Sancho y es para unos el propio Don Pedro Sánchez Zurraquín (el primer Obispo de la repoblación de Avila), firmando con su primer apellido y para otros el sucesor que tuvo a quien dan el nombre de Sancho I, poniéndole como dudoso en sus catálogos correspondientes. Si este fuere Don Pedro Sánchez Zurraquín, ¿qué Don Sancho fue el de la Capilla Mayor?... Puede que el sepulcro de la Capilla de Gracia corresponda al gran Zurraquín, y al sucesor el de la Capilla Mayor, que parece ha de tener traslado definitivo a la nueva Capilla de «La Virgen del Pastel», o «La Mayor», en la antigua Capilla de "*La Asumpta*", adonde ha sido trasladada la hermosa imagen de María Santísima, siglo XIII, desde la que en los claustros era llamada Capilla del Rincón.

En una columna que hay entre el altar nuevo de «La Virgen del Pastel» y la puerta de entrada y salida a la calle de San Segundo, dice un letrero gótico: «Don Gómez, Deán de Avila, está al pie de este altar. Finó año de 1303».

A la derecha de la misma puerta, un sepulcro de lápida negra recuerda: «Aquí yace el onrado caballero Diego del Aguila que Dios aya. Finó a II de mayo de MILL y D y V».

Otro Aguila yace frontero al anterior. Ostenta su sepultura escudos con águila y orla de aspas. La inscripción dice así: «Aquí yace el noble cavallero Goncalo del Agila, fijo de Diegoncales del Agila, rregidor e guarda del Rey. Falleció a veinte e quatro de setiembre año LVIII».

Al ir a entrar en la sacristía se ve a la mano izquierda el altar de San Juan Bautista con devota escultura. Debajo de la mesa de altar dice una inscripción: «Aquí yacen los señores de buena memoria D. Antonio Cabelero Chantre y can.º desta Sta. Iglesia. M.º a XI de mayo de MDC y XXI

y D. Felipe Cabreo, tesorero y canónigo desta Santa Iglesia M.^a a XIX de julio de MDCXXVII. Fundadores y dotadores desta Capilla Juan de Quintana y D. Gregorio de Medina...

XXXI.—SABIOS SANTOS

Del altar de San Juan Bautista, en la misma puerta de entrada de la sacristía de la Catedral, nos llama una voz atrayente: «CE VIATOR CE...» Las letras son capitales y áureas. Es una lauda de fondo negro debajo de la imagen del Precursor de Cristo y por encima de la mesa del altar. «HOC MARMORE AETERNAT...» *En este mármol se perpetúa la memoria de Don Antonio Honcala canónigo de esta Santa Iglesia que enriqueció la doctrina salmantina con once volúmenes; la sabiduría de los buenos, con efusión, y amor a los pobres y a la virginidad y pureza con candidísimos lirios, muriendo el dos de septiembre del 1565. Retírate maravillado.* Todo esto dice la inscripción sepulcral de este «lucero refulgente de la literatura española del siglo XVI, más brillante aún por su santidad». Entre sus libros figuran la Grammatica propaegma u ocios juveniles literarios; diez y siete opúsculos sobre varias materias teológicas y un tratado de religión cristiana titulado Pentaplum, cuyos cinco libros se titulan respectivamente Antitheton, Stauricon Apothices, Epinicion y Eulogicon.

Ciertamente se retira maravillado, como dice la inscripción áurea de su lauda sepulcral, quien contempla la magnífica figura del Sabio Honcala. Y de admiración en admiración contemplaremos detenidamente el sepulcro altar de otro SABIO SANTO: Don Alonso Tostado Ribera de Madrigal. Su fama fue la santidad y en esta sublime aureola fueron joyas destacadas su verdad, su piedad, su fortaleza, su paz... Firme roca sobre la cual edificó su casa y así fue su sabiduría «Stupor mundi» (Asombro del mundo, pues discutía de cuanto se puede saber). En la girola de la Catedral está su sepulcro altar. Tanta veneración inspiró a su muerte, que el Cabildo dicen que mandó erigir este retablo en alabastro finísimo con la esperanza de verle beatificado. Había nacido en Madrigal de las Altas Torres. Estudió en Arévalo y en Salamanca. Fue Abad de Valladolid, y Obispo de Avila.

Y murió en Bonilla de la Sierra, en la residencia castillo de los Obispos de Avila, mientras el sol de la tarde doraba los barbechos en la jornada del tres de septiembre de 1455, cuando hacia un lustro ya que alumbraba para los pueblos hispanos la bella mirada de nuestra Madre ISABEL, la orientación del Renacimiento en España...

Las anécdotas históricas de la vida de Don Alonso de Madrigal son

conmoveras: En Salamanca, donde fue becario del Colegio Viejo de San Bartolomé, donde fue Maestrescuela de la Universidad, fuerte y dignísimo frente al mismo Rey, siendo conminado a que levante ciertas censuras eclesiásticas lanzadas contra el juez civil, que había movido auto de prisión de un estudiante matriculado, se mantiene firme en su razón...

XXXII.—LA DULZURA PORTUGUESA

Cuando a Don Alonso de Madrigal se le comunica el regio mensaje de que se le cortará la cabeza, si no cede en su posición frente al juez, EL ABULENSE contesta: «Harto interés sacaría yo de mis trabajos, si mereciese morir por dar favor a la razón y a la justicia». Paz del ambiente madrigaleño reflejada en la serenidad de ánimo del sabio profesor de muchas cátedras, cuya piedad se revela en el perdón del mismo juez antes aludido, cuando se dispuso con humildad a cumplir la penitencia debida por su atentado al fuero universitario, pena canónica de ir con la cabeza descubierta, los pies descalzos, y vistiendo saya¹ y con una vela encendida, públicamente hasta la Catedral para orar allí.

Cuentan, refiriéndose a su pequeña estatura, que presentándose ante el Papa en visita propia de su cargo, creyó el Santo Padre tener arrodillado al Prelado abulense y le invitó a levantarse, contestando El Tostado sencillamente: «No soy más».

Pero lo que era supo demostrarlo cuando en la Corte del Rey, Don Juan II de Castilla, el padre de Isabel «La Católica», se produjo el incidente de quedar herido el halcón favorito: «Ahí llega el Bachiller, dijo con ironía uno de los magnates, que sabe de todo. Que cure al halcón...» El Tostado era entonces, no Bachiller, sino Abad de Valladolid. Y supo curar la herida del halcón. Y escribió su célebre «Libro de Cetrería» o Libro de La Caza.

La dulzura portuguesa de Vasco de Zarza labró la dulce figura de Don Alonso de Madrigal, por antonomasia EL ABULENSE cuando se aludía en las Escuelas al filósofo y teólogo que es para el final de la Edad Media lo que había sido San Isidoro para la etapa visigótica. Las inscripciones del sepulcro son las siguientes: (En latín) «Aquí yace el preclaro varón y excelentísimo doctor Don Alonso Tostado Obispo de Avila. Murió el tres de septiembre de 1455. Orad por su alma». Otra «Trasladáronse los huesos del Tostado día X de febrero año de MDXXI años». Y el conocido cartel con los versos de Don Suero del Aguila: «Aquí yace sepultado / quien virgen vivió y murió. / El nuestro Obispo

Tostado / en ciencias más esmerado / que a nuestra nación honró. / Es muy cierto que escribió / para cada día tres pliegos / de los días que vivió. / Su doctrina así alumbró / que hace ver a los ciegos».

Los relieves del sepulcro representan el Nacimiento del Señor, en la cúspide; la Epifanía en el centro; Pasión del Señor en la Capa pluvial; Adán y Eva y virtudes teologales y cardinales en los frisos... Debajo del altar una lauda de bronce nielado representa a Don Alonso con su escudo: la labra es finísima y delicada y se trata de un ejemplar raro por la manera de hallarse trabajados los esmaltes.

XXXIII.—EN EL TRANSEPTO...

Seguimos admirando la Catedral, templo y fortaleza, viniendo a colocarnos en el transepto: ese espacio exacto del crucero, que permite la contemplación de las naves más altas sin obstáculos ante nuestros ojos para el detenido examen arquitectónico y de los elementos decorativos. Son magníficos los rosetones recientemente descubiertos para el paso de la luz; son preciosas las vidrieras multicolores ya descritas; es maravilloso el orden románico de los ventanales...

Antes de dirigirnos a la Capilla Mayor, podemos examinar los altares con retablos de alabastro dedicados a San Segundo, primer Obispo de Avila y a Santa Catalina, respectivamente. Son del estilo plateresco. El de San Segundo describe la vida del insigne Varón Apostólico desde su consagración por San Pedro en Roma, junto con los otros seis compañeros (Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Cecilio, Exiquio y Eufrasio) hasta el sepelio y aún alguna nota referente al descubrimiento de sus reliquias venerables en el siglo XVI. Es opinión admisible que uno de los relieves alude a un pleito entre el Ayuntamiento de Avila y el Obispo Manrique de Lara: habiendo éste construido la Capilla de San Segundo en la Catedral, quiso darle acceso directo desde la calle, extramuros, indicándole la municipalidad que la Puerta de entrada a la Ciudad era la entonces llamada de los Obispos, puesto que el ábside de la Catedral era parte de la muralla; pero a tal aserto se oponía el Prelado defendiendo que todo el conjunto de la Catedral era templo. Así se abrió una puerta en la pared oriental de la Capilla que actualmente se halla tapiada con sillares, sustituida por la comúnmente denominada «de las escalerillas» con remates arquitectónicos neoclásicos e imágenes de San Segundo y de los Apóstoles, Hijos de Zebedeo, Santiago y San Juan.

El altar de Santa Catalina en relieves maravillosos tiene por tema diferentes pasajes de la vida de la Patrona de los filósofos, destacando en belleza el martirio de los sabios convertidos y la Santa encarcelada.

El altar de San Segundo es atribuido a Isidro de Villoldo, quien cobró setecientos ducados por los años 1547 a 1548, con Juan Frías. El altar de Santa Catalina tiene reconocidos como autores a Vasco de Zarza, Lucas Giraldo, Juan de Arévalo y Juan Rodríguez, con fecha de 1524 a 1529 y costo de seiscientos treinta y tres ducados.

Apoyados en las mismas columnas que los altares de alabastro de que venimos hablando, se ven los púlpitos: el que hay junto al altar de San Segundo es del estilo flamígero ojival, forjado por Llorente de Avila en 1520. El otro, junto al retablo de Santa Catalina es del estilo neoclásico, y se tiene como realizado por el mismo autor, con planos de Vasco de Zarza, y el platero Ayala.

XXXIV.—PATRONA DE LOS FILOSOFOS

Cuántas veces se halla representada Santa Catalina en nuestra Santa Apostólica Iglesia Catedral?... Es difícil saberlo con exactitud; pero son bastantes. Debió ser Santa de mucha devoción en Avila cuando llegó a tener dedicado un templo y en el primero entre todos los de la Ciudad la vemos en las vidrieras, en el altar de San Antolín, en... su propio altar. Quien fuera modelo para labrar la cara de la Virgen del Retablo de Navidad lo fue también para la cara de Santa Catalina. Cara singularmente bella y piadosa. No interesa tanto conocer la personalidad del autor —aunque sería curioso— como conocer la emoción de su obra.

Santa Catalina es una mística flor de martirio de la persecución decima, en Alejandría. En el altar aparece su imagen con la espada, signo de su degollación final; pero a derecha e izquierda se ven los cuadros representativos de los siguientes hechos: Catalina sostiene la fe cristiana en público durante los sacrificios a los ídolos y luego, llamada al palacio de Maximino, disputa con cincuenta filósofos convocados para confundirla, más no sólo los rebate sino que los convierte. En la prisión ha recibido la visita de un ángel que la conforta y la anuncia su triunfo y martirio. Se convierten también la emperatriz Pórfido, el coronel de la primera legión y doscientos soldados. Presencia la Santa el martirio de los sabios convertidos confirmándoles en la fe de Cristo por la cual sufren el fuego, la rueda de navajas, etc. Por fin sufre martirio Santa Catalina, azotada con nervios de toro, rasgadas sus carnes con la rueda de cuchillas y degollada con la espada del verdugo. Los ángeles llevan su cuerpo a un sepulcro situado en la cima del Monte Sinaí.

Todo aparece en el retablo de alabastro. Por encima del cuadro cen-

tral se halla en un medio medallón de coronamiento la escena de los ángeles transportando el cuerpo de la Santa al Monte Sinaí; por debajo puede ser un pasaje de la conversión de los filósofos o la conversión de la reina Pórfido. En el lateral derecha de abajo arriba, la Santa con las manos atadas disputa con los sabios y los confunde; en otro cuadro presencia el martirio de los sabios convertidos, y en el superior está la degollación de la Santa por un verdugo. Y en el lateral izquierda, siguiendo el mismo orden, vemos la visita del ángel a la Santa en la prisión, la flagelación de Santa Catalina y el martirio de la rueda de navajas aplicado en su presencia a un filósofo a quien un ángel pone una corona estando presente también el tirano Maximino. Hay adornos muy deteriorados en las columnas que sostienen el entablamento superior en cuyo friso se ve el escudo de la Catedral. Entre tales relieves se aprecian bellas figuras en la parte inferior que corresponden a San Juan Bautista y San Miguel, Santa Inés, Santa Agueda, Santa Bárbara, etc.

XXXV.—EL VARON CABALLEROSO

Nació en Paredes de Nava, de la provincia de Palencia. E igual que otros ilustres hijos de dicha villa castellanoleonesa sintió la llamada del arte con vehemencia. Y le hizo entrega de sí: cuando fue a Italia para vivir las corrientes renacentistas el artista del gótico español ya llevaba un hijo que había de continuar su obra y superarla, cual un Miguel Ángel ibérico. Los Reyes Católicos le mandan pintar para el Real Monasterio de Santo Tomás de Avila el retablo que todavía podemos admirar en el grandioso templo con otros cuadros maravillosamente descriptivos que podemos ir a contemplar en el Museo del Prado, pues, aunque no en Avila, todavía gracias a Dios, se encuentran en España.

Se relaciona en Avila con Vasco de Zarza. Luego, muerto PEDRO GONZALEZ BERRUGUETE, que es el gran artista de que venimos hablando, Vasco de Zarza transmitirá el espíritu del padre del gran Alonso Berruguete al escultor de la tumba del Infante Don Juan de las Españas, Domenico Francelli... Avila es emporio de letras, ciencia y arte. Pero mejor que nadie, PEDRO GONZALEZ BERRUGUETE sabe seguir el caballeresco lema cristiano: «Morir el buen religioso / en ayunos y cilicios / el varón caballeroso / morir haciendo servicios...»

De los servicios más selectos a la Religión y a la Sociedad fueron los de Pedro González Berruguete, comenzando a pintar el retablo mayor del primer templo abulense, después de haber coronado su obra en el Real Monasterio dominicano-tomista. Y adelantemos que de las maravillas de sus pinceles nada mejor que la ternura, belleza y armonía de rasgos, junto con la noble adecuación del colorido en sus vírgenes. «En

qué sueño se inspiró / el genio de Berruguete / para aunar tanta belleza / en la belleza que tienes?» / «Virgen del dorado manto, / Virgen de faz sonriente / Virgen de cabellos brunos / la de los ojos celestes... / Oh Rosa de Jericó, / oh Palma que en tierra creces / y que al viento das tus palmas, porque el viento en ondas lleve / las caricias de tus besos / a las regiones del éter; / Ciprés del Monte Sión / y Cedro del Líbano eres. / A aroma de incienso y mirra / todo tu cuerpo trasciende...» Así es descrita por un poeta la Virgen de Pedro G. de Berruguete, que contemplamos en los cuadros del retablo mayor de la Catedral, Anunciación, la Natividad del Señor, la Epifanía y la Presentación de Jesús en el templo, que son suyos con las diez tablas del cuerpo bajo (los cuatro Evangelistas, los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente y San Pedro y San Pablo) así como también el cuadro central de la Transfiguración. Cuadros son que hacen al retablo mayor de la Catedral de Avila «el más bello e importante de todas las catedrales españolas», como ha consignado un crítico erudito al escribir de él.

XXXVI.—EL RETABLILLO

Como Pedro González Berruguete murió sin terminar su magna obra la continuaron sus discípulos Santa Cruz y Juan de Borgoña, de quienes se tienen La Oración del Huerto, la Flagelación, la Crucifixión, Jesús en el Limbo de los Justos y la Resurrección, sin que se pueda decir con certeza donde no estuvo la mano, la inspiración o la inicial advertencia del Maestro. Se fijan como fechas de principio y final de la obra los años 1499 y 1508 y la obra de talla, toda dorada, es atribuida con razón a Zarza.

Este artista, portugués de origen, trabajaba ya en Avila en el ocaso vital de Pedro González de Berruguete, la época de su máximo esplendor pictórico. Demostró su dominio de la talla goticista enmarcando las tablas del maestro pintor. Luego hizo alarde de su arte como imaginero escultor en los retablos de alabastro ya citados en esta reseña: sepulcro de Don Alonso de Madrigal, EL TOSTADO, etc.

Empero su obra más delicada, la más bella expresión de la dulzura de su temperamento artístico fue sin duda «el retablillo» que contiene el Sagrario para el altar de la Capilla Mayor de que venimos hablando ahora:

Podemos afirmar que la primera obra de Vasco de Zarza en la Catedral fue la talla de los marcos del altar mayor en madera; siguió el retablo del mausoleo de EL TOSTADO, y finalizó con EL RETABLILLO,

fijándose las fechas de 1508-18 y 1521, lo que hace suponer que en sus talleres se trabajó entre tanto en otras no menos hermosas realizaciones si bien no tan considerables, cuales son las cresterías claustrales con medallones como el de la dama y la muerte con el joven en sus brazos descarnados que se admiran desde la llamada calle de la Cruz y vulgarmente de «La Muerte y la Vida». Junto a Vasco de Zarza se pone labrando el duro granito de nuestras canteras a Pedro de Viniegra y oficiales de ambos.

El Retablillo contiene cuadros labrados en alabastro con singular inspiración y particularísima finura de estilo. La Santa Cena, la Oración del Huerto, el Prendimiento y Judas recibiendo el precio de su inicua venta, el «Noli me tângere» y San Pedro y San Juan yendo juntos al sepulcro... Todo es muy bello, rematando el conjunto una representación de la Virgen de la Sexta Angustia, llamada también del Mayor Dolor. Campean los escudos catedralicio y del Obispo Don Francisco Ruiz, ilustre fundador de muchos beneficios para la Ciudad, entre ellos de La Alhóndiga.

La obra incluye la puerta del Sagrario, repujada en plata por García Crespo famoso platero salmantino en el siglo XVIII.

XXXVII.—EL CORO

Ocupaba la sede abulense el Obispo Don Rodrigo Mercado, cuyo escudo aparece por encima de la sillería, cuando el Cabildo de nuestro primer templo cedió a la moda de llevar el Coro a la nave central, quitándole de la Capilla Mayor en donde al parecer estuvo situado el construido en 1407, «en madera de nogal, con chapiteles muzárabes y cabos de hierro...» La sillería del Coro actual fue un encargo hecho a Cornelio de Holanda en 1535. El revestimiento de las columnas de entrada hizole Isidro Villoldo y ayudaron a Cornelio en la obra Juan de Res (o Rodríguez) y Lucas Giraldo.

El orden representativo de los relieves tallados es doble: en la sillería baja los motivos son de la vida militante de los Santos; en la sillería alta está considerada su glorificación. Y todo en torno a la apoteosis de San Segundo, cuya devoción se ha exaltado con el descubrimiento de sus restos mortales. Comenzando, pues; por la izquierda de la entrada en el Coro vemos a San Antón maltratado por diablos con evocaciones orientales; San Bernardo a quien se aparece la Santísima Virgen; San Francisco en Monte Auvernia; Santo Domingo en la Corte de los Reyes de Francia; San Gil en la cueva adonde persiguiendo a una cierva llega el conde Childeberto; San Benito con San Mauro y San Plácido

en el milagro del torrente; San Marcial a quien se aparece el Señor; los prelados visigodos San Eugenio, San Leandro, San Ildefonso, y San Isidoro; los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio; la cabeza de San Juan Bautista degollado por causa de Salomé y Herodías; martirio de Santa Cristeta, de Santa Sabina y de San Vicente; milagro de San Segundo; martirio de San Pedro, de San Pablo y de San Andrés; Santiago en El Clavijo; San Juan Apóstol y Evangelista «ante portam latinam»; San Mateo, San Marcos, San Lorenzo en sus martirios respectivos; Santa María Magdalena en el «Noli me tangere»; San Sebastián, San Lucas, San Cristóbal, San Roque, San Esteban protomártir, San Cosme, San Damián, San Jorge, Cornelio y sus compañeros de trabajo, y San Alejo debajo de la escalera...

En la sillería alta se ve a los santos Bernardo, Francisco, Domingo, Gil, Benito, Marcial, Eugenio, Leandro, Ildefonso, Isidoro, Gerónimo, Agustín, Ambrosio, Gregorio, Martín, Tadeo, Simón, Matías, Miguel, Juan Bautista, Cristeta, Sabina, Vicente, SEGUNDO, Pedro, Pablo, Andrés, Santiago, Santiago el Menor, Tomás, Bartolomé, Felipe, Antonio Abad, Juan Apóstol, Mateo, Marcos, Lucas, Lorenzo, Sebastián, María Magdalena, Esteban, Cristóbal, Cosme, Damián, Jorge, Roque y Cornelio, todos glorificados.

XXXVIII.—LA FIRMA DEL CORO

Cornielis de Holanda vino a la ciudad de Avila procedente de Galicia, donde había trabajado en diversas obras, dejando recuerdo de su paso incluso en la Catedral compostelana. Desde Avila marchó a Sevilla... Peregrino de su arte de tallista, viviría en una de las casas de la calle de este oficio (calle de Tallistas, hoy de Eduardo Marquina) mientras labraba la sillería del Coro de la Catedral.

Lucas Giraldo y Juan Rodríguez continuaron después trabajando en la ciudad retablos que son verdaderas maravillas de concepción y ejecución cumplida: tales los retablos escultóricos de la capilla de Nuestra Señora de las Vacas y del Monasterio de Gracia, entre otros, además del trascoro.

En el Coro de la Catedral podemos ver representada en relieve la firma de los artistas, no escrita con rasgos de pluma como en los contratos sino por medio de una figuración en relieve, correspondiente a la segunda tabla de la sillería baja, mirando al centro del Coro a la derecha: personas autorizadas en la Historia del Arte tuvieron a bien confirmar esta opinión.

Representa la tabla mencionada —segunda mirando al Coro a la derecha de la sillería baja— un señor sentado vistiendo traje de peregrino, con gorra noble en su cabeza, en cuyo centro parece llevar como insignia el retrato de una dama, y bordón largo rematado en una pequeña cruz. Este es Cornelio de Holanda, que en la correspondiente tabla de la sillería superior glorifica a su Santo, el Centurión de los Hechos de los Apóstoles en cuya casa se verificó el milagro del segundo Pentecostés. En plano inferior, sirviendo al *Maestro* el aguamanil, se ve a Lucas Giraldo, como en plan de oficial, y a Juan Rodríguez todavía en plano mas bajo de la composición artística, con una antorcha en la mano y sirviendo el martillo, instrumento del oficio, cual un oficial segundo, o como representando la tercera categoría laboral de aquel entonces.

Anotan algunos autores que las obras del Coro dieron comienzo en junio de 1536 y terminaron el 1547 siendo el coste total de treinta y seis mil seiscientos sesenta y nueve reales.

Toda la obra de talla es maravillosa en el Coro, incluso los grotescos. Las verjas del cerramiento del Coro, con ser iguales, no pertenecen a la misma época que las de la Capilla Mayor que son anteriores, como la de la Capilla de San Segundo.

Entre las más bellas manifestaciones del arte escultórico en Avila figuran los altorrelieves del trascoro. Es su conjunto un compendio plástico, labrado en piedra caliza, de todo el ciclo litúrgico de conmemoraciones navideñas: el tiempo de preparación, simbolizado en las representaciones del Antiguo Testamento, el de celebración con el Portal de Belén por tema central y momento preciso de la Adoración de los Reyes Magos, y el tiempo de prolongación, en otros cuadros.

XXXIX.—UN ROMANCE EN LA PIEDRA

El trascoro de la Catedral forma una capilla limitada dentro del cuadro que comprende su línea con las bases de las pilastras contrarias en la nave central. La intención se nos revela en el centro de los arcos ojivales de la bóveda, en que policromadas sobresalen las cabezas de los Santos Reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar. Parece pues una dedicación a los Santos Reyes. En la crestería destaca la imagen central del Padre Eterno; en el friso las imágenes de los profetas con los rollos de papiro por aureola; en medallones se nos presenta el encuentro de San Joaquín y Santa Ana en la Puerta del Templo *jerusalimitano*, según la leyenda áurea, a la izquierda de quien mira, y a la derecha el tema de la Visitación. Cuadros laterales inmensos representan, a la derecha el martirio

de los Santos Inocentes, lleno de realismo doloroso y brutal; alaridos de Raquel, que se oyen «hasta en Ramá» como parece significarse en los relieves superiores, y a la izquierda por contraste de serenidad majestuosa, la Presentación del Niño Jesús en el Templo. Lleno de candor es el cuadro, bajo el medallón de la derecha, de la Huida a Egipto, con peñascales, siega de mies y hasta eremitas por fondo, recogiendo un sinfín, de tradiciones romancescas: «La Virgen va caminando / huyendo del Rey Herodes / y en el camino han pasado / hambres, frios y calores / y al Niño le llevan / con grande cuidado / porque el Rey Herodes / quiere degollarlo. / Pasaron por un camino / y a un labrador que allí vieron / la Virgen le ha preguntado: / —Labrador, ¿qué estás haciendo?... / Y el labrador dijo: / —Señora, sembrando / estas pocas piedras / para el otro año. / Fue tanta la multitud / que el Señor le dió de piedras / que parecía un peñascal / igual que Sierra Morena. / Este fue el castigo / que el Señor le dió / por ser mal hablado / aquel labrador. / Fueron por otro camino / y a otro labrador que vieron / la Virgen le ha preguntado: / —Labrador, ¿qué estás haciendo?... / Y el labrador dijo: / —Señora, sembrando / este poco trigo / para el otro año. / —Vente mañana a segarlo / sin ninguna dilación: / este favor te le hace / el Divino Redentor, / Si alguno viniere / por mí preguntando / dices que me viste, estando sembrando. / A la mañana siguiente / pasaron dos de a caballo / por una mujer y un niño / y un anciano preguntando. / Y el labrador dijo: / Cierto que les vi / estando sembrando / pasar por aquí».

Queda transcrito íntegro el bello romance porque quienes contemplan el cuadro de la Huida vean si tiene relación y cuánto pensaban y qué bien trabajaban nuestros artistas del Siglo de Oro en todos los órdenes.

El cuadro correspondiente de la izquierda nos muestra a Jesús hallado en el Templo con alusiones de gloria en su infinita Sabiduría.

XL.—CABALLEROS VALIENTES Y PIADOSOS

Antes de abandonar la Capilla de los Santos Reyes contemplamos aún la maravilla del trascoro, una vez más.

Las figuras de todo el retablo, incluso las de San Juan Bautista, San Pedro, el Profeta Daniel (?) y San Pablo, en los chaflanes de izquierda y derecha respectivamente, son todas admirables en detalle y expresión e incluso los grutescos. La cara de la Santísima Virgen, donde quiera que aparece es bellísima, singularmente bella.

El retablo de Navidad a que nos referimos pudo ser obra del mismo escultor que labró la sillería coral, Corniellis de Holanda, junto con sus fidelísimos operarios Lucas Giraldo y Juan Rodríguez, allá por 1531...

La Capilla absidal del crucero si es que se nota como Capilla absidal, que ha estado dedicada a San Blas y ahora tiene al descubierto unas pinturas románicas, perteneció al patronazgo de los señores de Villanueva y San Román. Sigue a continuación un sepulcro con estatua yacente y escudo episcopal correspondiente a «Don Blasco, Obispo de Sigüenza. Finó el año de MCCCXXXIII». Al lado se ve otro arcosolio con estatua yacente de alabastro, el correspondiente escudo de armas y una inscripción que advierte de que «Aquí yace el noble caballero Sancho Dávila, capitán del Rey Don Fernando e de la Reina Doña Isabel, nuestros señores, e su Alcayde de los Alcázares de Carmona, hijo de Sancho Sánchez, Señor de San Román y Villanueva. Murió peleando como buen caballero contra los moros en la toma de Alhama por cuyo esfuerzo se tomó a XXVIII de febrero año de MCCCCLXXXII».

Siguiendo hacia la derecha de quien mira, viene un arcosolio, que se ha llamado Altar de la Soledad y en donde fue venerada mucho tiempo la imagen de Nuestra Señora de la Caridad («La Maestra de la Santa»). Tiene un frontal con escudo notable: león rampante, seis roeles y media luna colgando. Una inscripción, recogida de este lugar, dice así:

«El Gobernador Gonzalo Dávila mandó hacer este Altar y en él erigió una Capellanía perpetua de una misa cada día a honor de N. S. de la Soledad en esta Capilla y hacer decir a los Capellanes de Coro un Aniversario cada año la víspera y día de N. S. de Septiembre y dar de comer, vestir y calzar a doce pobres a su costa. Item los Capellanes de esta S. Iglesia son obligados a decir tres Aniversarios en cada un año, el 1. a 10 de septiembre, el 2. a 10 de enero y el 3. a 10 de julio. Item el Cabildo de San Benito es obligado a decir tres Aniversarios el 1. a 10 de septiembre, el 2. a 10 de enero y el 3. a 10 de mayo; para lo cual todo satisfacer dejó las V heredades de San Juan de la Encinilla. Dejó por patrón de la Capellanía a el noble caballero Andrés Bázquez su hijo. Año 1482».

XLI.—LOS VALDERRABANOS

Encima de donde acostumbramos a ver el confesionario del M. I. Señor Penitenciario de la Santa Apostólica Iglesia Catedral, hay un sepulcro de traza gótica cuya inscripción dice así: «Don Sancho Peralta, deán de Avila, y obispo de Pamplona, finó a VII de setiembre año MCCCXC». Los escudos del sepulcro dan a entender que pertenecía este ilustre Deán a la familia de los Aguila.

En los siglos XIV y XV vivió en Avila una poderosa familia, conocida por el apellido Valderrábano, que dedicó la Capilla, en que nos situamos a seguido del sepulcro de Don Sancho Peralta, al Prelado toledano, San Ildefonso. (Al escribir estas cosas presenciamos en el templo catedralicio reformas que impiden describirle con seguridad en cuanto a detalles). Se ha colocado en lugar del altar de San Ildefonso, uno, procedente de la provincia del estilo neoclásico.

Bajo el arcosolio que cobija una bellísima Piedad —la Santísima Virgen María en el Sexto Dolor— hay una estatua yacente. Está en la pilastra, pero al lado contrario del Obispo Peralta citado. La leyenda nos advierte: «El Muy Magnífico Señor Don Alonso de Valderrábano, deán de esta Santa Iglesia y Arcediano de Briviesca, finó a X de noviembre año MCCCCLXXVIII».

Otra sepultura en el muro norte del templo, dentro de la misma Capilla, con estatua yacente de Obispo, señala: «Don Alonso el segundo deste nombre, Obispo de Avila». Murió este Obispo en 1378. Tiene su escudo castillo y cinco estrellas.

Finalmente, de los caballeros Valderrábano enterrados aquí, vemos otro sepulcro interesante por la estupenda estatua yacente con paje y adornos, así como por el tema intrigante del escudo sostenido por una mujer desmelenada perseguida por un mono que la tira del pelo. La inscripción declara: «Aquí yace el buen caballero Pedro de Valderrábano. Finó año de MCCCCLXV». Es de advertir que el tema de la desmelenada se observa representado también entre los relieves de la barandilla que protege los alrededores del órgano.

Los sepulcros que restan por anotar son los siguientes:

A la izquierda de la puerta del claustro: «Blasco Fortun y tres hijos suyos y su hermano Blasco Gómez. MCCLXII», escrito en caracteres góticos.

A la derecha de la puerta del claustro con inscripción gótica: «Domingo Núñez, Alcalde del Rey. MCCC».

Y junto a la puerta de la torre, entre ésta y la del claustro que se abre para procesiones, un sepulcro con ajimez al modo románico y gótica epigrafía: «Don Antón Canónigo. MCCXXXI».

Siempre ha llamado poderosamente la atención de los visitantes tan sencilla leyenda, expresiva de toda una personalidad que no necesita más descripciones: sencillez, modestia, bondad, virtudes del clero abulense tradicionales, que le hacen amable por la firmeza de su apostolado.

XLII.—ALGUNAS CURIOSIDADES

De los valiosos retablos atribuidos a Fernando Gallego o a uno de sus aventajados discípulos, este de San Marcial es uno de los sobresalientes. Tuvo San Marcial Capilla propia en la Catedral abulense. Y no es de extrañar puesto que fueron muchos los caballeros franceses que afincaron en la Tierra de Avila y nos trajeron devociones de santos franceses consigo, principalmente San Marcial, San Gil, San Leonardo, San Bernardo, San Boal... y luego San Roque. La Capilla de San Marcial estuvo en donde actualmente se abre la puerta del ábside a la Capilla de San Segundo, venerándose allí ahora la Virgen de la Clastra, vulgarmente llamada del Pastel, por el que ofrece al Niño... Es una maravillosa escultura románico-bizantina de piedra pintada. Se han colocado a su derecha la estatua yacente del Obispo Don Diego de las Roelas y a su izquierda la de Don Juan Núñez Dávila, que estuvo en la Capilla gótica de San Millán... Hoy se halla instalado el retablo de San Marcial en la nave lateral derecha de quien entra en el templo por la puerta occidental. Las pinturas del retablo son excelentes, representando al Santo y dos pasajes de su vida en la línea superior; tres momentos de la Pasión del Señor en la predela más alta y los Santos Lorenzo, Martín y Cristóbal en la más baja. La Enciclopedia HERDER recoge como ilustración un detalle de los «heraldos» de este retablo, que encuentra muy originales, en el Camino del Calvario.

Detalles del conjunto catedralicio, antes de pasar al claustro, son: el San Cristóbal gigantesco, sobre la puerta principal de tan importante dependencia; el Cristo (que se admira sobre el tirante que del siglo XVI sostiene los empujes de los arbotantes exteriores hacia el centro, tal vez ensayados por vez primera en España en esta construcción de transición del románico al gótico) que dicen ser de alabastro; los tirantes (arcos rebajados) entre los muros de la nave transversal del crucero; una célebre fundación recordada en un azulejo incrustado en una columna de las de la Capilla de los Santos Reyes...

La imagen de San Cristóbal, románico bizantina, es del siglo XIII: recuerda la tradición legendaria del Santo que pasaba viajeros sobre las aguas de un río y que por su mucha caridad mereció ser Cristo-fero, o portador de Cristo. Así se le representa con el Niño Jesús sobre su hombro... Claro que parece ser en nuestras catedrales alusión profética (para quienes creen en un Cristóbal Colón santo) al providencial destino del hombre que fue de nombre y realmente portador de Cristo sobre los mares tenebrosos hasta el nuevo mundo descubierto por él mismo y consagrado por nuestra Madre Isabel como todo el imperio hispano para Dios.

El claustro es una dependencia cuadrada, obra del siglo XIV, ha-

ciéndose notar que en el mismo se estrenó el renacimiento en Avila cuando trabajaron sus cresterías en piedra granítica y estilo plateresco Vasco de Zarza y Viniegra. Se ve entre las cresterías el escudo del Obispo Carrillo de Albornoz y dicen que los muros estuvieron pintados con pasajes del Génesis y de la Vida de Jesucristo por Sansón Florentino.

XLIII.—DIVAGACION EN LOS CLAUSTROS

Esta columna tendrá que ser renovada en su día puesto que hoy no es posible describir dependencia tan importante de la Catedral. He visitado los claustros y se hallan convertidos accidentalmente en almacén de objetos diversos: los Pasos de Semana Santa que figuran en la procesión del Jueves Santo, retablos recientemente desmontados con buen acuerdo, pinturas que no tenían categoría para figurar en el primer templo abulense... Algunas otras aceptables para decoración de Capillas... Valdría la pena conservar, por ejemplo, la Piedad de Salvador Galván, cuando menos por conservar memoria del pintor de tantas imágenes devotas como la de Nuestra Señora de la Portería del convento de San Antonio.

En alguna Guía de Avila se puede leer que el jardín de los claustros catedralicios se halla descuidado: he aquí una Guía pasada ya de ocasión en muchas noticias entre ellas respecto a ésta. El jardín se está poniendo precioso cada año. Por eso en la visita de hoy es interesante salir a cielo abierto y contemplar lo que hace tiempo ambiciona sin duda el Excmo. Cabildo, y desea toda persona culta: la bella obra de redescubrimiento de todas las arquerías cegadas y el raspado interior de los muros que un día quedaron limpios con su capa de pintura; pero que dan ahora de nuevo una sensación desoladora.

Como siempre hemos visto los ventanales de la Catedral cegados, ignorábamos su belleza y creíamos imposible su apertura, lo mismo que la de los vanos de los rosetones... Ahora que la iniciativa del Excelentísimo Cabildo de resturar el templo en su valor arquitectónico primitivo, limpiándolo de motivos inadecuados bajo el punto de vista artístico y, para la evolución de la cultura religiosa, impropriamente devotos, da los excelentes frutos que vemos estimados por la Dirección General de Bellas Artes, tan generosa en sus repetidas y cuantiosas subvenciones, nos emociona el paso por la Catedral, llena de andamios, con diversos lugares acotados por causa de las obras y objetos de arte protegidos del cascote y del polvo. Vagamos en el jardín del claustro...

En el jardín se goza el deleite de bellas flores: y contemplamos los sepulcros, muy sencillos, aunque siempre interesantes, como el poeta:

«Mirando estoy los sepulcros / cuyos mármoles eternos / me están diciendo sin lengua / que no lo fueron sus dueños».

Queda, pues, en suspenso para el final el artículo XLIII sobre los claustros, y dedicaremos el XLIV al estudio de los sepulcros que se ven en ellos. Y, al final de la serie, describiremos el conjunto tal como para entonces esté.

XLIV.—SEPULCROS VARIOS

Se ha hecho anteriormente alusión a la relación de sepulcros del racionero Manso y seguimos, con Ballesteros, la revisión de Quadrado:

En la Capilla de la Concepción: «Don Cristóbal de Medina, deán y canónigo de esta Santa Iglesia, fundador de esta Capilla. Falleció a tres del mes de septiembre de 1559 años».

Debajo de la torre de las campanas, junto a la puerta, una sepultura con hermosos relieves: «Aquí yace el honrado caballero Francisco Dávila hijo del noble caballero Antonio (?) Dávila Regidor desta Ciudad».

En el sepulcro de Esteban Domingo, uno de los más bellos y antiguos con Calvario en el arcosolio, gloria en la ojiva, lloronas, caballo desmontado, etc., dice una inscripción: «Aquí yace Esteban Domingo, señor de la Casa de Villafranca». (Esta y otras inscripciones se transcriben actualizadas).

Otro sepulcro carece de inscripción. Otro nos dice: «Vlasco Núñez señor de Villafranca e Las Navas del Marqués. No se ha memoria cuando acabó por ser muy antiguo caballero».

Y otro: «Sepultura del noble y muy virtuoso señor Rui González Dávila, deán desta Iglesia hijo de Pero González señor de Villafranca y Las Navas. Falleció año 1459».

Es notable que en algunos sepulcros de la Catedral y Parroquias se vean cadenas entrelazadas en memoria de la presencia de los caballeros yacentes, en la Batalla de Las Navas de Tolosa, pues asistieron a tan memorable ocasión, formando en las filas de Sancho «el Fuerte» de Navarra con el Obispo abulense Don Pedro IV Instancio, y rompiendo ellos las cadenas que guardaban la tienda famosa del Miramamolín.

Entremos a los claustros por su puerta principal y siguiendo por la mano izquierda (a la oriental) «Dc. Ada el Mayor. canónigo MCCLXXVI.»

Otros: «Gil Gómez canónigo. Fino año de MCCCXXVIII».

«Alonso Martínez. Racionero. Finó año MCCCVI».

«Domingo Mz (Martínez) MCCXCV».

«Doña Bona» (en un nicho).

«Alonso».

«Doña Amina mujer de Pero Esteban y hermana del Obispo Don Sancho el primero» (*Sancho Blázquez Dávila, Obispo de 1312 a 1355*) MCCCXIII».

«*Estevana* Gómez y Ximen Gómes, su marido. Finaron año MCCXCVI».

«Don Cristóbal y su mujer».

En la Capilla del ángulo S. E., un sepulcro negro, en el muro: «En este arco y sepultura están honrados Diego del Espinar, Tesorero que fue de las Hermandades en Avila y su tierra por los Católicos Reyes, Don Fernando y Doña Isabel. Falleció en marzo de MCCCCXC y Beatriz Aguada Daza, su mujer a XXIX de junio de MDXXVII. Padres del Arcediano Don Pedro Daza fundador desta Capilla.

XLV.—LAS CAPILLAS DE LOS CLAUSTROS

La relación de los sepulcros en los claustros de la Catedral continúa del siguiente modo y puede comprobarse aún:

Otro en el muro meridional del claustro por do vamos: «Doña María, hija de Juan Yagüe (?) finó año MCCXCVII».

Bajo una hornacina con escudo de seis roeles de la familia de Blasco Jimeno: «Pero... Vázquez canónigo».

Otro en el muro de poniente, junto a la Capilla del Santísimo Cristo: «A. Pérez canónigo... CCXXXV»...

En el mismo muro de occidente hay una hornacina sin letreros. En la pared norte se ve la primera: «Maestre Martín Medryco (?) y su mujer». Siguen: «Aquí yace Juan Nicolás clérigo. Finó año de MCCXCV».

La verdad es que algunas de estas inscripciones quedan borradas o dudosas en la piedra desgastada, carcomida por la humedad y agentes erosivos y por añadidura embadurnada...

Otra sepultura recuerda a «Gil Pérez del Milagro. Finó año de

MCCCVII». En el fondo de un nicho de la pared norte que venimos ya mirando, que tiene un ajimez por fachada, podemos leer: «Ximen Blasco padre de Blasco Fortun y Sancho Fortun hijo de Domingo Muñoz. Finaron año MCCXXXV. «Y finalmente, junto a la puerta mayor de los claustros en un arcosolio de traza ojival, se hace memoria de «Sandro Pérez, Racionero, MCCCXIII».

Las Capillas de los claustros son cuatro: la llamada de «Las Cuevas», del estilo ojival gótico florido, cerrada por reja del Renacimiento labrada por Lorenzo o Laurencio de Avila, con un retablo que se atribuye al toledano Juan Vela y un Ecce Homo en el arranque de la crucería que es devotísima escultura; la del Cardenal, que fue fundada por el Deán de Avila Quiroga, luego Arzobispo de Toledo, Capilla que hoy constituye el Museo, construida para librería o biblioteca en 1430, de gótico estilo, con puerta que comunica con la Sacristía labrada por Vasco de Zarza y rematada por un hermoso relieve que representa a Jesucristo en una concha, cual si nos diera la idea del título de Jesús PERLA, evangélica «margarita preciosa».

Las otras dos Capillas son la llamada del Rincón y la del Santísimo Cristo, ésta del siglo XVI con verja notable de hierro forjado y la imagen que puede haber sido tallada en el siglo XV. Destacando sobre la puerta de la Sacristía de la Capilla dice una inscripción: «Aquí yace Pedro Ordóñez de Anaya canónigo desta Santa Iglesia, fundador y dotador desta Capilla. Murió a 26 días de septiembre de 1591. Fue hijo de Pedro Ordóñez y de Doña Aldonza Anaya. Fue nieto de Torivio Ordóñez de los de Santo Domingo difunto el año de 1483 que fue padre de Ramiro Ordóñez el de Zillan».

XLVI.—LA SACRISTIA

Vamos a penetrar en las salas catedralicias reservadas al tesoro, pues tal podemos considerar que es el conjunto de la Capilla de San Pedro *Ad Vincula*, o antesacristía; la Capilla de San Bernabé, que es la Sacristía propiamente dicha: la Capilla del Cardenal, transformada en Museo, con otras dependencias interiores.

Tesoro se dice y mayor sería si por decreto de 1 de enero de 1869 el Estado liberal no se hubiese incautado del archivo y biblioteca: 345 volúmenes de gran valor, pertenecientes a los siglos XV y XVI y hasta noventa y dos códices de anteriores épocas, hasta de los años mil ciento y tantos, con legajos, cartas, privilegios reales, la famosa *Biblia de Avila*, el becerro, autógrafos de Don Alonso de Madrigal y otros notables...

Para llegar a las dependencias interiores se penetra en la Capilla de

San Pedro *Ad Vincula* por un pasillo en que podemos admirar un devoto Cristo románico. La puerta de acceso es muy hermosa, tallada en madera de nogal por Vasco de Zarza, y sobre el dintel superior, labrado en piedra, se ve un relieve de San Pedro encadenado. La obra interior es del siglo XIV y la puerta mencionada del XVI. Lo más notable es el retablo del altar relicario y «tesoro»: es como un armario empotrado, cuyas puertas son pinturas en tablas describiendo el pasaje de los Hechos de los Apóstoles en que el Angel se aparece a San Pedro preso por orden de Herodes y le dice que se levante pronto, le lleva por las calles de Jerusalén después de haber salvado la guardia y el Angel desaparece, dejando a San Pedro admirado, a la puerta de la casa de Marcos en donde la Iglesia se hallaba reunida rezando por él: «Ahora, dice un letrero que sale de labios del Apóstol, he conocido que el Señor me ha librado de la mano de Herodes y de la expectación del pueblo». Son cuatro tablas, describiendo la historia y una superior representando a San Pedro majestad, como en el retablo de Fernando Gallego que se encuentra en el Museo, lo cual parece demostrar que las tablas sean anteriores al retablo tesoro, labrado por Zarza, Juan de Arévalo y Francisco Rodríguez.

La Sacristía es llamada Capilla de San Bernabé. Como en la dependencia anterior es notable la bóveda en que destacan sus oros finísimos y muy bien aplicados. La construcción es del XIV. En los siglos XV y XVI se utilizaba esta dependencia como Sala Capitular, siendo aquí en donde se reunió la «Junta Santa» de los Comuneros de Castilla. En alto, admiran tres grupos escultóricos con escenas de la Pasión, tallados en madera y esmaltados imitando porcelanas. Son obra de Frías y de Isidro Villoldo. A este ilustre palentino pertenece también el retablo en alabastro de San Bernabé, siendo el frontal atribuido a Vasco de Zarza.

XLVII.—EL MUSEO

Podemos afirmar que el Museo de la Catedral comienza en la Sacristía. Fue una pléyade de artistas quienes le formaron y está hoy muy bien distribuido. Decíamos que Villoldo labró el retablo de San Bernabé y que fue Vasco de Zarza el autor del frontal quien puso en dicho frontal el escudo del Prelado Don Francisco Ruiz, sobrino del Cardenal Cisneros. Merece atención especial la comprensión del maravilloso retablo que llamamos de San Bernabé, pero cuyo tema central es Cristo Rey.

Recordemos que la cajonería barroca, labrada al parecer aprovechando elementos de otra cajonería plateresca, fue realizada por Manuel Solís en el siglo XVIII. Tiene detalles preciosos, sobre todo en los relieves que representan el Colegio Apostólico y otros santos.

Transcribimos antes de hacer algunos comentarios el Catálogo oficial: **CAPILLA DEL CARDENAL.**—En el pórtico, la puerta que da acceso a la Sacristía es de Vasco de Zarza. El altar del Bautista es de Juan Rodríguez. La reja se atribuye a Juan Francés. La Capilla es del siglo XV. Bóveda gótica, con los escudos de los Múgica y Bracamonte. El retablo de la Capilla es obra de Bartolomé Román, discípulo de Velázquez.

PINTURA.—Núm. 1. Dos tablillas góticas primitivas de la Piedad y Santo Tomás, de la Parroquia de Burgothondo. Núm. 3. Retablo de San Jorge, escuela castellana del siglo XV. Núm. 8. Retablo de San Pedro, escuela salmantina, probablemente de Fernando Gallego. Núm. 10. Dos tablas de la Visitación y Presentación, de escuela de Berruguete, muy probablemente del «Maestro de Riofrío». Núm. 11. Tabla gris con Santa Ana, la Virgen y el Niño, siglo XV, escuela florentina, acaso de Sansón Florentino. Núm. 12. Virgencita, escuela italiana. Núm. 13. Retrato de Garcibáñez Múgica, de El Greco. Núm. 14. San Andrés, escuela de Ribera. Núm. 46. Portezuela de sagrario, con el Ecce Homo, de Luis Morales. Núm. 63-64. Dolorosa y Ecce Homo, escuela de Tiziano.

EN LA SALA DEL TESORO.—Núm. 16. Sgda. Familia del taller de Rafael. Núm. 17. Tabla románica de S. Pablo. Núm. 18. Una copia de Murillo. Núm. 19. Dos cuadros de Murillo. **SALA DE CANTORALES.**—Exposición de cantorales miniados por Juan de Carrión. Cristo románico del siglo XII y otras imágenes románicas. Arqueta relicario del siglo XVI, Cristo del XVII y talla realista (s. XVII). **SALA DEL TESORO.**—Custodia procesional del Corpus Christi. Es obra de Juan de Arfe, el tercero de una familia de orfebres, que trabaja en una etapa más avanzada del renacimiento en que la reacción bramantesca hace desaparecer las columnas abalaustradas. Consta de seis cuerpos, de planta exagonal y circular alternados. Mide 1,70, toda ella de plata.

XLVIII.—LAS MAS PRECIADAS JOYAS

Junto con la Custodia de Arfe, la joya perfecta, las más preciadas joyas del Museo de la Catedral son las que a continuación se citan, siguiendo el Catálogo:

VITRINAS: Núm. 22. Relicario de azabache del Apóstol Santiago. Núm. 23. Libro de canto con la notación al aire, del tránsito del visigodo al románico. Núm. 34. Virgen gótica flamenca, sedente. Núm. 41. Casulla de terciopelo verde picado, siglo XV. Núm. 42. Dalmáticas de zarzahn morisco, de Granada, siglo XV. Núm. 45. Arqueta gótica, siglo XV. Núm. 47. Cáliz gótico con esmaltes, de Andrea Petrucci de Siena.

ORFEBRERIA ABULENSE: Núm. 51. Cruz procesional, de Franco y Alejo, siglo XV. Núm. 52. Cruz procesional, de Crespos. Núm. 54. Códice del Cardenal Cervantes. El interior, que contiene los Evangelios de las Misas, está fechado en 1345. Las tapas son quizás de Gonzalo del Ala, siglo XV. Núm. 55. Cruz procesional de S. Pedro. Francisco, s. XV. Núm. 56. Cruz procesional de Francisco y Diego, s. XV. ORFEBRERIA SALMANTINA: Núm. 57. Cruces procesionales de cobre dorado y grabado, s. XIV y XV. Núm. 58. Bandejas de orfebrería alemana.

En todo el tesoro que el Museo contiene no se ha de mirar solamente su valor material y artístico, sino también el valor representativo, cultural y cultural. A veces tiene mayor mérito, en cuanto se contempla, el talento que concibió las ideas, que la materialidad de su representación en metales nobilísimos, en piedras o maderas selectas, con arte y ejecución maravillosos. Tal sucede, por ejemplo, en el altar de San Bernabé, en la concepción de Jesús PERLA... No digamos en el conjunto representativo de la magna Custodia.

Bueno será consignar aquí, antes de iniciar algunos comentarios sobre piezas del Museo en particular, las siguientes notas sueltas:

—El carro triunfal para llevar la Custodia catedralicia en las procesiones del Corpus Christi fue construido en Valladolid, en el año 1805.

—Las ropas son ricas, abundando los tisús de plata y oro y bordados de canutillo, etc.

—También es bueno el aguamanil que se hizo en 1792 según proyecto del arquitecto Juan Antonio Cuervo.

—Por decreto de uno de enero de 1869 el Estado liberal de aquel entonces despojó a la Catedral abulense de trescientos cuarenta y cinco tomos de su Biblioteca, y noventa y dos códices, muchos legajos con cartas y privilegios reales, autógrafos de Obispos célebres, entre ellos de *El Tostado*, etc. Muchos volúmenes de los trasladados a Madrid eran de gran estimación y precio, cual los códices de los siglos XII y XIII y otras obras del XV al XVII...

XLIX.—DETALLES DEL MUSEO

A quien pretenda gozar de la emoción estética de la riqueza que, pese al expolio, se pone de manifiesto en el Museo Catedralicio distribuido en sus diversas salas, no se le debe ocultar el significado de los retablos, pinturas, esculturas, etc. Por eso invitamos a considerar los cinco momentos representados en las tablas del altar relicario de San Pedro

«Ad Vincula»: prisión de San Pedro y liberación por el Angel, hasta llegar a la Casa de Marcos en donde la Iglesia reunida oraba por el primer Papa; invitamos a la contemplación del altar maravilloso de alabastro de la Sacristía, labrado por Isidro Villoldo, respondiendo a una concepción vivamente descriptiva de lo que el Antiguo y el Nuevo Testamento dice acerca del mesianismo de Jesucristo, concordes las Sagradas Escrituras con la Historia profana que representa Josefo. En todo el magnífico templo dedicado al Salvador, este es el retablo del «Ecce Rex Vester» palabras de Pilatos recogidas por San Juan en su Evangelio en momento distinto de la Pasión al del tremendo «Ecce Homo». Y ya se ha hecho notar que el REY aparece en el cuerpo superior del retablo; los rabinos que interpretan las Escrituras Sagradas, la Flagelación y el historiador profano Josefo, forman la línea de cuadros centrales, y San Andrés, San Bernabé y San Pablo la predela, siendo la lanza de Bernabé indicativo del paso del tiempo, cuya fuerza tuerce las barbas de los apóstoles en contrario sentido.

Sobre la puerta de entrada de la Sacristía a la Capilla del Cardenal, se ve un busto de Jesucristo enmarcado en una concha, correspondiendo esta hermosa realización escultórica de Vasco de Zarza en alto relieve a la parábola evangélica de la Margarita Preciosa: «Jesús Perla» de las almas.

De la sala capitular es muy bella la puerta del siglo XVII con guardanices de cobre. La sillería interior ofrece la curiosidad de hallarse recubierta de gamuza. Es interesante saber algunos de los más destacados acuerdos del Excmo. Cabildo en esta recóndita dependencia: Pongamos un ejemplo que demuestra la tradición de la Fiesta Nacional Española (Los Toros) en la Ciudad de Avila, en donde ya se sabe que se corrieron en los finales del siglo XI... Pues en el año 1553 el Cabildo Catedralicio acordaba que «ningún clérigo lleve consigo criados o parientes a los miradores que tiene en las plazas, los tías de toros o regocijos, y que el pertiguero se cuide de colocar las alfombras y los bancos». Dice muy bien Veredas en su obra «Avila de los Caballeros» que tuvo fama de rica la Catedral abulense y, en efecto, era «la más rica de la cristiandad». Pero es lo cierto también que jamás utilizó tales riquezas para otra cosa que no fuese caridad y patriotismo.

L.—ANECDOTARIO CURIOSO

—Cuentan que el Rey Felipe II mandó al Cabildo de la Catedral de Avila que hiciese procesión penitencial por la conversión del reino de Inglaterra al catolicismo. Tal fue la fama de virtud de la excelentísima Corporación, que se manifiesta en la piedad con que contribuyó a los

esplendores del culto además de hacer limosnas cuantiosas y extraordinarias, pues si es verdad que dispuso de ellas, no es menos cierto que las distribuyó generosamente en las ocasiones de guerras contra España, en becas para estudios, en dotación de doncellas huérfanas y pobres, en lutos, en protección a la infancia desvalida... Todos los necesitados acudían a la Catedral y es fama que uno de sus colonos pidió un préstamo al Cabildo Catedralicio para pagarle dinero que le debía. Los reyes recibieron oro por millones y alhajas valiosas y cuando se produjo el despojo general de bienes eclesiásticos por el liberalismo, que constituyó el mayor fracaso político de la Historia de España, no le valió su antecedente generoso a la Catedral para librarse de perder tanto como la quitaron.

No pasemos por la Catedral y su Museo sin penetrar en sus pequeños secretos cuanto más podamos, pues hay bajo aquellas airovas bóvedas un verdadero camino de emoción, e incluso fuentes de poesía o al menos motivos poéticos y siempre ocasiones devotas. Por ejemplo: acompañaba el Deán, Don Bernabé de Juan, persona con gran sentido del humor y excelentes cualidades humanas a una ilustre visitante en el año 1929. Las vidrieras de la Catedral habían quedado destruidas en gran parte de los ventanales de la Capilla Mayor en el terremoto de 1755 y aquella nobilísima dama le hizo notar que deberían poner vidrieras policromas a tono con las que quedaban antiguas. El Deán le indicó que la dificultad era de orden económico: —«Si usted las paga...» «Pues, sí». Y las pagó. Como me lo contaron, lo cuento, pues no se ha de inventar cosa que no esté a la vista de ojos.

Quien recorre el Museo de la Catedral con un poco de detenimiento ha de notar que muchos de los elementos artísticos que contiene no proceden de la Ciudad, sino de algunos pueblos de la Tierra de Avila. El anecdotario es largo y curioso. Le iremos diluyendo a lo largo de las descripciones de lo que todavía nos falta que «ver» de nuestro primer templo. Y es que los señoríos de nuestra Tierra eran de idéntica dedicación al Rey de Reyes y la idea predominante de señores, caballeros y pueblo fue como la del gran Felipe II: moradas humildes para sí, como casa transitoria; pero templos perennes para Dios, que a cambio de albergar lo mejor posible a Su Divina Majestad en la tierra se preparaban eterna habitación en los cielos.

LI.—OTRAS ANECDOTAS

Cada una de las piezas del Museo catedralicio puede dar lugar a entretenimiento estético y como tal placentero en su examen. Por ejemplo: el rico cáliz de San Segundo, hallado en su sepulcro, con los venerandos restos trasladados a la Capilla catedralicia de su título desde el lugar de su hallazgo en la ermita románica junto al río Adaja, es bellísimo, como la patena, igualmente esmaltada, y el ánimo se alegra en la contemplación de ricas joyas, que hasta nuestra Santa Teresa de Jesús repetidamente alude y hace deducciones de tal impresión placentera; pero también nos hace pensar por su fecha y autor en los trabajos de los abulenses cristianos en sus vaivenes luchando contra los moros... En una predela flamenca vemos una ingenua representación de la Encarnación del Verbo que nos hace pensar en la fe que de tan profundo misterio tenemos al mismo tiempo tan veraz y tan sencillito. En tablas góticas, pintadas en castellano, del altar de San Pedro, nos maravilla la interpretación que hace del primado del Príncipe de los Apóstoles el pintor; pero es más admirable aún la solución estética que da para rememorar aquello de «ser de Pablo o de Cefas», pues que pinta delante de San Pedro arrodillado al apóstol Pablo, que recibe la bendición del primer Papa, mientras el verdugo le corta la cabeza, yendo Pedro camino de la colina Vaticana para ser crucificado. Los temas de los cantorales...

No nos extrañen las concepciones artísticas, pues a veces no podemos imaginar el hecho que da lugar a un altorrelieve, a una pintura. En 1552 era reprendido y castigado el racionero Francisco López por ir montado en burro a Palenciana, acompañado por personas, «no de su clase». Hoy no podemos concebir que una dignidad catedralicia, vista entre gentes humildes, sea menos edificante que rodeada de potentados, ya que entre unos o entre otros —pobre de espíritu que vale tanto como no tener apego a las riquezas aunque se posean— el prelado y el humilde sacerdote no harán sino derramar la semilla evangélica con ejemplar discreción y celo ardiente. Nuestro Cabildo catedralicio, como todo el clero abulense, fue siempre altamente generoso y profundamente piadoso: ejemplarísimo en todo. Véanse cómo en 1780 le hace voluntariamente un préstamo al Rey, sin intereses, nada menos que de trescientos treinta mil reales de entonces, para gastos de la guerra contra los ingleses; construye junto al camino de Toledo dos molinos de viento para uso de la Ciudad, conocidos en el primer cuarto de siglo todavía; «henchido de patriotismo» da un real diario, a quienes se alistaban en filas como soldados de la Tierra de Avila, en tanto que dure la guerra contra Francia y ofrece al Rey dos mil doblones para los gastos de esta misma guerra en 1794...

LII.—UNA NOTA SOBRE LOS CANTORALES

Hemos hablado de la generosidad de la Catedral en 1794 y la vemos patrióticamente entregando al año siguiente catorce libras de alhajas para el mismo fin... Da ciento cincuenta mil reales para la guerra contra Inglaterra de finales del siglo XVIII y ofrece completar el medio millón; mas no han pasado tres años y ya el Rey pide otro millón de reales al Cabildo catedralicio de Avila: ¿cómo tenía tanto dinero nuestra Catedral? Ciertamente que fue rica en extremo; pero cierta igualmente la austeridad ejemplar de la vida de sus capitulares y racioneros, como la recta administración de tales bienes, lo cual no está reñido con el espíritu alegre del buen vivir, registrándose acuerdos como el que sea librada por el Cabildo la cantidad acostumbrada para refrescos de los clérigos que asisten a la función de toros

Una palabra sobre los cantorales: Son seis tomos, con miniaturas anteriores a 1496, por Juan de Carrión, que firma tres de ellos. Domínguez Bordona en el Tomo primero de su obra «Manuscritos con Pinturas», anota que las nueve grandes letras historiadas se distribuyen del siguiente modo: I, Anunciación; II, David, Natividad y Epifanía; III, Resurrección; IV, Asunción; V, Ascensión y Pentecostés; VI, Martirio de San Esteban. Y así pueden ser contempladas. Ofrecen, además, letras iluminadas, con variados temas ornamentales y bellísimas orlas con motivos de flora y fauna, escenas devotas y de género y figuras caprichosas. Arte personalísimo, dentro de la doble influencia italo-flamenca.

Otros dos tomos llevan escudos de la Catedral y del Obispo Carrillo, por el que pueden ser fechados entre 1496 y 1514. Uno de ellos tiene dos grandes letras en las que se representa a Jesús ante Pilatos y a un pontífice acompañado de santos; en otra inicial del segundo tomo, la Virgen y el Niño rodeados de mártires. El estilo de las tres historias y de sus ricas orlas recuerda las mejores páginas del Misal toledano hecho para el Cardenal Cisneros.

Hay, además, una serie de responsorios y santorales en muchos volúmenes, hechos de 1508 a 1511 por Alonso de Córdoba y Diego de Vasconiana, vecinos de Toledo. Tienen letras iluminadas y con primorosa ornamentación caligráfica, pero carecen de historias. En sus orlas, que imitan, con desacierto, las de Juan de Carrión, hay, lo mismo que en los dos tomos anteriores escudos de la Catedral y de Don Alonso Carrillo.

LIII.—LA CUSTODIA DEL CORPUS

Juan de Arfe y Villafañe, hijo de Antonio, nieto de Enrique, orfebres españoles. La Custodia de Toledo es la obra maestra de Enrique; la Custodia de Avila, del nieto Juan, es la obra maestra de la orfebrería española: un templo labrado en plata, en setenta libras de plata, conforme al estilo renacentista; una obra que le da derecho a pleitar por vivir en la calle de los arquitectos de Burgos. Juan de Arfe ha sido llamado «El Cellini» español y Felipe II le llamó a trabajar en El Escorial... Quien quiera puede considerar detenidamente los planos de la Custodia de Avila en el artículo Arfe de la Enciclopedia Espasa-Calpe. Mide 1,70 metros de altura. El carro triunfal para llevarla en la procesión del Santísimo Corpus Christi, revestido riquísimamente de tisú, se construyó en Valladolid en 1805.

La Custodia tiene un friso en la base con bajorrelieves que representan escenas del Antiguo Testamento, principalmente la Historia del Moisés; pero también de todas las prefiguraciones eucarísticas, cuales algunos pasajes de la vida de Abraham, Padre de los creyentes que testimonia su esperanza a los tres que van a castigar a las ciudades del Valle de Pentápolis y culmina en el sacrificio de Isaac que ocupa todo el primer templete cual grupo escultórico de gran patetismo. En otros relieves del friso se ve la ofrenda de Melquisedec, de pan y vino; el maná, etc. En intercolumnios están representadas las Virtudes teológicas y cardinales por medio de estatuillas exentas, cada una de ellas un prodigio de finura ejecutiva y un exponente de alta concepción. Los atributos de las virtudes representadas son típicos: la Prudencia con una serpiente cogida con ambas manos de modo que no pueda dañar; la Justicia que tuvo peso y espada; la Fortaleza con león y apoyada sobre una columna; la Fe con cáliz y hostia y ojos vendados; la Esperanza que muestra un corazón alado; la Caridad, nutriendo de sus pechos a varios pequeñuelos... No hay Templanza: no había lugar más que para seis virtudes y elimina la Templanza porque de Cristo nunca hemos de sentirnos hartos.

En el segundo templete va el viril con la Hostia Santa, Jesús verdadero, rodeado del Colegio Apostólico, cual en el Cenáculo. En el tercer templete, la transfiguración, que es el misterio cristiano titular de la Catedral. En el cuarto templete, el Padre Eterno, y finalmente, bajo la Cruz, una torrecilla con campana de plata. Muchas campanitas más que *errantes vocant* (llaman a los descaminados) para que miren a la Verdad cubierta con velos accidentales; para que miren al Amor (ardiente Horno de Caridad) con sus fuegos moderados...

LIV.—LA CAPILLA DE SAN SEGUNDO

Se descubrieron los restos del primer Obispo de Avila en el año 1519, en la románica iglesia de San Sebastián y Santa Lucía, que desde entonces se llamó de San Segundo, junto al río Adaja. Era Prelado abulense Don Fray Francisco Ruiz y bien se nota en el retablo de dicha Capilla románica —que por motivo del descubrimiento debió pintarse—, que Fray Francisco Ruiz era franciscano. En el año 1595 fue trasladado el venerable depósito a la Capilla de San Segundo, construida en la Catedral con técnica de Francisco de Mora, el mismo arquitecto que construiría el templo de San José de Las Madres, siguiendo el estilo herreriano. Capilla de una sola nave abovedada. Firme construcción de sillares bien labrados que al exterior rompe la línea de la muralla, junto al ábside por la parte exterior izquierda y al interior llama poderosamente la atención por sus pinturas al fresco de proporciones miguel-angelescas, representando la del fondo, trasaltar, el martirio de San Segundo; las de la cúpula, los siete Varones Apostólicos evangelizadores de España —Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Cecilio, Exiquio, Segundo y Eufasio— en torno a Santiago arrodillados a los pies de la Virgen del Pilar y ofreciéndola sus coronas martiriales algunos de ellos; a los lados, en alto, pasajes de la traslación de los restos de San Segundo en tiempos de Don Jerónimo Manrique de Lara, protector de Lope de Vega, cuyo sepulcro, vemos adornado con un buen retrato de tan ilustre Prelado, pintado por Antonio Stella, y con una lauda que ostenta la siguiente inscripción en latín: «El señor Don Jerónimo Manrique de Lara, en otro tiempo de la nueva Cartago en España, después Obispo abulense, inquisidor general en los Reinos de España, construyó este sepulcro y lo consagró a San Segundo, primer Obispo de Avila. Murió en las calendas de septiembre del año del Señor MDXCV».

La verja de bronce fue trabajada en 1787, llevando la primitiva de hierro forjado al convento de San Antonio, adaptándola a la Capilla de Nuestra Señora de la Portería. El altar, de cuatro caras, es barroco y constituye una enorme urna, custodiada como guardia de honor por preciosas imágenes talladas en madera y policromadas representando a los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente: San Gregorio Magno, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín. La urna en que se guardan los restos de San Segundo es rica y magníficamente labrada, probablemente por el mismo orfebre a quien se deben el frontal, sagrario y adornos de plata, firmado Valle, de Salamanca. La gran pintura lateral izquierda de quien mira al altar representa el milagro del puente roto y los enemigos humillados cuando persiguen a los siete Varones Apostólicos porque sus palabras han derribado a los ídolos de los pedestales en que les rendían sacrificio.

LV.—CAPELLANIA DE LOPE

Sobre la puerta de entrada de la Capilla de San Segundo en la Catedral se repite alusión al pleito con el Municipio en que el Obispado defiende su derecho a abrir la puerta de las escalerillas para acceso a esta Capilla nueva. Y en la bóveda, una compendiosa y brillante alegoría del triunfo de la Fe que a San Segundo debemos.

Efectivamente San Segundo, primer Obispo de Avila, es nuestro Padre en la Fe. La tradición es así: Pudo ser el Segundo, tesalonicense, a quien alude San Pablo en una de sus cartas. Se ignora en tal caso cómo pudo seguir a Santiago en su peregrinación primera, sobre nave fenicia, desde Cádiz a Mérida, Pax Augusta (Badajoz), Salmántica, Legio, Cesaraugusta... Aquí, en Zaragoza, se nos presenta en pinturas abulenses de la Capilla ya mencionada, de la Sacristía del templo parroquial de Santiago y del Monasterio de Santa María de Jesús (vulgo Gordillas) como asistente, con el Apóstol evangelizador de nuestra Patria, y el resto de los Varones Apostólicos, a la venida de la Santísima Virgen del Pilar en carne mortal a Zaragoza. Por eso mismo los impugnadores de la tradición jacobea y de la tradición pilarista lo son también de esta tradición abulense que hermana con aquella. Mas quienes seguimos las tradiciones tenemos los criterios de credibilidad de valores positivos; empero quienes han impugnado lo hicieron siempre gratuitamente sin poder *demostrar que no...* a lo que las tradiciones afirman: ¡es falta lógica, pues.

Don Jerónimo Manrique de Lara, como es sabido, fue protector de Lope de Vega. Y aparece el Fénix de los Ingenios como capellán de San Segundo cuando se hace sacerdote. Desde luego, cuando Manrique de Lara decide la traslación de los restos del Santo y joyas hallados en la Capilla de la margen derecha del Río Adaja, escribe Lope un auto sacramental con el título de «San Segundo», que fue representado con gran aplauso ante el enorme concurso de gentes que se congregó tanto en la estación que hizo el cortejo en el nuevo Palacio de Polentinos, hoy Academia de Intendencia, como ante la fachada principal de nuestro primer templo.

Otra cita de arte de gran valor pictórico es la del cuadro, de gusto goticista, colocado en la pilastra del arco toral de la capilla, al lado derecho mirando al altar: un cuadro además inspiradísimo, puesto que representa a Nicodemus, el sabio Maestro de la Ley Antigua, en su noche junto a Cristo, el Maestro Divino, que anuncia la Ley del Amor a los hombres por medio de los intelectuales que se le acercan...

LVI.—DIGRESION

Bien sería detenerse en la consideración de algunos detalles menores y anécdotas interesantes de la historia y tradiciones del templo catedral abulense; pero, bajo el epígrafe LA EMOCION DE LA CIUDAD, se trataba de formar una *Guía de Avila, en la cual* queden eliminados los errores de algunas de las que circulan y puestas al día las demás. Detalles históricos y anécdotas, motivos de emoción en la visita de Avila, serán complemento, pues, de la parte meramente descriptiva. Por ello vamos a pasar desde el maravilloso Templo Fortaleza del Salvador, al no menos maravilloso templo románico de San Pedro, para cuyo estudio cuenta el autor de estos reportajes con excelentes materiales, facilitados por el reverendo señor párroco, don Mariano Díaz Torres, procedentes del Archivo Parroquial, objeto de serio trabajo estos años pasados para varios reverendos sacerdotes, que han tratado, como el propio don Mariano, de poner en orden los legajos y libros.

Comenzamos por el templo de San Pedro, después de haber tratado la Catedral, por tener en cuenta la simpática solución que dio la curia diocesana en otro tiempo a un celeberrimo pleito de antigüedad entre las iglesias romanica de San Pedro y Basilical de San Vicente, que discutían el lugar preferente de su Cruz Parroquial en las procesiones generales de la ciudad: no pudiendo determinar qué iglesia fuera más antigua, se dió la preferencia a San Pedro, por honrar al Principe de los Apóstoles; pero a la mitad de las procesiones se anteponía la Cruz de San Vicente, por así hacer también honor a los Santos Mártires cuyo sepulcro se venera en la Basilica, por otra parte iglesia juradera en Castilla.

Para ir desde la Catedral, cuya visita hemos terminado en la recogida capilla de San Segundo, en donde se tiene ordinariamente el Sagrario para que puedan los fieles hacer sus visitas por la Puerta de San Segundo, la de las escalerillas, por la calle de ese título. Decía una coplilla muy antigua: «Por las escalerillas, de San Segundo, bajan los estudiantes uno por uno...» Una puerta de arco de medio punto y remate neoclásico con estatuas del titular y de los hermanos Hijos del Zebedeo, Santiago el Mayor y San Juan Evangelista... Preferimos retornar por las naves catedralicias, con el regusto de reafirmaciones estéticas, contemplando los tirantes que sostienen los empujes en las pilastras de los arcos torales, sobre todo el airoso de la nave central que campea rematado por la preciosa efígie de Jesús Crucificado...

Sabemos que del castillete superior de la torre almenada fue retirada la espadaña que sostenía el cimbalillo y campanas del reloj: queda aquí el dato para que en tiempos futuros se sepa que existieron de otro modo puestas, a como se han montado a la moderna.

LVII.—EL MERCADO GRANDE

Miramos a la Catedral desde su plaza... El antiguo reloj y el cimbalillo funcionan eléctricamente, bien que conservando sus elementos principales y no está quitado que, continuando las obras actuales, sea rematada la torre mocha en castillo cual indudablemente fue concebida y se ve en antiguos tapices.

Por la calle de la Cruz, vamos andando, por ver las alegorías de la Muerte y la Vida, unas imágenes de San Jerónimo y San Vicente Mártir, un escudo de la Catedral... hacia la Plaza de Santa Teresa: es bellísima la vista del templo de San Pedro desde el arco de la muralla, llamado del Alcázar.

Varias son las plazas abulenses con antecedente histórico; pero ésta de Santa Teresa de Jesús, otrora llamada Mercado Grande, es uno de los Viejos Cosos de Avila, uno de sus más interesantes escenarios históricos y novelescos. Es una Plaza de difícil urbanización por razón del desnivel de su caída al mediodía; pero es un lugar delicioso, centro actual de la Ciudad, que goza de las mejores condiciones de sol, espacio, conjunción artística... A principios de siglo todavía quedaban casas adosadas a la muralla de las que en el siglo XV se construyeron con el nombre de Carnicerías; en el siglo XVI, Alhóndiga y dos particulares muy feos en el siglo XIX. Quines nacieron a principio de siglo han tenido que oír hablar de los viejos soportales y casas chatas de dos pisos sustituidas por esas arquerías alineadas, tan airosas, que vemos hoy, mirando al mediodía, construidas en 1850. La iglesia de San Pedro es contemporánea de la repoblación de la Ciudad y la reconstrucción de la Muralla. Frente al monumento militar, el templo determinaba un espacio, que por sus condiciones había necesariamente de ser lonja, mercado, lugar de espera y de cita y paseo para desocupados. La reconstrucción del almenado en el Torreón del Homenaje es posterior a 1910. Sobre el Arco de entrada de la Ciudad se puso el 1517 el Escudo de la misma con la inscripción «Avila del Rey», sustituida por la actual, en 1596, por haber mandado Felipe II reconstruir los deterioros del Arco del Alcázar y otras fortalezas.

Bueno es hacer alto en la visita de Avila en esta plaza para calentarse al sol en invierno, para refrescar bajo los toldos que protegen las terrazas de los bares en verano y para gozar del buen ambiente hospitalario y simpático de todo tiempo.

El construir los soportales era obligación de los vecinos propietarios de las casas y así en junio de 1560 se obligaba a Juan López a sacar sus casas del Mercado Grande y hacer portales *«a cordel e nivel de los otros que están fechos y en aquella igualdad y alto de los otros contando que el suelo y aire de los dichos portales han de ser y quedar para uso comunal desta ciudad y de los vecinos de ella»*...

LVIII.—COSAS DEL COSO

Las plazas han tenido en ciudades y pueblos carácter peculiar. La que en Avila se llamó del Mercado Grande (hoy de Santa Teresa de Jesús) considerada como principal, pese a la mayor anchura del coso de San Vicente y a la situación del Palacio Municipal en la del Mercado Chico (hoy de La Victoria), siempre se caracterizó de *multitudinaria*. Desde el siglo XVI en que se reclutaban en ella las milicias al sonar de *pifanos y atambores*; en el XVII, cuando igualmente se establecía un *banderín de enganche militar* izándose durante todo el día la enseña en el edificio de la Alhóndiga... Desde el siglo XVI, cuando el César Carlos visita la ciudad y en esta Plaza se le aplaude, y como dice Cianca, hubo torneo el lunes 14 de septiembre de 1594 en la plaza del Mercado Grande: «Las cuadrillas de caballeros, jinetes en nerviosos corceles, con capellares y marlotas de colores, con libreas riquísimas o trajes abullonados y gorras con plumas de diverso color, justaban o quebraban las cañas, en lances briosos y emotivos...» Desde que en mayo de 1600, abocando al siglo XVII, se encomendaba a Sancho Cimbrón, reinando Felipe III, entrar en la plaza del Mercado Grande con treinta y dos caballeros «vestidos de tafetán de colores con sus cortaduras forradas de lo mismo» para mostrar su gallardía y su ingenio en las divisas y emblemas de los justadores...

El Mercado Grande nace del año 1090 al año 1100. Martín Carramolino describe en el capítulo VIII de su Historia, tomo II, la prisión de Sancho del Carpio, gobernador de Talavera, *por infidencia*; es juzgado en Avila y condenado a muerte. Se ordenó a los jueces que «hiciesen justicia conforme al fuero de Castilla e non de otra guisa; fallaron que le debían de tallar la cabeza y ser fecho tajadas; e así lo pendolaron Martín Figueira e Alfonso Peñalba». El Conde (Don Ramón de Borgoña) ordenó al otro día la ejecución de la sentencia, y el gobernador Jimén Blázquez, que en el COSO MAYOR (Mercado Grande) se levantase un tablado... Y dice el mismo autor en el capítulo siguiente, segundo tomo de la edición de 1872, que «otras gentes poblaron en la colación de San Pedro (anotemos el dato al hablar de lo antiguo del templo y nombre del distrito), formándose así la Plaza del Mercado Grande e inmediato a ella labró Sancho de Estrada su casa palacio en la calle que aún conserva su apellido por nombre «la calle de Estrada»... ..

Desde tales tiempos, siguientes a su reconquista a los moros, el Mercado Grande tuvo el mismo carácter acogedor de multitudes en ocasiones solemnes y de absoluta excepción: los últimos actos multitudinarios han sido con ocasión del IV Centenario de la Reforma Teresista o AÑO SANTO ABULENSE, 1962.

LIX.—REGIOS RECIBIMIENTOS EN EL MERCADO GRANDE

Característica multitudinaria es la constante histórica de la Plaza del Mercado Grande, dispuesta tradicionalmente de manera que pueda en su amplitud congregarse el pueblo, lo mismo para recibir a un Rey, que para presenciar una quema de fuegos artificiales, en las fiestas de Santa Teresa de Jesús, haciendo castillete sobre las propias murallas.

Isabel «La Católica», Reina, en el año 1475; el emperador Carlos V, en 1534; el Rey Prudente, Felipe II, en los años 1541 y 1570; su hijo Felipe III, en el año 1600... En la Plaza del Mercado Grande se hacia el recibimiento con entrega de las llaves de la Ciudad y petición de que fueran confirmados los privilegios, usos y costumbres: recordemos la llegada del César Carlos según se narra en el acta del Ayuntamiento de seis de junio de 1534, transcrita por varios historiadores en mayor o menor extensión: «Partieron de la Plaza del Mercado Chico en la forma siguiente: el dicho señor corregidor se puso hacia la boca de la calle de Andrín (Reyes Católicos) y comenzó a llamar a los caballeros de la Ciudad y por la dicha calle entraron de dos en dos cada uno como ellos quisieron; tras ellos iban menestriales altos y bajos los cuales en comenzando la justicia y regidores a querer caminar, tocaron todos unos después de otros; luego los señores Sancho Sánchez Dávila y el licenciado Henao; luego el señor Luis Ponce de León, corregidor, y el señor Pedro Dávila, Marqués de Las Navas, todos pareados como van asentados de dos en dos. Fueron por la dicha calle de Andrín, adelante hasta salir por la puerta de la Ciudad al Mercado Grande... Vino Su Majestad por la calle de Estrada al Mercado Grande y asomando a la plaza comenzaron a disparar tiros del Alcázar, y allí preguntó cuyo era aquello. El corregidor le contestó que no tenía dueño, que era de Su Majestad y estaba maltratado. Andando un poco más el corregidor le dijo: Aquella es la fortaleza que llaman el cimorro y es también de vuestra Majestad, y así llegó Su Majestad a la puerta de la Ciudad y entró por ella...»

Las noticias del recibimiento hecho a Felipe II en 1541, a Felipe III en 1600, a Isabel II en 1866, a don Alfonso XII en 1875, a don Alfonso XIII en 1904, todas se relacionan con el Mercado Grande, lugar de concentración para la población, que aclama a su llegada a los reyes, presencia la entrega de llaves de la Ciudad, escucha los discursos o los pregones... Siempre llena de abulenses la explanada tan ancha y tan larga! « Lo mismo en estas visitas, dicen los libros, que en las de príncipes y personas de sangre real, el Ayuntamiento disponía del dinero de la Tierra de Avila, constituida en Comunidad (Asocio) y por tales dispendios hubo discusiones que dieron lugar a dos escrituras de concordia...

LX.—PROCLAMACIONES REGIAS

En aquel tiempo había tras de la Puerta de la Muralla que mira bajo su arco avanzado a la Plaza del Mercado Grande, hoy de Santa Teresa de Jesús, una plazoleta dominada por los muros circundantes y por los más altos del Alcázar. Ya no hay Alcázar, ni muros que determinen la plazoleta protectora de una posible retirada de los defensores de Avila, ni la Plaza se puede llamar del Alcázar... Todo se pasa y también los motivos de apasionamiento de los hombres: únicamente, DIOS NO SE MUDA, como dice la Santa en sus versos.

Destacaban estos motivos monumentales en la proclamación de los reyes, que se hacía con gran solemnidad, tal como lo cuentan manuscritos referentes a los Borbones desde Felipe «El Animoso». Los regidores llegaban al Palacio Municipal a las once de la mañana montados en briosos corceles. Eran recibidos por el alguacil mayor y seis alguacillos ordinarios, quienes, montados a su vez a caballo, vistiendo gran gala, buscaban al corregidor en su domicilio. Tan pronto como esta pequeña cabalgata era avistada de regreso del domicilio del corregidor, «el portero de estrados avisaba al alférez mayor (cuando no, al regidor decano) de la llegada del corregidor, a quien se recibía, entregándole dos estandartes. (Existen aún dos en el Ayuntamiento, uno de la Casa de Austria y otro de la de Borbón).

—En nombre de esta ciudad, decían al corregidor, entrego a Vuestra Merced estos reales pendones para que los conduzca, levante y tremole en esta ciudad proclamando Rey a...

—Los recibo —contestaba el corregidor— en nombre de esta ciudad y cumpliré su encargo».

Formaban comitiva digna de ser vista; en la Catedral recibían los pendones la bendición del Obispo, teniendo lugar solemne «Te Deum» con otras ceremonias de la proclamación regia. Y de retorno a la plaza del Mercado Chico, sobre un tablado ricamente adornado se vitoreaba y aclamaba al nuevo Rey, arrojándose a la multitud muchas monedas de plata. Pero la entrada simbólica del Rey en la ciudad tenía lugar en el Mercado Grande, ante la Puerta del Alcázar. Vale la pena describir el cortejo: «Seis alguaciles ordinarios a caballo; un piquete, dos clarines de la ciudad, maceros, reyes de armas, el alguacil mayor y el mayordomo de Propios, dos escribanos del Ayuntamiento, dos abogados de la ciudad; dos procuradores, uno de la ciudad y otro de la Tierra; caballeros, regidores, el regidor decano, corregidor y entre ambos el alférez mayor con el pendón real, un regidor con el otro pendón con guardia final... y música.

LXI.—CONQUISTA DEL ALCAZAR

En la liturgia del Domingo de Ramos existía de antiguo una ceremonia de apertura de las puertas del Divino Alcázar, que representa el templo, dando el subdiácono que llevaba la cruz un golpe en ellas, cantándose un responsorio que dice: «Entrando el Señor en la Ciudad Santa, los niños de los hebreos, anunciando la resurrección de la vida, con ramos de palmas clamaban: Hosanna en las alturas!» y en el Libro de los Salmos (23-7) vemos escrito: «Alzad, príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, puertas antiguas para que entre el Rey de la Gloria». El «alzar vuestras puertas» parece alusión al modo de ser las puertas de las murallas, que precisamente, como en las del Alcázar y San Vicente de Avila, solían tener una ranura para por ella bajar y alzar el rastrillo. Pues he aquí que en la proclamación de reyes de nuestra ciudad, en la pacífica conquista del Alcázar, venían en hacer un remedo de la ceremonia litúrgica, más antigua, ya que el himno «Gloria, laus et honor...» data de tiempos de Ludovico Pío, hijo de Carlo Magno, compuesto por Teodulfo, Obispo de Orleáns, preso en la cárcel de Angers, siendo el himno que se cantaba en tal procesión conmemorativa de la entrada de Jesús en Jerusalén.

Para tomar posesión del Alcázar abulense en nombre de los Reyes de España, cuentan que se hacía del siguiente modo: «Iba la comitiva, desde el Mercado Chico al Mercado Grande. Los dos pendoneros con sus acompañantes quedaban a la puerta de la muralla, que estaba cerrada. Daba tres golpes con el asta del estandarte el alférez mayor, y respondía el alcaide del Alcázar desde el rastrillo: —¿Quién vive? Gritaba el nombre del Rey proclamado el alférez: *«Felipe V, que felizmente reina en España; abrid, alcaide, para tomar posesión y tremolar pendones en su real nombre»*. —«Guardo este Alcázar por el Rey Carlos y no me consta formalmente su muerte. Si me lo hacéis ver, estaré pronto a cumplir los reales mandatos...» Por el rastrillo era elevada la Real Cédula por medio de una cinta. El alcaide la leía y luego clamaba: *«La obedezco con el debido respeto»*. Se abrían las puertas con las llaves entregadas en bandeja de plata, subía el alférez mayor con los Reyes de Armas al Torreón del Homenaje y ante la multitud que invadía el Mercado Grande, gritaba: *«CASTILLA, CASTILLA, CASTILLA, por el Rey... Felipe V»*, y tremolaba el pendón. El pueblo aplaudía, y desde los muros se lanzaban monedas de plata como habían hecho en el Mercado Chico, adonde volvía el cívico desfile, quedando el pendón enarbolado sobre el arco que une los dos torreones de la Puerta del Mercado Grande...

LXII.—EL MONUMENTO "A LAS GRANDEZAS DE AVILA"

Carlos Palao es un escultor español, director del Museo Provincial de Zaragoza, que vivió desde 1857 hasta 1934. Hijo de otro escultor, Antonio José Palao, que trabajó para El Pilar y otros templos zaragozanos así como también para la Catedral de Murcia, cuyo es el retablo mayor. La obra mejor de Carlos Palao es precisamente el Monumento «A LAS GRANDEZAS DE AVILA», (ahora en la entrada del Paseo del Dos de Mayo, mirando a Oriente, trasladado después de muchos dimes y diretes, en la prensa local e incluso nacional, en torno a la reforma del Mercado Grande o Plaza de Santa Teresa...), monumento informado favorablemente por la Real Academia de la Historia, ya que la Excelentísima Diputación Provincial solicitó el asesoramiento de la docta Corporación, al erigirle, acerca de los nombres de personajes ilustres abulenses que habían de inscribirse en cada una de las caras de su pedestal. La inspiración es muy espiritual: sobre los Santos, Políticos, Escritores y Guerreros, representados por unos nombres seleccionados entre incontables, se alza la excelsa Doctora Mística, Santa de la Raza, Escritora insigne del habla española y la mejor estratega de una familia de valientes paladines de la Civilización.

El monumento se colocó en la entonces llamada *Plaza del Alcázar*, hoy *Plaza de Santa Teresa de Jesús*, y por mucho tiempo —antes y después de ahora— vulgarmente *Mercado Grande*, con el sentido histórico que ha tenido de «Coso principal». Se trata de un monumento del estilo neoclásico, correspondiendo muy bien así a las ideas que nos expresa, pues nuestra Madre Teresa no es una Santa gótica, sino plenamente renacentista en su espíritu y en sus manifestaciones literarias. La base es firme, granítica; el pedestal, coronado por escudos y cimeras, evoca la gloria que pasa, siendo no obstante base de la exaltación beatífica suprema. Por eso la columna es redonda, cual conducto de todo lo que el arca de la Historia guarda y eleva de valores humanos hacia el Cielo...

Los nombres inscritos son:

Santos: Segundo.—Vicente, Sabina y Cristeta.—Pedro del Barco.—Juan de la Cruz.—Beato Alonso de Orozco.—Venerable Mari-Díaz.—Venerable Mari Vela.

Políticos: Isabel I.—Pedro Sánchez Zurraquín.—Sancho Dávila.—Pedro de la Gasca.—Diego de Espinosa.—Diego de Guzmán.—Enrique Dávila Guzmán.—Diego Mexía de Velázquez.

Escritores y Artistas: El Tostado.—Juan Sedeño.—Alonso Díaz de Montalvo.—Juan Díaz Rengifo.—Luis Dávila.—Sebastián Vivanco.—Nicolás García.—Gil González Dávila.

Guerberos: Gil González Dávila.—Gómez Dávila.—Alonso Dávila Alvarado.—Sancho Dávila.—Hernán Gómez Dávila.—Alonso Dávila Guzmán.—Pedro Dávila.—Antonio Dávila Toledo.

¿Quieren noticia de estos personajes?... Sigan leyendo.

LXIII.—LOS SANTOS

La primera *Santa Teresa de Jesús*, primera entre las Grandezas de Avila, que corona el monumento de la Plaza de su nombre. Nació en Avila, 28 de marzo de 1515. Fue su padre don Alonso Sánchez de Cepeda y su madre fue doña Beatriz de Ahumada. Sus hermanos se llamaron María y Juan (hijos de doña Catalina del Peso, primera esposa de don Alonso); Hernando, Rodrigo, (Teresa), Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín, Juana y Juan. Ingresó en el Monasterio de la Encarnación, el 2 de noviembre de 1536. Fundó el Monasterio de San José (Las Madres) el 24 de agosto de 1562. El año anterior había escrito el primer Libro de su Vida y en 1581 el Modo de visitar Conventos y Canciones y poesías, de modo que sus obras principales fueron escritas en esos veinte años de las fundaciones. Así dedicó a la oración con exclusividad en el Monasterio de la Encarnación veintisiete años: luego fue la oración y la acción. Murió en Alba de Tormes el 4 de octubre de 1582, fecha que se convirtió en 15 de octubre a consecuencia de la supresión de once días en la corrección gregoriana del Calendario.

SAN SEGUNDO.—Uno de los siete varones apostólicos evangelizadores de España. La tradición avulense le supone asistente a la venida de la Virgen a Zaragoza, como discípulo de Santiago. Fue martirizado en Avila. Tres pinturas del siglo XVI atestiguan el entronque de la tradición de San Segundo con la jacobea y pilarista: en la Capilla de la Catedral; en la sacristía de Santiago y en el Monasterio de Las Gordillas.

VICENTE, SABINA Y CRISTETA.—De Talavera de la Reina. Perseguidos por Daciano, durante la décima persecución romana, vinieron a Avila por la Serranía de San Vicente y fueron aquí martirizados, siendo erigida una famosa iglesia.

PEDRO DEL BARCO.—Sacerdote y canónigo de Párraces, vino a santificarse en el retiro y en el trabajo, en su villa natal, junto a la ribera del Tormes, siendo amigo de otro eremita contemporáneo en la orilla del Tormes, nombrado San Pascual de Tormellas.

JUAN DE LA CRUZ.—Doctor Místico, hijo en la Reforma del Carmen de Santa Teresa de Jesús. Nació en Fontiveros. Escribió la más sublime poesía de la lengua española. (Faltan en el monumento nombres gloriosos como el de *San Pedro Bautista*, etcétera)

BEATO ALONSO DE OROZCO.—Nació en Oropesa, tierra históricamente abulense. Escritor místico, agustino, predicador de Carlos I y de Felipe II, etcétera.

VENERABLE MARI-DIAZ.—La Pobre Evangélica de Vita, vivió enamorada del Santísimo-Sacramento en la Capilla del Seminario de San Millán. Fue hija espiritual de San Pedro de Alcántara y doncella de doña Guiomar de Ulloa.

LXIV.—POLITICOS

El primer personaje político abulense, cual corresponde a esta tierra matriarcal incluso en la leyenda, es mujer: *«Isabel I de España»*. Su relación con la Tierra de Avila es así: Nació en Madrigal de las Altas Torres en 1451 (22 de abril). Flor de una esplendorosa primavera de nuestra Patria. El 20 de julio de 1454 marchó a la villa de Arévalo con su madre. En 1469, con 18 años de edad, vuelve a Madrigal para trasladar los restos de su hermano Alfonso; de Arévalo a Avila... El verdadero motivo era consultar a su madre sobre su matrimonio. De nuevo hallaremos a la Reina en Madrigal en 1476, al regreso victorioso de Toro, concediendo magnánima audiencia al Duque de Arévalo, y en 1497, cuando después de la boda del Príncipe don Juan de las Españas quiere descansar con su esposo retirándose a su villa predilecta. Además recordemos su estancia en el Real Monasterio de Santa Ana de Avila y la entrevista con su hermano Enrique IV de Castilla en la Venta de los Toros de Guisando.

PEDRO SANCHEZ ZURRAQUIN, es el Obispo de Avila que viene con los repobladores en el siglo XI, consiguiendo perdonanzas de Roma para los favorecedores de la restauración de la Catedral. Desarrolló una laudable actividad en el mantenimiento de la paz entre las belicosas primeras familias de los repobladores.

SANCHO DAVILA, es otro insigne prelado de mucha virtud y largo gobierno en la Diócesis de San Segunda. Está ensalzado en la iglesia de Santa Ana; pero fue atropellado en su debilidad senil por don Pedro I de Castilla, «El Cruel».

PEDRO DE LA GASCA, el pacificador del Perú, después de Blasco Núñez Vela: «Llegó Lagasca al Perú; bien le podéis, Rey, premiar, tornando el bonete en mitra o en birrete cardenal»: Dice la copla. Fue Obispo de Astorga y se halla sepultado en Valladolid.

DIEGO DE ESPINOSA, cardenal, el mejor ministro de Felipe II, enterrado en la iglesia, que fue abulense, de Martín Muñoz de las Posadas.

DIEGO DE GUZMAN fue embajador de los reyes Felipe III y Felipe IV, y ENRIQUE DAVILA GUZMAN fue marqués de Povar, embajador en Flandes, cabo principal de los tercios españoles en aquellos estados, y sucesivamente virrey de Valencia y presidente del Consejo de las Ordenes. Y ésto tiene relación de las Grandezas de Avila del monumento de la Plaza de Santa Teresa, que mientras nos quita nombres de la importancia de San Pedro Bautista, etc., nos pone, por ejemplo a ese don Diego Guzmán, que nació en Ocaña, si bien de padres abulenses. *Don Diego Mexía de Velázquez* se distinguió en la guerra de Italia contra Víctor Amadeo y fue gobernador de Milán, marqués de Leganés. Fue nombrado virrey, luchando en Portugal con éxito.

LXV.—LOS ESCRITORES

Avila tiene una tradición espléndida de hombres de letras, que culmina en *don Alonso de Madrigal*; «El Tostado»: Alonso Tostado Ribera, que nació en la ilustre villa de Isabel «La Católica», estudió en Arévalo y en Salamanca; fue luego abad de Valladolid, canciller de la Príncipe de las Universidades Españolas, obispo de Avila, y murió en Bonilla de la Sierra. Era tal su fama de santidad que le fue erigido un sepulcro altar: fue para el Renacimiento el hombre-puente de la Edad Media como para la Edad Media fue San Isidoro en faro transportador de la cultura de la latinidad.

JUAN SEDENO.—Nació en Arévalo. Notable escritor y valeroso soldado, defensor del Castillo de Alejandría, y muy acreditado en las campañas de su tiempo, primera mitad del siglo XVI. Escribió entre otras obras: «La suma de varones ilustres», impresa en Arévalo 1551 y en Toledo 1590. Una versión en verso de la «Tragicomedia de Calixto e Melibea», impresa en Salamanca 1540. Una «Traducción de la JERUSALEN LIBERTADA» de Tasso, impresa en Madrid 1587. Una traducción de «Las Lágrimas de San Pedro» de Luis Tausillo. De él hablan Antonio de Nicolás en su Biblioteca Nuova y Gerónimo Gilino en su «Teatro de hombres literatos», citándole las enciclopedias españolas y extranjeras.

ALONSO DIAZ DE MONTALVO.—Nace en Arévalo 1405. Vivió 94 años de los reinados de don Juan II, Enrique IV y Reyes Católicos, muriendo en Huete, de la provincia de Cuenca. Diremos algunos de sus cargos, profesor de Cánones en Salamanca, Oidor de la Real Chancillería de Valladolid y Refrendario de la Audiencia Real y Consejo de Su Majestad en los tres reinados. Entre sus obras figuran: Fuero Real de España hecho por el Rey don Alonso IX: «Segunda Compilación de las Leyes y Ordenamiento del Reino de Castilla». «Ordenanzas Reales porque se han de librar todos los pleitos civiles y criminales».

JUAN DIAZ RENGIFO fue un célebre preceptista que escribió un «Arte Poética Española» o de la Rima.—LUIS DAVILA, marqués de Mirabel, escribió «Comentarios de Carlos V en Africa» y fue general de Caballería y embajador en el Concilio de Trento. Otra obra suya son «Comentarios sobre la guerra de Alemania».—SEBASTIAN VIVANCO fue músico notable. Sus misas y motetes se publicaron en Amberes por Arturo Tabernalius. Catedrático de Música en Salamanca y director de la Real Capilla, murió en 1623.—NICOLAS GARCIA, canónigo, auditor de la Rota Romana, escribió famosas obras de Derecho Canónico y murió en 1658.—GIL GONZALEZ DAVILA, cronista de Felipe III, escribió las importantes noticias que nos da en su TEATRO ECLESIASTICO, relativas a la Iglesia abulense, con sucesos políticos y civiles de nuestra Historia particular que publicó en 1647.

LXVI.—GUERREROS

Con esta característica tan suya del «mitad monje, mitad soldado» que justamente puede atribuírsele a nuestra Ciudad, es muy natural la exaltación de los guerreros de la Tierra de Avila en el Monumento de la Plaza.

GIL GONZALEZ DAVILA, maestresala del Rey don Juan II. Fue procurador por Avila en la Asamblea de magnates que en la Catedral aprobó el beneficio para el Reino del infante don Enrique. Abuelo de don Juan Dávila y esposo de doña Juana Velázquez, ama del Príncipe don Juan de las Españas.

GOMEZ DAVILA, capitán de los tercios de Carlos V, vivió en la Casa de Velada de la calle del Tostado. Luchó con un ejército abulense de 600 arcabuceros y 1.600 infantes contra los Comuneros de Castilla. Derrotó a don Pedro Girón y a don Pedro Lasso de la Vega. Fue capitán general en la guerra contra los franceses.

ALONSO DAVILA ALVARADO. Hijo de Alonso Dávila, conquistador de Nueva España y gobernador de Guatemala. Trajo las noticias de la conquista. Luego descubrió el Golfo Dulce y acompañó a Pedro de la Gasca en la pacificación del Perú.

SANCHO DAVILA, «El Rayo de la Guerra», su nombre ha de ir unido al de don Fernando Alvarez de Toledo, el piedrahitense «Gran Duque de Alba»: en las gestas de Africa, Italia, Alemania, Francia y Flandes, a las que más unidos quedaron sus nombres y por fin Portugal, donde ambos con pequeño intervalo murieron, tomaron parte estos insignes capitanes. Se conserva la casa solariega de Sancho Dávila en la «Dehesa

Pinar» (de Miraflores) y está enterrado en la Capilla mayor del templo de San Juan Bautista de Avila.

HERNAN GOMEZ DAVILA, XIII señor de Navamorcuende y Villatoro, propietario de lo que actualmente es Palacio Episcopal; general de nuestra madre Isabel en las conquistas de Alhama, Zahara, Ronda, Zalea, Loja, Vélez Málaga, Baza, Guadix, Almería y Granada. Maestresala de Isabel «La Católica», acompañó a Margarita de Austria, viuda del príncipe don Juan de las Españas, a tomar posesión del Gobierno de Flandes. Su sepulcro, en las ruinas de San Francisco, dice con borrosa leyenda: «Aquí yace Hernán Gómez Dávila, muerto en servicio de los Reyes Católicos en el Ducado de Güeldres en combate dado en 7 de noviembre de 1511».

ALONSO DAVILA GUZMAN, enterrado en la Basílica de San Vicente, fila 1, núm. 13. Con su esposa fue a Guatemala y conquistó Nueva España.

PEDRO DAVILA, capitán general y gobernador de Las Terceras, y ANTONIO DAVILA TOLEDO, uno de los constructores de la Capilla de Velada, marqués de Velada, gentilhombre de Felipe III, gobernador de Milán, Flandes y Orán, derrotó más de treinta veces a franceses y holandeses.

* * *

Anótese que en el Catálogo de abulenses memorables aparecen GIL GONZALEZ DAVILA, soldado valeroso; GIL GONZALEZ DAVILA, maestresala de D. Juan II; GIL GONZALEZ DAVILA, capitán general de Enrique II (el de las Mercedes, fratricida de don Pedro el Cruel); GIL GONZALEZ DAVILA, alcalde de Corte del tiempo de Carlos V; GIL GONZALEZ DAVILA, el cronista de Felipe III, fecundo escritor... etcétera. Quiere decirse, pues, que hay *Gil González Dávila* varios guerreros y varios escritores; pero se ha de advertir que los nombrados en el Monumento del Mercado Grande, son los mencionados.

LXVII.—EL ATRIO DE SAN PEDRO

El románico templo de San Pedro se halla rodeado exteriormente, desde uno a otro extremo de los brazos del crucero y por delante de su fachada principal, por un pretil adornado con leones rampantes, en pie, garras abiertas... Tiene su historia también este atrio, ya que aquí se alzó el estrado para el Santo Tribunal de la Inquisición, que sentenció al cardador de la Guardia (Toledo) Benito García de las Mesuras, quien con otros judíos, después de haber robado a un niño llamado Juan, participó en su crucifixión «por remembranza y vituperio de la pasión de Nuestro Redentor Jesucristo, y en sacalle el corazón para

con él y una Hostia consagrada (comprada a un sacristán por el precio de un capuz tasado en treinta reales de plata) facer ciertos hechizos para que muriesen rabiando los christianos ». El Tribunal apareció sentado ante la puerta principal de la parroquia de San Pedro. Allí aparecían los sentenciados. Por el Mercado Grande desfiló con lúgubre aparato la procesión, que acompañó a los reos hasta el lugar de su castigo, a cargo del brazo secular...

Descansa el espíritu en la contemplación de la Plaza que se llamó Mercado Grande y efectivamente fue uno de los dos que a la ciudad concedieron regias ordenanzas, agrupándose aquí los puestos de verduras los viernes.

Fue el año 1925 cuando con motivo de la coronación de la imagen de nuestra excelsa Patrona y paisana, Santa Teresa de Jesús, se dio a la Plaza el nombre de la Mística Doctora. El Monumento a las Grandezas de Avila había sido erigido en 1884. Ante este Monumento hemos visto sucederse muchas veces concentraciones religiosas y religioso-patrióticas: procesiones y misiones, juras de Bandera por Caballeros Cadetes de la Academia de Intendencia y, durante la Guerra de Cruzada, por los Alféreces Provisionales... Y es fama que también en este caso, como en el de San Vicente, se corrieron toros.

En la placidez del espiritual reposo se dejaban oír antaño las campanas de la torre parroquial de San Pedro y el anuncio de la persona que agonizaba o había dejado esta vida... *«Hay en el campanario cuatro ventanas / y en ellas suspendidas, cuatro campanas: / con voz aguda a veces y a veces grave /-cosas hablan que el labio decir nó sabe; / pero si atento escucho, bien pronto advierto / que unas tocan a gloria y otras a muerto. / Dicen las dos menores: «Cantad victoria! hoy el alma de un niño sube a la gloria!» / Dicen las dos mayores: «Hoy muda y grave / va un alma desprendida... ¿Dónde? Quién sabe!» / Y así alternando tocan en turno incierto / unas veces a gloria y otras a muerto».*

Los versos de Balart vuelan en la imaginación como los pájaros en verano en torno a la torre...

LXVIII.—EL ROSETON DE LA FACHADA

Mirando al templo de San Pedro desde sus alrededores, domina la impresión del redondo románico puro en su estilo. Empero, al detalle, cabe hacer unas observaciones, tanto respecto al estilo como respecto a la perfecta regularidad de sus proporciones: raramente se halla el románico sin mezclas, entre otros motivos porque raro es el edificio

románico que a lo largo de los siglos no haya sufrido alguna restauración.

El templo de San Pedro en Avila es bellissimo en sus colosales proporciones; la fachada principal mirando a la Plaza de Santa Teresa de Jesús ofrece la feliz armonía de las líneas que forman el frontón bajo el cual se escalonan el rosetón y la puerta, dos vanos enmarcados por arcos de medio punto abocinados, de anchura que parece similar, ciertamente majestuosos en el aplomo de sus líneas graves. Igualmente las puertas laterales y los ventanales son de medio punto y abocinadas en la serie de sus arcos, cuyas molduras, como en general toda la obra de sillería no acusan el transcurso del tiempo, camino del milenio, indeterminadamente, puesto que los primeros documentos, concordia de todas las parroquias de Avila (que llegaron a ser diez y nueve) con la Mitra y el Cabildo catedralicio de una parte y con el Concejo y gobierno de la ciudad de otra, datan de 1254. Se ha hecho alusión al pleito de antigüedad entre los templos de San Pedro y San Vicente y declaración de antigüedad mayor a favor de la iglesia de San Pedro: su Párroco ha tenido siempre las prerrogativas de ser presidente del Cabildo de Párrocos con asiento alto de honor en el coro de la Catedral, vistiendo la capa coral de los prebendados.

La vista del testero al exterior es motivo de intensa emoción estética: ver el conjunto triabsidal tan armónicamente dispuesto, con la torre cuadrada y la sacristía de gótico friso superior, todo tan extenso y en línea con el ábside también románico viejo de lo que resta del Monasterio de Nuestra Señora de la Antigua; ver los aciertos ornamentales a base de ciprés y encina o roble, y el campanil que disimula en viejo la nueva chimenea de la calefacción... Y sobre todo la linterna magnífica con sus arcos de medio punto con parteluz finísimo. Todo es muy bello. Todo es muy significativo y dado a lo que la edad media veía como símbolos: una cruz latina para base del templo, la cabecera orientada en recto hacia el oriente, llamar nave al lugar céntrico destinado a los fieles durante la celebración de los sagrados misterios, ser uno el templo y tres las entradas, etc., etc.

Recordemos que el rosetón se desequilibró notablemente durante un terremoto del año 1755, quedando un tanto descentrados los puntos de partida de sus doce columnas... Y que ha sido restaurado en estos años pasados.

LXIX.—ARQUITECTURA ROMANICO-BIZANTINA

Todos los autores coinciden en el dictamen del bizantinismo en la románica nota característica del templo de San Pedro, que si el exterior ofrece las bellezas del orden perfecto de las arquivoltas en sus puertas, el rosetón, los ojos redondos de su frontispicio, la línea de armonía inigualable de sus ábsides, al interior impone la serenidad ambiental de sus naves, el orden de los arcos de medio punto, sobre todo la colosal igualdad de los arcos torales, las trompas de la lucerna y la longitud de los brazos del crucero en bóveda ojival. Las particularidades del «románico puro» que se han de advertir son los ensayos de las gruesas nerviaciones de una crucería que supone un avance notorio en el tiempo sobre la línea de la bóveda de arista en las naves laterales de San Vicente. Y sin embargo la pureza de líneas del templo parroquial de San Pedro en su estilo románico le ponen con ventajas al frente de todos los edificios religiosos abulenses, incluso el del Salvador.

Mas con verle tan regularmente perfecto —planta de cruz latina, tres naves y tres ábsides, todo de sillería de gran antigüedad en la rojiza piedra berroqueña y arenisca— notas que hacen de esta iglesia uno de los edificios románicos más preciados de toda España, teniendo además de su pureza en cuenta sus dimensiones, veamos cuáles son éstas y nos daremos cuenta de que los arquitectos de finales del siglo once y principios del duodécimo resolvían sus problemas como *maestros* y no como *maestros* consumados.

El eje mayor del templo de San Pedro, medido por el interior del edificio, tiene 46,70 metros; el ancho total es de 19,85 metros; la nave central mide 5,80 metros de ancho; la nave de la derecha, 4,57 metros de ancho; la nave de la izquierda, 3,90 metros de ancho; son cinco los arcos de medio punto bajo los cuales se comunican las naves laterales con la central.

El crucero mide 39,10 metros de largo por 7,05 metros de ancho. La capilla de San Jerónimo, absidal derecha, o sea mirando a la exedra central, tiene seis metros de profundidad y 4,65 metros de anchura. La capilla de la Santísima Virgen de la Sabatina tiene siete metros desde la puerta al centro y de ancho 4,50 metros. La capilla mayor es de 10,75 metros en su línea central hacia el fondo y 6,85 metros de anchura. La sacristía antigua tiene 2,72 por 2,80 metros el techo abovedado, y la sacristía moderna que actualmente se usa compartida en dos plantas, destinando la baja para el servicio de la calefacción, puede considerarse de planta cuadrada con seis metros de lado.

Como se ve, la vista engaña en muchas medidas, pues la primera impresión que causa el templo de San Pedro es la del más exacto paralelismo dimensional.

LXX.—INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN PEDRO

Va dicho ya cuanto se refiere a lo arquitectónico e interesa sólo llamar al visitante de este templo su atención hacia el crucero por la disposición artística de la linterna, obra del pontificado del humilde y poderoso prelado don fray Francisco Ruíz, cuyo escudo, con el del obispo don Alonso Carrillo, se repite como tema ornamental. Interesa el examen de retablos, imágenes y cuadros.

El retablo del altar mayor es churrigueresco y sustituye sin duda en toda la plenitud absidal interior a otro que debió existir con arquitectura tallada más sencilla, conteniendo alguno de los cuadros que hoy se hallan distribuidos por los muros del templo, con tonos grisáceos y azules como dominantes. Hay un apunte de reconstrucción del retablo pictórico a base de la anunciación en la parte baja y las imágenes pintadas de San Pedro y San Pablo en el cuerpo segundo. El actual retablo, adaptado a la superficie interior del ábside, resulta ciertamente grandioso y bello, con sus tres cuerpos, central, laterales y concha superior del remate. Las enormes columnas salomónicas, estofadas en oro finísimo, cuajadas de hojas, flores y frutos; los paños interiores labrados con detalles preciosistas... Las imágenes de San Pedro, majestad sedente, con la tiara sostenida en el aire sobre su cabeza por cuatro ángeles; de Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador, canonizados en el mismo día, Patronos especiales de Avila y Madrid... Estas tres imágenes destacan sobre las correspondientes hornacinas transparentes, muy al gusto barroco, siendo tres las ventanas del ábside central. Y la más bella imagen de María Santísima en su Asunción, en el cuadro central de la concha, cuyo remate se adapta perfectamente al arco de la capilla mayor. Examinado detenidamente tan grandioso retablo cuando aparece iluminado por focos potentes en las grandes solemnidades, se estiman sus aciertos y bellezas dentro de su estilo.

Apoyados en los muros, a uno y otro lado de la entrada de la capilla mayor se advierten dos retablos de igual factura, sencillamente tallados en madera, pintados en blanco al óleo, con el adorno especial de algún filetito dorado en los frontales. En el centro de cada frontal se ve un medallón: en el altar de San Pablo tiene tal medallón tallado un bajo-relieve que representa un templo con bandera alzada, espada cruzada sobre la puerta de entrada y dos cabezas de ángeles en una nube oscura; en el altar de Santa Catalina el bajorelieve representa la rueda de cuchillos correspondiente al martirio de la excelsa Patrona de los filósofos. Las columnas, bien labradas, con pie y cabeza cuadrados, tienen talladas las figuras de los doce Apóstoles en el altar de San Pablo, con sus nombres en dorado. En el centro, debajo de la urna, está el escudo de San Pedro, sostenido por dos ángeles.

LXXI.—LA CORTE DE SANTA CATALINA Y EL SANTO CRISTO DE LA PIEDAD

El altar de Santa Catalina en el templo parroquial de San Pedro Apóstol de Avila tiene la maravillosa concepción del alto espíritu de la vitalidad superior abulense. En el frontal que reviste la base de sustentación se ve un tondo representando la rueda de cuchillos que recuerda el martirio de la Santa. Y en el friso, en bajorelieves forman corte de honor de la insigne mártir de Alejandría, Patrona de los filósofos y, de las jóvenes, las santas vírgenes Justa, Bárbara, SABINA, Lucía, Anastasia, CRISTETA, Apolonia, Ursula, Inés y Brígida, y en la base de las columnas laterales, Marta y María. Tanto la imagen de Santa Catalina, como la de San Pablo en el otro altar, llevan la fecha 1575, y es probable que la firma del escultor esté señalada igualmente en el pedestal, habiendo sido esculpidas en alabastro tan fino que tocado con un objeto metálico da sonido tan bien timbrado que se creyó fuesen bronce y así se las consigna en el catálogo antiguo y oficial de la parroquia: la comprobación de ser alabastro puede hacerse por un dedo del pie visible de San Pablo que se halla quebrado actualmente.

Mirando a este altar de Santa Catalina, a la derecha tenemos la capilla de San Jerónimo, como puede leerse en la verja de hierro, cuyo remate lleva el escudo de armas del fundador, Pedro Alvarez de Zebadilla, tesorero de la Catedral, hijo del licenciado don Juan y de doña María Torres, su esposa, y sobrino de don Gil de Zevadilla, canónigo en Sevilla. El retablo del altar es churrigueresco: entre dos grandes columnas salomónicas con frutos y hojas de parra, queda una gran hornacina en la que se venera un Crucifijo, cuya advocación es la de Santísimo Cristo de la Piedad, que tiene a sus lados las correspondientes tallas de la Virgen Santísima y San Juan Apóstol, y pintado al fondo un paisaje que recuerda a Jerusalén y su campo. En la parte superior del altar se ve un cuadro escultórico, en relieve medio, representando a San Jerónimo, titular de la capilla, cual queda dicho, y como está escrito en el friso de la verja: *S. Hyerónimus*. El Crucifijo es talla del siglo XVII y la fundación es de 1706.

En este brazo del crucero, por cuyo ventanal entra en el templo el sol de mediodía, están los enterramientos del linaje «Serrano», cuyo palacio era el edificio de la Jefatura Provincial del Movimiento de la plaza de Italia. En un lucillo se puede leer esta inscripción: *"Aquí yace Garci González Serrano, que Dios aya. Falleció a XIII de abril de MCCCCXCV años"*. Estaba de siempre aquí el altar de la Virgen del Sol, que ahora ocupa un lugar en la nave lateral izquierda de quien mire a la capilla mayor...

LXXII.—EN EL BRAZO IZQUIERDO DEL CRUCERO...

En el brazo izquierdo del crucero del templo parroquial de San Pedro, mirando al altar mayor, va dicho que se halla el altar de San Pablo, con análogas características que el de Santa Catalina en cuanto a formas arquitectónicas y escultóricas, sino que los relieves tallados en la madera del retablo representan a los Apóstoles. La estatua del Apóstol de las Gentes, que vale la pena comparar con las del altar de San Bernabé de la Catedral, es de alabastro a vista de ojos.

La capilla absidal de este lado norte del crucero está dedicada a la Purísima Concepción. El retablo es dorado. Tiene tres compartimentos y otro superior sobre el del centro. Las imágenes representan a la Inmaculada; relieves de San Jerónimo y San Andrés (el hermano de San Pedro); tallas de San Blas y San Sebastián, otra de Santo Domingo... Sigue luego en el muro el altar tallado en madera de pino, avellanado en cuanto al color, en el cual se venera la imagen de Nuestra Señora del Buen Parto, imagen vestida sin más talla que la cara y las manos.

El altar en donde habitualmente se guarda el Santísimo Sacramento, con mesa y sagrario nuevos, está dedicado a San José. Es del estilo neoclásico en cuanto a su arquitectura. La imagen del Santo Patriarca titular es bastante buena y muy devota, tallada en madera y policromada. En la parte superior, debajo del frontón que remata el retablo, hay un mediorelieve representativo de La Huida a Egipto. A cada lado, entre las correspondientes columnas doradas se ven cuatro tablas antiguas, pintadas al óleo, representando el Nacimiento, la Epifanía, la Presentación en el Templo y el taller de carpintería de San José, u Hogar de Nazaret. Parecen tablas de influencia flamenca.

Y es en este lado del crucero del templo parroquial de San Pedro Apóstol en donde se hallan los enterramientos de dos estirpes rivales, de Blasco Jimeno, con escudos de seis roeles y de Esteban Domingo, con escudo de trece roeles, cuadrilla esta última a la que perteneció don Pedro Dávila, tercer conde de Santisteban y del Risco y primer marqués de Las Navas, cuyo estandarte hemos visto aquí colgado con excusabarras a las cuales alude el mote: "*Las barajas (contienda, lucha, reyería), excusallas, comenzadas acaballas*".

El otro altar se halla dedicado a San Roque. Es una opinión muy particular la de que retablo e imagen fueron los existentes en la ermita de San Roque de siglos pasados emplazada al final del primer tramo del paseo del Santo, abogado de la peste. Frente al actual Gobierno Militar existían no ha muchos años pozo que debió ser fuente y cimientos. El retablo es sencillo, la imagen de mediana factura y señalan como de algún valor el lienzo pintado al óleo con la «Cara de Dios» o Santo Rostro.

LXXIII.—LA VIRGEN DEL SOL

«¿Quién es Esta que avanza hermosa como la luna y radiante como el sol»?... Muy bello este título que damos a la Santísima Virgen en la iglesia de San Pedro: *Nuestra Señora del Sol*, que al SOL tiene verdaderamente en sus brazos, y Ella misma es SOL en presencia de Dios; «Sol, Vaso admirable, obra del Excelso»; «radiante como Sol en el Reino del Padre»; y vista en el Apocalipsis vestida de sol y con la luna debajo de sus pies... Si en Avila no fuesen SOLES, desde que la Divina Serrana se apareció al pastorcillo del Valle Amblés, la Madre y el Hijo, este título u advocación mariana llamaría más la atención; pero como es aquí donde todo Avila y su Tierra canta fervorosamente unos gozos que comienzan diciendo: «Pues que viniste a este suelo / entre dos radiantes SOLES / Virgen Santa de Sonsoles / sed nuestro amparo y consuelo», la devoción a Nuestra Señora del Sol en la parroquia de San Pedro es menos popular.

No obstante su altar en el templo románico es el que más destaca en valores artísticos después del mayor churrigueresco. Pertenece al siglo XVI, el siglo de la Santa. Su estructura es arquitectónicamente gregoromana. El frontal lleva un sol dorado y el anagrama de María. El retablo está formado por un zócalo, la urna central y cinco cuadros: cuatro de ellos, laterales, representan la Anunciación y el Nacimiento del Señor, a la izquierda, y el Descendimiento y la Resurrección al otro lado, quedando el Misterio del Calvario en el centro, parte superior, con la particularidad de que todas las figuras están pintadas —María Santísima, San Juan, los ladrones crucificados—, excepto Jesucristo, que pareció tener el lugar reservado a un crucifijo escultura por analogía con la imagen de Nuestra Señora y se ha puesto al trasladar el altar de lugar, desde la capilla de los Serrano en el crucero, lado de la Epístola, al que actualmente ocupa en la nave lateral derecha del altar mayor; pero muy bien puede ser que en la concepción del artista, el Misterio del Calvario en el altar de la Virgen del SOL, sea la ocultación del propio SOL, dejando el pintor en absoluta sombra el lugar de la imagen del Redentor del Mundo crucificado... Así el SOL se deja ver en el Nacimiento a la vida humana, «a la manera que un rayo de sol pasa por un cristal sin romperle ni mancharle», y le vemos esplendoroso en la Resurrección, «volviendo a juntar su cuerpo y alma gloriosos para nunca más morir».

Una cartela tiene la siguiente inscripción: «Este retablo dió a esta capilla Alonso Serrano hixo de D.^o I. de la Serna el año de MDXXXVI».

El altar de San Jerónimo, a la derecha de la puerta principal, conforme entramos al templo, estuvo en la sacristía, no obstante su positivo valor. Es del siglo XVII.

LXXIV.—IMAGENES PROCESIONALES

En el año 1952, en una sesión solemne y concurridísima celebrada en el salón del Palacio Municipal, surgió vigorosa la Hermandad del Santísimo Cristo de las Batallas, con sede provisional en la capilla de la Anunciación, vulgarmente denominada «de Mosén Rubí», en donde se venera la imagen titular, con tradición de siglos, pues Nuestro Señor habló desde ella a Nuestra Madre Isabel «La Católica». Después se formó —concebida como rama femenina— la Hermandad de mujeres de «La Virgen Sola». Y en la Semana Santa de Avila desfilan el Miércoles Santo por la noche los excombatientes y demás hermanos del título del Santísimo Cristo de las Batallas, y el Sábado Santo al atardecer vemos acompañando a la «Virgen Sola» todas las mujeres abulenses, «enlutadas, apiñadas / doloridas, angustiadas, / enjugando en las mantillas / las pupilas empañadas / y las húmedas mejillas, / viejecitas y doncellas...»

La imagen de Nuestra Señora, venerada en su altar de la iglesia de San Pedro en donde ambas Hermandades se hallan canónicamente erigidas, es una talla muy bella, policromada con el más clásico de los estilos y refinado gusto artístico, cuyo autor es don Eduardo Capa Sacristán. El ornato del altar, sobre todo en cuanto a candelabros, está en la moderna línea de una riqueza sólidamente piadosa. Los devotos han de acordarse, por la escultura que ven, de la Señora Divina que representa, y por ser su imagen hacerla reverencia.

La imagen del Santísimo Cristo de las Batallas, tallada por la necesidad de poseer la Hermandad una escultura procesional, ya que la titular de la capilla de Mosén Rubí, siendo imagen de tradición y devoción, materia inconsistente y breve tamaño, no era tan apropiada para la colocación sobre carroza en que se perdía entre las flores del adorno, es obra del escultor abulense don Plácido Martín Sampedro, quien logró conjuntar en la línea devota de la imaginería clásica un avance de la piedad que contiene la iconografía moderna, presentando al más hermoso entre los hijos de los hombres como Varón de dolores, librando la más dura de las batallas internas y externas de la humanidad, cargando la más pesada de las cruces sobre sus hombros y mirando, no obstante, compasivo y dulce a sus verdugos, nosotros pecadores, para quienes realiza la obra redentora.

El otro altar del templo parroquial de San Pedro que por citar queda, es el nuevo de San José, correspondiente a la Hermandad de su excelso Patrocinio. Dos altares tiene el Glorioso Patriarca San José en el románico templo de San Pedro. Y dos cofradías distintas... Quien pretenda vivir la emoción de la Ciudad, cuna de Santa Teresa de Jesús, la gran panegirista de San José, anote datos convenientes para estudiar

el origen de la devoción que la Madre Teresa propagó y la extensión y prolongación actual.

LXXV.—LOS CUADROS DE LA PARROQUIA DE SAN PEDRO

Tuvo el templo parroquial de San Pedro un tesoro artístico acumulado a lo largo de siglos, del cual queda una muestra de gran estimación en sus cuadros, la mayor parte de autores desconocidos; pero algunos de ellos de un incalculable valor interpretativo y devoto. Sabemos que a lo largo del tiempo se pierden cosas en nuestros templos porque el paso del tiempo las destruye, porque cumplieron su fin cultural, porque a veces hay monaguillos irrespetuosos además de ignorantes... En fin, todo lo material tiene un término en el tiempo. Con buen criterio se pensó y se lleva a cabo la creación e incremento del Museo que pudiéramos decir diocesano (ojalá tengan los párrocos comprensión al efecto y den facilidades) reuniendo en la Catedral valiosos depósitos dispersos en las parroquias, cuales los que se llevaron de la de San Pedro y de la filial suprimida de Santo Tomé. Los cuadros que aún decoran los muros venerables del románico templo de San Pedro han sido bien ordenados recientemente, quedando del siguiente modo dispuestos:

En la sacristía, una tabla al óleo, representando a San Buenaventura escribiendo e iluminado por el Espíritu Santo, con marco ancho y dorados, de gran valor; otro óleo representando a Jesús con la caña y corona de espinas, con adornos tallados en el marco; tabla de la Virgen en busto con el Niño en brazos, escuela flamenca, marco dorado y con adornos de talla; cuadro pintado en chapa de cobre, un Ecce Homo de notable mérito artístico, marco dorado con tallas y cabezas de ángeles, y cuadro pintado representando a Jesús de cuerpo entero con caña en las manos y sentado sobre una piedra, muy emotivo: el marco es de ébano en sus bordes y de concha con incrustaciones de marfil en su centro.

Junto a la puerta de la sacristía vemos una tabla pintada al óleo en el siglo XVII, que representa la Virgen Asumpta, con túnica roja y manto azul, con dos cabezas de ángeles a los lados de la media luna, que tiene a los pies; otros dos ángeles de cuerpo entero, vestidos y en actitud orante, hacia la mitad de altura del cuadro y otros dos ángeles vestidos y de cuerpo entero sosteniendo una corona sobre la cabeza de la Virgen. El marco es dorado por sus dos orillas y en sus ángulos, y lleva la inscripción así en letras capitales: ESTA IMAGEN Y SEPULTURA ES DE BERNABE SANCHEZ CL.º FINO A 22 DE JUNIO DE 1615.

En la misma nave del crucero del lado de la sacristía vemos otro

cuadro... No sabemos detalles de la composición antigua de los retablos de la parroquia de San Pedro; pero bueno será estudiarlos sobre los probables restos de los mismos diseminados, si ben con analogías que determinan la unidad de su primitiva concepción y realización artísticas.

LXXVI.—PIEZAS DE MUSEO

Algunos de los cuadros que decoran actualmente los muros del templo parroquial de San Pedro son verdaderas piezas de museo, por razón de arte o por razón de inspiración artística. Junto a la puerta de la sacristía se ve un cuadro alargado representando la Adoración de los Santos Reyes, digno de estudio por sus características renacentistas; siguiendo hacia la derecha para dar la vuelta al templo, vemos una Magdalena orante en la cueva de la región de Marsella; otro cuadro de gran tamaño que representa a San Pedro de rodillas mirando al gallo de la Pasión que se adivina en el ángulo superior izquierda y con libro y llaves sobre una piedra; sigue a la derecha un cuadro de la Virgen del Rosario con arco de rosas; un gran cuadro que hace tiempo se cita, y por cierto algunas veces con error, representando a San Pedro «ad vínculo», o sencillamente la Prisión de San Pedro, sorprendido el Apóstol en el momento en que el Ángel del Señor abre la puerta de la cárcel para decirle «Levántate pronto»: está firmado por Morán en 1673.

Debajo del cuadro de San Pedro «ad vínculo» está colocado un *Ecce Homo* también emocionante. Y siguiendo por la nave lateral del lado de la Epístola, como antes solíamos decir, pasado el sepulcro adornado con una escultura de la Inmaculada muy antigua vemos otro cuadro representativo de San Pedro orante. Luego entre los altares de San José, Santísimo Cristo de las Batallas y San Jerónimo, dos cuadros de San Pedro y San Pablo, que se suelen atribuir a discípulos de González Berruguete; pero están muy centrados en el Renacimiento y muy lejos del gran pintor de Paredes de Nava. Estos con los que se hallan dentro del recinto del Baptisterio, representando el primero a Daniel y David, profetas del Antiguo Testamento; San Juan Evangelista y San Juan Bautista, y otros dos cuadros de ángeles, con arpa y con trompeta, más los dos que siguen con la Anunciación, partida, en uno el Ángel y en el otro la Santísima Virgen, cosa que sucede en varios monumentos abulenses, entre ellos las vidrieras de la Catedral en lo alto de la Capilla Mayor, pertenecen a una serie que pudo ser retablo en su primitiva idea. Sigue en esta nave lateral del lado del Evangelio un retrato del venerable Juan de Briviesca, sacerdote abulense del siglo XVI, con la inscripción latina «Bastante, Señor, Bastante»; el siguiente cuadro es de San Bernardo y a continuación uno de la Virgen del Carmen según la vió Santa

Teresa de Jesús en San José amparando bajo su manto blanco a toda la Reforma con la Santa y San Juan de la Cruz en primer término.

Los cuadros restantes en la nave del crucero y Capilla Mayor son en verdad una selección de lo que queda en el templo parroquial de San Pedro de su esplendor antiguo. Sigamos, pues, este somero examen.

LXXVII.—LOS OTROS CUADROS

Entrando finalmente, a la nave del crucero por la puerta de la izquierda de quien dentro del templo de San Pedro mirare a la Capilla Mayor, junto al retablo de San Roque hallará una Virgen bizantina y un San Francisco, así como una Dolorosa, cuadros cuya valoración es muy difícil ya que depende mucho de los varios motivos de la estimación. Y lo mismo cabe decir de los que siguen representando a Santo Domingo de Guzmán recibiendo de la Santísima Virgen el Santo Rosario y a San Simón Stock recibiendo de Nuestra Señora el Santo Escapulario de la Orden Carmelitana. Este último es análogo al que vemos a la derecha de quien mire hacia el altar de San José, en la nave del crucero, y que representa a San Ferreol decapitado según indica el catálogo...

El cuadro de la Virgen del Rosario tiene una inscripción que dice: «Diego González de Vega presbítero faciebat año Domini 1695».

Siguiendo a la derecha, bajo el arcosolio de un sepulcro gótico, llama mucho la atención una pintura que podríamos llamar «La Oración de Jesucristo preso». De rodillas, desnudo cual ha de ser azotado o lo ha sido como indica la corona de espinas, con las manos juntas, ante los hombres les pide que no cometan más pecados y ante Dios Padre que detenga su ira... Santa Teresa Doctora es otro cuadro de gran animación.

En la capilla de la Concepción Inmaculada se ven pinturas murales al fresco en las cuales aparecen santos de diversas Ordenes y bajo los arcos románicos se ve a los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente. Y ya en la Capilla Mayor llama poderosamente la atención un cuadro apaisado como tríptico, cuyo centro es el Nacimiento del Señor y a los lados presenta las imágenes de San Sebastián y Santa Inés: es del siglo XIV y ofrece la particularidad de poner a la Virgen de rodillas ante el Niño Divino Dormido y con San Juan Bautista al lado. Sigue otro cuadro bajo el arco de un sepulcro gótico, también bueno, de la Virgen con el Niño en brazos, siglo XVI. Y enfrente, un San Lorenzo con la dalmática muy amplia. El siguiente es una tabla del siglo XV, que algunos autores atribuyen a Juan de Borgoña: representa a San Juan Evan-

gelista con el cáliz y el áspid saliendo del cáliz, como se pone también el franciscano San Jaime de la Marca, cuando se hizo el milagro idéntico al consagrar, porque le pusieron veneno en el vino. Y, por último, la capilla de San Jerónimo, hay un cuadro de concepción barroca; pero maravillosamente expresiva: un Jesús glorioso, que ofrece al Padre Eterno el Mundo, estando arrodillado Triunfante como en oración interpretativa mostrando al Padre las heridas, las llagas y demás atributos de la Pasión para que tanto sufrir no haya sido en vano.

LXXVIII.—SANTO TOME

Santo Tomás, el apóstol del "*si no lo veo, no lo creo*" y el de la confesión admirable de "*Señor mío y Dios mío*", tuvo templo en nuestra Ciudad, dedicado desde muy antiguo. Por eso suelen las guías y libros abulenses del siglo actual distinguir entre «Santo Tomé, el viejo» y «Santo Tomé, el nuevo». Porque SANTO TOME «EL VIEJO» es un edificio románico, de fines del siglo XII, enclavado en la que llamamos hoy Plaza de Italia, que ha dejado de ser garaje afortunadamente, con portada muy bella discretamente restaurada y arcos, interiores de gran diámetro restaurados en el siglo XVI. Edificio que albergó una de las parroquias subsistentes en Avila hasta el pasado siglo «de las luces», si bien su título y feligresía pasó anteriormente al nuevo «Santo Tomé», que fue iglesia de la Compañía sobre el Palacio de los Dávila, marqueses de Navamorcuende, desde el siglo XVI hasta la expulsión de los Padres Jesuitas en tiempo de Carlos III, en que pasó a ser Palacio Episcopal, comenzando su nuevo destino en 1775; siglo XVIII.

Del edificio de Santo Tomé «el Viejo» queda pues toda la obra maestra, que creemos definitivamente liberada de su servidumbre a usos extraños (paneras, garaje, etc.) a la cultura del espíritu, con el recuerdo del pasaje teresista de estar oyendo Misa la Santa de Avila en el entonces templo santo y predicar un sacerdote contra las monjas inquietas y andariegas con clara alusión a la Madre, quien escuchaba con paz singular de alma y placidez absoluta en su rostro, al contrario que su hermana doña Juana de Ahumada, quien con ella estaba con gran sofoco y no poco rubor, hallándose también entre los hombres el marido de doña Juana, don Juan de Ovalle...

No hay más. La riqueza de ornamentos, esculturas y cuadros, quedó dispersa

El traer a este punto la reseña de los templos de Santo Tomé se debe a que el actual, en la plaza del Teniente Arévalo, es iglesia filial de la

parroquia de San Pedro desde que desapareció la parroquia de Santo Tomé, con las de San Nicolás, San Esteban y San Andrés, que quedaban de la última Concordia, con el acoplamiento correspondiente de las feligresías. También a este punto ha de venir la ermita de Nuestra Señora de las Vacas, de tanta veneración popular por ser una de las cinco advocaciones marianas típicamente abulenses. En el edificio de SANTO TOME «EL VIEJO» se ve la estructura del palacio antiguo románico en los ajimeces y escaños de sus ventanas, pétreos asientos a los lados, cual han sido descubiertos en nuestros días con acierto. Y la línea del ábside recuerda la estructura de las cabeceras de capillas románicas también. Pudo tener capilla el palacio de don Enrique Dávila, primer marqués de Navamorcuende.

LXXIX.—EVOCACIONES EN SANTO TOME

Entrando en el templo de Santo Tomé, de la plaza del Teniente Arévalo, vemos la imagen de San Gil Abad, aquel que una cierva perseguida por el conde Childeberto descubrió en el retiro de sus austeras penitencias. La imagen es una talla preciosa, en la que San Gil aparece de tamaño natural, con los atributos del báculo y la cierva. Como todos los santos franceses venerados en la Tierra de Avila por habernos traído su devoción los caballeros de Borgoña que acompañaron al buen conde don Ramón, yerno de Alfonso VI, en la repoblación de la ciudad, San Gil, tuvo su capilla extramuros al Este, que fue luego parroquia en la cual se estableció en el año 1553 la Compañía de Jesús y siendo más tarde monasterio de San Jerónimo. Los primeros jesuitas de esta Casa fueron los abulenses Hernán D'Alvarez del Aguila y Luis Medina, siendo Obispo don Diego de Alava y Esquivel. De los más famosos Padres de la Compañía en esta residencia fue Baltasar Alvarez, confesor de la Santa en sus más difíciles tiempos de dudas acerca de su espíritu, y fue también conventual o al menos residente por algún tiempo hacia 1557 el Gran Duque de Gandía, San Francisco de Borja. El Colegio de San Gil se trasladó a las casas de los Navamorcuende y Dávila y Villatoro en 1623, que las había comprado a tal fin el Cardenal Patriarca de las Indias, don Diego de Guzmán, muerto en Ancona (Italia) antes de que fuera terminada su acomodación al nuevo destino. Al ser expulsados los jesuitas de España en el reinado de Carlos III, su residencia se convirtió en Palacio Episcopal.

El tesoro del templo de Santo Tomé era cuantioso y vario: algunas muestras quedan en el arte barroco de los retablos y en el cómputo de vestiduras litúrgicas. En la sacristía se ve una cajonería de madera de nogal y un cuadro grande representando a San Joaquín con su Hija, la

Santísima Virgen, con rico marco. El altar mayor, adaptado al fondo y techo absidal, es barroco, dorado y adornado con las imágenes del Titular del templo, y de los Apóstoles Hijos de Zebedeo, Santiago en traje de peregrino y San Juan; de San José y Santa Teresa de Jesús. Dos grandes cuadros, descriptivos como toda la pintura barroca, representan la aparición de Jesucristo a San Ignacio de Loyola y el entierro de la emperatriz Isabel o conversión de San Francisco de Borja, con la visión de la Santísima Virgen o vocación del Santo Duque de Gandía para un servicio mejor: «No más abrasarse el alma / en sol que apagarse puede: / No más servir a señores / que en cenizas se convierten». Con estos versos es sabido que condensó Zorrilla en romance aquel tremendo pasaje que representa el cuadro, al abrir para certificación el ataúd de la esposa del César Carlos y exclamar el caballero: «¡No más servir a señores que se me puedan morir!»

LXXX.—RECREO ESPIRITUAL

Recorriendo las tres naves de la iglesia de Santo Tomé gozamos del recreo espiritual de muchas consideraciones sobre aquella devoción que propaga el arte desarrollado bajo sus bóvedas.

En las naves del templo de Santo Tomé nos gusta la disposición de la Capilla Mayor, su orden barroco, y su pulcritud y así en el resto del templo, tan cuidado como acogedor. La galería del *triforium* ensancha su capacidad. El tornavoz del púlpito con sus estatuitas es otro adorno de gran volumen. Y también los cuadros pintados, con marcos dorados y remate de cornucopias bien talladas y doradas, son estimables por su valor, y devotos por sus motivaciones: San Ignacio, abanderado de Cristo (que sabe muy bien elegir en su meditación de «Las Dos Banderas»); San Estanislao de Kosta, y San Luis Gonzaga; San Francisco Javier, San Francisco de Borja; los tres hermanos de la Compañía de Jesús que padecieron martirio en el Calvario de Nagasaki con San Pedro Bautista, y que tanto en este cuadro de la nave central del templo como en el retablo de la capilla absidal de los espejos, dedicado actualmente a la Inmaculada Concepción, sino que en este altar puestos en relieve, en sendos óvalos, están representados con los atributos del martirio: cruces y lanzas. Son los Santos Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisay.

El altar de la Inmaculada mencionado, con su ornato de espejos, incluso en el frontal de su mesa, resulta muy hermoso, con la disposición de sus múltiples adornos y queda rematado con una imagen de Santa Teresa de Jesús. Sobre la puerta de la sacristía hay una imagen de Santo Tomás Apóstol. Los altares de las naves laterales se hallan dedicados a San Ignacio de Loyola con cuadros de San Miguel y San Rafael y mucho

adorno de uvas y hojas de parra en las columnas salomónicas, y a San Francisco Javier con cuadros representativos de Santa Ana con la Virgen adolescente y Santa Isabel con San Juan Bautista y el Agnus Dei. Son notables las alegorías de las bóvedas con leyendas como «Dame las almas, deja lo demás para ti»; «Lirio entre espinas»; «Fuente sellada»; «Rosa mística», etc. Son notables los cuadros de La Santa Misa por las almas del Purgatorio; la Inmaculada y el retablo e imagen de la Virgen del Consuelo en su capilla; el gran cuadro de Jesús Crucificado en que el artista sigue la idea de cubrir con sombras el rostro de María por serle muy difícil expresar el dolor materno en el Calvario... Fue el de Santo Tomás un templo enriquecido con muchas reliquias entre las que conocemos las del cuerpo de San Fortunato joven mártir, en el altar indulgenciado del Consuelo.

LXXXI.—NUESTRA SEÑORA DE LAS VACAS

Todos los años el segundo domingo de mayo se celebra en Avila una fiesta simpática y esplendorosa en honor de Nuestra Señora de las Vacas, que tiene también el título de Nuestra Señora de la Mariposa, cuyo santuario depende de la parroquia de San Pedro Apóstol situado al mediodía del templo parroquial. En la plazoleta de la ermita no hay ya fuente con pilón; pero aún se ve la cruz de piedra, colosal pieza granítica.

Sabemos que en el siglo XIII había una ermita, perteneciente a la Orden de San Juan de Jerusalén, surgida como consecuencia de la aparición de la Santísima Virgen a cierto carbonerillo... Sin duda se trata de una imagen antiquísima de la Madre de Dios, de las que los cristianos ocultaron cuando huyeron ante la invasión agarena, que apareció en este lugar, en donde estaban pastando unas vacas. La devoción popular erigió una ermita en su honor creciendo el amor a la Divina Señora por los favores que dispensó siempre a quienes la invocaron con este título eminentemente campesino: NUESTRA SEÑORA DE LAS VACAS.

En el siglo XV construyó el primer cuerpo del edificio actual con su airosa espadaña el nobilísimo caballero don Juan Núñez Dávila. La fachada es graciosa con ojo redondo y pórtico sostenido por cuatro columnas. Entrado ya el siglo XVI fue construída la cabecera con sillares graníticos, remate de balaustrada y bolas típicas del estilo herreriano, por el sacerdote Alonso Díaz, cuya sepultura y la de sus padres, don Alonso Díaz y doña Magdalena Martínez, vemos a uno y otro lados de esta capilla mayor. Son artísticos, muy bellos, los ventanales y los relieves de los cuatro evangelistas en las pechinas en que apoya la bóveda maravillosamente labrada: todo granítico.

El retablo del altar mayor es obra de Lucas Giraldo y Juan Rodríguez, representando en altorrelieves varios pasajes de la vida de la Santísima Virgen: en sendos tondos, como en el trascoro catedralicio, San Joaquín y Santa Ana, y la Visitación; laterales, el nacimiento de la Santísima Virgen y sus Desposorios con el glorioso Patriarca San José; luego la Anunciación y la Epifanía, y como todas las grandezas de María le vienen de ser Madre de Dios, la hornacina central es para Nuestra Señora de las Vacas, con su Divino Hijo en los brazos, rematando el conjunto la Asunción a los Cielos.

Este título de Nuestra Señora de las Vacas es el más popular entre las advocaciones marianas típicamente abulenses, dentro de la ciudad, pues el título de Sonsoles tiene categoría de diocesano. La romería de «Las Vacas» es de las más animadas que aún se celebran en Avila.

LXXXII.—LA SANTISIMA TRINIDAD

El buen caballero y valeroso capitán don Juan Núñez Dávila vivía en la ciudad descansando de campañas pasadas gozando fama de bueno, hacia los años de la decena del 1460: «si hubo nidos antaño, no había pájaros hogaño...» Y en la paz de su espiritual reposo dedicó sus bienes a la reedificación de templos, como dice el cronista Gil González: «Reedificó las iglesias: del convento de religiosos carmelitas, de San Silvestre; de la Santísima Trinidad, de Nuestra Señora de la Antigua, y además fundó la del hoy colegio de San Millán en que está sepultado y la de Nuestra Señora de las Vacas». Efectivamente hemos conocido su sepulcro en la capilla del desaparecido colegio de San Millán cuya estatua yacente, labrada en alabastro, preciosa, está instalada en un rincón del santuario de Nuestra Señora de las Vacas.

El convento de San Silvestre hoy es cárcel; Nuestra Señora de la Antigua es el Internado Teresiano y la capilla de la Santísima Trinidad desapareció cuando la invasión de los franceses: se hallaba en lo que aún llamamos Cerrillo de la Trinidad, entre la plazuela de Juan Jorge y Carrera de Santo Tomás o calle de Jesús del Gran Poder. Empero de la devoción a la Santísima Trinidad en esta capilla quedan unos recuerdos dentro de la ermita de Nuestra Señora de las Vacas, de ellos los más interesantes los bordados del reverso del estandarte de la Virgen representando el simbolismo del triángulo equilátero que dice más de lo que vulgarmente se supone y un cuadro en la sacristía en el cual las tres divinas Personas se hallan representadas antropomórficamente, recordando el Símbolo de San Atanasio que tanto insiste *"en la Trinidad de una misma substancia"*; de modo que, «confesando la divinidad verdadera y eterna adoramos la propiedad de las personas, la unidad en la

esencia y la igualdad en la majestad». Así el triángulo del estandarte pone muy bien en el centro la palabra DIOS; en los vértices de los ángulos, las palabras Padre, Hijo y Espíritu Santo; y en cada una de las bisectrices, la palabra ES; en cada uno de los lados, las palabras NO ES. Y se compendia en todo que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, mientras que el Padre no es el Hijo; el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo, que las Personas Divinas son distintas, y Dios, Nuestro Señor, uno solo.

En la fiesta de la Santísima Trinidad celebra solemne función religiosa la Cofradía de Nuestra Señora de las Vacas, con procesión hasta el templo parroquial de San Pedro figurando en ella la imagen de la Virgen Santísima y su estandarte.

LXXXIII.—LOS SANTOS HERMANOS MARTIRES

Vivían en Talavera de la Reina por los años de 305, época que se designa en las historias eclesiásticas con el nombre de ERA DE LOS MARTIRES por los muchos cristianos sacrificados en la décima persecución de las romanas siendo emperador Diocleciano y prefecto suyo en España el crudelísimo Daciano, tres hermanos, llamados Vicente, Sabina y Cristeta. Vicente fue preso; pero prodigiosamente libertado, a ruegos de sus hermanas, vino hasta la ciudad de Avila, esquivando la persecución de los esbirros de Daciano, acompañado por ellas, a través de la Serranía que aún llamamos de San Vicente, divisoria de las tierras abulenses y toledanas, en donde un pueblo, que fue de la Diócesis de Avila hasta el Concordato de 1953 y arreglo de las Diócesis españolas, tiene por nombre Real de San Vicente.

En Avila fueron detenidos por los perseguidores. Tenaces en su empeño, dieron testimonio firme de su fe cristiana y fueron martirizados poniendo sus cuerpos en cruces de aspas giratorias sobre su centro, de manera que sujetos los brazos a los extremos superiores de las cruces y los pies a los extremos inferiores, los verdugos pudieran descoyuntar sus miembros dolorosamente juntando en la tensión horrible la mano y pie del lado respectivo. Luego trituraron los cráneos de los Mártires entre piedras o aplastándolos entre maderos como se ven representados en vidrieras y en relieves de la Catedral. Los cuerpos venerables fueron arrojados en un muladar y un judío, según la piadosa tradición histórica, fue a profanarlos, cuando de la hendidura de una roca salió un enorme reptil que le atacó: el judío invocó la protección de Cristo por la intercesión de sus Mártires ofreciendo la construcción de un sepulcro para sus cuerpos venerandos. El reptil se retiró inmediatamente y el

judío cumplió su promesa, construyendo un primer templo del título de San Vicente y sus Hermanas.

Al huir los cristianos de la invasión agarena en el año 711 escondieron muchas reliquias de santos e imágenes, principalmente de María Santísima; pero los cuerpos de San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta, prefirieron llevárselos a su refugio de las tierras leonesas y asturianas. En tiempos de Fernando I «El Católico» nos consta por el testimonio de Gonzalo de Berceo en su Vida del Glorioso Santo Domingo de Silos que fueron trasladados al Monasterio de San Pedro de Arlanza: "*Aduxieron el cuerpo del Sennor San Vicent / e de las sus ermanas onrado bien de gent...*" Y en otro pasaje del mismo libro: "*Áduxieron los cuerpos otro día mannana / de Vicente Sabina e Cristeta su hermana*".

Al ser repoblada, fueron traídas las venerables reliquias de nuevo a esta Ciudad.

LXXXIV.—LA BASILICA

Si no se hubiesen traído a nuestra ciudad «los cuerpos», o reliquias insignes de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, una vez que definitivamente quedó repoblada en los años finales del siglo undécimo, reinando Alfonso VI en Castilla, ¿para qué la erección de joya tan preciosa de la escultura románica como es el sepulcro a la derecha del crucero mirando a la Capilla Mayor y el suntuoso templo, cuyo título de *basílica* le proclama *morada del Rey*, así como su designación de *iglesia juradera*?...

Tiene la Basílica de los Santos Hermanos Mártires suma importancia desde su construcción en la Historia de Avila y trasciende a la Historia Nacional por muchos motivos. Y la principal fuente de información para el conocimiento de sus glorias ha sido el manuscrito del beneficiado de la misma Bartolomé Fernández Valencia titulado "*Historia y grandezas del insigne templo, basílica y santuario de los Santos Vicente, Sabina y Cristeta*".

La planta del edificio es una cruz latina de dibujo muy acabado y su arquitectura no se sale de los moldes bizantinos, recientes en Castilla cuando se construía el templo con la traza del fabuloso Maestro Fruchel, Eruchel o Cruchel, que de todos estos modos se ve trasladado el nombre por diversos tratadistas. La reparación primitiva que se observaba en los arcos torales principalmente, y el sucesivo engrandecimiento, se debió a los piadosos esfuerzos de Fernando III «El Santo», de su hijo Alfonso X «El Sabio» y de Alfonso XI «El Justiciero» que fue uno de

los «reyes niños» de Avila, llamada «de reyes Alfonsos, Madre». Las últimas reparaciones efectuadas recuerdan nombres de notables arquitectos, cuales Hernández Callejo y Repullés, y de venerables sacerdotes como don Robustiano Pérez Arroyo, entre otros.

Al exterior ofrece la silueta inconfundible y gallarda de los ábsides, de noche iluminados con el conjunto del maravilloso edificio, que brinda la fantástica visión de su alta linterna sobre el crucero, sus ventanales, su ornato, los ajimeces de su torre mocha y la peculiaridad de los remates berroqueños de la torre de las campanas, con arquivoltas vueltas en los vanos terminados muy originalmente en punta... Y el amplísimo pórtico que algunos aseguran corresponde al siglo XIV y que si es verdad que nos sorprende por vacío en el ángulo suroeste, no es menos cierto que se perdona el error de su construcción por su mucha utilidad como solana y a lo largo de los siglos el servicio de variados menesteres, además de su esbeltez.

Esta histórica Basílica fue declarada monumento nacional por Real Orden de 26 de julio de 1882.

LXXXV.—VISTA DE LA BASILICA

Cuatro frentes tiene al exterior la Basílica de los Santos Hermanos Mártires, Vicente, Sabina y Cristeta, mirando a cada uno de los puntos cardinales. La fachada principal, a occidente, presenta una gran ojiva dando ingreso al atrio y formando pórtico entre las dos torres que avanzan. Es sabido que las basílicas recogieron en su estructura arquitectónica las notas características de las capillas subterráneas de las catacumbas, trasladadas en esquema a los templos de la Roma cristiana: esta es la *Porta Basílica*, o acceso principal. En el interior se verían dos separaciones y sus entradas respectivas, conforme se adentran los fieles hacia la Capilla Mayor, las cuales tomaban los nombres de *Porta Speciosa* y *Porta Sancta*. No quedan ya estas dos puertas en el templo basilical abulense; pero la primera, la *Porta Basílica* es preciosa en verdad, que si no pertenece a los mejores tiempos del arte bizantino, acusa en cambio la delicadeza en la fortaleza de este género de arquitectura románica.

La estatua del Salvador, en actitud de magisterio, en el parteluz de la entrada dividida en dos arcos; las estatuas de los Apóstoles como atlantes de las arquivoltas del arco abocinado; las cabezas de toro, y de león, los follajes, que dejan al descubierto sus finísimos filamentos; las aves aprisionadas en la espesura y toda clase de animales, que se esfuerzan en vencer la resistencia que impide sus movimientos, consti-

tuyen las galas de aquellos arcos y de aquellos capiteles, de una pureza en su género comparable sólo con la del estilo corintio. Ciertamente que muchos de los detalles descritos se deben a una reconstrucción imaginaria, porque todo el conjunto se aprecia muy deteriorado; pero aún es muy estimable lo que nos dejó la incultura principalmente de la francesada y del liberalismo, la fobia violentamente antieclesial del «siglo de las luces». La representación de los dos pasos de la parábola de Lázaro, el pobre, y su muerte, contrapuesta con la vida y la muerte del rico Epu-lón, recuerda el poema de Gonzalo de Berceo titulado «El Labrador Avaro».

La puerta del sur no es tan rica como la principal. Los adornos de sus siete arcos son interesantes, destacando el anagrama de Cristo en la clave del arco menor; las estatuas de la Anunciación al lado izquierdo y las tres del lado derecho, en las que cada cual puede ver aquello que le recuerden: siendo para unos el Rey David, San Joaquín y Santa Ana; para otros Alfonso VI y sus hijos repobladores de Avila, el matrimonio formado por doña Urraca y el Conde don Ramón, y para otros el Rey Santo, su esposa y su hijo Alfonso X, «El Sabio». También puede ser Isaías, Daniel representado como adolescente y David, tres profetas eminentemente mesiánicos en esta puerta del Alfa y Omega...

LXXXVI.—VERSOS...

Se transcriben a continuación de la «Vida de Sancto Domingo de Si-llos» por Gonzalo de Berceo los pasajes que se refieren a los Santos Her-manos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, versos 252 al 285. Es de advertir que Martín Carramolino, en el tomo segundo de su historia ha-ce una transcripción muy alterada de sólo treinta y seis versos tomán-dolos de la Historia del Padre Ariz, quien da el apellido Mexia al «Maes-tro Gonzalo de Berceo nomnado».

*Señor Sancto Domingo, confesor tan onrado, / Debe a San Martino
ser aparejado, / Que vio a don Christo del manto abrigado, / El que
dado ovo al mesquino lazado. / El confesor glorioso digno de ado-
rar, / En todas las maneras lo quiso Dios onrar, / En todos los oficios
lo quiso eredar, / Por en el paraíso mayor gloria le dar, / Enna sazón
primera fo pastor de ganado, / Un oficio que era esi tiempo usado: /
Desend apriso letras, fo preste ordenado, / Maestro de las almas, discre-
to, é temprado, / Después fo ermitaño en que fo muy lazado, / Vivien-
do por los yernos del pueblo apartado, / Vendiendo malos ges-
tos, mucho más encontrado, / Do sufrió más martirio, que algún
martirizado. / Desed entró en orden, fizo obediencia, / Puso todo su
pleito en agena potencia, / Probó cómo tan bueno fo de tal paçien-
cia, / Como si lo oviese priso en penitencia. / Aun de la mongía subió*

en mayor grado, / El abat de la casa dióle el priorado, / Todo vos lo
 avemos dicho, é renunzado / El qual fuego se vio cómo fue socarra-
 do. / En cabo el bon omne pleno de santidat, / Porque fose complido de
 toda dignidat, / Quísolo Dios que fuese electo en abat, / El elector en
 ello non erró de verdat. / Sin todas estas onras que avie reçebidas, /
 Dióli Dios otras graçias onradas, é complidas, / De ver visiones, perso-
 nas revestidas, / Oir tales promesas, quales vos e leidas. / Aun sin esta
 toda tan luenga ledania, / Diéronle otro preçio Dios, é Sancta María, /
 Pusieron en su lengua virtut de propheçia. / Ca prophetizó sin dubda
 esto por çoñocia. / Por amor que creades que vos digo verdat, / Quiero
 vos dar á esto una auctoridat, / Como fó él propheta, fabló çertane-
 dat, / Por ond fó afirmada la su grant sanctidat. / San Viçent avie nom-
 bre un mártir ançiano, / Sabina, é Cristeta de ambas fó ermano, / To-
 dos por Dios murieron de violenta mano, / Todos yaçien en Avila, non
 vos miento un grano. / El rey don Fernando siempre amó bondat, / Et
 metie en complirlo toda su voluntat, / Asmó de traslaudarlos á mejor
 sanctidat, / Et mételos en tumbas de mejor onestat. / Asmó un buen
 consejo esa fardida lenza, / Traerlos á San Pedro, que diçen de Arlan-
 za: / Con ese buen conviento avrien mejor fincanza, / Serien mejor ser-
 vidos sin ninguna dubdanza. / Contra tierras de Lara faza una contra-
 da, / En rio de Arlanza, en una reconada, / Yaçie un monesterio, una
 casa onrada, / San Pedro de Arlanza es por nombre clamada. / Avia y
 un abat sancto, servo del Criador, / Don Garçia por nombre, de bondat
 amador, / Era del monesterio cabdiello, é señor, / La grey demostraba
 cuál era el pastor. / En visión le vino de fer un ministerio / Aquellos
 sanctos mártires, cuerpos de tan grant precio, / Que los desoterrase del
 viejo çiminterio; Et que los aduxiese pora'l su monesterio. / Fabló con
 el rey al que Dios de bon paso, / Al que diçien Fernando, un principe
 muy preçioso / Tóvolo por buen seso, é por fecho fermoso, / Non fo
 para complirlo el abat perezoso. / Convidó los obispos, é los provincia-
 les, / Abades, e priores, otros monges claustrales, / Diáconos, é prestes,
 otras personas tales, / De los del señorío todos los mayores. / Foron
 y caballeros, é grandes infanzones, / De los pueblos menudos mugieres,
 é varones, / De diversas maneras eran las proçesiones, / Unos cantaban
 laúdes, otros diçien cançiones. / Aduxieron el cuerpo de señor Sant Vi-
 cent, / Et de las sus ermanas onrado bien, é gent, / Todos cantando
 laúdes al Dios omnipotent, / Que sobre pecadores o siempre cosiment. /
 Travesaron el Duero, esa agua cabdal, / A bueltas Duratón, Esgueva
 otro tal, / Plegaron á Arlanza açerca del ostal. / Non entraren las gen-
 tes en sibelque corral. / Señor Sancto Domingo el natural de Cañas, /
 Que nasció en bon punto, pleno de bonas mañas. / Y vinie cabdellando
 esas bonas campañas, / Façiendo captenençias, que non avrien cala-
 ñas. / Condensaron los cuerpos otro día mañana, / Vinçençio, é Sabina,
 é Cristeta su ermana. / Metiéronlos en tumba firme, é adiana, / Façia
 grant alegría esa gent castellana. / En esa traslatión d'estos tres erma-
 nos / Fueron muchos enfermos de los dolores sanos. / Los unos de los
 pìedes, los otros de las manos, / Ond rendien á Dios graçias, christia-

nas, é christianos, / Abades é obispos é calonges reglares / Levaram end reliquias todos á sus logares. / Mas el abat de Silos, é sus familiares / Solo non las osaron tañer de los polgares / Veno á su monesterio el bon abat beneito, / Fó de sus compañeros mucho bien regeído, / Dixo el benedixite en voz muy sabrido, / Dixieron ellos, Dominus, en son bono complido. / Dixoles al conviento: "por Dios que me oyades", / Saludarvos embían obispos, é abades: / "A rogarvos embían; por Dios que lo fagades, / "En vuestras oraçiones que vos lo regeibades". / "Señor dixieron ellos, quando á ti cobramos, / "A Dios rendemos graçias, más alegres estamos, / "Eso al que nos diçes todo lo otorgamos, / "Mas por una cosiella murmurantes estamos. / "De las sanctas reliquias, que á cuestas traxiestes, / "A quantos las pidieron, d'ellas á todos diestes, / "A vuestro monesterio d'ellas non aduxiestes, / "Tenemos que en esto negligencia fiçiestes". / Fabló contra est dicho la boca verdadera, / Redudió buena-miente, dió repuesta çertera: / "Amigos, diz, por esto non ayades dentera, / "Dios vos dará consejo por alguna manera. / "Si vos á Dios leales quisiéredes ser, / "Et los sus mandamientos quisiéredes tener, / "El vos dará reliquias, que veredes plaçer, / "Yo sé que non podredes en esto falleçer. / "Si non vos tollieren nuestros graves pecados, / "Cuerpo sancto avredes, que seredes pagados, / "Seredes de reliquias ricos, é abóndados, / "De algunos veçinos seredes embidiados". / Señor Sancto Domingo, que esto les diçie, / Prophetaba la cosa, que avenir avie, / Maguer lo prophetaba, él non lo entendie, / Que esta propheta en él mismo cayie.

LXXXVII.—AMBIENTACION

Es notorio que Berceo tuvo alguna relación con Avila por lo benedictino a través de nuestro Monasterio de Nuestra Señora de la Antigua en conexión con el de la Valvanera en la Rioja. Para tener una disposición particularmente interesada en la visita de la Basílica de los Santos Hermanos Mártires, Vicente, Sabina y Cristeta, y comprender la ciencia y el arte románicos en feliz conjunción y armonía, bueno será leer esta composición de Gonzalo Berceo, undécima del libro de «Los Miráculos de Nuestra Señora», según la transcribe la Colección «Clásicos Castellanos», Espasa-Calpe, Madrid, 1934, págs. 68 y siguientes, después de haber contemplado, o al tiempo de contemplar, los dos relieves referentes a la Parábola de Lázaro, el Pobre, y Epulón, el rico, y la muerte de ambos, en la puerta principal, mirando a occidente:

EL LABRADOR AVARO.—Era en una tierra un omne labrador, / Que usava la reia más que otra labor: / Mas amava la tierra que non al Criador, / Era de muchas guisas ome revolvedor. / Fazie una nemiga, faziela

por verdat, / Cambiava los mojones por ganar eredat: / Façie a todas
guisas tuerto e falsedat, / Avie mal testimonio entre su vecindat. / Que-
rie, pero que malo, bien a Sancta Maria, / Udie sus miráculos, davalis aco-
gía; / Saludavala siempre, decielá cada día: "Ave gracia plenz que parist a
Mesia". / Finó el rastrapaia de tierra bien cargado, / En soga de diablos
fue luego cativado, / Rastravanlo por tienllas, de cozes bien sovado, / Pe-
chavanli a duplo el pan que dio mudado. / Dolieronse los angeles deesta
alma mesquina, / Por quanto le lavaban diablos en rapina: / Quisieron
aconelli, ganarla por vecina, / Mas pora fer tal pasta menguabalis farina. /
Si lis dizien los angeles de bien una razon, / Ciento dicien los otros, malas
que buenas non: / Los malos a los bonos tenienlos en rencon, / La alma
por peccados non issie de preson. / Levantosse un angel, disso: "Io so tes-
tigo, / Verdat es, non mentira, esto que io vos digo: / El cuerpo, el que
trasco esta alma consigo, / Fue de Sancta Maria vassallo e amigo. /
Siempre la ementava a iantar e a cena: / Diziele tres palabras: "Ave
gracia plena" / La boca por qui essie tan sancta cantilena, / Non mere-
cie iazer en tal mal cadena". / Luego que esti nomne de la Sancta Rei-
na / Udieron los diablos, cojieronse ad ahina, / Derramaronse todos
como una neblina, / Desampararon todos a la alma mesquina. / Vidie-
ronla los angeles seer desenparada, / De pienes e de manos con sogas
bien atada, / Sedie como oveia que iaze ensarzada, / Fueron e adussie-
ronla pora la su maiada. / Nomne tan adonado e de vertut atanta / Que
a los enemigos seguda e espanta, / Non nos deve doler nin lengua nin
garganta, / Que non digamos todos: "Saive Regina sancta".

LXXXVIII.—EN TORNO AL EXTERIOR

Hagamos una recopilación en torno al exterior de la Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta de aquello que nos queda por decir:

—La tradición señala el origen de tan notable iglesia en el martirio de los Santos titulares, contados entre los «Patronos Principales de Avila», fijando la fecha de 27 de octubre del año 306. La festividad se celebra el 31 de agosto desde el año 1591 conforme consigna el Padre Juan Croisset en su Año Cristiano, quien dice además, después de recoger historia y tradición, lo siguiente: «El culto de estos Mártires se extendió desde luego por toda la Iglesia, según consta así del oficio antiguo muzárabe, como de los martirologios de Usuardo y Adon, del Romano y otros. Don Lucas de Tuy dice que el Rey Fernando I, después de trasladar a León el cuerpo de San Isidoro de Sevilla, llevó de Avila los de San Vicente y sus dos hermanas, conservando en León el cuerpo de San Vicente con algunas reliquias de Sabina y Cristeta, cuyos cuerpos puso,

parte en San Pedro de Arlanza y parte también en Palencia; pero se cree que la mayor parte de ellas existen *en los sepulcros* de Avila, como consta del privilegio de don Fernando IV, que publicó Gil González en que aquel Rey confirma todas las franquicias y libertades que don Alfonso, su abuelo (El Rey Sabio), y don Sancho su padre, hicieron a aquella iglesia». Sabemos que entre los privilegios de tan santo templo figura el de ser iglesia juradera en Castilla, entre las más notables, con San Isidoro de León y Santa Gadea de Burgos.

—En la sepultura del judío dice que el templo primitivo se construyó en el año 307. Sobre aquel solar se alzó la Basílica.

—Al restaurar la Basílica se hallaron dos vasos funerarios antiguos y ciertos cimientos, que dicen los libros podrían ser del templo antiguo erigido por el judío a modo de casa particular, reconstruido *en romano* al cesar la persecución...

—La puerta del norte tiene la particularidad de no servir de acceso normal para uso de los fieles, puesto que su altura sobre la carretera reduce su uso a la posibilidad de procesiones en el atrio, muy romántico por su silencioso retiro, los sepulcros de cuya pertenencia da cuenta una lápida que dice «12 de abril de 1477, se escomanzó este sagrario (*sacristía*) siendo cura el bachiller de Lora y mayordomo Jimén Muñoz, cuyas son estas sepulturas. Acabóse 8...» El conjunto de la portada es un románico perfecto: a cada lado dos columnas con capiteles que figuran aves y bichos diversos. Los adornos de los arcos son flores. Y los sepulcros mencionados en el muro de la sacristía presentan las ordinarias características del estilo gótico.

LXXXIX.—SECRETOS DE PIEDRAS VIEJAS

Nuevas notas ofrece la Basílica de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, dignas de ser tenidas en cuenta:

Las capillas existentes bajo las torres, que dentro de la estructura del gran templo románico, lo mismo que en la Catedral, correspondían al catecumenado y a los penitentes son arquitectónicamente muy bellas. Las rejas de madera denotan trabajo mudéjar, lo mismo que algunos adornos interiores de la que vemos a la izquierda mirando al pórtico. Pertenecieron tales capillas a las ilustres familias Palomeque y Orejón por haber defendido el templo desde cada una de dichas torres o haber tenido a su cargo la teórica defensa después de la repoblación de la ciudad frente a posibles ataques de los moros.

En la fachada sur, sobre el muro del templo, es admirable la corni-

sa superior, de la que afirman autores de la Historia del Arte que no existe otra cosa de tamaña importancia: son efectivamente abundantísimos los motivos de ornato y de adoctrinamiento que tanto simbolismo de animales y plantas presentan. Don Antonio Veredas contó doscientos siete sólo en esta fachada del templo, debajo y encima del tejado del pórtico.

Son sepulcros notables bajo el pórtico los dos de traza gótica a la derecha de la puerta de entrada a la Basílica, con nichos de arco semicircular, archivoltas conopiales, decorados de pomas y escudos con trece estrellas, una inscripción dice: «Cristóbal Muñoz, cuya es la memoria que está escrita en la capilla de San Nicolás: Alvar Gómez, su padre; Catalina de Salazar, su madre, y Hernán Gómez, su hijo».

José Belmonte Díaz, en su libro LEYENDAS DE AVILA recoge la referente al banco actual, que fue conjunto de sepulcros adosados a lo largo del muro del templo, protegidos por la pesada cubierta granítica, con el título de LA VENGANZA DEL ABUELO. Sitúa el acontecimiento en el atardecer del día 8 de noviembre de 1529. Y dice poéticamente lo que cuenta la tradición: dos jóvenes un tanto desaprensivos esperan a una dama. Uno enamorado y el otro guardaespaldas para una premeditada acción criminal. En la espera, comentan... Y he aquí que advirtieron una trepidación violenta de la lápida en que se hallaban sentados. Mutuamente se recriminaron miedo; pero se alzó la lápida con tal violencia que dió con ellos en el suelo... El sacristán les revelaría después que se habían sentado sobre el sepulcro del abuelo de la dama que esperaban. Y ambos, envueltos en sus capas largas, huyeron despavoridos en el silencio de la noche... Se termina contando cómo aquel caballero, antes osado, desvergonzado y tal, fue luego digno de la ciudad en donde había nacido... Quienes tratan de Avila suelen a su modo recoger esta leyenda con adornos imaginativos.

XC.—NUESTRA SEÑORA DE LA GUIA

Mirando los sepulcros de la fachada sur de la Basílica de los Santos Mártires, desde aquel del siglo XIV anónimo con arcos geminados, cornisamento en disposición de templete y escudo con dos osos y un león, sobre el muro de la torre sin campanas, hasta los otros tres de parecida estructura en el muro del crucero con escudo de águila y estrellas y adorno de malla, que dicen diversos autores pertenecer a caballeros de las familias Bracamonte, Palomeque, Orejón, Cimbrón, Salazar..., paramos durante largo rato ante la imagen de Nuestra Señora de la Guía, venerada desde tiempo inmemorial, bajo la hornacina que la cobija. Parece pintura en tabla, abundantes en el estilo románico bizan-

tino, muy bien protegida de las inclemencias del tiempo por un cristal, pero que no debió siempre haberlo estado, por lo que resultaría prodigioso el hecho de su conservación a pesar de lo avanzado del arco protector de los agentes erosivos, si no supiéramos que fue repintada con devoción fervorosa, con cuidado religioso, con respeto exquisito a lo antiguo y técnica de artista romántico y de dibujante meticuloso por el insigne pintor abulense, D. Manuel Sánchez Ramos, hacia 1880, habiendo comenzado tal vez la restauración su padre por motivo de ofrecimiento y acción de gracias. Sería curioso conocer la técnica de su restauración pues los colores son lo suficientemente vivos y gastados al tiempo para el realce de la representación piadosa, bellísima y expresivamente bizantina.

Poco más o menos los historiadores, cronistas y descriptores de las Cosas de Avila dicen lo mismo desde el padre Ariz a nuestros días: «Sobre uno de los contrafuertes angulares del hastial del crucero, se conserva la imagen de Nuestra Señora de la Guía, *ante la cual se postraban los caballeros avileses, al marchar a los campos de batalla y a su retorno de ellos*».

El cronista Mayoral, en su libro de AVILA EN LOS VIEJOS Y LOS NUEVOS CAMINOS tampoco dice más: «Imagen de la Virgen de la Guía», la guía de los caballeros de Avila, que se arrodillaban ante ella al ir y volver de los caminos en guerra». El marqués de San Andrés en su AVILA Y SUS MONUMENTOS da el detalle en el año 1922 al decir: «La imagen que existe actualmente es obra del notable pintor abulense D. Manuel Sánchez Ramos, que todavía vive». Es el hijo del pintor, don Manuel Sánchez Prieto, a quien se deben los datos de sus lejanos recuerdos infantiles. Y tiene la «Virgen de la Guía» la importancia de recoger en esta imagen una devoción abulense, no sólo de legendarios homenajes de caballeros armados, sino de sencillas plegarias de caminantes pacíficos —entre ellos la Santa—, que tal vez comenzaron en la repoblación de la Tierra de Avila.

XCI.—LA GUIA DE NUESTRA SEÑORA

Las advocaciones marianas típicamente abulenses son «Nuestra Señora de la Soterraña», «Nuestra Señora de Sonsoles», «Nuestra Señora de las Vacas», «Nuestra Señora de la Portería»... También «Nuestra Señora de la Caridad» es un título poco prodigado fuera de la ciudad cuna de la Santa de la Raza, en donde había de ser Madre y Maestra de tan aventajada Discípula, que en el prefacio de su Misa propia le alaba la Iglesia, hablando del Corazón Transverberado como de «Incendio de Caridad». Del título de «Nuestra Señora de la Portería» puede afirmarse

que sea escriturístico y desde luego le recoge la Iglesia en la Letanía Lauretana, llamando a la Virgen PUERTA DEL CIELO.

Pues de la advocación de NUESTRA SEÑORA DE LA GUIA, enunciada de este modo, sólo podemos afirmar que no es conocida en otro lugar de la tierra sino en Avila; que data de la edad media más lejana, y que tiene un entronque maravillosamente perfecto con la evangélica devoción de la VIRGEN PEREGRINA, cuya novena desarrolla los viajes de la Madre de Cristo: *"nueve peregrinaciones que hizo en este mundo la Emperatriz de los Cielos a beneficio de nuestras almas, según consta especialmente de la Venerable Madre María de Jesús de Agreda, la célebre consejera del Rey Felipe IV, de cuya celeberrima Historia, intitulada Mistica Ciudad de Dios"* rezan en Sahagún (León), visigótico y románico cien por cien; villa que recibe su nombre del Santo Mártir Facundo, su excelso Patrono, SAN - FACUN... Los viajes de la Virgen María fueron: de Nazaret a Judea, más concretamente a las montañas de Ain Karin, a visitar a Santa Isabel; desde Nazaret a Belén, cuando nació el Niño Jesús; de Belén a Jerusalén para cumplir la Ley de la Purificación; la huida a Egipto; el regreso a Nazaret; a Jerusalén para celebrar la Pascua varias veces, entre ellas la pérdida de Jesús; el regreso a Jerusalén para buscar al Niño... La Novena de Sahagún (editada en 1855) no pone la peregrinación de María tras del Divino Hijo al Monte Calvario, sino que termina con la octava peregrinación a Zaragoza y la novena a Efeso desde Jerusalén: *"Al cuarto día de la vuelta de nuestra Peregrina Reina, de Zaragoza a Jerusalén, se puso en camino para Efeso en compañía de San Juan Evangelista, y habiendo llegado al puerto de un humilde jumentillo, tomaron embarcación nuestros Santos Peregrinos; y previniendo nuestra gran Reina los peligros del mar, hizo oración por todos los navegantes, y el Señor la concedió que favorecería a cuantos la invocasen con piadosa devoción..."* No puede ser más lógica la invocación de los Gozos de la Virgen Peregrina que dicen: *"Peregrina, hermosa flor / de candores más fragantes / GUIAD a vuestros amantes / al gozo de su Señor."*

XCII.—UNA LEYENDA PIADOSA

Aún ante la imagen de la *Virgen de la Guía* consideramos la raigambre devota de tan consoladora invocación que usó la cristiandad del románico. Los Gozos de «Divina Peregrina» dicen también: *"Peregrina en quien se esmera / de Dios el poder sagrado: / CONDUZCANOS tu cuidado / a la dicha verdadera... / Pues en culto y religión / sois Peregrina tan bella, / GUIAD con feliz estrella / nuestro humilde corazón... / Pues en busca de tu amado / caminas fuerte y constante, / sed Madre NOR-*

TE brillante / para el puerto deseado... Pues en la tierra y el mar / te admiramos Misionera / GUIAZNOS en la carrera / hasta llegarte a gozar". Y en el antiquísimo himno de la Iglesia Católica, AVE MARIS STELLA, «Salve, Estrella del Mar», hay una petición bien expresiva: *"Haz casta nuestra vida. Prepara el CAMINO SEGURO para que, viendo a Jesús, nos alegremos por siempre"*. Podemos comparar estos versos con los que nos advierten del tesoro que hallaremos en la propia Basilica de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, si descendemos a la cripta, siguiendo el orden de sus tres capillas dedicadas respectivamente a San Pedro, a la Santísima Virgen y a Nuestro Señor Jesucristo: «SI BUSCANDO VAS A CRISTO / PASA POR PEDRO Y MARIA / QUE SON LA SEGURA GUIA / DE VER LO QUE NO SE HA VISTO». La Virgen NORTE BRILLANTE, CAMINO SEGURO y SEGURA GUIA para llegar a Jesús. En la Edad Media los caminos eran desconocidos en la tierra medio despoblada, siendo necesarios los guías, incluso hasta entrado el siglo XVI, que bien podemos recordar el paso por Despeñaperros de nuestra Santa Teresa de Jesús cuando, yendo a fundar a Beas de Segura, les hubo de servir de guía el glorioso Patriarca San José...

En Gonzalo de Berceo vemos repetidamente las palabras guión, guion y guionage: *"Dioli por la carrera guionage e vito"*, dice en la estrofa 727 de la Vida de Sancto Domingo de Silos. O sea: «Dióle para el camino guía y provisiones». A Santa Oria la sirven de guía las mártires Agueda, Eulalia y Cecilia que se le aparecen... Pero lo que más se relaciona con la guía que marca el orden de las Capillas de la Soterraña (Si buscando vas a Cristo / pasa por Pedro y María), es la leyenda piadosa del Milagro VII de los de Nuestra Señora narrados por el mismo Berceo: «Avie un monesterio de Sant Peidro clamado... Avie en él un monge asaz mal ordenado...» Murió el monje, que «era de poco seso, facie mucha locura...» San Pedro se compadece de él y acude a María para que le salve y la petición, «a Cristo por María», es atendida. Resucita el monje para que haga penitencia... Y «a la alma del monje díjole la su GUIA: «Tú lo cumples, así Dios te dé su alegría».

XCIII.—INTERIOR DE LA BASILICA

Volvemos al tema simplemente arquitectónico del templo basilical de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta. En muchos textos de Arqueología y tratados de Arquitectura se ve la reproducción del plano por su perfección como planta de cruz latina, con tres naves y tres capillas absidales. Entrando por la Puerta Occidental, *Porta Basilica*, llaman desde un primer momento la atención del visitante

la perfección de líneas, la robustez de los pilares, los arcos tan esbeltos, los capiteles historiados o simbólicos, la galería de triforio con sus ventanas ajimezadas, los gruesos nervios que forman crucería para sostén de la estructura de las bóvedas, que son de arista solamente a lo largo de las naves laterales; la multitud de inscripciones en los sepulcros del suelo; la imperfección de la ojiva del arco toral primero del crucero perteneciente sin duda a las primeras reconstrucciones por San Fernando y por su hijo Alfonso «El Sabio»... Y si subimos a la galería que se tuvo por tribuna de cantores frente a la Capilla Mayor, a través de un estrecho ventanal veremos la imagen de Jesús Crucificado, colgada en el centro del lienzo mural principal del crucero, sobre la ojiva del arco toral de acceso a la Capilla Mayor, con otras igualmente bellas imágenes de la Virgen María y San Juan «el Discípulo Amado». Hay quien dice que tales imágenes son esculturas en piedra policroma, muy propio del románico, destacando sobre un fondo adoselado que parece pintura como al fresco, difícil de apreciar a simple vista de ojos, como se hace difícil de ver, por ejemplo, en la primera crucería, sobre el rosetón del templo contemporáneo de San Pedro en la Plaza de Santa Teresa de Jesús, la bella labra de un Agnus Dei sobre pétreos relieves policromados también de los animales que representan a los cuatro Evangelistas.

El cimborrio no se construyó hasta el siglo XIV conforme sus rasgos indican y son muy hermosos los detalles de crucería que forman como un florón cuyas nerviaciones amparan los ventanales y vienen a determinar trompas, allí donde en los coronamientos cupulares se forman las pechinas, más tarde, en nuevos estilos.

Las capillas absidales son del más puro estilo románico. Corresponden a ellas las tres capillas de la cripta para cuya construcción se aprovechó sabiamente todo el natural desnivel del terreno, quedando la roca de cuya oquedad salió la serpiente amenazadora para el judío, que quiso profanar los cuerpos de los Santos Hermanos recién martirizados, dentro de la capilla tercera, precisamente debajo del lugar en que se hallaba el sepulcro glorioso.

Los más hermosos capiteles, detalle de la riqueza escultórica del estilo dominante que al templo caracteriza, se hallan sobre las columnas que sirven de apoyo para los arcos de las capillas absidales.

XCIV.—EL SEPULCRO DE LOS MARTIRES

El más notable relieve, dentro del templo basilica, es el monumental sepulcro de los Santos Hermanos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta. A fines del siglo XII hizo la maravillosa obra primitiva el mismo autor de la portada occidental, fabuloso maestro Eruchel o Fruchel. Y es fama

que todo el catafalco piadoso estuvo pintado, y doradas las escamas que figura el tejadillo triple. Es en verdad una maravilla en lo que de primitivo se conserva. Le sobran adiciones góticas y no digamos la indiscreta grandiosidad del baldaquino de madera construido con los restos del anterior retablo gótico de la capilla mayor según es fama entre los entendidos...

Hemos de distinguir en el sepulcro de los Mártires la parte del siglo XII, que son las columnas del primer cuerpo, algunas de ellas retorcidas y entrelazadas; el orden de arcos y arquivoltas que se apoyan en ellas; los altorrelieves de los frentes norte y sur, con la historia de los Santos Mártires; el Pantocrátor con los apocalípticos animales representativos de los Evangelistas y la rosa de los juramentos, mirando al occidente; la Epifanía que da frente a la Capilla Mayor, junto con los tejadillos. Y pertenecen al orden gótico los doseletes anterior y posterior.

Ignoramos si el baldaquino de madera, siglo XV, rematado en una imagen de San Miguel Arcángel, fue buena o mala idea: tal vez ha constituido protección del precioso monumento primitivo que ofrece a la contemplación ingenuidades propias de la transición del románico al gótico como la de vestir a los soldados romanos al estilo de la época de la construcción románica, etc.: al frente norte se nos muestran estampas de la persecución de los Mártires Hermanos ordenada por el cruel Daciano y al frente sur se admira el martirio, la conversión del judío y la construcción de los sepulcros por él mismo.

En el friso del baldaquino, levantado en 1470, se ven los escudos del Obispo don Martín de Vilches, así como otros con emblemas heráldicos propios de las familias Valderrábano, Bracamonte, Arias y Rengifo.

Todos los autores consignan que antiguamente era costumbre jurar los caballeros sobre el sepulcro de los Mártires y también los criminales y pleitistas cuando no había testigos de aquello que fuera necesario atestiguar: temían quienes juraban en falso el castigo de ver su mano y brazo secos. Los Reyes Católicos suprimieron las iglesias juraderas. También cuentan todos los historiadores abulenses cómo el mencionado Obispo, don Martín de Vilches, metió la mano en el interior de este sepulcro y la sacó teñida en sangre, quedando el testimonio de tal hecho señalado en una tabla que se guardó en la sacristía y tuvo en sus manos Felipe III cuando visitó la ciudad.

XCV.—SAN PEDRO DEL BARCO

Ya en las crónicas viejas, al hablar de la Basílica de los Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, se hace la cita de hallarse aquí los cuerpos de los Santos Hermanos y el de San Pedro del Barco, eremita después de haber sido canónigo regular en Párraces (Segovia), quien vino a santificarse con el trabajo en su tierra natal, la ribera de El Barco de Avila, manteniendo fraternal amistad en Cristo con su coterráneo San Pascual de Tormellas, de nombre Pascual Arnugo, cuyos mensajes dice la tradición les transportaba una cierva.

Conoció San Pedro del Barco la fecha exacta de su muerte por convertirse en vino el agua que bebía. Y fue su tránsito glorioso en fama tal de santidad que los pueblos ribereños del alto Tormes se disputaron la posesión de sus reliquias venerables. No pudo haber buen acuerdo, sino en la suerte o mejor en la providencia: y así fue puesto su cadáver sobre los lomos de una mula con los ojos vendados, la cual se orientó camino de Avila. Llegó a esta ciudad y entrando en el templo basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta, señaló la herradura en una losa y cayó repentinamente muerta. Las campanas tañeron por sí solas...

La señal fue interpretada fielmente como no podía ser de otro modo: que allí se depositara en paz el cuerpo del Santo. La mula fue enterrada en el torreón del ángulo nordeste de la muralla y, monumento del suceso, nos queda en dicho torreón esculpida en granítica forma una cabeza de mula sobresaliente, bajo el adarve almenado...

Todavía, protegida por un cristal, se aprecia la señal de la herradura del bruto, favorecido con el destino de haber transportado carga tan privilegiada, en el suelo del brazo derecho del crucero de la Basílica. Y no lejos, al rincón interior, se ve un altar, bajo templete que labró Francisco de Mora en 1611 al estilo corintio, dentro del renacimiento, con un cuadro descriptivo de los principales pasajes del Santo Eremita, mostrado no como sacerdote, sino como labrador en el centro; la escena de la conversión en vino del agua tomada del manantial en su escudilla en la parte izquierda superior de quien mira, y la escena del transporte del cuerpo muerto sobre la mula, entrando en la Basílica, en la parte inferior derecha.

En el muro de este lado del crucero se ve también una leyenda gótica que dice: En esta sepultura del suelo está enterrado el judío que por milagro de Dios se tornó cristiano e hizo esta iglesia de San Vicente de Avila, año CCCVII.

Y en diversos lugares hay altares barrocos que contienen pinturas y

esculturas de un valor artístico relativo, destacando en el conjunto el retablo situado a la derecha de la entrada al interior de la puerta sur de la Basílica.

XCVI.—EL AMOR HERMOSO

Son varias las pequeñas joyas escultóricas, pictóricas y de orfebrería que conserva la parroquia de San Vicente y Hermanos Mártires, distribuidas en diversos lugares del templo basilical. Por ejemplo, del románico tres imágenes, actualmente en la capilla absidal derecha de quien mire a la Mayor, labradas en piedra, representando a los Santos Hermanos, Patronos de la Ciudad otrora; una imagen de la Santísima Virgen, siglo XIV, también labrada en piedra por autor desconocido y que está colocada en un pilar, sobre la pila del agua bendita, mirando a la entrada meridional; una Inmaculada y un San Pedro de Alcántara, con el Crucifijo, en el altar frontero a la imagen mencionada; un cuadro que representa la Santísima Trinidad, de la Escuela de Tristán y otro de Jesús como en el momento de los improperios; la Virgen con San Juan, una Piedad del estilo de las de Morales... En todo caso, la riqueza ornamental en todo su conjunto no corresponde a la monumentalidad arquitectónica y riqueza escultural románica: capiteles, sepulcro, frisos de cobijas, canes y florones, etc. Es maravillosa como labor de forja en hierro la verja románica que recogió el altar del muro sur, que, por ciertas pinturas que todavía se aprecian, estiman algunos autores haber podido ser lugar del primitivo sepulcro de los Santos titulares...

En la capilla absidal del lado izquierdo de quien mire a la Capilla Mayor es venerada la imagen de *Nuestra Señora del AMOR HERMOSO*. He aquí otra devoción muy particular de Avila, con muchos motivos de emoción de la Ciudad... En el Capítulo XXIV del Libro del Eclesiástico se declara el origen y eternidad de la Sabiduría; se predicán sus alabanzas para aficionar a ella los corazones de los hombres. Dice que tiene su asiento en el pueblo e Iglesia de Dios. Es claro, comenta el Padre Scío, qué es la Sabiduría eterna la que habla en todo este discurso. Puede aplicarse al Verbo hecho Carne en las entrañas purísimas de la Virgen María. Y también se puede entender de aquella Sabiduría de que Dios llena la mente de los santos. *Y en especial a la Madre del Santo de los Santos.*

Desde la mitad del verso undécimo forma el texto aludido las lecciones del Oficio Parvo de la Santísima Virgen y culmina en el verso 24 diciendo: «YO SOY LA MADRE DEL AMOR HERMOSO, DEL TEMOR, DE LA CIENCIA y DE LA SANTA ESPERANZA»... Esta es la Virgen abulense de «Las Flores de Mayo» y, vestidas de flores, se consagraban

a Ella tradicionalmente las niñas de la Ciudad. En su fiesta de fin de mayo se la lleva en procesión, habiendo coincidido con la despedida a la Santa cuando fue peregrina del Santo Pilar hispano... A Ella cantamos con fe: «...Y si mi amor te olvidare / Tú no te olvides de mí!»

XCVII.—SI A LA SOTERRAÑA VAS...

La imagen de Nuestra Señora de la Soterraña no es *del tiempo de los Apóstoles*, aunque sea IMAGEN APOSTOLICA.

Es tradición universal desde los primeros siglos del Cristianismo que San Lucas fue pintor y que *dejó varias imágenes del Salvador y de su Santísima Madre pintadas de su mano*; pero los primeros autores que citan los exégetas de los Libros Santos a tal respecto son Nicéforo y Metafrastes de los cuales el Padre Scío dice «que fueron muy posteriores, y que se fundan en autoridades falsamente alegadas». Empero se hallan en la línea tradicional Baronio, Sixto Senense, Toledo, Belarmino... Los contrarios a la tradición son críticos modernos y sus argumentos se basan en la existencia de Lucas, florentino, en el siglo XI, a quien por su mucha piedad llaman «El Santo» ya que para pintar imágenes de Nuestra Señora confesaba y comulgaba primero y no admitía dinero después por su trabajo; en el silencio de San Pablo que da noticia de ser San Lucas Evangelista médico y no la da de ser pintor; en el silencio igualmente de los Padres del Segundo Concilio Niceno, convocado para atajar la violencia de los iconoclastas...

En una novela del polaco JAN DOBRACZYNSKI, traducida con el título LA SANTA ESPADA por Editorial Católica HERDER a nuestro idioma, se recoge la tradición, prueba de su extensión en el mundo cristiano. San Pablo acompañado por San Lucas viaja desde Creta sobre el barco que ha de naufragar dando a las costas de Malta, cuando preso le llevan a Roma por haber apelado al César en su contienda con los judíos... Una noche dice Pablo a Lucas:

—«No me has contado, querido, lo que hiciste mientras estuve en carcelado en Cesarea. ¿No te marchaste a ninguna parte?

—No. Estuve en Jerusalén y en Belén. Luego fui otra vez a Cafarnaúm...

—¿Para qué fuiste allí?... «En vez de contestar, Lucas cogió su saco de viaje. Con un ademán inseguro sacó de su interior un objeto bastante grande como un trozo de tabla cuidadosamente envuelto en un lienzo... Allí había un rostro humano, el de una mujer: era extraño, simple, co-

mún y al mismo tiempo atraía enormemente...» «Así la vi... cuando estuve por primera vez... Y ahora he vuelto a ir a Cafarnaúm porque quería... pintar... con la misma luz —tragó saliva— que cuando estaba aún... sobre la tierra...» Pablo no parecía escuchar su temerosa confesión. Seguía mirando a la mujer del cuadro: «Es ELLA... Nunca la he visto... —y miró al médico—. Pero en esta pintura la hubiera reconocido en seguida. Se parece a su HIJO como ninguna otra madre».

San Lucas visitó a la Santísima Virgen y recibió de Ella noticias de la infancia del Señor que puso en su Evangelio. Era médico. Probablemente supo pintar y pintó retratos de María Santísima...

XCVIII.—“...VE, QUE LA VIRGEN TE ESPERA”

Los silencios en torno a la cuestión planteada de si San Lucas Evangelista fue pintor no prueban que no lo fuese o que careciese de las facultades que se precisan para pintar bien. En cambio afirmar que fuera escultor de tallas visigóticas o bizantinas, pongamos por ejemplo, va contra toda razón.

En autores apasionados en contra de la tradición de San Segundo, primer Obispo de Avila, se ve luego indiferentemente dar noticia de que trajo la imagen de Nuestra Señora de la Soterraña. Y, sin embargo, la crítica histórica nada tiene que oponer seriamente a la venida de San Segundo a nuestra ciudad, ni a sus predicaciones, ni a la fundación de la Sede Abulense con extensión a tierras de Segovia, Salamanca y Toledo, lo mismo que de Valladolid, en cuyas historias particulares se habla de San Segundo como Padre nuestro en la Fe... Nada tiene que oponer seriamente la crítica histórica al entronque de la tradición de nuestro San Segundo con la jacobea nacional: hay tradición positiva, que no puede ser inventada gratuitamente porque Dios no necesita de la mentira; no hay tradición contraria. En Avila esa tradición positiva se halla pintada en las lunetas de la cúpula de la capilla de San Segundo en la Catedral y en dos cuadros, uno existente en la sacristía de la iglesia parroquial de Santiago, y otro que conservan las religiosas clarisas, vulgo Gordillas... Pero además, está escrita en el Breviario Mozárabe y también puede ser leída en el Códice Emilianense, del siglo VII, conservado en el Monasterio de El Escorial, folio 395, 6, y en otros antiguos Breviarios que cita Juan Troncoso en su obra «Glorias de España», tomo I, edición de Madrid en el año 1848... Y San Segundo, asistente a la venida de la Santísima Virgen a Zaragoza, inflamado del amor a la Señora, nos la trajo... Pero no imagen, sino a ELLA misma: la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra.

Desde la obra *Grandezas de Avila* del Padre Ariz a las más recientes *Guías de Avila*, contando los que tenemos por más importantes historiadores —Carramolino y Ballesteros, junto con las transcripciones que se hacen de Lafuente y del Padre Flórez, así como los títulos que cita el Marqués de Benavites en el estupendo prólogo al libro de su hermano, Marqués de San Andrés de Parma, "*Avila y sus Monumentos*"— todos dicen lo mismo sobre la imagen de la Virgen de la Soterraña. Hay empero un estudio moderno ponderado, histórico-crítico, amorosamente devoto y lógicamente razonable: *HISTORIA DE LA APOSTOLICA IMAGEN DE LA VIRGEN DE LA SOTERRAÑA*, Patrona de Avila, año 1956 por el reverendo don Antonio Alfín Estévez... Con tan respetado y querido amigo bajaremos a la cripta de la Basilica de los Santos Hermanos Mártires.

XCIX.—...QUE, POR ESTA, SU ESCALERA...

No obstante la crítica, hay dos notas respecto a la mariología de la Ciudad y Tierra de Avila que nos dan qué pensar: la primera, el no ser una sola imagen la que llamamos apostólica con suma devoción; la segunda, el arraigo del amor a María Santísima en nuestros corazones. ¿Qué pueblo abulense carece de altar o ermita votivos y privilegiados, sea pequeño templo perdido entre «los mares de enceradas mieses» de la Moraña o en cualquier recoveco de las alturas de Gredos?... Bajamos la escalera de la Soterraña con la «Historia de la Apostólica Imagen» escrita por don Antonio Alfín en las manos. Y nos dice que hay imágenes que recuerdan un misterio o privilegio mariano de carácter general y arraigo universal; pero que otras son de sabor más local, vinculadas especialmente a una barriada, sector religioso o grupo laboral, aquí, entre nosotros. Y que hay dos imágenes que ocupan un destacado puesto en la veneración de los fieles: la Virgen de la Soterraña y la de Sonsoles, Patronas ambas de la Ciudad; pero con «primacia indiscutida desde mediados del siglo IX» a favor de Nuestra Señora de la Soterraña, si bien Sonsoles recibe ahora el título de Santuario Diocesano.

A la entrada de la escalera de la cripta de la Basilica de San Vicente y Hermanas Mártires se ve un cuadro «que recoge las antiguas tradiciones» representando a Fernando III «El Santo» ante Nuestra Señora de la Soterraña. En este cuadro se puede aún leer en castellano antiguo lo que sigue: «Gobernando la Romana Nave Sergio II, la Monarquía de España Don Ramiro I y la Silla episcopal abulense Don Pedro I, año de Cristo de 843, a siete de septiembre se manifestó milagrosamente en una de las soterrañas de este Santo Templo la Apostólica Imagen de Nuestra Señora, víspera de su Natividad Santísima. Venerada en el

mismo sitio desde aquellos hasta estos tiempos con el título de la Soterraña, la tradición tiene es del tiempo de los Apóstoles y por eso llamada Imagen Apostólica. San Fernando III Rey de España fue devotísimo de esta Santa Imagen y tuvo novenas en su Soterraña en hacimiento de gracias de sus victorias y triunfos contra el moro. Reparo este templo con magnificencia real y le concedió ilustres privilegios para su mayor culto. Año de la Natividad del Señor 1252».

Tal vez la observación de que esta escalera tiene tantos escalones como frases el Credo y aún la costumbre de decirle nuestros mayores y nosotros, al bajar, tenga más valor significativo del que a primera vista se le damos: descendiendo a la Soterraña reafirmamos nuestra fe y concluimos con la certeza de que fue plantada su semilla por un Varón Apostólico, San Segundo, asistido por la propia REINA DE LOS APOSTOLES: «Apostólica» Virgen María.

C.—...QUIEN MAS BAJA, SUBE MAS

Los escalones de la cripta de la Soterraña, de piedra berroqueña, fueron en el transcurso del tiempo repuestos varias veces, la última cincuenta años hace, que por cierto de la reposición anterior se conserva el que mostraba la fecha del año 1773 junto a la verja del cierre. Esto quiere decir que se han desgastado muchos bloques graníticos desde que, hacia el tiempo cuaresmal de 1563, descendió por esta escalera nuestra excelsa Patrona, Santa Teresa de Jesús, en su traslado al primer convento de la Reforma Carmelitana, San José de Las Madres, desde el monasterio de La Encarnación, verificando su descalcez ante Nuestra Señora de la Soterraña.

Si la décima es del siglo XVI, pudo conocerla nuestra Madre, la Santa. Y se puede afirmar que quien la compuso recogió el espíritu terecista!... *"Si a la Soterraña vas / ve, que la Virgen te esperá, / que por esta su escalera / quien más baja sube más... / Pon del silencio el compás / a lo que vayas pensando: / baja y subirás volando / al Cielo de tu consuelo / que para subir al Cielo / se sube siempre bajando"*.

Pensemos en lo que parece revelarnos el orden de las capillas: la primera está dedicada a San Pedro; la segunda, principal, a la Santísima Virgen, y la tercera tiene a Jesús en su altar en misterio de tantas revelaciones para Santa Teresa de Jesús como el momento tremendo de la flagelación: *Nuestro Señor atado a la columna*, cual está en el locutorio y portería interior del monasterio de La Encarnación, en la ermita de la huerta del convento de Las Madres, y cual fue la inspiración augusta de Gregorio Hernández para la imagen que inspira la má-

xima confianza devota de los abulenses. Parece como si el fundamento de la iglesia basilical del testimonio; del «Martirio de los Santos Hermanos Vicente, Sabina y Cristeta», se asentase sobre la más exacta representación que la mente humana pueda proponer a nuestra voluntad, a nuestro amor, de las tres virtudes teologales: San Pedro, el Apóstol de la Fe; la Santísima Virgen, el más fundado motivo de nuestra Esperanza, y Jesús que es Caridad.

Otra estrofa de la Soterraña dice: *"Si fueres buscando a Cristo / pasa por Pedro y María / que son la segura guía / de ver lo que no se ha visto"*.

En la primera capilla el altar y la imagen de San Pedro pertenecen al barroco español. Otra décima dice: *"Pedro del Cielo es portero / donde la Virgen está; / quien quisiere entrar allá, / hable con Pedro primero. / Quien le tiene por tercero / hallará la gloria abierta; / y así es cosa llana y cierta, / si hay algún cielo en el suelo, / que es la Soterraña un cielo / pues tiene a Pedro a la puerta"*.

CI.—PON DEL SILENCIO EL COMPAS...

Esto es bien importante en la visita a Nuestra Señora de la Soterraña en la cripta de la Basílica de los Santos Hermanos Mártires... Silencio! Para oír las voces interiores; para oír la vocación, el amoroso silbo... La palabra creadora de Dios por cuya virtud fueron hechos los cielos, pues El lo dijo e hiciéronse las cosas... Silencio! Y vendrá el gozo espiritual a nosotros.

El poeta del románico, Berceo, nos encantará con sus versos llevándonos a la contemplación, al goce del vivir cristiano en presencia de la Madre de Cristo: *"Todos cuantos vivimos que en pïedes andamos / si quiere en pressón, o en lecho yagamos / todos somos romeos que caminamos: / San Peïdro lo diz esto, por él vös lo probamos. / Quanto aquí vivimos, en ageno moramos; / la fianza durable suso (arriba) la esperamos, / la nuestra romería estonz la acabamos / cuando a paraïso las almas enviamos. / En esta romería avemos un buen prado, / en qui trova repaire (refugio) tot romeo cansado, / la VIRGIN GLORIOSA, madre del Buen Criado, / del cual otro ninguno egual non fue trobado. / ...Las quatro fuentes claras que del prado manaban / los quatro evangelios esso significaban, / ca los evangelistas / quatro que la dictaban / cuando los escribïen, con Ella se fablaban..."*

Todo romero de la vida, *"el camino / de la otra que es morada / sin pesar"*, puede hallar descanso, «refugio», en este cielo de la Soterraña y

al compás del silencio participar del beneficio inmenso de los santos milagros que hace la Gloriosa: cuentan que había un pozo en la Soterraña que manaba un aceite oloroso con que fue muchos tiempos alimentada la lámpara de la Virgen. Un criado de la Basílica dió en llevarse a casa de aquel aceite y lo usaba en sus guisos... Y nada pasó. Pero tentado de codicia dió en venderlo y el pozo no manó más aceite

Poniendo del silencio el compás a nuestros pensamientos, llegamos a la conclusión de que aún existe y seguirá existiendo, mientras haya devoción en Avila para Nuestra Señora de la Soterraña, el pozo de oloroso aceite de su cripta: el aceite simboliza la Gracia y los carismas del Espíritu Santo, por ser en la vida corporal alimento, medicina, condimento... Fortalece, suaviza y hace ágiles los miembros e incluso aromatiza cuando es puro de oliva... El benedictino Padre Azcárate, en su obra «La Flor de la Liturgia», nos hace observar que «en las lámparas es símbolo de holocausto, ya que todo él se consume gota a gota en servicio de Dios». Creemos que el pozo de la Soterraña existe y mana: difusa es la Gracia en los consuelos interiores que prodiga la Madre Amable y en los labios de quienes diariamente acuden a saludarla.

CII.—ROGATIVAS Y FAVORES

Son muchas las mercedes derramadas por la Madre de Dios desde su trono de la Soterraña, en la Basílica de San Vicente. Aquí más que en lugar alguno impresionan las palabras del salmista: «Si subo al cielo allí estás y si descendiendo bajo tierra también te hallas presente». Y donde hallemos al Señor, allí a su Madre hallamos, intercediendo por nosotros: maravilloso invento de Cristo de hacernos hermanos suyos... Así nuestra Madre de la Soterraña se ha complacido siempre en atender a quienes la invocan con fe y amor. Prueba de ello son los exvotos, singularmente los cuadros que podemos contemplar en la cripta: recuerdan que *"Juan García Velázquez de Frías León, natural de la villa de Piedrahita, escribano del número de esta Ciudad, estuvo tres días sin habla, le pusieron sobre la cabeza un manto de Nuestra Señora de la Soterraña y al momento pidió le confesasen y quedó sano. Sucedió a 7 de enero de 1603"*; el milagro de la curación del Obispo don Jerónimo Manrique de Lara, enfermo de malenconía, curado en virtud de la visita de las reliquias de San Segundo y de la imagen de la Virgen de la Soterraña; la desaparición de una plaga de langosta, antes de cumplirse el novenario iniciado ante la venerada imagen en la Catedral...

Son muchos los favores de la Santísima Virgen, descritos por el licenciado Bartolomé Fernández Valencia historiador de la Basílica. Todos los recoge la *"Historia de la Apostólica Imagen de la Virgen de la*

Soterraña", indudablemente «la más antigua y venerable imagen de MARIA en Avila», escrita por don Antonio Alfín Estévez. Y podemos calificar de *históricas* las salidas que hace de su Santuario subterráneo a la calle siempre a hombros de sacerdotes, porque tales salidas fueron en ocasiones de terribles angustias humanas o de sublimes gozos en acción de gracias a Dios: así en nuestro siglo XX la hemos venerado penitencialmente cuando la Guerra de Cruzada y la hemos aclamado jubilosos con motivo de la definición del dogma de la Asunción y al cumplirse el primer centenario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada. Es típica la estampa procesional de su sencillo trono antiguo, sin dosel, evocador de piadosas rögativas...

En la nave del crucero de la Basílica vemos dos imágenes, del gusto escultórico de principios del siglo XVII, representando a San Crispín y San Crispiniano, mártires de la décima persecución, que se tienen por Patronos especiales del gremio de zapateros. Es interesante saber que en Avila *"la Cofradía de San Crispin y San Crispiniano está fundada e instituída bajo la protección de Nuestra Señora de la Soterraña... a cuya Cofradía se agregó e anejó en 28 de marzo de 1609..."* Cuando la Cofradía de la Soterraña tenía ya trescientos años.

CIII.—IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA

Debió ser en su principio un templo del estilo visigótico, refundido después de la repoblación en románico; pero el tiempo le maltrató de tal manera que su reconstrucción en gótico por el Obispo Fray Francisco Ruiz hubo de ser total, sobre la vieja cimentación. Este venerable Prelado abulense gobernó la Diócesis de San Segundo desde 1514 a 1528. Nació Santa Teresa de Jesús en 1515. Fernando «El Católico» murió en 1516, rígiendo Aragón y Castilla, pues aquí había sido llamado por el Cardenal Cisneros, quien por cierto tuvo por secretario y confesor a su hermano del hábito franciscano, este ilustre Prelado de Avila, cuyos restos venerables descansan en una capilla por él construída en el templo de San Juan de la Penitencia, de Toledo. Toledano era él y humildísimo; pero dejó en nuestra ciudad recuerdos imperecederos que motivan su exaltación en nuestros principales templos y aún en muchos edificios civiles desaparecidos, cual la Alhóndiga...

La reconstrucción del templo de San Juan hubo de ser después del bautismo de Santa Teresa de Jesús, puesto que muerto el Obispo precedente, que fue don Alonso (VII) Carrillo, en 1514, claro está que con el tiempo de sede vacante, toma de posesión etc., Fray Francisco Ruiz no podía iniciar en 1515 la reconstrucción del templo parroquial de San Juan pensando conforme a la lógica que preside la crítica histórica. En

cambio la pila bautismal, por sus características y analogías con las de San Pedro y otras grandes pilas de los templos románicos, es claro argumento de su anterior existencia. Y efectivamente la tradición documentada de que la niña TERESA SANCHEZ DE CEPEDA BLAZQUEZ DE LAS CUEVAS DAVILA Y AHUMADA fue bautizada en la parroquia iglesia de San Juan Bautista tiene a su favor todos los pronunciamientos.

El templo de San Juan Bautista, situado junto a la plaza de la Victoria actual, que suele llamarse Mercado Chico, tiene antigüedad superior al siglo undécimo, comprobada; ganó el pleito de antigüedad en 1598 al templo de Santiago Apóstol, que también es anterior a la restauración de la Ciudad y aún anteriores ambos a la invasión árabe, como iglesias. Se habla del templo de San Juan en las crónicas viejas que relatan la defensa que hizo de la Ciudad JIMENA BLAZQUEZ. Aparece como parroquia en la Concordia de 1254. Tomó su nombre una de las dos cuadrillas en que la nobleza de Avila se dividía, marchando a la cabeza de ésta de San Juan la descendencia de Blasco Jimeno, con seis roeles en su escudo, como los descendientes de la Casa de Esteban Domingo presidían la Cuadrilla de San Vicente, con trece roeles como emblema heráldico.

CIV.—EL TEMPLO Y SU TORRE

Arquitectónicamente se divide en dos partes el templo parroquial de San Juan: una, la de principios del siglo XVI, construida por el Obispo Fray Francisco Ruiz; otra, la cabecera y capillas del crucero, de fines del mismo siglo, dando la pauta el arquitecto Diego Martín. Obra de firmes sillares graníticos, siguiendo el estilo herreriano, rectilínea en su exterior y con la interior armonía de los amplísimos arcos. En el primer cuerpo, destacan como elementos admirables el arco de la entrada principal, adornado con las típicas perlas de piedra en las arquivoltas de medio punto: el óculo en el centro del lienzo de fachada; la crucería que describe airoas nervaduras en la bóveda de la única nave, la más ancha de los templos abulenses; las capillas, igualmente del estilo gótico las titulares de la Virgen del Pilar, Virgen del Carmen; San Ramón Nonato, a la derecha; de Nuestra Señora de la Esperanza y de San José, a la izquierda. Del estilo renacentista, la mayor y las del crucero, dedicadas éstas a Jesús crucificado y a la Santísima Virgen respectivamente. En esta capilla del lado derecho del crucero, mirando al altar mayor, registran todos los cronistas una carta autógrafa de Santa Teresa de Jesús en muy lamentable estado de conservación y con la firma recortada: está escrita en 20 de octubre de 1577; va dirigida a Don Juan

de Ovalle, casado con Doña Juana de Ahumada, la hermana menor de la Santa, que vivía en Alba de Tormes, y trata de asuntos familiares.

El altar mayor dedicado a San Juan Bautista, como titular, tiene un retablo con cuadros de la época inmediatamente posterior a la reconstrucción en estilo repacimiento por la disposición testamentaria de SANCHEZ DÁVILA, el general de Felipe II que mereció ser llamado por sus hazañas bélicas «El Rayo de la Guerra», que murió en 1583, siendo conocido como lugarteniente del Gran Duque de Alba en los Países Bajos. En la fachada oriental del templo, al exterior se ve el escudo de Sancho Dávila, bajo el frontón del remate triangular, con seis roeles de la Cuadrilla de San Juan.

La torre del templo, sobre la puerta lateral del norte, mirando a la Plaza de la Victoria, con profundidad de escaleras y caracteres renacentistas, estuvo mucho tiempo el llamado ZUMBO: una campana municipal de gran tamaño que aún existe; pero que antes se hallaba sostenida por cuatro pilares. La torre ha sido reedificada en 1692, en 1732 y en 1918. En ella estuvo el reloj oficial de la ciudad hasta que en 1874 se colocó el actual en el palacio del Ayuntamiento, enajenando *El Zumbo* a la parroquia.

CV.—EL ZUMBO

«Campana de mi parroquia, / *Zumbo* grande de San Juan: / hoy tocas para mí a gloria / y a muerto me tocarás: / si me marchó desta tierra / dobla y zumba por mi hogar: / clamoarea y arrebatá, / *Zumbo* grande de San Juan».

Fue varios siglos la campana oficial de Avila, sostenida en principio por cuatro pilares sobre la torre de San Juan, frente al Palacio del Ayuntamiento. Y aún tuvo carácter de reloj oficial de la población. Dicen las crónicas que a campana tañida se convocaba el concejo; a campana herida se reunía la vecindad; doblando la campana se daba señal de muerto y a viva voz se anunciaba quien fuese el fallecido; echando a vuelo esta campana (ignoramos cómo fue su cabecera) se anunciaban los gratos acontecimientos; repicando, en fin, alegraba el *Zumbo* las fiestas. "*Vivos voco, mortuos ploro, festas decoro*". Como todas las campanas el *Zumbo* dice: «llamo a los vivos, lloro a los muertos, alegro las fiestas». Pero además, en cuanto campana reloj oficial, pide con el Eclesiástico (XXXVI - 10): «Aprésura el tiempo y acuérdate del fin, para que publiquen tus maravillas». Y advierte con Jeremías: «Llamó al tiempo contra mí para que me triturase... El tiempo del perdón es del Señor».

Zumba la campana grande de San Juan y es pregonera de faustos e infaustos acontecimientos sobre todo de gravísimos estados de alarma; zumba la campana grande de San Juan y es pregonera de superiores venturas y alegrías de la vitalidad colectiva de Avila; pica el Zumbo y es toque de queda que cierra la ciudad en sus muros; tañe el Zumbo prolongadamente con luz y tinieblas y, si no es Día de Santos y Animas, es que ha muerto el Rey...

Avistado desde los muros de la Ciudad el peligro de una incursión repentina del enemigo sobre la fortaleza, el Zumbo lanzaba su acelerado toque a rebato advirtiendo a los abulenses que se aprestasen a la defensa. Si se producía un incendio, no había sirena más eficaz que sus atropellados repiqueteos... Y cuando sobre la extensión del Valle Amblés, sobre las lejanas sierras y cercanos promontorios; sobre la extensa llanura morañega, caía la nieve pausada, pesadamente, bonita y cruel... Cuando el cielo era gris, el ambiente triste y el suelo blanco, el Zumbo prolongaba sus acompasados golpes en toque a perdido... Las mujeres lloraban, rezaban, miraban tras los cristales de sus balcones interrogando al silencio imponente; y los hombres, inquietos, trataban de despejar la más grave incógnita: ¡Ay de los que se mueven / sobre la blanca superficie sin caminos, / sin noción del espacio; ni del tiempo! / Sobre la llanura del mar, pasa la barca, se cierran las ondas y nadie sabe por dónde pasó; sobre las ondas del sonido camina la esperanza de los hombres cuando nieva.

CVI.—LA MAS INSIGNE FELIGRESA

Por la puerta principal del templo de San Juan Bautista penetramos en el sagrado recinto: es un soportal de medio punto de forma boclada, adornado de esas perlas de piedra, tan características y abundantes en los edificios abulenses. A la mano izquierda de quien por esta puerta principal se acercase a la pila del agua bendita, sorprende la pila bautismal antiquísima de piedra berroqueña con gallones, que son adornos labrados en el granito; pila forrada de una gran vacía de bronce por veneración especial, ya que, como dice una inscripción que perpetúa el memorable acontecimiento: *Vigésima Octava Martii.—Teresia oborta.—Aprilis ante Nonas est.—Sacro fonte renata.—M. D. X. V. «NACIDA TERESA EL 28 DE MARZO, RENACIO EN ESTA SAGRADA FUENTE EL DIA 4 DE ABRIL, 1515»*. La verja que cierra el baptisterio fue costeadada por doña Teresa Farfán, devota de la SANTA HIJA de don Alonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada.

Tomemos una nota del Padre Silverio, O. C. D., pág. 66, (2), del primer tomo de su obra magna VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS. Dice

así: En el Manuscrito 13.296 de la Biblioteca Nacional, a la página 195, se dice, no sé con qué fundamento, «que el libro donde está la fee de Bautismo de nuestra Santa Madre, está al presente, desde muchos años, en el tribunal de la Inquisición». No cabe duda que cuando nació la Santa, lo mismo en San Juan que en las demás parroquias, se extendían ya las partidas de bautismo. Entre las Constituciones sinodales de Avila, dadás en 10 de septiembre de 1481, hallamos la siguiente (Tit. VI, cap. II): «Que se ponga un libro en la sacristía donde se escriba el día y mes y año que algún niño se baptizase y el nombre del padre y de la madre, y si son reputados legítimos marido y mujer, y el nombre de los padrinos y madrinas. «Se guardan estas Constituciones, en un tomo y pergamino, en el Archivo Histórico Nacional.

Quien narra el bautizo de la Santa con mayor número de circunstancias es doña María Pinel de Monroy, diligente y cariñosa historiadora del Monasterio de la Encarnación. Doña María Pinel entró en el Monasterio ocho años después de muerta la Santa Madre y allí conoció a muchas religiosas contemporáneas de Ella. Su Crónica da estas interesantes noticias: Dispúsose el Convento y ordenó Nuestro Señor que se dijese en él la primera Misa el día que se bautizó mi Gran Madre, Santa Teresa de Jesús, a cuatro de abril del año 1515, en la parroquia de San Juan, que como fue el Gran Precursor el que bautizó en el Jordán a Cristo Nuestro Bien, quiso que su amada esposa se bautizase en casa del Bautista.

Y se la puso por nombre TERESA.

CVII.—ILUSTRES FELIGRESES

El emplazamiento de la iglesia parroquial de San Juan en la plaza de la Municipalidad, así como la dedicación «al más grande hombre a la llana que ha nacido de mujer», primo del Redentor, hizo que fuese mucha la devoción de los fieles al templo de que el Bautista era titular en los tiempos del románico y del gótico, cuando era libre el adscribirse a unas u otras feligresías. Y entre los muchos personajes de la Historia de Avila que figuran como parroquianos de San Juan, se cuentan los padres de Santa Teresa de Jesús, don Alonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz Dávila de Ahumada, que se hallan enterrados bajo las losas del templo, pues aunque se ha dicho algunas veces, y aún por autores muy respetables, que don Alonso fue sepultado en el convento de San Francisco, parece comprobado ya que desde luego doña Beatriz recibió tierra sagrada en este templo de San Juan Bautista y que haber dicho que don Alonso fue llevado muerto a San Francisco se debe a confusión con su hermano don Francisco de Cepeda.

Quede consignado además que es tradición que la imagen de Santa Teresa de Jesús, obra del escultor vallisoletano, Gregorio Hernández, que se venera en la casa natal de la Santa, sea llevada siempre a los más notables acontecimientos parroquiales del templo de San Juan: Fiestas Grandes en honor de Jesús Sacramentado, Misiones, etc., así como todos los años el día de la Novena de Fiestas de octubre que ofrece el Real e Ilustre Patronato y Transverberación, es también llevada a la Parroquia en estación especial devotísima y emocionante.

Admiran en el templo parroquial de San Juan Bautista las enormes dimensiones de sus bóvedas, sobre todo el ancho de ellas por no ser acostumbrada la construcción de naves de tal latitud: es verdaderamente imponente la capacidad de tan anchurosa nave que anualmente se ha visto muchas veces totalmente repleta de niños rindiendo culto al Señor con motivos diversos: Día Misional de la Santa Infancia, Día del Seminario, Día de apertura de Curso... De cuatro a cinco mil niños de todas las escuelas de la ciudad se congregan allí, presidiéndoles muchas veces el Obispo de la Diócesis.

Dicen que antiguamente separaba la parte gótica de la renacentista o cabecera del templo una inmensa verja de hierro, cuyo pretil ciertamente se ve, labrado en piedra barroqueña. La sacristía es interesante por su bóveda ojival conservando el carácter gótico incrustado en el conjunto renacentista de la reconstrucción por Sancho Dávila, cuyo sepulcro con los de otros ilustres feligreses presenta claras inscripciones que transcribiremos seguidamente.

CVIII.—INSCRIPCIONES SEPULCRALES

Se ha dicho ya que aquel valeroso capitán de tercios españoles en Flandes, lugarteniente del Gran Duque de Alba, SANCHE DAVILA, que mereció ser llamado por sus hazañas «El Rayo de la Guerra», restauró en estilo renacimiento la cabecera del templo de San Juan Bautista por disposición testamentaria. Quedó, pues, el altar mayor sobre un alto estrado que da visibilidad a todo el conjunto de acción litúrgica. El retablo, de estilo neoclásico, tuvo un cuadro central con imagen del santo titular pintada, sustituida luego por una talla muy devota.

A uno y otro lados, encima de la plataforma del altar, que tiene acceso por la correspondiente escalinata de piedra granítica, están los sepulcros cuyas inscripciones se transcriben a continuación:

Dice al lado de la Epístola: *"Aquí yace la noble señora Doña Catalina*

López Gallo, mujer de Sancho Dávila, fundador de esta Capilla, hija del Barón de Mola y de Madama de Mola, su mujer, Señores de Fornisela, en los Estados de Flandes. Falleció en Amberes a 17 de julio de 1576".

Dice al lado del Evangelio: *"Aquí yace el noble y valeroso caballero Sancho Dávila, Capitán General de la Corte del Reino de Granada, fundador de esta Capilla; comenzó a servir en la guerra de Alemania, Lombardia, el Piamonte, Nápoles, toma de Africa, fue castellano de Pavia, y Capitán de caballos en Flandes, y Capitán de la Guardia del Duque de Alba. Castellano de Amberes y Almirante de la Mar. Desbarató los rebeldes cerca de Dalem, socorrió Amid del Burgywalekvema, ganó Arannua, venció la famosa batalla de Moken siendo cabeza de Ejército, el 4 de abril de 1574, donde fue muerto el Conde Ludovico, tomaron 36 banderas y tres estandartes con que asegura los Estados de Flandes a Su Majestad, fue Maestre de Campo, General de la Conquista del Reino de Portugal, cobró a Oporto, desbarató al enemigo, ganó el Reino todo con gran gloria de la Nación Española y de su patria. Murió en Lisboa a 8 de junio de 1583, a los 59 años de su edad".* Y se ha de anotar por cierto, aunque la inscripción sepulcral no lo diga, que murió sencillamente a consecuencia de una cox de caballo...

Bajo esta Capilla mayor del templo parroquial de San Juan Bautista existe una cripta con sepulcros modernos y suntuosos, realizados bajo la dirección del arquitecto señor Fernández Callejo, en 1859. Todos ellos son familiares de los Marqueses de Miraflores, descendientes directos de Sancho Dávila, fundador de la Capilla. Estas inscripciones y otras de la Capilla del Santísimo Cristo están recogidas por el Marqués de San Andrés de Parma en su obra «Avila y sus Monumentos».

CIX.—SANT YAGO

El más destacado accidente de lejanía en la vertiente meridional del Monte Alto que Avila es; la más gallarda torre que poseemos... La torre del templo de Santiago se recorta en el azul cuando la miramos desde los caminos de Sonsoles; sobre las Sierras de Avila y del Valle Amblés, cuando la vemos desde los cerros de Las Hervencias. Las campanas resuenan lo mismo en el ambiente claro de las alboradas que en el denso y a veces caliginoso de los atardeceres: son las campanas de Santiago de una sonoridad peculiar.

El desnivel de la Ciudad respecto a la barriada del Señor Sant Yago, cuyo templo tiene un antecedente románico antiquísimo, en competencia con el templo de San Juan Bautista, hizo en tiempos remotos que

surgiera el Paseo del Rastro sobre lo que tal fue: un rastro de uña de caballo que corría paralelo a la muralla con acceso a cada una de sus puertas que a mediodía se abren: Mala Ventura, Montenegro (La Santa), Gil González Dávila y la poterna del Palacio de Abrantes. Como frente a cada una de las puertas de la muralla en el románico se alzó un templo extramuros, corresponden a las de mediodía el desaparecido de San Isidoro (San Isidro, que es la ermita románica del Retiro, de Madrid), el de San Nicolás y éste de Sant Yago, que así se llamó en el idioma romance primitivo, expresión del estilo románico derivado del latino Sanctus Jacobus por elisión y eufonía.

Tal como hemos conocido el templo de Santiago y actualmente le vemos es del estilo gótico, levantado en los primeros años del siglo XVI. Si sus lápidas sepulcrales pudieran ser leídas, no obstante veríamos la nobleza que allí yace: Nalvillos, Sancho, Blázquez y Gómez Jimeno... Este fue un caballero vencedor en veinticinco batallas.

Los muros son de firmes sillares, habiéndose aprovechado elementos del viejo edificio, que según se afirma fue de piedra arenisca de La Colilla. Al exterior, apenas hay otra nota que señalar que la misma sencillez de sus líneas: cinco lados en la cabecera, ventanas de medio punto, y la puerta principal que mira al norte, con breve soportal que tiene bóveda de crucería y profusión de conchas recordando las peregrinaciones jacobeanas... Y la gran torre, octogonal en su planta con cinco cuerpos, de todos ellos sólo el superior con campanas. Un rayo la derribó sobre la capilla mayor en el año 1803, siendo después restaurada, lo mismo que la cabecera del templo, que por eso las nervaduras de la bóveda difieren de la crucería gótica del siglo décimo sexto.

Admiran al interior las proporciones de ancho, largo y alto de la única nave. Las capillas laterales son cuatro y arquitectónicamente ofrecen como el templo a la contemplación la crucería de sus bóvedas muy bien construidas.

CX.—UNA BODA EN 1090

El templo parroquial de Santiago, tan noble por su antigüedad en las crónicas y Libros Viejos de Avila como renovado en su arquitectura total, conserva el hálito legendario de su historia en el ambiente que le rodea. Torre alta dominando el Valle Amblés; amplitud en sus dimensiones de longitud, latitud y altura; balconcillo que recuerda cómo los caballeros prisioneros de la Orden de Santiago asistían al Santo Sacrificio de la Misa y cultos; joyas que afirman su riqueza y la estimación devota de los fieles para el templo, cuales la tabla de un retablo gótico que representa a Nuestro Señor atado a la Columna, otra de San Miguel,

imagen de la Virgen del Pilar en alabastro, cuadros varios en la sacristía y en algunas de las capillas del templo como el que representa a Jesús despojado de sus vestiduras esperando la crucifixión y en actitud pensante, incensarios y navetas, cruces parroquiales muy notables en plata e hierro; el retablo mayor atribuido a Patricio Caxés, del siglo XVII, así como otro del siglo XVI recogido acertadamente bajo las artísticas crucerías de la que fue capilla del Pilar, etc. Y el amplísimo atrio rodeado al edificio religioso totalmente con su pretil granítico...

El *Libro Vievo* de Avila nos cuenta la repoblación de la ciudad, registrando los acontecimientos felices y adversos, gratos y desagradables, de los años últimos del siglo undécimo. Duro era el mote del abulensismo a la sazón: "*Se llamará avilés en esta tierra / el que más hábil es para la guerra*". El Obispo Don Pelayo, de Oviedo, que bendeciría otrora el perímetro de la muralla reconstruida en románico cual la conocemos, bendijo los desposorios de Sancho de Estrada y la bellísima Urraca Flores, honrándolos la presencia de los esclarecidos príncipes Doña Urraca y su esposo Don Ramón de Borgoña: los padres de nuestro «Rey Niño» primero, Alfonso VII.

Y «llegada la noche, encargó el Conde a Millán de Illanes, llevase las armas de Yagüe y Mingo Peláez a la iglesia de Santiago, uno de los más antiguos templos de la ciudad, y las colocase sobre su altar, para que fuesen por los dos jóvenes veladas, a fin de armarlos en la mañana siguiente caballeros...» Así lo hizo Millán de Illanes, aposentador mayor de los nuevos pobladores de Avila, y el Obispo de Oviedo, con ornamentos pontificales, asistido por cuatro calonges, dos arciprestes y otros sacerdotes, bendijo las armas después del anillo matrimonial que se destinaba a los ya desposados: «los cuales, acompañados de los Infantes y de todo el cortejo que el día anterior les festejara, marcharon a caballo a la iglesia de Santiago... Solemnizadas acto continuo las velaciones, comenzó en seguida la segunda ceremonia, la de armar caballeros a los hermanos Peláez...»

CXI.—DONCELES NOBLES

Se celebraron los desposorios de Sancho de Estrada y Urraca Flores tan obsequiados de los condes don Ramón y doña Urraca (los hijos de Alfonso VI que vinieron a repoblar nuestra ciudad), así como por doña Menga Muñoz y don Jimeno y otras ilustres familias; bendijo el Obispo de Oviedo el anillo para los ya desposados en casa de Fernán López Trillo, hermano de la novia, y las velaciones del matrimonio se solemnizaron en el templo del Sennor Sant Yago.

Era domingo. La jornada precedente, conforme a la costumbre, había sido la fiesta nupcial, y los hermanos Yagüe y Mingo Peláez habían a su vez velado las armas durante la noche, puestas sobre el altar mandado así por el conde don Ramón. Por eso, una vez cerrada la ceremonia de las velaciones matrimoniales, comenzó la de armar caballeros a los nobles donceles... Lo cuenta Fernán de Llanes (llamado también Hernán de Illanes, hermano del aposentador Millán) que es el primer historiadador abulense, anterior al Libro Viejo inclusive.

Es notable aquel discurso que pone Fernán de Llanes en labios del Obispo, don Pelayo: «Donceles nobles que hoy habedes de ser armados caballeros! Atended qué facienda sea la caballería... (La voz del prelado resonaría bajo las bóvedas del templo de Santiago: bóvedas de medio cañón o cuando más de arista ya que la crucería era desconocida para los maestros de jometría del románico anterior a la repoblación de Avila). Ca caballería dicen nobleza, e el home noble non á de facer tuerto nin vileza por cosa alguna; e por el tanto me avedes de prometer, de cumplir e guardar, que amaredes a Dios sobre todo, ca vos crió y redimió con la su sangre y pasión. Lo segundo que viviredes e moridedes en la Santa Ley, e que agora nin en ningún tiempo la negaredes. Otrosí que sirvades lealmente al rey vuestro señor Don Alfonso, que agora ha el mando, o a cualquier otro rey que en pos dél sea con derecho. Otrosí, que en ningún tiempo llevaredes sueldo de ningún rey, nin rico home moro nin cristiano, sin la licencia del dicho señor rey Don Alfonso. Otrosí, que en las lides e bregas donde fuéredes fallados, antes finqueis muertos que fuyades. Otrosí, que en la vuestra lengua siempre se falle verdat ca el mentiroso es avido por vil. Otrosí, que seades siempre el ayuda e socorro del home pobre que vos pidiere e demandare ayuda, e vayades en contra del que le fizo demasía e ultraje. Otrosí, que seades el amparo de cualquier dueña e doncella, que vos demandare socorro fasta lidiar por ella, siendo la su demanda justa, contra cualquier poderoso que la hubiera fecho demasía, e la desfagais el tuerto que la hubieran fecho. Otrosí, que non vos mostrades orgullosos en vuestras razones, salvo si omildes con todos e bien mesurados...»

CXII.—CABALLEROS DE POR VIDA...

«...Otrosí, que recibades el Cuerpo del Señor habiendo confesado vuestras culpas tres Pascuas del año, y amén de éstas, el día del glorioso San Juan Bautista, SANTYAGO, e San Martín e San Jorge». Y terminó aquí su discurso el venerable Prelado, don Pelayo, de Oviedo, en la ceremonia de armar caballeros a Yagüe y a Mingo Peláez en el templo de Santiago de Avila.

Los nobles donceles oyeron estas demandas con la decisión de quien ha de cumplirlas; los caballeros y las damas presentes, con la convicción de alto principio del honor en el amor; las jóvenes doncellas con la emoción que tiembla en transparentes lágrimas, llevándose a los ojos el pañuelo sostenido por manos de nieve que tenían apariencias de lirios desmayados y palpar del ave en agonía... Yagüe y Mingo repusieron «qué eran prestos de lo así cumplir, e lo juraron sobre un libro Misal; y les fueron dadas y vestidas sus armas por mano del buen conde don Ramón (el yerno de Alfonso VI); e Jimén Blázquez calzó espuelas de oro a Yagüe, e Alvaro Alvarez a Mingo; e el sennor conde les cingió las espadas; e acercándose a Yagüe le dió una pescozada e Yagüe prendió de su espada contra el conde en guisa de vengarse; otrosí a Mingo fizo otro tal, e Mingo prendió de su espada contra el sennor conde...» Entre abrazos y saludos terminó aquel acto, precedente a la bendición del perímetro y puertas sobre que habrían de levantarse las murallas románicas de Avila.

Las que siguen son palabras pronunciadas por don Enrique de Leyva en 1944, en el Centro Cultural Abulense: «Antes dije que Avila no era ambiente para Don Quijote. No quise decir que no fuera ambiente propio. Digo que no era ambiente irritante. El contraste motivador de las aventuras, cuyo bellissimo inventario constituye la trama de la novela inmortal, se hubiera disuelto dentro de las murallas abulenses que como Rómulo, según la leyenda, construyó los muros de Roma para encerrar los dioses tutelares de la ciudad, dijérase que Alfonso VI mandó edificar los de Avila para en ellos guardar el espíritu caballeresco de Castilla». El espíritu caballeresco!... ..

...la caballería quijotesca, la auténtica, la vivida, floreció en las Cruzadas (*Gesta Dei per Francos*); tuvo una traducción muy pura en el *iter sanguinis* de nuestra Reconquista (*Gesta Dei per Hispanos*), y recibió en Avila una supervivencia en la epigrafía de sus piedras fuertes. (Lo vamos a ver en dos sepulcros de la iglesia de SANTIAGO en siguientes artículos).

Don Enrique de Leyva continuaba diciendo: «Avila hubiera sido para Don Quijote sencillamente la desaparición de su locura».

CXIII.—DOS SEPULCROS HISTORICOS

Del texto del benedictino Padre Ariz se traducen aquí los epitafios de los sepulcros de dos insignes adalides abulenses; nombrados Sancho Jimeno y Gómez Jimeno. Se hallaban en la parroquia de *Sant Yago* «junto a la puerta principal del *cierzo*». Y sabido es que *cierzo* se llama el viento del Norte, que se inclina más o menos a Levante o a Poniente, según la situación geográficamente ocupada por la región en que sopla. No se ven hoy, al menos claramente, tales sepulcros del siglo XII, lo cual no ha de extrañar si se tiene presente lo dicho sobre las varias reedificaciones en tan notable monumento.

«Aquí yace Sancho Ximeno (*Sanctius Ximenez*) ornato de todas las Españas, general y famoso soldado, que en veintiséis alternativas sobresalió y venció al general de los contrarios, muriendo entre los sarracenos el año del Señor 1174». El latín de la inscripción no es fácil de interpretar en su versión literal y extraña, refiriéndose al siglo duodécimo, la expresión «*gemma omnium Hispaniarum*».

El sepulcro de don Gómez tiene registrada su leyenda en versos que recuerdan los del deán Blasco Velasco en nuestro primer templo. «Al triste lecho de la muerte se cante con lágrimas asomando a los ojos: "(*Lácrimis obortis* es una expresión virgiliana)". La vida crea gozos. La muerte los precipita, los hunde en el abismo. Aclamen desde allí los bienes a Gomezio Ximenoni (Gómez Jimeno) porque la muerte fiera prevaleció y a éste arrebató a los suyos. Los próceres de los Sarracenos supieron su nombre y sus eximios hechos por los daños de los propios. Por el cual vencidos en cien batallas (quinque viginti lites) lloraron y triste tiñeron los cuerpos con su regia sangre purpúrea. Tanto como aquí se dice a ellos les fue conocido. El Rey Abenyacob turbado excedió sobre esto... derribado, no por las armas, sino por la debilidad y falta de ánimo. Aquí yace (Gómez Ximeno); el alma sea perdonada por la gracia de Dios. Murió en la era mil doscientos doce (octavo idus julii) (?). La traducción de esta fecha se hace muy difícil, primero por contar por *era* y segundo porque en el Calendario Latino se dice «*postridie nonas*» al ocho de julio y «*séptimo idus*» al día nueve; «*sexto idus*» al diez, etcétera. Hay que interpretar que murió después que su hermano. Y si tomásemos la era por año sencillamente, hallaríamos que pudo morir treinta y ocho años después que Sancho Ximeno cuatro días antes de la batalla de las Navas de Tolosa: 16 de julio de 1212, sirviendo al VIII Alfonso, con otros muchos caballeros abulenses que concurrieron con el obispo don Pedro IV Instancio, formando en la vanguardia bajo la jefatura de Sancho «El Fuerte» de Navarra. Contaremos la campaña de los hermanos Ximeno contra Abenjacob.

CXIV.—ADALIDES DE SANT YAGO

Al modo de San Juan y San Vicente, ambas parroquias antiguas, tuvieron sus cuadrillas de caballeros, podemos considerar que tuvo la suya el vetusto templo parroquial de Sant Yago en Avila, con estrellas y conchas en sus blasones y escudos: estrellas del Camino de Santiago y conchas del peregrinar a Compostela, tradición tan antigua casi como el descubrimiento del sepulcro del Apóstol: Un romero cabalgaba a lo largo de una playa. Cayó al agua y se ahogó. Sus parientes invocaron al Patrono de España... Y el joven salió del mar con sus ropas adornadas con muchas conchas que se le habían prendido... Peregrinó el joven a Compostela y sus conchas parecieron bien para símbolo de peregrinaciones. El dicho «Tomar la Concha» se tuvo por anuncio de peregrinar...

Alfonso VIII fue sustraído al poder de su tío Fenando II de León por los nobles castellanos, que le consideraron seguro al amparo de la muralla de Avila. Y en 1166 fue declarado mayor de edad, marchando a recuperar Toledo, casando luego con Doña Leonor de Inglaterra y, conquistando Cuenca en alianza con Alfonso II de Aragón. Y fue por este tiempo cuando, según cierto manuscrito de 1517, mandado hacer por el corregidor Bernal de la Mata, como copia romancesca del Libro Viejo de Avila, acaeció una vez que fueron *gran pieza* de caballeros abulenses «e Sancho Ximeno e Gómez Ximeno los adalides con ellos e corrieron a Sevilla». Y Aben-Jacob vino entonces de allende el mar y recorrió toda la tierra con mucha gente. Los de Avila quebrantaron a Alhagen, y los alcanzó Aben Jacob y no pudiendo hacerle frente se refugiaron en unas *cabezas* (promontorios o cumbres) defendiéndose hasta la noche. Aben-Jacob cercó las cabezas y los abulenses velaron toda la noche creyendo morir. Un caballero, Blasco Cardiel, huyó hacia Talavera. Pero los demás oyeron por la mañana sus misas, se armaron y subieron a los caballos. Y Sancho Ximeno el adalid, "*que era buen agorador, acabado cató las aves y entendió de ellas que los moros serian bencidos*". Efectivamente mataron a muchos y capturaron a otros con gran botín. Aben-Jacob huyó y los caballeros de Avila se detuvieron allí tres semanas partiendo las ganancias y corriendo toda la tierra en derredor... ..

Muy difícilmente puede situarse ya la curiosísima piedra labrada que citan varios autores «junto a la pared meridional de la iglesia de Sant Yago» que tiene en tres de sus lados otras tantas líneas de escritura arábica, cuya leyenda no comienza ni acaba, y que alude a un personaje de gran influencia y prestigio, dueño de extensos dominios, que pereció luchando contra infieles...

CXV.—SOLO SANCHO

Zurraquín Sancho es un noble y esforzado caballero de quien se refieren muchas famosas hazañas, entre ellas aquella que da lugar a uno de los pueblos abulenses del Valle Amblés se llame SOLOSANCHO, porque sólo él acometió allí en cierta ocasión, al grito de "*Avila de los Caballeros*" a sesenta moros, matando a unos, hiriendo a otros y poniendo en fuga a los demás, libertando de paso a veinte prisioneros cristianos que aquéllos llevaban consigo. Era en verdad un caballero prototipo de los andantes y al estilo que después llamarían la literatura y el periodismo españoles y mundiales *quijotesco*s. Tal suceso jamás se hubiera sabido a no ser porque un día, en que Zurraquín Sancho se hallaba con otros caballeros a la puerta de la iglesia de San Pedro de Avila, pasaron unos pastores arreando sesenta puercos y preguntando por la casa de Zurraquín Sancho a quien destinaban el obsequio «por ser ellos los cristianos libertados por el indomable valor del caballero *solo*, *SANCHO*».

Y he aquí que aunque Zurraquín Sancho fuera enterrado a su tiempo en la iglesia de San Silvestre (después, en tiempo de la Santa, monasterio del Carmen Calzado, y ahora prisión provincial) en «honradísima sepultura», tuvo empero relación con la parroquia de Sant Yago y con el hecho de armas de Abenjacob cuando Blasco Cardiel huyó para Talavera. Zurraquín Sancho, como era su costumbre ya en aquellos años finales del siglo XII, andaba solo en sus aventuras y estaba en dicha población sobre el Tajo a la llegada de Cardiel por motivo de un pleyto que no citan las historias. Preguntó a Blasco Cardiel qué se había hecho de los caballeros abulenses con quienes «entrara en cabalgada» y le dijo el fugitivo que eran muertos. Preguntó Zurraquín el lugar para ir a ver si fuera total el desastre y cabalgando llegó, en la noche cerca de donde se hallaban viéndoles estar sosegados, tanto que temió fueran moros en su tierra. Ató su caballo a un árbol «y fuése acostando» y tanto se acercó que hubo de entender que eran cristianos, e incluso llegó a conocer a varios de sus amigos en el habla... Volvió pues por su caballo y cabalgó hasta ellos, contándoles cuanto le había dicho Cardiel acerca de ellos y los temores que abrigó sobre su suerte, hasta encontrarles. Y ellos muy agradecidos le dieron la parte que hubiese correspondido a Blasco Cardiel en el botín de la batalla de la cual huyó... Este Blasco Cardiel al saber que los abulenses habían vencido en la lid no esperó a sufrir la venganza, sino que fuése para siempre de la Tierra que Avila dominaba, fijando su morada en Calatayud.

Otras proezas no menores realizaron estos famosos adalides avilenses por los campos de Extremadura durante la menor edad del rey Alfonso (VIII)». Caballeros de la cuadrilla de Sant Yago.

CXVI.—EL REY NALVILLOS

En su *"Historia de Avila"* (Recuerdos y bellezas de España) Barcelona 1865, José María Quadrado decía textualmente: *"Otra inscripción no menos importante ha perdido SANTIAGO (el templo parroquial de que se viene tratando en estos artículos de «La Emoción de la Ciudad») y es la que había a su entrada en dos antiquísimas piedras esculpidas con molduras, formando en cada una tres renglones de letra árabe», de la cual dice el autor del episcopologio (alude a Tello Martínez), mencionándola como existente, que sólo podía descifrarse el nombre de Dios y que eran mágicos los demás caracteres"*.

Con diversas interpretaciones que no hacen al caso, como por ejemplo: «Dios nos reúna con él en el Paraíso deleitoso», tales inscripciones se atribuyen como referentes «a un personaje poderoso, afortunado y con mando en amplísima región»: El Rey Nalvillos, caballero abulense de la cuadrilla de *Sant Yago*.

Su historia es apasionante y ha creado leyenda. Era hijo de Jiménez Blázquez de Salas de Asturias, varón a quien el Rey había ordenado que reuniese todas las gentes que se ofrecieran para repoblar Avila, bajo su prudente dirección. Este primer gobernador de la repoblación de Avila estaba casado con doña Menga Muñoz.

Don Ramón de Borgoña y su esposa, doña Urraca, hija de Alfonso VI, eran los condes de Galicia responsables ante su padre el Rey de todo asentamiento en la Tierra de Avila. Y su gestión fue plenamente aprobada, estableciéndose en Toledo las bases de la repoblación de Segovia y Salamanca. A su regreso a la sede habitual de su condado gallego estuvieron algunos días en Avila, y Nalvillos, el hijo mayor del gobernador abulense don Jimeno, fue admitido al servicio de los condes teniéndolo a gran merced ambos. Camino de Galicia, pues, iba Nalvillos alegre y confiado en su buena fortuna. Y también figuraba en la corte de los condes de Borgoña y Galicia una joven, cuyo cuidado les había confiado Alfonso VI en calidad de pupila: era mora, hija del nobilísimo Al-Menón, hermana del fallecido rey Al-Mamún. Alfonso VI se había refugiado en la corte de Al-Mamún al ser perseguido por su hermano Sancho... Y respetó a Toledo en tanto vivió el que fue su protector. Pero en mayo de 1085, sin compromisos ya entró en la Ciudad Imperial triunfalmente...

Alfonso VI recibió a la tierna doncella, hija de Al-Menón, como pupila porque «la tristeza llevó también a tan digno personaje con su hermano a la compañía de Mahoma... y sus hurfes». Tenía la joven catorce años cumplidos. Era muy bella, graciosa y amable. Había enamorado a Jemín Yahía, joven igualmente puesto por Al-Menón bajo el amparo de Alfonso VI. Y enamoró también a Nalvillos.

CXVII.—AJA GALIANA

Esta era la joven mora, hija de Al-Menon, sobrina de Al-Mamún, que Alfonso VI confiaba a sus hijos Don Raimundo de Borgoña y Doña Urraca. Había sido trasladada desde Toledo por Fernando de Lago, quien con cincuenta jinetes cristianos y treinta musulmanes formaba su guardia. Y encargó al Rey Alfonso VI al conde que *"coidase de la dama mora e ficiese que la señora Infanta la oviese amor ca en facerlo tal lo faria mucho placer"*.

El año 1091 llegó a nuestra ciudad. Estaban contruídos ya los lienzos meridional y oriental de la muralla y se disponían los andamios de los otros frentes. Todos cuantos trabajaban en las obras dejaron su labor con grandes muestras de contento: cristianos libres y moros es clavos formaron el cortejo de la doncella y las alabanzas a su belleza extraordinaria fueron unánimes.

Ella se mostró dócil, manifestó deseos de convertirse al cristianismo, se bautizó tomando el nombre de su madrina, la Infanta Doña Urraca... Y los Condes trataron su matrimonio con Nalvillos, hijo de Jimén Blázquez, primer Gobernador de Avila, quien había tratado por su parte ya del matrimonio de su hijo con Arias Galindo, bella zamorana de ilustre nobleza. Pero todo tuvo arreglo, habiendo aceptado el Rey el matrimonio de Nalvillos con Ajá Galiana, pues Jimén Blázquez y su esposa Doña Menga Muñoz casaron a la bella Galindo de Zamora, con su otro hijo Blasco Jimeno, reparando así el desaire...

La boda de Nalvillos se celebró en la vieja iglesia de Santiago, por hallarse aún en obras el catedralicio templo del Salvador. Los cronistas se complacen en describir los festejos, ponderando las corridas de toros, de muy antiguo conocidas en Avila. Y encomian las divisas y motes de los caballeros que tomaron parte en los torneos... Y todos recuerdan cómo gritó Ajá Galiana, cuando la gentileza, la gallardía y empuje de Nalvillos derribó de su caballo a Jezmín Yahía, el pariente moro a quien de pequeña entregara su corazón. Y se dieron cuenta de ello más que nadie Arias Galindo, Doña Menga, etc., etc. Desde aquel momento Ajá Galiana estuvo triste. Y ni los encantos de la dehesa de Palazuelos, con su casa solariega, sus fuentes y juegos de agua, la distrajeran de su pena. Cuando Nalvillos fue a la guerra vino Jermin Yahía y se llevó a la esposa del adalid cristiano, después de haber mancillado el tálamo matrimonial. La venganza de Nalvillos llegó a Talavera de la Reina en donde los amantes tenían su fuerte residencia y su fortuna: acero, sangre, fuego... Muerte y desolación.

En la supuesta lauda de Nalvillos del muro meridional del templo de Sant Yago está escrito en signos arábigos: «Dios nos junte con él en el edificio de la bienaventuranza».

CXVIII.—EL ALFARERO DE SANT YAGO

Lo cuenta el Padre Coloma, S. J., en su «Fray Francisco» y lo recoge José Belmonte Díaz con juvenil estilo literario en su libro «Leyendas de Avila» (Publicaciones «Alonso de Madrigal» 1947). El historiógrafo jesuita, novelista ejemplar y publicista fecundo, caracterizó y nombró a los personajes principales, situándonos la casa, no lejos del templo parroquial de Santiago, el señor Belmonte Díaz.

En junio del año 1465 llegó a la puerta de San Vicente una tropa caballeresca que acompañaba al Arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo de Albornoz, el cual había obtenido del rey de Castilla, Enrique IV, «El Impotente» la custodia de la Ciudad de Avila. Tenía el prelado sus proyectos de acuerdo con quienes se habían apoderado del Infante, don Alfonso, «El Reyecito» de once años de edad.

Durante la noche del tres al cuatro de aquel mes caluroso Perucho Gómez, un sencillo alfarero del barrio morisco fue, sorprendido por cuatro de los hombres de armas de don Alonso Carrillo en forma que no pudiera oponerse a caminar por la cuesta que llamamos de Gracia o tal vez por la que llamaron de «La Horca» por la sencilla razón de caer bajo la Torre del Baluarte, ángulo sureste de la muralla, de donde pendería de vez en cuando algún que otro ajusticiado

Perucho Gómez fue conducido a la Catedral y con los ojos vendados hizo su camino en todo o al menos en parte importante que convenía para los planes de aislamiento. También, claro está, llevaba una fuerte mordaza desde el instante primero de la nada ciertamente amable invitación a caminar levantándole de su lecho siempre tranquilo a lo desconocido...

En una torre de la Catedral, sin penetrar en el templo, hablóle don Fernando de Alarcón, mayordomo del Arzobispo, quien poniéndole materiales de su Oficio de alfarero al alcance de sus manos le dijo que había de modelar y realizar un busto de hombre con él. Y he aquí que Fernando de Alarcón también modelaba y la cabeza rematada, que *tenía mucho de natural y no poco de grotesca*, era imagen del desgraciado rey de Castilla. Fue pintada de bermellón y albayalde y le pusieron «por barbas y pelo las coloradas crines de un buey». «Era reflejo exacto de Enrique por su aspecto feroz, nariz chata y pelo rojizo y las vestiduras reales».

Alarcón entregó a Perucho una bolsa de oro, dándole las gracias y despidiéndoles. Al descender de la torre era *el Alfarero de Santiago* nuevamente apresado por dos hombres «de gestos patibularios», robado y llevado a una cripta húmeda en donde le sajaron la lengua... No se

volvió a saber cosa de él. Alarcón pagó sus crímenes más tarde quemado por la Inquisición (según la leyenda) en Zocodover, de Toledo, después de haber sido arrastrado por las calles «vivo, en una espuerta de paja»...

CXIX.—UNA TORRE SIN CAMPANAS

Cuanto airosa se nos presenta, destacando sobre áureos esplendores celestes que realzan en los atardeceres los contrastes coloristas del Valle Amblés, la torre de Santiago, más se achata, pese al dorado tono de sus sillares la torre de San Nicolás. Y siendo su altura considerable, parece hundirse cabe la orilla del río Adaja, cuanto su rival vecina eleva sus grises piedras por encima de la roca escarpada... Y es que no tiene campanas la torre de San Nicolás. Por encima de su tejado achatado (sin linterna y sin farol arquitectónicos) las voces amigas de la Torre de Santiago anuncian cultos de mañana y tarde, y su vespertino toque de Angelus hace vibrar aún los corazones de los labriegos, en las dehesas y aún en los términos municipales de pueblos comarcanos, con la emoción religiosa de la oración que saluda a la Virgen Santísima poniendo fin a los trabajos de cada jornada. Algunas de esas campanas estaban en la otra torre...

Del tiempo de Don Diego III, que en el año 1190 —cuando las murallas cumplían un siglo— era obispo de Avila, es la dedicación de la iglesia de San Nicolás, del románico estilo, que andando el tiempo fue parroquia y participó como tal en la Concordia del año 1254. Y es fama que se nos ha conservado como fue al principio: sencilla; su puerta principal en la fachada del norte muy bella; triabsidal su cabecera y con tres naves al interior que corresponden a los tres ábsides. Don Diego III la dedicó en la Era MCCXXXVI, correspondiente al año 1198. Recogen los cronistas la inscripción que se halló al hacer limpieza de cierto indiscreto blanqueo del interior de sus muros, «unida a las reliquias de santos con que Don Diego III inauguró este templo». Dice así traducida del latín al castellano: EN HONOR DEL BIENAVENTURADO NICOLAS DEDICO ESTA IGLESIA JACOBO (Santiago, Diego, Jaime, Jacobo, Yagüe, son un mismo nombre al caso) OBISPO DE AVILA, EN LA CUAL SE VENERAN OCULTAS RELIQUIAS DEL MISMO SAN NICOLAS Y NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y DE LA GLORIOSA VIRGEN MARIA Y DEL SEPULCRO DE NUESTRO SAN MARTIN Y DE SAN HILARIO Y DE LA BIENAVENTURADA CECILIA. Sexto día de las calendas de noviembre. ERA MCCXXXVI, esto es: DIA VEINTIDOS DEL MES DE OCTUBRE, AÑO 1198».

He aquí una iglesia de gran tradición piadosa por las muchas devociones que en todo tiempo se han fomentado en ella, principalmente las

de las caminatas de los lunes en honor del Santo Obispo de Bari, de Nuestra Señora de las Angustias, que se venera con imagen muy valiosa, preciosa talla de lo primitivo de Gregorio Hernández; y modernamente San Isidro Labrador, con su bienaventurada esposa, María de la Cabeza.

CXX.—EN UN HUERTECILLO...

... de la margen derecha del río Adaja se conserva la Capilla románica dedicada hoy a San Segundo, como anteriormente lo estuvo a San Sebastián, A Santa Lucía y aún puede que a San Salvador en su antecedente histórico tradicional, más que monumental en sí. Se hace tal distinguo porque aunque tradición y monumentos sirven de fuentes históricas, en este caso el monumento se queda corto cronológicamente sobre aquello de que avisa: monumentos hay erigidos sobre otros anteriores y habría que revisar piedra por piedra de las que componen el edificio para ver si entre ellas se aprovechó alguna del que pudo ser en el sentir de muchos autores y cronistas de la Historia de Avila el primer templo de la ciudad, la primera catedral de Castilla y creyendo a Gonzalo de Ayora «uno de los más famosos templos del mundo».

Digamos lo que se ve en la Capilla románica del Puente: el edificio se muestra hoy como templo románico espacioso; mas no basilical. Bello en sus proporciones, con tres naves y tres ábsides, determinadas las primeras por dos órdenes de arcos paralelos a los muros laterales, tres a cada lado, y los segundos por las capillas absidales correspondientes que al exterior son un conjunto lleno de armonía. Estéticamente no se puede pedir más, puesto que hasta tiene la gracia de alguna irregularidad arquitectónica en la perspectiva interior que maravilla en el románico, tan exacto en San Pedro y San Andrés de nuestra propia ciudad. Hay también seis capiteles historiados de interpretación difícil en una sola visita y a vista de ojos.

El altar mayor tiene en la bóveda pintada una apoteosis de la Eucaristía, que puede corresponder al siglo XVII. Debieron ser los carmelitas descalzos que tuvieron esta iglesia por suya durante algunos años, quienes mandaron pintar este fresco y el del lateral derecho en consonancia. El retablo tiene un centro tallado y dorado que puede corresponder a esta misma época, siendo los paños laterales tablas del gótico anteriores a Pedro González Berruguete y sus discípulos, recordando más bien el retablo de San Marcial y el de Gracia de nuestro primer templo. La imagen central de San Segundo, nuestro Padre en la Fe, primer Obispo de Avila, es una talla de los anónimos del siglo XVII muy expresiva y distinta de la que donó de San Blas el escultor Bartolomé Sánchez... Y si fuera también de éste, sería mucho mejor que el

regalo. Porque la imagen donada de San Blas es ingenua en verdad. Cuánta fe tenía y qué bien comprendían nuestros antepasados la teoría de las imágenes: signos representativos, retratos... que se ponen ante la vista de los fieles para que como decía el Catecismo del P. Astete, por esas figuras nos acordamos de los que están en el cielo y por ser su imagen les hacemos reverencia.

CXXI.—TABLAS GOTICAS

Las tablas góticas del retablo mayor de la Capilla de San Segundo junto al río Adaja tal vez fueron agrupadas para la construcción de dicho retablo actual sin otro plan que el de combinar hornacinas y pinturas conforme al gusto neoclásico: representan de izquierda a derecha en el orden superior a *San Ambrosio*, San Miguel, Santiago y *San Ambrosio*; en el segundo orden a *San Gregorio Magno*, con la inscripción del Ave María en oro aireador y el milagro de Jesucristo crucificado pintado en la Hostia, y al otro lado *San Jerónimo* con la Biblia, siendo notable que los cuatro Padres de la Iglesia de Occidente se hallan representados con ornamentos de obispos, sin atributos que les puso luego el mismo estilo gótico en los siglos XV y XVI, cuando la influencia de auras renacentistas se deja notar.

En las hornacinas laterales se ve a dos santitas, que parecen iguales, ambas con un plato en una mano y palma de martirio en la otra, recordando a Santa Lucía y a Santa Agueda, conteniendo el plato de Santa Lucía sus ojos, y el de Santa Agueda sus pechos, que le fueron arrancados por el verdugo estando representada la misma Santa, con plato y palma en una vidriera de las mejores de la catedral, con inscripción al pie para que no quepa duda.

En el friso hay tablas con oro fino en las coronas y representan a San Antonio de Padua, que tiene el niño en la mano derecha y libro de doctor en la izquierda; San Bartolomé con su cuchillo y cadenas, símbolos de su martirio y de su poder sobre el diablo; San Antonio Abad, San Pedro Apóstol con llaves; San Pablo, un San Gregorio Papa, sin poder concretar si es el Magno, el II, el III o el VII en la mente del artista... En la corona sólo se ven media G, insinuadas la R, E, G, y O, y en la lista de Papas Santos no hay nombres de cinco letras. Siguen San Francisco y San Bernardino de Sena, con la Hostia flameante en oro, que es santo franciscano también: esta Hostia en oro alude probablemente a la tabla con el anagrama del Santo Nombre de Jesús que solía llevar: JHS. *Jesús* Salvador de los hombres.

Los altares laterales son ambos de factura idéntica al estilo churri-

gueresco y bien dorados. En el de la derecha del altar mayor, izquierda de quien mira, existe una escultura de la Santísima Virgen con inscripción al pie que dice así: «Año 1616. Nuestra Señora del Buen Suceso acabóse». En la bóveda están pintados santos carmelitas que casi se ven; pero más claramente se aprecia en los extremos del arco frontal de esta bóveda el escudo carmelitano con la leyenda: "*Viderunt gloriam Dómini*", palabras que corresponden al salmo 96, verso sexto. En el altar lateral izquierdo respectó al mayor sólo se ven una imagen de Santa Teresa de Jesús y otra nueva de la Virgen María.

CXXII.—LA DEVOCION A SAN SEGUNDO

Es notable la verja que cierra el presbiterio de la Capilla románica de San Segundo. Su leyenda dice así: "*Esta reja y cimborrio mandó hacer el abad Don Iván Dávila a honor y reverencia del señor San Segundo. Acabóse año mil quinientos y cuarenta y cuatro años. En dicho año este bienaventurado Santo hizo muchos milagros*".

En el paso de la Capilla Mayor a la capilla absidal derecha, se encuentra la imagen maravillosa de San Segundo por Juan de Juni, labrada en alabastro. Lleva en los cuatro frentes el escudo de dos cuarteles con los trece roeles de la cuadrilla de Esteban Domingo en uno, y cadenas y barras con trece corazones en otro. Fue Doña María de Mendoza, hermana del Obispo Don Alvaro, en 1573, quien mandó hacer esta escultura para ponerla sobre el sepulcro primitivo del Glorioso Patrono de Avila, pues bien sabido es que aquí habían sido descubiertos sus restos mortales cuando se hacían obras en la que llevaba el nombre de Iglesia de San Sebastián...

En otro altar sobre el mismo muro de la derecha se ve una imagen de Santa mártir, con tenazas en la mano, que confirma la devoción a Santa Agueda en este templo. En la reja se separa la capilla de este lado del resto del templo se lee lo siguiente: "*Esta reja e retablo mandó hacer la magnífica señora Doña Isabel de Ribera, hija del magnifico caballero Francisco de Valderrábano a honor de Santa Bárbara, hecha año 1547 años*". La imagen de Santa Bárbara debió estar en el altar donde ahora se ve vacío el nicho con una imagen pequeñita de la Virgen.

Otros altares son el de San Blas y el del Santísimo Cristo. La imagen de San Blas tiene al pie una inscripción: "*Dió este San Blas Bartolomé Sánchez, escultor*". Y alrededor de la hornacina vense pinturas de buen gusto artístico sobre madera, con la Anunciación, Santa Ana y la Virgen Niña; el abrazo típico en el Renacimiento de San Joaquín y Santa Ana ante la puerta dorada del Templo de Jerusalén con el Angel que les

acerca: San José con el Niño adolescente, y San Juan Bautista en el momento del «Ecce Agnus Dei...» entre el altar del Santo Cristo y la imagen de San Sebastián, una gran piedra incrustada en el muro nos habla: *"A once días del mes de septiembre, año de 1594, gobernando la iglesia de Dios el Papa Clemente octavo y reinando en España el católico Rey Don Felipe II deste nombre, y siendo Obispo de Avila, Don Jerónimo Manrique de Lara, se trasladó desta Iglesia a la Catedral desta Ciudad, el santo cuerpo del glorioso San Segundo, su primer obispo y mártir, dejando aquí en su sepulcro la arca donde fue hallado y mucha parte de sus santas reliquias"*.

CXXIII.—SANTA PAULA "BARBADA"

Antes de abandonar la ermita románica de San Segundo es ineludible contar al visitante otra bella narración, que con ella está relacionada y data de los tiempos medios sin poder decir la época exacta. Es tradición que, contada en el clásico modo, habría de comenzar así: «Allá, por los tiempos de Maricastaña...» Y sabemos que Maricastaña es personaje proverbial que simboliza la más remota antigüedad.

Pues por los años mil y tantos vivió, indudablemente, una hermosa joven, tan hermosa de cuerpo como de alma, en el no lejano lugar llamado Cardenosa, pueblo aristócrata en la Historia de la Tierra de Avila, cuyo nombre parece significar *pedra de color cárdeno*, entre blanco y azul... Y es verdad que hay rocas graníticas cárdenas en sus inmediaciones. Esta joven era muy piadosa. Con frecuencia, tal vez también por razones de servicio, acudía con verduras y frutas del campo a la ciudad y, llevada de su devoción, frecuentaba varios templos, principalmente la iglesia de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta...

Un día fue avistada por cierto caballero que para su buen nombre nos es desconocido. Y, enamorado perdidamente de ella, concibió los más criminales proyectos atentando a la virtud de la pureza. La joven perdió su paz y cuando había de venir a la ciudad hubo de duplicar su recato y tomar precauciones; pero, no obstante, vigilada, llegó a ser perseguida *como inocente corza por cazador furtivo* según la expresión de una crónica vieja.

Es fama que el corzo se salva en la huida y ella huyó con máxima rapidez. El caballero —pues a caballo montaba—, no pudo darle alcance; sino que la perdió de vista. Ella se había refugiado en la románica iglesia de San Sebastián (esta que denominamos actualmente San Segundo «del Puente») y había pedido al Señor con muchas veras que la desfigurase el rostro a fin de verse libre del inoportuno y ya casi vio-

lento requerimiento de amores. El Señor, que atiende las súplicas de los corazones que le aman con sinceridad, la otorgó el don de que su cara se cubriese de una barba muy poblada y larga, de manera que hiciera el juego al traje de pastor que para disfraz había vestido.

El caballero indagó:

—¿Has visto, pastor, una joven que hacia este lugar vino hace un rato?

No he visto en este lugar a otra persona que yo...

El incidente parece que decidió a la joven Paula, que sentía el amor a la oración en retiro, a consagrarse de por vida en soledad al Señor y así se la venera por Virgen inocente y penitente. Su fiesta se celebra todos los años en Cardeñosa. En la ermita románica de San Segundo y en el también románico templo de San Andrés se hace su memoria: un cuadro de los que debajo suelen tener explicación de lo que representan, se veía en este templo antaño.

CXXIV.—ERMITAS POPULARES

En la prolongación de la calle de Vallespín hacia la Puerta del Puente, intramuros, hallamos la ermita románica de San Esteban, en la que antaño se tenía erigida canónicamente la célebre Cofradía de la Carda y del Peine y actualmente celebra sus fiestas, por la Virgen de Agosto, la de Nuestra Señora del Consuelo. Fue templo parroquial. Su ábside románico es de lo más antiguo de Avila, con hermosos capiteles y al interior peraltados los arcos de medio punto, recordando así lo visigótico... Una imagen antigua del obispo San Severo llama la atención por la paloma que tiene sobre su cabeza...

La ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, dedicada mucho antes a *San Bartolomé*, que también fue parroquia y que todavía hemos conocido en estos últimos decenios como «Capilla del Cementerio Viejo» es del estilo románico, de 1210 aproximadamente. Perteneció a la Cofradía de Abogados, Procuradores, Notarios, etc. Actualmente, después de la gesta del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en Andújar, durante nuestra Cruzada de Liberación, en donde se cubrió de gloria el Benemérito Instituto de la Guardia Civil, dignísimamente representada en dicho pasaje histórico, la Comandancia de Avila muestra su devoción por la fiesta que en honor de la Santísima Virgen en su advocación de *Nuestra Señora de la Cabeza* se celebra en este templo, triabsidal con algunas notas mudéjares del siglo XVI y otras restauraciones de la primitiva fábrica románica; espadaña del siglo XVIII; algunas joyas

que se citan en narraciones antiguas tal vez trasladadas al Museo Catedralicio para que no se pierdan, cual un cricifijo de marfil, etc. Es lugar preferido por muchos pintores para la representación de algunas escenas religiosas populares y de piadosas costumbres. La vecindad del cementerio durante más de un siglo, le dió carácter muy particular, uniéndose la idea de muerte a la tradición de la cura de posesos, pues aquí se impetraba de antiguo la salud del alma y del cuerpo, por intercesión de San Bartolomé, que tiene al diablo sujeto con cadena.

La ermita de San Martín, es igual que las anteriormente mencionadas templo antiguo que fue parroquia de los canteros, más de mil quinientos... En la festividad de la Ascensión del Señor se anima la barriada con la romería de la Misericordia y hemos oído sonar las campanas de la esbelta y alta torre mudéjar que actualmente amenaza ruina. La fábrica del templo es pobre; pero la torre y la advocación del templo merecen subsistir con él.

En el amplio panorama del norte de Avila mirando a la ciudad, la torre de San Martín es un destacadísimo punto de referencia.

CXXV.—MIRANDO HACIA EL NORTE

Si el paisaje del Valle Amblés tiene preciosas tonalidades en las limitaciones y amplitudes de su extensión de quinientos kilómetros cuadrados; si nos admira y complace su belleza viendo al azul apoyarse en las crestas de la Paramera y los Baldíos, o cuando una nubecilla oportuna nos consigue la sensación de lejanía, viendo el celeste afil prolongarse por encima de La Serrota; o situarse sobre esta misma cumbre nevada el lucero matutino titilante, o rutilar el mismo Venus por la tarde cuando el sol enciende rojizas las nubes del poniente mientras al Campo Aralvaro comienzan a sombrear los grises en una escala indefinible blanquinegra... (Se pierde la imaginación evocando y reproduciendo estas bellezas panorámicas que forman parte de la profunda emoción de la ciudad).

Se quería decir en comparación de bellezas panorámicas que si el Valle Amblés maravilla por sus limitaciones y trasfondos —a veces la torre de la Catedral tiene jirones de nubes por dosel que la cobija y otras una inmensidad transparente tras de sí—, al norte de la ciudad el paisaje se pierde, cielo y tierra, por la ancha Castilla. Un grupo de arbores, las luces de Narrillos de San Leonardo por la noche, el puente de la vía de Salamanca, el camino del cementerio y el silo son puntos de referencia: ya pocas veces la columna de humo de una locomotora; en ocasiones, nota fugaz de un nocturno suavemente feliz, inesperado en

la monotonía de nuestra vida laboriosa, una oruga de luz —luciérnaga esplendente— que desfila para nuestra imaginación como símbolo y realidad de problemas humanos, que es viajar... Problema es la dicha de un matrimonio recién hecho; problema es el negocio que se espera en un traslado; problema es la excursión de un día que puede ser motivo de satisfacción o de dolores... Tras del momento presente todo puede ser problemático porque todo es un interrogante al después. Sólo la paz de conciencia tiene una segura continuidad en el día y en la noche; en el amanecer, y también cuando el disco áureo se hunde cayendo globalmente algunas tardes en línea vertical como encender la sangre de los toros en las dehesas del campo de Salamanca. En la clara noche, lleno el firmamento de brillantes luceros, contamos las constelaciones; situamos la Estrella Polar y recordamos a muchos amigos: a Joaquín Ubeda de San Andrés, fundador de la Falange abulense, le gustaba el oscilante *Sirio* con sus irisaciones variadas... SAN ANDRES es el título de una iglesia románica, reconstruida en nuestros días por la Dirección General de Bellas Artes con muchos aciertos: En el paisaje del norte de Avila, este templo es arquitectónicamente tan excelente que sólo puede ser comparable a lo mejor del puro estilo románico de la Basílica de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta.

CXXVI.—LOS HUMILLADEROS

El término *humus* es igual que mantillo, tierra negra en cuya formación se integran elementos de origen vegetal o animal; tierra fértil en grado sumo, que, si fuere demasiado pura, puede recibir la enmienda de la tierra silíceo... *Humillarse* puede significar muy bien hacerse polvo fértil, confundirse en la tierra. Y como acción espiritual que es, reconocer la soberbia, el engreimiento, la pasión desordenada de ser preferido a otros en la sociedad, en la posesión de bienes materiales, en honores, etc.

El mejor medio de ordenar el apetito de sobresalir es la humillación: la sencilla humildad, que Santa Teresa de Jesús definía como «andar en verdad». Entonces se produce, al menos en el deseo, el reconocimiento de que persona alguna sea más que lo que es en presencia de Dios. Y quien lo llegare a pensar se ve pequeño, por hallar en derredor suyo siempre personas que son titanes del valor humano, de la virtud que santifica los dolores, de la honradez que dignifica los desprecios...

Nuestros antepasados construyeron humilladeros: capillas pequeñas para la ofrenda de la penitencia individual, aunque del ansia de humillación personal surgiera después en torno a cada uno de los humilladeros una cofradía... Los humilladeros son de la época del gótico, cuan-

do la arquitectura es lanceolada o de sencillos diseños ojivales en los arcos apuntando hacia el Cielo: la época del misticismo prerrenacentista que culminará en los grandes santos abulenses del Carmelo mientras en otras tierras proliferaría el falso misticismo de los embaucadores: aquí, en virtud de la humildad, se anduvo en verdad.

Los humilladeros se ponían a la entrada de la ciudad. El del Santo Cristo de la Luz junto al Canto de la Legua que señalaba la longitud del camino de Madrid por la carretera vieja: hoy queda mirando a la plaza de Santa Ana, desfigurado por una pobre ampliación que hace cuerpo de la Capilla de la Cofradía. Fue construido por don Juan Núñez Dávila, en 1467, siendo notable el Crucifijo antiguo que hay en el altar. La Capilla de Jesús Resucitado, en el camino del norte de Avila, que arquitectónicamente nada tiene de particular hoy, es notable porque aún se celebra en torno a ella la primera romería de primavera muy típica. Y el Humilladero de la Vera Cruz, que se nos muestra hoy como de estilo herreriano con portadas monumentales y la devoción del impresionante Cristo de los Ajusticiados. La Cofradía data de 1540 y el pequeño templo de 1552: bien claro queda que primitivamente hubo templo gótico penitencial, pues la cofradía es anterior al monumento. Ha conservado antonomásicamente el título de «El Humilladero». Y la procesión de la Pasión tiene cada Jueves Santo su origen en él.

CXXVII.—EL SANTO CRISTO DE LOS AJUSTICIADOS

En los caminos abulenses de emoción no puede prescindirse del Via Crucis, en la madrugada del Viernes Santo cada año, con la venerable imagen del Santísimo Cristo de los Ajusticiados del Humilladero de la Santa Vera Cruz. Se ve recostarse la imponente talla en cielo de color añil, con la torre cuadrada del Arco del Carmen de la muralla por fondo, cuyas agudas almenas apuntan como especial objetivo tal vez a los anhelos de las almas penitentes: indicadoras de alturas espirituales... Entre flores blancas de pureza inmaculada y flores moradas de restaurada pureza, la imagen del Buen Jesús crucificado, cuyo título nos habla de justicia, tiene una mirada —"*caligaverunt oculi mei*"— que bien nos mueve a considerar su misericordia. Y cada cual podrá decir ante El: «Me avergüenzo como reo; la culpa enrojece mi rostro al suplicar: perdóname, oh Dios...».

Esta imagen tiene una historia medrosa para imaginaciones enfermizas; pero de mucho consuelo para memorias cristianas de verdad. Cuando un reo era condenado a muerte, la Hermandad de la Vera Cruz se ponía en movimiento «para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar». Así decían los monitores para demandar donativos de los

piadosos abulenses a fin de satisfacer los gastos que se originasen de trasladar la venerable imagen del Santísimo Cristo al lugar en donde haría «su capilla» el sentenciado, culpable de abominable crimen, ante la imagen de vidriados y «oscurecidos ojos»; para satisfacer los estipendios de sus funerales en el templo de San Juan Bautista casi siempre, y para socorrer a los familiares... «Haced bien por hacer bien...» Enlazaba el misericordioso quehacer de los Hermanos de la Vera Cruz con el de las Hermandades de PIEDAD y CARIDAD que radicaba en la parroquia de Santiago Apóstol, cuyo crucifijo tuvo altar propio y ha sido en nuestros días colocado en la hornacina superior del retablo mayor, y SANTO CRISTO DE LA LUZ o «Enterradores» que practicaban la Obra (que en caso de necesidad «obliga de precepto» a todo cristiano), de *sepultar a los muertos*.

Un operario anciano de la imprenta de EL DIARIO DE AVILA contaba el último ajusticiamiento a que fue llevada la venerable imagen del Santísimo Cristo de los Ajusticiados en la segunda mitad del pasado siglo: vino desde Solosancho, su pueblo, acompañando a su padre y la madrugada era muy fría. Toda la gente se apiñaba en la ladera del norte de la muralla, desde la Puerta del Carmen hasta el lugar del suplicio —garrote vil— cuyo tablado había sido erigido en la explanada entre las dos carreteras y no lejos del viejo cementerio junto a la románica ermita de San Bartolomé y Santa María de la Cabeza. Bajaron al reo desgraciado, convicto y confeso: *odiando al delito se compadecía mucho al delincuente*. El operario aludido recibió de su padre una pescozada «para que jamás olvidase aquello y su motivo».

CXXVIII.—EL SANTO CRISTO DE LA LUZ

Lo mismo que el Patronato de la Santa Vera Cruz, es ilustre y secular la Hermandad de Enterradores, que surgió en el Humilladero del Santísimo Cristo de la LUZ, porque *La Luz* es Cristo. El dijo: «Mientras estoy en el mundo, soy Luz del mundo». Y antes de marchar quedó también con nosotros para siempre hasta la consumación de los siglos, y sigue siendo Luz en el Santísimo Sacramento...

Pero sobre todo se asocia el título de Santo Cristo de la Luz con el de Hermandad de Enterradores y se justifica más la creación canónica de la Cofradía en el citado humilladero, si tenemos en cuenta que en el oficio de difuntos se prodiga la evocación de la *Luz Eterna* para quienes cierran los ojos del cuerpo definitivamente, y es constante la oración en que se pide que la *LUZ Perpetua* les alumbre, así como también que el Arcángel San Miguel les conduzca a la *LUZ Santa*...

Dice Martín Carramolino (que por cierto comete de principio el error de colocar este humilladero con el del Resucitado entre las Ermitas Arruinadas) que tiene la particularidad de ser cabeza o principio de la Vía Sacra del Calvario, que termina en el convento de San Antonio, y cuyas cruces, en proporcionadas distancias, se fijaron en la solemne procesión que al efecto se verificó en el año 1615. Y esto hace pensar que de templo a templo hubo en Avila varios Calvarios con cruces de piedra, no siendo este monumental el más antiguo.

La fábrica principal es de gruesos sillares, muy bien labrados al exterior, y bóveda de crucería; pero afeado por las adiciones anterior y posterior que dan amplitud al refugio piadoso innecesariamente.

De semejantes características han desaparecido a lo largo del siglo pasado y principios del presente las Ermitas (que no son humilladeros porque éstos se dedicaban a Jesucristo, Nuestro Señor) de San Miguel, al norte del Mercado Grande; Santa Cruz, en las inmediaciones de Santiago; San Julián, en la desaparecida calle de Cardenosa, no lejos de San Esteban en donde se recogieron sus efectos; San Lorenzo, con la Casa de reclusión o retiro de las arrepentidas de su vida, vulgo emparedadas, al norte de San Segundo; La Trinidad, en el Cerrillo de su nombre y cerca de la de San Cristóbal; San Isidro (la portada románica del Retiro de Madrid) anteriormente dedicada a San Isidoro; San Roque, del Paseo que así llamamos; La Virgen de las Aguas, en el lugar de sus ruinas actuales junto al río Chico; Los Remedios, en el camino de Sonsoles; San Benito...

Merecen recuerdo especial las de San Lázaro, San Millán, San Benito y San Mateo...

CXXIX.—LA PRIMERA ROMERIA

En torno a las ermitas antiguas se celebraban en las festividades principales de sus excelsos patrocinios animadas romerías que llenaban las noches domingueras de primavera y verano con los sonos alegres del tamboril y dulzaina. La diversión popular fue siempre la danza, y más típica en corro, porque de tal manera se allanaban un poco las diferencias sociales.

Las gentes acudían al santuario para rezar, y honrar al Señor: la campanilla repicaba constantemente, como ahora lo vemos en la tarde del Domingo de Resurrección en la ermita de «El Pradillo». Pero luego se merendaba comiendo los hornazos u otras viandas sencillas y nutritivas, regadas siempre con el buen vino del terreno... Y como «de la panza

sale la danza», se danzaba con alegría mientras el sol irradiaba en el firmamento sus resplandores... Luego de nuevo el recogimiento y el tornar a los hogares en paz y gracia de Dios: tal vez la fiesta dejaba encendidas en algunos corazones las llamas amorosas que se avivaban en sucesivas fiestas de romerías continuadas para juventudes que pasan o que perviven.

La ermita de San Benito tenía la peculiaridad de pertenecer al monasterio de Nuestra Señora de la Antigua y «ser asiento y sala capitular del cabildo parroquial, compuesto de los curas y beneficiados propios de la ciudad y cuyo archivo sería digno del estudio de nuestros paleógrafos y amantes de antigüedades, porque conserva documentos de los más remotos tiempos, y entre ellos algunas concesiones que hizo al clero parroquial de Avila el Rey Alfonso el Sabio, como limosna de los sufragios que encomendó a su conciencia». Esto que dice Carramolino en 1872 se ignora qué actualidad pueda tener después de haber perdido Avila tantos originales documentos como le arrebataron con otras cosas no menos importantes.

San Mateo tuvo una ermita en la margen izquierda del Adaja a la salida para el Valle Amblés, pasada la punta de la Risca... Esto era en el camino antiguo de Arenas. Y era una de las más célebres romerías la suya, pues, como anteriormente se hizo a San Leonardo en la dehesa de *Pancaliente*, se iba en procesión... Tal como queda todavía la romería del Resucitado, que ojalá tarde mucho en perderse como costumbre de valor tradicional exclusivo.

En San Lázaro, junto al Puente romano sobre el Adaja, se veneraba la imagen de la Virgen de la Caridad ante la cual la joven Teresa Sánchez de Cepeda, pidió a María Inmaculada que fuese su madre cuando perdió en este mundo a doña Beatriz de Ahumada.

Y finalmente pertenece a la emoción de la ciudad el recuerdo de la capilla de San Millán, en donde actualmente se halla el patio del Colegio Diocesano. Fue habitación y sepulcro de la venerable María Díaz. Recibió allí el Señor las súplicas y oraciones de muchos estudiantes eclesiásticos como Capilla del Seminario Conciliar su estructura era gótica y al lado del Evangelio estaba la estatua yacente de Don Juan Núñez Dávila, ya mencionado al hablar de la *Virgen del Pastel* en la Catedral, donde ha sido puesta.

CXXX.—MARIA DIAZ

Junto a la desaparecida Capilla de San Millán está el convento de Madres Adorâtrices, *primera fundación del bienhechor instituto de Santa Micaela del Santísimo Sacramento* (que fue vizcondesa de Jorbalán,

nacida en Madrid, admiradora de las virtudes heroicas de Santa Teresa de Jesús e imitadora de ellas; amiga e inspiradora en su tiempo del obispo de Avila, don Fernando Blanco...) *después de muerta esta mujer excelsa del siglo XIX*, que llena de alta espiritualidad el ambiente de su influencia cuando España está infectada por aires de rebelión política, de inconsciente indiferencia para sus tradicionales valores morales, y de masónicas orientaciones, que contribuyeron al hundimiento del Imperio, consagrado a Dios por la Madre Patria.

Son muchos los autores que han venido enseñando la fachada del Convento de Madres Adoratrices que mira a San Jerónimo como casa de los Guillamas, del siglo XVI, perteniente en su tiempo a doña Guiomar de Ulloa. Después se nos ha dicho que la casa de doña Guiomar fue otra; pero pudieron ser las dos y así siguiendo la tradición más constante y antigua, diremos que la casa de doña Guiomar sirvió de alojamiento a Santa Teresa de Jesús, coincidiendo, bajo la dirección de San Pedro de Alcántara, estas tres mujeres insignes: LA SANTA, la Señora y la Doncella, ejemplos perennes para todos los estados sociales femeninos en virtudes extraordinarias. Desde la mansión de doña Guiomar veía Santa Teresa de Jesús progresar las obras de su primer palomarcito. Y Mari Díaz servía y acompañaba a la nobilísima viuda y a la monja. Una tradición, fundamentada en candorosa historia, señalaba un ventanal sobre el coro de la Capilla de San Millán como lugar desde donde la venerable Mari-Díaz, en constante adoración al Santísimo Sacramento durante los últimos años de su vida, vigilaba sus propios anhelos eucarísticos, para llegar al momento de su tránsito de manera que todo Avila proclamara el sentimiento expresado en aquel verso del Salmo «Credidi propter quod docutus sum...): *"Preciosa en la presencia del Señor es la muerte de sus Santos"*, que sobre el frontispicio de su sepulcro se leía. En tal concepto vivió la que fue conocida con el sobrenombre de Pobre EVANGELICA, nacida en Vita, hija de honestos labradores, entregada desde joven a la oración en el templo hasta merecer de su madre aquella réplica cumplida más tarde: «Anda, vete a la iglesia y está en ella todo el día, que ella te dará de comer». Así habla la Crónica Franciscana, de cuya Orden Tercera es Florecilla Seráfica el relato de su vida. De su pobreza repartió a los pobres: «Enfermamos por comer: es menester ayunar...» Fue su lema. Al morir lloró la ciudad y en casi todos sus templos se la dedicaron honras...

CXXXI.—PEREGRINACION

Ya va dicho que cuando se visite nuestra ciudad, si se quiere hacer su recorrido emocionalmente, debe separarse la intención meramente turística de la piadosa intención del peregrino. Por eso toda la teoría románica y renacentista, con sus memorias históricas correspondientes,

caben dentro de una clasificación estética, inclusive los templos para los indiferentes en materia religiosa. Pero lo que no se puede visitar con ese vano espíritu son los monasterios y conventos en general: todos tienen motivos de superior transcendencia y lo que en ellos importa menos es el arte si no se refiere al motivo principal de la práctica de las virtudes teologales y del cortejo de valores del espíritu que las acompaña.

Hemos de visitar el Monasterio Real de Santa Ana, el franciscano de Santa María de Jesús, el también franciscano de la Inmaculada Concepción y Santa María Magdalena, el dominico de Monsén Rubí; los teresistas de Nuestra Señora de Gracia, de Madres Agustinas; de La Encarnación y el de San José, primero de la Reforma de la Orden del Carmen... Son los principales entre los de monjas. Los de Padres Carmelitas, Dominicos, Franciscanos, que son los históricos entre las comunidades religiosas de varones.

Tal será nuestra peregrinación, que puede extenderse al paso por las calles a los recuerdos de portada y sepulcros que de la románico-renacentista iglesia de Santo Domingo se conservan en el nuevo templo parroquial del Inmaculado Corazón de María; a las ruinas del Monasterio de San Jerónimo, que fue anteriormente Colegio de San Gil, de la Compañía de Jesús; a la portada neoclásica del derruido Convento de Santa Catalina, que miraba a la plaza de su nombre y hoy ha sido trasladada a la plaza de Italia dando frente al Palacio de Serrano, que es la Jefatura Provincial de F. E. T. y de las J. O. N. S.; a las ruinas del Monasterio de San Francisco, que fue muy amplio y hermoso en el estilo gótico, con antecedente posible del siglo XIII, de los que se dicen fundados por el Seráfico San Francisco de Asís en España, peregrino de Compostela, como señala la Crónica de la Provincia de San Pablo... Dicen que este convento alcanzó mayor importancia que el Real de Santo Tomás. Y también las ruinas del Monasterio de Sancti Spiritus, a orillas del río Grajal, junto al puente romano del mismo título, que perteneció a los premostratenses, fundado en 1209 por Nuño Mateos, consejero de la madre de San Fernando, Reina de Castilla, doña Berenguela, y que fue destruido por la francesada... Otras ruinas, nos atraerán igualmente como las del Monasterio de la Antigua, incrustadas en el edificio nuevo de la Institución Teresiana; la portada del Hospital de Santa Escolástica, que hace referencia para situar con exactitud la casa de don Alonso Sánchez de Cepeda...

CXXXII.—LAS MONJAS CISTERCIENSES

En el año 1352 se fundó este Monasterio que llamamos «Real de Santa Ana» por su condición especial de haber sido regia residencia en varias ocasiones, principalmente de nuestra Madre ISABEL, siendo Princesa... Y de Felipe II, con su madre, la bella Emperatriz, ISABEL de Portugal, inspiradora, después de morir, de los altos renunciamientos del Gran Duque de Gandía, San Francisco de Borja, quien también por Avila dejó ver su sotana de humilde jesuita... También se hospedó en tan santa casa Felipe III con su esposa Margarita.

Se acrecentó el primitivamente gótico edificio, de cuya fábrica antigua se observan detalles, cual un hermoso arco bajo la espadaña, con las comunidades —cistercienses también— de San Clemente o Santa Fe, que se suele situar a la izquierda del río Adaja; del Monasterio de Santa Escolástica (*esta Santa fue la hermana de San Benito de Nursia, el fundador de los monacatos primeros de occidente que se acogen en gran parte a la reforma de San Bernardo como esta Comunidad venerable de Santa Ana en nuestros días*) viejo Monasterio que se convirtió más tarde en Hospital, cuya gótica portada se ve aún en la línea posterior del convento de los Padres Carmelitas (La Santa) mirando al norte incrustada en un muro, pues su fábrica fue demolida durante la francesada; del Monasterio de San Millán... Y del que en la villa de Higuera de las Dueñas, al confín de la Tierra de Avila por el sur, fue beaterio, casa de religiosas que, sin haber emitido votos solemnes, se afiliaban al servicio y culto de sus iglesias.

Va dicho que el Real Monasterio de Santa Ana conserva detalles de su gótica construcción; pero sabemos que fue reconstruido a fines del siglo XVI, sin mucha ordenación arquitectónica externa; pero quedando al interior el templo muy acogedor y devoto.

La puerta principal es un arco ojival debajo de un breve pórtico de medio punto, sobre el que destacan una imagen de San Bernardo y una cadena, que puede ser índice de haber sido el edificio residencia regia y puede ser exvoto de algún cautivo redimido por intercesión de Santa Ana... En algún autor se lee que las banderas que bajo la bóveda del presbiterio se ven colocadas, fueron cogidas por los abulenses del obispo don Pedro IV, Instancio, en la Batalla de Las Navas de Tolosa...

La construcción al interior se nos muestra de sillería muy bien labrada en piedra granítica y jaspeada. Una sola nave tiene el templo, directamente comunicada con la calle al mediodía. Tres cuerpos de bóveda y una cúpula breve sostenida por los cuatro arcos torales y pechinas en las cuales campean los escudos del obispo fundador, don Sancho Dávila, que aquí se halla ensarzado

CXXXIII.—FE Y ESPERANZA

Adosadas a los muros interiores del templo del Monasterio Real de Santa Ana se ven columnas y pilastras que rematan capiteles de orden jónico. Hay algunas pinturas murales alusivas a diversos pasajes de la vida de San Benito y San Bernardo, como la aparición de la Santísima Virgen a este Reformador del Císter. Los trofeos que para unos son tomados a los moros en Las Navas de Tolosa, para otros proceden de la Batalla de Lepanto.

El altar mayor y los laterales de los santos Fundador y Reformador son muy artísticos en su estilo plateresco. Y las esculturas, talladas en madera, son maravillosas: Santa Ana con la Virgen Niña que aprende la Escritura Sagrada, fue restaurada en 1545 y en 1802. San José y San Joaquín son dos imágenes policromadas muy discretas y devotas. En la predela se ven dos relieves que representan respectivamente los momentos de la Anunciación y la Visitación. Y en el remate superior del altar destacan las alegorías de la Fe y la Santa Esperanza, dos esculturas angélicas de concepción original y ejecución muy delicada.

La Esperanza suele verse representada en esta época del arte con los brazos en alto, actitud orante muy clásica que se conserva de los primitivos cristianos en algunos momentos de la Misa y que podemos recordar de Moisés en la batalla que se narra en el capítulo XVIII del Exodo, dirigida por Josué contra Amalec, cuando Moisés oraba con los brazos en alto: si por el cansancio los bajaba, la lucha era contraria para los hijos de Israel, por lo que tuvieron que sostenérselos su hermano Aarón y el príncipe Hur, a cada uno de sus lados. Tal es la expresión que adopta en la parte superior del retablo de Santa Ana el Ángel de la Esperanza, virtud de la oración. Pero llama poderosamente la atención la representación de la FE en este neoclásico estilo de arcos, columnas y soportes floridos: el Ángel de la FE no es ciego, ni tiene los ojos vendados con alusión eucarística y con Cruz, etc. No: el Ángel de la FE, sobre el remate del retablo mayor de Santa Ana, tiene un pilar, una columna, que sostiene con ambos brazos sobre un hombro. Así de firme, como columna que sostiene toda la vida religiosa debe ser la FE.

Es curioso lo que Martín Carramolino dice del Monasterio Real de Santa Ana en 1872: «Es muy agradable su posición topográfica. Es *el primer edificio* que se encuentra a la llegada a la ciudad por el camino de Madrid, de cuyas vistas, como de las de la alameda de San Antonio, pueden disfrutar las monjas desde sus habitaciones internadas en su extensa huerta, cuya fuerte y hermosa tapia, al norte del Monasterio tiene a su pie el prolongado asiento del Paseo del Campo del Recreo, desde donde se descubre un claro y despejado horizonte hacia el oeste y el norte de la Ciudad».

CXXXIV.—DON SANCHO V, DAVILA

Aquí está ensalzado el Obispo Don Sancho Dávila, nos advierte una lápida en la fachada principal del Monasterio Real de Santa Ana entre otras cosas. Y efectivamente, frente a la puerta de entrada del templo se ve un busto del honorable Prelado, fundador del Convento, bajo el cual «para glorioso y largo recuerdo de su cristiana munificencia», esculpido en piedra se leen todavía los versos alejandrinos que dicen así: «Don Sancho Obispo de Avila como sennor honrado / dio muy buen ejemplo, como fue buen perlado / fizo este monesterio San Benito llamado / dióle muy grandes algos, por do es sustentado. / Puso hi muchas dueñas, e dióles su abadesa / libros e vestimentas e yglesias muy cumplida / e de muchas otras joyas la fizo enriquecida. / Puso hi capellanes que cada día cantasen / et las horas del día todas muy bien rezasen / et por todos los finados cada día rogasen / ca dióles buenas rentas con que bien lo pasasen. / E porque este monesterio fuese mejor guardado / et en todos sus algos fuese bien amparado / dio la visitación a cualquier que fues prelado / Obispo que fues de Avila e non de otro regulado. / Andaba entonce el era quando él fue acabado / en mil et trescientos años segunt diz el dictado / et más LXXXVIII por mejor ser remembrado, / et dio gracias a Dios el obispo mucho onrado».

Don Sancho Blázquez Dávila, quinto de su nombre en el episcopologio abulense, fue uno de nuestros grandes prelados. Sirvió al Rey Niño Alfonso XI, no solamente en la defensa personal de su primera infancia por el motivo de la discutida tutela, honrándole Doña María de Molina con los cargos de ayo y notario mayor del Rey; sino siéndole después fidelísimo consejero. Precisamente por la tutela de Alfonso XI «El del Salado», tercer Rey Niño de Avila, mereció la Ciudad, siéndole otorgado el título de AVILA DE LOS LEALES.

Don Sancho Dávila dotó al Monasterio Real de Santa Ana con rentas suficientes y entre ella la llamada CUARTILLA DE SANTA ANA, ni más ni menos que la renta que se impuso a los abulenses para mantener la corte del Rey Niño, Alfonso VIII, el de Las Navas, el segundo Rey Niño de Avila «de reyes Alfonsos madre». La renta consistía en tres celemines de trigo por cada yunta de bueyes o pareja de mulas, etc., en toda la Tierra de Avila. Al ausentarse de aquí Alfonso VIII no se suprimió el impuesto, sino que fue cedido al monasterio de San Clemente y como éste pasó a la fundación del Obispo Don Sancho Dávila, con la Comunidad pasó también al Real de Santa Ana LA CUARTILLA, durándole hasta el año 1820, después de la francesada.

A la emoción de la Ciudad pertenece la muerte de su honorable Prelado, Don Sancho, V y por eso contaremos el histórico suceso...

CXXXV.—43 AÑOS OBISPO, Y MURIO DE PENA

Don Sancho V Blázquez Dávila, estuvo entregado a sus tareas apostólicas plenamente. Y fueron cuarenta y tres los años de su pontificado feliz y glorioso, de no haber pasado en sus postrimerías la prueba que narra la Historia General de España.

Los reyes de Castilla en este período de su apostólico celo pastoral (el «Niño» Rey Alfonso «El Onceno») y su hijo don Pedro «El Cruel» no fueron modelos de esposos. El padre, Alfonso XI, muy alejado del protector de su infancia en Avila y muy ausente de la Ciudad de Caballeros y de la LEALTAD que había él reconocido y ensalzado en los abulenses, despreció a la Reina, madre de don Pedro I de Castilla, doña María de Portugal, y aún parece que estimaba en más a los hijos bastardos habidos con doña Leonor de Guzmán, que al primogénito y natural heredero del trono; pero este hijo fue a más: la historia de doña Blanca de Borbón es bien triste. Cuando el Rey don Pedro acude a sus bodas a Valladolid se enamora de doña María de Padilla en Sahagún. A poco estuvo de suspender las bodas concertadas con la no menos bella y linda joven, doña Blanca, de la familia real francesa; mas se casó con ella por consejos y razones de Estado, marchando a los dos días a ver a su apasionado amor español en Olmedo.

Vuelven a convencerle con exigencias los parientes de la Reina, doña Blanca, del lugar y condición a que se debe, y otros dos días aparece junto a doña Blanca de Borbón; mas de nuevo huye de ella buscando a la Padilla... Doña Blanca será encerrada en el Castillo de Arévalo. Don Pedro siente ardores pasionales en presencia de doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro. Ella se mantiene en dignidad y el Rey la solicita en matrimonio. Para poderse realizar el regio deseo ha de ser anulado el casamiento con doña Blanca de Borbón. Los obispos de Avila, don Sancho V, y de Salamanca, don Juan Lucero, son llamados a la corte, con residencia en Cuéllar... ¿Qué razones manifestó don Pedro I de Castilla?... ¿Qué amenazas?... Los prelados declararon nulo el matrimonio. Don Pedro se casó con la viuda, doña Juana, siendo su esposo una noche. Luego volvió a la Padilla: Tenía don Pedro «El Cruel» diez y nueve años, reinando ya desde los catorce.

El Papa, Inocencio IV, a quien llegaron noticias de tales desafueros, emplazó por medio de su internuncio, a los obispos Dávila y Lucero. Don Sancho V, de Avila no pudo acudir ante la Corte Pontificia: murió de pena... Y a nosotros nos la produce la memoria del suceso al contemplar su monumento en el templo del Monasterio Real de Santa Ana.

Al lado del monumento de tan venerable prelado se ve un gran relicario, con siete bustos, relicarios tallados en madera. También registran los autores la imagen de la *Virgen de las Batallas*.

CXXXVI.—"UNA MISTICA ABULENSE" Y RECUERDO DE JORGE SANTAYANA

En la colección «Temas Abulenses» de la Institución ALONSO DE MADRIGAL, se publicó en 1961 un interesantísimo libro, que recopila en su primera parte la historia del Monasterio Real de Santa Ana con la más certera visión crítica que se ha hecho hasta la fecha: *"Una Mística Abulense: DOÑA MARIA VELA Y CUETO"* es su título. Y su autor, don Olegario González Hernández. Corresponde a la emoción de la Ciudad leerle y considerarle, como la visita de cualquier monumento importante, pues los libros pertenecen a la arqueología cuando su objeto es el estudio del pasado, como cualquier documento que en definitiva *documento* procede del latino *docere* por lo que enseñan y demuestran los escritos. Y un libro... enseña y deleita, si es bueno. Este de que se trata es óptimo.

Ha sabido emplazar muy bien su afor el Real Monasterio de Santa Ana en el recuerdo de lo que la plaza de dicho título fue. Y dice así: *"Pórtico con Jorge Santayana. Aquí vivió este ejemplar interesante de hombre siglo XX, filósofo-monje, cercado por tres espadañas conventuales, que sembraron su alma joven de oración y música claustral. Lejos de Avila, en otro solar de oración y sangre, en el retiro monacal de las "Blue Sisters" (Monjas Azules) en Roma, acabó su peregrinación. "La casa, una de las primeras de la Ciudad, estaba frente a la iglesia de Santa Ana, donde a cierta altura, sobre una cruz de piedra y una modesta hilera de árboles, el suelo rocoso se eleva un poco de la carretera y forma una especie de terraza o plazuela..."* (J. R. de Santayana: *Personas y lugares. Buenos Aires, 1959, p. 16*). Así recuerda Jorge de Santayana, abulense de corazón, y por voluntad cosmopolita, su pequeña casa de Avila, que estaba frente al Real Monasterio de Santa Ana, en el promontorio del acueducto también desaparecido, formando parte del encanto emocional de la Plaza... Una vez más, «Tu calle ya no es tu calle / que es una calle cualquiera / camino de cualquier parte...» No; la ordenación urbanística actual es indudablemente mejor que todo aquel viejo descuido. Pero se deben cuidar los conventos con sus espadañas respectivas y el Humilladero del Cristo de la Luz con su Cruz, que no está ya la gran Cruz a que alude Santayana; pero la que aún queda, todavía da carácter a la plaza.

Quien lea el libro *"Una Mística Abulense: DOÑA MARIA VELA Y CUETO"* se adentrará sin duda en el pensamiento del filósofo que sintió la emoción de Avila en el sencillo conjunto de árboles, cruz, casa, y convento de Santa Ana: todo el misterio de Avila lanzado a los vientos en la sonoridad de las campanas que voltean en sus arcos de trinitarias espadañas...

CXXXVII.—ORA Y TRABAJA

A quien le fuere otorgado el singular privilegio de penetrar en la clausura del Monasterio Real de Santa Ana, no le absorba por completo y en todo momento la pasión de la curiosidad. Ciertó que es mucho lo que hay que admirar, como escudos y relieves escultóricos; retablos e imágenes... El orden arquitectónico del zaguán, y del claustro con tres galerías arquitebadas y con los intercolumnios tapiados por mor del frío abulense, que sufren más intenso quienes para el rezo interrumpen su sueño en las noches invernales... El coro es sencillo, amplio y, pese a la cualidad nobilísima tradicional de las monjas, muy pobre.

Un catálogo registraba los siguientes objetos culturales entre las joyas del convento: frontales bordados en oro y en sedas; relicarios de plata; gran custodia de plata repujada de varios cuerpos; cálices repujados en plata y esmaltados; jarros y bandejas repujados y caja Sagrario de lo mismo; Misal con tapas de terciopelo y resguardos de plata; un salterio antiguo y libros polifónicos del siglo XVI; esculturas talladas antiguas y pinturas en tabla y en lienzo... Hay, sobre todo, un detalle de mucho valor emocional en el conjunto de toda esta riqueza: son los «Cristos» gloriosos, particularmente una talla de medio cuerpo en la capilla interior del Santísimo Cristo de la Luz, en donde hay además un retablo con imagen de Jesús Crucificado y de Nuestra Señora y San Juan orantes ante Jesús muerto. La talla de Jesús, de medio cuerpo sobre peana de plata, es gloriosa, pues parece Jesús hablando a los hombres, mostrándoles la llaga de su costado con la mano derecha y el casquete de espinas sobre su cabeza... En la pintura mencionada primero Cristo bendice, siendo centro del cuadro la sangrante llaga del costado y quedando al ángulo inferior sobre la mano izquierda del Señor la bola del mundo. Otra joya es la custodia-trono con un pelícano por centro para el viril, original y artístico conjunto.

Inscripciones sepulcrales y artesonados; la fuente y los árboles del claustro; la espadaña con su nido de cigüeña; la Virgen del Sol con tradición peculiarmente devota como aquella otra pequeña escultura policromada que llamaron la Virgen de las Batallas porque perteneció a cierto capitán, quien con ella en la mano derecha dirigió su arenga a las tropas, llevándose una bala el Niño... Todo ésto es motivo de intensa emoción; pero no es lo principal. En el taller trabajan ágilmente los dedos sobre los telares y máquinas de punto... En la huerta se inclinan las religiosas con el azadón en la mano protegiéndose con sombreros de paja de los ardientes rayos solares... Y procuran también el sustento con lo que de granja pueden poseer. Y en todas partes se reza.

CXXXVIII.—MADRE ISABEL, PRINCESA DE CASTILLA

Habían pasado tres años del triste suceso: el destronamiento del Rey Enrique IV, el del extraordinario acontecimiento político de alzar Rey al joven Alfonso... Y hacia éste con su cortejo el viaje Arévalo-Avila, sometida esta ciudad por concesión del Rey Enrique al arzobispo de Toledo. Se puso enfermo de gravedad Alfonso en Cardenosa y el 5 de julio de 1468 murió en dicho histórico lugar. Los cortesanos arzobispo de Toledo Carrillo y demás, vinieron entonces al Real Monasterio de Santa Ana en donde la Infanta Isabel se hallaba refugiada para que no le alcanzasen las consecuencias posibles de tanta miserable ambición como triunfaba en los ánimos a la deriva de los palacios de aquella majestad envilecida del «Impotente»...

En una estancia que la tradición señala en dicho Monasterio, favorecido siempre por los reyes castellanos, recibió nuestra Madre Isabel a los nobles, que la ofrecían el trono de Castilla, y contestó con admirable serenidad y prudencia, «que no quería reinos ajenos, pues de derecho no le eran debidos, sino a su hermano; mas que si ellos tenían aquel deseo, que lo tratasen con el Rey, para que la admitiese por heredera del reino después de sus días».

Admirable sabiduría, y prudencia de raigambre profunda en el alma llena de virtudes de nuestra Madre Isabel: alma de temple forjada en las soledades casi claustrales de las casas reales de Madrigal de las Altas Torres y Arévalo, junto a una vidente que parecía loca, que fue su madre propia, Isabel de Portugal, transida de dolores íntimos en su viudez y en el alejamiento en que siempre se la mantuvo de la banal cortesanía. Las consecuencias fueron inmediatas, puesto que Enrique IV, noticioso de la muerte de su hermano llama de nuevo a su obediencia a los conjurados contra él; Villena le propone el reconocimiento de Isabel como heredera de la corona de Castilla y accede a la demanda. El convenio, con cláusulas que aseguran la independencia de la Princesa en la elección de marido, se hizo y firmó en la Catedral de Avila, y de aquí salió Isabel para encontrarse con su hermano, el Rey, en «Los Toros de Guisando»: El Rey abrazó a la princesa con grandes muestras de cariño y acto continuo fue proclamada con toda solemnidad por heredera y sucesora del trono el 19 de septiembre del año antes citado. Este primer reconocimiento de virtudes en Isabel «La Católica» tuvo ya en sí saludables efectos, y el primero fue volver a la obediencia de Enrique IV a sus altaneros súbditos, siendo el principal la cimentación de la poderosa monarquía hispana que hizo a nuestra Patria una, grande y libre por vez primera en su destino universal.

CXXXIX.—FELIPE II EN EL REAL DE SANTA ANA

Otro Rey Niño en Ayila: la Emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos primero de España y quinto de Alemania, vino a nuestra Ciudad el día 24 de mayo de 1541 buscando el saludable clima que haría bien a la delicada salud de su hijo el príncipe Felipe, de constitución muy débil durante su infancia. Habíale llevado consigo a diversos pueblos de Castilla y al apuntar los calores de aquel año, le trajo a esta Ciudad hospedándose en el Monasterio Real de Santa Ana, cuyas monjas pertenecían a familias de la más distinguida nobleza.

Cuando el César Carlos visitó Avila en compañía de su médico, el ilustrísimo abulense Luis Lobera, todo hubo de ser improvisado, ya que se anunció la regia visita sin tiempo para preparativos. Pero ahora el pueblo acogió a la Emperatriz desquitándose las austeridades de la ocasión anterior. Todo el lujo de la época, toda la pompa posible... de todo se hizo amplísima ostentación. Eran las cinco de la tarde cuando resonaron las campanas anunciando la egregia presencia en el alto del camino de Madrid. Y todo el pueblo se puso en movimiento para en masa cubrir la distancia de la entrada en la Ciudad. Todo caballero montó su jaca o corcel de mejor viso y más bellos jaeces. Y hubo damas que subieron igualmente sobre ricas monturas dispuestas encima de hacaneas briosas como caballos de alzada para salir a rendir homenaje de bienvenida y sincero amor a la Emperatriz y al Príncipe, su hijo...

Venía éste vestido con faldas largas, como de niña, debido según las crónicas al tardío desarrollo de su naturaleza. Y en la festividad de Santiago, habiendo dado la Emperatriz hábito a tres de sus doncellas en el Monasterio cisterciense comió en el refectorio y en aquel momento y lugar el futuro Rey Prudente fue por vez primera vestido de hombre: *de corto* decían entonces y la expresión se conserva en los pueblos para dar a entender que se le quitan a un niño los faldones... Cuando la Emperatriz mostró al Príncipe así vestido a la multitud que a la puerta del Monasterio se había congregado, el entusiasmo fue inenarrable.

Hasta el 26 de septiembre permaneció en la Ciudad el cortejo de la Emperatriz con el Príncipe. Y el Rey Felipe conservó después, pese a su entonces corta edad, vivo recuerdo de tales acaecimientos. Así lo hizo ver cuando treinta años más tarde, hacia 1570, volvió a visitar la Ciudad con motivo de la restauración del Alcázar. En la puerta de la muralla nos queda además una lápida que relata reparaciones ejecutadas en ella por mandato de dicho Rey Felipe II, siendo corregidor Piñán de Zúñiga, reparaciones que alcanzaron al exterior de la Casa Real, Torre del Baluarte y almenados del frente oriental de la fortaleza, en 1596.

CXL.—LA MUJER FUERTE

El día 6 de noviembre del año 1942, el prelado diocesano doctor Moro Briz, en la ocasión de su visita canónica al Monasterio de Santa Ana, abrió el ataúd en que se conserva «entre incorrupto y momificado» el cuerpo de la venerable doña María Vela. Pidiéronle permiso las monjas para cambiar los vestidos que le cubrían y así lo hicieron. Tal se consignaba en la noticia que publicó EL DIARIO DE AVILA.

Debajo del sepulcro hay una imagen pintada de Jesús glorioso, con las llagas de su pasión, bendiciendo con la diestra y con la bola del mundo en la mano izquierda... Una inscripción advierte: *"Este Santo Cristo habló a la Mujer Fuerte, doña: María Vela"*. Esto se ve por la parte interior entre los dos coros y por la parte de la iglesia se puede leer muy bien lo que sigue: *"Aquí yace el cuerpo de la venerable Mujer Fuerte, doña Maria Vela, monja de esta casa, y natural de esta Ciudad. Murió'el 24 de septiembre de 1617, y de su primer sepulcro la trasladaron a éste el señor don Francisco Gamarra, obispo de Avila, que primero lo fue de Cartagena, con acuerdo del claustro de Teología de la Universidad de Salamanca, el 5 de agosto de 1623, siendo Pontífice Urbano VIII y Rey de España don Felipe IV y corregidor de la Ciudad don Juan de Beamonte y Navarra, y abadesa de este convento doña María Dávila"*.

El Sábado Santo de 1561, un año antes de la primera fundación teresiana y de la muerte de San Pedro de Alcántara, nació en Cardenosa doña María Vela y Cueto, de nobilísima familia, cuya cabeza era don Diego Alvarez de Cueto, casado con doña Ana de Aguirre. La hija tomó los apellidos Vela y Cueto de su abuela y abuelo paternos: era la abuela hermana del virrey del Perú, don Blasco Núñez Vela, dueño del actual Palacio de Justicia en la plaza de los Cepeda.

Enfermó gravemente doña María Vela en un romería de Sonsoles. Y al cumplir los quince años ingresó en el Real Monasterio de Santa Ana. Su vida en el claustro está llena de contradicciones humanas y de favores divinos. Algunos de sus confesores tienen o han tenido relación con Santa Teresa de Jesús, que precisamente por el tiempo de la juventud de doña María Vela (1562-1582) anda en sus fundaciones. Y en torno a esta vidente, santa y enferma, discuten con calor las sabios dominicos, jesuitas y carmelitas... Nos deja una interesante correspondencia dirigida a su hermano fray Lorenzo de Cueto. Murió el 24 de septiembre de 1617. El mote de uno de los escudos familiares era: «AL QUE MADRUGA Y VELA TODO SE LE REVELA» y la invocación de sus devotos es «doña María VELA, vela por nosotros». Su virtud fue acrisolada en la discusión de muchos sabios y su noticia llegó a la Inquisición. Pero llevaba el sello de la obediencia...

CXLI.—CONVENTO DE SANTA MARIA DE JESUS

Ha sido de monjas franciscanas clarisas y se halla situado entre el paseo de San Roque y la plaza de Santa Ana. La Comunidad se ha trasladado a un edificio nuevo al este de la tapia de la huerta del Monasterio de Santo Tomás. Vulgarmente se le conoce por el título de «Las Gordillas» porque tal era el nombre del coto redondo que a unos veinte kilómetros al norte de Avila perteneció a doña María Dávila, esposa de don Fernán Núñez Arnalt, tesorero de los Reyes Católicos, y luego de don Fernando de Acuña, virrey de Sicilia, fundadora también del antecedente del Real Monasterio de Santo Tomás y de la capilla de Las Nieves en la calle de los Reyes Católicos, etc. Su título actual es el de SANTA MARIA DE JESUS; pero cuando fue fundado en el heredamiento de Las Gordillas, por el año 1502, se llamó de manera oficial *Villa Dei*, lo cual quiere decir VILLA DE DIOS, y como la palabra castellana VILLA tiene por primer significado "*Casa de recreo aislada en el campo*", he aquí que el Monasterio abulense de franciscanas clarisas, por título fundacional, es «lugar de las complacencias divinas: realmente también, gloria al Señor, CASA DE RECREO DE DIOS...

Hay un libro escrito acerca de la vida en este Monasterio, según pasan para las religiosas los días, ateniéndose a los dos grandes ciclos litúrgicos, pauta de la vida cristiana. Es un libro cuya publicación causará sensación, aunque las voces mundanas silencian a veces el llamamiento interior cuando se produce, haciendo vivir hacia afuera, cuando en verdad la vida transcendente para el individuo es la vida interior, hasta que rebosando de sí propio el amor a Dios sea fuente de amor para el prójimo... El relato maravilloso y encantador del libro a que se alude, aún inédito, será base de toda emoción, en torno a la VILLA DEI. La sencillez con que se expone una vida ingenua que se alimenta de una vela diaria al Santísimo Sacramento durante la cual se aviva la llama del Amor inextinguible... Cuando doña María Dávila fundó este Monasterio decía una cláusula que había de tener cincuenta y dos monjas y que de dos en dos turnasen día y noche velando al Santísimo Sacramento: ya no habrá seguramente cincuenta y dos monjas al tiempo en «Villa Dei» (en el Monasterio de Santa María de Jesús), salvo que las vocaciones religiosas surjan espléndidamente y se llene su clausura; pero estamos seguros de la firmeza del espíritu en oración y sacrificio de las monjas que haya.

Es un Monasterio que, cuando pudo, hizo mucha caridad: fue dotado ricamente y disfrutó rentas llamadas cristianiegas, judiegas y moriegas de la ciudad; pero estando albergado a su traslado desde Las Gordillas en la capilla de Nuestra Señora de las Nieves, repartía cada año en trigo doscientas fanegas a pobres vergonzantes...

CXLII.—CARACTERISTICA SENCILLEZ

En el archivo de los marqueses de Las Navas, como patronos que fueron del Monasterio de Santa María de Jesús, que conserva en los escudos, adorno de la portada renacentista de su templo, los característicos roeles de la familia *D'Avila* vió el benedictino padre Ariz el testamento de doña María, la fundadora, viuda del tesorero Arnalt y del virrey Acuña. En el sitio o pago de Las Gordillas estuvieron las religiosas cincuenta años y hallándose en esta montuosa soledad faltas de lugar populoso para la adquisición de las cosas necesarias para la vida humana; «principalmente, viéndose con sobradas rentas, así de las que les había dejado su gran fundadora como las que de diversos lotes y legados habían adquirido en este tiempo», trataron de fundar monasterio para su habitación en Avila, trasladando éste y habiendo informado a la santidad de Julio III, según la narración, dió el Papa su Bula apostólica de dicha traslación que ejecutaron el año 1252.

La fábrica del Monasterio es de las más capaces de la provincia seráfica a que pertenece. El claustro principal, primiroso edificio, y la iglesia de magnífica arquitectura. Para el acceso al Monasterio hemos conocido una portada del estilo neoclásico, arco de medio punto al exterior y otro conjunto adintelado por dentro, formando un solo cuerpo de entrada coronado por una hornacina con la estatua de Santa Clara... Lo que al exterior queda no forma bello conjunto, sino la mencionada puerta del templo con frontón triangular, puerta de medio punto y escudos de los Dávila, etc. La espadaña de tres campanas infunde serenidad.

Es solamente un cuerpo, de amplia nave todo el templo con la separación de los coros alto y bajo. Las bóvedas son rebajadas y con piedra jaspeada entre la crucería del testero. Las imágenes del hermoso retablo mayor que corona el Padre Eterno, son: relieves de Santa Catalina y Santa Inés; cuadros del Calvario, San Pedro y San Pablo, y tallas policromadas de Santa María de Jesús, San Francisco y Santa Clara. Está erigido el altar en alto y para llegar hasta él hay que subir una escalinata de cómodos peldaños, muy amplia. Hay retablos platerescos y barrocos dedicados al Sagrado Corazón de Jesús, a la Inmaculada, a San Miguel, San Antonio de Padua, y dos con pinturas de los titulares que son San Juan Bautista y San Juan Evangelista respectivamente, firmando Martínez.

Las fiestas principales del Monasterio de Santa María de Jesús se celebran el día 12 de agosto de cada año, en honor de la Seráfica Fundadora de la segunda Orden Franciscana, Santa Clara de Asís. Pero cada festividad del año litúrgico tiene aquí esa nota de sencillez devota propia de la Orden Seráfica de los Menores.

CXLIII.—EN EL AZUL, UN LUCERO...

El que se derrama como agua no crece; pero, en cambio, quien íntimamente vive para Dios es comparable al varón sabio que construyó su casa sobre la roca firme y aunque vengan vendavales no podrán derribarla porque tiene buen asierito. Y así es la vida religiosa en su absoluta sencillez: las campanas voltean en la espadaña y prolongan cada día la nota de la jornada precedente y las ondas sonoras asientan el ánimo y camina el espíritu... «aunque es de noche», y sabe adonde va, porque al fin las ondulaciones del sonido marcan un radio particular al centro... Los arcos del claustro enmarcan un semicírculo de cielo en su vano y brilla en el azul un lucero para cada una de las almas... Riega la religiosa unas flores sensitivamente bellas y riega en su «Huerto Florido» sentimentales azucenas, claveles y rosas... virtudes para el Esposo que anda entre lirios. San Francisco clamaba: «Callad, callad... ya sé que alabáis al Señor y con vuestra belleza le servís...» Y así las delicias del claustro son más que las campanas sonoras, más que arcos y luceros, más que perfume y colores, más que aleteos de canoros pajarillos... Mucho más que naturaleza y arte combinados.

Hay en el Monasterio de Santa María de Jesús una joya artística de primera magnitud: es el sepulcro de la ilustre fundadora labrado en alabastro por el mismo artífice que trabajó los primores del sepulcro de Don Alonso de Madrigal «El Tostado», en nuestro primer templo; el insigne Vasco de Zarza, el autor de la brillante dulzura portuguesa en relieves y estatuas. Hay también un dosel de guardamecí, de mediados del siglo XVI, probablemente único en su género. Y es el Monasterio abulense que de su riqueza pretérita conserva y exhibe por Jueves Santo y por la fiesta de Santa Clara de Asís todo el revestimiento interior del templo a base de colgaduras de rojos damascos con ribetes de seda amarilla desde casi las bóvedas hasta el suelo.

En la Historia de la Orden Franciscana según afirma el benedictino padre Ariz, mucho más que lo material resplandece en este Monasterio el edificio de las virtudes que sus espíritus muy puros «fabrican» a su Dios, de que con dignos hipérboles son alabadas las monjas. Entre el gran número de almas santas, que le habitaron, figuran las venerables Catalina Palomeque, Isabel de Espinosa, Isabel de Dueñas, Catalina de Jesús, Beatriz Enríquez, Francisca de Arévalo, Juana de Valdés, Ana de la Concepción, María Muñiz, con otras también dignas de santa memoria.

En una capilla interior se venera una milagrosa imagen de Jesús atado a la columna: son muchos los pecadores impenitentes cuya conversión se encomendó ante dicha imagen con triunfo de la Gracia.

CXLIV.—SONRISA DE SANTA CLARA

Al celebrarse en 1962 el IV Centenario de la Reforma Carmelitana, la reverenda Madre Sor Asunción de San José, de la Orden de Santa Clara, con residencia en el Monasterio de Santa María de Jesús, escribió, dedicados a las reverendas Madres Carmelitas Descalzas del Monasterio de San José, primera Fundación de Santa Teresa de Jesús, una serie de tres artículos publicados en EL DIARIO DE AVILA con el título «DE SANTA A SANTA», recopilando los motivos de relación general de las comunidades religiosas —unión en Cristo y marchar delante de la multitud con las luces encendidas y altas siguiendo a la Jerarquía...— y los motivos de relación especial de las Hijas de Santa Clara de Asís con las de Santa Teresa de Jesús.

Tres motivos principales de relación especial dan carácter de lugar de *peregrinación teresista* al Monasterio de Clarisas. El primer motivo es el testimonio de la propia Santa de Avila cuando dice en el Capítulo XXXIII del Libro de su Vida: *"El día de Santa Clara, yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosura. Dijome que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción y ha salido tan verdad, que UN MONASTERIO DE MONJAS DE SU ORDEN, que está cerca de éste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfección que la pobreza que la bienaventurada Santa tenía en su casa, se tiene en ésta y vivimos de limosna.* El padre Silverio de Santa Teresa nos aclara que SIEMPRE HAN MEDIADO ENTRE AMBAS COMUNIDADES EXCELENTES RELACIONES DE AMISTAD.

El segundo motivo: «La Madre Teresa tuvo una prima, doña Elvira de Cepeda, clarisa en el Monasterio de Santa María de Jesús. Se conserva en éste la tradición de que siendo aún seglar la Santa de Avila, visitaba a su prima en uno de los locutorios». Pero parece ser que las relaciones entre Carmelitas y Clarisas se estrecharon a partir de los primeros días de la fundación, de «San José, de Las Madres». Las Hijas de Santa Clara, como ésta lo prometió en su aparición a la Madre Teresa, acudieron a sus necesidades con verdadera caridad de hermanas y las Carmelitas no se quedaron cortas en la demostración de su gratitud.

Otro motivo de considerar lugar de peregrinación de sincera devoción teresiana el Monasterio de Santa María de Jesús es el testimonio de admiración que dan las monjas franciscanas aún hoy, respecto a las virtudes de nuestra excelsa Patrona, Madre de los Espirituales: en el coro alto veneran la imagen de la Santa de Avila pintada en un gran cuadro y las obras de Santa Teresa de Jesús son muy leídas y meditadas por las monjas clarisas.

CXLV.—EL FRANCISCANISMO

Hay que insistir en que a la Tierra de Avila se puede llegar con un doble objeto: el simple del turismo y el más complicado de la peregrinación. Y se ha de saber que la tradición de muchos autores y cronistas antiguos «afirma haber principiado el mismo San Francisco de Asís, entre otras las fundaciones de Arévalo, AVILA, Madrid y Tudela. «Las ruinas del Monasterio de arquitectura ojival, que llevó título de San Francisco, tal vez sean continuación de aquella primitiva fundación del románico siglo décimotercio. El claustro principal del suntuoso monasterio gótico fue costeadado por el obispo abulense franciscano, Fray Francisco Ruiz, y se citan entre sus guardianes famosos a Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo; Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de Méjico; Fray Francisco Guerra, obispo de Cádiz; Fray Sebastián de Arévalo, obispo de Mondoñedo y de Osma; Fray Antonio de Cardona, arzobispo de Valencia; Fray José García, que renunció a las mitras de Osma y de Málaga y hubo de resignarse al cabo a ser obispo de Sigüenza, etc. Los enterramientos del templo arruinado de San Francisco eran ilustrísimos y entre ellos se ha creído contar el de don Alonso Sánchez de Cepeda, padre de Santa Teresa de Jesús, que hoy se sabe hallarse con su esposa doña Beatriz de Ahumada enterrado en el templo parroquial de San Juan Bautista. La confusión provino del sepulcro de don Francisco de Cepeda, hermano de don Alonso, el cual efectivamente se halla sepultado en las venerables ruinas del monasterio franciscano. Francisco es el tío de la Santa que recogió a sus sobrinos Teresa y Rodrigo cerca de los Cuatro Postes cuando marchaban a tierra de moros a que los descabezasen por amor de Dios.

Las manifestaciones del franciscanismo en Avila son múltiples y por doquier aparece labrado el escudo de las cinco llagas en humilladeros, en templos y sepulcros, en lugares de populares demostraciones piadosas. La cultura religiosa y el espíritu abulense siempre se ven influenciados de la verdad que la sencillez y humildad franciscanas denotan frente a las malas artes de la mentira lisa o disimulada: San Francisco de Asís se contrapone, aun en los siglos del Renacimiento, a Nicolás Maquiavelo con sus inspiraciones, y los hijos de San Francisco son ángeles de luz frente a los seguidores del escritor y estadista florentino de talento indiscutible; pero en cuyas obras la moral se sacrifica al interés, aunque sea más por el tiempo en que vivió que por propia culpa...

Avila resulta de las influencias religiosas de humildad, verdad en todo: verdad en sus caballeros, verdad en sus conventos, verdad en sus hogares. Quijotesca en mucho, a lo divino.

CXLVI.—EL CONVENTO DE SAN ANTONIO DE PADUA

Dice el ilustrísimo Gonzaga, que vivió en el siglo XVII: *Fuerat olim venerabilis P. Fr. Petrus Alcantarensis...* «Había sido en otro tiempo el venerable Padre, Fray Pedro de Alcántara Maestro singular de las personas más principales, y más virtuosas que florecieron en aquellos años en la Ciudad». Y el convento de San Antonio, perteneciente a la Reforma franciscano-alcantarina, surge no lejos del dedicado al Serafín del Asís, como fruto de los trabajos personales de San Pedro de Alcántara con el perfume de sus virtudes: inocencia penitente. Tanto es así que Gil González Dávila nos dirá en su «Teatro Eclesiástico»: «el primero que asentó la piedra en el gobierno de esta Santa Casa fue San Pedro de Alcántara» y no miente ni yerra el cronista, porque como erudito historiador sabe que había muerto el insigne Maestro espiritual de la Madre Teresa de Jesús en 1562, quince años antes de que comenzase la obra del convento de San Antonio; no fue ignorancia escribir fue San Pedro de Alcántara la primera piedra en el gobierno de nuevo convento. González Dávila nos habla bien claro para que pueda ser mal interpretado como por algunos lo ha sido: «Por la parte del Oriente tiene Avila una apacible y deleitosa salida de alameda, que sirve de deleite a sus vecinos, adornada de fuentes y arroyuelos, que sus aguas la hacen más apacible y amena. Hace pausa esta vista en un convento de religiosos de la Orden de San Francisco, dedicado al grande Antonio. Religioso Doctor y Santo desta Orden: edificio en su tamaño de bella y agradable arquitectura, adornado el interior de la casa de huertas, arboledas, estanques y fuentes de agua. Y de lo que más importa: de una vida perfecta de los moradores de ella. FUNDOLA DON RODRIGO DEL AGUILA, CABALLERO DEL ORDEN DE SANTIAGO...»

Efectivamente, debajo del frontón triangular del templo de San Antonio de Padua, en un friso corregido y con letras capitales visibles desde el suelo, se lee la siguiente inscripción: «Fundó esta casa don Rodrigo del Aguila y su esposa. Acabóla año 1582». El año de la muerte de la Santa Madre Teresa de Jesús. En el hueco del frontón destaca labrado en piedra berroqueña el escudo de los Aguila (Don Rodrigo era hijo de Don Suero, padre de veintidós hijos, a los cuales sobrevivió, el autor de los versos 'enaltecedores de EL TOSTADO en su sepulcro...) con león rampante de oro sobre campo de gules y el conjunto enmarcado en un águila monocéfala.

Es curiosa la descripción que del actual paseo de San Antonio se hace por el Maestro Gil González Dávila, cronista de las Indias y de los Reinos de las dos Castillas en la primera mitad del siglo XVII... La fuente da la Sierpe fue también mandada tallar por don Rodrigo del Aguila en un peñasco, y dice la crónica que salía el agua por los orificios de la boca, ojos, orejas y nariz...

CXLVII.—LA EXCLAUSTRACION

El templo de San Antonio de Padua, del convento de los Padres Franciscanos en Avila, es al interior muy recogido y devoto, habiendo sido ampliado como a simple vista se aprecia, por iniciativa del reverendo padre Victoriano Rodríguez, de venerable memoria, quien fue guardián casi ininterrumpidamente durante veinticinco años y que supo componer una FLORECILLA SERAFICA en honor de la Divina Portera; libro que se tiene presente ahora con la Crónica de la Orden de Menores de la Provincia de San Pablo.

Prescindiendo, pues, de la capilla de Nuestra Señora de la Portería, vemos la fábrica del templo del estilo del Renacimiento, con una sola nave, destacando del conjunto de su ornato las esculturas antiguas: tallas en madera estimabilísimas por la corrección de sus formas y los estofados de los hábitos franciscanos de que figuran hallarse revestidas. La imagen de San Antonio de Padua en el centro del retablo mayor, que en conjunto es una pieza dorada de neoclásico estilo; las imágenes de San Buenaventura y San Jaime de la Marca, en el mismo altar; las tallas de San Diego de Alcalá, San Bernardino de Sena y San Benito de Palermo, así como al de San José y, más bella que ninguna otra, la de Santa Rosa de Viterbo, son todas ellas, sin que conozcamos sus autores, ni aún su escuela por analogías, sencillamente admirables. Del resto de imágenes, modernamente piadosas, es colosal la tallada en madera, en 1936, a petición del padre Victoriano Rodríguez, en testimonio de gratitud a Dios Nuestro Señor por haberle librado de la saña roja en la capital de España, por el escultor Marinas, representando al Seráfico San Francisco de Asís, con los brazos abiertos, elevados los ojos al Cielo, en un grito propio del momento bélico: PAZ y BIEN, y en una oración de conformidad también propia de aquella hora tremenda en que cualquier buen español sencillo y honorable todo lo tuvo en el Señor: DIOS MIO Y TODAS LAS COSAS MIAS.

En 1836 fueron arrojados de los conventos españoles por la furia satánica de la revolución anticlerical miles de inocentes e inofensivos religiosos: en Madrid mataron a cuarenta y tres franciscanos... El Ayuntamiento de Avila pidió a Isabel II (19 de febrero) que permaneciese «abierta al culto la iglesia del convento de San Antonio por venerarse en ella en capilla propia una imagen de Nuestra Señora con la advocación de la Portería, a la que profesa particular devoción este vecindario». La Reina contestó favorablemente con fecha 12 de marzo. Era el de la Portería entonces el santuario de mayor devoción de Avila juntamente con la iglesia de La Santa, como lo afirma el historiador Carramolino... Pero con esto sólo no se hubiera salvado el convento de ser hoy otras «ruinas de San Francisco».

CXLVIII.—EL VENERABLE FRAY LUIS DE SAN JOSE

Son muchos los varones venerables en ciencia y santidad que se albergaron en las celdas y claustros del alcantarino convento de San Antonio de Padua de Avila; pero, sin duda, por más humilde, fue más ensalzado el lego fray Luis de San José. Sin conocerle, siquiera sea por medio de una brevísima semblanza, no se puede persona alguna explicar la grandeza y la gloria de la capilla de Nuestra Señora de la Portería por él fundada.

Nació Fray Luis en Galleguillos, de León; siendo bautizado el 10 de septiembre de 1690. Sus padres eran Francisco Riol e Inés Ancilles, la cual antes de que su hijo naciese le tenía ofrecida a la Santísima Virgen: seguramente hizo la ofrenda en romería piadosa al Santuario de Nuestra Señora del Camino. Y así fue un niño muy bueno. Y luego un pastorcillo que tal vez pensando en sus compañeros del Portal de Belén sintió la vocación del retiro del mundo marchando prontamente a Valladolid en donde el demonio trató de impedir que fuera religioso con diversas tretas, viniendo a dar en un cuartel.

El Señor sabe muy bien cómo enderezar los caminos que tuercen los diablos y he aquí que cuando Fray Luis declara el engaño de que había sido víctima al Capitán, éste le pide las cartas de presentación que llevaba el rudo pastor leonés para el convento franciscano y resulta ser destinatario su confesor, al cual le dirige. Mas no profesó en la ciudad del Pisuerga, ni en Medina, sino en el convento del Calvario, que había fundado en Salamanca el obispo de Avila, don Pedro Fernández Temiño, según la Regla de la Reforma del Penitente de Alcántara: los incidentes que narra el historiador son de una ingenua verdad encantadora. Pero al fin profesa Fray Luis de San José y la obediencia le traslada nuevamente, sirviendo en el convento de Cerralbo a la Virgen de Quien se veneraba una preciosa imagen ante la cual desde el momento en que Fray Luis llegó jamás faltaron flores silvestres o cultivadas.

Después de cuatro años, vino destinado al convento de San Antonio, de Avila. Y aquí comienzan las maravillas del amor filial de Fray Luis de San José a la Virgen, María Inmaculada; y los milagros de la excelsa Madre de Dios en el discurrir de los días del que la crónica llama *columbino* lego: sencillo como paloma.

Con decir que un día le dijo un religioso que los buenos frailes cocineros, poniendo lumbré y arrimando la olla lo fiaban todo lo demás a los ángeles y se iban toda la mañana a la iglesia para orar allí, y que entendiéndolo Fray Luis a la letra, lo hizo cual lo había oído... Y se le quebró luego la olla con los garbanzos duros; pero, cual a San Salvador de Horta, los ángeles le salvaron del oprobio verdaderamente.

CXLIX.—APARICION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Fray Bernardo de la Trinidad, contemporáneo del venerable Fray Luis de San José, lo describe así:

«El año 1718, siendo guardián (del convento de San Antonio) Fray Geroteo de San Pascual, en el día 3 de mayo, se levantó una recia tempestad de truenos, que terminó su furia en tanta agua y granizo, que sobrepujando las tapias de la cerca del convento, que mira al prado, amenazó la total ruina de las de la huerta. El referido hortelano (el venerable) cuidadoso de su hortaliza, salió a ver si abriendo las troneras y puertas, que había en dichas tapias, podía dar algún expediente a las aguas y reservar sus berzas. No sin mojarse bastante, pasó parte de la huerta, a tiempo que impetuosas las aguas derribaron gran parte de la cerca, corrían presurosas como retenidas y vióse precisado para asegurarse a subir a una tapia de tierra, que mira y hace medianería con la huerta que llaman del Rey, hacia donde ahora está la casita del hortelano. Apenas se vió sobre la débil pared, cuando el impetuoso golpe de agua y granizo llevó las dos tapias inmediatas dejando reservada por entonces la en que el hortelano estaba. Todos los religiosos y algunos seglares le tuvieron por ahogado por algún tiempo, hasta que cesando la tormenta, bajaron las aguas y le vieron todos vivo con admiración. Celebraron este suceso por milagroso y para que quedase memoria de él mandó el guardián poner en la tapia una cruz...» No se ha de olvidar que celebraba la Iglesia la Invenición de la Santa Cruz el día en que sucedió lo que se describe.

Fray Luis de San José había invocado la protección de Nuestra Señora, la Santísima Virgen, Madre de sus amores puros. Y siempre fue cauteloso en declarar la aparición, «que aún lo que toca a Nuestra Señora no quiere que se escriba, por la conexión que tienen los sucesos con su persona».

«Algunos religiosos graves tienen por cierto se le apareció María Santísima con que quedó interiormente renovado en su devoción».

Fray Bernardo de la Trinidad acude luego al argumento de los saludables efectos que la devoción a la Divina Portera produjo. Y finalmente, muerto el venerable, vino a escribir así Fray Bernardo: «Hoy llegó el tiempo de revelar mi secreto. Traté finalmente al siervo de Dios... Digo, pues, por haberlo oído de su boca, que ciertamente se le apareció Nuestra Señora en la huerta. Y aunque también me hizo patentes algunas circunstancias, más quiero callarlas que exponerme, por no acordarme bien, a faltar en alguna a la verdad. EN LO QUE ME RATIFICO ES EN LA DICHA APARICION DE MARIA SANTISIMA a su amante y devoto hortelano».

CL.—DIVINA PORTERA

Fray Luis de San José quiso tener en el de San Antonio, de Avila, una imagen de la Santísima Virgen para venerarla, cual en otros conventos la tuvo. *"Pobre y despreciable, dice la crónica, no se creía capaz de adquirir una imagen de la Madre Divina"*. Y he aquí que durante aquel peligro de la tempestad, sobre el único trozo de tapia de la huerta que no habían derribado las impetuosas aguas, ve a la Virgen María: *"Entonces se le ofreció a su idea una imagen como la que hoy veneramos"*, dice Fray Bernardo de la Trinidad. Y lo admirable es que la Madre de Dios, Nuestra Madre y Señora, se manifestase como INMACULADA.

¿Quién pintará la imagen?... Fray Luis comunicó sus descos a su hermano en religión, el portero Fray Bartolomé de San Francisco; pero éste, que sabía un poco del oficio de San José, sólo pudo hacerle ofrecimiento de un altar para cuando tuviese Fray Luis su cuadro.

Había en la ciudad a la sazón un pintor, más humilde que otros, llamado Salvador Galván. Dicen los libros que debajo de los cuadros que pintaba solía escribir la explicación de lo representado... Estando enfermo le visitó Fray Luis: *"Yo soy el hortelano del convento de San Antonio y vengo a que me pintes una imagen de Nuestra Señora en su Purísima Concepción"*. Galván se negó excusándose. *"Yo vendré mañana, replicó Fray Luis, que no es otro el que la ha de pintar"*. Y enfadado al siguiente día, el pintor daba órdenes a sus familiares de que impidiesen la entrada del venerable lego franciscano en su alcoba; pero allí estaba ya: *"Padre, pida a Nuestra Señora que me dé salud, que yo ofrezco hacer presto la pintura"*. — *"Pues pintamela tú prestò; que Ella te pondrá bueno"*. Y se sintió repentinamente bueno y optimista, durmiendo toda la noche. A la mañana siguiente, día 18 de junio de 1718, comenzó a pintar el cuadro que no entró en el convento hasta el Domingo de Ramos del año siguiente... Porque Salvador Galván pintó entre tanto muchas cosas más, que Fray Luis no tenía otras rentas que las de la pobreza y también había de tardar bastante tiempo en recaudar los pobres cuarenta y cuatro reales con que correspondió al pintor por la obra que le ha inmortalizado en la historia y piedad abulenses.

No hubo fiesta solemne para colocar el cuadro de María Inmaculada en la portería del convento de San Antonio de Padua; pero Fray Luis la hizo resonante desde la casa del pintor hasta su morada, enseñando la imagen a cuantas personas hallaba en el camino. Y allí, con el hermano portero, Fray Bartolomé de San Francisco, fue todo su júbilo, mirar y remirar y adornar... Desde el primer momento se les ocurrió (¿no es María *Janua Coeli?*) al verla en la portería, llamarla *Divina Portera*. Y cariñosa e íntima y cordialísimamente LA PORTERITA!

CLI.—MILAGROS EN LA PORTERIA

La Santísima Virgen, cuya imagen pintada por Salvador Galván colocó Fray Luis en la portería del convento de San Antonio, quiso hacer entender a los buenos vecinos de Avila cuánto la complace que la reconozcamos ese título que místicamente tantas veces le da la Sagrada Escritura: PUERTA. Y que concreta la Letanía llamándola «Puerta del Cielo». Así pues, comenzó a dispensar sus favores y el buen pueblo (los habitantes de Avila y de los pueblos comarcanos) en masa llegaba llamando a la puerta del convento e invocando a la Divina Portera...

La relación de los milagros corría de boca en boca. Y al convento venían con los creyentes los desconfiados y los faltos de fe, junto con algunos recelosos... *"Y si la Virgen diese el habla a esta muda?"* De nacimiento lo era. Fray Luis llamó por su nombre a la niña y respondiendo ella inmediatamente prosiguió hablando toda su vida. *"Llenáronse de osombro los médicos y todos los presentes no pudieron negar milagro tan manifiesto"*. Era ya entrado el siglo XVIII y la comprobación se hizo en medio de contradicciones...

«Sin padre, sin madre, sin genealogía...» Verdadero peregrino en la tierra es el religioso que en brazos de la obediencia va de un lugar a otro, sin casa ni lugar fijos y sólo puesta su vista en el cielo; su patria. Por otra parte la obediencia pronta, alegre y sin réplica es al mismo tiempo troquel y crisol del que se santifica en la disciplina monástica. Y así Fray Luis de San José, que tenía su amor en «LA PORTERITA» del convento de San Antonio a Quien prodigaba unos apelativos confiadamente cariñosos, obedeciendo hubo de marchar a Villacastín y luego al convento de San Lázaro el Real de Arévalo... Desde Villacastín apareció una mañana sin saber cómo a la puerta de su convento de Avila. Desde Arévalo escribió una carta pidiendo a la Virgen sus consuelos y llenándola de requiebros, y se la mandó a su hermano en religión, Fray Bartolomé de San Francisco, el portero, con el ruego de que a solas la leyera delante de la imagen... Pues parece que las peticiones de la carta fueron favorablemente despachadas, porque no tardando mucho recibió de nuevo la orden («Obediencia» la llaman) de regresar a nuestra ciudad de Avila: *"El hombre obediente cantará victoria"*, dicen los Libros Santos.

Ya todo fue con amor. Los favores de la Divina Portera en consuelo de los mortales aumentaron y la fama rebasó las fronteras abulenses. La imagen fue colocada pronto en altar dispuesto al lado del Evangelio del de San Antonio en el templo. Y más tarde, al retocar la imagen, Salvador Galván oiría salir del cuadro una voz: «Mucho me agradas, Luis».

CLII.—LA CAPILLA DIECIOCHEŞCA

Para satisfacer la devoción de las gentes a Nuestra Señora de la Portera, compuso Fray José del Espíritu Santo una Novena, mandada imprimir por la excelentísima duquesa de Nájera. El primer novenario, con los más emmentes predicadores franciscanos de la Provincia de San Pablo, fue organizado por los excelentísimos señores marqueses de Alcañices y duques de Medina de Río seco, a partir del 5 de octubre de 1727. Y se aumentó la devoción por un milagro ruidoso: la curación del tullido Francisco Jiménez, después de oír la Santa Misa celebrada por su hermano el licenciado don Lorenzo, y de permanecer en constante oración hasta acercarse y contemplar retrato tan privilegiado de la Divina Señora... De pronto comenzó a correr!

Se fue la devoción extendiendo: sólo en Madrid tenía trece altares o capillas. Y en Lugo y en Zaragoza, como en Pajares de Adaja y en Hernansancho; en Orán y en Jerusalén... Y llegó a Méjico y a Filipinas llevada por los misioneros de la Orden. Ya fue todo pobre para la Reina de Cielos y Tierra. Y Fray Luis de San José pensó en construir una capilla amplia y hermosa, y dotada con profusión. La edificación es airosa, madrileñista de aquella época barroca, debiéndose la dirección al arquitecto Pedro Ribera. Costó setenta mil ducados en redondo, sin contar el andamiaje que importó catorce mil reales. La primera piedra se puso el 28 de septiembre de 1728. La planta es exagonal, con linterna, en su cúspide de forma cilíndrica. Las pechinas en que se apoya la cúpula ostentan pinturas con seis mujeres célebres en el Antiguo Testamento: *Raquel*, esposa de Jacob, preferida en el amor; *María*, hermana de Moisés, figura de la Virgen Santísima en su cántico a la redención de su pueblo; por análoga razón en su triunfo sobre Sisara es ensalzada y contada entre los Jueces *Débora*; *Ruth* igualmente, fue llamada bendita del Señor por su suegra Noemi y también *Abigail* que ofrece a las mujeres cristianas un ejemplo de prudencia y sabiduría, respecto a David, siervo del Señor y rey entre los hombres... Finalmente, *Judit* la gloria de Jerusalén, alegría de Israel y honor del pueblo de Dios. Las pinturas de la linterna representan el Nacimiento de Nuestra Señora, su Presentación, la Anunciación, la Visitación, la Purificación y su Coronación en el Cielo. Los altares son tres: el mayor, donación de los marqueses de Alcañices, del mejor barroco, rematado por imagen del Padre Eterno, con esculturas talladas en madera policroma de San Gabriel y San Miguel, que sostienen el trono de la Divina Portera. Figuras de talla estofadas en oro de San Diego de Alcalá, a quien se convirtieron en rosas los panes de caridad, y de San Pascual Bailón, Patrono de los Congresos Eucarísticos...

CLIII.—EL TESORO DEL MUSEO

Todo es tesoro en la capilla de la Divina Portera, comenzando por la misma devoción que inspira en los fieles que la visitan; mas en lo material podemos hablar propiamente de tesoro refiriéndonos a lo descrito de arquitectura, pintura y tallas, a lo cual hay que añadir los altares laterales con las imágenes de San José, San Salvador de Horta, San Francisco de la Parrilla (compañero de martirio de San Pedro Bautista, protomártir del Japón, cuyo monumento está delante del convento de San Antonio, en los jardines); San Gonzalo García (también compañero de martirio del Santo Protomártir y Embajador de España en el Imperio del Sol Naciente) y el beato Antonio de Estronconio, en el altar de Santa Rosa de Viterbo. Doce ángeles sostienen otras tantas arañas de cristal de roca alrededor de la capilla. Y en las festividades se reviste el retablo mayor con un marco de colosal tamaño repujado en plata con aplicaciones áureas, guardado en una vitrina del Museo de la Porteria con otros apliques, candeleros, sacras y diversos objetos de culto.

La visita resulta interesantísima y abrumadora en los detalles dignos de un examen detenido: compiten las colecciones del Museo de la Porteria con las más ricas de Avila.

Un órgano portátil de ébano, espejos venecianos, cornucopias, palanganas talaveranas del siglo XVIII... Imágenes de San Juan Bautista y del Señor en marfil, los ternos maravillosos de «Los Lirios», «Las Fresas», «La Casaca del Duque»; un Medallón de coral, y estampas de granos de arroz; reposteros con escudos nobiliarios, seis albas con encajes anchísimos de Brujas; medallas y cruces de Tierra Santa con incrustaciones y reliquias; tres sillones de guadamecí con brocados en oro y pinturas en chapa, madera; casullas, dalmáticas, capas pluviales y frontales en seda y tisúes de variadísima confección; tres jofainas de cerámica talaverana, dos de ellas curiosísimas por la tapa calada y remate de dragón; pinturas en mármol...

Inspira tierna devoción una pieza del Museo por demás artística, conservada en vitrina por su valor extraordinario. En realidad la estancia en que se halla no es propiamente sala de Museo sino capilla para oración en mayor retiro, que hace de sacristía especial para la capilla de la Divina Portera. Se trata de la imagen llamada SANTO NIÑO JESUS DE AVILA, que talló «La Roldana», Luisa Roldán, hija y discípula de Pedro Roldán, escultor famoso en su tiempo, y que fue nombrada escultora de cámara de Carlos II, especializándose en labrar pequeñas esculturas, al estilo del milagroso NIÑO DEL REMEDIO.

Y figuran también preciosos relicarios, entre ellos tres con «Lignum Crucis» autenticados.

CLIV.—"...Y EXALTO A LOS HUMILDES!

Murió Fray Luis de San José, lego franciscano promotor de la devoción a la Divina Portera, en Madrid, el domingo 31 de marzo del año 1737. Había terminado la capilla unida a la iglesia del convento de San Antonio en 1731. El día 4 de octubre de 1733, todo terminado en cuanto al ornato, «se trasladó la santa imagen procesionalmente a la iglesia Catedral, asistiendo el Cabildo, todas las Ordenes religiosas y numeroso concurso de fieles». Era precisamente la festividad del Seráfico Fundador de la Orden de Frailes Menores, San Francisco de Asís. Al día siguiente pontificó el Obispo de la Diócesis, don Pedro de Ayala, y por la tarde volvió a San Antonio la peregrina imagen en imponente manifestación de fe y devoción, continuando la solemne Novena... En un rincón, Fray Luis de San José observaba radiante de alegría. La Divina Portera presidía sonriente desde su trono de oro y plata: «En cuanto termine todo ésto me llevará...»

Toda la nobleza se conmovió al conocer la noticia de que Fray Luis se hallaba enfermo de gravedad en Madrid a donde la obediencia le tenía situado: los nobles le visitaban, destacando en atenciones los duques del Infantado y de Medina de Ríoseco. El humilde lego, habiendo escuchado a un predicador días antes las palabras de Job: «Yo no he delinquido y, con todo, mis ojos no ven sino amarguras», pudo empero afirmar a su Padre Espiritual «haber conocido claramente la remisión de sus pecados». Una vez más «preciosa en la presencia del Señor es la muerte de sus santos». Poco antes de morir pidió al duque de Medina de Ríoseco que trasladase su cuerpo a la capilla: la partida de defunción se puede ver en el libro de difuntos de la Comunidad, que actualmente se encuentra en el Archivo Histórico Nacional.

Cuando la exclaustación sobrevino, en 1836, eran multitud los devotos de la Divina Portera, perteneciendo a la Esclavitud, fundada por el Venerable, Grandes de España y gentes del pueblo llano de Avila, todos igualados en amor a la Madre de Cristo. El primer esclavo era el Padre Juan Rodríguez, ministro provincial de la Orden Franciscana. Este pedía en carta de fecha 22 de febrero de 1849 al marqués de Alcañices que en virtud del Patronato que tenía sobre este convento y capilla, «se dignase facultar a don Enrique Aboín, vecino de esta ciudad, para que en nombre y representación de la persona de S. E. lo reclamase...» Se hizo efectivamente una reclamación fuerte y enérgica, y se salvaron por defensa del derecho el convento y la capilla, quedando tres padres franciscanos como capellanes. El último capellán de la Divina Portera fue el padre Oseros. Luego, el convento sin frailes hasta el 25 de enero de 1896.

CLV.—SEPULCRO GLORIOSO

Rehaciendo la Provincia Seráfica de San Gregorio Magno de Filipinas, quisieron tener los Padres Franciscanos conventos que fueran semillero de vocaciones misioneras para el Extremo Oriente, donde tan excelsa memoria dejaron los santos abulenses mártires de Cristo. Y entonces, el delegado del Padre Comisario en España, Fray José Parra, se hizo cargo del convento de Avila. Y con alegría de la ciudad volvió a verse por nuestras calles el hábito de los venerables Hijos del Pobrecillo de Asís; volvieron a ceñir el cordón franciscano numerosos Hermanos Terciarios de la Orden, y las gentes agradecidas volvieron a clamar en el Santuario de la Divina Portera del Cielo con aquellas letrillas del tiempo en que Fray Luis de San José firmó con su propia sangre la Carta de Esclavitud de Nuestra Señora: *"Oye mis gemidos / Puerta de los Cielos / pues a tus umbrales / fatigo desvelos"*, letrillas que aún cantan los miembros de la Esclavitud, restablecida en nuestros días con música del maestro de Capilla de la Catedral, M. I. Sr. D. Flavio Aguilera, q. e. p. d.

Dos documentos son dignos de ser extractados al llegar a este punto: uno el catálogo del Museo de la Portería, en cuanto a los ternos, por la noticia de su procedencia. El otro documento es el acto del examen de sepultura e inhumación de los restos mortales de Fray Luis de San José, cuyo sepulcro fue abierto y examinado el día 1 de mayo de 1945, representando al Prelado diocesano el vicario general del Obispado, doctor don Calixto Argüeso, siendo notario eclesiástico el Lic. D. Gregorio Coronado; guardián el Revd.º P. Victoriano Rodríguez; testigos, los médicos, don Jesús Galán y don Joaquín Costa, con los terciarios franciscanos, don Enrique Aboín, don José Roldán y don Esteban Hernández, y algunos vecinos de Galleguillos de Campos (León), pueblo natal del venerable. Se abrió la sepultura según los datos del Libro de Difuntos y fundación del Convento conservado en el Archivo Histórico Nacional, y efectivamente debajo de la tarima del altar principal de Nuestra Señora de la Portería, a la profundidad de un metro, se encontró un esqueleto humano, postura yacente, extendido, decúbito supino, siendo examinados los restos por los médicos quienes contaron casi completo el esqueleto pese a la humedad del lugar y tiempo pasado. Uno por uno fueron colocados los huesos en una caja de madera forrada de cinc que se colocó cerrada con una cerradura de llave y un pequeño candado, atado este candado con una cinta de seda y empapada la cinta con lacre y sobre el lacre se puso el sello familiar de los señores de Aboín (don Enrique) presentes como va dicho. «Fue colocada después la caja con los restos en un nicho construido en el mismo lugar donde se encontró la sepultura, el día 3 de mayo de 1945».

CLVI.—POBRES DE ESPIRITU

En el catálogo del Museo de la Portería, que en conjunto ha sido descrito, se nos da la procedencia de algunas de las ricas joyas que allí se custodian. Los más interesantes e históricos donantes fueron quienes regalaron a la Santísima Virgen los ternos y casullas: el de *Farnesio*, hecho con un traje de la Reina Isabel, esposa de Felipe V, el primero de los Borbones; el de los *Chinos*, confeccionado con una colcha del lecho de los mismos reyes; el de la *Princesa*, de tisú de oro con bordados de plata en altorelieve; el de la *Dama*, de encaje de plata y entrepaños de tisú de oro y plata y sedas; el de los Marqueses de *Alcañices*; el de la *Ensenada*, de tisú de oro, plata y sedas; el de *La Solana*, de tisú de plata, oro y hojas de hiedra; el de *Las Fresas*; el de *Los Lirios*, de tisú de plata y sedas; las casullas del *Conde de Haro*, de la *Casaca del Duque*, dos de *La Infanta*, y una del *Tanto Monta*, cuyo donante se ignora y que es la única pieza del Museo de La Portería que se remonta hasta el siglo XVI. Los frontales se corresponden con los ternos así como varias capas pluviales...

Con tanta riqueza —que para que pudieran tenerla y usarla los frailes franciscanos, «desposados con la Dama Pobreza» como su Seráfico Fundador, hubieron de pedir dispensa al Sumo Pontífice y licencia especial—, parece que no habrían de pasar necesidad en el Convento de San Antonio de Padua... Empero el sostén de los capellanes de la Divina Portería (los tres frailecitos que aquí quedaron después de la excomunión hasta que fueron pasando a la eternidad, terminando en el Padre Oseros la sucesión, así como la Comunidad nueva, reducidísima en los tiempos de indiferencia religiosa de la mitad del pasado siglo y ahora) era cada día un milagro de la caridad cristiana. Hay una emocionante anécdota de ingenua sencillez, conocida de muchas personas que a su vez trataron al protagonista: El buen padre aquel que a principio de siglo fue a la entonces llamada inclusa para officiar el Santo Sacrificio: «Ya que estoy aquí, dijo, me iré al Monasterio de Santo Tomás a desayunar...» Del extremo norte al extremo sur de la ciudad nada más y nada menos. Anécdota ésta que, al mismo tiempo que revela una confianza plena en la Divina providencia, dice un elogio de la fraternal amistad de los hijos de San Francisco de Asís y de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, los excelsos Patriarcas que se abrazaron en Roma, sin conocerse de antes, sólo por impulso del espíritu. Y sin embargo, quienes tan desprendidos se muestran respecto a las riquezas terrenas, todo lo dan por Dios: así San Pedro Bautista, crucificado en Nagasaki por su fe católica; así el Beato Pedro de la Paramera, también abulense, y que fue quemado vivo en Nagasaki, beatificado por Su Santidad Pío IX.

CLVII.—CONVENTO DE LA INMACULADA Y DE SANTA MARIA MAGDALENA

Junto a la Cruz estaba María, Madre del Señor, la Inmaculada, *azucena blanca*. Y también a los pies de Jesús crucificado por amor a los hombres, besando los pies sagrados que un día lavó con sus lágrimas y secó con sus cabellos, estaba María, la penitente, convertida y perdonada «porque amó mucho», *morado lirio*... Hoy une la devoción a María Inmaculada y a María Magdalena, la dedicación del convento franciscano de monjas llamadas concepcionistas, que tienen por madre a la Beata Beatriz de Silva, situado en la Plaza de Santa Teresa de Jesús, con un templo románico por capilla, incrustado en el conjunto de edificios que la rodean, cosa que pudo hacerse otrora con la desaparecida capilla de San Millán y con la iglesia de Santo Domingo, de cuyo románico templo se podrán ver los más nobles sillares, frontones y arcos refundidos con singular acierto en el parroquial del Inmaculado Corazón de María.

La comunidad de religiosas se fundó de otras dos existentes en 1539, una en Olmedo; y otra en Las Berlanas, de la cual vinieron seis monjas, tres de ellas hermanas, llamadas doña Ana, doña María y doña Juana de Bracamonte. Estableciéronse donde hoy es la Residencia Provincial, entre las ruinas de San Francisco y la iglesia de San Andrés, hasta 1836 en que, como consecuencia de la revolución liberal, hubieron de trasladarse obligadamente al monasterio de Santa María de Jesús (clarisas). La nueva casa la obtuvieron de la Diputación Provincial: se trataba del antiguo Hospital de La Magdalena, que se les otorgó como compensación de su convento anterior, destinado a Inclusa, en el que al mismo tiempo habían vivido como profesas cinco hermanas del cronista Gil González Dávila, y llamándose aquel monasterio primitivamente «de las once mil Vírgenes», porque la fecha de su fiesta, 21 de octubre, lo fue de la posesión primitiva por la Comunidad.

En la vulgarmente llamada «Iglesia de la Magdalena» en el Mercado Grande son notables el conjunto de edificaciones que se llamó «Casa de las Comedias»; las dos fachadas del templo románicas, una exterior y otra escondida, encima de la cual sobresale la primitiva espadaña. Son del siglo XIII y las arquivoltas y columnas son muy bellas, así como son interesantísimos los capiteles, simbólicos con sus hojas, aves y rostros humanos, etc. Al interior son tres las naves, separadas por amplísimos arcos y columnas exentas, siglo XVI, con sencillo artesonado de la misma época, y bóveda gótica en la cabecera tras del rétablo mayor con nevadura estrellada; retablos barrocos, un estimable cuadro de Jesús atado a la columna del estilo de Alonso Cano, un ostensorio del siglo XVII; frontales del XVI y una Piedad pintada en tabla.

CLVIII.—LA ANUNCIACION

He aquí uno de los misterios marianos honrados en Avila con particular devoción en monumentos arquitectónicos, esculturas y pinturas. El templo más antiguo con el título de la Anunciación es la capilla de Nuestra Señora de las Nieves en la calle de los Reyes Católicos, siguiéndole la que llamamos capilla de Mosén Rubí. Luego aparece para perpetuarse con las glorias teresistas el monasterio de LA ENCARNACION. Y los dos momentos del mismo misterio se ven claramente distintos en las representaciones numerosísimas de estos y otros templos, particularmente por la postura del Angel, siendo la representación más expresiva la que puede verse en una predela, tipo de pintura gótico-flamenca, que se conserva en el Museo de la Catedral.

La capilla de Nuestra Señora de las Nieves fue fundada por doña María Dávila, cuyo sepulcro estaba en el coro del monasterio de Santa María de Jesús (Gordillas). En torno a esta capilla se hallaban las casas que sirvieron de morada provisional a las monjas clarisas cuando se trasladaron de Villa Dei. En el año 1600 adquirieron el patronato Antonio Gutiérrez Vallas y su esposa María de la Concepción, instituyendo capellanías que aseguraban el culto. Es notable su bóveda de crucería y también la vidriera policroma. Y son muy bellos el grupo escultórico de la fachada de graníticos sillares y la imagen de la Virgen esculpida en alabastro por Lucas Giraldo, en el siglo XVI. Actualmente sirve para sala de exposiciones religiosas.

La capilla de Mosén Rubí o Rubín, dice el marqués de San Andrés de Parma, *"ni es capilla, ni perteneció a Mosén Rubí, pero se llama así, porque su fundadora, doña María Herrera (que murió sin sucesión en el año 1516), dejó por patrono del hospital a su sobrino Mosén Rubí de Bracamonte"*. Se halla situada entre el Mercado Chico y el Arco Mariscal, plaza de Fuente el Sol. El templo fue comenzado a construir por doña Aldonza Guzmán, hija de don Gómez Dávila, señor de San Román y nieta de Payo Rivera, mariscal de Castilla (datos de Carramolino) la cual dejó por heredera a su sobrina doña María Herrera, quien terminó las obras cuando era ya viuda de Andrés Vázquez Dávila, hijo del célebre Gonzalo Dávila, gobernador del Maestrazgo de Calatrava. Fue doña María Herrera señora de Velada e Colilla, hija de Pedro de Velada y de doña Catalina Dávila y nieta de Juan Velada. Su esposo, ya citado, fue regidor de Avila. Y como no tuvo sucesión el matrimonio eligió por patrono primero de su rica y piadosa fundación a su sobrino Mosén Rubí de Bracamonte, señor de Fuente el Sol, vinculando este derecho en sus hijos y descendientes, dándole por compatrono al prior del Real Monasterio de Santo Tomás. En realidad el primer patrono fue don Diego de Bracamonte, padre de «Monseñor Roberto»...

CLIX.—MOSEN RUBI...

Rubí de Bracamonte es el nombre, bien eufónico por cierto, de un pueblecito de la provincia de Valladolid, partido judicial de Medina del Campo, que siempre perteneció a la Diócesis de Avila. Las tierras de su término son bañadas por el abulense río Zapardiel.

Y Mosén Rubí de Bracamonte, que también se escribe Mosén Robín de Braquemonte, porque Mosén equivale a Monseñor (Mi Señor) y Robín es diminutivo de Roberto, dicen los libros de Historia que fue tercer nieto de un almirante francés que vino a nuestra patria reinando Enrique III «El Doliente». Mosén Rubí va dicho que recibió el Patronato de la Capilla de Nuestra Señora de la Anunciación y de la hospedería contigua:

«En la muy noble villa de Valladolid a dos días del mes de octubre del año 1512, testó doña María de Herrera, dejando por heredero universal de todos sus bienes y de los de su difunto esposo a esta Capilla e Hospital, mandando que su cuerpo fuese llevado a esta iglesia y que a ella fuese trasladado el de su marido que estaba en la iglesia mayor, en la capilla de su padre el gobernador y que fuesen enterrados en medio de la capilla principal de esta iglesia hospital; item que en lugar más conveniente se edifique un hospital de buenos cimientos, donde puedan vivir trece pobres, siete varones y seis mujeres, que usen estos donados el hábito de San Jerónimo; instituyó también una especie de colegiata con seis capellanes, con la obligación de cantar los oficios divinos de día y los maitines de noche; los donados tenían la obligación de asistir a dichos oficios; todos vivían en la casa unida a la capilla, recibiendo además de la comida la asistencia de médico y botica. Para ser donados se requería tener más de cincuenta años, personas honradas y pobres vergonzantes. Nombró patrón al señor Don Diego de Bracamonte, señor de Fuente el Sol, vecino y regidor de esta ciudad, casado con doña Isabel de Saavedra y a su muerte al hijo de este matrimonio, Mosén Rubí de Braquemonte y después de él a sus descendientes, legítimos varones, uno en pos de otro que hubieren de suceder en el mayorazgo de la villa de Fuente el Sol... Proveyó con seis mil ducados de renta anual al sustento de dichos pobres». La villa de Fuente el Sol pertenece lo mismo que Rubí de Bracamonte a la provincia de Valladolid.

La Enciclopedia *Espasa Calpe* afirma que Mosén Rubí de Braquemonte fue «indudablemente de origen judío y que había estado en Flandes largos años»; que la Capilla de la Anunciación de Avila, «el edificio, fue construido por masones y que Mosén Rubí lo era», dejandó grabados en la construcción los emblemas de tal sociedad... Es Mosén Rubí un personaje misterioso; pero rico e influyente.

CLX.—MUERTE DE DON DIEGO

Lunes, 21 de octubre de 1591. Siete pasquines aparecen colocados en distintos lugares de Avila: dos en las puertas de la Catedral, uno en las nuevas carnicerías, otro en la pared de la calle de Barruecos (Alemania), otro en la iglesia de San Juan... El corregidor, Alonso de Cárcamo, da cuenta del suceso a Felipe II e inmediatamente parte de El Escorial para Avila el alcalde de Corte, Dr. Pareja de Peralta, con un escribano, dos alguaciles y otros varios ministros de justicia. No tardó mucho en decretar la prisión de don Enrique Dávila, señor de Navamorcuende y Villatoro, y de don Diego de Bracamonte, de la ilustre familia de los señores de Fuente el Sol, patronos de la capilla de Mosén Rubí, con otros cinco más.

Los pasquines decían así, según transcripción del primer marqués de Pidal en su «Historia de las alteraciones de Aragón»: «Si alguna nación en el mundo debía por muchas razones y respetos ser de su rey y señor favorecida, estimada y libertada, es solo la nuestra; mas la codicia y tiranía con que hoy día se procede, no da lugar a que esto se considere. O España, España, y qué bien te agradecen tus servicios es maltándolos con tanta sangre noble y plebeya; pues en pago de ellos intenta el rey que la nobleza sea repartida como pechera. Vuelve sobre tí y defiende tu libertad, pues con la justicia que tienes te será tan fácil, y tú, Felipe, conténtate con lo que es tuyo y no pretendas lo ajeno y dudoso, ni des lugar y ocasión a que aquellos por quien tienes la honra que posees, defiendan la suya tan de atrás conservada, y por las leyes destos reinos defendida». El delito es calificado por los historiadores como de lexa majestad y eminentemente político, como que su objeto era concitar a la rebelión denostando al gobierno y a la persona del monarca.

Don Enrique Dávila fue condenado a prisión perpetua y don Diego de Bracamonte a ser degollado. Y el lunes 17 de febrero de 1592 le sacaron de la Alhóndiga en donde por noble se hallaba preso montáronle en una mula enlutada y él con un capuz y caperuza de bayeta, las manos atadas con un listón y una cadena en el pie, marchaba al cadalso. Le acompañaban todas las cofradías y órdenes religiosas; pero ningún caballero ni hidalgo se presentó ante el patíbulo. Por la calle de los Reyes Católicos, entonces de Andrín (o San Andrín) entró en el Mercado Chico. Allí estaba el cadalso, con paños negros y almohadas de lo mismo. Confesó con el guardián de los Franciscanos descalzos... Sentóse en las almohadas; el verdugo le cubrió el rostro, le sujetó la cabeza al madero enhiesto en el cadalso, cortóse la y la mostró a todos los lados de la plaza, poniéndola luego sobre el madero enlutado. El pregonero advirtió que nadie podría retirar sin licencia el cadáver de allí...

CLXI.—EL PALACIO DE DON DIEGO: LAS CABALLERIZAS EN DONDE HABIA NACIDO SANTA TERESA DE JESUS

Sobre la puerta de la sacristía de la Capilla de Mosén Rubí, abierta en la nave izquierda del crucero, mirando al altar mayor, hay un cuadro con una pintura de Jesús crucificado y una inscripción perfectamente legible que dice así:

«Rogad a Dios en caridad por el ánima del noble caballero Don Diego de Bracamonte, que por defender los intereses de Avila, fue decapitado en la plaza del Mercado Chico, el lunes 17 de febrero de 1592, en cuya noche estuvieron sus restos depositados en esta capilla; al día siguiente fueron trasladados a la iglesia de San Francisco, donde reposan. R. I. P.».

Este triste suceso y la relación de don Diego de Bracamonte con la destrucción de las casas de Don Alonso Sánchez de Cepeda, en donde nació la Santa, dejan al caballero, que, según la inscripción copiada, «por defender los intereses de Avila, fue decapitado», en no muy buen concepto de las gentes que se dan a las lecturas e investigaciones de Historia. Porque Don Diego, parece que después de muerta la Madre Teresa de Jesús compró las casas de Don Alonso y las metió en su mayorazgo. La noticia se tiene por el Padre Ribera, primer Biógrafo de La Santa, y por el libro de Fundación del Convento de los Padres Carmelitas Descalzos en nuestra Ciudad. El Padre Ribera vio la pieza donde La Santa nació, «y otras junto a ella donde durmió más de quince años.

Y si el dueño que es ahora destas casas las estima en lo que ellas merecen, en estas dos piezas había de hacer un ornato donde se conservase la memoria de este hecho y atreveríame yo a asegurarle que no perdería nada con esta devoción, sino por ventura por ella vendría la bendición de Dios sobre los que en ella viviesen ahora y después».

Don Diego, no obstante, construía su palacio sobre las casas de Don Alonso Sánchez de Cepeda que había comprado y precisamente las caballerizas «venían a caer al mismo aposento donde había nacido La Santa». Y añade el Libro de la Fundación mencionado: «Avisáronle de esta indecencia otros caballeros y no por eso desistió de la traza. Amenazáronle con algún castigo de Nuestro Señor y todo lo echaba por alto. Pero Su Majestad tomó aquella causa por suya; porque antes de ponello en ejecución vino a morir una muerte bien desgraciada y harto en descrédito de su misma casa, no con poca admiración de los que sabiendo el caso, lo atribuían a castigo del cielo por el desorden con que quiso aumentarla con desestima de la de nuestra Santa Madre».

A principios del siglo XVII apenas si existían ruínas de todas estas construcciones, casas de Don Alonso y palacio de Don Diego. Parece que los Padres Carmelitas aprovecharon para su convento un muro de la construcción de Don Diego, por delante de la casa de la Santa.

CLXII.—LA FAMILIA DE DON DIEGO OBTUVO LAS CASAS DE DON ALONSO SANCHEZ DE CEPEDA: EL CONVENTO DE SAN JOSE QUISO COMPRARLAS PORQUE ENTENDIA HABER NACIDO EN ELLAS LA SANTA MADRE

Desde el primer don Diego de Bracamonte, esposo de doña Isabel de Saavedra, padre de Mosén Rubí, primer patrono de la capilla de Nuestra Señora de la Anunciación, por testamento de doña María Herrera, señora de Velada, casada con el regidor abulense, don Andrés Blázquez Dávila, hasta don Diego de Bracamonte, decapitado en el Mercado Chico en 1592, vive su esplendor máximo la ilustre prosapia de los señores de Fuente el Sol, cuyos nombres principales aparecen repetidas veces en las declaraciones del pleito que, beatificada Santa Teresa de Jesús y próximos los días de su canonización, se mantuvo por querer el convento de San José adquirir las casas donde entendía haber nacido la Santa Madre... Así sabemos que tales casas de don Alonso Sánchez de Cepeda «las compraron Juan de Bracamonte y doña Francisca de Bracamonte, su mujer, de los herederos de Alonso Sánchez. Heredáronlas don Juan de Bracamonte, su hijo y después de su muerte, las heredó Garcibáñez de Móxica de Bracamonte, primo de don Juan, el año 1566. Veinte años después de la muerte de Alonso Sánchez estaban en su poder. A 21 de agosto del mismo año las compró Diego Alvarez de Bracamonte, tío de Garcibáñez de Móxica, el cual a primero de octubre de dicho año de 1566, las vinculó al mayorazgo, que cuatro años antes había fundado. Heredólas don Diego de Bracamonte y últimamente don Antonio de Bracamonte. Las compró la Religión año de 1630 a 4 de enero». («Santa Teresa de Avila», por Ferreol Hernández, pág. 127).

El más ilustre de los vástagos de la familia de Bracamonte fue sin duda el hijo de Mosén Rubí, don Francisco de Guzmán: discípulo muy amado de San Pedro de Alcántara, gozaba en su mocedad de pingües rentas eclesiásticas y disipábalas en ostentar gallardos caballos fogosos, lucir criados con lujosas libreas, etc.

El historiador Martín Carramolino nos dice que hacia los años 1560 advirtiéndose en don Francisco de Guzmán un repentino cambio: tocóle Dios el corazón, y entregado primeramente en manos del padre Dioni-

sio Vázquez y luego en las del venerable P. Baltasar Alvarez y otros padres de la Compañía de Jesús vino a parar a la comunidad espiritual con fray Pedro de Alcántara, franciscano, y dio pruebas de arrepentimiento, pública muestra de virtudes en tal grado que «aventajaron en mucho a las graves culpas de sus anteriores extravíos».

Se ordenó sacerdote, renunció a sus rentas cuantiosas, siendo canónigo en la Catedral, fundador de escuelas para niños, enfermero de los hospitales, vistiendo un hábito pobre y burdo... El Cabildo le permitió continuar aquel apostolado evangélico entre el pueblo, resignándose él a no entrar en un convento: juzgaban los superiores suyos que eran de más provecho sus oficios en la calle que en el silencio castral.

CLXIII.—DON FRANCISCO DE GUZMAN Y LA SANTA

Dejemos a don Francisco de Guzmán, el hijo de Mosén Rubí de Bracamonte, ejercitando sus virtudes en las calles de Avila: «El Espíritu descendió sobre mí, me ungió y me ha enviado a evangelizar a los pobres». Estas palabras de Isaías, profeta, se cumplían en él, según las descripciones de los cronistas de las reformas franciscana y carmelita y el historiador del Obispado de Avila, Tello Martínez... Y vamos a visitar imaginariamente a la Madre Teresa de Jesús, en el locutorio del monasterio de La Encarnación, por medio de textos de su Autobiografía, capítulo VII, que «trata por los términos que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho y cuán perdida vida comenzó a tener», y dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas.

"Estando con una persona bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades... Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que aquello le pesaba. Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo". Era la primera vez, advierte el padre Silverio que la Santa tenía visiones de este género y la monja doña María del Pinel, historiadora del convento de La Encarnación explica cómo «en la portería» vio a Cristo atado a la columna, etcétera, y que lo hizo pintar años después y que en el locutorio tuvo idéntica visión con el sapo además: *"Estando, dice la Santa, otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros... una cosa de manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar... la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio..."* Y se comentaba la frecuencia de tal visita en el convento; pero doña Teresa continuaba con la amistad nada mala.

Dice el padre Silverio: «La persona a quien tuvo la Santa tantos años esta afición natural demasiada, debía ser muy principal y autorizada en Avila...» El padre Gracián, que tantos secretos reveló de la Madre, nada dice. «El padre Gabriel en su *Vida Gráfica* (t. II; pág. 271) sospecha fue el hijo de Mosén Rubí de Bracamonte, por nombre don Francisco Guzmán...» El padre Ribera, primer biógrafo de la Santa cuenta que estando en Salamanca *Ella* con doña Quiteria de Avila, monja ejemplar, el 15 de septiembre de 1573, sufrió un raptó de espíritu al orar contestando a las preguntas de su hermana en religión: "*Muerto es don Francisco de Guzmán que era un caballero, sacerdote muy humilde, y muy siervo de Dios*". Y consolaba más tarde a doña Francisca Guzmán de Bracamonte, la hermana del que efectivamente había muerto: "*No tenga pena que en buen lugar está: que yo vi un cuerpo glorificado muy hermoso, y aunque él no lo era, conocí ser él*". Fue enterrado en San Gil..., hoy llamado Ruinas de San Jerónimo.

CLXIV.—¿MASONERIA?...

Dice Martín Carramolino en su *Historia de Avila*, su provincia y Obispado (Págs 114 y siguientes de tomo tercero, edición 1873): «Más de un extranjero y algún estudioso español han querido hallar una significación misteriosa en esta notable fundación. (Capilla de Mosén Rubí) Su objeto religioso sostenido especialmente por el espíritu de caridad y beneficencia que constituye el carácter hospitalario del establecimiento; la forma irregular...» Pero es preferible transcribir la serie de motivos descritos en el artículo MASONERIA de la Enciclopedia ESPAÑA-CALPE que dice textualmente así: «La primera prueba, aunque debatida, de la existencia de la masonería en España, parece encontrarse en la Iglesia de Nuestra Señora de la Anunciación, conocida también con el nombre de Capilla de Mosén Rubí y construída en el año 1516 en la ciudad de Avila. Según Carramolino, La Fuente y don Nicolás Díaz y Pérez hay que notar en este edificio: 1.º.—La forma interna de perfecto polígono, propia de las logias escocesas, con dos columnas a la entrada interior; 2.º.—Los cristales de colores de las ventanas en que aparecen emblemas masónicos de los grados tercero y cuarto, así como en los contrafuertes del ábside, botareles y pilares del interior, y las columnas del ptio, en donde se ven emblemas de los grados primero y tercero; 3.º.—El púlpito, hoy desaparecido, pentagonal, sostenido por una columna triangular, en el que aparecían esculpidos un compás, una escuadra y un Mallet, en los tres ángulos que daban al frente de la nave principal; 4.º.—el adorno que corona la silla presidencial del coro, consistente en una esfera o globo terrestre atravesado por un puñal blandido por una mano; 5.º.—las tres primeras gradas de la escalera de la

torre cortada en forma triangular, y el triángulo que corona el altar mayor. Añádase que el constructor o patrono del edificio fue Mosén Rubí de Bracamonte, indudablemente de origen judío y que había estado en Flandes largos años; que la Inquisición dispuso en 1530 que no se terminase el edificio, el cual por otra parte estaba exento de la visita del Arzobispo de Toledo; que las estatuas del patronato y su mujer no parecen en actitud orante, sino la del primero en actitud de desnudar la espada con la mano izquierda (como se hace hoy en el grado treinta) y la segunda con la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo y la mirada hacia el suelo en actitud de meditación, y finalmente, que los descendientes de Mosén Rubí lucen en muchos edificios de Avila y su provincia armas que ostentan como escudo un martillo y una escuadra enlazada con un compás con los ángulos opuestos. Por todo ello se cree que dicho edificio fue construido por masones, y que Mosén Rubí lo era, dejando grabados en la construcción los emblemas de la sociedad».

CLXV.—CURIOSIDADES

Además del interés arquitectónico de toda la capilla de Mosén Rubí en sus dos cuerpos, gótico del último período y renacentista de mediados del siglo XVI; además del ornato exterior de balaustrada, columnas corintias, escudos y pináculos, son dignos de consideración los adornos interiores: el suntuoso tramo de nave del Renacimiento con bóveda semiplana, triplearcada de columnas pareadas, anchas pilastras, hornacinas con flameros alabastrinos, ventanales con vidrieras artísticas atribuidas a Nicolás de Holanda... El altar mayor tiene tres cuerpos: el primero, el cuadro de San Marcos, Evangelista, lleva la firma de Felipe y fecha 1627; Santa Teresa de Jesús transverberada está firmado por Guillielmus Dirikxen y tiene fecha de 1629. Estos hermanos Dirikxen pintaron también sin duda los demás cuadros del retablo: San Joaquín, San Francisco de Asís, La Anunciación, y el superior del Calvario.

Junto al arcosolio de la Virgen del Rosario se advierte el sepulcro de don Juan José Cernesio, marqués de Bárboles y de Fuente el Sol, conde de Parcent nacido en 1870, y sigue luego el lugar en donde yace doña Fernanda de Carvajal y Queralt, marquesa de Bárboles, quien vivió desde 1814 a 1848. Muerta en plena lozanía, treinta y cuatro años, la joven marquesa inspiró un bello cuadro evocador de su rostro para representar a Santa Isabel de quien era devota y de quien se halla bajo el arcosolio del sepulcro como San Juan Evangelista en el anteriormente reseñado. Santa Isabel —lo mismo miremos a la madre del Bautista, que a las reinas de Hungría, y de Portugal, o a la hermana del dey San Luis de Francia— evoca siempre caridad, aureola de doña Fernanda.

A la derecha mirando al retablo mayor se pueden leer las laudas: del malogrado joven don Fernando de la Cerda Ugarte-Barrientos (1888-1909) con un lienzo de San Fernando sobre la sepultura, y de don José Máximo Cernesio, conde de Parcent y marqués de Fuente el Sol (1794-1851) con un San José pintado por el duque de Parcent en el primer decenio del siglo actual. En el centro del templo está reconstruido el sepulcro de doña María de Herrera y su esposo, fundadores, pues fue deshecho en el siglo XVIII y sus piezas estuvieron distribuidas en varios lugares del templo, sirviendo el hermoso león de alabastro de base para la columna que sostuvo el púlpito viejo... No se hallaron para la reconstrucción ni los restos de los señores don Andrés y doña María, ni la primitiva lápida del cenotafio.

Tiene la iglesia, en el coro, una colección muy buena de doce cuadros representando a los Apóstoles pintada en el siglo XVII, y una réplica de dicha colección en el templo realizada con exquisita fidelidad y delicadeza por don José Alberti, así como también otras joyas estimables.

CLXVI.—EL SANTO CRISTO DE LAS BATALLAS

La joya de la capilla de la Anunciación de Avila es la imagen del Santísimo Cristo de las Batallas. Quien quisiere documentarse acerca de su procedencia lea los historiadores particulares del Señorío de Valdecorneja, Ducado de Alba y Condado de Piedrahita, principalmente Lunas Almeida y De la Fuente Arrimadas; quien llevado de su devoción pretenda informarse además de los favores prodigados por el Señor a quienes le invocan en este título «de las Batallas», vea el folleto firmado por el capellán mayor de la Hermandad, reverendo don José Muñoz Luengo, "*en el V Centenario de los Reyes Católicos*" (Avila 1952).

La llamada en la Historia de los Heterodoxos españoles por Menéndez Pelayo BEATA DE PIEDRAHITA es *Sor María de Santo Domingo*. Nació en 1486 en Aldeanueva de Santa Cruz, hija de un labrador acomodado y fervientemente religioso. Ingresó en el beaterio piedrahitense de Santa Catalina, de la Tercera Orden de Santo Domingo. Estuvo más tarde en el Real Monasterio de Santo Tomás y en beaterio de Santa Catalina (plaza del mismo título, parte del solar del Colegio Diocesano actual) de Avila. De las declaraciones del proceso inquisitorial que se la siguió se infiere «que estaba esperando a que se hiciese su casa en Aldeanueva» (declaración de fray Juan de Azcona); que «el segundo duque de Alba estaba construyendo a sus expensas un gran monasterio en Aldeanueva, por la mucha devoción que tenía a dicha sierva de Dios»

(declaración de fray Juan Ceballos), y sabemos cómo la esplendidez del duque don Fadrique ordenó construir en el pueblo de Aldeanueva un suntuoso monasterio «para que la beata Sor María de Santo Domingo realizara sus aspiraciones» (Lunas Almeida, pág. 214 Historia del Señorío de Valdecorneja en la parte referente a Piedrahita)... Y en el interrogatorio para los testigos del proceso de la Inquisición también se indaga «que la dicha Sor María dijo muchas veces cosas futuras que se cumplieron y sucedieron como ella las había predicho: y así, muchos años antes, cuando ella no conocía ni a rey ni a grande alguno, ni parecía verosímil que los conociera, anunció ciertamente que en Aldeanueva se había de edificar un gran monasterio, en el que habían de vivir juntas muchas mujeres para servir a Dios». Hasta cuatrocientas convivieron. Sor María, descendiente de los Paniaguas de Avila, con sus hermanas Asunción y María de los Santos fue la fundadora, habiendo comenzado enseñando, cuidando y educando a muchas jóvenes del país... Luego hasta de Roma vinieron religiosas al convento de Aldeanueva y una, Sor María del Pesebre, vino de Jerusalén. Y de dicho monasterio vino a Mosén Rubí el Cristo de las Batallas.

CLXVII.—HABLO A ISABEL...

De la confusión de fechas que se consignan en torno a la fundación del monasterio de Aldeanueva de Santa Cruz, se deduce que la institución conventual fue anterior al edificio cuyos restos impresionantes por sus colosales dimensiones conocemos actualmente: «De la Fuente Arriadas» pone la inauguración del edificio nuevo en 13 de septiembre de 1524. Nuestra Madre Isabel «La Católica», murió en 1504 y los procesos en torno a Sor María de Santo Domingo, la fundadora, van de 1509 a 1510... Y consta por otra parte una donación de los Reyes Católicos de cien ducados anuales... ¿Cuándo donó nuestra Madre Isabel al convento de Aldeanueva de Santa Cruz la imagen venerada del Santísimo Cristo de las Batallas? Hubo de existir la institución, regida por las hermanas de Sor María de Santo Domingo, anteriormente; luego estuvieron trasladadas en Barco de Avila con la madre de «la beata» a quien sirvió una de las monjas, Sor María del Cordero, procedente del beaterio de Santa Catalina de Avila que declara en el proceso de la Inquisición, proceso en el que la Beata de Piedrahita «fue absuelta de todas las cosas que contra ella fueron opuestas», según la sentencia...

En fin, viniendo a la historia del Santísimo Cristo de las Batallas, los Reyes Católicos, por el mucho afecto que profesaban a las monjas de Aldeanueva de Santa Cruz, les hicieron entrega de la imagen, que recibieron ellas «con más gusto y estimación que todas las rentas y li-

mosnas que les daban». Esta hermosa y devota imagen de Jesús Nazareno, con la Cruz a cuestas traían los reyes en sus reales, en todas cuantas batallas libraron contra los moros». Un día los soldados cristianos invocaban la protección del Apóstol Patrono de nuestra Patria, Santiago, para entrar en batalla. Y también la Reina Isabel, ante la imagen oraba... *"No es necesario otro socorro estando YO aquí"*. La imagen quedó con la boca entreabierta...

Para nuestra devoción es importante que Nuestro Señor se ha dignado favorecer a quienes le invocan con este título de «Santísimo Cristo de las Batallas», lo mismo en lo espiritual que cuando de luchas temporales se trata. Se cuenta que cuando el tristemente famoso doctor Cazalla esparcía sus herejías de Valladolid a toda España se observó que por el rostro del Jesús de las Batallas corría el sudor en gruesas gotas. Se tienen por milagros varias curaciones prodigiosas. Es voz común entre las religiosas, que muda de color la Santa Faz de la imagen, sobre todo como prenuncio de calamidades públicas... Y porque habiendo tocado a la imagen pañitos, se obtuvieron diversas gracias, se facilita en nuestros días la devoción distribuyendo cordones que son llevados con fe por muchas personas.

CLXVIII.—DIGRESION

Sor Maria de Santo Domingo fue, pues, la primera priora del convento de Aldeanueva de Santa Cruz y cuando murió *dispuso ser enterrada a la puerta del secretorio*, con lo cual bien demostraba el sumo desprecio que hacía de su cuerpo. Menéndez Pelayo dice así en su Historia de los Heterodoxos españoles: «No era mujer viciosa, pero sí fanática e iluminada... dióse con tal fervor a la oración y a la vida contemplativa, que llegó a creer que tenía coloquios con nuestro Señor Jesucristo y que iba siempre acompañada de María Santísima. Permanecía en éxtasis largas horas, sin mover pie ni mano y se decía y creía esposa del Salvador. Los más la tenían por santa; algunos pocos la llamaban ilusa. La examinaron muchos teólogos, y hubo entre ellos discordia de pareceres. El nuncio de Su Santidad y los obispos de Vich y de Burgos no se atrevieron a decidir si el espíritu que hablaba por boca de aquella mujer era celeste o diabólico. La Inquisición la formó proceso por sospechas de iluminismo; pero como no resultaba error claro y positivo, y la beata tenía altos protectores, la causa quedó indecisa...»

El juicio del insigne polígrafo, don Marcelino, podemos afirmar que no es del todo exacto: la Inquisición en su sentencia definitiva (que,

con los demás documentos del proceso, se conserva en la Universidad pontificia de Deusto, y que fueron traducidos para Lunas Almeida por los muy ilustres señores don Luis Serna y don Julio de la Calle, y reverendo don Agapito Rodríguez) manifiesta «puestos los sacrosantos Evangelios en nuestra presencia y mirados por Nos con mucha reverencia para que el rostro de Dios proceda nuestra juicio» que consta por los méritos del proceso y por los testigos de todas las partes «que está fundamentada y probada la intención de dicha Sor María y su inocencia, fe, religión, penitencia, virtud, y ejemplar vida; y que su vida debe recomendarse y alabarse, y que por la parte contraria nada se ha probado contra ella que hiciese ni dijese contra la fe y buenas costumbres, ni contra las determinaciones de nuestra sacrosanta Iglesia Romana, ni contra la doctrina de los Santos Doctores, ni contra su Regla y la observancia y honestidad... Item que su vida y ejemplar doctrina, según lo que aparece, fue y es a muchos útil y sumamente recomendable. Por tanto debemos pronunciar y pronunciamos que su vida es digna de recomendación y laudable». Termina con amonestación de que insista Sor María en la observancia de la justicia; con absolución de todas las cosas opuestas contra la monja e imponiendo silencio a todos. Y ejemplarmente, ya sin estridencias, debió terminar sus días la penitente Sor María de Santo Domingo en su convento de Aldeanueva de Santa Cruz, cuando todo en torno suyo se aquietó.

CLXIX.—EL TRASLADO

Lo esencial no son las piedras abulenses, sino el vivir de quienes tras de la fortaleza de los muros se amparan en la ciudad; el modo de ser de quienes arrodillados en los templos oran: el acordar la vida humana en el espacio y en el tiempo... Por eso nos interesa la venerable Comunidad Religiosa que tiene su comienzo en Aldeanueva de Santa Cruz, que vive alrededor de su devoción al Cristo de las Batallas, allí, en donde tantas del orden espiritual hubieron de librarse: «No hay necesidad de otro apoyo estando aquí YO», dirá el Señor. Y sus esclavas contarán: «Señor, te alaban tus esposas»...

El 18 de septiembre de 1565, cuatrocientos años ha, se quemó gran parte del recién construido convento de Aldeanueva: cincuenta y nueve años tenía. Se salvó del incendio la venerada imagen del Santísimo Cristo de las Batallas. Ropas, alhajas, documentos... mucho se perdió en las llamas. Pero en torno al Esposo Divino las religiosas mantenían su crecido número de tal modo que Aldeanueva se llamaba de Santa Cruz, y también Aldeanueva de las Monjas. Cuando la revolución de 1834 las monjas temieron ser expulsadas de su convento como tantos religiosos

lo fueron de los suyos. Volvió el Santísimo Cristo a tomar la palabra para confortar a la priora, madre María de la Asunción, quien oyó: «No saldréis». Y así fue; pero el Señor en su admirable providencia dispuso días de prueba...

Fue designado para obispo abulense un hermano de hábito de las monjas de Aldeanueva: Fray Fernando Blanco y Lorenzo, noble romano, presbítero exclaustro de la Orden de Predicadores, nacido en Pola de Lena el 10 de mayo de 1812, que fue canónigo de la S. A. I. Catedral de Santiago y secretario de cámara de aquel prelado, vino a ocupar la sede apostólica de San Segundo, siendo consagrado el 11 de abril de 1858. Parece que aconsejado por la entonces madre Micaela del Santísimo Sacramento, pidió la capilla de Mosén Rubí con los edificios anejos a los señores condes de Parcent para la Comunidad del convento de la Santa Cruz. Y luego escribió a la priora «que viera si el Santo Cristo de las Batallas quería salir de aquel convento, ya que la Comunidad no debe abandonarle» (al Santísimo Cristo, claro está). La respuesta fue afirmativa, pues la imagen no prestó resistencia para el traslado: no como en la francesada. El traslado comenzó el 15 de enero de 1866 y terminó el 5 de febrero al anochecer. Aldeanueva de Santa Cruz quedó con el testimonio del paso histórico de un monasterio ejemplar cuya primera priora fue Sor María de Santo Domingo, siguiéndola sus dos hermanas sucesivamente: Sor Asunción y Sor María de los Santos. Es notable llamarse Sor Asunción entonces.

CLXX.—LOS VERSOS DE GRACIA DEI

Unas notas finales antes de abandonar la llamada capilla de Mosén Rubí.

Es conveniente recoger que desde que fue trasladada a este convento la imagen del Santísimo Cristo de las Batallas permaneció guardada en la clausura; pero la enorme afluencia de sus devotos en número creciente durante la Guerra de Cruzada en España hizo que la milagrosa imagen fuera instalada de manera permanente en el templo, donde ha recibido las peticiones de los afligidos con su constante llamada: *"Venid a Mí todos los que estáis abatidos que Yo os aliviaré..."*, y también las acciones de gracias de quienes saben dar la vuelta (de cada diez uno, según el ejemplo evangélico de los leprosos) para postrarse ante quien con su Cruz a cuestas invita siempre: *"Quien quiera seguir en pos de Mí, tome su cruz, niéguese a sí mismo, y camine"*.

En las guerras de Cuba, Filipinas, Marruecos, Gran Guerra Europea...

miles de soldados solicitaron el Cordón del Santo Cristo, distribuido por las Madres Dominicas en Avila y en donde sea solicitado de ellas. Y dicen que ningún soldado protegido por dicha señal ha perecido en las batallas. Soldados somos los cristianos y batallas sostenemos a diario con los enemigos del alma: importa mucho no perecer.

Otra nota viene recogida teniendo en cuenta el estudio que hace el cronista oficial de la ciudad, Ruíz Ayúcar, en su libro «Sepulcros Artísticos de Avila» rechazando el supuesto masónico de los signos advertidos en la capilla de Mosén Rubí, hasta terminar tajantemente con estas palabras: *"Las atribuciones masónicas que se han hecho a la fundación, edificio y templo de Mosén Rubí, no son más que cuentos"*. En realidad son pueriles las observaciones anotadas en el artículo CLXIV, resumen de las recogidas en la Enciclopedia Espasa-Calpe de diversos tratadistas de cosas abulenses. Y se rebaten igualmente con argumentos de suma sencillez. Hay no obstante un argumento más serio para quitar al escudo de los Bracamonte el sambenito de concomitancia masónica por los signos heráldicos del cabrio y el martillo: son los versos de Gracia Dei, que demuestran no ser más que signos heráldicos propios de una época caballeresca. Monsieur Henry Rubín de Braquemont, perteneciente a las compañías de Duguesclín, el francés de *"ni quito ni pongo rey..."* del fin del reinado de don Pedro «El Cruel»: el primer señor Rubín, que vino a Castilla antes de que apareciera la masonería, ya tenía el cabrio y el martillo en su escudo: *"Con su cabrio y con su mazo / de Argen en la prieta sierra / Braquemonte con su brazo / desbarató gran pedazo / de gente de Inglaterra"*.

CLXXI.—LA SANTA

En ocasión anterior ha quedado escrito que Avila es visitada o turísticamente o en peregrinación: hemos llegado al punto culminante del segundo aspecto. LA SANTA! Para todo abulense decir LA SANTA evoca inmediatamente tres motivos devotos: Ella misma en sí, en la Gloria de Dios, Esposa del Amado, Mujer primera de la Raza hispana, primera figura mística del mundo femenino, y primera escritora mística universal, que así como nuestra Madre María no tiene rival en virtud sino en su Divino Hijo, así nuestra madre LA SANTA no tiene rival en amor sobrenatural y en expresión, sino en su primer Hijo del Alma, Doctor Extático, Fray Juan de la Cruz en la humildad de su hábito. LA SANTA es decir en primer lugar SANTA TERESA DE JESUS: la que nació en el solar de los Cepeda, «en miércoles, veinte y ocho días del mes de marzo de mil quinientos y quince años...» según el apuntamiento de su padre don Alonso; «Miércoles, día de San Bertoldi, de la Orden del

Carmen... a las cinco de la mañana, nació Teresa de Jesús, la pecadora», según su propio apuntamiento en una hoja que la servía de registro de breviario, y al mismo tiempo de despertador para dar continuamente gracias a Dios por el beneficio de haber nacido de padres cristianos... ¡Qué pronto salió el sol aquel día! ... ¡Qué temprano iluminó el azul y la tierra de Avila! *Nació LA SANTA en las casas, que por haber estado en ellas la Ceca de Avila, se llamaron de la Moneda, compradas por don Alonso Sánchez de Cepeda, su padre, en 1505. Estaban dichas casas "fronteras de la parroquia de Santo Domingo de Silos y junto al hospital de Santa Escolástica", cuya gótica fachada se conserva hoy...*

Decir LA SANTA entre los abulenses evoca, en segundo lugar, el edificio religioso actual en el sitio que ocuparon las casas de don Alonso antaño, de cuyo conjunto interesa más al peregrino teresista el templo con su fachada barroca, sus tres naves al interior en un conjunto de suma armonía y limpieza como a Ella le gustaba que las cosas pertenecientes al culto se tuvieran, la capilla sobre el lugar en donde nació la niña que recibió en el bautismo el nombre de TERESA correspondiéndole los apellidos de la mayor nobleza del Avila siglo XVI, que eran Sánchez de Cepeda Blázquez de las Cuevas Dávila y Ahumada, y que Ella supo ennoblecer en mayor timbre de grandeza que los servicios a reyes terrenos, en mayor gloria que los méritos de sanguinidad derivados de las luchas de moros que en su violencia contaron motivos de la defensa de la Fe y consecución de la Unidad Nacional...

Decir LA SANTA es evocar también la imagen, por Gregorio Hernández, el vallisoletano intérprete del «alma mater» castellana de afirmación terrestre y aspiraciones sublimes.

CLXXII.—FAMILIARES DE LA SANTA

En el solar de los Cepeda bueno es recordar el conjunto de aquella familia cristiana de que fue cabeza don Alonso y corazón Ella, LA SANTA, pese a que diría muy bien: *"A mí me basta ser hija de la Iglesia Católica y más me pesaría un pecado venial que ser descendiente de los más viles y bajos hombres del mundo"*; pero el Señor que para su Divino Hijo quiso una regia prosapia, quiso para Teresa Sánchez de Cepeda Blázquez de las Cuevas Dávila y Ahumada ilustres ascendientes y era de justicia, ya que predilecta entre sus esposas había de ser.

De la Carta ejecutoria de nobleza de DON ALONSO SANCHEZ DE CEPEDA y de sus hermanos Padro, Rodrigo y Francisco dada en Valladolid en 1523 resultan bisabuelos de LA SANTA por su padre don Alon-

so Sánchez de Toledo y Cepeda, oriundo de Avila, nacido en Toledo y doña Teresa Sánchez de Toledo y Cepeda. Abuelos paternos fueron Juan Sánchez de Toledo y Cepeda, hijo de los anteriores, y doña Inés de Cepeda, originaria de Tordesillas, donde se conserva todavía su memoria. Este matrimonio constituye una familia numerosa de siete hijos, llamados Pedro, Francisco, ALONSO, Ruy, Lorenzo, Elvira y Hernando. Don Pedro es el tío de LA SANTA que, casado con doña Catalina del Aguila, enviuda y se retira a Hortigosa de Rioalmar, en cuya casa palacio se albergó la joven Teresa, recibiendo de su tío libros espirituales. Murió siendo fraile jerónimo. Francisco es el tío que recoge a Teresa y a su hermano Rodrigo en Los Cuatro Postes cuando escaparon a Tierra de Moros para que por el amor de Dios les descabezasen, abuelo de María de Cepeda, monja de La Encarnación; de María Bautista, carmelita descalza; de Leonor de Cepeda, también monja de La Encarnación, y de Jerónima de Cepeda, primero de La Encarnación y luego concepcionista en Torrijos. Elvira y Ruy tienen más relación a la vida económica de don Alonso que al vivir de LA SANTA. Don Lorenzo fue maestro en Teología y don Hernando aparece como bachiller.

Por la línea materna fueron bisabuelos de LA SANTA don Juan Blázquez Dávila de Cordovilla y doña Beatriz de Ahumada. Y abuelos fueron don Juan Dávila y Ahumada y doña Teresa de las Cuevas, que era de Olmedo, matrimonio que constituyó también otra familia numerosa de seis hijos: Antonio, Sancho, Juan, María, Juana y BEATRIZ, segunda esposa de don Alonso y madre de LA SANTA.

Las más ilustres familias cuyos nombres llenan la Historia nacional y de Hispanoamérica se honran por motivos de consanguinidad respecto a la Santa de la Raza.

Así resulta Santa Teresa de Jesús universal, española e hispanoamericana: por razón de consanguinidad hermana de muchas gentes; por su fe «Madre de los Espirituales».

CLXXIII.—LA MADRE DE TERESA

Se sabe que don Alonso Sánchez Cepeda, llamado «El Toledano», un mes después de morir su primera mujer «tenía hacienda por valor de setecientos cuarenta y tres mil ochocientos sesenta y dos maravedíes y pasaba en Avila y su tierra por hombre acaudalado». Se llamó su primera mujer doña Catalina del Peso y Henao.

La segunda esposa fue doña Beatriz de Ahumada, madre de LA SANTA. Había nacido en Olmedo en 1495, o al menos allí vivía cuando tuvo

edad de catorce años, ya que de sus padres la solicitó don Alonso en matrimonio, «pagando en arras francas e fraqueadas... mil florines de oro, buenos e de justo peso e valor...» Y como don Alonso era viudo y doña Beatriz tenía bienes en Gotarrendura eligieron este pueblo para la boda. Juan Jiménez, de cuarenta y cinco años, declara en un pleito célebre de los hijos de don Alonso, que fue a Olmedo a buscar a doña Beatriz y a su madre, y las trajo a Gotarrendura y los vió velar y comió de las gallinas de la boda.

Gotarrendura pertenece a nuestra Moraña Baja, en un altozano cerca del río Berlanas, con unos noventa vecinos entonces como ahora. Se ignora dónde estuvieron la casa y tierras de doña Beatriz, señalando la tradición el palomar. La iglesia está dedicada a San Miguel y dicen que se rehizo, precisamente con los sillares del palacio de doña Beatriz, bastante después de su muerte. «Hermosa de cuerpo, pero mucho más de alma», se la vió ir a la boda «muy ricamente ataviada» y se oyó decir que don Alonso «la había dado todo aquello que llevaba e otras muchas joyas».

La emoción en el templo de LA SANTA de Avila se siente precisamente considerándolo sede privilegiada de un hogar modelo de hogares cristianos: «Sobresalían don Alonso y doña Beatriz entre los más fervorosos y apegados a las prácticas de la virtud... El santo temor de Dios y la fidelidad al Rey eran los principios que informaban y dirigían la conducta de don Alonso y en ellos educó también a sus hijos». La Santa hace cumplido elogio de sus padres: Era él aficionado a leer buenos libros, hombre de mucha caridad con los pobres enfermos y criados, no pudo tener esclavos por la piedad que le inspiraban; era de gran verdad y ni juraba, ni murmuraba, siendo «muy honesto en gran manera». «Mi madre también tenía muchas virtudes...» Honestidad y modestia; inteligente y apacible... «Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió». ¿Cómo había de reemplazarla cuando murió doña Beatriz en 1528, en Gotarrendura?... También lo cuenta LA SANTA: «...como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese *mi madre* con muchas lágrimas». Es la Virgen de la Caridad, que en la Catedral, nave izquierda del crucero veneramos.

CLXXIV.—LOS HERMANOS MAYORES

Discuten los estetas el buen o mal gusto que inspiró la construcción de la fachada del templo de los Padres Carmelitas Descalzos, vulgarmente conocido con el título LA SANTA; pero a los abulenses, llevados de su sencilla devoción, les parece muy bien, puesto que llegan siempre

a esta puerta, de pórtico breve y triple arcada, con amor. No es el edificio que quiso labrar el conde duque de Olivares, de mayor suntuosidad, en honor de la Santa de la Raza: los superiores de la Orden Carmelitana quisieron que sirviese esta Casa Madre (pues recoge los privilegios de la fundación primitiva de Duruelo y Mancera de Abajo) de ejemplo. Y éstos son los hermanos de LA SANTA: los Padres Carmelitas. Sin embargo, hablemos de aquellos otros hermanos consanguíneos:

«Eramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre».

María de Cepeda, hija de don Alonso Sánchez de Cepeda y de doña Catalina del Peso y Henao en 1505, casada luego con don Martín de Guzmán y Barrientos. Vivió y murió este matrimonio en Castellanos de la Cañada, en cuya casa se hospedó la Santa una temporada para esperar las «curas» de Becedas, y otras dos más.

Juan de Cepeda, hermano de padre y madre de María, nacido en 1507, lleváronle a criar, tal vez a Horcajuelo en donde murió doña Catalina, y cuando doña Beatriz murió ya le habían matado en Italia de un arcabuzazo, sirviendo en el ejercicio de las armas al César Carlos.

Hernando de Ahumada nació en 1510 y *Rodrigo de Cepeda* (como todos los que siguen hermano de padre y madre de LA SANTA), nació en 1513. Es el que con Ella iba camino del martirio a tierra de moros cuando su tío Francisco les detuvo. Renunció a su legítima para marchar libre al Nuevo Mundo en septiembre de 1535 a favor de su hermana Teresa. Murió frente a los payaguas a orillas del Río de la Plata, en 1537.

Lorenzo de Cepeda, nació (después que Ella) en 1519: es el que más pudo favorecer a LA SANTA en sus empresas. Cuando estuvo en casa de su padre Teresa poco menos que muerta, después de venir de Becedas, Lorenzo la velaba una noche y se durmió; una vela prendió fuego en la cama de la enferma, que ya era monja... Estuvo en América y con buena fortuna puesto que regresó a tiempo de ayudar a su hermana en la fundación de Sevilla. Su hija Teresita vistió el hábito muy niña... Don Lorenzo trató cosas de su alma con don Francisco Salcedo, compró la finca de La Serna, contribuyó al sostenimiento de San José (Las Madres) de Avila dejando fundada en este monasterio una Capilla.

CLXXV.—OTROS HERMANOS

La Real Orden circular del Ministerio de la Guerra dijo así: «Excelentísimo Sr., Atendiendo al deseo del Cuerpo de Intendencia de tener por tutelar a la ínclita Doctora, Santa Teresa de Jesús, honra de nuestra raza y preciado timbre de las letras patrias, el Rey (q. D. g.) de acuerdo con lo informado con el provicario general castrense, ha tenido a bien declarar a tan esclarecida Santa, Patrona del Cuerpo y tropas de Intendencia Militar.—De Real Orden lo digo a V. E. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 22 de julio de 1915. ECHAGÜE».

Como consecuencia de tal declaración y en acción de gracias se celebró una solemnísima función religiosa en el templo de los Padres Carmelitas y para perpetua memoria se pusieron en altoprelieve sobre el cuerpo medio de la fachada del primer templo teresiano del mundo los escudos de la Patrona y de la Intendencia, quedando en el centro el de don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares como fundador del edificio. Y debajo de los escudos aún pueden ser leídas en mármol blanco las siguientes inscripciones: «S. M. el Rey D. Alfonso XIII (q. D. g.) por Real Orden de 22 de julio de 1915 se sirvió designar a la ínclita Doctora, Santa Teresa de Jesús, como Patrona del Cuerpo y Tropa de Intendencia del Ejército». «El Cuerpo de Intendencia del Ejército en 16 de octubre de 1916 colocó estos medallones en testimonio perenne de veneración y amor a su Excelsa Patrona, Santa Teresa de Jesús».

Y bien la cuadra el título de Patrona de un Cuerpo del Ejército preclaro como el de Intendencia, nacido en Avila legalmente, a nuestra Santa, que hubo el cuidado de alimentar, vestir, municionar, asistir y consolar... hasta el punto de que a los últimos años de su vida, cuando la nombran priora de San José (Las Madres) de Avila puede muy bien escribir con donosura que ha sido elegida priora por razón de hambre... Cuántas veces hizo Ella con sus monjas, con sus carmelos, ésto que hace la Intendencia o Administración Militar con los ejércitos! Por sus venas corría sangre militar. También sus otros hermanos como Juan de Cepeda, fueron soldados:

Hernando de Ahumada, como Rodrigo de Cepeda, marchó a Hispanoamérica antes de tomar su hermana Teresa el hábito religioso, estuvo con Pizarro en la conquista del Perú, mas luego se unió con sus hermanos Jerónimo, Antonio, Agustín y Lorenzo, con propias armas, al virrey Blasco Núñez Vela, quien le nombró alférez general y en la batalla de Iñaquito murió Hernando con el vientre abierto de un lanzazo sin soltar el estandarse real que enarbolaba.

CLXXVI.—EL SELLO REGIO SALVADO

Ante las puertas del templo de Santa Teresa de Jesús erigido sobre su casa natal vamos haciendo la evocación familiar en conjunción con los motivos ornamentales tan apretados bajo el frontón triangular.

Antonio de Ahumada, quinto en el orden de los hermanos de padre y madre, y séptimo contando a los dos hijos del primer matrimonio de don Alonso, nacido en 1520, es aquel que acompañó a su hermana TERESA desde el solar de los Cepeda al monasterio de La Encarnación en un memorable dos de noviembre vistiendo ella la saya anaranjada con ribetes de negro terciopelo que recordará en sus declaraciones la monja, doña Quiteria. Quiso ser dominico, después jerónimo y acabó marchando al Nuevo Mundo pues le faltaba salud para sobrellevar las austeridades conventuales. Sirvió con el virrey Núñez Vela y, en la misma batalla que su hermano Hernando, murió de un tiro de arcabuz.

Pedro de Ahumada (1521) también marchó al Nuevo Mundo, embarcando probablemente con el comisario regio Vaca de Castro en Sevilla, que iba enviado por Carlos I. Parece que permaneció en Nombre de Dios, regresando a España después que Lorenzo, a quien dió alguna contrariedad durante su permanencia en su finca «La Serna», pues vivía disgustado a consecuencia de no conseguir el empleo a que aspiraba, recibiendo de Lorenzo ayudas económicas y de la Santa consejos; ambos. *Es interesante la declaración de don Pedro en el célebre pleito del Convento de San José para conservar en Avila el cuerpo de la Santa Madre Teresa de Jesús después de muerta, por ser "la partida de nacimiento de la Santa en la ciudad": "...que lo que sabe este testigo es que la dicha Madre Teresa de Jesús es natural de esta ciudad, nacida e criada en ella", etc.*

Jerónimo de Cepeda, nacido en 1522. Marchó a «las Indias» (habiendo muerto ya su hermano Rodrigo), con Lorenzo y con Pedro. Después de la batalla de Iñaquito, al lado de Blasco Núñez Vela salió con su hermano Lorenzo, que había sido herido, salvando el sello real y guardándolo secretamente para entregarlo a La Gasca, con el mismo valor y lealtad, cuando en calidad de presidente llegó para dominar a los rebeldes del Perú. No pudo, empero, regresar a España, pues murió en Nombre de Dios cuando a embarcar con Lorenzo se disponía...

Agustín de Ahumada (1527) de carácter altivo y caballeresco, figuró entre los mejores capitanes... Su hermana le escribió desde el convento de San José: «Hermano mío: no tome oficio en las Indias, porque me ha dado a entender el Señor que si le toma y muere en él se condenará». Se refería a cargo civil como de gobernador. Murió en 1591 en Lima y su hermana, muerta en 1582, le asistió espiritualmente en la hora suprema...

CLXXVII.—JUANA Y JUAN

Doña *Juana de Ahumada*, doce años menor de edad que LA SANTA, fue durante la estancia de TERESA en el hogar de los Cepeda, y después, la viva expresión de su sentimiento más hondo de responsabilidad femenina. (Porque *Juan de Ahumada* es aquel vástago de doña Beatriz, nacido en Gotarrendura "sobre cuyas mejillas pudo depositar muy pocos besos", su madre, y que murió niño aún, mas no tanto que no figurase su nombre en el testamento de su padre don Alonso, como nos dice don Ferreol Hernández en "*Santa Teresa de Avila*". Pero el padre Efrén de la Madre de Dios opina que nació entre Santa Teresa y don Lorenzo, hacia 1517; es quien pide el hábito dominico cuando Ella entra en La Encarnación y murió de novicio. Por eso no se sabe cosa de él hasta aparecer su nombre en el testamento de don Alonso). Y por ésto las atenciones de su hermana TERESA se centrarán, por obligación fraterna y por haber sido nombrada por su padre testamentaria, en doña Juana de Ahumada, que convivió en el monasterio de La Encarnación hasta su casamiento arreglado por la prudencia de la Santa con *Juan de Ovalle*, de Alba de Tormes... a través de las rejas del locutorio del convento.

Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada nace en el hogar de sus padres; es bautizada en la parroquia de San Juan Bautista en donde los restos mortales de sus padres reposan; de niña camina hacia tierra de moros con su hermano Rodrigo y es detenida en Los Cuatro Postes por su tío paterno, don Francisco; queda huérfana y su padre, para evitar peligros de quien, primo suyo, la corteja, la lleva al monasterio de Gracia donde fue dirigida por la madre Briceño en su formación espiritual cuando estaba enemiguísima de ser monja; vuelve a su casa a regentarla y así lo deseaba su padre, pues se ha casado doña María de Cepeda, la hermana mayor, hija de la primera mujer de don Alonso... Pero ya TERESA es del Divino Esposo y se separa de su padre con dolor como el que produce arrancar el alma. Vuelve a su hogar enferma y es cuidada por don Alonso («Esta hija no es para morir», decía durante aquellos tremedos paroxismos después de haber estado en Becedas, etc.) y también la cuidan sus hermanos: hemos visto a Lorenzo dormirse dejando que a poco el fuego producido por una vela en las ropas de la cama pudiera terminar con la joven monja. Vuelve a salir del monasterio para cuidar a su padre... Y muerto éste; casada María; muerto Juan de Cepeda; muertos o vivos en Indias Rodrigo, Lorenzo, Hernando, Antonio, Pedro, Jerónimo y Agustín: muerto el joven Juan de Ahumada... todo el amor familiar, verdaderamente materno en lo humano, se centra sobre Juana de Ahumada y la lleva consigo, la casa, confía en ella como en doña Guiomar y en San Pedro de Alcántara para la fundación de San José de Las Madres, procura que su hermano Lorenzo

la remedie tal vez económicamente, atiende al fin también al honor familiar en el caso de la sobrina Beatriz, calumniada en Alba de Tormes... Juana de Ahumada es el regalo de TERESA para un hogar español, en que el hombre se llamaba Juan.

CLXXVIII.—LA VIDA DE LA CASA

La vida de la casa natal de LA SANTA se centra en el culto que atienden los Padres Carmelitas y en constantes visitas de los fieles. Va dicho que se la considera Casa Madre de la Reforma del Carmen Descalzo de varones que llevaron a cabo en Duruelo San Juan de la Cruz y fray Antonio de Heredia. La Comunidad hubo de trasladarse a Mancera de Abajo y, siendo prelado abulense don Lorenzo de Otaduy, vinieron los padres a nuestra ciudad a establecerse en la ermita románica de San Segundo. Pero razones de mala vecindad hicieron a los frailes solicitar su traslado a unas casas del barrio «de las Vacas», de donde también hubieron de trasladarse a lo que actualmente llamamos Casa de la Beata Teresa de Jesús Jornet (de Ancianos Desamparados, que ha sido mucho tiempo Hospital Provincial) porque les maltrataban de palabra y aún de obra los estudiantes de la Universidad de Santo Tomás: cosas y rivalidades de otros tiempos.

A la vista del solar de los Cepeda, por el vano del arco de Montenegro, los carmelitas anhelaron la posesión del lugar en donde vió la luz primera el portento hispano de amor divino que fue su Santa Madre. Y viniendo a tomar posesión de la mitra don Francisco Márquez de la Gaceta, muy devoto de LA SANTA se logró la magna obra. Se compraron los solares que fueron casas de don Alonso y de su hermano don Francisco de Cepeda y se construyó el templo, cuyo adorno interior invita a la contemplación de las virtudes teresistas en la cruz de sus naves altas y en el recogimiento de sus pequeñas capillas laterales. Los relieves aluden a pasajes de la vida de Santa Teresa de Jesús, como los cuadros diversos de las lunetas y los cristales multicolores de las vidrieras. El espíritu católico de la Santa se forjó en su trato con el clero seglar: el obispo Mendoza, Julián Dávila, Gaspar Daza, Francisco Salcedo «caballero santo» y finalmente sacerdote, etc., y su colosal grandeza de alma tomó de las cuatro principales órdenes religiosas de su trato íntimo las características: de los franciscanos, la humildad; de los carmelitas, la oración contemplativa; de los dominicos, la ciencia, y de los jesuitas la disciplina religiosa, como en la capilla interior del templo, aquella sobre cuya puerta pone «Aquí nació Santa Teresa de Jesús el día 28 de marzo de 1515», está representado en sendos arcosolios, y como en las pechinas de la cúpula central del templo se quiere mani-

festar por medio de las figuras del franciscano San Pedro de Alcántara, del dominico San Luis Beltrán, del jesuíta San Francisco de Borja y del carmelita San Juan de la Cruz.

La vida de la Casa Natal de Santa Teresa de Jesús, si no fuera contemplativa, no es la vida verdadera: su dirección está indicada por el modo de mirar de LA SANTA.

CLXXIX.—GREGORIO HERNANDEZ

Los retablos del templo de Santa Teresa de Jesús edificado sobre su casa natal son maravillosos en su ostentoso barroquismo. Entrando por la puerta principal y siguiendo el orden de las capillas por la derecha vemos a Santa Teresita del Niño Jesús, San Joaquín y Santa Ana, la Transverberación, Jesús atado a la Columna, la Madre Teresa visitando el convento de Duruelo; altar mayor, con el desarrollo temático de uno de los pasajes más hermosos de la vida de LA SANTA que tuvo lugar en el Real Monasterio de Santo Tomás; altar de San Simón Stok; capilla sobre la alcoba en donde nació Ella; capilla de San Elías, que pudo ser escritorio de don Alonso de Cepeda, en donde se conservan el dedo índice de la mano derecha de LA SANTA, su báculo, la suela de una sandalia y un rosario suyo; capillas de Nuestra Señora del Carmen, San José, San Juan de la Cruz, las Angustias y María Inmaculada... Hay sobre la pared exterior de la capilla de la Virgen del Carmen una inscripción que traducida del latín al castellano dice así: «En esta capilla consagrada a la Madre de Dios, estuvieron en otro tiempo el aposento feliz y la cuna donde la preclara virgen Santa Teresa de Jesús, queridísima esposa suya, nació dichosamente y fue religiosamente educada: Madre augusta; fundadora y maestra de la Orden del Carmen reformada». La capilla de LA SANTA fue consagrada por el obispo don Pedro de Ayala.

Hay en el convento joyas de positivo valor: así una estatua de la Transverberación en plata del estilo de Bernini y la corona o aureola nueva construída en el primer tercio de siglo por el orfebre madrileño Granda: impuesta a la imagen por la infanta Isabel a quien llamó cariñosamente «La Chata» el pueblo madrileño... El tesoro escultórico está formado por el conjunto de imágenes talladas en madera y policromadas por Gregorio Hernández, el escultor de LA SANTA por haber coincidido el apogeo de su arte con los años de beatificación y canonización de SANTA TERESA DE JESUS, pues nació Gregorio Hernández en Galicia en 1576 y murió en Valladolid en 1636. LA SANTA fue beatificada por Paulo V en 1614 y fue canonizada por Gregorio XV en 1622. Gre-

gorio Fernández, más conocido por Hernández, realizó la imagen de la Santa en éxtasis en grupo con el Jesús atado a la Columna. La belleza de ambas esculturas sólo halla competencia conmovedora en la imagen de San Juan de la Cruz o en la de Nuestra Señora del Carmen. Del alto-relieve del altar mayor, que representa la visión de un día de la Asunción... ponerle la Virgen y San José a la Madre Teresa una capa muy blanca y un collar, se dice «de la Escuela» de Gregorio; pero indudablemente la composición y traza son suyas.

CLXXX.—SUS HUELLAS...

Hay un libro sobre Santa Teresa de Jesús que lleva el título precedente a estas líneas: *"Siguiendo sus huellas..."* Y tal haremos hoy respecto a la infancia de LA SANTA. Y acertaremos si nos hiciéremos cual niños, porque de la infancia de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada nos quedan principalmente tres rasgos característicamente vocacionales: la huida de la casa paterna camino de tierra de infieles; la decisión de consagrarse al Señor como ermitaña, y la petición de protección a la Madre de Dios cuando quedó huérfana, momentos que localizamos en «Los Cuatro Postes», la Casa Natal y la desaparecida ermita de San Lázaro desde donde la imagen de la Virgen de la Caridad fue trasladada al templo catedralicio.

LOS CUATRO POSTES son un monumento que ha sido muy discutido: unos creen que haya sido erigido como humilladero a la orilla del camino en honor de la Santa Cruz; otros, que fue lugar en que hacía estación la romería procesional a San Leonardo. Aún queda como recuerdo vivo el pueblo llamado Narrillos de San Leonardo, santo francés que fue compañero del rey Clodoveo y con él convertido al cristianismo después de la batalla de Tolbiac..., devoción de la repoblación abulense a la cual es sabido que vinieron muchos caballeros galos con el conde don Ramón de Borgoña. Finalmente son muchos los que dicen que tal monumento de cuatro columnas exentas de fuste liso y sencillas molduras en base y capiteles, con arquitrabe superior ostentando el escudo de la ciudad, y una cruz en el centro haya sido erigido para memoria del encuentro de aquella niña —llamada al martirio, que tuvo su fin en el amor divino—, con su tío Francisco, cuando con su hermano Rodrigo marchaba a la tierra de moros... Parecíales barato el cielo de los mártires.

En la Casa Natal, desde la capilla de la Virgen del Carmen, se desciende a un rinconcito, recuerdo del jardín teresiano, en el que, fraca-

sado el empeño martirial, Rodrigo y Teresa construían ermitas, rezaban y leían las vidas de santos... habían decidido ser ermitaños.

Ante la imagen de la *Virgen de la Caridad*, que llama el pueblo «La Maestra de la Santa»; imagen que figura en las procesiones triunfales de la festividad del día 15 de octubre cada año; imagen de la emocionante despedida de la tarde otoñal, más bien principio de noche, que nos hace cantar su voz amorosa por ser momento de "*calla o canta si callar no puedes...*", cerrando las emociones de una fiesta sencilla porque es verdadera: fiesta de aclamación cordial y devoción sincera, fiesta popular... Ante la imagen de la Virgen de la Caridad, sólo cabe la oración de Teresa si hemos perdido nuestra madre en la tierra y hemos empezado a entender lo que hemos perdido: *Madre! Aquí tienes a tu hijo...*

CLXXXI.—LA MEJOR BIBLIOTECA TERESIANA DEL MUNDO

Todavía podemos considerar en la Casa Natal de la Santa lo que nos cuenta ella misma respecto a tres cuestiones interesantísimas: Es lo referente a la lectura de libros de caballerías, lo que dice sobre un natural deseo de agradar que se desarrolla frecuentemente en la juventud y aquello que hace notar sobre la influencia de las malas compañías o aunque como en su caso no fueren del todo malas...

Hay en la Casa de la Cultura recogida una importante biblioteca teresiana, tal vez la mejor biblioteca teresiana del mundo, que logró para Avila el marqués de Benavites. Importantísima biblioteca, formada con dinero y sacrificio personal, en la que puede verse, con autógrafos de la Santa, un ejemplar del *Amadis de Gaula* de la edición que pudo manejar Teresa de Cepeda. Leyó la Santa libros de caballerías cuando era niña, pues don Alonso los toleraba en su casa por distracción de doña Beatriz su esposa. Eran libros corrientes que pasaban de uno a otro los hogares notables de la ciudad, prestados, hecho al que responde la frase de la Santa de sufrir «sino tenía libro nuevo»... Desde luego no los había de tal género entre los de la biblioteca propia de don Alonso; empero se leían, mas sin transcendencia fuera de la imaginación, pues que Avila era la *Ciudad de los Caballeros* perfectos: se ha dicho que Cervantes no trajo a su Don Quijote a nuestra tierra precisamente por la falta de irritabilidad caballeresca para sus empresas: no pudo hacer aquí don Alonso Quijano «El Bueno» alarde de su caballería. Reminiscencias caballerescas, dice el padre Silverio que hay en los escritos de la Santa, y afirma el padre Ribera, su primer biógrafo, refrendando-

lo el padre Gracián, primer provincial de los Carmelitas Descalzos, que Teresa escribió en colaboración con su hermano Rodrigo un libro de caballerías *"que no dejaría de ser ameno y entretenido, conocido el ingenio de la muchacha"*.

Le pesaba mucho a don Alonso que en su hogar entraran tales libros: *"Yo, dice la Santa, comencé a quedarme en costumbre de leerlos y aquella pequeña falta que en ella (su madre, doña Beatriz) vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás..."* Buena lección para los padres saber que los hijos guardan memoria de sus faltas.

Las otras dos cuestiones señaladas al principio, deseo de agradar y compañías, nos llevan a la consideración de cuánto hubieran perdido la Historia Universal, la de la Iglesia, España y su literatura... si hubiesen persistido las circunstancias de una pasión amorosa posible hacia el que señalan como primo suyo, Pedro Alvarez Cimbrón, o no hubiese cortado don Alonso la conversación y pláticas con su prima que suponen ser doña Jerónima o Guiomar Tapia. Hubiera sido la Santa seguramente una mujer buena y nada más.

CLXXXII.—CONVENTO DE GRACIA

La casa de don Alonso de Cepeda quedó a la muerte de doña Beatriz en situación apurada. Doña María, la hija mayor, se casó en Villatoro con don Martín de Guzmán y Barrientos, quien vino desde Castellanos de la Cañada con sus familiares de Bonilla y Piedrahita, partiendo el camino con quienes hubieron de ir desde Avila. Era Villatoro entonces lugar importante del Condado del Risco y Marquesado de Las Navas. El matrimonio vino a vivir unos meses a la casa de don Alonso, antes de marchar a Castellanos, dejándole con nueve hijos, puesto que uno estaba ya en Italia como capitán, Juan de Cepeda, y otro en América, Rodrigo. Teresa, pasado el mayor dolor, continuó sus relaciones amistosas con su primo y su prima, y don Alonso, de acuerdo con doña María de Guzmán, la llevó al convento de Agustinas de Santa María de Gracia, que tenía fama de muy observante y recogido. Y así lo hicieron disimulando con la marcha del matrimonio, que la Santa lo cuenta en su autobiografía: «Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan rui-nes en costumbres como yo; y ésto con gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo, porque aguardaron la coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien».

Abajo de la ingente mole granítica y berroqueña del Torreón del Baluarte, arrimado a la escarpa que alza naturalmente la ciudad hacia el cielo y protegido así de los vientos del Norte, pasa inadvertido para muchos en los días que corremos este monasterio, donde las religiosas de la Orden agustiniana viven la Regla Seráfica que nuestra Santa elogia en estos términos: «Al cabo de este tiempo que estuve aquí ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados». Un año y medio estuvo allí con otras doncellas de su clase... El monasterio de Gracia se recoge así en humildad, incluso físicamente, pese a ser su construcción de dimensiones enormes, afirmada su fábrica en verdaderas torres de sillería que forman las esquinas del edificio. Y no sería su presencia cosa llamativa entre el conjunto de casas extramuros de la banda Sur de Avila para quien contempla las bellezas del Valle Amblés desde el paseo del Rastro, en plano superior, a no ser por la graciosa espadaña en que voltean las campanas que anunciaron antaño la toma de posesión de un capellán, rector y vicario, cuyas habitaciones se conservaban todavía en veneración durante el siglo pasado: Santo Tomás de Villanueva.

CLXXXIII.—EL VICARIO

El día 8 de septiembre de 1555, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, nació a la vida gloriosa el bienaventurado Tomás de Villanueva, cuya mente privilegiada le había hecho discernir en vida el camino recto, de la verdadera riqueza del tesoro escondido en su alma y en el horizonte de bien que a su voluntad misericordiosa se ofrecía en su época. Brilló por su ciencia; por el perfume de sus virtudes que descubrió su profunda humildad a los poderosos sin que pudiera ocultarse dentro del retiro a que aspiraba; resplandeció por la llama de su caridad, ora con los pobres hasta morir sin un cuarto y en cama prestada siendo arzobispo de Valencia, ora en la dirección espiritual influyendo en muchas almas su virtud propia para llevarlas «al inmortal seguro». Es piadoso dedicar un recuerdo especial a Santo Tomás de Villanueva —cuya fiesta es el 18 de septiembre por mandato del Papa Alejandro VII que le canonizó— pues gloria de Avila es su paso por la ciudad, su influencia indudable en Teresa, que pudo ser joven, y fundamentada discípula suya, bien directamente pasando inadvertida la memoria en la hora de las citas en los respectivos escritos por ser la Santa entonces adolescente, bien a través de la Madre Briceño de quien no cabe duda que fue dirigida espiritualmente por aquel bienaventurado apóstol de la Caridad.

¿Qué conjeturas pueden formarse acerca de la presencia de Santo

Tomás de Villanueva durante aquellos años en Avila y su influencia en la formación espiritual de Santa Teresa de Jesús?

Santo Tomás de Villanueva, nació en Fuenllana (Ciudad Real), en 1488. Se crió en Villanueva de Infantes y de aquí el cognomen con que le conocemos. Fue desde niño misericordioso hasta repartir entre los pobres, movido a piedad, los seis pollos de una clueca que tenía su madre porque se resistió su corazón, a despachar a los necesitados sin limosna. Estudió en Alcalá y más tarde rechazaba en Salamanca una cátedra de Filosofía que le ofrecieron, sin oposición, por sus méritos. Profesó en los Agustinos de Salamanca. Ya escritor famoso, rechazó por humildad la mitra de Granada; pero presentado por el Emperador Carlos V para la sede valenciana (1544) hubo de someterse a la obediencia.

Fue predicador del César y mereció ser llamado «el nuevo Apóstol de España».

Murió en 1555 en Valencia. Fue beatificado por Paulo V (1618) y canonizado por Alejandro VII (1658). De la riente villa de Fuenllana, tierra manchega de pan y vino, tal fue la peregrinación a la gloria de un alma eucarística, que a la hora del tránsito mandaba celebrar en su habitación la Santa Misa «porque no parta yo de este mundo sin ver primero a mi Criador y Redentor en el Santo Sacrificio». Y es fama que murió al sumir el sacerdote la Sagrada Hostia.

CLXXXIV.—TRADICION HISTORICA

La iglesia del monasterio es de traza gótica y en el sagrado recinto se unen tradiciones piadosas encantadoras a los detalles de ornamentación y a la distribución de sus estancias. Desde aquella imagen de la Virgen con Jesús muerto en los brazos, que se descubrió sobre el retablo magnífico de altos relieves policromados de la escuela de Corniellis de Holanda; imagen formada por el color de la piedra en su corte y que fue objeto de una especial devoción en mejores tiempos, manteniéndose ante ella una lámpara encendida, hasta el coro donde vieron las religiosas la estrella que se escondió en el pecho de la venerable Briceño, anuncio feliz de la entrada de Teresa de Cepeda en el convento.

«Estuve, dice ella en el Libro de su Vida, año y medio en este monasterio de Nuestra Señora de Gracia, harto mejorada; comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir». Es de notar que vino «enemiguísima de ser monja». Por eso añade: «más deseaba no

fuese monja; que este (estado) no fuese Dios servido de dármelo, aunque también tenía el casarme»...

En la grada humildísima del monasterio de Gracia todo es sencillez amable, todo amor de Dios como indica el Corazón traspasado que se ve grabado en la piedra: el Corazón de Agustín «hecho para Dios e inquieto hasta descansar en Dios». En el testero principal se ve un cuadro que representa muy originalmente a Santo Tomás de Villanueva, con mitra y báculo, hábito agustino y haciendo bien a muchos pobres.

Es venerable la tradición histórica documentada de la rectoría de Santo Tomás de Villanueva. El padre Miguel Varaona lo afirma en el Protocolo conventual; pero además lo escribe el mismo Santo en «Opera, contio II in festo Corporis Christi», cuando narra los amores eucarísticos de la venerable Madre Briceño y dice así: «Lo que voy a decir, lo digo por ser así verdad, porque no miento, ni Dios tiene necesidad de la mentira...». Y tras de narrar que la Madre Briceño tenía mucha devoción al Santísimo Sacramento, que le era muy penoso no comulgar a diario y que un Jueves Santo que no comulgó porque no pudo, hallándose llorando ante el Tabernáculo «¡cosa milagrosa! vió venir hacia ella dos manos que llevaban el Santísimo Sacramento, de las cuales lo recibió con grandísimo consuelo de su alma», tornándose alegría la pasada tristeza, añade Santo Tomás de Villanueva: «Todo esto y otras muchas mercedes y revelaciones divinas me lo dijo ella misma, no espontáneamente y de su voluntad, sino por obediencia, pues *era súbdita mía* en nuestra Orden». Y antes para identificar a la favorecida del Cielo había escrito el Santo: «Yo conocí a una religiosa, moradora del convento de Agustinas de Santa María de Gracia...».

CLXXXV.—LA MADRE BRICEÑO

Un año y medio estuvo Santa Teresa de Jesús en el monasterio de Gracia, influyendo mucho en ella el ejemplo de la comunidad venerable tan ajustada en sus reglas y el trato con la monja que se hallaba al frente de las educandas, doña María de Briceño Contreras, hija de don Gonzalo Briceño y de doña Brígida de Contreras, vecinos de Avila, y hermana de Elvira Briceño, que profesó en el mismo convento en 1523, sin que se halle la nota de profesión de doña María porque las primeras profesiones del monasterio, fundado por doña Mencía de San Agustín en 1509, debieron extenderse en papeles sueltos y no en Libro.

Doña María Briceño, apellido ilustre correspondiente a uno de los linajes de la repoblación cristiana de Arévalo, fue sin duda de las mon-

jas fundadoras, pues al lado de la firma de doña Mencía (viuda de Jorge de Nájera, vecino que fue de Avila y platero de profesión), aparece su firma en escrituras cuando el convento no tenía veinticinco años cumplidos y eran catorce las monjas.

Desde un principio se puso el monasterio bajo las reglas de San Agustín, que tuvieron también monasterio de varones y actualmente conserva el de mujeres en Madrigal de las Altas Torres, perteneciendo a la ínclita Orden Fray Luis de León, muerto en Madrigal, y el Beato Alonso de Orozco, nacido en Oropesa, de la Diócesis de Avila todavía en nuestro siglo XX, hasta la reciente reorganización que tantos pueblos ha dado de la histórica Tierra de Avila para la Archidiócesis de Valladolid y Toledo. El Beato Alonso de Orozco fue consejero de Felipe II y escritor místico de obras como «Regla de Vida Cristiana», «Libro de la suavidad de Dios» y «Victoria de la muerte»...

El padre Miguel Varaona en sus «Noticias históricas y protocolo del convento de Gracia» dice: «Por el conocimiento que había de las prendas de la señora Briceño, con aclamación universal fue nombrada por maestra de las niñas seculares que llaman comúnmente las señoras doncellas de piso, a quienes de día y de noche no apartaba de su lado; pues de día para oír misa las llevaba en forma de comunidad al coro, y en tribuna aparte cuando el convento celebraba la misa conventual. Tanta era la observancia y estrechez en que tenía a la juventud nuestra venerable doña María que, si alguna niña había de salir a ver sus padres a la grada, no permitía que estuviese sin que estuviese con ella. Finalmente hasta dormir era una pieza común, separada de las celdas de las religiosas».

El más cálido elogio de la Madre Briceño nos le hace LA SANTA en el capítulo segundo de su Autobiografía.

CLXXXVI.—EDUCAR EL CORAZON

El Obispo de Avila, don Alonso Carrillo de Albornoz, donó a la comunidad del Convento de Gracia, por medio del padre provincial de la Orden de San Agustín, la ermita de los Santos Justo y Pastor. Por eso a los pies del templo se ven altares con imágenes de San Agustín, Santa Rita, y San Nicolás Tolentino; los Niños Mártires de Alcalá, Justo y Pastor, y Santa Teresa de Jesús, discípula de la Madre Briceño.

Concretando en resumen cosas dichas anteriormente, las conjeturas en torno a lo teresiano pueden ser así: Nació LA SANTA en 1515; entró

en el Convento de Gracia en 1529 o en 1530. En el elogio de la Madre Briceño dice la Reformadora Carmelita que «había venido a ser monja por sólo ver lo que dice el Evangelio: *Muchos son los llamados, pocos los escogidos*. De Santo Tomás de Villanueva La Santa no dice cosa directa como de otras muchas circunstancias de su vida. El vicario del Monasterio de Gracia pudo ser muy bien a sus cuarenta y cuatro años de edad el capellán y confesor de la Maestra rigurosa en su virtud y de la discípula tan aprovechada que superó en su Reforma algunos de los «demasiados extremos» de la Regla de Gracia. Hay una indudable relación de espiritualidad de Santo Tomás de Villanueva a la joven Teresa. ¿Qué mucho si el Cielo anunció con una prodigiosa luz la entrada de La Santa en el Monasterio de Gracia, que preparase a quien con su saber y santidad tornara el Corazón teresiano en Moradas Celestiales?...

La evolución teresiana fue lenta, pero segura y honda... El padre Silverio hace la observación de que *"harto sabido es cuánto cuesta educar el corazón"*. Era el encerramiento la contrariedad de los primeros amores. Mas el corazón de Teresa era generoso. Siguen los elogios de la vida conventual de las monjas agustinas en el capítulo III de la Vida de Santa Teresa escrita por ella misma. Y luego... «En este tiempo aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre». En casa de su padre curó y don Alonso la envió a reponerse a la casa de su hermano, don Pedro, en Hortigosa de Rioalmar, y desde allí fue a casa de doña María de Cepeda, hermana de La Santa casada con don Martín de Guzmán y Barrientos, en Castellanos de la Cañada. Desde este lugar regresó a casa de su padre.

Luego la veremos ya ir con Juan de Ahumada, su hermano, a La Encarnación...

Otro corazón ilustre por su nacimiento vendría más tarde al Monasterio de Gracia para reeducarse, dolorosamente y como en prisión, desde el Monasterio de Agustinas de Madrigal de las Altas Torres: Doña Ana de Austria, hija de don Juan de Austria...

CLXXXVII.—D... A... D... A...

Hubo hasta hace unos años en la clausura del Monasterio de Gracia un cuadro de regular tamaño, cuyo marco de negro fondo y dorados, presentaba en los vértices de sus ángulos cuatro letras capitales D... A, en los ángulos superiores; D... A, igualmente en los inferiores. Discutiendo qué pudiera ser, los reflejos de feliz memoria para temas his-

tóricos del que fue cronista de Avila, don José Mayoral Fernández, le hicieron exclamar: «Doña Ana... De Austria». Y publicó la foto en su libro «Entre Cumbres y Torres», con un curioso comentario de compaginación de Gabriel Espinosa (El Pastelero de Madrigal) y don Juan Tenorio.

El padre Coloma y el novelista Manuel Fernández Pérez popularizaron el tema, entre otros autores de novela histórica: El primer don Juan de Austria, el hombre de «la gran ocasión que vieron los siglos presentes y han de ver los venideros», «el hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan» para detener en Lepanto el poderío de los turcos, tuvo de doña María de Mendoza, pariente de la Princesa de Eboli, una hija de nombre también Ana como la discutida e intrigante dama. El Rey Felipe II parece que ignoró el nacimiento de la que doña Magdalena de Ulloa llama en sus cartas al Príncipe Jeromín «La Abadesa», indicando cómo desde pequeña la tenían destinada para lo que fue al morir en Las Huelgas de Burgos. Pero hasta el morir que tal vez fuera el momento más dichoso de su vida, fue larga su pena: personaje inocente sin duda, mezclado en intrigas, penitente forzada... Hija de padres legendarios, que al fin quedan por encima de la Historia, pues que ni tiempo ni lugar tienen concreto, esto es: a ras del suelo.

El Convento de Agustinas, de Madrigal, fue asilo de privilegiadas inocentes señoras, de regia prosapia, ocultas allí por conveniencias de la razón de estado. Allí profesó monja en 1589 doña ANA DE AUSTRIA: dice la nota que a la edad canónica (puede ser la de catorce años y medio). Y hubo de ser después de la muerte de su padre que vivió de 1545 a 1578. Fue luego cuando se vio complicada por la ilusión forjada por el padre Miguel de los Santos, en la cuestión del Pastelero de Madrigal: Gabriel Espinosa, presunto Rey portugués, don Sebastián, y el portugués fray Miguel fueron ajusticiados; la que creyó fácil ser reina de Portugal con su amado Gabriel fue condenada a reclusión por cuatro años en el Monasterio de Gracia de Avila, sin salir de su celda más que a oír misa los días de fiesta acompañada por las monjas más graves y ancianas; ayunar a pan y agua los cuatro años todos los viernes, no pudiendo ascender a priora, ni ser servida, ni tener tratamiento de Excelencia... Bien sea verdad que fue pronto perdonada.

CLXXXVIII.—GRACIA POR GRACIA

Resumiendo detalles de singular emoción estética en la contemplación del Monasterio de Gracia, destaca la de su espadaña que mirada desde el Paseo del Rastro, en plano superior, dirige al corazón el volteo

de sus campanas y extiende al Valle Amblés los sonidos gratísimos de sus voces amigas... Desde otro punto de mira se nos ofrece al exterior la graciosa silueta del templo de muros lisos y contrafuertes rectos; su modesto pórtico que nos muestra en una humilde hornacina la hermosa imagen alabastrina de la Madre de Gracia y de Misericordia, «humildad muy adecuada para una casa de buenos cristianos».

Una sola es la nave del interior del templo, toda de sillería gótica en su principio y restaurada en renacimiento después de un incendio que acaeció en el año 1622, el 10 de noviembre. Son unánimes las noticias respecto a la fundación de la Capilla Mayor según costumbre de la época con derechos de enterramiento de parte de los fundadores. Fue don Pedro Dávila, regidor de la ciudad y contador del César Carlos, en 1551, quien la mandó construir con dos sepulcros, uno para sí, y el otro para sus padres, don Juan Alvarez Dávila y doña María Alvarez de Salazar, viéndose sobre dichos sepulcros los característicos escudos de los trece roeles y de trece estrellas.

Don Pedro Dávila, del Aguila, cuyo escudo se ve al exterior de los contrafuertes que miran al norte, completó el suntuoso y a la vez austero templo en 1572. Y esta fábrica arquitectónica de graníticos y berroqueños sillares, alberga bajo las jaspeadas bóvedas uno de los más bellos retablos tallados en madera policromada que hay en Avila, debido al maravilloso arte de los tallistas del coro catedralicio y del retablo de Nuestra Señora de Las Vacas, Lucas Giraldo y Juan Rodríguez...

En la predela se ven los cuadros de la Huida a Egipto, la Transfiguración y Jesús discutiendo con los doctores en el Templo; luego se puede contemplar el conjunto de temas típicos de los retablos de dichos autores con perfectas analogías de estas y otras obras similares: tras-coro de la Catedral, por ejemplo. Así la Vida de la Santísima Virgen con Desposorios, Visitación, Nacimiento, Presentación en el templo, Anunciación y Epifanía, etc. Notable el tema de María Madre de Gracia y Asumpta...

Hay otras imágenes notables: San Agustín, Santa Rita de Casia; temas de San Jerónimo, Santa Catalina, San Cristóbal, San Cosme y San Damián...

Y guarda la venerable Comunidad pinturas en cobre, tablas artísticas, etc. Gracia por gracia, nos la infunde la piadosa visita de lugares como el comulgatorio, confesonario y grada... Siempre los recuerdos de Teresa de Cepeda.

CLXXXIX.—UNA EXCURSION

Salió la joven Teresa de Cepeda y Ahumada del convento de Gracia en el mes de diciembre de 1532 por razón de enfermedad y dicen que es probable que permaneciese en la casa paterna los primeros meses del siguiente año, hasta que, apuntando la primavera, pensó don Alonso que sería bueno enviarla una temporada, para vitalizarse con esencias del campo, a Castellanos de la Cañada, en donde su hermana María tenía la residencia con su esposo don Martín de Guzmán...

He aquí una deliciosa excursión por la Sierra de Avila que puede hacer cualquiera que sepa gustar el deleite de la tierra dura de peladas crestas, altas mesetas, prolongadas vaguadas, encinares y algún pinar, cual el actual de la dehesa del Cid, con la visita del Santuario de Riondo en ruinas interesantísimas del arte renacentista y, si se quiere, del Santuario de Las Fuentes, muy bien conservado en nuestros días, con romerías a que acúden numerosos devotos.

Estaba la Santa muy bien preparada como consecuencia de su retiro en el monasterio de Gracia para el gozo de la espiritualidad de ambiente tan alto y tan puro con amorosas expansiones familiares. Y así llegó a Hortigosa de Rioalmar, en donde aún señalan las gentes «el Palacio» de don Pedro Sánchez de Cepeda, viudo de doña Catalina del Aguila, entregado a la lectura de libros de ascética que le llevaron a terminar sus días en el monasterio de Jerónimos del Cerro de Guisando. En tales libros leyó Teresa dando contento a su tío, «porque en esto de dar contento a otro he tenido extremo», y «aunque fueron los días que estuve (con don Pedro) pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña (*aquello de que cielo o infierno era para siempre...*).

Muchas encinas en torno a Castellanos de la Cañada, sito en una leve hondonada. La casa principal era la de don Martín, hoy propiedad del excelentísimo señor marqués de Castellanos. Dicen que en el «Pajar de Santa Teresa» pasó Ella una noche siendo monja por haber llegado tarde al lugar y no permitir que molestasen a sus hermanos durante el sueño... Eran en aquel tiempo diez vecinos: Hoy se conservan restos del ábside del pequeño templo que fu filial de la parroquia de Serranos de la Torre, pueblo con castillo, quemado todo en la guerra de sucesión el 23 de abril de 1716. Descendiente de los Barrientos es el marqués de Revilla de la Cañada.

La Santa volvió a su ciudad en los primeros meses del otoño completamente restablecida. Desde tal época de 1533 hasta noviembre de 1536 permaneció al frente de la casa de su padre, limpia, hacendosa, ahorrativa en su gobierno.

CXC.—FIEL A SU VOCACION

Para salir de la casa paterna camino del Monasterio de la Encarnación, La Santa previó que, en la porfía con don Alonso Sánchez de Cepeda, su padre, éste llevaba todas las de perder: era él muy buen cristiano y había de resignarse ante un hecho consumado; religiosamente, y además luego aplaudiría y bendeciría la decisión de vital interés y transcendencia definitiva. Don Alonso resistió. Mas se trataba del propio bien espiritual y la mayor gloria de Dios. Y Teresa, tan joven aún, puso a prueba la calidad de su temple. Decir a su padre que pensaba ingresar en el Monasterio de la Encarnación «casi era como tomar el hábito, porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera...». «Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos...». Amiga de buenos libros, leía en las epístolas de San Jerónimo... Y en las Epístolas de San Jerónimo leyó sin duda este pasaje: «Vendrá tu hermana la viuda extendiendo los brazos, vendrán los criados de la casa de tu padre que se criaron juntos contigo, y dirán «Señor» (Heliodoro). ¿A quién nos dejáis desamparados? ¿A quién nos mandáis que de nuevo vamos a servir? Vendrá el ama que te crió y su marido, que te son segundos padres... ¿A quién nos encomendáis en nuestra vejez?... Vendrá sobre todo tu madre vieja... comenzará a lamentar...» Etc.

Don Alonso, desde que Teresa salió del Monasterio de Gracia, jamás pensó que tuviera necesidad de vigilarla; pero tampoco creyó que pudieran en su alma librarse batallas acerca de su salida de la familia. El contaba ya con su hija para toda la vida: comprensible que los padres viudos y con hijos menores piensen así de la hija en edad de tomar estado. Mas el caso es que Teresa frecuentaba el Monasterio de La Encarnación, visitando en él a su amiga, doña Juana Suárez. La historiadora del Monasterio, doña María Pinel o Espinel, dice cómo contaba doña Inés de Quesada, monja de velo ya cuando la Santa fue a tomar el hábito, que iba muchas veces al convento dando por señas «que traía una saya naranjada con unos ribetes de terciopelo negro». Detalle bien femenino éste de fijarse en el vestido de la joven.

Debió consultar muy bien la Santa su caso, primero de tomar decisión: por entonces parece que se confesaba en el Real Monasterio de Santo Tomás. Y una vez tomado el buen acuerdo, con la complicidad de su hermano Juan de Ahumada que desde casa fue su compañía, llegó al convento, a distancia de un kilómetro y medio aproximadamente de su casa, extramuros de la ciudad a la parte del norte... Las monjas, una vez que la puerta de clausura se cerró, pasaron el oportuno aviso a don Alonso de que su hija Teresa, su amadísima hija, quedaba dentro. Poco tardó el venerable padre de la Santa en ablandarse: el 31 de octubre de 1536 trataba de la dote con las monjas.

Y no fue pequeña dote la que llevó la Santa «para la tener y alimen-

tar en el dicho monasterio todos los días de su vida...» Veinticinco fanegas de renta de pan, por mitad de trigo y cebada; doscientos ducados de oro; una cama con colcha, manta blanca, seis sábanas, seis almohadas, dos colchones...

CXCI.—EL MONASTERIO

«La Tierra más santificada por la presencia de Cristo, después de los Santos Lugares», dijo Su Santidad León XIII que es el Monasterio de La Encarnación de Avila. Y desde luego nadie podrá negar que «es uno de los más ricos relicarios en santidad y virtud» de todo el orbe cristiano. Cuatro hermanas, de apellido Pinel, eran al mismo tiempo religiosas en la venerable Comunidad, no mucho después de morir la Santa Madre Teresa, y una de ellas, doña María, escribe la Historia del Monasterio, de breve tiempo y muy largos y profundos hechos memorables. La piadosa, doña María Pinel, dedicó su libro a la reina doña María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Felipe V, que inauguró la dinastía borbónica en España.

Tiene el Monasterio actual un antecedente que data de 1467. Catorce mujeres, buscando retiro para su vida de oración, protegidas por el hijo del entonces duque de Alba, don Gutiérre Alvarez de Toledo, fundan un beaterio, bajo el gobierno del obispo, don Alonso de Fonseca, en la que fue llamada Iglesia de Todos los Santos, sita en un lugar no bien determinado de la calle actual de Esteban Domingo. Con votos simples eligió la Comunidad la Regla del Carmen y fue primera prelada entre ellas doña Elvira González de Medina, sucediéndola doña Catalina del Aguila de ilustre familia y siendo tercera priora doña Beatriz de Guiera, hija del *señor de Origüelas*, que, procedente del de Alba, propuso a las beatas constituirse en convento carmelita. Y así lo acordaron.

El padre Carmelo del Niño Jesús da fechas distintas: retiro de doña Elvira y constitución del beaterio en su propia casa, 1478; traslado del beaterio a la calle de Esteban Domingo, actual, 1485; los Reyes Católicos ceden por cédula real de 26 de diciembre de 1495 todo el solar de la nombrada Iglesia de Todos los Santos, que había sido sinagoga; se constituye la Comunidad Carmelita en Convento en 1510; la Bula de León X, que autoriza el traslado al Monasterio actual, es de 6 de julio de 1513; la iglesia del actual convento de La Encarnación fue inaugurada el mismo día, 4 de abril de 1515, en que Santa Teresa recibía el Santo Bautismo en la parroquia de San Juan...

Todo era pobre: Doña Pinel dice que cubierto de teja vana nevaba sobre los breviarios en invierno y podían leer las monjas en verano aún teniendo las ventanas cerradas... don Nuño González del Aguila otorgó

testamento a favor del monasterio y su fábrica se reforzó de manera que casi todo él, «fuera de algunos aditamentos en la Iglesia, la Capilla de la Transverberación y un claustro en la parte norte, construido a mediados del siglo XVII», podemos decir que se conserva como estaba en tiempos de la Santa.

Es amplio el monasterio de La Encarnación. Su espadaña, muy airosa, es nota peculiar del tipismo avilés, sobre el paisaje del norte, que sigue el curso del Adaja. Su larga fachada, prolongada en la línea de la huerta, tiene muchas evocaciones de santidad: San Juan de la Cruz, en una de las ermitas, que fue su celda, cuando fue confesor aquí, antes de que los Carmelitas Calzados le llevasen al encierro de Toledo... San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja... Desde la puerta del Monasterio se admira una de las más bellas vistas de la Ciudad Amurallada.

CXCII.—⁵SU VIDA EN LA ENCARNACION

Se tiene por cierto que durante ciento diez años fue paupérrimo el Monasterio de La Encarnación. Tenían pan las religiosas «por haberlas anejado unos préstamos pequeños que tenía en este Obispado el señor don Gutierre de Toledo, hijo del señor primer Duque de Alba... y agua de una fuente que compró la venerable doña Beatriz de la Higuera»... Obsequio delicado de las religiosas el agua del claustro: es cuadrado, y tiene arquerías, y doble (alto y bajo) comunicándose por una escalera. Se entra desde el zaguán de la puerta claustral, situado exactamente en el ángulo noroeste del interior. Hay en ese amplio vestíbulo del torno y entrada un cuadro grande bien pintado, que llevó la Santa Madre Teresa de su casa paterna, representando al Señor sentado junto a un pozo y la samaritana que le pide agua... Y otra pintura sobre el muro blanco que representa la Flagelación de Jesucristo, vista en este lugar y en el locutorio por la Santa con gran conmoción de su espíritu, sobre todo cuando vió también el sapo... estando con aquella conversación de que Jesús se desagrada, en el primer locutorio que al interior se comunica con el segundo, en donde San Juan de la Cruz, un día de la Santísima Trinidad hablaba con la Madre Teresa y comenzó a elevarse con la silla en que estaba sentado... En el locutorio alto se ven algunas piadosas reliquias, siendo notables con el lugar en sí mismo... pues qué fue frecuentado por San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja y otros rectores de almas...; el dibujo de Cristo hecho por San Juan de la Cruz tal como se le apareció crucificado en la capilla de San Miguel, de la iglesia, con motivo de la muerte de una religiosa, viéndole desde arriba, por lo que se ha dicho que pudo inspirarse Dalí en él... Y el madero que servía de almohada a la Santa para dormir muchas

veces, la llave de su celda, su sandalia, un trocito de su carne, un huecillo, la jarra de beber, la toalla de limpiar los pies a las monjas en el Lavatorio de Jueves Santo... La Santa bordó algunas prendas como la auténtica de que hacen gala en Medina del Campo las monjitas.

Del Monasterio de La Encarnación de Avila se cuenta una tradición anterior al ingreso de la Santa. Dicen que un zahorí fue a buscar tesoros allí anunciando que el tesoro de La Encarnación sería una Santa llamada Teresa. Y había otra monja del mismo nombre cuando entró en el convento doña Teresa de Ahumada: era doña Teresa de Quesada, llamada Teresa de la Columna. Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada solía decir a la Madre Teresa de la Columna: «Mire, hermana, que dicen que ha de salir de esta casa una Teresa santa; plega a Dios que sea una de las dos y que sea yo». Y respondía la otra señora: «Plega a Dios que yo». De lo cual comenta la historiadora doña María Pinel: «Yo entiendo que ambas cumplieron su deseo».

Nada importa, ni de los descubrimientos del zahorí, ni del fundamento histórico de la profecía. En aquellas épocas eran muy dados a estas cosas...

Lo principal, comenta el padre Silverio, fue que lo que entre las religiosas se hablaba respecto de este extremo tuviera cumplido deseo, para gloria perdurable de la Comunidad de Santa María de la Encarnación, de la Orden del Carmelo y de la Iglesia Católica.

CXCIII.—PIEDAD Y AMOR

Un día frío de otoño del año 1536, en la intimidad del Capítulo conventual y con el ritual propio del caso, se celebró el acto de admisión de la hija de don Alonso Sánchez de Cepeda al noviciado del Monasterio de La Encarnación. La joven «puso todos sus sentidos y facultades en aprender los usos, costumbres, legislación y ceremonias de la Orden», siguiendo la prudente dirección de la Maestra de Novicias. No se sabe quién fue. Se observaba en el Monasterio entonces la Regla del Carmen, dada por San Alberto, patriarca de Jerusalén, y mitigada por el Papa Eugenio IV en 1432. Y ahora se han cumplido veinticinco años de su ingreso en la Reforma Teresista.

Por entonces la Santa, como las demás religiosas, ayunaba y vestía pobremente: «Desde la Exaltación de la Santa Cruz hasta la Pascua, salvo tres días en la semana, las hermanas se contenten con una comida al día... Podrán, fuera de la Cuaresma y del Adviento, tres veces en la semana comer carne», decían las constituciones. A estos ayunos se

sumaban otros en vísperas de grandes festividades, etc. Los hábitos y demás prendas de uso habían de ser ásperos, honestos; pero en atención al frío de Avila podían lícitamente tener pieles en forros de ovejas o de corderos, siempre como cosa necesaria y no superflua. Se trabajaba en los ratos libres de la vida contemplativa, puesto que el trabajo fue siempre norma de vida cristiana: la Regla de San Alberto aplica a los holgazanes las palabras de San Pablo: «Quien no trabaje que no coma».

La misma Santa nos cuenta en el Capítulo XXXI de su Vida que sabía poco de rezado y de lo que había de hacer en el coro; que sabía mal cantar... «Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía harto a los principios, y después gustaba de ello. Y es así que, como comencé a no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor, y que la negra honra me quitaba supiese hacer ésto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere».

En el noviciado de La Encarnación fue muy ejemplar la conducta de la Santa, que alcanzó lo que se llama *Don de Lágrimas* y una firme decisión en el servicio de Dios. Fue también muy ejemplar por su compasión de las enfermas... Así que, aprobada para la profesión, emitió sus votos, y desde aquel día 3 de noviembre de 1537 la noble figura de don Alonso se dibujaba en la quebrada línea del Arco del Carmen, camino de La Encarnación, muchas veces, recibiendo los consuelos del locutorio con mucha gracia de Dios para su vivir en el hogar... Después que la Santa Madre profesó, tuvo grandes enfermedades y desmayos y dolores de corazón, sufriendolo todo con grandísima paciencia, según declara en los procesos de Beatificación la monja doña Inés de Quesada. Y a María de San José, la priora de la Reforma en Sevilla, se debe la interesante confidencia de Santa Teresa de Jesús: «Sabe esta testigo, por haberlo oído a la propia Madre Teresa, que al principio de su llamamiento y vocación hacía tan grandes y extraordinarias penitencias, que, según se entendió, fueron parte de disminuirla la salud... Y así, con grande pena de la dicha Madre Teresa la prohibieron sus superiores no hiciese ningún otro género de penitencia, fuera de lo que mandaba la Regla».

CXCIV.—ANECDOTA E HISTORIA

Vino el cardenal Marella en vísperas del AÑO SANTO TERESIANO, concedido por Su Santidad Juan XXIII a los Monasterios de La Encarnación y San José de Avila y al de La Anunciación de Alba de Tormes. Había visitado su eminencia reverendísima varios carmelos en el

viaje que realizaba recorriendo diversas naciones. Presidió el Capítulo de monjas de La Encarnación para dirigirles una exhortación como cardenal protector de la Orden, declarando no conocer otro Monasterio más pobre y la respuesta de las religiosas fue unánime: ¡Gracias a Dios!

Las condiciones de vida del Monasterio podemos, pues, afirmar que no han cambiado mucho desde la profesión de LA SANTA... Como consecuencia de las penitencias excesivas enfermó y siendo la ciencia poca cosa para sanarla, su padre la llevó a una curandera famosa que había en Becedas, pasando por Ortigosa de Rioalmar en donde vivía don Pedro, su tío, quien le dio a leer, regalándosele, un tesoro espiritual titulado *Tercer Abecedario*, escrito por el franciscano P. Osuna. Sacó la Santa en Becedas de pecado, sencillamente con su inocencia candorosa y atrayente, a cierto sacerdote. Y fue tan grave la dolencia, que en Avila se la tuvo por muerta cuatro días en su casa, de manera que ni el espejo puesto ante la boca daba señal de vida, y en sus ojos se halló después la cera funeral. Solamente don Alonso con un amor bien probado de padre exclamaba con fe: «Esta hija no es para enterrar...» Y, en efecto, volvió a La Encarnación mejorada, ejercitando su paciencia en sí misma y la caridad con las enfermas, pues que tullida estuvo por tres años, sanando por intervención de San José a quien había de tomar por Padre de su Reforma del Carmen andando el tiempo...

Es el año 1541 cuando dan por terminada los cronistas la grave dolencia de la Santa, que nunca estuvo bien del todo. Y es por esta época cuando sale del noviciado para incorporarse a la vida conventual plenamente, desempeñando los oficios corrientes en las Comunidades. Y es por este tiempo, antes de 1543, cuando se pone la estancia de la Santa enferma en casa de su tío Lorenzo de Cepeda, cura en Villanueva del Aceral, pueblo muy tranquilo y entonces rodeado de pinares. Se sabe ciertamente la estancia de la Madre Teresa en Villanueva del Aceral, dice el padre Silverio, «por las biografías que nos han quedado de la venerable Catalina de Cristo, fervorosa priora y fundadora de las Descalzas en Soria, Pamplona y Barcelona...» Catalina de Cristo nació en Madrigal de las Altas Torres. Y después de don Lorenzo de Cepeda, fue cura en Villanueva don Vicente de Ahumada, primo carnal de la Santa. Y las hermanas de don Vicente (doña Inés y doña Ana de Tapia, monjas de La Encarnación que fueron con la Santa a fundar en Medina del Campo el convento de Descalzas, tomando los nombres de Inés de Jesús y Ana de La Encarnación) pararon en su casa cuando andaban tal camino.

Tornó la Madre Teresa de Villanueva del Aceral a su Monasterio de La Encarnación y hubo de salir de nuevo a la casa paterna para cuidar de su padre que, ya en alto grado de oración, había enfermado de manera que moriría poco después, en la Nochebuena de 1543, en brazos de su hija predilecta, rodeado de los hijos que no habían salido de España todavía.

CXCV.—TERESA DE JESUS...

El motivo de máxima emoción de quien visita la ciudad. El motivo de más sano y noble orgullo de quien de verdad se sienta abulense. Nombre bien expresivo el que adoptó la Santa Madre en el Carmelo... Y el nombre tuvo su réplica en el Monasterio de La Encarnación. Iba la Madre Teresa camino del claustro alto e iniciaba los pasos para subir los peldaños de la escalera cuando ve un Niño muy hermoso que la pregunta quién es... «Soy Teresa de Jesús» dijo ella. Y contestó el Niño sencillamente: «Yo soy Jesús de Teresa». Entre las imágenes que adornan esa entrada de la escalera, la de la Santa a la derecha y la de Jesús a la izquierda de quien sube, se pasa como a un cielo de serenidad y paz en el Señor.

En un rellano se accede a una pequeña capilla con un retablo plateresco y una imagen del «Ecce Homo»... Habían llevado esta imagen para una fiesta en la casa. Y Ella se conturbó espiritualmente en su presencia. Y prometió hacer siempre *lo más perfecto*.

Había comenzado a ejercitarse en oración mental muchos años atrás con alternativas de fervor y dificultad para la oración discursiva; a veces había sentido fuerzas contrapuestas que obraban en su espíritu; en el locutorio había experimentado cómo el Señor se desagradaba de su conversación con una persona... Luego había pasado por el amargo trance de ver deshacerse su casa paterna, muerto su padre, y habiendo marchado a Indias todos sus hermanos menores con aquellos otros; Ella se había tenido que llevar consigo a su joven hermana, doña Juana de Ahumada, cuyo casamiento con Juan de Ovalle, hidalgo de Alba de Tormes, concertara tratándolo a través de las rejas del locutorio... Se ve por fin en las circunstancias del mayor desasimiento, se recoge en sí misma, cercena sus relaciones con seglares, resume sus experiencias en orden a la vida interior y corresponde de lleno a la gracia divina. «En pocos años, dice el padre Silverio, se hace el corazón de la Santa rico joyero de Dios».

Catorce capítulos (X-XXIII) de la Autobiografía dedica la Santa a explicar la sobrenatural hermosura con que se embelleció su alma en estos años de La Encarnación... Y nos enseña cómo se hace del alma un huerto florido, que hay que regar para que crezcan las plantas y «vengan a echar flores que den de sí gran olor para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces...» «Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar... Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras: u con sacar agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; u con noria o arcaduces, que se saca con un torno (yo lo he sacado algunas veces) es a menos trabajo que esotro y sácase más agua; u de un río u arroyo (esto se riega muy

mijor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan a menudo y es a menos trabajo mucho del hortelano); u con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mijor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que a mí me hace al caso, y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración en que el Señor, por su bondad, ha puesto algunas veces mi alma».

CXCVI.—TERESA LEYO...

Es curioso, en este reposo del espíritu a que la Madre Teresa de Jesús llega en La Encarnación cuando decide hacer lo más perfecto (ésto que llaman *conversión* de la Santa ante el Cristo llagado «del Voto») meditar la influencia en Ella de los libros que leyó. Fue de niña el *Flos Sanctorum* y con su hermano Rodrigo tomó el camino de la Tierra de moros para que les descabezasen por amor de Dios, por resultar a su lógica consecuencia muy fácil ganar el cielo de tal modo. De la misma lectura siguió el propósito de retirarse del mundo viviendo como ermitaños y meditando que «cielo o infierno son para siempre, para siempre...» Luego su imaginación se nutrió con lecturas de *libros de caballerías* y hubiera sido la dama de los pensamientos de tal o cual caballero famoso. En el Monasterio de Gracia se aficionó a los *libros buenos de piedad* y acaba siendo menos enemiga de ser monja, si bien no en dicho Monasterio por los extremos demasiados que entendió tenían en la Regla de San Agustín... En Hortigosa de Rioalmar, camino de Castellanos de la Cañada para convalecer de su primera enfermedad grave, conoce y lee las *Epístolas de San Jerónimo* y, como consecuencia, en el delicioso retiro de Castellanos decide hacerse religiosa. En el noviciado de La Encarnación estudia, sin que la quedara probablemente tiempo para más leer, las *Constituciones* y normas de la Regla del Carmen, afirmándose en su conocimiento para cumplirlas con exactitud. Y al marchar para Becedas, en su reencuentro con su tío Francisco el del Palacio de Hortigosa, se deleita con el *Tercer Abecedario* del franciscano padre Osuna, su iniciación a la Mística; este período de su enfermedad gravísima terminará con la muerte de su padre, los pleitos de sus hermanos, el casorio de su hermana menor... el total desasimiento de las cosas del mundo...

Su alma responde maravillosamente al reactivo de *Jesús*, llagado: el tema artístico tan trabajado en Avila por estar su templo primero dedicado al Salvador... El *Ecce Homo* de la Capilla de las Cuevas en la claustra catedralicia; el *Ecce Rex vester* de la sacristía; el Jesús «perla preciosa» al interior de la Capilla del Cardenal; el Cristo glorioso de la

oración interpretativa del Real Monasterio de Santa Ana; el mismo sujeto de inspiración en cuadros de la parroquia de San Pedro... Y este Santo Cristo del Voto del Monasterio de La Encarnación... Todo hablará fuertemente a la Madre Teresa y ella responderá un «aquí estoy» tan definitivo como la consideración que hace sobre que decir se haría monja y tomar el hábito sería una misma cosa por lo honrosa que era Ella. Ahora su lectura es las "*Confesiones*" de San Agustín: «Como comencé a leer las CONFESIONES, paréceme me vía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón». «Es otro libro nuevo de aquí en adelante, nos dirá Ella: digo otra vida nueva: la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí...» El cardenal Roncalli (Papa Juan XXIII) pasó por La Encarnación y oró largo rato ante el «Cristo del Voto»... ¿Lo hizo también Su Santidad?...

CXCVII.—AMIGOS DE LA SANTA

Precisamente cuando la Madre Teresa de Jesús, Monja de la Encarnación, se ha desligado del trato con seglares, aparecen sus grandes amigos en la relación de su vida. Es el primero don Francisco de Salcedo, «El Caballero Santo», al final de su vida sacerdote, y junto con él don Gaspaz Daza, racionero de la Catedral, maestro de mucha virtud... Y he aquí que ambos recelan del espíritu de La Santa. No estaban lejos los años de la beata de Piedrahita (1511), con las discusiones que despertó pero sobre todo estaba vivo el recuerdo de la impostura de la monja de Córdoba, Magdalena de la Cruz (1544) quien fingió hallarse estigmatizada: «Nunca vez me acuerdo de ella que no tiemble» dijo la Madre Teresa a don Alonso de Quiñones, ilustre caballero que se la nombró. Y así Ella dudaba de sí misma. Y vuelve a los libros siendo ahora como cuenta Ella: Mirando libros para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que llaman «Subida al Monte», en lo que toca a la unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada... y señalé con unas rayas las partes que eran y dile el libro (a Salcedo) para que él y el otro clérigo... lo mirasen y me dijese lo que había de hacer... Para Ella no hay libros ya sino el Divino Esposo; pero a fin de que puedan entender otros lo que a Ella le pasa, busca libros de oración de algunas analogías. Ella estaba indudablemente mucho más aventajada que ellos podían suponer en el diálogo con Dios, Señor nuestro. Por debajo del espíritu de la Santa quedaban ya el *Kempis*, los *Cartujanos* mandados traducir por los Reyes Católicos al franciscano Montesino, etcétera.

La decisión es relacionada con los padres de la Compañía de Jesús que habían fundado su casa, Colegio de San Gil, en lo que hoy conocemos como ruinas de San Jerónimo. Tiene la Madre Teresa reparo en que sepan en La Encarnación que ha de bajar a confesarla un padre jesuita contra la costumbre, y busca con secreto el consentimiento de la priora y el silencio de la tornera y la sacristana pero a la puerta del Monasterio estaba quien había de propalarlo. La confiesa primero el padre Cetina, no de mucha ciencia, pero de mucha virtud: «la lleva con gran suavidad y discreción, y la aficiona a la Humanidad de Jesucristo y a más penitencia». Y Ella reacciona de tal manera en amor que cuando suba un día la escalera de Comunidad al claustro alto, sentirá cansancio físico pero al ver pintado en un cuadro a Jesús con la Cruz a cuestas, El le dirá, y no con palabras al modo de acá, cuan cansado caminó hacia el Calvario bajo el peso de aquella Cruz que contenía los pecados de todos los hombres de todos los siglos: «Señor ¡Ayúdame a trabajar cansada!», exclamará la Madre Teresa.

Más tarde seguirán atendiendo espiritualmente a La Santa el padre Prádanos y el padre Baltasar Alvarez. Y recibirá la visita de San Francisco de Borja, que fue gran duque de Gandía, el que ante el cadáver maloliente de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, había de exclamar dicho con versos de Zorrilla: «No más abrasarse el alma / en sol que apagarse puede / No más servir a señores / que en cenizas se convierten». Todos tranquilizan a La Santa, sobre todo más adelante el padre Baltasar Alvarez la consuela y asiste cuando insisten los amigos en calificar de mal espíritu el suyo...

CXCVIII.—ESPIRITU CARMELITANO

A este tiempo de la vida de nuestra Madre, Santa Teresa de Jesús, en el monasterio de La Encarnación, hacia 1557, y sucesivamente hasta que comenzó la Reforma de su Orden del Carmen en 1562, trató su espíritu con los padres de la Compañía de Jesús principalmente (padres Cetina, Prádanos y Baltasar Alvarez como va dicho, y con San Francisco de Borja con quien mantuvo correspondencia epistolar hasta que murió dicho Santo en 1572, diez años antes que La Santa) y luego con los dominicos (en su infancia y juventud había tratado ya con ellos), los padres de la «Orden de la Verdad», los grandes teólogos como el padre Ibáñez, el primero en defender el espíritu de La Santa científicamente y por escrito, y el padre Domingo Báñez que sabe precisar teológicamente «experiencias de espíritu declaradas por la Madre con alguna vaguedad y no pocos temores...». Eran los dominicos para La Santa «como de la familia», dice el padre Silverio.

La Madre Teresa conoce a este tiempo, además de los libros citados y otros muchos de piedad que las monjas de La Encarnación tendrían, los Libros Santos, muy especialmente los Evangelios y las Cartas de San Pablo: es decir, el Nuevo Testamento; pero también los Libros Históricos de la Sagrada Escritura y el Cantar de los Cantares... Todo lo cual se entiende por las citas en sus escritos. Y mucho más que aprendió escuchando sermones, de que tanto gustaba. La Pasión del Señor y algunos pasajes evangélicos dicen que diariamente «los vivía»... Crecía la santidad de la monja Teresa de Ahumada, y, claro está, que, si en estos años se aconsejaba por padres que no eran de su Orden, quienes modelaron su alma que entró en La Encarnación sin estar labrada y porque en este Monasterio tenía una amiga, motivo que algún director espiritual hubiera rechazado, fueron los Carmelitas Calzados y el propio ambiente del convento de donde sacaría tan numeroso grupo de santas religiosas para los nuevos monasterios de su Reforma.

Entre las mejores cualidades de la Santa señalan los autorizados biógrafos, que tratan su espiritualidad, la obediencia a sus confesores y la humildad profunda: humildad, «andar en verdad», nos definirá Ella. Y fe ciega en lo que enseña la Iglesia Católica: lección de ambiente conciliar y postconcilio entonces respectó al de Trento como ahora respecto al Vaticano II. Se ve favorecida entonces con visiones de la Santa Humanidad de Cristo: visiones imaginarias e intelectuales, que pueden leerse en los capítulos de su Autobiografía a partir del vigésimo... Dos años largos estuvo regalándose en una visión casi continua con «graciosas» apariciones de la Humanidad de Cristo: «Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mismo, si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz y en el Huerto, y con la corona de espinas, pocas; llevando la cruz también algunas veces, para, como digo, necesidades mías y de otras personas, más siempre la carne glorificada». Esto dice La Santa en el Libro de su Vida.

Todo esto sucedía en el Monasterio de La Encarnación: «La Tierra más santificada por la presencia de Cristo después de los Santos Lugares» en frase del Papa León XIII.

CXCIX.—LA TRANSVERBERACION

Entrando al claustro alto por la puerta de la escalera principal del monasterio de La Encarnación, citada y descrita en sus pormenores, miramos al norte, y doblando el ángulo de la izquierda nuestra seguiremos la línea de la galería occidental: allí hay actualmente un oratorio de doble estancia, que nos dirán fue celda de la Santa Madre. Es im-

ponente por su austeridad incomprensible: para el mundo de hoy: tal vez para el mundo de antaño y de siempre. Al fondo, un altar... Es un lugar santo como la capilla de la Transverberación en el templo del convento, en donde una losa granítica recuerda en el suelo la voz que se oyó al construirla: las mismas palabras de la voz del monte Horeb para Moisés desde la zarza que ardía sin consumirse: *"La tierra que pisas es santa"...*

«Desde a poco tiempo, comenzó Su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era EL, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quién me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba».

Considerando a La Santa en la más encumbrada contemplación concuerde nuestra voluntad verla en su arrobamiento llegando a que su privilegiada humanidad se haga ingrátida si habla en uno de los locutorios con San Juan de la Cruz en un día de la Santísima Trinidad; vea que ángeles cantan vísperas en una fiesta de la Asunción de Nuestra Señora; hable con San José «El Parlero»... Pero nada es motivo de tan sublime conmoción como el gran misterio teresista que se repetirá fuera del monasterio en la casa de doña Guiomar de Ulloa... El párrafo que a continuación se transcribe de la Autobiografía de La Santa, puede leerse sobre piedra en el muro lateral izquierda de la capilla de la Transverberación en el templo del monasterio: por la llaneza de su estilo, por la claridad con que explica brevemente el gran misterio que ha merecido sea perpetuado por la Iglesia en la Fiesta del 27 de agosto, debe grabarse indeleblemente sobre el corazón de todo abulense y de todo peregrino, pues se acaba proclamando como la filósofa Edith Stein (judía de nación; asistente del profesor Husserl, padre de la Fenomenología; luego carmelita y mártir en el campo nazi de Auschwitz, convertida por la lectura de la Autobiografía teresiana): *"Esta es la verdad"*.

«Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vía un ángel cabe mí, hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla... No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parecen todos se abrasan. Deben ser de los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen... Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba con sigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos; y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aún hartado. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento».

CC.—DOÑA GUIOMAR DE ULLOA

Se ha hecho alusión anteriormente a las salidas de La Santa Madre Teresa de Jesús del monasterio de La Encarnación siendo monja de su venerable Comunidad. A Becedas para curarse y a su casa para cuidar de su padre durante la enfermedad final de su vida terrena. No se ha dicho que a la muerte de don Alonso se suscitaron pleitos entre los hijos del primero y del segundo matrimonio, por los años de 1548..., que dieron mucho que sufrir a la Monja de La Encarnación, quien mantuvo una posición equidistante de unos y otros, velando el honor familiar pues que no faltarían hablillas picantes en torno a las desavenencias... La Santa, que era uno de los testamentarios de su padre don Alonso, tal vez para lograr la reconciliación de sus hermanos, prometió y cumplió una romería al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe: un gran viaje, acompañada de otra monja y con otras muchas personas romeras al Santuario famoso en toda España y más allá de los mares. Salobral, Niharra, Solosanco, Menga Muñoz, Venta de Santa Teresa, fueron jalones de la primera jornada. Luego a la Venta del Obispo, Cueyas del Valle, Mombeltrán, Arenas de San Pedro... La tercera etapa dicen que fue por Talavera, Puente del Arzobispo a Oropesa, para internarse «en los riscosos montes de Guadarranques, en uno de cuyos repliegues se halla el opulento monasterio jerónimo...». «Cuánto pediría Ella, dice el padre Silverio tan piadoso, por sus hermanos y parientes, por los sacerdotes a quienes tanto veneraba y a quienes quería tan ejemplares y celosos, por la dilatación de la fe en el Nuevo Mundo y por sus infatigables misioneros, por los Reyes, por el pueblo español y por toda la Cristiandad!...».

La salida más larga del monasterio de La Encarnación, hecha por la Madre Teresa, siendo monja de su Comunidad, fue sin duda los tres años que pasó seguidos en casa de doña Guiomar de Ulloa, viuda de don Francisco Dávila, Señor de Salobralejo. Era rica y dice la Santa: «Ella por sí tiene mayorazgo, sin el de su marido, y aunque quedó (viuda) de veinticinco años, no se ha casado, sino dándose mucho a Dios. Es espiritual harto. Ha más de cuatro años que tenemos estrecha amistad que puedo tener con hermana». La Madre Teresa hubo de salir del monasterio a casa de una parienta suya que había entendido la necesidad que tenía la religiosa de libertad para escoger confesor por cuanto sufría de dudas acerca de su espíritu. Conoció a doña Guiomar en San Gil: ambas se confesaron con el P. Prádanos, obteniendo gran provecho de la nueva dirección espiritual. La vida en casa de doña Guiomar era como de convento: toda de oración y penitencia. En esta casa, parece que como *doncella*, vivía también la Madre Maridíaz: la pobre y ejemplar *Evangélica de Vita*, que luego vivió como *Enamorada del Santísimo Sacramento* en la tribuna de la capilla de San Millán. Hizo también La Santa un viaje a la Aldea del Palo, adonde llevó doña Guio-

mar al P. Prádanos para que curase la enfermedad que por el mucho trabajo había contraído, pasando por Alba de Tormes para ver a sus hermanos. Y más tarde visitó a su hermana María, en Castellanos de la Cañada por haber tenido revelación de que moriría repentinamente como su esposo don Martín de Guzmán y Barrientos, que acababa de fallecer por este tiempo de 1557.

CCI.—LA DESCALCEZ CARMELITANA

El mejor fundamento para el comienzo de la Reforma de la Orden de Nuestra Señora del Carmen fue la perfección a que había llegado la Madre Teresa de Jesús. Representa la Santa todas las virtudes, todos los valores máximos característicos del Carmelo: espíritu de oración, soledad, penitencia y celo por la salvación de las almas... *"El zelo de tu casa me devoró"*, mote del escudo carmelita. Hacia el año 1560, tuvo una visión horripilante del infierno. Nos le ha definido la Santa como *el lugar en donde no hay amor*; pero además aquí nos habla de haberle visto a *manera de un callejón largo y estrecho, «a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor y muchas sabandijas malas en él. A el cabo estaba una concavidad metida en una pared, a la manera de una alacena, donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido»*. Luego fuego en el alma, dolores corporales inportables, y ver que habían de ser sin fin y sin cesar jamás... «Decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco». «Estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas y todo ahoga».

«Los efectos que causó en el alma buena de doña Teresa de Ahumada tan temerosa y espeluznante visión, dice el Padre Silverio, fueron de mayor estímulo en la virtud, de mayores aumentos en el amor, de más acelerados acercamientos a Dios y de más intensos anhelos por la salvación de las almas». Maravilloso el espíritu de la Madre Teresa: cuando San Pedro de Alcántara le examina y conoce a través de las conversaciones sostenidas en el locutorio de La Encarnación, en la casa de doña Guiomar de Ulloa, en el confesonario de Santo Tomé, en la Catedral y en la iglesia de Mosén Rubí, principalmente, la primera norma que la dice como de positiva conclusión es que *el Señor no inspira a las almas temores que las alejen de EL, y que el demonio no inspira a las almas sentimientos que las acerquen a DIOS*.

En consecuencia Santa Teresa de Jesús vive como dice la conocida expresión: «que es mi Amado para mí, y soy yo para mi Amado», ejemplarizando a las religiosas y seglares, entre ellas algunas familiares suyas, que se recreaban en su celda. Y así en una reunión se habló de

hacer un pequeño monasterio a la manera de las Descalzas de San Francisco... «Doña Guiomar no lo tomó como burla, sino con muchas veras salió a ello diciendo que se hiciese, y daba orden como se le pudiese dar renta», según el Padre Ribera. Y así se resolvió fundar el monasterio de San José, primero de la Reforma Teresiana. Aconsejaron positivamente los Padres Baltasar Alvarez, jesuita; Pedro de Alcántara, franciscano y Luis Beltrán, dominico, este santo por carta. El pueblo murmuró de los intentos de la Madre Teresa; pero el Señor la urgía y el Padre Ibáñez, confesor dominicano de la Santa también aprobaba el plan de la Madre Carmelita y de doña Guiomar. Lo mismo sienten Francisco Salcedo y el maestro Daza que tanto habían contradicho del buen espíritu de la Santa. Hay alboroto monjil en La Encarnación que los historiadores disculpan, y hasta miedos a la Inquisición; pero la fundación de San José da comienzo.

CCII.—UNA CASITA PEQUEÑA

«Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio y que se serviría mucho en él, y que se llamase de San José, y que a la una puerta nos guardaría él y Nuestra Señora la otra y que Cristo andaría con nosotras...» Así cuenta en el Libro de su Vida (cap. 32) la Madre Teresa de Jesús, quien habla en el capítulo 33 del mismo Libro de la siguiente manera: «Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles?, que, aunque fuera mujer, si tuviera libertad; mas atada por todas partes, sin dineros, ni de dónde los tener, ni para Breve, ni para nada ¿qué puedo yo hacer?, Señor!»

Ahí tenemos el Monasterio de San José, de LAS MADRES, como se le llama de antiguo familiarmente, primera fundación teresista; Primer Palomarcito de la Virgen, primer Monasterio de la Reforma de la Orden del Carmen... Un motivo excepcional entre los que Avila tiene para ser conocida y honrada en todo el mundo: algo que ha de conservarse con mimo, piedra por piedra, procurando ensalzarle urbanísticamente hasta conseguir, si posible fuera, engarzar esta joya en una zona bien aislada de todo peligro de ruidosa circulación rodada... La imagen de Nuestra Señora del Carmen guarda su puerta y la imagen de San José guarda la puerta del templo.

Mediado el año 1561 compraron doña Guiomar de Ulloa y la Santa «una casita muy pequeña», señala el Padre Heliodoro del Niño Jesús, carmelita descalzo, en su libro «La Obra de Santa Teresa y su primer Monasterio». Más tarde compraron otras y así se fue levantando lo que

es hoy el histórico convento de San José. Les ayudaba en todo el Glorioso Patriarca de quien Santa Teresa será panegirista. Pero este convento se hacía sobre todo porque el Señor, Cristo Jesús, lo mandaba imperiosamente: «Ya te he dicho que entres como pudieres... ¡Oh codicia del género humano, que aún tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí YO al sereno por no tener a donde ME meter!...» A la Madre Teresa de Jesús, que había pensado no llevar aquello traza de ser monasterio, después de las palabras del Señor pareció todo mejor, aunque pequeño; y la fundación se inauguró el 24 de agosto de 1562, habiéndose preparado todo con gran sigilo, que no es para contar aquí. El obispo de Avila, don Alvaro de Mendoza, tomó el Convento bajo su protección; dijo la primera misa don Gaspar Daza; asistieron la Madre Teresa; sus primas, monjas de La Encarnación Inés y María de Tapia; el «Caballero Santo» y don Julián Dávila, primer capellán; el clérigo don Gonzalo de Aranda y los hermanos de la Santa, doña Juana de Ahumada y don Juan de Ovalle, su esposo, quienes la sirvieron mucho al objeto de las obras mientras duró la adaptación de las casas adquiridas.

Para acercarnos a este Monasterio en donde la Santa escribirá después de cinco años haber pasado en él los más tranquilos de su vida, podemos descender desde la calle del Duque de Alba por la del Padre Silverio de Santa Teresa, o desde la calle de San Juan de la Cruz ascender por la de «Las Madres» hasta las puertas del Convento, del templo suntuoso y de la Capilla Primitiva.

CCIII.—EL ARQUITECTO MORA

Así pues, las cuatro religiosas primeras, "*Los cuatro postes*" de la Reforma, como las llamó un escritor carmelita fueron Ursula de los Santos, Antonia del Espíritu Santo, María de la Cruz y María de San José.

El convento era pequeño. Cuando San Pedro de Alcántara visitó el Monasterio en 1562 dijo con gozo: «Verdaderamente es propia esta casa de San José, porque se me representa en ella el pequeño hospicio de Belén». Hoy el templo es mayor; pero el Monasterio casi como era: cuatro siglos religiosamente quietos.

Es la iglesia de San José, de Las Madres, la estrella que vió San Luis Beltrán, dando luz a todo el mundo; se llamará Iglesia de Santos y en ella se harán muchos milagros, dijo también la Santa... Fue arquitecto Francisco Mora, discípulo de Juan de Herrera, a quien aseguró un franciscano que ganaría su alma por esta obra. Y antes de comenzarla fue

a venerar el cuerpo de la Santa en Alba. Cuando regresó a nuestra ciudad cayó de la mula siendo arrastrado, invocando a la Santa Madre Teresa de Jesús y resultando ileso del accidente. Se estaba construyendo ya el templo y la construcción iba saliendo en falso. Registró Mora la obra y no sólo la edificó de nuevo, sino que él mismo procuró recursos económicos para llevarla a buen fin. Es un edificio renacentista herreano en todos sus detalles.

La iglesia primitiva está dedicada a San Pablo, con tres altares: el central con una tabla muy bella del XVI; el de la derecha, con un cuadro de la Santa, y a la izquierda una predela con las figuras de la Doctora Mística confesando con San Pedro de Alcántara, y sobre Avila una estrella que se dejó ver durante los días que el Penitente alcantarino permaneció aquí la primera vez que vino. El templo de San José comenzó a edificarse ya en tiempo de la Santa y tuvo Ella gran preocupación por la capilla que había de erigir con el dinero que a dicho fin había dejado su hermano don Lorenzo de Ahumada: es curiosa la correspondencia con la Priora del convento de Sevilla en torno a este asunto. El acceso es bajo un pórtico de tres arcos con verja forjada a martillo y sostenido por esbeltas columnas. La imagen de San José con el Niño es notable obra escultórica del portugués Giraldo Merlo, regalada por Felipe III. Las puertas son de madera incorruptible traída del Brasil. La pavimentación, de mármol blanco. Parece que Mora mandó derribar en 1608 todo lo edificado anteriormente menos las capillas de su hermano Lorenzo, dedicada al Santo de su nombre; la de Julián Dávila y Gaspar Daza hoy de San Juan de la Cruz y la frontera de don Francisco Guillamas. Las tres restantes fueron construídas por el arquitecto a su cuenta, reservándose para sí la de la izquierda de la entrada al templo, donde estuvo el cuerpo de la Santa depositado. Mora, empero, fue enterrado en Madrid y la capilla conserva la inscripción del Licenciado Mena, capellán de las Madres. Reconstruído el templo, pues, a base de sillares graníticos, su bóveda es jaspeada naturalmente, como la de los más bellos monumentos abulenses. Desde su fundación pretendieron muchos nobles tener su enterramiento en Las Madres. El Excelentísimo Cabildo Catedral ejerce el patronato de la Capilla Mayor, celebrando estación todos los años en este templo en la fiesta de San Bartolomé Apóstol, aniversario de la Fundación.

CCIV.—ENUMERACION DE MOTIVOS

La dedicación a San José del convento de LAS MADRES queda justificada en palabras de Nuestro Señor Jesucristo y en la devoción de la Madre Teresa de Jesús al Glorioso Patriarca. También se llaman de San José los conventos que fundó en Medina del Campo, Malagón, Toledo, Salamanca, Segovia, Beas de Segura, Sevilla, Palencia y Burgos.

La imagen de San José, canónicamente coronada en la clausura del AÑO SANTO TERESIANO, IV Centenario de la Reforma de la Orden del Carmen, por su eminencia el cardenal Larraona, el día 24 de agosto de 1963, preside el altar mayor: una talla en madera del mejor gusto artístico «estilo Alonso Cano», en el centro del retablo neoclásico, que contiene pinturas representando la Coronación de la Santísima Virgen, San Joaquín y Santa Ana, San Elías y Santa Teresa de Jesús, con San Pedro y San Pablo en la predela. En altares laterales, esculturas de San Bartolomé y Santa Teresa de Jesús respectivamente, y cuadros de San Juan Evangelista y San Juan de la Cruz, todo del mismo estilo. Frente a la reja del coro que se ve en el lado derecho del altar mayor, izquierdo de quien mira, está un hermoso sepulcro, con estatua orante labrada con capisayos episcopales. La inscripción dice así, traducida del latín: «Alvaro de Mendoza, en tiempos obispo de Avila, después de Palencia y conde de Pernia, fue fundador de esta capilla y asimismo benemeritísimo protector de este monasterio y de toda la Orden. Murió el XIX de abril de MDLXXXVI». La escultura se atribuye al hijo de Juan de Juni, Isaac. Recuérdese que la estatua, orante también, de San Segundo, en la capilla del Puente, fue un encargo de doña María de Mendoza, hermana del obispo, don Alvaro, al famoso escultor franco-español, con taller en Valladolid por aquel tiempo.

La Capilla de los Guillamas es notable por sus proporciones, por el retablo dedicado a la Asunción de la Santísima Virgen, con cuadro firmado por Pantoja (1606) y por las estatuas orantes de D. Francisco Guillamas Velázquez (Sr. de las villas de La Serna, Vadillo y Los Pozos, maestro de Cámara de los Reyes Felipe II, III y IV y tesorero de las Reinas doña Ana, doña Margarita y doña Isabel, que murió de 82 años en Madrid a 13 de octubre de 1637 y de su esposa doña Catalina Rois Bernaldo de Quirós.

Actualmente se muestran en la sacristía varias reliquias de la Santa, cual Santo Cristo «que llaman del Piojo», pues la Santa Madre le encomendó, componiendo un letrilla (*Pues nos dais ropa nueva / Rey celestial / librad de la mala gente / este sayal*) y cantándola procesionalmente, que las religiosas al usar ropas de lana no lo criasen. La celda de la Santa, convertida en oratorio forma hoy parte del noviciado... Tres son las ermitas en la huerta: la de Jesús atado a la Columna, por Jerónimo Dávila, que hemos llamado «Jesús del Amoroso Silbo», aparece de tamaño natural, pintado al fresco: «causa gran respeto y veneración, explica el marqués de San Andrés. Esta imagen, dice en AVILA Y SUS MONUMENTOS, la hizo pintar la Santa, mas como el pintor no acertase a representarla según ella deseaba, incomodado dió con un instrumento de hierro contra el brazo del Señor para borrarle, inmediatamente empezó a correr sangre que coagulada aún se ve con claridad...

CCV.—GRANO DE MOSTAZA

Así titula el Padre Heliodoro del Niño Jesús el Epílogo de su precioso libro «La obra de Santa Teresa y su primer Monasterio», que se ofrece a los visitantes en el Convento de Las Madres, como en el de La Encarnación se ofrece traducido con acierto a varios idiomas otro librito, al igual que éste muy bien presentado e ilustrado con estupendas fotografías para más fácil rememoración de la visita. «Las doscientas monjas profesas que ha dado el Convento de San José de Avila en sus cuatro centurias de existencia, han sido otras tantas antorchas encendidas que, además de guiar por los caminos de la ciencia teresiana, han prendido fuego en los cinco continentes».

Y es verdad: todo el segundo tomo de su magna obra, VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS, dedica el Padre Silverio a explicar el Monasterio en su ser físico y espiritual. Seiscientas cincuenta páginas en cuarto mayor dan a conocer en amenísimo estilo, constituyendo al paso todo un tratado para modelo de vida espiritual, cómo nació, creció y vive el Monasterio al cual miran centenares de conventos en todo el mundo y millares de religiosos de ambos sexos esparcidos en grandes ciudades y en campos de misión. Los preliminares de la Reforma, la Fundación, la Santa en la casa de doña Luisa de la Cerda en Toledo, sus preocupaciones sobre la práctica de la pobreza en la Reforma de la Orden del Carmen, el apoyo del obispo Mendoza, la espiritual asistencia de San Pedro de Alcántara, los alborotos de la inauguración en la Ciudad, el pleito de las Descalzas con el Concejo de Avila. La Santa viviendo con ellas... Ahora, en la serenidad del espíritu teresista viene su productividad asombrosa: celo por la salvación de las almas, particular afecto para quienes luchan por la Fe, amor a los sacerdotes y religiosos que quiere doctos y virtuosos, restauración de la Regla primitiva aprobada por Inocencio IV a petición de San Simón Stock... La inocencia vestida de penitencia.

La Santa ejercitó en la oración, como maestra insuperable, a sus novicias de San José, tan aventajadas luego que, aunque parece que el mundo las tenía ganadas antes de su ingreso en el Monasterio, fueron el modelo para el *Camino de Perfección* que escribe la Madre Teresa sobre el poyete que aún se conserva en la que fue celda, tal como se nos muestra en una de las estancias transformada en Museo, visitable desde la calle, que contiene reliquias, escritos, libros, reproducción de la celda de la Santa y joyas de arte vario. Estima la Santa el rezo del Oficio Divino y la oración vocal consolando a quienes no llegan a tener contemplación: estima la claridad y llaneza con los confesores; encomia y da ejemplo en la obediencia a los mismos; conculga fervorosamente adelantándose en ejemplarizar con la recepción del Santísimo Sacramento; no quiere «devociones a bobas»... Y sigue el Padre Silve-

rio en los distintos capítulos hablando de las virtudes teologales de Santa Teresa, la posesión de las virtudes cardinales, su penitencia, su humildad. «Llegó Ella por introspección y delgado análisis psicológico a la misma conclusión que el filósofo y el teólogo por discurso y deducción de principios». El *"noverim te, noverim me"* de San Agustín versión de la Santa en estas palabras que se leen en una merced que el Señor la concedió: «Esta es la verdadera humildad, conocer lo que puede (el alma) y lo que YO puedo (Dios)»; «Andar en verdad».

Viviendo en Las Madres pudo Ella escribir aquella frase: «Ahora todo va con amor».

CCVI.—LAS DOS MADRES: "LAS SUBLIMES"

En aquel tiempo... ISABEL fue la aurora y TERESA el Sol de España encendido en Castilla para alumbrar la plenitud de los días imperiales: para iluminar a quienes en Europa se hundían en tinieblas y sombras de muerte, y guiar desde la más alta cumbre de la Espiritualidad las sendas de quienes en un mundo nuevo se arrastraban en busca de las riquezas materiales y placeres pasionales, al lado mismo de quienes al tiempo (ángeles malos y buenos en la colonización) asentaban el Imperio consagrado al *Gran Rey*, que reinó desde una Cruz... Para ésto quiso ISABEL descubrir; para ésto quiso TERESA orar y sacrificarse, y fundar monasterios en donde los seres más inocentes fueran penitentes.

ISABEL y TERESA son abulenses. *"A la Ciudad de Avila, cuna de Santa Teresa, con la expresión de mi amor a la Tierra de Avila, cuna de la más grande de nuestras Reinas"*, escribió FRANCISCO FRANCO, Caudillo de España, como dedicatoria de una fotografía para ser publicada en EL DIARIO DE AVILA, foto que se conserva en el despacho del Gobierno Civil. Y ambas tienen dos principales puntos de contacto en «La Emoción de la Ciudad»: emociona en verdad pensar que la Casa natal de la Santa fue un día motivo de inquietud espiritual para Isabel LA CATOLICA, como lo manifestaba a Fray Hernando de Talavera, que fue su confesor, en una carta del año 1492, por ser Casa de la Moneda o Ceca del Reino, luego comprada por don Alonso Sánchez de Cepeda. Y emociona pensar que LA SANTA tuvo consuelos para su alma y visiones celestiales en el templo del Real Monasterio de Santo Tomás, construido merced a la munificencia de ISABEL recogiendo su cruce-ro, bajo los arcos de pétreas palmeras de la gótica crucería, los restos mortales de su hijo, único varón, bajo cuyo mando hubieran podido ser los destinos de España distintos, si no supiéramos que no se mueve la hoja del árbol sin que por medio ande la Divina Providencia, signo general de la proyección de la Humanidad en el tiempo...

Nuestras DOS MADRES, en relación sobre el tema de la EMOCION DE LA CIUDAD: Madre ISABEL, a quien llamaron los suyos, Soldados de la Cruz, MADRE DE LOS CAMPAMENTOS; Madre TERESA, a quien la Iglesia toda proclama, en otro género de lucha, MADRE DE LOS ESPIRITUALES. Gabriel y Galán escribió versos inmortales que todo el mundo, todo hispano por lo menos, debe conocer, bajo el título LAS SUBLIMES: «¿La conoces, musa mía?... / Es modelo soberano / bosquejado por la mano / de la gran Sabiduría. / Es el más dulce buen ver / de tus visiones risueñas; / es la mujer que tú sueñas / cuando sueñas la mujer. / La discreta, la prudente, / la letrada, la piadosa, / la noble, la generosa, / la sencilla, la indulgente... / Hela, hela, musa ruda. / —¿No la cantas?... / —No la canto. / —¿Por qué, si la admiras tanto? / —Porque si admiro, soy muda. / —¿Y cuál es la maravilla / que así admiras muda y queda? / —O es TERESA DE CEPEDA, / o es ISABEL DE CASTILLA».

Vamos, pues, al Real Monasterio de Santo Tomás, lugar teresiano y monumento gótico isabelino.

CCVII.—EL REAL MONASTERIO DE SANTO TOMAS

Estamos ante un monumento imponente por su arquitectura, que suelen catalogar como perteneciente al gótico florido; singular empero el conjunto de la fábrica, por una serie de peculiaridades que nos advierte de un pensamiento avanzado a la transición: predominio de líneas rectas, arcos rebajados, dinteles y arquivoltas de variadísimo diseño, de tal manera que se afirma no haber ninguno repetido... Esa maravilla de presbiterio en alto, el adorno de bolas existente ya en nuestro románico, el otro adorno característico y conmemorativo de ramos de granadas, yugos y flechas... El enmarcamiento del Escudo de la España UNA!... La sencillez de líneas en el claustro conventual, la solémnidad del segundo claustro correspondiente a las funciones religiosas del templo y que llaman del Silencio y de Difuntos, y el claustro tercero tan luminoso y alegre como la ciencia y los estudiantes que a la posesión de la sabiduría dedican sus afanes y días mejores: el claustro universitario y del Palacio Real. El remate del frontispicio del templo y la espadaña en ángulo, parecen precedentes de los frontones triangulares que ha de traer el Renacimiento consigo. Y las verdaderamente regias escaleras que desde el claustro del templo conducen al coro y desde el zaguán de la puerta carretera en el ángulo nordeste del claustro de Reyes conducen a las habitaciones que ocuparon Isabel y Fernando... También la puerta neoclásica de acceso a la Sacristía, y la escalera irregular formada por bóvedas semiplanas, de medio punto rebajadas, de cuerno de vaca, para subir a las actuales celdas monaca-

les y servicio de biblioteca... Todo señala una transición arquitectónica respecto al renacimiento como la Catedral nos la indica respecto al gótico.

Fue fundado el Monasterio por doña María Dávila, esposa de Núñez Arnalt, de quien se habló al tratar de *Villa Dei* y del convento de Santa María de Jesús, en cuyo coro reposan sus restos mortales; pero el primitivo convento no iba más allá del primer claustro y enfermería de hoy: lo que durante la Cruzada de Liberación fue albergue de la Academia de Alféreces Provisionales bombardeado y reconstruido con fortuna y acierto. Los primeros religiosos vinieron de Segovia con Fray Tomás de Torquemada en 1478. Los Reyes Católicos ampliaron la casa conventual en conmemoración del final de la Reconquista, destinando a las obras algunos bienes confiscados a herejes y judíos. Puso Fray Torquemada la primera piedra del edificio nuevo a 11 de abril de 1482 y se dió por terminado el día 30 de septiembre de 1493. El arquitecto fue Martín de Solórzano.

El M. Rvdo. Padre Claudio García, O. P., publicó en 1964, en la Revista STUDIUM, con motivo de la inauguración, con fecha 2 de febrero de dicho año, del Instituto Pontificio de Teología del convento, un trabajo magnífico titulado LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS DE AVILA. Explica los orígenes del convento de Santo Tomás, orígenes de la Universidad de Avila, reformas de Carlos III, la extinción y restauración de dicha Universidad en los reinados de Carlos V y de Fernando VII, y la clausura definitiva el 24 de septiembre de 1824 en virtud de Real Orden... Todo lo explica el Padre Claudio García documentalmente, dando por fundador verdadero del Monasterio a Fernán Núñez Arnalt, conforme al testamento que otorgó.

CCVIII.—LA "CUNA" PALIDA

Va dicho que el Real Monasterio de Santo Tomás es uno de los lugares de peregrinación teresista, visitado por la Santa cuando joven y luego por la Madre Teresa monja y fundadora, buscando siempre la sabiduría de los letrados para contrastar su espíritu. Eran los padres dominicos «como de la familia» de la Madre Teresa, y destacan entre otros por sus relaciones con Ella, los padres Vicente Barrón, confesor de Teresa joven, y los padres Báñez, Ibáñez y García de Toledo (de la familia del Gran Duque de Alba) más tarde, así como también el padre Bartolomé de Medina, en Salamanca, etc.

Como la desamortización de Mendizábal condenó este Monasterio a venta en el año 1836, pasó a propiedad del Estado hasta que le compró

don José Bachiller en 1844 en sesenta y ocho mil duros. El adquirente, hombre culto y de buenos sentimientos reparó los desperfectos que habían causado primero los franceses, y los caballos y mulos durante el tiempo que el Estado tuvo el suntuoso templo con sus joyas como cuadra, quedando tan destrozado como vemos el aún magnífico sepulcro del Infante don Juan de las Españas; hijo de los Reyes Católicos, en el crucero, e igualmente los sepulcros: del fundador Núñez Arnalt, cuyos restos están recogidos en la capilla de Nuestra Señora de Fátima, pues fue la principal una estatua yacente con paje a sus pies, etcétera, todo labrado por Vasco de Zarza, y el otro de la capilla de Santa Catalina de Sena, que se puede atribuir a Isidro Villoldo por analogías de estilo, en el que yacen don Juan Dávila y su esposa doña Juana Velázquez de la Torre, «amos del muy alto y poderoso Príncipe don Juan», como consigna su inscripción, habiendo muerto respectivamente en los años 1487 y 1504.

Todos los sepulcros mencionados están labrados en alabastro finísimo. Y es el más notable, situado en el centro del crucero, el del Príncipe don Juan de las Españas, obra de Domenico de Alessandro Fancelli da Settigmano. El jesuita padre Cué ganó la flor natural del Centenario de los Reyes Católicos (1951-52) con un poema de cuya última parte son estos versos: «Don Juan, para nacer, qué bien Sevilla / Don Juan, para morir, en Salamanca / Don Juan, para dormir y descansar / la Tierra de Avila. / Para nacer, un junio de Sevilla / y bautizarse en sol, en sal y gracia. / Para morir, en octubre, entre oros secos / de árboles y de piedra en Salamanca. / Para dormir a gusto / la eternidad de Avila. / Para anunciar a España un nuevo Príncipe, / ¿qué campanario como la Giralda? / Para tocar a muerto regiamente / no habrá campanas como en Salamanca / el silencio de Avila... / Duerme, Infante. / Descansa. / La que acunó tu infancia de Sevilla / te encargó esta otra cuna blanca en Avila, / tierra de vientos altos que conservan / sin corrupción las cosas y las almas... / No tengas miedo, niño; aquí a tu lado / te vela Torquemada... / Duerme, Infante Don Juan, aunque en la silla / del coro ya no está Isabel sentada / pero allí están las Flechas y está el Yugo / y sobre ellas el águila!... / Guarda, Infante, a Castilla! / Ella guarda a Granada! / Para guardar Castilla basta un niño / en una cuna en Avila. / Para guardar Granada ha de estar Ella / mirando siempre al Africa. / En Granada una Reina y un Infante en Castilla / guardan entre los dos a toda España!...».

CCIX.—LA HOSTIA INCORRUPTA

Patio de Reyes, habitaciones regias (donde se admira hoy un espléndido *Museo de Oriente* formado con aportaciones remitidas desde los centros misionales dominicanos en Indochina principalmente, Museo que puede ser visitado, incluso por señoras y señoritas, siendo sus

colecciones de una riqueza maravillosa, fantástica e indescriptible) y la Hostia Santa del Proceso Inquisitorial y Auto de Fe celebrado en el Monasterio con motivo del rapto, prisión y martirio del Santo Niño de La Guardia... De todo ésto gusta mucho hablar con detenimiento en una visita al Monasterio de Santo Tomás, «El Real».

Del *Museo de Oriente* puede solicitarse folleto y catálogo; del Santo Niño de La Guardia y de la Sagrada Forma incorrupta que se guarda en el Sagrario de la Iglesia conventual, en estuche de nácar enriquecido por la esposa del Príncipe don Juan, doña Margarita de Austria, con guarnición de plata, escriben todas las Guías de Avila con poco acierto las más y con rigurosidad histórica las menos: la última palabra divulgadora está dicha por el padre Pedro Lumbreras O. P. y publicada en un folleto titulado LA SAGRADA FORMA MILAGROSAMENTE CONSERVADA EN LA IGLESIA DE SANTO TOMAS DE AVILA (Centro Cultural Abulense, 1945) que comprende los siguientes puntos: I) *El Martirio del Santo Niño de La Guardia*, robado en este pueblo toledano y en cuyo cuerpecito reprodujeron unos judíos supersticiosos la Pasión del Señor, extrayéndole luego el corazón para con él hacer un hechizo y envenenar, según creían, las fuentes de los cristianos. Menéndez y Pelayo ha escrito: «Del crimen de La Guardia no puede humanamente dudarse, está judicialmente comprobado hasta en sus ápices...» Y dice Menéndez y Pelayo también: El Edicto de expulsión de los judíos «tantas veces y tan contradictoriamente juzgado, pudo ser más o menos político, pero fue necesario para salvar aquella raza infeliz del continuo y feroz amago de los tumultos populares». Mas no fue así en Avila siempre: también está por fortuna estudiado tema tan interesante por Pilar León Tello en uno de los más interesantes libros de la Colección TEMAS ABULENSES, del Instituto «Gran Duque de Alba», de la Diputación Provincial, con el título JUDIOS EN AVILA. II) *Origen de La Sagrada Forma*, tercera de las que obtuvieron los judíos, que a Benito García de las Mesuras fue entregada por el sacristán de La Guardia y que le fue hallada en un mesón cerca de Astorga, siendo allí prendido y de allí enviado a Segovia, viniendo por fin a nuestra ciudad, con los demás complicados y el cuerpo del delito. III) *Milagro perenne* de su incorrupción.

Pedro González Berruguete, pintor del retablo mayor de Santo Tomás de Aquino, con escenas de la vida del Santo, Evangelista y Padres de la Iglesia, etc., pintó también otros cuadros que del claustro fueron arrebatados y se hallan en el Museo del Prado, uno de ellos alusivo al Auto de Fe celebrísimo celebrado en Avila. El coro es también bellísimo, como el retablo mayor, y tiene su leyenda: su labra en madera de peral es finísima y su ornato es a base de dibujos todos distintos y remate de cardinas. Notables son las sillas de los Reyes, y los escudos de España, y el de la Orden Dominicana en un solo asiento.

CCX.—RECONSTRUCCIONES

Para don José Bachiller fue una ruína la compra del Real Monasterio de Santo Tomás. Los buenos sentimientos del comprador le llevaron a pedir en 1851 al prelado abulense que autorizase culto en el templo restaurado a sus expensas... Luego, muerto Bachiller, «lleno de deudas», un periodista, redactor de LA ESPAÑA, habiendo visitado Avila le habló a la Reina Isabel II, quien lo compró el 6 de mayo de 1863, cediéndolo al señor obispo, dominico, Fray Fernando Blanco en 1865... Por ello podemos nosotros reconstruir una escena de Navidad de nuestra Madre ISABEL «La Católica».

«Cuentan que una Nochebuena quiso Ella rememorar el Misterio de Navidad al modo franciscano que le sentía... Bajo el amplísimo presbiterio del altar mayor se instaló un Belén, seguramente como hemos visto hacer a los padres en nuestros días. El Príncipe don Juan, diestro en tañer instrumentos de música, con su maestro Juan de Anchieta, se encargó de unificar por vez primera los miembros de la que había de ser primera Capilla Real de España, y que por entonces eran aún independientes, de las Capillas Musicales respectivas de Isabel o de Fernando: Francisco de Peñalosa que iría después a Roma, Alonso de Mondéjar, Lope de Baena y otros cantores grandes y chicos, desde los organistas hasta los niños de coro... Los Reyes Católicos impulsaron las artes al tiempo que forjaban la España Imperial, haciéndolas en todo españolas, y no hubo en su Corte músicos extranjeros. Las infantas, DOÑA ISABEL, dolor de la Reina en su esperanza ibérica; DOÑA JUANA, dolor de Madre dentro del propio solar castellano: DOÑA CATALINA, puñal desprendido del Corazón inmaculado doloroso de la Virgen de las Angustias de Arévalo para que Nuestra Madre Isabel participara directamente de la Pasión de Cristo a través de la escisión sangrante que una herejía produce a la *Esposa del Cordero Divino* que es la Iglesia Católica, siendo esta *Princesa española y Reina inglesa*, víctima primera... Estas hijas de Isabel de Castilla, a quien con emoción queremos alguna vez nombrar SANTA ISABEL DE ESPAÑA, participaron en aquella que fue felicísima conmemoración navideña, en la Capilla de Santo Domingo convertida, bajo el altar mayor, en Gruta Belemita... Dicen que el Niño era una escultura enviada expreso por Alonso de Berruguete, en plenitud entonces de su producción maravillosa y devota. Y que se cantaron villancicos de Fray Antonio Montesino, de Juan del Encina y del padre de Isabel «La Católica», don Juan II de Castilla: "*Desterrado parte el Niño... El destierro que sufría / es la llave con que abris / al mundo que redemía / la Ciudad en que Dios mora / Y llora: / Callad, mi Señor, agora*" (Montesino) "*Anda acá, pastor, a ver al Redentor... / —Anda acá, Minguillo, / deja tu ganado / toma el caramillo / zurrón e cayado: / vamos sin temor / a ver al Redentor*" (del Encina)... "*¿Qué quieres, pastor, di?... / —Vengo enaño-*

redo / del que veis allí. / —Llégate acá, pastor, / pues te enamoraste / del Divino Amor" (Juan II)... El Belén de ISABEL era un mundo inmenso, y fue más feliz Ella creyendo que para el Zagalillo Divino a quien los villancicos cantaban: *Un solo rebaño para un solo Pastor*. El anhelo de Isabel «La Católica», un anhelo universal.

CCXI.—LAS CUATRO CORONAS

Es la Capilla del Santísimo Cristo del Real Monasterio de Santo Tomás, donde se venera uno de los confesonarios de la Madre Teresa de Jesús que más motivos de emoción y meditación ofrece: «Ví a la Santísima Virgen estar poniendo al Padre Ibáñez (su confesor) una capa muy blanca»; en donde ante la impresionante imagen del Señor crucificado se dijeron tal vez versos como éstos: «No me mueve, mi Dios, para quererte / el Cielo que me tienes prometido... / aunque lo que espero no esperara / lo mismo que te quiero, te quisiera»... Aquí fue la visión estática: «El (día) de Nuestra Señora de la Asunción, en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vinome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aún pareceme que no pude ver alzar, ni oír Misa, que después quedé con escrúpulo de ésto. Parecióme estando así que me veía vestir una ropa de muchísima blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía, después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, a mi Padre San José al izquierdo... Parecióme haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso asida una cruz a él de mucho valor».

Hay más que hace lugar teresista de mucha estimación a este templo de Santo Tomás de Aquino: la evocación de la otra doctora de la Iglesia, Santa Catalina de Siena, y hay en la capilla de Santa Rosa de Lima un cuadro barroco de bellos colores y simbolismo multiforme representando "*Las Cuatro Coronas de Santa Teresa de Jesús*". Sobre la imagen de La Santa de Avila extiende sus alas una Paloma, que representa al Espíritu Santo, que por si no se entendiére lo dice una inscripción latina: «descansó sobre Ella el Espíritu del Señor», y del pico salen, cual rayos de luz a la frente de Teresa, los divinos dones.

La primera corona, de laurel y de mirto, la trae un ángel a Teresa, en honor «AL PATRIARCADO por haber fundado una familia insigne en santidad y ya (en los principios del Siglo XVII, la época del cuadro) difundida bien extensamente por todas las regiones de la Religión Católica en el Orbe»; la segunda corona es otorgada a Teresa en honor «A LA VIRGINIDAD siempre integérrima, jamás manchada del míni-

mo pensamiento u obra»: corona de azucenas y bellas flores silvestres... «AL DOCTORADO se concede la tercera corona por la excelencia en gran mérito de los libros escritos...» Doctorado concedido con solemne rito por Su Santidad Urbano VIII con anuencia de la excelsa y venerable Academia Salmanticense. Y finalmente, la cuarta corona, de rosas multicolores, la ofrecen los ángeles AL MARTIRIO de La Santa de Avila, buscando una vez hacia Africa, siempre después deseado y por último consumado, supliendo al tirano martirizador por el Amor Divino de cuyo ímpetu expiró...». Con ésto y ver el gozo y compasión indefinidos de un ángel que clava el ígneo dardo en el pecho de la Madre de los Espirituales, y contemplar a otro hermoso niño alado que sostiene el tintero sobre la rodilla derecha de La Santa, quien en sus manos respectivamente mantiene en reposo, por causa del éxtasis la pluma y el libro, está todo dicho y cantado... «Calla o canta si callar no puedes»... Es Ella: Teresa de Jesús!!! LA EMOCION DE LA CIUDAD!

CCXII.—EL CABALLERO LARRETA

Pertenece a la Emoción de la Ciudad. Falleció el día siete de julio de 1961 en Buenos Aires, víctima de un cáncer a los 86 años de edad y fue su muerte muy sentida en la República Argentina y en España principalmente.

El caballero Larreta (q. e. p. d.) embarcaba en Vigo rumbo a su patria, la República Argentina, de donde no había de volver a visitar a España ni a su querida ciudad de Avila, que le había nombrado su hijo adoptivo, tierra bendita que declaró alguna vez desear que cubriese sus resíos mortales.

En esta ocasión llevaba Larreta, de Avila, dolor y consuelo. Dolor, porque aquí había sufrido la gloria mundana que aureola su grandeza literaria y el choque con la verdad eterna, y consuelo, por el reconocimiento que acababa de hacer de la misma verdad, correspondiendo a la gracia con nobleza, como era de esperar de su inteligencia preclara y de su corazón amante de Avila y de sus valores trascendentes, de Teresa de Jesús y de las enseñanzas de su doctrina mística.

En la trayectoria de los sentimientos de Larreta se había operado un cambio. El Avila culta vio con júbilo que se acercaba la prócer figura del escritor argentino al palacio episcopal, celebrando entrevistas... El Avila culta se descubría con respeto ante la valentía de un hombre que gozando de todos los honores y lauros del Parnaso los declinaba en homenaje a Dios, verdad suprema y única, reconociendo el magisterio eclesiástico en materia de fe y moral. El Avila culta oraba

fervorosamente, propugnando por la oración eficaz ayuda para el alto empeño de Enrique Larreta.

Cuando en esta ocasión de 1956 vino a España Larreta, cierto sector de la prensa dio gran realce a su viaje. Se pretendía realizar una película sobre su obra literaria «La gloria de don Ramiro». La noticia era cierta, pero los designios del Señor eran otros. Larreta respondía en este viaje a una llamada de eternidad cual premio alcanzado por la Santa de la Raza para él, por su amor indudable a la ciudad de Avila y a ella... Larreta oyó misa en el monasterio de San José, primera fundación de La Santa, y el joven capellán de entonces, don Teodoro Martín Lunas predicó exclusivamente para él, escuchando Larreta la palabra de Dios a través de los labios de aquel servidor humilde con emoción sincera. Dio un importante donativo al monasterio y tuvo más tarde una entrevista con el venerable prelado diocesano, doctor Moro Briz saliendo de ella muy complacido, escribiendo sobre esto al entonces cronista oficial de Avila, don José Mayoral Fernández (que gloria halle): «Si está ahí todavía mi amigo el P. Teodoro (se refería al canciller), le agradecería le diga en mi nombre que ya quedó convenido con Espasa Calpe la supresión de lo que señaló el señor obispo y que yo le prometí quitar (de la obra «La gloria de don Ramiro»). Muy pronto aparecerá la nueva edición...».

El canciller doctor García Robledo escribía luego al cronista contestando al traslado de las palabras de Enrique Larreta: «He hablado con el señor obispo y, desde luego, le agrada mucho la buena disposición del señor Larreta. Lo único que dice es que él no le hizo observar más que lo referente a Santa Teresa, pero que hay otras cosas; verbigracia, escenas bastante lúbricas que deben igualmente desaparecer. Le ruego que usted tenga la bondad de hacérselo notar así a don Enrique, que siendo persona de tan gran sentido ya comprenderá que ciertas escenas no deben detallarse ni aun a título de describir ambientes y costumbres».

Don Enrique Larreta contestó sobre esto: «He leído con gran interés las palabras del P. Robledo. Sé que es hombre de muy buenas luces y letras, decía Santa Teresa, y por lo tanto, sería para mí muy grato y muy provechoso seguir sus consejos... Lo de la película lo doy por muerto. No hay en cierto muy respetable sector, ambiente favorable, y no quiero conflictos de esa naturaleza...».

En el domicilio del entonces señor gobernador civil, D. Fernando Herrero Tejedor, se hallaba un día el muy ilustre señor don Ferreol Hernández con otras personalidades. Llegó Larreta y se habló de su obra. Don Ferreol Hernández, chantre de Avila y académico correspondiente de la Real de la Historia, con suma discreción tuvo el valor de decirle que en «La gloria de don Ramiro» había pinceladas y colores que no debieron salir de sus pinceles, y el escritor declaró haber trabajado en

ella bajo la influencia del naturalismo de Zola... Don Ferreol contestó: «Basta que usted lo reconozca, y ello me alegra mucho».

Así son las cosas claras. Don Enrique Larreta vive su amor profundo de Avila, y en Avila se le corresponde conforme a la verdad abulense. El fue un caballero romántico de la ciudad, pero el romanticismo a lo literario se tradujo en expresiones sensuales, y para entrar de lleno en el espíritu de Avila, mística ciudad, es preciso la depuración del alma, que compara San Juan de la Cruz a la prueba del leño con el fuego: primero se torna negruzco y feo, después le hace llorar su agua, luego le envuelve amorosamente y más tarde lo transforma en sí. Entonces el leño es fuego que alumbra y calienta.

CCXIII.—LEYENDA DE LA CALLE DE LA MUERTE Y LA VIDA

Llama de amor viva; pero a lo humano, representa en la Plaza de la Catedral el *Torreón de Velada*. Magnífico palacio, blasonado con escudos esquinados. Su puerta principal se abrió a la calle que llamamos del Tostado. Son en todo relevantes los detalles de las cabezas de león sobre que se apoyan los escudos; las anchas dovelas del arco de su portada, sus sótanos y los artesonados de sus salas... El propietario de esta casa, cuyo nombre se leía entre los de guerreros abulenses de que hacía memoria el Monumento a las Grandezas de Avila en la Plaza de Santa Teresa, *Don Gómez Dávila*, fue fiel al César Carlos durante el levantamiento de las Comunidades y figuró más tarde como capitán general de los ejércitos del Emperador. La gran Capilla renacentista, dedicada hoy al Sagrado Corazón de Jesús en la S. A. I. Catedral, parece tener relación con esta casa solariega...

...

Se hospedaron en el Palacio de Velada la Emperatriz Isabel cuando vino en mayo de 1531 con su hijo Felipe II a quien recomendaban los aires de Avila para que se fortaleciese, y Carlos I tres años después. También el Duque de Béjar, que habiendo enfermado gravemente pidió se trajera la imagen de la Virgen de la Soterraña en rogativa para encomendarse tan piadosamente a la Madre de Dios, y efectivamente sanó cuando los médicos le habían desahuciado. Este aludido Duque de Béjar es aquel "*Marqués de Gibraltor, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos*" a quien Cervantes dedicó EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, «en fe del buen acogimiento y honra que hace V. E. a toda suerte de libros...»

...

Si es interesante por todos estos conceptos el Palacio de Velada, lo es aún más por las leyendas relacionadas en torno a la más bella dama que jamás hayan contemplado humanos ojos entre las de la ilustre prosapia que habitó el Torreón familiar hasta entonces. Se llamó Beatriz Dávila. Y su retrato está perpetuado en la gótica crestería de la Capilla de la Clastra denominada «Las Cuevas», sobre la Cruz Vieja que dió nombre a la calle que llamamos de «La Muerte y la Vida»... Se atribuyen los relieves de «la Muerte», un esqueleto con guadaña y abrazando a un doncel, y «de la Vida» una dama bellísima con sus cabellos cayéndole como bucles, a un escultor, discípulo de Vasco de Zarza, que sirvió a un pintor amigo suyo enamorado de la Bella del Palacio de Velada.

...

Cristóbal de apellido Alvarez, ilustre en lo abulense, reparaba los retablos de la Catedral cuando estalló la Guerra de las Comunidades. Miraba y admiraba como artista la belleza de doña Beatriz Dávila. Y la *idea* en su mente fue fuego ardoroso en su corazón. Es propio de artistas repetir en pintura y escultura la cara de su modelo propio aplicado a sus representaciones: plasmar su ideal de belleza. Y así un doncel de la casa de los Aguila, observador también enamorado, desafía imprudentemente a Cristóbal quien le mata en un duelo ante la Cruz Vieja de la calle en donde fueron a reñir. Y el pintor huye a Flandes... Entonces como ahora podía cantarse muy bien: *"Nadie en el Tercio sabía / quién era aquel legionario"*.

...

Pero Cristóbal se parecía un poco al Don Alvaro de «La Fuerza del Sino» puesto que viene a dar en Flandes con don Francisco de Valderrábano prometido de Doña Beatriz Dávila: Y riñen... Cristóbal ha sido desarmado cuando a Valderrábano se le cae un rosario, recuerdo de su madre, en el ardor de la pelea. Detiene su ímpetu, perdona la vida del pintor Cristóbal y desertando desesperado vuelve a nuestra ciudad... Sin tino en su ansiedad decide raptar a la dama. Y cuando se halla concertando su crimen bajo el pórtico de la basílica de San Vicente, siente removerse una losa sepulcral y oye la voz del abuelo de Beatriz que allí se halla enterrado y que le advierte: *"Tente, Cristóbal; no hagas eso"*... Una vez más, como en la leyenda toledana, «Las vanidades del mundo / renunció allí mismo Inés / y admirado de sí propio / Diego Martínez también...» ¿Qué otra cosa pudo hacer Cristóbal, sino ir a dominar su pasión y a buscar la paz de su espíritu en el Monasterio de San Francisco, en ruinas hoy?... Desde allí rogó al cantero escultor

amigo suyo que perpetuase para ejemplaridad el recuerdo de la Dama y del doncel que buscando «su Vida» encontró la Muerte.

CCXIV.—EL PARQUE DE SAN ANTONIO

Dice el cronista Gil González Dávila: «Por la parte del Oriente tiene Avila una apacible y deleitosa salida de alameda, que sirve de deleite a sus vecinos, adornada de fuentes y arroyuelos, que sus aguas la hacen más apacible y amena. Hace pausa esta vista en un convento de religiosos del Orden de San Francisco, dedicado al grande Antonio, religioso y santo desta Orden. Edificio en su tamaño de linda y agradable arquitectura, adornado el interior de la casa de huertas, arboledas, estanques y fuentes de agua. Y de lo que más importa: de una vida perfecta de los moradores de ella. «Fundóla don Rodrigo del Aguila, Caballero del Orden de Santiago...».

Efectivamente, debajo del frontón triangular del templo de San Antonio de Padua en un friso corrido y con letras capitales visibles desde el suelo, se lee la siguiente inscripción: «Fundó esta casa don Rodrigo del Aguila y su esposa. Acabóla año 1582». El año de la muerte de Santa Teresa de Jesús. En el hueco del frontón destaca el escudo de los Aguila labrado en piedra berroqueña: Don Rodrigo era hijo de don Suero, autor de los versos enaltecedores de El Tostado, que cuelgan en una tablilla junto al sepulcro del Santo Obispo...

...

Curiosa resulta, pues, la descripción que del Paseo de San Antonio dejó hecha como al acaso el Maestro Gil González Dávila, cronista de las Indias y de los Reinos de las dos Castillas en la primera mitad del siglo XVII... Conoció este ilustre historiador, cuyo nombre consta en el Monumento «A las Grandezas de Avila» la deleitosa salida de alameda que Avila tiene por Oriente, «adornada de fuentes y arroyos...». Ya conoció la llamada *Fuente de la Sierpe*, pues sabemos que la mandó hacer el propio don Rodrigo del Aguila en un peñasco. Y dice la crónica que le salía el agua por la boca y por los orificios de los ojos, orejas y nariz.

Fue luego, en la reconstrucción del Paseo, cuando (por la escasez de agua que Avila vino a sentir a causa del cierre de muchos pozos y teniendo en cuenta lo exquisito que resultaba la que se perdía de La Sierpe en su ovalado pilón) se le dió el uso utilitario que tiene, añadiendo a la fuente una conducción de caño y piedra que la quitó su sentido de adorno en gran parte...

...

Esto sucedió en 1872, año de la publicación de la *Historia de Avila* por Martín Carramolino, quien lo hace constar: «En este mismo año...» El gusto romántico dió a la deleitosa salida de alameda el trazado de un Parque con su «salón» o paseo central, sus paseos laterales, sus calles de unión, sus boscajes, pinar y de pasos *perdidos*... «Andar, siempre, andar... / ¿adónde?... Y hasta cuándo... / Ya apunta la claridad. / Ya verás cómo se muestra / propicia y mágica nuestra / madre la Casualidad...», que dijo el poeta.

Se desgajaron los árboles viejos. Se hicieron nuevas plantaciones. Se alinearon los paseos, se hizo la fuente central, casi con visos de estanque... Y en la que se llamó *Fuente de Cañogordo* se puso el Escudo de Avila, como en torno a La Sierpe se hizo asiento labrado en piedra con el Escudo de Avila también, y unos árboles del tipo sauces llamados *mimosas púdicas* con ramas péndulas... Algunos de los árboles aludidos han desaparecido ya y los que aún quedan parecen sauces sencillamente: la estampa contraria del ciprés. «Triste nació... dijo y sus ramas esparció en el suelo... / Dichosos, ay! los que en la tierra lloran / le respondió el ciprés mirando al cielo».

• • •

El Paseo de San Antonio continúa siendo un lugar de grato esparcimiento, como en los mejores tiempos del romanticismo. Los mismos árboles, plantados a finales del pasado siglo continúan mirando el arroyo de parejas amorosas, sino que parecen retornar en su estampa hacia los tiempos de los primeros descendientes de Adán y Eva. El ambiente del amor cambia poco: «De la vieja fuente grata / en el sonoro cristal / la luna brillaba igual / que una moneda de plata... Temblaba su mano breve / de blanca y sedéña piel...». Lo mismo sugiere el Paseo, pese a que comienza con una Oficina de Información y Turismo y tiene construido al lado un campo de fútbol. Un surtidor vierte su agua constantemente, una fuente da el apetecible fesco líquido a los niños que jueguean y alegran el ciclo de la vida. El surtidor del estanque central no se agota. Por junto a los arbustos corren frescos arroyuelos. Los árboles frondosos dan su sombra y la belleza de los verdes deja filtrarse aquí o allá dorados rayos de sol. No podemos hablar del silencio rumoroso, ni de la dulce filomena... Circulan demasiados automóviles por la carretera en plano superior y demasiado ruidosamente.

El Parque Infantil es una conquista nueva... después que el paisaje quedó cortado en su amplitud antigua por la vía férrea, ya se unía este Parque con la llamada Fuente Nueva y su paseo, derivando del Canto de la Legua en donde partía el camino de Madrid.

CCXV.—FUENTE BUENA Y FUENTE NUEVA

La fuente es el lugar de los silencios rumorosos. Tienen las fuentes clásicas en los alrededores de la ciudad su frontis, su pilón, sus caños, bancos y arbolado en torno...

* * *

La ciudad no tiene hoy alrededores que no se hallen invadidos de ciudadanos a la caída de la tarde. Y es lástima que no se cuiden mucho más las fuentes típicas... Una se ha perdido más no el agua, no lejos del Arco del Carmen, el más romántico ángulo de la Muralla y uno de los motivos fotográficos dignos de ser mostrados, mirando la subida de la puerta, donde la línea quiebra; precisamente mirando a Occidente... Una fuente había, en efecto, aquí; pero, pese a ser motivo inspirador de pintores y fotógrafos, como la hundida junto a La Encarnación, nada se hace por restaurarla como punto de referencia en el paisaje bravo de la suavísima escarpa del norte abulense.

Tres fuentes merecen atención especial en el conjunto de los alrededores abulenses todavía: Fuente Nueva, la Fuente del Pradillo y Fuente Buena. Queda descartada la Fuente de la Alpargata, porque como paseo esa carretera deja de ser la que se llamó de Toledo, y van a surgir pronto a sus lados altos edificios que cerrarán el horizonte visible del bello paisaje del Valle Amblés: ya no habrá lejanías, ni se podrá contemplar la proyección de torres sobre cumbres... Y respecto a la *Fuente del Pradillo*, bien se hace con mirar el orden urbano que se autoriza, ya que la expansión por este sector es evidente y su lentitud puede dar lugar a un anárquico hacer antes de pensar. Existía en tiempos de los Austrias y fue posteriormente restaurada, ostentando aún con gran desgaste interesantes motivos heráldicos. Zorrilla contempló Avila desde lugar tan ameno como ahora descuidado y escribió de Avila: *tan sin ley deshereda / por más que sale al encuentro / de los trenes, olvidada / se queda, nadie ve nada / de lo que hay de Avila dentro. / Y hay luz, fuerza, porvenir / dentro de Avila y tras ella / para volver a vivir / y a ver que su buena estrella / vuelva en el cielo a lucir*".

* * *

"¿Por qué no corre el agua de la fuente? / ¿Se le acabó la vida?... / Cayeron de su asiento los sillares. / Y seca está la pila. / Una vaca olfatea por el fondo / y en un mugido clama su desdicha: / No hay agua y tiene sed..."

Así está la *Fuente Nueva*. Todavía una doble fila de árboles —cuya sombra es muy estimada en los meses de verano, llenándose aquel paisaje de familias, tema defendible dentro del Plan de Desarrollo—, seña-

la el camino a la Fuente Nueva, cuya estancia data de la restauración del Paseo de San Antonio y que se llamó «Salón de Sagasta», un poco hablando *sub rosa*. Y es porque Don Práxedes Mateo Sagasta, el político que nació en Torrecilla de Cameros, provincia de Logroño, 1827, muriendo en Madrid, 1903, tenía casa en Avila y paseaba por esta parte de sus alrededores cuando el ferrocarril ya se había construido... La casa de Sagasta la hemos conocido como Casa de Correos, precisamente en el solar que ocupa hoy el magnífico edificio de la *Caja Central de Ahorros y Préstamos*, en la Plaza de Santa Teresa de Jesús, en el cual se halla también instalado *EL DIARIO DE AVILA*.

Sagasta fue masón y antiguo revolucionario. Y llegó a ser condenado a muerte. Con don Amadeo de Saboya se le señalaba como conspicuo republicano; pero acabó gobernando con la Restauración, como jefe del Partido Liberal, desempeñando varias veces la presidencia del Consejo de Ministros, alternando con Cánovas del Castillo... En estos bancos que rodean la Fuente Nueva se reunió muchas veces con amigos y servidores leales... Tal vez aquí, en el silencio rumoroso de un atardecer, recortándose sobre el horizonte occidental dorado la silueta de una locomotora de alta y humeante chimenea que arrastraría esforzadamente un tren de verdadera ensoñación, resolvió la delicada crisis de octubre de 1897 pues fue encargado de formar Gobierno poco antes de las fiestas de la Santa...

...

De la *Fuente Buena* se cuenta otra notable anécdota, relacionada con el poeta Eulogio Florentino Sanz, poco antes de triunfar con su drama "*Don Francisco de Quevedo*" en Madrid. La recoge un viejo libro, sin principio ni fin, que con el título de "*Románticos y Bohemios*" se brindaba por no muchos céntimos de peseta, en una mesa de la subida por Fomento al Retiro, al peculio de los estudiantes, hace muchos años.

Una joven hija de un cristalero arevalense fue suficientemente bella para convertirse en la Dama de los más altos pensamientos del poeta. Pero por falta de trabajo paterno, ella palidecía: enfermedad llamada inanición, vulgarmente hambre. Y la resolución de Eulogio Florentino fue ciertamente genial y heroica: una noche rompió todos los cristales que pudo de las casas más ricas de la ciudad. El vidriero tuvo trabajo y la joven volvió a tener color de azucena y rosa... Pero como las hazañas heroicas rara vez quedan incógnitas, el poeta salió de Arévalo, y en Avila escuchando el chorro de los caños de *Fuente Buena* dicen que se oyen también los ecos de unas endechas felices, recitadas por Eulogio Florentino Sanz al oído de una bella enamorada.

FUENTE BUENA era salón de poesía, pese a los lavaderos: tuvo arbolado frondoso. FUENTE NUEVA fue salón de políticos... El eximio Don José Zorrilla, hubo de escribir así:

«Un paraíso es Avila, pero perdido / por incuria, ignorancia, desdén u olvido. / ¿Por qué lo que hay en Avila sin ver pasamos? / ¿Por qué su territorio no conocemos / y sus fuerzas activas no utilizamos / para mover motores que aún no tenemos?...»

Las fuentes siguen manando, las aguas sigue corriendo... Avila no cultiva los alrededores donde mejor se goza su paz, desde donde se admiran sus mejores lontananzas. Las fuerzas activas de que el poeta trata son o pueden ser a un tiempo industriales y del espíritu...

CCXVI.—FERIAS Y MERCADOS

En los tiempos medios y posteriores las clases y oficios se distribuyeron en la ciudad por barrios, avicinándose en el de San Pedro muchos nobles escuderos; en el del norte los maestros y oficiales de cantería; en el del Puente, los molineros y los tintoreros y curtidores, y en el barrio de Santiago y Santa Cruz al mediodía los demás advenedizos y algunos labradores con los moros que habitaban allí desde hacía tiempo. Los judíos se albergaban dentro de murallas, en los barrios que rodeaban la iglesia de Santo Domingo... Todavía quedan expresivos nombres de calles a principios del siglo actual, como Cuchillería (Pedro Lagasca); Telares; Pescadería (Tomás Luis de Victoria); Albardería (San Segundo); del Mortero (San Millán); de Carretas (San Juan de la Cruz); de la Morería vieja (Travesía de San Nicolás); del Matadero (Matadero viejo); el Embobadero (Paseo del Dos de Mayo); Tallistas (Eduardo Marquina); Cesteros; Callejón de Abrazamosas (Carlos Luis de Cuenca); Calle de la Parrilla; y otras más.

• • •

En los arrabales habitaban los moriscos y artesanos confundidos, como al extremo de la judería, al interior del ángulo suroeste de la muralla, estaba la mancebía. Barrios inmundos que exigieron disposiciones muy particulares de los monarcas cuidando la salud pública... «Muy próximo a la parroquia de Santiago —escribe el Padre agustino Miguel Verona que es quien nos da noticias interesantísimas de Santo Tomás de Villanueva en Avila y de su hija espiritual Madre Briceño, Maestra de la Santa—, ha aparecido hace pocos años (escribe en 1700) embutido en los cimientos de una casa, un asiento de piedra de formas árabes, sin respaldo, pero con dos brazos o pilarcitos que tienen en sus caras superiores labradas una estrella y en otro la media luna». Qué misteriosas son las estrellas en las piedras de Avila... Asientos como el descrito existían a fines del siglo pasado en las puertas de las casas número 12 de la Plaza de la Feria y número 1 de la Plaza del Rollo.

• • •

Grave debió ser la situación a que se llegó en el año 1610 para que Felipe III decretase la expulsión de los moriscos. De ninguna población de Castilla, incluso Valladolid, se expulsaron tantas familias como de Avila que fueron 407 vecinos de Capital y 571 de la Provincia, unas 4.500 personas, contándose entre ellas Santa Francisca Trigo que sufrió más tarde martirio por cristiana en Tetuán... Avila quedó despoblada y empobrecida porque los paños de sus fábricas abastecían antes de la expulsión muchos mercados de Europa. El número de moriscos habitantes de Avila debió ser tal que se conocían varias mezquitas y el extenso cementerio de la cerca que todavía se llama de tal modo por el Barrio de la Feria en donde existían carnicerías especiales, que en la populosa barriada necesitaban para su abastecimiento: además, según la Ordenanza de la Ciudad, era una carga de los moriscos abastecer gratuitamente de carne todos los viernes del año a las aves de cetrería que tuviesen los cristianos.

Los viernes quedaron como día de Mercado semanal y aun se celebran. Y ferias son cuatro al año: por San Juan (junio) y San Gil (septiembre) históricas; de los Santos (noviembre) y de Primavera, en abril, añadidas.

...

«Era un gran corro de gente —describe don Enrique Larreta— como el que rodea a los juglares y bailaoras. Los moriscos iban y venían trayendo la carne en espuelas o cacharros, mientras los impávidos halconeros esperaban, tranquilamente, junto a las aves. Debía ser hartos grande la pasión de los avileses por la caza de altanería, a juzgar por aquel sinnúmero de pájaros. Veíanse neblíes de dedos luengos y finos, que miraban con altivo desprecio el varal y querían ser llevados siempre en la mano: hartos halcón zorzaleño, con la pinta amarilla como gota de azufre y las patas cargadas de cascabeles para aturdirles el ardor; cenicientos alfaneques de Tremecén, de pupila siniestra; sagres de Asturias con plumas entre los dedos; gerifaltes de Noruega, blancos como gaviotas; y uno que otro de aquellos que llamaban *letrados* en Castilla, por sus alas escritas a lo ancho como las hojas de un libro. Había también melancólicos laneros de Galicia, baharís de Mallorca, rubios tagarotes de Berbería; y no faltaban, por cierto, los ilustres gavilanes de Pedroche, que sólo se dignaban caminar sobre un paño de tinte vistoso. Los azores abundaban. Azores de Noruega, de Cerdeña, de Esclavonia; y aquellos que hizo traer de Algeciras don Alonso Blázquez Serrano, más chicos que los otros, pero que bajaban dos ánades a un tiempo y apresaban la liebre sin ayuda del galgo.

Allí dos halconeros, por distraer a la muchedumbre, le ponían y le quitaban el capirote a un rabioso gerifalte. Aquí otro, con la librea de los Dávila, soltando la lonja a un azor, le dejaba subir en los aires, para

hacerle descender enseguida con presteza, agitando el señuelo en forma de codorniz»

Tan animado cuadro nos muestra el Caballero Larreta en la Plaza del Rollo...

* * *

Hoy se nos hace interesante en esta Plaza del Rollo, la llamada «Posada de la Feria». Hermoso edificio antiguo con soportal sostenido por columnas exentas muy bien labradas, con remates heráldicos libres de signos. Las transformaciones han sido tantas que tal vez sea lo más importante aquello que escondido se haya salvado de toda reforma. En todo caso la que, una vez expulsados los moriscos debió experimentar y aparecer visible, permanece en los techos de maderas colosales, sin sangrar, y en las amplias estancias, como en la puerta adintelada con el escudo catedralicio en el centro: llama la atención por la corona; pero se ve claramente como la bandera del Cordero parte el blasón dejando el León a la izquierda y el Castillo a la derecha. Sobre el capitel de una columna se lee con claridad en góticos caracteres: «Año 1571». Hay en el patio una pila que parece ostentar igualmente sobre su constitución granítica letras góticas borradas. Se ve algún arco de ladrillo... Probablemente pasó de los moriscos a la Catedral y de bienes del clero a manos de particulares.

Larreta imaginativamente construyó allí una serie de escenas de sensuales amores y terribles odios en una novela que los avilenses no podemos alabar globalizando, sino solamente en descripciones literarias como la transcrita.

CCXVII.—HERALDICA

Muy difícil es el estudio acertado y detenido de los blasones de la ciudad: es menos fácil desentrañar la maraña de los entronques familiares en los escudos labrados en piedras graníticas que por su significado se han hecho venerables. Vamos a partir desde los jardines del caso de San Vicente, donde comenzamos por examinar el Escudo de Avila: representa el abside de la Catedral con la figura de Alfonso VII «El Emperador de Castilla», primer «Rey Niño» de Avila...

* * *

Desde el Principado de Asturias, Alfonso I el Católico, reconquistó Avila por vez primera; Alfonso II «El Casto» la reconquistó por segunda vez; Alfonso III «El Magno» llegó hasta las cumbres que parten

términos entre Toledo y Castilla; Alfonso IV «El Monje» da paso a las hazañas de Fernán González que fundará la primera Catedral de Avila en planta románica; Alfonso V «El Noble» libra nuestra ciudad de las últimas incursiones agarenas hacia ella; Alfonso VI, al conquistar Toledo, procede a la repoblación de la Ciudad y Tierra de Avila; Alfonso VII, en agradecimiento a que la ciudad le salvó de las manos de su padrastro, muriendo setenta caballeros por su causa en el campo de Las Hervencias, le dio el escudo de armas con el título «Avila del Rey»; Alfonso VIII, cuya minoría fue defendida en Avila de la tutela de los Castros y Laras, principalmente por los leales caballeros y por el Obispo insigne Sancho Blázquez Dávila, dio a la ciudad el mote de *Avila de los Leales*; Alfonso IX, el de León, esposo de doña Berenguela de Castilla, la *Reina de Piedrahita*, padres de San Fernando; Alfonso X —a quien sirvieron los avileses, reclamándole sus fueros de preferencia militar—, inquirió su origen y Gonzalo Mateos dijo que era el suceso de Las Hervencias, otorgó a la ciudad un fuero especial; Alfonso XI, otra minoría defendida por Avila fiel a la reina abuela, doña María de Molina, le hizo merced del mote «Avila de los Caballeros»; Alfonso XII, que pudo ser el hermano de Isabel «La Católica» muerto en Cardenero... El Alfonso XII, de Borbón, estrenó para dormir el Palacio Municipal de Avila cuando se dirigió a Madrid para posesionarse del Trono despues de la restauración proclamada en Sagunto; Alfonso XIII, que visitó la ciudad y honró a nuestra excelsa Patrona Santa Teresa de Jesús de diversos modos... Por la defensa de Reyes llamados Alfonso en sus minorías recibió la ciudad el título "*de Reyes Alfonsos Madre*".

* * *

El escudo de Armas de Avila ostenta el ábside de la Catedral y asomado a su cimorro, entre las almenas, en el lugar que señala hoy una cruz según tradición, el primer Rey Niño, Alfonso VII. El mote, "*Avila del Rey*". Se conserva otro escudo de dos cuarteles, en uno de ellos el primitivo un castillo, plata sobre gules, y la leyenda «Avila», que significa «Monte Alto»; en el otro cuartel el escudo actual.

* * *

El primer palacio, entrando por la Puerta de San Vicente, a la derecha, es el de los Villaviciosa y Sofraga (casa del Marqués de Peñafuente), que conserva en su estructura elementos sobrados para una recomposición de su grandeza pretérita: escudos, amplitud del patio de armas, columnas, etc. Los escudos dan noticia de los linajes Toledo, Guzmán, Aguila y entonces son idénticos a los que campean en el castillo de Villaviciosa, junto a Solosancho...

* * *

Siguiendo la línea de casas señoriales adosadas a la muralla en su banda norte, a partir de la ya citada de Peñafuente, en la plaza de So-

fraga, en donde se ve trasladado, frontero al palacio, el manantial a que tenía derecho el pueblo de Avila y que antes corría dentro de los señoriales jardines; dejando a nuestra izquierda la imponente fachada de la casa del Mayorazgo de los Verdugo, toda ella de oscuros sillares graníticos, con saeteras y troneras en sus torres cuadradas flanqueantes y el verraco también granítico, que arrumbado en su rincón evoca larga ausencia de su compañero, cuyo peso rompió el carro en que le llevaban a la dehesa de La Serna, precisamente al llegar a la plaza de Santiago: haciendo por otra parte cita de la belleza del patio de dicha casona, que contrasta luminoso con lo adusto de la fachada, cuya lisa superficie rompe la gracia de una ventana con sus molduras y escudo, en cuyos cuarteles alternan los motivos de las familias Dávila y Aguila, principalmente, fijemos nuestra atención en el maravilloso conjunto de arquitectura y decoración que es el palacio de los Aguila y Torrearias, más conocido en nuestros días por palacio de la duquesa de Valencia.

...

Fue don José María Narváez y del Aguila, duque de Valencia, quien reconstruyó esta casa solariega, del estilo Renacimiento con bella portada y amplio patio de columnas exentas, y colecciones muy estimables, particularmente la de cerámica española de Talavera-Alcora-Puente del Arzobispo y Manises. Merece ser visitado este Palacio desde lo que al exterior no se oculta —fachada con blasones sobre las finas columnas delicadamente labradas encuadrando el acceso, el *Ave María* y las ventanas laterales— hasta el salón de cazadores, galerías, escalera, oratorio, etcétera.

...

En la que conocemos como casa de compraventa se ve un escudo notable: revela entronques familiares de los Sancho de Estrada y Sánchez de León... Y en la vecindad de los Aguila recuerda este signo heráldico del pendón de Sancho Estrada. Estos mismos signos de las familias Sánchez de León, junto con los Blázquez y Dávila se ven sobre la puerta del Mayorazgo de los Verdugo. Y el escudo superior se les añade un ajedrezado de los Ximénez, diagonal de los Muñoz y los trece roeles de los Dávila de la Cuadrilla de San Vicente. Con una cinta por encima del escudo superior que viene a decir traducida de los góticos caracteres e idioma latino: «El fundamento que nadie puede antes que lo que puedo: en cuya casa es Cristo».

CCXVIII.—EVOCACION DEL ACUEDUCTO Y CASA DE SANTAYANA

En un interesante *Ex Libris* ovalado con alusiones claras al diluvio, se leía la inscripción: "*Spero Lucem tenebras*" lo que quiere decir: «Espero la luz después de las tinieblas». Otra inscripción latina se veía en el friso de un templo, diciendo con alusión al transcurso del tiempo lo que con otro sentido literal podemos ver en el verso séptimo del capítulo quinto de Jeremías: «Comerá tus mieses y tu pan; devorará tus hijos y tus hijas; comerá tus rebaños y tus vacadas; comerá tus viñas y tus higueras... Y quebrantará tus ciudades fortalecidas!» Y otra leyenda epigráfica más, del profeta Jeremías también, verso séptimo del capítulo octavo: «El milano en el cielo conoció su tiempo; la tórtola, la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su llegada; más mi pueblo no...» En fin, andar entre sepulcros es reconocer el dominio del paso del tiempo: «Llamó al tiempo contra mí para que me triturase...» ¿Acaso los signos heráldicos, cuando hablan de grandezas, no manifiestan lo mismo el dominio del paso del tiempo? Cual hojas del árbol en otoño... Mas podemos esperar la luz después de las tinieblas, puesto que los escudos pétreos hablan aún.

...

Se ha puesto al principio el traslado de inscripciones que constan en libros diversos de lo abulense a tenor de lo que consigna el historiador Ballesteros: «Al abrir un libro u hojear un documento vemos en él retratado el carácter la historia, en una palabra, de las gentes contemporáneas de él; pero los detalles que al libro se escaparon; que el escritor, por más minucioso que fuese, no consignó ni consigna nunca, aparecen en el monumento, en la miniatura, en el relieve, en la moneda, en el sepulcro, en los restos de sus templos, en los vestigios de sus ciudades».

Tal sucede también con los nombres de calles desaparecidas en las modernas ordenaciones urbanísticas.

...

Nos hemos fijado en el título de la calle de los Caños, algún tiempo de aires revolucionarios denominada calle de Torrijos, porque hace relación a los títulos «del Pocillo» y «de las Tres Tazas». A principios de siglo solamente conocíamos la fuente de la Plaza de Zurraquín, siempre con una larga fila de cántaros de barro guardando cola. Pero hasta tres caños hemos podido contar en la Calle de su nombre por tradiciones consignadas en escritos.

Y es que, como dice Martín Carramolino, «si una de las primeras

necesidades de la vida es la abundancia de aguas, son tan saludables las de la Ciudad, y tan numerosas sus fuentes, que entre las que cuentan la población y sus paseos, puede asegurarse que pasan de veinticuatro...» Esto se decía en el año 1872, fecha primero de agosto.

* * *

Es cierto que los raudales de La Canaleja, Fuente Buena, El Pradillo, Fuente Nueva, La Sierpe, Cañogordo y otras de los paseos eran abundantes. «Y también debieran serlo las interiores de la Ciudad; pero su cañería es muy vieja, trasvénase gran parte de su caudal, son insuficientes los reparos parciales que se hacen, y ya es una de las más apremiantes necesidades que cubrir, y que están ocupando la atención del Ayuntamiento». (El mismo problema del agua, con alternativas, desde 1872...)

Los veneros se recogieron y aumentaron un siglo antes desde Las Hervencias a los Molinos de viento, que estaban en la calle actual del Cristo de las Batallas, surtiendo un acueducto de origen antiguo: ya existía en el siglo XV... Su fábrica comenzaba siendo visible su arcada en la arqueta de desagüe que llamaban Caño de Cingarra, enfrente de la puerta de la iglesia de Santa María de Jesús (convento de Las Gordillas), corriendo por el canal que sostenía veinticinco arcos, anchos y altos... Sobre uno de ellos se apoyaba la casa donde vivió Jorge Santayana Borrás, poeta, filósofo y profesor tan admirado en Norteamérica, que tiene de nuestra Plaza de Santa Ana y de todo Avila evocaciones que hubieron de influir en él a la hora de la verdad inevitable...

* * *

Termina Martín Carramolino su breve noticia diciendo que los diez últimos arcos corren paralelos a la tapia norte del convento de Las Madres, «desde cuyo punto sale subterránea la cañería para distribuirse por las fuentes de la ciudad». Había casas con fuentes propias en sus jardines y huertos intramuros.

En la calle de los Caños es monumental la casa número 8 que correspondió a los Bracamonte, como lo indica de modo absoluto el escudo superior por encima de la ventana, y con enlaces varios (Sánchez, de León, Calderones o Manriques, Dávilas de la Cuadrilla de San Juan y Valderrábanos)... el escudo sobre la portada.

Otra casa interesante ve quien por esta vía camino del Parador «Raimundo de Borgoña», de sillares graníticos bien labrados; pero bastante desplomada: el escudo sobre el balcón coronado con cimera y airón, nos da noticia de Guillamas, caballeros de Calatrava, origen montañés, apellido Márquez y ascendiente galo en la flor de lis.

Finalmente paremos un momento a contemplar la fachada de otro

viejo palacio, convertido en casa de vecindad: ¿quién con fortuna medía sostendrá hoy un palacio para sí? Está en la calle del Conde Don Ramón. Sus escudos están borrados. Su fachada de puerta adintelada y recios hierros en el balcón dan idea de su riqueza en el siglo XVIII...

CCXIX.—LA LAGUNA, EL POCILLO Y LAS TRES TAZAS

No se puede presumir conocimiento de una Ciudad si se desconoce su callejero. El de Avila viejo le podemos ver dividido en los cuatro distritos de San Juan, San Pedro, San Nicolás y San Vicente. Y vamos a referirnos a ciertas calles del de San Juan por su relación a los desagües subterráneos, y al abastecimiento de aguas previsto en los tiempos medios para casos de sitio. Anticipemos que hay vías públicas en el distrito de San Juan que han tenido nombres tan expresivos como Plaza de la Constitución o Mercado Chico, hoy de la Victoria; Plaza del Medio Celemín, Calle de la Maldegollada, Plaza de la Fruta, Cuchillería, Calle del Lomo, Calle de la Rúa, de las Campanas, del Cárcavo, del Candil, de Telares... Nuestra atención se fija de modo especial en las calles de la Marrana, de las Tres Tazas y Plazuela del Pocillo, o Calle del Pocillo, porque de un modo o de otro tienen relación con el abastecimiento de agua previsto para la Ciudad y para el desagüe aprovechado.

* * *

Preguntemos ahora: *¿Hay ciertamente una "laguna" debajo del coro de la Catedral?* La gente lo ha imaginado. Creyó que la humedad característica del enlosado se debiera a ello... Pero quienes conocen el primer templo abulense en sus reconditeces dicen que no hay aljibe, sino pozo de gran caudal. No obstante, concebido el templo-fortaleza como acrópolis de la Ciudad amurallada, defensora de los principales pasos de la Sierra que hace como espinazo de la ibérica piel de toro, nada tiene de particular que nos digan un día: se ha descubierto el aljibe (la célebre «laguna») de la Catedral.

En alguna ocasión se han hecho pruebas con la bomba del Excelentísimo Ayuntamiento intentando sacar el agua del pozo... y no se le ha podido agotar: tales son los chorros que caen de la roca viva y que cuando alcanzan un determinado nivel, por galerías inexploradas parece que desaguan debajo del paseo del Rastro, al subsuelo de lo que se llamó «Pilón de las Bestias», y seguramente camino de *"Las Tres Tazas"*.

* * *

El término *taza* se utiliza para denominar pequeñas vasijas con asa, de loza, de metal... que se usan generalmente para tomar líquidos. Pero

la segunda acepción del Diccionario Oficial de la Real Academia de la Lengua, 1809, dice textualmente que taza, es el "*receptáculo donde vacían el agua las fuentes, que por lo común es de piedra*". Y tales fueron las tres tazas de la calle que así se llama: *Calle de las Tres Tazas*, de cuyo viejo título se conserva el azulejo antiguo. La calle de la Rúa era la denominada hoy de Vallespín, en homenaje al ínclito intendente de grata recordación en nuestra Academia Militar: se llamaba la Calle de la Rúa por ser la vía carretera por excelencia, por donde llegaban y partían desde el Mercado Chico las carreteras que transportaban para su venta los productos del Valle Amblés pasando por encima del Puente Romano sobre el río Adaja. A la izquierda de esta Calle de la Rúa quedaba el Pocillo, para abastecimiento de agua de las personas, y tal cual taberna para el abastecimiento de vino por causa de los *alborques*, que eran el agasajo que hacían el comprador, el vendedor, o ambos juntos, a quienes, intervinieron en las transacciones del mercado: «Si fue o no invención moderna / Vive Dios, que no lo sé / pero delicada fue / la invención de la taberna: / porque allí llegó sediento / pido vino de lo nuevo / mídenlo, dánmelo, bebo / págolo y voyme contento...», que aquí como en Sevilla pudo decirlo Baltasar del Alcázar.

Bien estaba el Pocillo para rebajar los humores del vino; pero aparece tapado con fuerte chapa de hierro, que indica la protección al agua, tanto como el quitar intenciones de que se cumpla la fuerza expresiva del refrán: «Un vaso de agua, a la puerta de una taberna, le hace sombra», que es refrán registrado como de la Tierra de Avila.

A la derecha de la Calle de la Rúa queda la de Las Tres Tazas, que eran, ni más ni menos, que otros tantos abrevaderos de forma cilíndrica en hueco y lo suficientemente anchos para parecer tazas enormes, como para bestias. El agua le recibían por cauces subterráneos en declive de las corrientes subálveas, ocultas por la Catedral y Palacios circundantes.

• • •

Se llamó *Plazuela de la Marrana* a lo que se llama hoy «La Magana». Sin duda que por razón de eufonía le fue cambiado el nombre; pero es que hubo un verraco ibérico de gran tamaño a lo que el pueblo denominó «La Marrana», como en Arévalo, a la de Cárdenas.

¿A dónde se llevó el monolito representativo y titular de la Plazuela?... Es difícil seguir los caminos de la vida de los hombres, cuanto más el tránsito de las cosas por el desarrollo vital de las ciudades. Debemos conservarlas como patrimonio, herencia, monumentos (término que significa sencillamente *avisos*) como bienes de uso y como apoyo del relato del paso de nuestros antepasados sobre la tierra y por la línea del tiempo... *La Magana* es un nombre que recuerda un hecho físico en la Plazuela y quién sabe cuántos motivos sentimentales... Cuando desaparecen los apoyos de la narración, los puntos de referencia, se

pierden los sentimientos en el vacío si no se alzaron al azul inmenso: es cuando las calles no dicen cosas que valga la pena: entonces el poeta nos dice con tonalidad de coplas: «Tu calle ya no es tu calle / que es una calle cualquiera / camino de cualquier parte».

Ojalá se conserve mucho tiempo el azulejo blanco con letras azules que dice: *Calle de las Tres Tazas*, siquiera sea por aquél de poder hacer un chiste a cualquiera que no quiera caldo...

CCXX.—PUENTES Y CAMINOS PARA EL PASO DE LA HISTORIA

Muchas veces desde el Cerro Hervero hemos contemplado la Ciudad y sus caminos, explicándonos su gran importancia estratégica, pues convergen en este *monte alto* que significa el nombre de *Avila* los principales de la Meseta del Norte hacia la Meseta del Sur, siguiendo la dirección de los avances de las huestes cristianas en la Reconquista, como también la gran vía portuguesa por Mirobriga (Ciudad Rodrigo) y la de Itálica y Pax Augusta (Badajoz) a Emérita Augusta...

Los principales caminos constituidos en vías romanas fueron: El que por Oriente llegaba del Campo Azálvaro bifurcado por la misma constitución de la Sierra, buscando el sentido y dirección de mínima pendiente que es por donde las aguas discurren: son los ríos los que enseñaron a caminar a los hombres por tierras desconocidas... Este camino superaba los puertos de Guadarrama y de la serranía de Malagón: los ingenios romanos hallarían veredas celtiberas ampliadas y mejoradas para que durante siglos se llamaran caminos reales. Otro, el que se llamó Puerto de las Pilas, vía romana por los altos del Valle del Gznata hacia Cebreros superando las dificultades de la Cuerda de los Polvisos y del Puerto de Arrebatacapas. Otro, el de La Paramera, que poco más o menos viene a ser la carretera de Sonsoles hacia el Puente Burguillo anegado en las aguas... Debe ser un puente romano de categoría que tal vez ahora hubiese obligado a la empresa constructora del Valle del Alberche a tomar medidas para trasladarle numerando sus sillares y dovelas. Dicen que cuando quedó hace algunos años el pantano vacío se le vió en un paisaje subacuático que denunciaba su belleza en otros tiempos. El camino seguía el curso del Alberche hasta su desviación a Toledo. Otro, fue el que por *Hoyo Fondo*, luego Burgohondo, se dirigía por los puertos de Mijares y Serranillos hacia los Valles del Tiétar correspondientes... Desde Burgohondo serían caminos de herradura. La gran vía de Evora Carpetanorum (Talavera de la Reina) es la carretera de Arenas de San Pedro por el Puerto del Pico a Ramacastañas. La otra

importante vía dirigiéndose a Extremadura por Tornavacas, contaba a su paso por encima del Tormes un puente y un Barco: El Barco de Avila para quienes iban al Oeste por tan importante vía. Finalmente las vías de Salamanca y de Arévalo nos llegaban por Peñaranda y Cardenosa respectivamente.

* * *

Imaginemos el conjunto de pirámides, de columnas, cipos incluso por los enterramientos que al borde de los caminos se hacían... Torres de señales, fortificaciones y mansiones... Estas últimas en cuanto estaciones para el cambio de caballos en los carruajes, o de los correos llamados «ecuestres», eran interesantísimas: una verdadera organización de posadas que andando el tiempo vinieron a ser origen de poblaciones, puesto que el comercio sigue al humano concurso y las posadas tenían ventajas e inconvenientes... Recordemos aquellas en que se detiene Santa Teresa de Jesús en su viaje a Guadalupe por el camino de Arenas de San Pedro; aquellas otras que hicieron célebre su paso por Andalucía... O las típicas ventas del Quijote... Poco podrán diferir de las mansiones y hospedajes romanos, siempre alternando la justicia y el libertinaje.

Las entradas de Avila quedaron señaladas principalmente por estos puentes: El del *Río Adaja* sirvió para el paso de todos los caminantes procedentes del Norte, vía de Arévalo-Cardenosa; para los caminantes del oeste y suroeste... Viajes de los obispos a los Concilios toledanos procedentes de Burgos, Asturias, Galicia, Astorga... Viajes de los repobladores de Avila... Viajes de la Reina Isabel de Madrigal: su hermano Alfonsito, el doceno fracasado, muerto en Cardenosa... El de *Sancti Spiritus*, camino de victoria hacia la Tierra de Moros... el de *Romani-llos*, camino de felices acontecimientos...

* * *

Cerca del puente sobre el río Adaja estaban dos ermitas antiguas —la de San Lázaro y la de San Mateo— célebres por diversos motivos: en la primera se veneraba la Virgen de la Caridad a la que pidió Santa Teresa de Jesús cuando quedó huérfana que fuese su madre, y en la segunda, dedicada al primero de los evangelistas, se hacían romerías y estación de las que de la Ciudad se alejaban como punto de reunión para marchar en compañía los romeros.

La anécdota más célebre de este puente del río Adaja es la marcha de Teresa de Cepeda y su hermano Rodrigo, siendo niños, a tierra de moros para que los descabezacen por amor de Dios. Por encima del puente hubieron de pasar a su marcha y a su regreso cuando su tío Francisco los recoge y los devuelve al hogar paterno...

* * *

Anécdota del Puente de Sancti Spíritus... Son muchas. Sus inmediaciones han sido siempre muy limpias a efectos de populares expansiones a las orillas del Río Chico que bajo su arco discurre. Por encima pasó el Rey Alfonso VII con sus huestes una vez y, después de pelear en tierra de moros, no le pudo repasar porque murió bajo una encina en la Dehesa de Fresneda. Por este puente pasaba San Pedro de Alcántara, camino del Premonstratum de Sancti Spiritus, del cual se ven todavía ruinas en las tapias de una huerta: un convento de premonstratenses de San Norberto, el monje de Cleves, arzobispo de Magdeburgo, fundador de la Orden, que nació dos años después de comenzar la reconstrucción de nuestras Murallas y pudo venir a fundar este convento hacia el 1130, cuando el puente contaba mil años... Los premonstratenses eran canónigos regulares y San Pedro de Alcántara hacía mucho aprecio de ellos por su mucha virtud.

* * *

Tres puentes romanos con dos mil años de historia. Por el de Romanillos pasó un año 1488 la cabalgata que se había organizado a la puerta del Monasterio de Santa Ana para llevar a la Princesa Isabel a los Toros de Guisando. Qué lucida cabalgata. Subió a buscar la calzada romana del Puerto de las Pilas, bajó por el Herradón de Pinares y ascendiendo hacia San Bartolomé de Pinares que entonces se llamaba *Villasierra* todavía en muchos escritos, caminó a Cebreros descendiendo del Puerto de Arrebatapas...

A SONSOLES!

Este es el final de una visita emocionada de Avila, bien se haga en plan meramente turístico, bien penetrando un poco más en el interior del maravilloso Castillo del Gran Rey, cuyo centro y acrópolis, LA CATEDRAL, está efectiva y simbólicamente dedicada al Salvador: motivo de peregrinación con ánimo teresista. A SONSOLES!... Colofón de las delicias en el gozo físico que Avila ofrece, lo mismo que cuanto a espiritualidad pueda referirse: *Jesús de Teresa*, Gran Rey de Avila; la *Divina Serrana*, Reina del Valle Amblés... Y aún de toda la Tierra de Avila porque su rostro y el de su Niño «Son Soles».

La tradición lo cuenta: una mañana, mientras sonaba el Angelus en la espadaña visigótica del Monasterio benedictino de Nuestra Señora de la Antigua, un pastorcito invocaba a la Santísima Virgen al otro lado del Valle Amblés, a unos cinco kilómetros de la Ciudad... Y he aquí que vió resplandecer dos lumbreras: SON SOLES!... vino a exclamar. Y acercándose contempló la imagen escondida por los cristianos cuando

huían de los musulmanes por aquellos años de la invasión en el segundo decenio del siglo VIII. Todo Avila canta sus gozos: «Pues que viniste a este suelo / entre dos radiantes soles / Virgen Santa de Sonsoles / sed nuestro amparo y consuelo».

El Santuario es de traza gótica sobre sustentación románica, pues fue reafirmado en su fábrica por el por muchos motivos venerable Obispo, Don Francisco Ruiz. ¿Cómo contar a los abulenses los milagros a que aluden los exvotos del caimán y del barco; del avión, del molinero, de las ovejas y lobos?... Y a los forasteros que lleguen al Santuario se lo dirán las inscripciones, pinturas y explicaciones de cualquiera de cuantos cada día visitan a la Virgen...

Aquí no hay sino limitarse a clamar a todo el que lea: después de una visita emocionada a la Ciudad, A SONSOLES!!! La brisa refresca en verano; el agua es clara, fresca y saludable. La oración se hace por el lugar ante la Imagen, fervorosa. Una merienda se come y sabe mejor... El horizonte amplísimo del Valle Amblés ensancha el espíritu en amor y en amores. El simple caminar del tren se hace motivo de interés porque Sonsoles aleja toda preocupación: es un lugar donde se miran las flores hoy —pasada ya la mitad del siglo XX— y se sigue con la mirada el vuelo de los pájaros; se da cuenta quien llegue hasta Sonsoles del color que tiene el cielo, de la dirección del viento, del movimiento de las hojas de los árboles, de la dirección de los surcos en las tierras... Y en la paz del alma se reza por padres, hermanos, parientes, amigos, bienhechores y enemigos... porque se siente la paz. O se reza sólo por alabar a Dios y a su Santísima Madre; por alegría de tener Dios y por la seguridad de tener Madre divina.

INDICE

CASTILLOS EN LA TIERRA DE AVILA

Historia, Tradición, Leyenda.—Presentación	5
Mensaje de Gredos	9
Avila, una ciudad castillo y un templo fortaleza	11
Ulaca: El más antiguo castillo	15
Arévalo: La célebre fortaleza del Adaja	19
El castillo de Aunque os pese	29
El castillo de Mombeltrán	35
Las ruinas legendarias del castillo de La Adrada	41
Castro Nuevo.....	43
En Las Navas del Marqués.....	45
La Ermita, la Puente y el Río.....	51
Villaviciosa: Castillo medieval	57
En la muerte de una ilustre castellana	63
El castillo de Arenas de San Pedro	67
Llamóme el Rey Bonavilla.....	73
Madrigal, cien torres blancas	77
El castillo de Narros de Saldueña	79

EMOCION DE LA CIUDAD

I.—«Entrad en Avila...»	89
II.—Cumbres y torres	91
III.—La Muralla	92
IV.—El Escudo	93
V.—La Muralla interior	95
VI.—Casas solariegas	96
VII.—El palacio de Abrantes	97
VIII.—Otros palacios	98
IX.—El Arco Mariscal	99
X.—Casas nobles no adosadas al interior de la Muralla ...	101
XI.—Distracción	102
XII.—La distracción continúa	103
XIII.—La mitad monje	105
XIV.—Dos horas en la Catedral	106
XV.—El león hecho cordero	107
XVI.—Dentro de la Catedral	108
XVII.—La Blanca	109
XVIII.—Reformas en la Catedral	110
XIX.—Nuevas denominaciones	111
XX.—Voces amigas	112
XXI.—El altar de San Antolín	113
XXII.—Epitafio famoso	115
XXIII.—Vidrieras policromadas	116
XXIV.—Luz y colores	117
XXV.—Capillas en la girola	118
XXVI.—La capilla del Sagrado Corazón	119
XXVII.—Los Evangelistas	120
XXVIII.—El altar de Gracia	121
XXIX.—El sentimiento josefino	122
XXX.—Grandes Obispos, Canónigos y Caballeros	123
XXXI.—Sabios santos	124

XXXII.—La dulzura portuguesa	125
XXXIII.—En el transepto... ..	126
XXXIV.—Patrona de los filósofos	127
XXXV.—El varón caballeresco	128
XXXVI.—El retablillo	129
XXXVII.—El coro	130
XXXVIII.—La firma del coro	131
XXXIX.—Un romance en la piedra	132
XL.—Caballeros valientes y piadosos	133
XLI.—Los Valderrábanos	134
XLII.—Algunas curiosidades	136
XLIII.—Divagación en los claustros	137
XLIV.—Sepulcros varios	138
XLV.—Las capillas de los claustros	139
XLVI.—La sacristía	140
XLVII.—El museo	141
XLVIII.—Las más preciadas joyas	142
XLIX.—Detalles del museo	143
L.—Anecdotario curioso	144
LI.—Otras anécdotas	146
LII.—Una nota sobre los cantorales	147
LIII.—La Custodia del Corpus	148
LIV.—La capilla de San Segundo	149
LV.—Capellanía de Lope	150
LVI.—Digresión	151
LVII.—El Mercado Grande	152
LVIII.—Cosas del coso	153
LIX.—Regios recibimientos en el Mercado Grande	154
LX.—Proclamaciones regias	155
LXI.—Conquista del alcázar	156
LXII.—El monumento «A las Grandezas de Avila»	157
LXIII.—Los Santos	158
LXIV.—Políticos	159
LXV.—Los escritores	160
LXVI.—Guerreros	161
LXVII.—El atrio de San Pedro	162
LXVIII.—El rosetón de la fachada	163
LXIX.—Arquitectura románico-bizantina	165
LXX.—Interior del templo de San Pedro	166
LXXI.—La corte de Santa Catalina y el Santo Cristo de la Piedad	167
LXXII.—En el brazo izquierdo del crucero... ..	168
LXXIII.—La Virgen del Sol	169
LXXIV.—Imágenes procesionales	170
LXXV.—Los cuadros de la parroquia de San Pedro	171
LXXVI.—Piezas de museo	172
LXXVII.—Los otros cuadros	173
LXXVIII.—Santo Tomé	174
LXXIX.—Evocaciones en Santo Tomé	175
LXXX.—Recreo espiritual	176

LXXXI.—Nuestra Señora de las Vacas	177
LXXXII.—La Santísima Trinidad	178
LXXXIII.—Los Santos Hermanos Mártires	179
LXXXIV.—La Basílica	180
LXXXV.—Vista de la Basílica	181
LXXXVI.—Versos... ..	182
LXXXVII.—Ambientación	184
LXXXVIII.—En torno al exterior	185
LXXXIX.—Secretos de piedras viejas	186
XC.—Nuestra Señora de la Guía	187
XCI.—La Guía de Nuestra Señora	188
XCII.—Una leyenda piadosa	189
XCIII.—Interior de la Basílica	190
XCIV.—El sepulcro de los Mártires	191
XCV.—San Pedro del Barco	193
XCVI.—El Amor Hermoso	194
XCVII.—Si a la Soterraña vas... ..	195
XCVIII.—«...Ve, que la Virgen te espera»	196
XCIX.—...Que, por esta, su escalera... ..	197
C.—...Quien más baja sube más	198
CI.—Pon del silencio el compás... ..	199
CII.—Rogativas y favores	200
CIII.—Iglesia de San Juan Bautista	201
CIV.—El templo y su torre	202
CV.—El zumbo	203
CVI.—La más insigne feligresa	204
CVII.—Ilustres feligreses	205
CVIII.—Inscripciones sepulcrales	206
CIX.—Sant Yago	207
CX.—Una boda en 1090	208
CXI.—Donceles nobles	209
CXII.—Caballeros de por vida... ..	210
CXIII.—Dos sepulcros históricos	212
CXIV.—Adalides de Sant Yago	213
CXV.—Solo Sancho	214
CXVI.—El rey Nalvillos	215
CXVII.—Ajá Galiana	216
CXVIII.—El alfarero de Sant Yago	217
CXIX.—Una torre sin campanas	218
CXX.—En un huertecillo	219
CXXI.—Tablas góticas	220
CXXII.—La devoción a San Segundo	221
CXXIII.—Santa Paula «Barbada»	222
CXXIV.—Ermitas populares	223
CXXV.—Mirando hacia el norte	224
CXXVI.—Los humilladeros	225
CXXVII.—El Santo Cristo de los Ajusticiados	226
CXXVIII.—El Santo Cristo de la Luz	227
CXXIX.—La primera romería	228
CXXX.—María Díaz	229

CXXXI.—Peregrinación	230
CXXXII.—Las monjas Cistercienses	232
CXXXIII.—Fe y esperanza	233
CXXXIV.—Don Sancho V, Dávila	234
CXXXV.—43 años Obispo, y murió de perla	235
CXXXVI.—«Una mística abulense» y recuerdo de Jorge Santayana.	236
CXXXVII.—Ora y trabaja	237
CXXXVIII.—Madre Isabel, Princesa de Castilla	238
CXXXIX.—Felipe II en el Real de Santa Ana	239
CXL.—La mujer fuerte	240
CXLI.—Convento de Santa Maria de Jesús	241
CXLII.—Característica sencillez	242
CXLIII.—En el azul... un lucero	243
CXLIV.—Sonrisa de Santa Clara	244
CXLV.—El franciscanismo	245
CXLVI.—El Convento de San Antonio de Padua	246
CXLVII.—La exclaustación	247
CXLVIII.—El venerable Fray Luis de San José	248
CXLIX.—Aparición de la Santísima Virgen	249
CL.—Divina Portera	250
CLI.—Milagros en la portería	251
CLII.—La capilla dieciochesca	252
CLIII.—El tesoro del museo	253
CLIV.—«...Y exaltó a los humildes!	254
CLV.—Sepulcro glorioso	255
CLVI.—Pobres de espíritu	256
CLVII.—Convento de la Inmaculada y de Santa Maria Mag-	
dalena	257
CLVIII.—La Anunciación	258
CLIX.—Mosén Rubí... ..	259
CLX.—Muerte de Don Diego	260
CLXI.—El palacio de Don Diego: Las caballerizas en donde	
había nacido Santa Teresa de Jesús	261
CLXII.—La familia de Don Diego obtuvo las casas de Don Alon-	
so Sánchez de Cepeda: El Convento de San José	
quiso comprarlas porque entendía haber nacido en	
ella la Santa Madre	262
CLXIII.—Don Francisco de Guzmán y la Santa	263
CLXIV.—¿Masonería?... ..	264
CLXV.—Curiosidades	265
CLXVI.—El Santo Cristo de las Batallas	266
CLXVII.—Habló a Isabel... ..	267
CLXVIII.—Digresión	268
CLXIX.—El traslado	269
CLXX.—Los versos de Gracia Dei	270
CLXXI.—La Santa	271
CLXXII.—Familiares de la Santa	272
CLXXIII.—La madre de Teresa	273
CLXXIV.—Los hermanos mayores	274

CLXXV.—Otros hermanos	276
CLXXVI.—El Sello Regio salvado	277
CLXXVII.—Juana y Juan	278
CLXXVIII.—La vida de la casa	279
CLXXIX.—Gregorio Hernández	280
CLXXX.—Sus huellas.....	281
CLXXXI.—La mejor Biblioteca Teresiana del mundo	282
CLXXXII.—Convento de Gracia	283
CLXXXIII.—El Vicario	284
CLXXXIV.—Tradición histórica	285
CLXXXV.—La Madre Briceño	286
CLXXXVI.—Educar el corazón	287
CLXXXVII.—D... A... D... A...	288
CLXXXVIII.—Gracia por gracia	289
CLXXXIX.—Una excursión	291
CXC.—Fiel a su vocación	292
CXCL.—El Monasterio	293
CXCII.—Su vida en La Encarnación	294
CXCIII.—Piedad y amor	295
CXCIV.—Anécdota e Historia	296
CXCV.—Teresa de Jesús.....	298
CXCVI.—Teresa leyó.....	299
CXCVII.—Amigos de la Santa	300
CXCVIII.—Espíritu carmelitano	301
CXCIX.—La Transverberación	302
CC.—Doña Guiomar de Ulloa	304
CCI.—La Descalcez Carmelitana	305
CCII.—Una casita pequeña	306
CCIII.—El arquitecto Mora	307
CCIV.—Enumeración de motivos	308
CCV.—Grano de mostaza	310
CCVI.—Las dos Madres: «Las Sublimes»	311
CCVII.—El Real Monasterio de Santo Tomás	312
CCVIII.—La «Cuna» pálida	313
CCIX.—La Hostia incorrupta	314
CCX.—Reconstrucciones	316
CCXI.—Las cuatro coronas	317
CCXII.—El caballero Larreta	318
CCXIII.—Leyenda de la calle de la Muerte y la Vida	320
CCXIV.—El Parque de San Antonio	322
CCXV.—Fuente Buena y Fuente Nueva	324
CCXVI.—Ferias y mercados	326
CCXVII.—Heráldica	328
CCXVIII.—Evocación del acueducto y casa de Santayana	331
CCXIX.—La Laguna, El Pocillo y Las Tres Tazas	333
CCXX.—Puentes y caminos para el paso de la Historia	335
A Sonsoles	337



Institución Gran Duque de Alba

